
AURORA SHINE
Historias de
MÉDICOS
Calientes
ANTOLOGÍA ROMÁNTICA

Aurora Shine

Antología:

Mi atractivo Doctor

Embarazada de un multimillonario

Salvada por el Sr. Correcto

1ª edición. 2024

Diseño de portada: Baris Fratric

Traducción y redacción: Baris Fratric

Sígueme en mi página de autora de Amazon y no te pierdas ninguna de mis novedades y promociones.

https://www.amazon.es/Aurora-Shine/e/B0BNC9R92D

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

Baris Fratric

Schopperstraße 6/20

5020 Salzburg

Contenido

Mi atractivo Doctor: Una proposición indecente del millonario
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Chapter Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidos
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Epílogo
Embarazada de un multimillonario: Una historia de amor inesperada

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Salvada por el Sr. Correcto: Weston Burke
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3

Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

descargaepub.com

Mi atractivo Doctor: Una proposición indecente del millonario

Capítulo Uno

Marie

Se me pusieron los ojos vidriosos mientras miraba fijamente el ordinario cartel de *Motel* que había al otro lado del aparcamiento. Después de un par de meses viviendo en una habitación individual en el lugar más barato que pude encontrar en Murray Hill, Manhattan, por fin sobrepasé el límite de la última tarjeta de crédito. Ahora estaba sentada en la silla sedán que Shawn me prometió que habíamos pagado, rodeada de pilas de mis pertenencias, completamente arruinada y sola.

Moqueando, volví a abrir la hoja de cálculo en el móvil y miré fijamente aquella horrible cifra que me revolvía el estómago.

$198,974

Esa era la deuda que me quedaba.

Cuando recordé todas las cenas elegantes, todas las noches hermosas que nunca cuestioné, me sentí como la mayor idiota del mundo. Shawn trabajaba en finanzas y siempre habíamos estado cómodos económicamente. A lo largo de nuestro matrimonio, me mimó con vacaciones en el extranjero, joyas y ropa nueva. Yo siempre estuve muy agradecida por lo afortunada que era. No tenía ninguna preocupación en este mundo.

Apoyé la cara en las manos y sentí las lágrimas correr bajo mis dedos. Cuando llegaron los cobradores y salió a la luz la adicción secreta de Shawn al juego, intenté comprenderlo. Realmente quería creer que era imposible que el hombre al que amaba, el hombre con el que estuve desde que tenía veintiún años, me hubiera hecho esto a propósito.

Me aferré a la palabra *adicto* y me dije que él no podía evitarlo. Si él hubiera cambiado de opinión en ese entonces, me lo hubiera confesado todo y hubiera intentado arreglar las cosas, lo habría perdonado y podríamos haber encontrado una forma de superar esto juntos.

Pero Shawn no lo sentía y no cambió. Incluso después de que todo saliera a la luz, siguió mintiendo. Mintió sobre su asistencia a las reuniones de ludopatía y sobre los pagos que acordamos en el plan de recuperación de deudas. Me decía que yo conocía la cifra de todo el dinero que debía, sin embargo fui encontrando facturas de tarjetas de crédito metidas entre los cojines del sofá. Me decía que trabajaba hasta tarde para ganar el dinero que necesitábamos desesperadamente, pero descubrí que no estaba en la oficina, sino en otro casino.

Durante los dos años siguientes desde que me enteré de su problema, intenté ayudarle y mantenerme fiel a nuestros votos matrimoniales. Mi padre me dejó una cómoda herencia, que utilicé voluntariamente para pagar todas las deudas que pude. Creí que si podíamos mantenernos a flote económicamente, podríamos salvar nuestro matrimonio.

Pero con el tiempo, las constantes mentiras y engaños me hicieron sentir cada vez más pequeña. La deuda que él acumulaba sobre mis hombros se hizo cada vez más pesada e incluso comencé a despertarme por las mañanas sintiéndome como si me estuviera ahogando. No podía respirar.

Tuve que esforzarme mucho para encontrar el valor de dejarle. A pesar de la traición y las dificultades, seguía queriéndole. Yo no quería eso. Por mucho que quisiera estar con Shawn, sabía que él estaba en un barco que se hundía. Tenía que dirigirme a la costa por mi cuenta o quedarme con él y ahogarme.

Temblando, lo llamé. Tardó ocho timbres en coger el teléfono.

"Marie. ¿Qué tal?".

Su saludo corto y desinteresado me hizo tambalear. Incluso ahora, si él estuviera dispuesto a luchar por mí o si me demostrara que estaba preparado para hacer los cambios que necesitaba hacer, podría convencerme de quedarme. Pero a Shawn no le importaba. Yo no era tan importante como el siguiente giro de la ruleta.

"Hola, Shawn", dije en voz baja. "Acabo de recibir una llamada de *Chase* por un impago. ¿Qué ha pasado?".

Silencio en la línea. Después de un largo rato, suspiró notablemente irritado.

"Ahora no es un buen momento".

"Tampoco es un buen momento para mí", repliqué, mirando por encima del hombro las bolsas de basura llenas de mi ropa en el asiento trasero. "Pero no puedes esconder la cabeza en la arena. Tenemos que ceñirnos al plan o nunca nos recuperaremos de esto".

Las deudas recaían sobre los hombros de ambos. Shawn pidió préstamos usando nuestra casa como garantía y abrió tarjetas de crédito en nuestra cuenta conjunta falsificando mi firma. También pidió dinero prestado a nuestros familiares y amigos, contándoles a cada uno una mentira distinta para hacerse con su dinero. Esperaba que, con el divorcio y ayuda legal, pudiera librarme de algunas de las deudas que había acumulado, pero, por el momento, también me perjudicaban a mí.

"Tengo facturas que pagar, Marie", dijo molesto. "Si hubiera podido pagarlas, nunca te habrías enterado. No puedo hacer frente a los pagos. Tendrás que hacerte cargo".

"¿Cómo se supone que voy a afrontarlo?", exclamé. "No tengo trabajo".

"Búscate uno".

Me hirvió la sangre. Cinco años atrás, cuando nos casamos, me convenció para que me convirtiera en ama de casa a pesar de que yo tenía mis propios sueños. Se enfadaba cuando me quedaba hasta tarde en la oficina y me decía constantemente que no tenía que trabajar. Antes de que Shawn me obligara a abandonar mi carrera, trabajaba como asistente editorial en una casa de publicación de libros.

"Gano bien", me decía. "¿Por qué someterse a ese tipo de presión? Dedica tu tiempo y energía a nuestro hogar. Pongamos nuestro matrimonio en primer lugar".

Se sentía importante cuando llegaba a casa y su esposa lo esperaba obedientemente con la cena en la mesa. Quería que tuviera buen aspecto, que le mimara para que todas sus necesidades estuvieran cubiertas, sin pensar en cómo ese papel afectaría mi autoestima. Lo hice porque le quería. Porque él me dijo que podíamos permitirnos ese estilo de vida. Porque me dijo que le hacía feliz.

"Estoy buscando trabajo", dije tensa. "Pero hasta entonces, tienes que mantenerte al día con estos pagos. Lo aceptaste cuando trabajamos con el asesor financiero".

"Le echaré un vistazo más tarde", dijo con desdén. "¿Hay algo más?".

Se me llenaron los ojos de lágrimas, haciendo que el letrero de neón del motel se viera borroso. Tragué saliva con rapidez y dejé atrás el nudo en la garganta. No quería que Shawn me oyera llorar.

"No has firmado los papeles del divorcio".

"No voy a hablar de esto".

Shawn colgó y me quedé mirando la pantalla del móvil que tenía en la mano. Cuando la ventana de llamada desapareció, reapareció mi fondo de pantalla. Era una foto mía, de Shawn y de mis abuelos en las Navidades de hacía cuatro años. Llevábamos unos cursis jerséis navideños a juego y sosteníamos vasos de prosecco mientras sonreíamos frente a la chimenea para la foto. Shawn y yo parecíamos tan despreocupados y felices.

Mientras miraba la cara sonriente de Shawn, intenté encontrar la culpa en sus ojos oscuros. Parecía un inocente padre de familia. No había rastro de ningún secreto detrás de aquella sonrisa.

¿Cómo pude estar tan ciega?

Tiré el teléfono en el asiento vacío del copiloto y agarré con fuerza el volante, inclinándome hacia adelante para apoyar la cabeza en el duro cuero.

Me resultaba difícil retener un pensamiento cuando por mi cabeza pasaban tantos. Pensaba en todos los pagos que acordamos hacer y en cómo Shawn no estaba cumpliendo su parte del trato. Me daba pánico pensar dónde iba a dormir esta noche, ya que sobrepasé el límite de la última tarjeta de crédito que quedaba. Intentaba ignorar el dolor en el pecho, que era la sensación física de que se me estaba rompiendo el corazón. Pensaba en lo que iba a decir todo el mundo cuando se enteraran del divorcio y en si sería capaz de confesar lo que Shawn hizo o si mentiría igual que él.

Me incorporé y me enjugué los ojos. No tenía tiempo para derrumbarme. Si no se me ocurría algo pronto, esta noche iba a dormir en mi coche.

Mi sueño, hace muchos años, era ser escritora. Sin embargo, no era tan simple como tocar una puerta y directamente obtener un trabajo. No tenía galardones a mi nombre, ni un portafolio, ni experiencia laboral. Lo único que podía poner en mi currículum era un título universitario que

nunca utilicé, tres años como asistente personal a los veinte y un poema publicado en una antología que nadie había leído.

Llevaba dos meses buscando trabajo de todo tipo, desde camarera hasta para introducir datos en excel, y no había tenido suerte. Una vez conseguí una entrevista para un puesto de limpiadora en un hotel, pero cuando llegué y revisamos mi currículum, la mujer frunció el ceño y me preguntó por qué quería limpiar cuando tenía una licenciatura en escritura creativa. Llevaba más de sesenta solicitudes, pero cada puerta se me cerraba en las narices.

A los veintiocho años, sin logros ni credenciales, ya me habría costado mucho encontrar trabajo en el supermercado, ahora, mucho más en el mundo editorial.

Aunque siempre hay una opción profesional que podría explorar.

Mi amiga Faith siempre me decía que me forraría en su campo de trabajo. El único requisito para su trabajo era ser joven, atractiva y estar dispuesta a fingir una sonrisa.

Llevo años fingiendo una sonrisa.

La carga de mi móvil se estaba agotando y no quería arrancar el coche para cargarlo. Si después hacía frío, querría usar lo que quedaba de batería y combustible para calentarme. Quedaba una barra. Lo suficiente para llamar a Faith.

Marqué su número y contestó inmediatamente.

"¡Marie!", dijo encantada. "Hace que no se nada de ti. ¿Cómo estás, cariño?".

Era agradable oír una voz amiga, aunque el favor que iba a pedirle fuera desagradable. Marie era tres años mayor que yo, la conocí en una fiesta universitaria. Era la mujer más descarada que nunca conocí, pavoneándose con confianza de un hombre tras otro y colándose en sus conversaciones. Intervenía sin invitación y al segundo siguiente tenía un círculo de hombres riéndose a su alrededor.

A Faith siempre le fue fácil obtener la atención masculina. Ya entonces era experta en el poder de la seducción. A sus veintiún años, se podría haber pensado que llevaba décadas seduciendo a los hombres, gracias a la forma en la que coqueteaba y merodeaba como una tigresa en celo.

Cuando la conocí, me sorprendió su confianza en sí misma y su encanto. No era la chica más guapa de la habitación, pero tenía *eso*. Yo todavía no sabía lo que *eso* era, pero Faith lo dominaba. Y lo que es más, ella sabía que lo tenía. Faith se sentía orgullosa de su poder femenino y de su incomparable habilidad para hacer que los hombres comieran de la palma de su mano.

Empezamos a charlar después de que ella viera a unos tipos que estaban haciendo el tonto derramar bebidas sobre mí, reírse y marcharse. Se quitó la rebeca para limpiarme el chaleco mientras les gritaba palabrotas. Me tomó bajo su protección por el resto de la noche. En aquella fiesta, vi de primera mano lo hábil que era en el arte de la seducción. Podría haberse llevado a casa a cualquier hombre. Si la memoria no me falla, el elegido fue Chase Benson.

"Hola Faith", dije suavemente. "Espero no distraerte en el trabajo".

Ella rio. "El sol todavía está en el cielo, nena. Ya me conoces. Sólo salgo a jugar por la noche". Hizo una pausa. "Suenas diferente. ¿Está todo bien?".

Tragué saliva. "En realidad, estoy en un pequeño aprieto. Las cosas se han ido a la mierda con Shawn y el dinero escasea. Creo que ahora me interesa saber más de esa oferta de la que siempre hablas".

Faith respiró agitada y emocionada. Desde que tenía memoria, estuvo intentando reclutarme para su agencia. Me dijo una y otra vez que tenía el aspecto perfecto y que a los hombres les encantaría una mujer "con clase" como yo, significara eso lo que significara. Cuando le dije que estaba interesada, pareció encantada.

"Siento lo tuyo con Shawn", me dijo, "pero has acudido a la persona adecuada. Mañana mismo puedo darte de alta y la semana que viene estarás lista para empezar".

Los nervios me oprimieron el pecho. Faith me dijo que su trabajo consistía sobre todo en lucir bien los brazos de los hombres y que rara vez se acostaba con alguien a menos que le apeteciera o estuvieran *muy* forrados. Me prometió que no *tenía que* tener relaciones sexuales, aunque ella y la mayoría de las chicas que conocía optaban por una *mejora personal* de vez en cuando. No creía que pudiera tener sexo por dinero, pero estaba acostumbrada a ser una esposa trofeo. ¿Era tan diferente ser acompañante?

"Hazlo", dije en voz baja. "Apúntame".

Soltó una risita. "Vas a tener un talento natural, Marie, lo sé. ¿Por qué no vienes mañana por la noche a mi casa y te lo cuento todo?".

"Bien”. Respiré hondo y dejé a un lado la inquietud. "¿Estás en el mismo sitio?".

"Sí. ¿Siete?".

"Perfecto. Nos vemos".

Colgué y sentí que una nube oscura descendía sobre mí.

¿Realmente estoy considerando el trabajo de acompañante?

No era exactamente el rumbo que divisé para mi vida cuando era una joven *artista* con sueños de escribir la próxima gran novela americana. Ni cuando le di el "sí, quiero" a un apuesto financiero que me conquistó. Pero no tenía muchas opciones. Dejé que mis sesos se pudrieran en mi cabeza para cumplir los deseos de Shawn y ahora tenía que aceptar cualquier trabajo que pudiera conseguir.

Volver a pensar en Shawn hizo que nuevas lágrimas brotaran de mis ojos. Lo amaba y lo odiaba. Le echaba de menos y no quería volver a verle. Sabía que nuestro matrimonio había terminado para siempre y no podía imaginarme confiando en nadie nunca más.

Abrí la página web de la agencia de Faith en mi móvil y me desplacé por las imágenes de mujeres en poses seductoras y sus biografías personales.

¿Qué importa que sea ordinario? Ni que fuera a creer en el amor otra vez.

Capítulo Dos

Clay

Desde mi ático de Nueva York se veía toda la ciudad. Cuando estaba en mi balcón mirando el interminable mar de luces de neón y rascacielos, me sentía el rey del mundo. Esa vista tenía algo de majestuoso y sobrecogedor. Por eso me gustaba mantener abiertas las ventanas del balcón cuando hacía el amor con mujeres hermosas.

Me gustaba ver cómo se les iluminaban los ojos cuando veían por primera vez la ciudad desde una perspectiva totalmente nueva y cómo ese asombro permanecía en sus ojos cuando volvían a mirarme. Cuando las tumbaba en la cama mientras la brisa hacía ondear las suaves cortinas, sabía que les estaba dando la noche de sus vidas.

Todos los jóvenes de la alta sociedad neoyorquina conocían mi nombre. Yo era Clay Alford, un cirujano innovador con una excelente reputación. Aunque a esas mujeres no les importaba mi habilidad como médico. Todas se sentían atraídas por el encanto de mi apellido. Mi padre era dueño de hospitales en todo Estados Unidos y nuestra familia poseía una fortuna inconcebible. El dinero hablaba por sí solo.

Por eso me resultaba fácil tener noches así. En ese momento, tenía no una, sino dos hermosas mujeres tendidas en mi cama, cada una compitiendo por mi atención. Darla, rubia y natural, arqueaba ligeramente la espalda para agrandar sus pequeños pechos. Rachel, morena y 80% sintética, no necesitaba posar. Era imposible no ver sus dobles E de plástico.

Entablaron una conversación conmigo a la salida del hospital, actuando como si estuvieran visitando a un paciente. A la abuela no le habrían impresionado demasiado sus escotes y sus tacones de aguja, pero no les dije nada por mentir. Las mujeres me utilizaban y yo las utilizaba a ellas.

Darla se puso a cuatro patas y miró por encima del hombro con una sonrisa diabólica. *"¿A qué espera, doctor?"*.

Nada me daba más escalofríos que cuando alguien me llamaba "doctor" en el dormitorio. Me pasaba el día hasta los codos de sangre y tejidos. Era lo último en lo que quería pensar cuando intentaba intimar con alguien.

Bueno, no es que este pequeño menage-a-trois pudiera considerarse realmente *íntimo*. De hecho, me costaba mucho concentrarme en la tarea que tenía entre manos. Estaba agotado tras un largo día de trabajo y francamente, un poco aburrido. Era la tercera vez que me emboscaban mujeres ese mes y al cabo de un rato, el cumplido empezaba a cansar. Era agotador que a la gente sólo le importara tu dinero.

El sexo era fácil de encontrar, pero algo especial... bueno, ese era otro tema. Parecía imposible cuando todas las mujeres con las que me cruzaba buscaban lo mismo.

Hacía mucho tiempo, decidí jugar su juego. Si ellas sólo querían dinero, yo sólo quería sexo. Era más fácil mantener todo como un intercambio comercial, en lugar de fingir que a alguien le

importaba. Ya había caído demasiadas veces. Además, estaba demasiado ocupado para lidiar con el interminable drama de una relación.

Agarré a Darla por las caderas y la penetré. Ella emitió un gemido agudo y falso que me produjo vergüenza ajena. Al cabo de un par de minutos, cambié a Rachel para ver si me ponía más a tono. Me molestó que sólo mirara por la ventana.

Cuando el ambiente era el adecuado, podía hacer el amor toda la noche. Era conocido por dejar a las mujeres satisfechas, pero esta noche no me apetecía. Terminé rápido y les dije a las chicas que podían usar mi ducha.

"Después de esto, me temo que tendré que pedirles que se vayan", me disculpé. "Tengo trabajo en un par de horas, y debo estar bien descansado y llegar a tiempo. Después de todo, hay vidas en peligro".

Las dos soltaron una risita y se fueron juntas a la ducha. Me preguntaron si quería mirar, pero pude ver suficiente de su actuación esta noche. Ni una palabra que salió de sus labios había sido verdad. Odiaba cuando la gente jugaba a la sinceridad. Si te lanzas a por un millonario porque te gustaría mejorar tu estilo de vida, no vengas a mí fingiendo que buscas amor o que *casualmente* estabas en mi hospital.

Mientras ellas se duchaban yo me vestí, hice la cama y coloqué sus conjuntos en dos montones ordenados, intentando recordar cuál se había puesto cada una. Cuando volvieron al dormitorio, me aseguré firmemente de que se fueran.

"Me lo he pasado muy bien, chicas", les dije alegremente. "He disfrutado mucho de vuestra compañía. Quizás volvamos a vernos alguna vez".

"Oh, espero que sí", dijo Darla. "Aquí tienes mi número".

Me mostró su tarjeta de visita y la dejó seductoramente sobre mi mesilla de noche. Rachel sacó un bolígrafo del bolso para escribir su número en la otra cara. Hice el gesto de coger la tarjeta y guardarla en el bolsillo. La tiré a la basura en cuanto se marcharon.

Cuando por fin se fueron, me tumbé en la cama, miré al techo y solté un gruñido.

No sé por qué sigo haciendo esto.

Las relaciones sucias y esporádicas fueron divertidas cuando tenía veinte años, e incluso a principios de los treinta. Ahora que había llegado a los cuarenta, todo me parecía un poco patético.

Tiene que haber algo más que esto.

Mis colegas y amigos no dejaban de expresar su envidia cuando veían a las mujeres que llevaba a sus fiestas o que conquistaba por las noches, así que seguí haciéndolo. Me gustaba ser "el hombre". Y puede que la reputación de proeza sexual fuera guay en la facultad de Medicina, pero ahora se estaba quedando coja. Quería que me conocieran por algo más que las hendiduras de la cabecera de mi cama o los ceros en mi cuenta bancaria. Todo en estos días se sentía un poco... decepcionante.

Me duché para quitarme el olor de Darla y Rachel de la piel y luego me vestí con el traje que llevaba cuando no estaba en el quirófano, poniéndome finalmente la bata blanca. Bajé al aparcamiento subterráneo del apartamento y me subí al Lamborghini Miura de color naranja intenso que mis padres llamaron ridículo cuando lo vieron por primera vez.

Aquel coche era mi orgullo. Era el mismo modelo que Rossano Brazzi conducía en las primeras escenas de la película de 1969 *The Italian Job*. Llevaba años fantaseando con ese coche. Me emocioné mucho cuando a los veintisiete años por fin lo compré con el dinero que gané con mi propio esfuerzo y perseverancia. Por supuesto, todo el mundo supuso que era otro regalo del ilimitado tesoro de los Alford.

Llegué al hospital veinte minutos después y fui directamente a buscar a Mal.

Era mi mejor amigo. Nos conocimos en mi primer año de medicina, cuando él estaba en tercero. Como a todo el mundo, le irritaba que se le permitiera a un estudiante de primer año asistir a las clases de tercero. Todos creían que era nepotismo y que mis padres movían los hilos para darme un trato especial. No importaba que hubiera aprobado con creces todos los exámenes desde que tenía diez años o que pudiera recitar de memoria todos los libros de texto de la lista de lectura. La gente sólo veía a un Alford y hacía suposiciones sobre cómo acabó entre ellos, en la mejor facultad de medicina del estado.

Malcolm fué el único que me tendió una mano amiga. Cuando tenía un examen difícil, acudía a mí en busca de ayuda y yo aprovechaba la oportunidad para darle clases particulares. Era la primera vez que alguno de mis compañeros me reconocía el esfuerzo que había hecho, en lugar de poner los ojos en blanco porque mi padre estaba en la pizarra. Se dio cuenta de que yo sabía lo que hacía y, gracias a que estudiamos juntos, terminó el primero de su clase aquel año. Desde entonces fuimos uña y carne.

Lo encontré en su despacho del ala quirúrgica tecleando en el ordenador. Conociendo a Mal, probablemente estaba leyendo alguna revista médica o viendo una transmisión en directo de una nueva técnica quirúrgica. Incluso ahora, siempre iba más allá para perfeccionar sus habilidades. Siempre tuvo que trabajar más duro que yo para mantenerse en la cima.

Tenía una de las caras más amables de Nueva York. Malcolm era un tipo delgado, bien afeitado, con el pelo rizado color castaño claro, ojos ámbar y una sonrisa ganadora. Estaba en plena forma debido a su obsesión por el baloncesto y era meticuloso en cómo se presentaba en público. Su bata blanca estaba recién planchada, mientras que la mía estaba recogida directamente del suelo, donde la había tirado antes de desabrochar el sujetador de Darla con los dientes.

Mal miró el reloj al verme entrar y subió una ceja con complicidad. "Justo a tiempo como siempre, por lo que veo".

Crucé la habitación y me senté en la silla al otro lado de su escritorio, que también estaba ridículamente organizado. Todo el papeleo estaba en montones ordenados y no tenía ningún recuerdo, salvo unas bolitas de plata con cuerdas que se movían constantemente, chasqueando de un lado a otro. Ese sonido me habría vuelto loco.

"Tenía compañía", le contesté.

Se rio. "¿Por qué no me sorprende? Y déjame adivinar: no vas a llamarla".

"Así es", asentí, sonriéndole. "No voy a llamar a ninguna de las dos".

"Por Dios, Clay. Eres insaciable".

"Ni que hubiera salido a buscarlas", objeté encogiéndome de hombros despreocupadamente. "Ellas vienen a por mí".

"Sin embargo, apenas luchas contra ellas, ¿verdad? Te encanta llamar la atención".

Era verdad, una vez. Estaba tan harto de que mis compañeros me miraran como a un niño mimado con una cuchara de plata en la boca que disfrutaba con la atención de las mujeres que me veían como a un dios. Cuando me adulaban y me decían lo guapo e inteligente que era, me hacía sentir un poco mejor conmigo mismo. Después de un tiempo, me había enganchado a su adulación. Ahora estaba harto.

"Necesito encontrar a otra", le dije. "La semana que viene es el cumpleaños de mi abuelo y al parecer, ha pedido que esté allí. Aunque Dios sabe por qué. Ninguno quiere tener nada que ver conmigo la mayor parte del tiempo".

"Si decides ir, asegúrate de llevar a una *buena chica*".

"Aunque llevara del brazo a la mujer más inteligente, dulce y exitosa del mundo, no cambiaría su opinión sobre mí", predije. "Nunca seré Frankie ni Madison".

A mi hermano pequeño y a mi hermana mayor siempre les hacían desfilar en las fiestas y les daban protagonismo en las presentaciones y entrevistas de los periódicos, mientras que a mí me ignoraban en silencio. Así fué durante años.

"Después de lo que pasó, entiendo que a tu padre le pusiera nervioso lanzarte a la luz pública demasiado pronto", respondió Mal. Su tono era ligeramente de disculpa porque sabía lo sensible que yo era por el hecho de ser la oveja negra de mi familia. No quería que pareciera que él estaba de su parte. "Pero has recorrido un largo camino desde entonces y sé que puedes cambiar las cosas con ellos si quieres".

"No estoy tan seguro de eso. Nunca seré el chico de póster que quieren que sea. Disfruto demasiado de la vida".

Mis padres odiaban mi reputación de playboy y la compañía que tenía. Desaprobaban que pasara el tiempo viviendo mi propia vida en vez de haciendo crecer el imperio familiar. El hecho de que saliera de bares y tuviera una vida sexual activa les resultaba aborrecible. La idea de que su hijo de cuarenta años no estuviera ya casado con una chica perteneciente a la alta sociedad, previamente aprobada, era un escándalo absoluto.

No es que no hubiera estado casado antes. Mi comportamiento después del divorcio era una de las principales razones por las que mi familia no quería saber nada de mí. Salí mucho de fiesta, bebí demasiado y cometí imprudencias imperdonables. La verdad era que sabía que la había cagado.

Pero para ellos era mucho más que ese error que cometí cinco años atrás. No les gustaba que yo no jugara su juego. Mi interés por la medicina empezó gracias al negocio familiar y por la expectativa que tenían de que me convirtiera en médico. Sin embargo, no tardé mucho en darme cuenta de que me apasionaba salvar vidas y que además, lo hacía muy bien. Eso hizo que todas las apariciones en la prensa y el ser ´bien-queda´ parecieran triviales. Sólo quería hacer mi trabajo y disfrutar de una vida fuera del trabajo bajo mis propios términos.

"Quiero decir, ¿cómo puedo competir con Frankie?" Me quejé. "Es prácticamente un genio, publica un artículo diferente en alguna revista médica de alto nivel cada semana. Y los pacientes del programa de becas de Madison aparecen constantemente en los medios de comunicación para tocar la fibra sensible de la gente. Oh, mira, el pequeño Timmy puede caminar de nuevo - gracias a Dios por los Alfords".

"¿Y qué hago yo? Simplemente voy a trabajar y hago mi maldito trabajo. Eso no es suficiente para ellos".

Mi padre, Frankie y Madison hicieron de las suyas para elevar el perfil del grupo hospitalario. Forjaron la reputación del apellido, pero ninguno de ellos se ensució las manos ni en la sala, ni en el quirófano. Todo era para aparentar y yo lo odiaba.

"Sólo quieren ver que te tomas las cosas un poco más en serio", dijo Malcolm razonablemente. "Eres un cirujano brillante, pero el grupo hospitalario está construido sobre el nombre de Alford, y tú te dedicas a lo tuyo todo el tiempo".

Fruncí el ceño. "Entonces, ¿te pones de su parte?".

"No me pongo de parte de nadie, Clay", respondió con calma. "Sólo veo las cosas desde una perspectiva más amplia. Los Alford no son como los demás. No sois sólo una familia. Sois una marca. Las marcas vienen con directrices".

Hablaba de mí como si fuera el maldito logo de Mcdonald's, queriendo ser azul en vez de amarillo.

"No estoy seguro de si debería ir", dije. "Lo único que harán será darme la lata toda la noche con todo lo que desearían que estuviera haciendo".

"Eso no lo sabes", replicó Malcolm. "Quizá se hayan fijado en tu historial quirúrgico de este último año. Eres el mejor cirujano de Nueva York y el segundo de Estados Unidos. Quizá se han dado cuenta de que lo que ya haces es suficiente y querrán que seas el centro de atención."

Hice una mueca. "No, gracias".

"Ve a ver de qué se trata", me animó Malcolm. "Llévate a Angie. Les encantará".

Angie era la encargada de la parte administrativa del hospital y para los estándares de Alford, era perfecta. Se movía en los círculos correctos y tenía todas las conexiones adecuadas: era culta, guapa y una gran aficionada a la autopromoción. Llenaba todas las casillas.

Me eché a reír. "En absoluto. Sé que me muevo un poco, pero ni siquiera yo soy tan tonto como para mezclar negocios y placer".

"Entonces búscate a otra", me instó Malcolm. "Esto podría ser importante. Si juegas bien tus cartas, podrías conseguir por fin un puesto en la junta del hospital. Si eso ocurriera, no sólo se dispararía tu perfil como cirujano, sino que estarías en posición de hacer cambios reales. Sé lo mucho que eso significa para ti".

Tenía razón. Como alguien que se preocupaba por sus pacientes y estaba ferozmente dedicado a su profesión, me frustraba ver prácticas ineficaces, presupuestos ajustados que ponían vidas en peligro y médicos de pacotilla que se salían con la suya porque estaban muy solicitados. Si yo formara parte de la junta directiva, podría influir en cómo se invierten los fondos, cómo se forma a la gente y cómo se trata a los pacientes. Podría mejorar las cosas.

Y Malcolm no lo sabía, pero estar en la junta significaba más que eso. Ser miembro de la junta era una condición para recibir cualquier tipo de herencia tras la muerte de mi padre. Madison y Frankie estaban en la junta, pero yo no. No es que importara. Pagaba mis propios gastos desde que me gradué de la escuela de medicina.

Además, no me importaba la herencia. Pero sí quería su respeto. El apellido Alford gozaba de gran prestigio en la comunidad médica y entre la élite social, pero el mío siempre se pronunciaba en voz baja, como un susurro avergonzado. No quería seguir siendo un marginado.

Por el bien de recuperar la confianza de mi familia y por la oportunidad de entrar por fin en el consejo de administración y marcar la diferencia en los hospitales que amaba, quizá realmente valía la pena sufrir un compromiso familiar.

"De acuerdo", dije irritado. "Iré".

"¡Genial!" sonrió Malcolm. "Entonces, ¿a quién llevarás?".

Sonreí con complicidad. "Conozco a una chica que conoce a algunas chicas. Déjamelo a mí".

Envié un mensaje a un viejo contacto que ya me había ayudado una o dos veces.

Hola, Faith. Busco a una chica. A una BUENA chica.

Capítulo Tres

Marie

El apartamento de Faith era un envidiable piso de dos dormitorios en pleno centro de Manhattan. La mayoría de las mujeres solteras de su edad no habrían podido ni soñar con permitirse un lugar así, ni siquiera con una compañera de piso, pero Faith se las arreglaba sola.

Recuerdo la primera vez que me dijo que había empezado a trabajar de acompañante. Mi reacción instintiva fue preocuparme por ella. Mi impresión de ese sector era que estaba lleno de gente que se pasaba de la raya y se aprovechaba de mujeres vulnerables, y no quería que mi amiga acabara en una situación difícil.

Por suerte, a Faith nunca le pasó nada malo. La agencia para la que trabajaba, *Arm Candy*, no era un sórdido negocio clandestino. Sólo atendía a la clientela más adinerada, a la que se investigaba a fondo antes de permitirle cualquier contacto con las chicas. Oficialmente, *Arm Candy* vendía "belleza y compañía", pero extraoficialmente, la agencia hacía la vista gorda ante cualquier servicio que las chicas cobraran extraoficialmente, a menos que empezara a causar problemas. *Arm Candy* era discreción y clase. Todas las chicas que trabajaban para la agencia debían hablar bien, vestir con elegancia y comportarse como señoritas. Los hombres pagaban por algo más que una cara bonita; querían una mujer que deslumbrara en una habitación.

Como si yo pudiera ser una de ellas.

Faith volvió al salón desde la cocina y colocó delante de mí, sobre la mesita, un vaso grande de vino y una rebanada de bruschetta cargada. Luego se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y un frasco de esmalte de uñas.

"Come", me dijo. "Bebe. Habla".

Era una mujer preciosa. La conocí hace diez años, cuando yo tenía dieciocho y ella veintiuno. Por aquel entonces, era muy delgada, un poco andrógina en sus rasgos y tenía una actitud muy frentera. Era un poco sencilla, pero lo compensaba con un atractivo y un encanto natural.

"Simple" no era una palabra que usaría para describirla ahora. En sus veintes floreció. Las curvas surgieron de la nada, sus labios se volvieron más carnosos y aprendió dónde estaba la línea entre la confianza y el descaro. Ahora se esforzaba por mantener un aspecto sofisticado pero deslumbrante, y elegía cuidadosamente sus palabras y su comportamiento para causar siempre el máximo impacto. Un movimiento de los ojos de Faith podía hacer que los hombres se arrodillaran. La forma en que cerraba los labios alrededor de una pajita antes de beber les hacía salivar. Sus suaves palabras de seducción les hacían suplicar por una hora más.

Su cabello era castaño oscuro por naturaleza y lo cuidaba con esmero, tratándolo con las marcas más caras. Perfeccionó su técnica para darle volumen y asegurar un brillo imposible, tanto si acababa de salir de la cama como si se estaba acostando. Le caía en una onda larga y lisa por la espalda.

Sus ojos marrones tenían un brillo diabólico. Cuando sonreía, se arrugaban con picardía, y

siempre se ponía delineador de ojos alado y extensiones de pestañas para hacer sus miradas más seductoras. Tenía unos ojos increíbles.

Ahora mismo se estaba preparando para reunirse con un cliente. Se duchó y se vistió con sedosos pantalones cortos de pijama y una escasa camiseta de tirantes mientras se maquillaba y se daba los últimos retoques antes de vestirse. Se recogió el pelo mojado en un moño desordenado para que no le estorbara y se estaba quitando el esmalte de uñas para volver a aplicárselo. Siguió arreglándose mientras yo soltaba todo lo que tenía en la cabeza.

Terminé de contarle lo último de Shawn, incluidas las nuevas deudas que descubrí, los pagos que se negaba a hacer y los papeles del divorcio que no había firmado. Me escuchó en silencio mientras despotricaba y luego soltó un largo y lento suspiro.

"Suena complicado, Marie", dijo. "No me extraña que estés tan nerviosa".

Estoy segura de que me veía nerviosa. Llevaba una semana lavándome el pelo con los regalos del motel y no había podido ir a una lavandería, así que llevaba ropa desparejada que normalmente nunca veía la luz del día. No llevaba maquillaje, tenía el pelo quebradizo y hacía meses que no me pintaba las uñas. No era la imagen del glamour sin esfuerzo que Faith siempre hacía parecer tan fácil.

"No sé adónde ir", admití. "Lo último que quiero hacer es compartir todos los detalles con mis abuelos. A mi abuela se le rompería el corazón y se preocuparía mucho. Lo único que saben es que nos vamos a separar. Les he ahorrado los detalles escabrosos".

"No tienes nada de qué avergonzarte", dijo Faith con firmeza." Todo esto es culpa de Shawn. Menudo gilipollas. Y te vas a quedar aquí todo el tiempo que necesites, por cierto. De eso no hay duda".

"Gracias, Faith", dije agradecida. Si no hubiera estado tan desesperada no habría aceptado, pero honestamente no tenía nada, y no podía rechazar su oferta. "Tengo mucha suerte de tenerte como amiga".

Me sonrió cálidamente y me dio una palmadita en la rodilla. "Tú harías lo mismo por mí".

"No sé cómo pude estar tan ciega", dije, con los hombros caídos por la desesperación. "Me ocultó tantas cosas durante tanto tiempo. ¿Será que estuve tan absorta en todas las cenas y vacaciones que *escogí* no verlo? Tal vez estaba completamente obsesionada conmigo misma y por eso no lo vi".

Faith se rio. "Eres la persona menos obsesionada consigo misma que conozco. Lo hiciste todo por ese hombre".

"Pues me ha salido el tiro por la culata. Tengo veintiocho años y no tengo nada que demostrar. ¿Cómo voy a convencer a alguien para que me contrate cuando no he hecho otra cosa que preparar las cenas de Shawn durante años?".

"¿Qué tal escribir?" sugirió Faith mientras se aplicaba otra capa de "Crimson Vixen" en el meñique. "Siempre has sido una escritora brillante. Quizás podrías escribir por fin esa novela que llevas años soñando".

Arrugué la nariz. "No he escrito una palabra en... Dios, mil años. Si alguna vez tuve talento, ya no lo tengo".

"Estoy segura de que eso no es cierto". Se sopló las uñas. "Además, ¿no dicen que debes escribir lo que sabes? El desamor es la materia de la Gran Novela Americana".

"Estoy segura de que he olvidado cómo funcionan los apóstrofes".

Faith echó la cabeza hacia atrás y se rio. Cuando la veía sonreír y arrugar los ojos, comprendía por qué los hombres se enamoraban de ella. Era tan enigmática y despreocupada.

"Además -continué-, ahora mismo no puedo dedicarme a la vida de una artista hambrienta. Necesito dinero".

"¿Cuándo lo necesitas?", preguntó Faith.

Apoyé la cabeza en las manos. "Ayer".

Faith bajó su esmalte y lo colocó cuidadosamente sobre la colorida alfombra en el centro de la habitación, luego me miró con incertidumbre.

"Si realmente estás tan desesperada, probablemente te puedo ayudar. Esta noche he rechazado a uno de mis clientes habituales porque un cliente *muy* importante tiene una urgencia. Me decepcionó no poder ver a mi chico de siempre. Si quieres, puedes atender al nuevo cliente esta noche, y yo volveré a contratar al tipo que cancelé. El dinero es bueno. Y el pago es en veinticuatro horas".

Sentí que el corazón se me subía a la garganta.

¿Esta noche?

Pasó demasiado rápido. Pensé que iba a tener unas semanas para prepararme mentalmente. Pero hubiera sido una idiota si me negara. Si no conseguía algo de dinero urgentemente, me iba a tener que esconder entre botes de basura para evitar a los cobradores. Estaba desesperada.

Faith vio mi expresión y se apresuró a tranquilizarme.

"La agencia examina a estos tipos y tenemos medidas de seguridad", me prometió. "Te daré un móvil con un programa de seguimiento para que siempre sepamos dónde estás. Al final de la cita, envía un informe de bienestar. Si no recibimos ninguno en doce horas, enviamos a la policía tu información de seguimiento. Y si un tipo se pasa de la raya, lo ponemos inmediatamente en la lista negra".

Me mordí el labio con ansiedad. "¿Qué tengo que *hacer*, exactamente?".

Ella sonrió. "Ser sexy. Ser atractiva. Ríete de todo lo que digan. Tienes que hacerles quedar bien y hacerles sentir bien. La mayoría de estos tipos se sienten solos o están intentando impresionar a alguien. Tu trabajo es ser una hermosa mujer colgada de su brazo que los haga sentir especiales por una noche".

"¿Y si quiere sexo?".

"Podría querer tener sexo", advirtió Faith. "Aunque está claro que somos una agencia de acompañantes y no un burdel. Muchos hombres asumen que pueden tener lo que quieran por el precio adecuado. La agencia hará la vista gorda si eso es lo que quieres hacer, pero también te cuidarán hasta el final si quieres decir que no. Estarás a salvo. Nunca te dejaría hacer algo así si no estuviera segura de que estarás bien".

"Los tipos que usan *Arm Candy* no son cualquiera. Son políticos, abogados, hombres que trabajan en finanzas. La mayoría de ellos tienen una reputación que proteger y saben muy bien que la discreción sólo está garantizada si siguen las normas".

Se levantó y vino a sentarse a mi lado en su sofá rosa pastel, luego me mostró la pantalla de su teléfono.

"Esta es mi cuenta de *Arm Candy*", me dijo. "¿Ves esa cifra de ahí? Eso es lo que hay en mi cuenta. Eso significa que el tipo ya ha pagado, y la agencia lo retiene hasta después de la cita. Mientras no haya problemas, es decir, si me presento y me comporto con elegancia, ese dinero se transferirá a mi cuenta mañana".

Le quité el teléfono de las manos y me quedé mirando la cifra. "¿Eso es por *una cita*?".

Faith se rio. "Como he dicho, no se trata de hombres corrientes ni de una agencia de mala muerte. Se trata de un servicio de élite para clientela de alto nivel que tiene dinero para quemar."

"¿Y quién es el tipo de esta noche?".

Sus ojos brillaron. "Oh, te gustará. Yo nunca he salido con él, pero he visto fotos y me lo han dicho mujeres con las que ha salido antes. Es guapísimo. Es médico".

"Si es un médico guapísimo, ¿para qué necesita una acompañante?", le pregunté con suspicacia.

Faith se encogió de hombros. "A veces es mejor trabajar con una profesional, sobre todo si estás intentando quedar bien. Si recurres a una chica de agencia, sabes que se mantendrá sobria, encantará a todo el mundo y dejará una buena impresión".

"No tengo ninguna formación", dije con pánico. "No sé cómo ser seductora, elegante y todo lo demás".

"Ridículo. Eres una chica agradable, tranquila y académica a la que le encanta escribir y le flipan las plantas. Eres exactamente el tipo de mujer fiable y encantadora que buscan estos tipos. Quieren un ángel en las calles y una loba en las sábanas. Tú eres positivamente angelical, Marie".

¿Y qué hay de la parte de ser una loba?

Faith miró el reloj. "Tienes que decidirte, cariño. El cliente estará aquí en una hora".

"¿Viene a tu *apartamento*?", exclamé atónita. "¡Fe! ¿No es peligroso?".

Se rio entre dientes. "No lo haría por ningún cliente, pero este tipo lleva tiempo en nuestros

libros y tiene una reputación que le precede. Sé que no se pasará de la raya".

Se me revolvió el estómago. Todo estaba sucediendo muy rápido. La cabeza me daba vueltas. Me aterrorizaba tener que montar un espectáculo para un médico adinerado de clase alta al que no conocía. Me preguntaba cómo demonios iba a sentirme o actuar de forma sexy cuando sólo podía pensar en Shawn y en cómo me había roto el corazón. El romance era lo último en lo que podía pensar.

No es romance, son negocios.

Tragué más allá del nudo en la garganta y pensé en la cifra en el móvil de Faith. Eso bastaría para alojarme en un motel una semana más y hacer un par de pagos para mantener alejados a los cobradores de deudas. Realmente no tenía otra opción.

"Lo haré", dije. "¿Quién sabe? Quizá arreglarme y que me coman con los ojos me recuerde lo que se sentía ser alguien a quien la gente miraba dos veces, antes de que Shawn me tuviera para él solo".

A Faith se le iluminó la cara y aplaudió encantada. "¡Ese es el espíritu! Nena, no te arrepentirás. Llamaré a Tamsin ahora mismo para que te prepare la cuenta".

"¿Es tan fácil?".

Me guiñó un ojo. "Lo es cuando soy yo quien te recomienda. He trabajado en ese lugar durante ocho años. Soy su mano derecha y me debe una. Estoy en ello ahora".

La siguiente hora fue un torbellino. Mientras Tamsin lo hacía todo oficial en algún lugar, Faith me metió en la ducha y luego me puso delante de su armario. Buscó frenéticamente entre las hileras de vestidos ceñidos hasta encontrar uno que pensó que me haría brillar.

En poco tiempo estaba preparada, con un vestido de seda verde marfil hasta el suelo con mangas de tirantes y un escote de pico que apenas dejaba ver el escote. Se adaptaba perfectamente a las curvas de mi cuerpo. Era elegante y me sentía como una princesa con él puesto.

Faith me rizó el pelo rubio, que me llegaba hasta los hombros, y luego sacó un baúl de cosméticos y se puso a maquillarme. Hizo que mis ojos verdes se vieran maravillosamente ahumados y brillantes, y eligió el tono perfecto de pintalabios oscuro para que mis labios parecieran carnosos. Para rematar el look, me puso unas sandalias de tiras con tacón dorado y me entregó un precioso bolso de mano verde con bordados dorados.

Cuando me miré al espejo, mi miedo a no dar la talla se desvaneció. Faith me transformó por completo. Lejos de la aburrida y obediente ama de casa que vivía en vaqueros y jerséis, la mujer que tenía ante mí era una hembra de clase alta con sofisticación y sex appeal. Me sentía hermosa.

El móvil de Faith sonó y ella contestó, escuchó, se despidió y luego me miró con una sonrisa perversa.

"Ya está aquí. Está en el Lamborghini naranja de fuera".

"*VALE*". Respiré hondo y sacudí los hombros para sacar todo el miedo que había en mí.

Faith me puso una mano en el brazo y me tranquilizó una última vez. "Estás increíble. *Eres* increíble. Y no tienes que hacer nada que no quieras hacer. Ve y diviértete".

Le di las gracias, le di un abrazo, cogí el bolso y me dirigí al vestíbulo del apartamento. Pude ver el coche esperándome fuera. Era exactamente el mismo coche de *The Italian Job*. Sonreí distraídamente: el hijo de un amigo de mi padre no paraba de repetir que algún día se compraría ese coche.

La puerta del coche se abrió y el cliente se levantó para venir a recibirme a la calle. Cuando giró la cabeza, se me paró el corazón.

Era él.

Clay Alford. Salvo que ya no era un flaco estudiante de medicina de veinte años, con la ropa arrugada y el pelo alborotado. Era un hombre adulto de unos cuarenta años y estaba claro que estuvo haciendo ejercicio. *Mucho*.

Era incluso más alto de lo que recordaba, y eso que ya me había parecido un gigante cuando lo conocí a los diez años. Por aquel entonces, era como un hermano mayor para mí y uno de los únicos adultos a los que no odiaba en las fiestas a las que me arrastraban mis padres en la finca de los Alford. Clay siempre me trató como a una niña. Le divertía que yo quisiera hablar de libros y de mi carrera siendo una niñata, pero siempre me escuchó. Cuando crecí y me convertí en adolescente me enamoré un poco de él, pero nunca me miró de esa manera. Con el tiempo nos vimos cada vez menos, ya que él se fue a la universidad y empezó a salir con otras personas, por lo que dejó de venir a las fiestas. Creo que tenía dieciséis años la última vez que lo vi. Me frustró que me siguiera saludando como a una hermana pequeña y que me despeinara, porque yo estaba convencida de que ya era mayor.

Hacía años que no pensaba en él.

Ahora sus hombros eran anchos y pude ver el contorno de sus músculos bajo la tela de su camisa blanca y limpia. Llevaba el pelo oscuro más corto, pero lo bastante largo como para mantenerlo alborotado.

Era robusto. Alguna vez escuché que se hizo médico pero parecía haber trabajado al aire libre toda su vida. Todo en él era ancho y tonificado.

El tiempo le sentó bien. Estaba más guapo que nunca y se veía muy distinguido con su traje negro y su corbata. Me dio un vuelco el corazón al verle, pero entonces recordé que no nos íbamos a poner al día de una forma agradable.

Soy su acompañante.

Capítulo Cuatro

Clay

Creo que la última vez que vi a Marie yo tenía veintiocho años y ella dieciséis. Era hija de un amigo de mi padre y nos habíamos visto un par de veces en eventos y fiestas a las que nos habían arrastrado como hijos obedientes de gente de éxito.

Entablamos una extraña amistad después de que me apiadara de ella en uno de esos eventos en nuestra casa familiar. Tenía diez años y parecía estar aburridísima junto a la mesa de los canapés mientras los adultos se encontraban y charlaban. La llevé a ver los caballos para que se distrajera con algo y le conté cuántos caballos había bajo el parachoques de un Lamborghini Miura. Me contó que quería ser escritora.

Era como mi hermana pequeña y me divertían sus largos y apasionados discursos sobre literatura. Nunca hubiera imaginado que se convertiría en alguien a quien le hubiera podido echar un par de vistazos. Sólo era una niña por la que sentía lástima y a la que dejaba parlotear sobre las cosas que le interesaban porque recordaba lo aburridas que me habían parecido aquellas fiestas cuando yo tenía su edad.

En los años siguientes, siempre nos saludábamos en esos eventos. Ella me preguntaba si estaba más cerca de comprar ese coche y yo le preguntaba si estaba trabajando en alguna novela. Siempre disfrutaba viendo a mi graciosa amiguita en las fiestas. Tenía la mente como una esponja y nunca dejaba de hacer preguntas. Siempre se acordaba de todo lo que yo le decía y la siguiente ocasión en la que nos veíamos, retomábamos la conversación como si nunca hubiera habido una pausa.

Imagino que habríamos seguido encontrándonos hasta el fin de los tiempos si sus padres no hubieran fallecido unos meses después de aquel último encuentro. Después de eso se fue a vivir con sus abuelos que, como jubilados que se mantenían al margen de la vida social, no podían contribuir en modo alguno al progreso del negocio familiar. En ese momento dejé de ver a Marie. Había oído por ahí que se había casado y siempre supuse que tendría una gran vida.

Claramente no.

Me dolió el corazón por más de una razón cuando la vi. La primera era la pena de saber por todo lo que había pasado y preguntarme cómo demonios había acabado vendiendo su compañía a hombres como yo. La segunda era su increíble aspecto.

Quince años atrás era una cría y un patito feo. Ahora no era ningún patito feo. Marie era tan hermosa como cualquier mujer que hubiera estado en mi vida. Su pelo rubio, más oscuro en las raíces, era rizado y voluminoso y sus ojos verde esmeralda eran impresionantes. Llevaba un vestido de seda verde botella que se ceñía a una figura esbelta y torneada que dejaba ver que ya no era una niña.

Me quedé tan sorprendido al verla y tan impresionado por las emociones que me produjo que tardé un momento en encontrar la voz.

"Marie", dije al fin. "Ha pasado mucho tiempo".

La expresión de su cara me dijo que estaba tan sorprendida como yo de que hubiéramos coincidido esta noche. Vi cómo sus ojos se abrieron y sus labios se entreabrieron cuando se dio cuenta de quién era yo y cómo un rubor rosado coloreó sus mejillas. Parecía mortificada.

Para evitarle más vergüenza a ella y a mí mismo, la saludé rápidamente con un cortés beso en la mejilla, actuando como si fuera lo más normal del mundo. No era la única que estaba mortificada. Puede que Marie fuera acompañante, pero fui yo quien llamó a la agencia.

"Me temo que se nos hace tarde", le dije. "¿Nos vamos?".

Le abrí la puerta y la cogí de la mano mientras bajaba de la acera. No dijo ni una palabra cuando subió al coche pero pude ver la preocupación en sus ojos. Parecía a punto de llorar.

Mi mente iba a cien por hora, aunque mantuve la calma por fuera.

¿Cómo terminó trabajando en esto? Creía que estaba casada.

Me senté en el asiento del conductor y puse el coche en marcha. Ninguno de los dos dijo nada durante un rato, aunque la ví lanzándome miradas ansiosas y el rubor se mantuvo en sus mejillas. No quería que la fiesta fuera incómoda ni que Marie se sintiera incómoda, así que intenté entablar conversación para romper el hielo antes de llegar a casa de mis padres.

"Así que", dije alegremente. "¿Has escrito algún libro últimamente?".

Marie se puso más roja. "No puedo creer que me hayas reconocido después de tanto tiempo. Era sólo una niña la última vez que nos vimos".

Me reí. "Tú también me reconociste, y en ese entonces era bastante más joven".

"Primero reconocí el coche", respondió. "Un Lamborghini Miura, ¿verdad? *The Italian Job*".

"Te acordaste".

Una mente como una esponja. Después de todo este tiempo, Marie aún recordaba las cosas que me apasionaban a los veinte años. Me sentí bien al recordar aquellos tiempos, antes de que las presiones y decepciones de mi vida adulta me hubieran desgastado. Hablaba de mis sueños con Marie, cuando aún no había perdido toda la credibilidad ante mi familia y adquirido fama de vividor. En ese entonces quería mucho más de la vida.

Mirando a Marie ahora, empecé a querer mucho más otra vez.

Tuve cientos de aventuras y rollos de una noche en los últimos veinte años, pero ninguna mujer me hizo sentir tan asombrado como Marie en ese momento. Me costaba mantener la vista en la carretera mientras ella estaba en el asiento del copiloto. Quería mirarla fijamente y maravillarme de lo hermosa que se había vuelto.

Doce años atrás, consideraba a Marie casi como una hermana pequeña a la que no veía muy a menudo. Nunca la miré con ningún tipo de romanticismo en mente. Pero ahora era imposible ignorar la atracción instantánea y poderosa que sentía hacia ella. Era impresionante.

Quería hacerle tantas preguntas y decirle tantas cosas, sobre todo darle el pésame por la muerte de sus padres y decirle que esperaba que la hubieran cuidado bien. Quería preguntarle por el marido del que alguna vez oí hablar y averiguar dónde fue a parar todo aquello. Sobre todo, quería saber cómo acabó trabajando en *Arm Candy*.

Pero no quería incomodarla ni entrometerme. Estaba aquí por negocios; sería grosero obligarla a contarme cosas personales en ese momento. No estaba preparada para una inquisición, y yo no quería tenderle una emboscada cuando estaba claro que ya estaba disgustada porque fui yo quien se presentó en el apartamento de Faith.

Así que reprimí toda mi curiosidad y me concentré en tranquilizarla y pasar la noche. Tal vez habría tiempo para preguntas más tarde, u otra noche.

"Debes de pensar que soy un asqueroso por haber llamado a una agencia de acompañantes", dije cohibido. "Quiero que sepas que en realidad no es así. Nunca he pagado por sexo".

Marie miró por la ventana, con las mejillas aún encendidas. "No es asunto mío, Clay".

"Esta noche vamos a una fiesta que se celebra por el cumpleaños de mi abuelo", le dije. "Sinceramente, es la primera vez que voy a un evento con mi familia en años. Casi me han repudiado".

Volvió a centrar su atención en mí y su expresión se suavizó. "Siento oír eso".

Me encogí de hombros. "Es culpa mía. Pero creo que esta noche tengo la oportunidad de enmendarlo".

Aparté brevemente la vista del volante para mirarla a los ojos.

"Llevo muchos años sin sentar la cabeza. Pensé que si me presentaba esta noche con una prometida adecuada, podría ayudarles a pensar mejor de mí. Quiero que crean que soy lo suficientemente responsable como para volver a formar parte de la familia".

"¿Prometida?", Marie repitió insegura.

"Sí. Pensé que podría contratar a una chica de la agencia para hacer el papel, sin hacer preguntas. Te pido disculpas, Marie. No sabía que serías tú. Obviamente, eso complica un poco las cosas".

Marie levantó la cabeza. "Has pagado por una profesional. Haré lo que necesites. Pero no acabará en el dormitorio".

Al instante me la imaginé desnuda y fue mi turno de sonrojarme. La idea de ver lo que había bajo el vestido de Marie me calentó la sangre. Me aclaré la garganta, incómodo. "No tenía intención de que así fuera".

"Bien”.

Sonreí. "De hecho, esto podría salir bien", dije. "Habría sido difícil explicar cómo conocí a una mujer perfecta de la nada, pero tú y yo tenemos historia".

Marie se rio. "¿Lo llamarías historia? Eras tú entreteniéndome mientras los mayores bebían champán".

"Nuestras familias se conocen desde hace mucho tiempo", respondí. "Eso ya es historia. Estarán encantados de saber que eres una persona de nuestro círculo".

A mí no me importaba mucho el estatus social, pero a mi familia sí. Sólo socializaban con otros como ellos, y sólo si les beneficiaba a ellos o al negocio familiar. Por eso Marie nunca fue invitada a ningún evento después de la muerte de sus padres. Ya no les era útil.

Pero tenía una buena posición social. Su padre fue director de una editorial de revistas médicas. Mis padres siempre intentaron convencerle para que publicara artículos sobre sus hospitales y sus tratamientos pioneros. Todo era para tener una buena imagen.

Sabía que Marie heredó de su padre el amor por la escritura. Antes de especializarse en medicina, trabajó en una editorial de renombre con autores de todas las especialidades, desde libros de cocina hasta ficción juvenil. Seguía muy activo en la comunidad literaria como mentor de autores noveles. Marie creció rodeada de literatura y pasión por contar historias.

Me entristeció darme cuenta de que dejó de lado esos sueños. Con la pasión con la que hablaba de escribir cuando nos conocimos, no me cabía duda de que sería una autora superventas la próxima vez que oyera hablar de ella. No me esperaba esto.

Más o menos treinta minutos más tarde me detuve en la entrada de la casa familiar donde crecí. Era una extensa granja victoriana situada en un terreno de dieciocho acres, a sólo veinte minutos de Hudson Valley. La casa, restaurada, fue construida a finales del siglo XIX y tenía una imponente sensación de grandeza e historia.

Estaba rodeada de campos y laderas, y costaba creer que estuviera a menos de una hora en coche de Manhattan. El paisaje siempre fue mi parte favorita del lugar. De niño, iba en cualquier dirección y encontraba un bosque, un estanque o un arroyo. Había sido increíblemente liberador, teniendo en cuenta lo asfixiante que había sido el resto de mi vida.

Tenía seis dormitorios y ocho cuartos de baño, un establo, dos graneros, un estanque privado, una piscina y preciosas vistas de la naturaleza por todas partes. La fachada de la casa era de paneles blancos con bonitas columnas que sostenían un balcón que envolvía todo el segundo piso. Había grandes ventanales con contraventanas de madera auténtica y una impresionante chimenea de ladrillo en uno de los tres salones.

Marie miró por la ventana, asombrada. "Recuerdo este lugar", dijo en voz baja. "Había olvidado lo increíble que es. ¿Todavía tienes caballos?".

"No los mismos, pero mis padres aún tienen un par, creo. Ya sabes que a Madison siempre le gustó montar".

"Madison..." Marie sonrió al recordar a mi hermana mayor: frívola y demasiado segura de sí misma, de la que solíamos burlarnos juntos. "Ha pasado mucho tiempo".

Me detuve en la entrada y aparqué pero antes de salir, tenía que pedirle un favor más a Marie. Saqué la caja del anillo del bolsillo y le enseñé el enorme anillo de diamantes que había dentro.

"¿Te importaría llevarlo esta noche?", le pregunté. "Que lleves un anillo de compromiso le dará credibilidad a la historia. Esta es una vieja reliquia familiar".

Marie palideció. "¿Estás seguro? Debe de valer mucho dinero. No me gustaría perderlo o dañarlo".

Me reí. "Estará bien que vea la luz del día", repliqué. "Dios sabe que es improbable que alguna vez se utilice de verdad. Además, no tiene mucho valor sentimental. Frankie tiene el anillo con el que mi abuelo por parte de madre le pidió matrimonio a mi abuela".

"¿A pesar de que es el hermano menor?", preguntó Marie inocentemente.

"Más joven, pero mejor", dije con otra sonrisa irónica. "Tienen más esperanzas puestas en él que en mí. Aun así, este anillo también es precioso. Era de mi tía abuela por parte de madre".

Se lo puse en el dedo y sentí un revoloteo en el estómago al hacerlo. Sus manos eran increíblemente suaves y era muy dulce que se preocupara por tener que cuidar algo tan valioso. Confiaba plenamente en ella.

Para mi sorpresa, también sentí un tirón de arrepentimiento en el pecho cuando vi el anillo en su mano. ¿Cómo habría sido mi vida si me hubiera casado con alguien que no fuera Sophie? ¿Habría encontrado más satisfacción si hubiera vuelto a sentar la cabeza, o si hubiera elegido a otra mujer la primera vez? ¿Mi familia se habría preocupado más por mí? Marie era una mujer hermosa y respetable. ¿Cómo habrían sido las cosas si me hubiera comprometido con alguien como ella hace tiempo?

Ha sido una vida solitaria.

Miré hacia la granja con un sentimiento de inquietud en mis entrañas. Era la primera vez que veía a mi familia en mucho tiempo y sabía que no iba a ser fácil. Serían duros conmigo y tendría que esforzarme mucho para demostrarles que no era un caso perdido. Sólo esperaba que mi excelente historial quirúrgico fuera suficiente para impresionarles y demostrarles que nunca volvería a correr un riesgo estúpido.

Salí del coche y le abrí la puerta a Marie, cogiéndole la mano para ayudarla a pisar el pavimento.

"Al menos no necesito darte notas", dije. "Ya conoces a todo el mundo".

"Sí", asintió con una sonrisa burlona. "Ya me contaste muchas historias en su día".

Me reí al recordar cómo me sentaba con Marie en eventos que parecían nunca acabar, quejándome de Frankie, Madison y de mis padres. Le había contado todas las cosas que ellos nunca hubieran querido que nadie supiera. Cosas como cuando Madison bebió demasiado y vomitó en su graduación, o cuando Frankie incendió el invernadero fumando hierba con sus colegas. Marie conocía a mi familia más allá de la mentira perfecta.

Se agarró a mi brazo mientras nos acercábamos al porche.

"Es realmente precioso", dijo con asombro en la voz. "Cuando escribo mis historias, siempre

aparece una casa como ésta. Es el tipo de lugar en el que te gustaría que tus personajes acabaran siendo felices para siempre. Al menos solía incluirla. Hace años que no escribo nada".

Volví a mirar hacia la casa, pero no la vi. Para mí, aquel lugar siempre fue una prisión. Entre sus paredes, me criticaron, presionaron y menospreciaron una y otra vez. Salir de esta casa fue un sueño hecho realidad. Desde luego, no era algo que viera en mi final feliz.

Miré a Marie. Al menos ella aliviaba un poco los recuerdos de la opresión que soporté aquí, aunque me entristecía saber que ella tampoco encontró su final feliz. El pasado fue duro para los dos. Me alegraba de que ahora estuviera aquí conmigo.

Capítulo Cinco

Marie

Cuando mis amigas y yo éramos adolescentes adorábamos a los famosos y a las estrellas de cine. Katie tenía un póster de Robert Pattison en la pared y Ellie estaba obsesionada con Ashton Kutcher. Para mí, el hombre más guapo del mundo nunca fue un famoso al que nunca hubiera podido conocer, sino el chico que siempre era el primero en regalarme una sonrisa entre la multitud. Desde que tuve edad para pensar en chicos estuve enamorada de Clay Alford.

Puede que fuera doce años mayor que yo, pero eso nunca impidió que mis fantasías de colegiala se dispararan. Cuando estudiaba para mis exámenes en el instituto quería desesperadamente sacar buenas notas con la esperanza de poder impresionarle si nuestros caminos se cruzaban de nuevo. Clay siempre fue increíblemente inteligente, y un apasionado de la medicina. Quería estar a su altura por si alguna vez tuviera la suerte de conocerle de adulto.

Y aquí estamos.

No fue la segunda primera impresión que esperaba causar. A los dieciséis y diecisiete años creía firmemente que a los veinticinco ya sería una novelista famosa. Imaginaba que, cuando fuera una autora famosa, iba a ser lo bastante importante como para que me volvieran a invitar a las fiestas de Alford. Imaginaba que me iba a convertir en una mujer rica independiente, que iba a poder apoyar a la organización benéfica del grupo hospitalario y utilizar mi fama como plataforma para hablar de los problemas de la sanidad en Estados Unidos. Los iba a asombrar a todos con mi compromiso con su causa, y Clay se iba a enamorar de mí perdidamente.

Ese sueño se desvaneció en cuanto conocí a Shawn en la universidad. Me conquistó con su encanto y sus cumplidos, y mis sentimientos por Clay quedaron reducidos a las fantasías de una colegiala tonta. De vez en cuando me acordaba de él y sonreía, pero me alegraba dejar atrás el pasado y construir mi futuro con Shawn. Ese futuro era más que una fantasía. Era una promesa segura y real.

Al menos eso me había hecho creer Shawn.

Ahora todo parecía un sueño, agarrada del brazo de mi amor de la infancia y caminando hacia el porche del lugar donde nos conocimos. La adulación tonta e infantil que alguna vez sentí por él ahora se sentía como un fuego muy adulto en mi pecho. Era el hombre más guapo que había visto nunca y era tan maravilloso como siempre.

Cuando se dio cuenta de quién era, pudo haberse reído de mí o haberme preguntado qué pasó, pero no dijo ni una palabra. Agradecí su amabilidad al fingir que no tenía preguntas. Sabía que debía de estar ardiendo de curiosidad.

Me rodeó la cintura con el brazo mientras nos acercábamos de modo que cuando su hermana abrió la puerta estábamos más juntos y nos mirábamos con cara de enamorados.

Madison no había cambiado nada. De joven había sido vanidosa y obsesionada consigo misma. Estaba claro que ahora se seguía queriendo mucho. Llevaba un vestido de gala digno de la

protagonista de *La Bella y La Bestia*, y su peinado y maquillaje eran claramente la obra de un profesional. Su larga melena oscura le llegaba casi hasta la cintura. Estaba trenzada en la parte superior y sujeta con horquillas enjoyadas, mientras que el resto le quedaba suelta. Era extremadamente delgada, de cintura estrecha y rasgos angulosos. Tenía la complexión de una bailarina, pero era casi tan alta como Clay.

Nos miró con impaciencia y puso los ojos en blanco.

"Creía que serías el alcalde", dijo irritada. "No sé por qué te estoy abriendo la puerta. Entra de una vez".

Clay mantuvo la compostura y reprendió su gélido saludo con una cálida sonrisa. "Hola, Madison. Me alegro de verte. Estás preciosa".

Ella frunció el ceño. "No es a mí a quien tienes que hacer la pelota, Clay. Ve a buscar a papá si quieres lamerle las botas a alguien. Hasta luego".

Se dió una vuelta y desapareció en la fiesta. Miré a Clay con preocupación. Sus palabras fueron mordaces pero él sólo pareció enfadado un momento antes de volver a esbozar una sonrisa y soltar una risita.

"Como puedes ver, Madison no ha cambiado nada".

"¿No me dijiste que una vez se asustó tanto con una polilla que se cayó por las escaleras?".

Clay soltó una carcajada y de pronto le brillaron los ojos. "Pues sí. Creo que sí. Buena memoria".

Sonreí. Me alegraba haberle hecho reír después de que su hermana se hubiera mostrado tan fría. Si realmente no la había visto en años, su saludo fue brutal. Además, Faith me dijo que ese era mi trabajo como acompañante. Si Clay se reía, yo estaba haciendo exactamente lo que se suponía que debía hacer. Mi confianza creció al verle sonreír.

Me cogió de la mano y me condujo al interior de la casa. El acto principal tuvo lugar en una de las enormes salas de recepción. Movieron los muebles para dejar sitio a los invitados pero las caras alfombras tejidas a mano seguían sobre el duro suelo de roble. Levanté la vista hacia las vigas vistas y las tallas ornamentadas. Una vez más me maravillé de lo hermoso que era aquel lugar. Por dentro parecía un palacio.

Mientras circulábamos, casi olvido que fui contratada para acompañar a Clay. Era como en los viejos tiempos: toda la gente importante se daba la mano y contaba historias para quedar bien. Se me dibujó una sonrisa irónica en los labios. Clay y yo siempre nos habíamos reído de esa gente y de sus actos superficiales de amistad cuando estaban juntos en una habitación. Me pregunté por qué ahora de repente se creía todo.

"Vamos a saludar a mi padre", dijo con calma. "Normalmente se le puede encontrar rodeado de un enjambre de gente que espera para pedirle un favor".

Avanzamos juntos entre la multitud. Reconocí caras conocidas a mi alrededor. La casa estaba llena de políticos, abogados, celebridades locales e importantes hombres y mujeres de negocios.

Sentí que un rubor subió por mis mejillas por el simple hecho de estar entre ellos.

¿Qué haré si alguien me pregunta a qué me dedico?

Antes de llegar hasta su padre, nos cruzamos con otra persona que reconocí: Frankie. Era el hermano pequeño de Clay y aunque sólo nos separaban cinco años, nunca me había llevado tan bien con él como con Clay. Frankie era un fanfarrón insufrible que no paraba de hablar de sí mismo y menospreciaba a todos los que le rodeaban.

Tenía un aire de científico loco. Siempre estaba desaliñado, lo que le hacía ver como un genio excéntrico. Tenía el pelo oscuro y alborotado, era flaco y su piel era un poco gris. Siempre parecía enfermo y un poco frenético, pero en cuanto empezaba a hablar decía todas las cosas correctas. Tenía el don de la palabra. Le hacía parecer intelectual y respetable, incluso cuando parecía un desastre.

Aprovechó la oportunidad para regodearse en cuanto vio a Clay.

"Mira a quién han invitado por fin a participar", dijo con malicioso regocijo en la voz. "Casi olvidaba que tengo un hermano. ¿Cómo has estado, Clay?".

Extendió la mano para estrechársela, pero no hubo afecto en el gesto. Clay le cogió la mano y se la estrechó afectuosamente, sin dejar que los comentarios sarcásticos le afectaran.

"Hola, Frankie. He leído tu último artículo sobre el ensayo de la tenoxatina. Es muy interesante. Creo que has dado en el clavo".

"Bueno, difícilmente dirigiría un ensayo clínico que no fuera a llegar a alguna parte, ¿verdad?", replicó burlonamente. "Tengo olfato para la buena ciencia. Ese fármaco va a reducir la necesidad de cirugía de bypass en este país en un 30%. Presta atención a mis palabras".

"Te creo".

Clay se las arregló para mantener la cara seria, pero pude percibir que le estaba costando todo lo que tenía dentro no poner los ojos en blanco. Si no me hubieran pagado para causar una buena impresión, el enfermizo engreimiento de Frankie me habría provocado arcadas.

Frankie volvió su atención hacia mí, como si me viera por primera vez.

"¿Quién es?", preguntó bruscamente.

"Frankie, te acuerdas de Marie", dijo Clay amablemente. "Es la hija de Harry Peters".

"Harry...", se quedó pensativo un rato y luego se encogió de hombros. "No puedo decir que me acuerde de él".

Fruncí los labios y no dije nada, aunque quería estallar contra él por olvidarse tan fácilmente de mi padre. Mi padre fue quien le consiguió a Frankie unas prácticas en una prestigiosa empresa de investigación médica. Sin esa experiencia, dudo que alguna vez hubiera puesto un pié en el mundo clínico.

"Harry te consiguió las prácticas", se apresuró a decirle Clay. "También contaba los mejores

chistes y sólo se comía los canapés de setas. Es el hombre que solía contar la historia del zorro en la autopista". Clay sonrió al recordar. "Le apasionaban los libros".

Se me derritió un poco el corazón al oír a Clay hablar con tanto cariño de mi padre. Perdí el contacto con muchos de mis amigos del colegio que lo conocieron, y viví con mis abuelos por parte de madre después de que mis padres fallecieran. No eran muy unidos a él y nunca hablábamos de mi padre. A veces tenía la sensación de que nadie recordaba al hombre que había sido mi héroe.

Apreté con más fuerza la mano de Clay en señal de gratitud y él me miró con una cálida sonrisa que hizo que mi corazón volviera a palpitar.

"Bueno, encantado de conocerte, Mary", dijo Frankie con insinceridad. "Me alegro de que Clay por fin haya aprendido la lección y haya traído a alguien adecuado a una de estas cosas. Casi esperaba que apareciera con una puta".

Clay se ruborizó y me levantó la mano para mostrarle el anillo a Frankie.

"En primer lugar, se llama Marie. Segundo, es mi prometida, así que ten un poco de respeto".

"¿Prometida?", Frankie se echó a reír. "¡Es lo suficientemente joven como para ser tu hija!".

"No seas ridículo", dijo Clay con firmeza. "Tiene veintiocho años".

"¿No has podido encontrar a nadie de tu edad, eh?", se burló. "Eso es porque saben más. Bueno, enhorabuena, supongo".

Frankie bajó la voz y se inclinó un poco hacia Clay.

"Oye, Clay, ¿hay alguna posibilidad de que me ayudes con un pequeño préstamo?", dijo en voz baja. "El capital está un poco bajo, y tengo algunos cabos sueltos que necesito atar".

"Bien. Hablaremos de ello más tarde".

Frankie inclinó su vaso en dirección a Clay. "Muchas gracias. Bueno, voy a mezclarme un poco. Hasta luego".

Se marchó y yo me quedé echando humo por su grosería, no sólo hacia mí, sino hacia su hermano. Hacía años que Clay no veía a esa gente y ninguno de ellos se tomaba la molestia de preguntarle cómo estaba. Pude ver en su expresión cuánto le dolía. Volví a apretarle la mano.

"Él tampoco ha cambiado mucho", dije en voz baja.

"Salvo que ha pasado de la hierba al Ambien", gruñó Clay. "Tiene una adicción incontrolable a las pastillas, pero de algún modo se sale con la suya porque todo el mundo cree que simplemente es 'así', porque su mente funciona muy deprisa. Idiotas. Su cerebro está absolutamente confundido. No dejaría que ninguno de mis pacientes se acercara a una droga que hubiera salido de su laboratorio".

"¿Y qué hace Madison estos días?".

"Acaba de divorciarse de su cuarto marido. Tiene la costumbre de casarse con abogados". Volvió a rodearme la cintura con el brazo. "Por favor, ignóralos, Marie. Sólo puedo disculparme por lo groseros que están siendo".

"No estoy preocupada por mí", respondí. "No deberían hablarte así".

Clay se volvió hacia mí y sonrió con auténtico afecto en los ojos. "Siempre me has dejado desahogarme. Te eché de menos cuando te mudaste".

Se me hizo un nudo en la garganta y bajé rápidamente la vista al suelo. "Yo también te eché de menos".

"Ahí está mi padre", dijo Clay, señalando con la cabeza a un grupo de personas al otro lado de la habitación. "Vamos a darle la buena noticia".

Nos unimos a la multitud que rodeaba a Richard, el padre de Clay, y esperamos a que se calmara un poco para poder hablar con él. Tardó un rato, pero al final se dio cuenta de que estábamos entre sus adorados invitados y se separó de ellos para saludarnos.

A diferencia de Madison y Frankie, Richard fue más respetuoso con nosotros. Estrechó la mano de Clay y, cuando se dio cuenta de quién era, me besó cariñosamente en la mejilla.

"¡Marie!", sonrió. "Qué maravillosa sorpresa. Estás radiante, querida. ¿A qué debo el placer?".

Levanté la mano y moví los dedos con una risita, haciendo el paripé.

"¡Clay y yo estamos prometidos!".

Sus ojos se abrieron de par en par, luego asintió con la cabeza en señal de aprobación. "Son buenas noticias", dijo. "Yo respetaba profundamente a tu padre. Era un buen hombre y por lo que recuerdo, tú siempre fuiste una chica muy inteligente. ¿Sigues escribiendo?".

Me sonrojé, avergonzada de que recordara todos los sueños tontos de una jovencita.

"Llevo algún tiempo trabajando en una novela", le dije con sinceridad. "Aún no está terminada".

"¿Y también eras poeta, si mal no recuerdo? Harry estaba muy orgulloso cuando te publicaron en aquella antología".

Era un buen recuerdo. La antología no era más que una tontería publicada por la comunidad local y vendida para recaudar fondos para la escuela, pero papá actuó como si yo hubiera ganado el Premio Nobel de Literatura. Siempre estuvo muy orgulloso de mí.

"De vez en cuando escribo poemas", dije.

Richard se volvió hacia Clay y su sonrisa era más cálida que antes. "Me alegro de que por fin empieces a tomar buenas decisiones". Volvió a mirar por encima del hombro al grupo de ansiosas socialités que esperaban su atención y se disculpó. "Debo volver con mis invitados", dijo. "Hablaremos más tarde, Clay. Búscame antes de irte".

Le dejamos con sus efusivas admiradoras y nos dirigimos a la cocina para tomar unas copas. Clay parecía haberse quitado un peso de encima, ahora que había hablado con su padre y no había sido rechazado. Me pasó mi copa de champán y se tomó una coca-cola, sonriendo y brindando.

"Por las bellas decepciones", dijo. "Y por el reencuentro con una amiga maravillosa".

Bebimos, y mientras bebíamos, hablamos. Y de repente, fue como en los viejos tiempos otra vez. Clay me contó más historias sobre Frankie y Madison que nunca querrían que nadie supiera, y nos reímos de los invitados que se portaban lo mejor posible para intentar ganar puntos con los Alford. Clay me contó del día que compró su Lamborghini y yo le conté del día que me aceptaron en la universidad.

Mientras nos poníamos al día, el nudo se aflojaba en mi pecho. De repente, me lo estaba pasando de maravilla. Mirando su rostro cálido y apuesto, me alegré de haber tenido la oportunidad de volver a verle. Verle me hizo darme cuenta de cuánto le había echado de menos.

Capítulo Seis

Clay

Fue maravilloso volver a ver a Marie. Ha crecido hasta convertirse en una mujer cautivadora, que sigue poseyendo todas las maravillosas cualidades que vi en ella cuando era joven. Era perspicaz, intuitiva y amable. No me quitó ojo de encima durante toda la velada y se dio cuenta de cuando las palabras de alguien calaron demasiado hondo. Entonces me apretaba la mano, hacía algún chistecito o me distraía preguntándome si recordaba algo de lo que hablábamos hacía tiempo.

Así me resultaba más fácil estar allí. A medida que avanzaba la velada, se me iba olvidando la razón por la que había venido. Era mucho más interesante prestarle a Marie toda mi atención e infinitamente más placentero.

"Siento que esta velada haya sido agotadora", le dije mientras nos servíamos unos pastelitos de la mesa de postres.

"Realmente te están poniendo a prueba", coincidió Marie. "Menuda bronca debió haber cuando todo ocurrió".

"Sí, la hubo", admití. "Pero fue culpa mía. Hice una estupidez hace unos años y tengo que volver a ganarme su confianza. No ayuda que no sea bueno con toda esa mierda de autopromoción que desean que haga. No pueden entender que toda la atención mediática y los apretones de manos no son más que una distracción del verdadero trabajo".

"Háblame del trabajo de verdad", dijo Marie. Me miró con sincero interés y por un momento no supe qué decir. A la gente rara vez le importaba lo que hacía durante el día. Era la letra pequeña comparado con lo que realmente les importaba: el dinero y el estatus.

Sonreí. "Soy cirujano cardiotorácico", expliqué. "Opero de todo, desde aquí hasta aquí". Me puse una mano en el ombligo y la otra en el cuello. "El corazón, los pulmones, el esófago y el tórax. Cosas como reparaciones quirúrgicas tras una lesión, trasplantes u operaciones para combatir enfermedades".

"Es increíble", dijo Marie, sonando realmente impresionada. "Pero tú siempre fuiste muy inteligente. Recuerdo lo mucho que trabajabas y lo emocionado que te ponías cuando me contabas lo que habías aprendido. Incluso cuando era joven, recuerdo que pensaba que algún día quería amar mi trabajo tanto como tú. Siempre admiré eso de ti".

No tenía ni idea de cuánto significaban sus palabras para mí. Por mucho que trabajara y me concentrara, nunca se me reconocía. La gente sabía que yo era un Alford y siempre supuso que el nepotismo jugaba un papel importante en mi éxito. Fuera cual fuera mi trayectoria en el quirófano, todo el mundo pensaba que me habían facilitado las cosas por quién era mi padre.

"Siempre me ha encantado", le dije apasionadamente. "Aunque sigo teniendo miedo escénico cada vez que estoy en quirófano. A veces hay casos delante de mí en los que siento que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo pero entonces mi instinto sale a flote y siento que estoy

haciendo aquello para lo que nací. Me llena, de verdad".

Marie me sonrió cálidamente. "El Clay de siempre", dijo con cariño. "Siempre era tan inspirador cuando hablabas de tus estudios. Estoy orgullosa de que estés viviendo tu sueño".

Le di un codazo suavemente. "Ya basta de hablar de mí. Cuéntame qué te ha pasado en la vida. Háblame de lo que escribes".

"No hay nada que contar, la verdad", dijo con una tímida sonrisa. "Me he topado con un pequeño obstáculo. Me cuesta sentirme inspirada".

Había tristeza en sus ojos y deseé saber más sobre dónde la había llevado la vida. ¿Cómo podía ser que alguien tan hermosa y amable acabara en otro lugar que no fuera el centro de atención? Siempre esperé que se convirtiera en la escritora que ella siempre soñó ser. Siempre quise que fuera feliz.

"Aún no puedo creer que seas tú", dije mirándola de nuevo. Desde su pelo brillante hasta sus suaves labios, pasando por sus delicadas clavículas y sus finas manos. Era perfecta. Lo más llamativo de todo eran sus deslumbrantes ojos verdes que simplemente me dejaron boquiabierto. Era una visión.

Marie se rio. "Lo sé. No pensé que nos volveríamos a ver así. No puedo creer que estés soltero. Ya tenías bastantes chicas detrás de ti cuando eras más joven".

Me reí cohibido y me froté la nuca. "Sí, bueno. Mi historial de citas es una pesadilla. También lo fue mi matrimonio".

"El mío también".

Nos miramos a los ojos y nos reímos.

"Parece que deberíamos pasar rápidamente de *ese tema*", dije alegremente. "¿Qué tal si mejor bailamos?".

Al caer la tarde, muchos de los invitados se dirigieron al exterior, donde se había instalado una pista de baile junto al agua. Un marco de madera con luces parpadeantes y flores frescas la embellecían aún más. Por los altavoces sonaba música suave. Era una forma agradable y serena de terminar la noche.

Marie me cogió de la mano y la llevé a la pista de baile. Entrelacé mis dedos con los suyos y le puse una mano en la cintura. Era casi como si sintiera electricidad entre nosotros. Sabía que ella también lo sentía. Se le notaba en la cara y en el sonrojo que subía por sus mejillas. Las miradas que me echaba se prolongaban más y más a medida que avanzaba la noche y sus sonrisas eran cada vez más tiernas. Había química.

"Estás muy guapa esta noche, Marie", le dije en voz baja. "Muchas gracias por venir aquí conmigo".

Se rio y le brillaron los ojos. "Estaba un poco asustada, pero me alegro de que fueras tú. Ha sido una velada maravillosa. Ha sido como retroceder en el tiempo".

Puede que Marie sintiera que estábamos en el pasado, pero yo la estaba viendo con ojos completamente nuevos. Ahora era una mujer, y era perfecta en todos los sentidos. Mi corazón se aceleró mientras nos movíamos en lentos círculos junto al agua al ritmo de una balada de amor. No quería que se acabara nunca.

Bailamos durante una hora, acercándonos más y más con cada canción hasta que su cabeza se apoyó en mi hombro. Me preocupaba que pudiera oír lo rápido que me latía el corazón y saber que me sentía completamente enamorado.

Fue un momento triste cuando mi padre nos interrumpió para llevarme a su despacho a hablar en privado. Le sugerí a Marie que diera una vuelta por la biblioteca mientras esperaba. Sabía que le encantaría ver nuestra colección.

"Me alegro de que hayas venido esta noche, Clay", me dijo sinceramente. "Me preocupaba traerte aquí después de todo lo que ha pasado, pero veo que has cambiado. Eres diferente con ella. Marie es una elección excelente".

Sonreí al instante ante su elogio antes de recordar que aquello era una treta. Me sentí vacío en cuanto me acordé. Sin duda sería maravilloso pertenecer a la vida de Marie. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz.

"Gracias", respondí. "Me alegro de que te guste. Sé que hemos tenido nuestras diferencias, pero estoy trabajando duro para demostrar que voy en serio con el grupo y que estoy dispuesto a contribuir a un nivel superior".

Sonrió. "Yo también lo creo. Demuestra un cierto nivel de madurez cuando un hombre puede elegir a una compañera adecuada y dejar a un lado las niñerías. Me he dado cuenta de que no has bebido en toda la noche. Tengo muchas expectativas de lo que harás a partir de ahora. Grandes expectativas".

No mencionó nada de ser miembro de la junta pero sentí como si hubiera una insinuación en sus palabras y me emocioné. Si formaba parte del consejo podría abogar por que el hospital aceptara casos de alto riesgo que de otro modo serían rechazados. Podría salvar a pacientes que nadie más se atrevería a ayudar. La idea de utilizar mis conocimientos para ayudar a más gente y ser pionero en nuevos tratamientos era algo que significaba mucho para mí.

Le di las gracias a mi padre y volví a prometerle que trabajaría duro, luego me reuní con Marie en la biblioteca. Le conté lo que me dijo mi padre sobre las grandes expectativas que tenía puestas en mí sin poder evitar que se me dibujara una sonrisa en la cara.

"No me lo dijo, pero creo que está pensando en darme un puesto en el consejo", le dije. "Si eso ocurriera, podría hacer mucho bien. Sé que podría". La miré a los ojos con sinceridad. "Todo es gracias a ti, Marie. Has estado increíble esta noche".

Marie sonrió radiante. "Me alegro mucho, Clay. Te lo mereces". Me cogió de la mano y me llevó hacia la escalera. "Antes de irnos, ¿puedo ver tu antigua habitación? Quiero ver si es como la recuerdo".

Me reí. "Si realmente quieres, aunque ha sido redecorada desde entonces".

"Vamos", dijo ansiosa. "Tengo curiosidad".

Me llevó escaleras arriba, recordando exactamente dónde estaba mi antigua habitación. Una vez dentro cerró la puerta detrás de nosotros, se puso de pie frente a mí y se quitó lentamente los tirantes del vestido hasta que la seda cayó al suelo.

Con una sonrisa tímida pero hambrienta, me miró seductoramente. "Sé que dije que esto no acabaría en el dormitorio, pero creo que no puedo evitarlo".

Capítulo Siete

Marie

No lo había planeado.

Cuando decidí unirme a *Arm Candy*, me hice la promesa de que nunca me acostaría con un cliente. Pero esta noche con Clay había sido maravillosa. Me hizo sentir guapa, divertida y deseada, y la forma en la que me abrazó mientras bailábamos hizo que mi sangre se calentara más que nunca.

Después de años en los que mi matrimonio con Shawn se había venido abajo, había olvidado lo que se sentía ser deseada. Esta noche con Clay, sentí que había encontrado una parte de mí misma que creía perdida para siempre.

Quería encontrar más de mí misma en sus brazos esta noche.

En cuanto mi vestido tocó el suelo, vi el brillo del deseo en sus ojos. No perdió el tiempo y me atrajo hacia él, luego apretó sus labios contra los míos como si hubiera estado conteniéndose desde siempre.

La intensidad y la pasión de su beso hicieron que me temblaran las rodillas. Le rodeé el cuello con los brazos y me dejé caer en su abrazo, saboreando cada sensación. Sus fuertes brazos me rodeaban, su aliento era cálido contra mi piel y el amargo aroma de su colonia era tentador. Estaba ardiendo de lujuria.

"No tienes por qué hacer esto", dijo sin aliento, echándose hacia atrás aunque yo podía ver cuánto lo deseaba. "Acordamos que esta noche no acabaría así".

Sonreí y tomé su cara entre mis manos para besarlo hasta hacerlo callar.

"He cambiado de opinión", susurré. "Esto es lo que quiero".

Sonrió diabólicamente. "Entonces no te lo pediré dos veces".

Clay me levantó del suelo sin esfuerzo y me tumbó en la cama de matrimonio que había en el centro de la habitación. Me tumbé y observé con asombro cómo se quitaba la chaqueta, se quitaba los zapatos y se aflojaba la corbata. Me excité aún más cuando se desabrochó la camisa y sus músculos tensos y perfectos quedaron a la vista. Tiró la camisa al suelo de madera y se arrastró por la cama para darme otro beso.

Siempre había sido modesta con mis afectos, pero Clay sacó algo salvaje de mí. Lo deseaba con todo mi ser. Quería que aquel hombre guapo, talentoso y amable se saliera con la suya y me dejara pidiendo más.

Le desabroché los pantalones, desesperada por tocarlo, pero me empujó las muñecas hacia el colchón con una sonrisa malévola y me besó en el cuello.

"Deja que me tome mi tiempo contigo, Marie”.

Su voz me producía increíbles escalofríos. Apenas podía respirar de la excitación. Obedientemente, mantuve las manos por encima de la cabeza y le dejé tomar la iniciativa.

Clay me quitó el sujetador y me besó suavemente los pechos, pasando sus manos por mi piel mientras me tentaba. Poco a poco fue bajando, hasta que deslizó las bragas por mis piernas e inclinó la cabeza entre ellas.

Jadeé cuando me tocó con la lengua y empecé a gemir suavemente mientras me provocaba pequeñas oleadas de placer que crecían con cada movimiento de su lengua. Me retorcí cuando la sensación se intensificó y lo oí reírse mientras separaba mis muslos para presionar con más fuerza. Pronto mis manos se enroscaron en las sábanas mientras un orgasmo me sacudía.

Eché la cabeza hacia atrás e intenté contener el grito de éxtasis que quería escapar de mis pulmones.

Hay tanta gente abajo.

Clay volvió a besarme en los labios. El corazón se me desbocaba en el pecho de excitación y placer. Se quitó la última prenda y se colocó sobre mí. Miré sus increíbles ojos oscuros y sentí que podía ahogarme en ellos. Recorrí con las manos la infinita anchura de sus fuertes hombros, tan excitada que todos mis pensamientos desaparecieron. No había nada más en el mundo que él y yo.

Me penetró suavemente y jadeé. Era más grande que los hombres con los que había estado antes y gemí al sentirlo tan dentro de mí. Las últimas ondas de mi primer orgasmo hormiguearon mientras él se movía dentro de mí, y otro empezó a surgir.

Levanté el cuerpo para besarle mientras me hacía el amor y él me correspondió cada beso apasionadamente. No tardó mucho en llegarme otro orgasmo y arqueé la espalda mientras me ponía los nervios de punta. Estaba decidida a hacerle sentir tan bien como yo.

Lo puse boca arriba y me senté encima suyo. Se mordió el labio de placer mientras me hundía para meterlo dentro de mí y sus manos se posaron en mi cintura. Arrastró la mirada por mi cuerpo mientras yo movía las caderas rítmicamente. El sonido de sus gemidos de satisfacción me excitó aún más y arqueé la espalda, sintiéndome hermosa en nada más que mi piel desnuda.

Dejé que sus gemidos me guiaran, respondiendo a cada movimiento de su cuerpo, decidida a disfrutar de cada segundo que compartiéramos. Sentirlo dentro de mí y contemplar su cuerpo esculpido bajo mis pies era un auténtico éxtasis. El deseo absoluto en sus ojos era la guinda del pastel.

"Eres tan hermosa, Marie", me dijo suavemente. "No pares”.

Le obedecí y me moví más deprisa, ajustando mi posición para poder penetrarnos más profundamente. Levantó la mano para acariciarme los pechos mientras lo cabalgaba, cerrando los ojos en éxtasis y echando la cabeza hacia atrás cuando estaba a punto de correrse.

Bajé las manos a sus firmes pectorales y lo cabalgué con más fuerza. Cada nervio de mi cuerpo ardía de la forma más hermosa. Tuve otro orgasmo que empezó entre mis piernas y explotó por todo mi cuerpo como un fuego artificial. Eso llevó a Clay al límite. Cerré los ojos y separé los

labios al sentir cómo se corría dentro de mí. Los dos jadeamos y luego pasamos un momento sin aliento recuperándonos de la emoción.

Cuando terminó, Clay no me apartó. Se sentó y me acunó, besándome como si yo fuera infinitamente preciosa. Fue decepcionante tener que salir de la habitación cuando oímos que la fiesta se calmaba fuera.

"Deberíamos irnos antes de que alguien nos pille", dijo Clay con una sonrisa traviesa. "Después de todo, hemos causado muy buena impresión hasta ahora".

Me reí y me levanté para recoger mi ropa. Sabía que teníamos que irnos antes de que nos pillaran pero me destrozaba no poder quedarnos. La sensación de intimar con él despertó algo poderoso en mi interior. Me sentí viva por primera vez en años. Quería sentirme así para siempre.

Clay se colocó detrás de mí mientras me volvía a poner el vestido. Me puso las manos en las caderas y me besó el cuello con lujuria.

"Ojalá hubiéramos tenido toda la noche", dijo roncamente. "Eres increíble, Marie".

Sonreí mientras terminaba de vestirme, oyéndole ponerse la ropa detrás de mí. Cuando los dos estuvimos presentables, me cogió de la mano y me sacó despreocupadamente de la habitación con una expresión inocente en su cara. Se le dió tan bien parecer bien comportado que me entró una risa tonta. Me sentí como si hubiera hecho algo increíblemente malo. Siempre había venerado este lugar como algo inalcanzable y sagrado. Ahora había practicado sexo en él.

Clay me miró de reojo y se rió. "No podrías parecer más sospechosa aunque lo intentaras", dijo alargando la mano para alisar un rizo. Su sonrisa era afectuosa mientras arreglaba mi aspecto. "Sospechosa, pero muy contenta".

Me puso la mano en la espalda con una sonrisa cómplice. "¿Qué tal si nos escabullimos? Yo diría que la fiesta ha llegado a su clímax, ¿no crees?".

Solté una risita, mordiéndome el labio al recordar lo que acabábamos de hacer y sintiéndome deliciosamente nerviosa. El aire era fresco en mi cara caliente y sonrojada, y me sentía vigorizada. Miré a Clay y vi que él tampoco podía dejar de sonreír.

Intenté no pensar en lo que significaba todo aquello en aquel momento. Hacía tanto tiempo que nadie era capaz de limpiar mis preocupaciones. Simplemente iba a disfrutar de la sensación un poco más.

Capítulo Ocho

Clay

Cuando llegamos al coche volví a besarla. No pude evitarlo. Marie despertó en mí un frenesí sexual y emocional. Era imposible resistir. Cuando me llevó al dormitorio y me desnudó sentí en mí la explosión de fuegos artificiales. Nunca me había sentido así con ninguna mujer con la que hubiera estado. Marie era especial.

Soltó una risita cuando la besé y me devolvió el beso, entonces le abrí rápidamente la puerta del coche para que pudiéramos seguir besándonos lejos de miradas indiscretas. Después de media hora de besarnos como adolescentes en los asientos delanteros, ella puso sus manos en mi pecho e hizo un poco de distancia entre nosotros.

"Faith me está esperando", dijo en voz baja. "Será mejor que me vaya".

"Qué decepción", dije, "pero no quiero preocupar a nadie. Te llevaré a casa".

Le abrí la puerta a Marie, la ayudé a sentarse en el asiento del copiloto y me puse al volante. Era una sensación horrible, saber que la llevaba a un sitio al que no podía ir. Quería poner el coche en marcha y adentrarme en la noche y en una aventura. Una noche tan especial no podía terminar tan pronto.

Al mirarla, me alegré de ver una suave sonrisa en sus labios. La primera vez que la recogí, parecía que quería que se la tragara la tierra. Ahora parecía excitada y tentadoramente sonrojada tras nuestro encuentro en el dormitorio.

Empecé a conducir de vuelta al apartamento de Faith.

"¿Eres amiga de Faith?", le pregunté con curiosidad. "¿Vivís juntas?".

Marie sonrió. "Somos buenas amigas desde la universidad", respondió. "Sólo me estoy quedando con ella por un tiempo".

Asentí. Todavía tenía muchas preguntas sobre cómo acabó en la agencia y si todo esto significaba algo para ella o era sólo trabajo. Pero fue una velada increíble y no quería estropearla con preguntas que pudieran echarlo todo por tierra.

"Mi padre se alegró de verte", le dije afectuosamente. "Nunca se lleva bien con nadie, pero se acordaba de ti. Debiste impresionarle, incluso entonces".

Marie se rió. "Lo dudo. Era muy cercano a mi padre. Creo que eran más que socios. Yo diría que eran amigos".

"Sé que lo eran".

Ella sonrió. "Lo que dijiste de él esta noche fue encantador, por cierto. Fue muy dulce que lo recordaras tan bien".

"Por supuesto", respondí. "Era maravilloso. Y tiene una hija increíble".

Se sonrojó y miró por la ventana con una sonrisa tranquila.

"Esta noche ha sido maravillosa", dijo en voz baja. "La vieja casa, la música, las luces, la comida... volver a verte. Sería una historia preciosa si fuera verdad".

Sonreí. "Sí, lo sería".

"¿Viste que Paige Forrester estaba allí esta noche?", preguntó de repente, empezando a reír. "¿Te acuerdas de la vez que le pusimos un huevo de codorniz entero, todavía con cáscara, en el canapé para ver si se lo comía?".

Me eché a reír. "Queríamos ver si realmente sabía de buena comida o sólo era pretenciosa. Apostamos a que se lo comería entero si pensaba que así se lo comía todo el mundo".

"Tú te comiste uno primero para ver si ella hacía lo mismo", rió Marie. "Y luego se lo metió entero en la boca e hizo un crujido horrible".

"La forma en que su expresión se arrugó, pero siguió masticando para salvar la cara...". Me eché a reír.

Cuando tenía veinte años, me pasaba el tiempo gastándole bromas a Marie en esos eventos. Ni en un millón de años habría imaginado que volvería a encontrarme con ella de adulto y descubrir que se convirtiría en una mujer irresistible. Aún más sorprendente era que aún me encontrara divertido.

"En ese entonces era inmaduro", dije con una carcajada de mí mismo. "Si mi padre hubiera sabido la mitad de las payasadas que hice a esa edad".

"¿Quién podría culparte?", replicó Marie. "Te asfixiaban en aquel lugar. Necesitabas una forma de desahogarte. Lo de las codornices era inofensivo".

Hubo muy poca gente en mi vida que empatizara con mi posición. La mayoría de la gente ve a alguien que viene de una familia rica y asume que nunca podría sentirse pequeño. Marie comprendía que sus interminables expectativas y críticas fueron dolorosas de soportar. Ella me ayudó a sonreír en aquellos eventos de entonces, cuando yo era la oveja negra. Me ayudó a sonreír de nuevo esta noche. Era tan diferente de todos esos intelectuales estirados que sólo se preocupaban por sí mismos. A ella le importaba.

"Siempre encontrábamos la manera de entretenernos, ¿verdad?", recordé con cariño. "Aunque con la edad que tenía debí haberme comportado mejor".

Marie soltó una risita. "No hablemos de edades".

"Te has convertido en una mujer impresionante", dije. "Me quedé de piedra cuando te vi. Pensé que no podía ser la misma niña tonta que una vez pegó un chicle en el pelo del alcalde porque sopló una burbuja demasiado cerca de su cabeza".

Se rio, con una sonrisa genuina y absolutamente radiante.

"Pues tú no has cambiado nada. Sigues destacando en medicina, te siguen gustando los

Lamborghinis y sigues sin saber peinarte el pelo".

Sonreí y me pasé una mano por el pelo. "De todas formas, nadie lo ve en cirugía".

Me encantaba cómo me miraba cuando bromeábamos. Sus ojos brillaban de verdad y cada vez que la miraba me sentía como aturdido, como en un sueño. Era demasiado bueno para ser verdad.

Cuando por fin llegamos al apartamento de Faith, aparqué el coche y me acerqué para ayudar a Marie a subir a la acera.

"Supongo que debería devolvértelo", dijo, quitándose el anillo y pasándomelo. "Fue divertido hacer el papel de tu prometida. ¿Quién iba a decir que éramos tan buenos actores?".

Sonreí, cogí el anillo, lo guardé en su caja y volví a meterlo en el bolsillo. Antes de despedirme, metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saqué el talonario de cheques y el bolígrafo.

Marie hizo que esta noche fuera inolvidable para mí y yo quise que también lo fuera para ella. No sabía qué había pasado en su vida para que viniera a la agencia pero quería hacerle un regalo que le hiciera las cosas un poco más fáciles. Sería, además, una ventaja si al mismo tiempo conseguía impresionarla. Marie hubiera podido tener a cualquier hombre del mundo así que supe que tenía que hacer algo especial para destacar.

Rellené el cheque por valor de cincuenta mil dólares y se lo entregué con una sonrisa, ansioso por ver su reacción.

"Toma", le dije cariñosamente. "Me lo he pasado muy bien".

Marie miró el papelito que tenía en la mano y se le borró la sonrisa de la cara. Rápidamente intentó devolvérmelo.

"No es necesario, Clay. Ya has pagado bastante".

"Por favor, Marie", insistí. "Quiero que lo tengas. Vales cada céntimo".

Me costaba leer la expresión de su cara. No sabía si estaba estupefacta, agradecida o tan decepcionada como yo por el final de la velada.

Di un paso adelante para besarla en la mejilla y darle las buenas noches.

"Gracias de nuevo por una noche perfecta, Marie. Buenas noches".

No sabía si decir "hasta luego" o "nos volveremos a ver". No quería hacer suposiciones sobre lo que había significado esa noche, aunque deseaba desesperadamente volver a verla. Pensé que era mejor darle un poco de tiempo antes de perseguirla. Después de todo, ella no esperaba verme esta noche. Lo último que quería era ponerla en un aprieto si sólo había estado interpretando un papel.

Si le daba un poco de tiempo antes de volver a llamarla, tendría tiempo de pensárselo mejor.

Levanté la vista y vi que las cortinas se movían en el cuarto piso, donde Faith nos observaba desde arriba. Suspiré, le di a Marie un último beso en la mejilla y volví al coche.

Cuando vi lo tarde que era, sonreí. El tiempo había pasado volando. Llevaba horas con Marie, pero parecía que acababa de recogerla. La noche fue perfecta y me moría de ganas de ver adónde nos llevaban las cosas ahora. Si por mí fuera, volveríamos a hacerlo, pero de verdad.

Capítulo Nueve

Marie

Abrí los ojos en la habitación de invitados de Faith, y el zumbido de la noche anterior volvió de golpe. Sonreí al recordar cómo Clay y yo reímos, hablamos y bailamos toda la noche. Me reí al recordar qué más hicimos. Fue una noche magnífica.

La sensación de vértigo se desvaneció cuando miré hacia la mesilla de noche y vi el cheque que me había dado al final de la noche. Cuando lo hizo, me dejó sin aliento.

Mientras estuvimos juntos en la fiesta, no me sentí como si yo fuera una escort y él mi cliente. Era como si fuéramos dos viejos amigos que se habían encontrado y habían descubierto una nueva chispa.

Pensé que Clay había sentido lo mismo, hasta que me dio ese cheque. En cuanto lo hizo, la fantasía de que nuestro encuentro hubiera podido ser el comienzo de un nuevo romance desapareció, y volví a la tierra con un ruido sordo al darme cuenta de que sólo fue una transacción.

¿O no?

Estaba muy confundida. El afecto, la química y los recuerdos fueron tan auténticos. Me costaba creer que Clay sólo hubiera pensado en comprar un servicio. Cada vez que recordaba su sonrisa o su beso, sentía calor en mi interior. No quería aceptar que todo era una fachada.

Me levanté y me duché. Esperaba poder hablarlo con Faith para intentar resolverlo, pero cuando fui a buscarla, seguía dormida. Sabía que había llegado a casa diez minutos antes que yo, después de pasar la noche con su propio cliente. Las dos nos tumbamos en nuestras respectivas camas, agotadas, y habíamos prometido que hoy hablaríamos de todo.

Yo no podía volver a dormirme. Me sentí como Cenicienta la noche después del baile. No dejaba de mirar hacia arriba a cada sonido en el pasillo de fuera, esperando que fuera Clay con el zapato de cristal en la mano.

Probablemente no volvería a saber nada de él.

Suspiré y fui a mi habitación a recoger el cheque. Lo miré fijamente antes de guardarlo en el bolso. Aquel papelito era un enigma para mí. Sabía que debía considerarlo como el pago por un trabajo bien hecho, pero no me parecía correcto. Clay no me trató como una acompañante la noche anterior, así que no entendía por qué me pagó como tal.

¿Es una prima por acostarme con él?

Decidí cobrarlo en el banco. Si lo de anoche sólo fue un servicio a Clay, entonces me había ganado ese dinero. Hice lo que Faith me dijo que una buena acompañante debía hacer: me ví bien a su lado, me reí de todas sus bromas y le hice sentir especial por una noche.

Excepto que no era una actuación.

Clay me hizo reír toda la noche y yo quería hacerle sentir especial. Su familia fue horrible con él, y pronto recordé por qué siempre se alejaba de ellos en las fiestas. Volvimos a ser los intrusos, burlándonos de los demás y disfrutando de nuestro pequeño mundo entre los esnobs de la alta sociedad. Me lo pasé bien.

Caminé cuatro manzanas hasta el banco más cercano e ingresé el cheque. Sabía que no lo devolverían.

Al menos, saber que habría dinero en mi cuenta era un pequeño alivio. La presión había sido abrumadora en los últimos meses, ya que me había ahogado en pagos. Sabía que no era legalmente responsable de muchos de ellos, pero no tenía valor para arrojar a Shawn bajo el autobús, aunque todo fuera obra suya.

Con cincuenta mil podría pagar un par de tarjetas de crédito y pagar los sobregiros. Eso me ayudaría a salir a flote por un tiempo.

Mientras caminaba hacia el apartamento, sonó mi móvil. Era Faith, preguntando dónde estaba.

"Estoy volviendo del banco", le dije.

"¡No vuelvas todavía!", dijo ansiosa. "Entra en la pequeña cafetería de la 57. Vamos a almorzar. Yo invito. Quiero oírlo todo. Estaré allí en diez minutos".

Colgué el teléfono, sintiéndome aliviada de que Faith estuviera en camino. Realmente necesitaba que alguien me diera su opinión sobre todo esto, porque no tenía ni idea de qué pensar.

Fui a la cafetería que dijo. Era un sitio muy mono, con un menú tradicional, una decoración al estilo de los años sesenta y unas cabinas acogedoras con vistas a la calle. Me senté junto a la ventana y pedí un café mientras esperaba a Faith.

Apareció unos minutos después, vestida con unos vaqueros y una blusa vaporosa. Se sentó frente a mí y me pidió información antes de saludarme.

"¿Y bien?", dijo sin aliento. "¿Cómo te ha ido? ¿Lo disfrutaste? ¿Te ha gustado? ¿Le gustaste?".

Me reí de su impaciencia y metí tímidamente el pelo detrás de la oreja. Miré al techo y respiré hondo antes de lanzarme a explicar cómo mi cliente era alguien a quien conocía desde que tenía diez años, cómo me pidió que me hiciera pasar por su prometida, cómo lo llevé al dormitorio y cómo terminó la noche dándome un cheque de cincuenta mil dólares.

Cuando llegué al final de mi relato, Faith se quedó boquiabierta y abrió mucho los ojos. Se pasó las manos por el pelo oscuro y se desplomó contra la cabina, aturdida.

"Vaya", dijo lentamente. "Es mucho".

"Lo sé. Y ahora no sé qué pensar".

Faith se inclinó hacia mí y me miró con simpatía. "Creo que el dinero que te dio dice todo lo

que necesitas saber, cariño", dijo suavemente. "Eso fue una bonificación porque diste un poco más, si sabes a lo que me refiero. Yo no pondría tus esperanzas en el romance".

Fue como un puñetazo en el estómago, aunque sabía que tenía razón. No podía soportar ver la expresión de preocupación en su cara. Me miraba como si pensara que era una ingenua. Tomé un sorbo de café y aparté la mirada.

"Es fácil sentir que hay chispa cuando trabajas como chica de agencia", dijo con suavidad. "Estás representando una fantasía, y ellos se la creen por completo. Pero funciona precisamente porque no es la vida real. Es la fantasía lo que hace que todo sea tan agradable".

Ella aceptó un plato de tortitas de la camarera que se acercó con nuestros pedidos, mientras yo me servía las mías con sirope, sin apetito.

"Siento mucho que fuera alguien que conocías", se disculpó. "Nunca te habría tendido una trampa así. Tenía que ser confuso".

Parpadeé para contener las lágrimas. "¿Así que crees que estoy siendo tonta?", pregunté en voz baja. "¿De verdad crees que todo eran juegos de rol y fantasías?".

Faith me cogió la mano. "Estás pasando por un divorcio, Marie", dijo. "Te sentirás sola, abandonada y todo lo demás. Cualquiera se alegraría de pasar la noche con un médico guapo que dijera todas las cosas correctas. Cualquiera desearía esa chispa. No creo en absoluto que seas tonta".

Ella estaba siendo amable y con tacto, pero yo sabía lo que realmente estaba diciendo. Ella pensaba que toda la noche había sido una transacción comercial y que cualquier sentimiento que yo creyera que Clay pudiera tener por mí estaba todo en mi cabeza.

"Sabes, le idolatraba cuando era adolescente", le dije. "Fue mi primer amor. Y cuando le vi allí anoche, la atracción fue instantánea. La forma en que me miraba, la forma en que sonreía y me cogía de la mano... pensé que él también lo sentía. Tenemos historia".

"No tenéis una historia romántica", dijo Faith con cuidado. "Érais amigos, con una gran diferencia de edad. No es la pareja ideal".

"La diferencia de edad no importa ahora", dije frívolamente. "Los dos somos adultos. Había verdadera química entre nosotros, Faith. Sé que la hubo".

"No digo que no la hubiera", se apresuró a decir. "Pero la química sexual y la conexión romántica son dos cosas diferentes, cariño. Créeme. Me he ganado la vida con la química sexual. Todos mis clientes mejor pagados son los que me excitan a mí también. El sexo es increíble cuando ambos están en él. Quizá las cosas con Shawn han sido tan planas durante tanto tiempo que estás confundiendo la química sexual con algo más".

Tragué saliva y se me hizo un nudo en la garganta. Sabía que intentaba protegerme advirtiéndome de que no me apegara emocionalmente a un hombre que probablemente sólo buscaba algo seguro, pero me costaba creer que la conexión que sentí no fuera más que un deseo.

"Al fin y al cabo, cariño, Clay pagó por un servicio. Y cuando fuiste más allá de los términos

del contrato, te pagó más. Puede que le gustes de verdad y que disfrutara poniéndose al día, pero eso no significa que fuera otra cosa que negocios".

Miré mi plato con el corazón encogido. Faith tenía razón, y si iba a confiar en el juicio de alguien cuando se trataba de la diferencia entre romance y lujuria, sería en el suyo. Faith era una profesional a la hora de hacer saltar chispas y, al mismo tiempo, establecer límites.

Inclinó la cabeza para mirarme a los ojos con una sonrisa tranquilizadora.

"No quiero que te obsesiones con esto, Marie", dijo con firmeza. "No eres la primera persona que encuentra este trabajo emocionalmente confuso. Todos hemos pasado por eso. Pero piensa en el dinero que has ganado y en lo mucho que te va a ayudar. Olvídate de Clay".

Asentí obedientemente y me metí un bocado de tortita en la boca para que no esperara respuesta. Estaba siendo absolutamente ingenua y persiguiendo una fantasía, pero no podía apagarla así como así. Cada vez que parpadeaba, veía a Clay sonriéndome, y mi corazón se agitaba. No creía que le pudiera hacer el amor así a cualquier chica de agencia.

"Si vuelve a ponerse en contacto, me aseguraré de emparejarlo con otra chica", me prometió Faith. "No tendrás que volver a verlo".

"¡No hagas eso!", dije rápidamente.

Pude ver la lástima en sus ojos, porque sabía que sus palabras no habían calado en absoluto. Intenté fingir que no se trataba de las mariposas en mi estómago.

"Anoche me pagó cincuenta mil dólares", dije con naturalidad. "Ningún otro cliente me pagará así, y realmente necesito el dinero. Si vuelve a ponerse en contacto conmigo y pregunta por mí, volveré a verle".

"¿Si pregunta específicamente por ti?", aclaró Faith.

Me sonrojé. "Sí. No querría quitarles a las otras chicas la oportunidad de ganar tanto dinero. Pero si pregunta por mí, volveré a verlo".

Faith suspiró y sacudió la cabeza lentamente. "Espero que sepas lo que haces, Marie. No quiero que te rompan el corazón antes de que se haya curado del último tipo".

"No lo haré", prometí. "Puedo manejar esto".

Se me oprimió el pecho al pensar que Clay volvería a citarme, y me pregunté si lo haría. Si quería volver a verme, tenía dos opciones. Podía llamarme y concertar una cita o pagar otra noche con una acompañante. Lo que decidiera hacer me diría todo lo que necesitaba saber.

Capítulo Diez

Clay

Mal estaba sentado en el sofá de la sala de descanso leyendo una revista médica y subrayando pasajes con atención. Me tumbé a su lado con una gran sonrisa y él dejó pacientemente su lectura y se volvió hacia mí con una sonrisa.

"Alguien está de buen humor", me dijo. "¿Supongo que la fiesta ha ido bien?".

"Mejor de lo que podría haber esperado".

Se animó con entusiasmo. "¿Eso significa que estás en la junta?".

Me reí. "No nos adelantemos. No he llegado tan lejos".

"¿Entonces por qué tan alegre?".

"Por fin conocí a una *buena* chica".

Mal por fin parecía interesado. Se sentó en el borde del sofá, prestándome más atención. "¿Quién? ¿Dónde?".

"En realidad es alguien que conocí hace años. La hija de un amigo de la familia".

"¡Qué bien!". Mal sonrió. "¿Qué hizo que la recordaras después de tanto tiempo?".

"Eso es lo más descabellado", le dije. "Fue una completa coincidencia. En realidad había llamado a Faith Martin para que me buscara una chica de la agencia, y resultó ser ella".

La excitación de Mal se disipó al instante y frunció ligeramente los labios. "¿Tu antigua amiga de la familia es una escort?".

Deseché su preocupación con un gesto de la mano. Su mirada preocupada y un poco crítica no podía derrumbarme. Todavía estaba en las nubes después de volver a ver a Marie.

"No tengo ni idea de cómo acabó trabajando allí. No hablamos de ello", le dije. "Sólo sé que la noche fue increíble. Hablamos, nos reímos, bailamos". Sonreí perversamente. "Tuvimos sexo en el dormitorio de mi infancia".

Mal hizo una mueca. "Bueno, eso es demasiada información". Me lanzó una mirada confusa. "Sigo sin saber por qué estás tan excitado. No es una gran victoria acostarse con una acompañante. De eso se trata, ¿no?".

Le empujé irritado. "Ella no es así".

Se rio entre dientes. "Me estás dando mensajes contradictorios, Clay. ¿Es una acompañante o no?".

"Técnicamente, pero no parecía que estuviera trabajando. Hacía años que no nos veíamos, y

cuando estuvimos juntos anoche, hubo una conexión instantánea. Fue increíble".

Mal se mostró comprensivo. "Su trabajo es hacerte sentir así".

Me burlé. "He ido a muchos eventos con muchas chicas de la agencia y créeme, *ninguna* me ha hecho sentir así. Anoche hubo algo real".

Me recosté en el sofá, crucé una pierna sobre la otra y sonreí feliz. No dejaba de imaginarme a Marie, con aquel vestido verde que resaltaba la esmeralda de sus ojos, viendo su radiante sonrisa. Cuando pensaba en ella, me sentía lleno de energía y feliz. Me moría de ganas de volver a verla.

"Y fué increíble con mi familia", le dije. "Tuvo mucha gracia y dignidad, aunque Frankie y Madison se comportaron como siempre, hostiles. Mi padre se acordaba de ella y estaba encantado de que estuviéramos juntos. No podría haber ido mejor".

Mal me miró con una sonrisa irónica. "Sabes que *en realidad* no estáis juntos, ¿verdad? Hablas como si realmente acabaras de presentarles a tu novia".

"Prometida", corregí. "Puede que me haya pasado con el juego de roles. Realmente quería que pensaran que me estaba tomando las cosas en serio".

Se rio y sacudió la cabeza con desesperación. "Para ser tan listo, eres muy tonto", dijo. "Eres un cirujano jefe en uno de los mejores hospitales de Estados Unidos que no necesita aguantar mierda de nadie, y aun así sigues jugando a estos jueguitos tontos con tu familia. Tu historial quirúrgico debería haber sido suficiente, sin toda esta historia ficticia".

Lo ignoré y seguí hablando de Marie. "Estaba preciosa, Mal", le dije. "Nunca has visto a una mujer tan elegante o asombrosa. Y ha crecido para ser tan divertida y dulce. También inteligente. Es el paquete completo".

"Espera, espera", interrumpió Mal. "*¿Ha crecido?* ¿Erais niños cuando la conociste?".

Me sonrojé y carraspeé. "Hay un poco de diferencia de edad".

"Por Dios, Clay". Se frotó la cara. "Siempre tienes que sobrepasar los límites, ¿verdad?".

"¿Qué?", dije a la defensiva. "No es como si hubiera ido a buscarla deliberadamente. La agencia me la asignó. Y no es una niña. Ya ha estado casada".

Suspiró. "Suena complicado. Me alegro de que te haya causado una buena impresión, pero creo que estás creando las condiciones óptimas para un final caótico si intentas mantener esa fachada. Parece que ella es... complicada".

"Relájate, Mal", respondí riendo. "Sé distinguir entre la cortesía profesional y una chispa real. Le gusto. Sé que le gusto".

Mal puso los ojos en blanco. "Si tú lo dices, chulo. Oye, ¿no tienes una cirugía ya mismo?".

Miré el reloj y me sobresalté. Estaba tan ocupado hablando de Marie que perdí la noción del tiempo. Llegaba tarde a la operación.

Bajé corriendo al quirófano, me preparé y entré en la sala de operación. Era un caso complicado que se había planeado cuidadosamente durante meses. Éramos seis personas trabajando en una niña de seis años con una cardiopatía congénita. Llevaba casi un año en la lista de trasplantes, pero se le acababa el tiempo. Yo había ideado una operación que le daría más tiempo para encontrar un donante. Era de alto riesgo, pero estaba seguro de que era la mejor solución. Sabía que si tenía éxito con esta operación, podría salvarle la vida.

Cinco horas más tarde salí del quirófano, agotado pero seguro de haberle dado el tiempo adicional que necesitaba. La operación transcurrió sin contratiempos y sus constantes vitales eran estables. Su corazón, recién reparado, latía con fuerza.

Me quité la bata ensangrentada y fui a buscar a los padres. Se me quitó la tensión de los hombros cuando pude decirles que su hija se recuperaría. Todavía llevaba una sonrisa en mi cara cuando fui a ponerme la ropa de día para volver a casa.

Cuando salí de los vestuarios al final de la noche, me encontré con Angie, la responsable de Administración. Tenía la sensación de que me había estado esperando.

Angie era una mujer atractiva, pero peligrosa. Se había acostado con la mitad de los médicos y los cotilleos la seguían por todo el hospital. Había flirteado conmigo una o dos veces, pero yo sabía que no debía jugar con ese tipo de fuego. Aunque tenía muchas marcas en la cabecera de mi cama, nunca me acostaba con colegas. Trabajaba demasiado para que me tomaran en serio en un lugar donde ya me despreciaban por tener un "camino fácil" y donde corrían rumores sobre errores pasados.

Era una rubia alta con una perfecta figura de reloj de arena que dejaba en evidencia vistiendo ajustadas faldas lápiz que acentuaban su estrecha cintura y llamaban la atención sobre las curvas de su pecho y culo. Era conocida por llevar escandalosas blusas escotadas y un atrevido pintalabios carmesí que no estaba en absoluto en el código de vestimenta del hospital, pero se salía con la suya porque era esencial para el hospital. Conocía el lugar como la palma de su mano y podía hacer maravillas con los datos. Tenía un valor incalculable. Y ella lo sabía.

"¡Clay!", me dijo cuando me vio en el pasillo. "Una cirugía increíble la de hoy. No se habla de otra cosa. La chica ya está despierta".

Sonreí. Mi paciente fue increíblemente dulce y valiente, y yo hice todo lo que estaba a mi alcance para luchar por ella. Tuve que asistir a docenas de audiencias para presentar mi caso y explicar el procedimiento al personal no clínico del hospital para intentar convencerles de que los posibles beneficios compensarían los riesgos.

La prioridad del hospital era ganar dinero, así que tuve que encontrar un ángulo para mi caso que les convenciera. Me aseguré de mencionar muchas veces lo importante que era el padre de la chica en su campo del derecho mercantil. Nunca estaba de más que la persona adecuada te debiera un favor.

"Me alegro", dije sinceramente. "Sus padres estaban muy preocupados por ella. La operación ha ido bien. Si no hay complicaciones en las próximas veinticuatro horas, creo que podemos estar bastante seguros de que el corazón le durará un año más. Nos aseguraremos de que encuentre un donante".

"Deberíamos tomar algo para celebrarlo", me insinuó Angie. Se acercó un paso más a mí, moviendo las caderas más de lo necesario para poner un pie delante del otro. Se inclinó hacia delante de forma sugerente mientras hablaba y yo me esforcé por mirar sus ojos en lugar de mirar a otra parte.

Angie ya había probado suerte conmigo y yo la había rechazado. Su último intento de seducirme había sido mucho más sutil que éste. Estábamos tan cerca que podía oler su perfume, podía sentir su aliento en mi cuello. Me alejé un paso.

"Lo siento", le dije, "pero ya tengo planes para esta noche".

Hizo una mueca. "¿Con quién?".

Sonreí. "Con una vieja amiga. Discúlpame".

Me alejé y la dejé de pie en el pasillo. Era mejor no darle la oportunidad de curiosear. Sabía que no debía entablar conversaciones con Angie sobre mi vida privada. Además, me había dado una idea.

Debería salir a celebrarlo. Pero no con Angie.

Me enfadé conmigo mismo por no haber conseguido el número de Marie anoche, pero luego sonreí. Nuestro pequeño juego de roles fue divertido en la fiesta. Tal vez le gustaría que la "fiche" de nuevo.

Además, no quería que Marie me dejara plantado si estaba equivocado y la noche anterior no era más que un trabajo para ella. Si pagaba por otra cita, que podría verla una vez más, y entonces podría por fin hacerle todas esas preguntas candentes que había estado reteniendo.

Si puedo verla una vez más, sabré a qué atenerme.

Le envié un mensaje a Faith.

¿Puedo reservar otra cita con Marie esta noche?

Capítulo Once

Marie

Quería que mi próximo cliente fuera Clay, así que cuando lo vi esperándome fuera del restaurante mi corazón se agitó de la emoción. También me sentí aliviada de no tener que pasar la noche con nadie más.

Pero no todo era emoción. Me decepcionó que hubiera utilizado la agencia para volver a ponerse en contacto conmigo. No podía ser tan difícil encontrarme en Facebook o pedirle mi número a Faith. Seguramente podría haberse puesto en contacto conmigo de otra forma si tenía un verdadero interés romántico, pero había optado por recurrir a la agencia. No entendí por qué lo había hecho. Tuve la sensación de que surgió una chispa entre nosotros y me habría encantado volver a verle en una cita de verdad.

Respiré hondo, mantuve la cabeza alta y salí del vestíbulo para acercarme a él. Al fin y al cabo, tenía suerte de que me pagaran por pasar tiempo con un hombre en quien confiaba y cuya compañía disfrutaba. Si esto no iba a ningún lado, tendría que aceptarlo. Quizás era para bien, sobre todo teniendo en cuenta que aún estaba tramitando mi divorcio con Shawn. No necesitaba más complicaciones en mi vida.

No me vestí tan formal para la cita de esta noche, ya que la breve nota decía que era una cena. En su lugar, me puse un vestido de cóctel de encaje negro que me cubría el pecho pero tenía una gran apertura en la pierna. Lo combiné con un par de tacones de aguja negros de Faith, los de suela carmesí. Me maquillé los ojos de negro ahumado. Me sentí sexy y misteriosa al salir del taxi.

Cuando Clay me vio, se le iluminó la cara de emoción. Parecía tan contento de verme que no pude evitar sonreír, aunque no entendía qué significaba todo aquello.

En ese momento, decidí que no me importaba. Ya fuera por negocios o por placer, iba a disfrutar. Ya había llorado bastante por un hombre y no iba a dejar que me rompieran el corazón otra vez. Iba a entrar con los ojos bien abiertos.

Esto no es una historia de amor.

Clay cruzó la calle para venir hacia mí cuando subí a la acera y me ofreció su brazo para acompañarme al otro lado de la calle. Llevaba un traje gris claro con una fina corbata negra y estaba bien afeitado para la ocasión. Estaba guapísimo.

"Estás preciosa, Marie", me dijo. El brillo de sus ojos me hizo creerle, y las mariposas bailaron en mi estómago.

Habían pasado años desde la última vez que Shawn me había dicho que estaba guapa, o que se emocionaba al verme. Fui completamente invisible para él en la segunda mitad de nuestro matrimonio, sobre todo cuando la adicción se apoderó de él.

Pero Clay... bueno, parecía encantado de haberme visto. Su sonrisa era magnética. Me levantó hasta que sentí que caminaba en el aire.

Me saludó con un beso en la mejilla. "Espero que no te decepcione que sea yo otra vez".

Sonreí coquetamente. "En absoluto".

"Espero que te guste la comida italiana. Este es uno de mis restaurantes favoritos".

"Suena genial".

Me sentí un poco abrumada cuando me llevó dentro y vi que su versión de un restaurante italiano y la mía eran muy diferentes. Esto no era un Olive Garden.

Debía de tener una o dos estrellas Michelin. Nada más cruzar la puerta, vi a una celebridad menor y me quedé boquiabierta, agarrando al brazo de Clay con timidez. De repente me sentí fuera de lugar, incluso con los Louboutins de Faith.

El restaurante era precioso. El suelo era de mármol con dibujos de diamantes y había columnas blancas por todas partes, creando pequeños espacios acogedores donde las parejas podían sentarse, aisladas de los demás comensales. Las mesas estaban cubiertas de lino blanco impoluto y decoradas con rosas rojas frescas. Un pianista tocaba en un lugar que yo no podía ver. La música era encantadora.

Clay fue a darle sus datos a la anfitriona, pero estaba claro que ella le conocía.

"¡Dr. Alford!", le saludó alegremente. "Bienvenido. Tenemos su mesa preparada".

Me sonrojé, preguntándome a cuántas mujeres había llevado Clay aquí. Él vio mi expresión y se rio, asegurándome rápidamente que no era así.

"Tengo que emborrachar al doctor Redman para convencerle de que acepte hacer operaciones arriesgadas conmigo", me explicó. "Le aterroriza que baje su índice de éxito, aunque eso signifique salvar una vida. He descubierto que el vino caro es el argumento más convincente que existe".

Atravesamos el restaurante y nos sentamos en una acogedora mesa bajo un arco. Ahora podía ver al pianista al otro lado del restaurante, vestido de frac negro. Los comensales que terminaban sus comidas podían beber cócteles y escuchar junto al escenario. Me encantó oírle tocar.

Nos sentamos y Clay me sonrió.

"¿Qué tal una botella de vino? ¿Qué prefieres?".

Miré la carta de vinos e hice como que ojeaba las opciones, aunque no tenía ni idea de lo que estaba mirando. Nunca en mi vida había gastado más de diez dólares en una botella de vino.

"¿Un pinot o un cabernet, quizás?".

Me sonrojé, esperando que no se diera cuenta de que no sabía nada. "Lo que quieras será perfecto. Gracias".

Sonrió e hizo un pedido. "El chardonnay del 73, por favor. Gracias".

El camarero se fue y por fin nos quedamos solos. Los ojos verdes de Clay brillaban y la sonrisa de su cara era tan sexy que me sorprendí mordiéndome el labio.

Era un lugar mucho más íntimo que la fiesta. Había menos distracciones y ya habíamos hablado mucho de cosas irrelevantes. No podíamos hablar todo el tiempo de las travesuras que solíamos hacer cuando éramos jóvenes. Sabía que por fin iba a preguntarme qué hacía aquí.

"Tengo que admitirlo, Marie, me sorprendí mucho cuando llamé a la agencia y nos emparejaron. No pensé que este fuera un trabajo que te interesara". Me miró a los ojos sin juzgarme. "Antes soñabas con escribir novelas románticas. Una agencia no parece el mejor lugar para encontrar romance".

Me sonrojé y miré la servilleta con incomodidad. No podía sorprenderme de que me lo hubiera preguntado. Si yo fuera él, también querría saberlo. Mi vida se había alejado tanto de lo planeado.

"Anoche fue en realidad la primera vez", le dije. "Esto es muy nuevo".

Se inclinó hacia delante con interés. Había una expresión de preocupación en su rostro que casi me mata. No quería que Clay se compadeciera de mí. Era muy duro sentarme frente a él estando de capa caída y vendiendo mi compañía mientras todos sus sueños se habían hecho realidad. Era cirujano. Una persona importante en una gran ciudad.

"Hace un par de años descubrí que mi marido tenía problemas con el juego", admití. "Falsificó mi firma en todo tipo de cosas y nos metió a los dos en una montaña de deudas. A partir de ahí, nuestro matrimonio fue cuesta abajo y se acabó". Tragué saliva para evitar que se me hiciera un nudo en la garganta. "Nos vamos a divorciar. Al menos, me divorciaré de él en cuanto firme los papeles".

La expresión de Clay se llenó de simpatía. "Lo siento, Marie. He pasado por un divorcio. Sé lo duro que es".

Respiré hondo y sonreí. "Sabes, las relaciones se rompen todo el tiempo. Hubiera deseado irme de esa relación en un mejor estado. Cuando nos casamos, Shawn quería que yo fuera ama de casa, y yo quería hacerle feliz". Sacudí la cabeza ante mi propia ingenuidad y conformidad. "Dejé de trabajar porque creía que podíamos permitírnoslo, y él me dijo que quería que me centrara en nuestro hogar. Pasaron los años y de repente descubrí que todo era mentira”.

"No teníamos dinero, él no *había* estado trabajando hasta tarde en la oficina, y yo en realidad debía haber estado trabajando todo ese tiempo. Hoy en día mi currículum cabe en una nota post-it. Faith llevaba años diciendo que me iría bien en *Arm Candy* y me pareció la forma más rápida de recuperarme, aunque no fuera la ideal".

"¿Has pensado en volver a escribir?", preguntó. "Esa siempre fue tu pasión. Deberías volver a ello. El amor y la pérdida son materia de novelas brillantes, ¿no?".

Me reí de su optimismo. "Puede que sí, pero aún tengo que comer mientras escribo ese bestseller". Suspiré fuertemente. "Creo que ese tiempo ya ha pasado, Clay. Llevo tanto tiempo sin escribir que cualquier talento que hubiera podido tener hace tiempo desapareció."

"No me lo creo ni por un momento".

"Llevo escribiendo el mismo libro desde los dieciocho años", repliqué secamente. "Y no he escrito ni una palabra en tres años".

"¿Puedo leerlo?", preguntó esperanzado.

"No está terminado", objeté. "Y tampoco es bueno".

Clay sonrió. "De verdad que me gustaría", insistió. "Siempre me prometiste que algún día me dedicarías uno, ¿recuerdas?".

Me eché a reír. "Eso fue hace mil años, Clay".

"Pues no lo olvidé".

"Cuando esté terminado", le prometí. "*Si es* que alguna vez se termina".

Hablar de Shawn y de mi añorado sueño de ser escritora me estaba deprimiendo, así que cambié rápidamente de tema.

"¿Y tú?", dije. "Has hecho todo lo que te habías propuesto. ¿Qué es lo siguiente para el doctor Alford?".

Clay se rio de mis elogios y miró humildemente sus cubiertos. "Aún no he terminado", prometió. "El hospital podría hacer mucho más por los pacientes más necesitados. Hay tantas cosas que se interponen en el camino: la burocracia, la falta de seguro, el miedo. Mi próximo sueño es entrar en la junta directiva del hospital, para poder tomar algunas de esas decisiones difíciles. No tengo tanto miedo a que me demanden como los demás. Sólo quiero salvar vidas".

"Pero para entrar en el consejo tengo que tener una buena relación con mi familia. De ahí que decidiera contratar a un profesional a la hora de causar una buena impresión". Sonrió. "E hiciste un trabajo maravilloso, Marie. Estuviste impecable anoche".

"Tu familia es idiota si no valora la habilidad y la dedicación que aportas a ese hospital", dije . "Te preocupas por tus pacientes y salvas vidas. Eso es lo único que debería importar".

"Yo también lo pensaba", dijo con un suspiro. "Pero, por desgracia, la política y la economía infectan los hospitales tanto como las enfermedades".

Sonreí. Clay era apasionado y devoto, y eso me atraía de él. Era enigmático y encantador, hábil e intelectual. Realmente era un paquete completo. Deseé que fuera algo más que otra noche de trabajo, porque me parecía maravilloso.

Poco después pedimos y la cena fue encantadora. La comida costaba 150 dólares el plato y casi me sentí culpable al pedir ya que Clay pagaría la cuenta. Insistió en que pidiera lo que quisiera y me sugirió que probara algunos de sus platos favoritos.

"El jabalí está exquisito", me dijo. "Como el bistec a la florentina".

Era un nivel de lujo al que no estaba acostumbrada. La mayoría de los platos del menú estaban

en italiano, así que ni siquiera sabía lo que estaba leyendo, pero todo lo que vi que llevaban a las mesas cercanas tenía un aspecto espectacular.

Acabé eligiendo los fagottini de pato con velouté de Moscato y raddichio. Al llegar a la mesa, descubrí que eran pequeños paquetes de pasta fresca rellenos de pato y bañados en una salsa increíble. Cuando di el primer mordisco, estaba tan bueno que cerré los ojos para saborearlo.

Clay se rió de la expresión de mi cara y me ofreció una vieira. "Prueba esto. Te dejará boquiabierta".

El vino se podía beber con facilidad -el mejor vino que había probado en mi vida- y la comida estaba deliciosa. La compañía era aún mejor.

Clay y yo hablamos de todo y de nada. Me habló de su trabajo, de sus pacientes favoritos, de sus colegas y de sus amigos. Yo le conté cómo había conocido a Faith, los últimos libros que había leído y todos los lugares a los que quería viajar.

La conversación fue fácil y natural y, una vez más, olvidé lo que nos había reunido. *Arm Candy*, Faith y el por qué de haber iniciado todo esto desaparecieron de mi mente mientras hablábamos y reíamos. Me sentí como en la mejor cita de mi vida.

Nuestros postres fueron igual de opulentos. Yo pedí panna cotta con lichi, frambuesa y rosa. El color era precioso: un rosa vibrante maravilloso. Clay tomó un pandoro semifreddo cubierto con una esfera de chocolate blanco. Cogimos bocados del plato del otro, haciendo suaves sonidos de "mmm" mientras disfrutábamos de los delicados sabores.

Me decepcionó que fuera hora de irnos al terminar el postre. La noche anterior había pasado demasiado deprisa y esta noche había terminado aún más rápido. Nunca era suficiente tiempo con Clay.

Mientras pagaba la cuenta vi que él también parecía decepcionado.

"Si no es demasiado atrevido, me encantaría pasar un poco más de tiempo contigo esta noche, Marie", dijo. "¿Te gustaría volver a mi apartamento?".

Me sonrojé, pero la idea era la mejor que había oído en toda la noche.

"Me encantaría", dije.

Quería añadir que no le cobraría nada, pero aún me costaba entender de qué se trataba exactamente todo esto. Una parte de mí estaba preocupada de que si decía que esto no era un trabajo para mí, él podría retractarse de la oferta. Parecía estar pasándoselo bien, pero quizá se divertía con todas las chicas de la agencia.

Aun así, me había dicho a mí misma que iba a divertirme esta noche y que no iba a dejar que hirieran mis sentimientos. No quería que esta noche terminara, y después de meses de estrés, preocupación y de sentir que no importaba, me merecía una noche en la que me sintiera bien.

Así que cogí con gusto el brazo de Clay y llamó a un taxi. Nos cogimos de la mano en el asiento trasero mientras conducíamos por la ciudad. Todo parecía mucho más bonito cuando

estaba sentada cerca de él. No me habría importado conducir toda la noche.

Capítulo Doce

Clay

No había podido apartar los ojos de Marie en toda la noche. Estaba increíble vestida de encaje negro. Resultaba tan llamativo en contraste con su piel clara, sobre todo cuando se había pintado los labios de un rojo tan atrevido. Era guapísima.

Me había ido excitando más a medida que avanzaba la noche. Todo en esta mujer era eléctrico: su sonrisa, su risa, la forma en que se le iluminaba la cara cuando me miraba. Cuando estaba con Marie, entendía todo lo que me había faltado en otras mujeres. Me parecía simpática, divertida y dulce. Me encantaba cómo el rubor coloreaba sus mejillas cada vez que me acercaba a ella, igual que cuando pasé mi mano por su muslo desnudo en la parte trasera del taxi.

Desvió la mirada hacia delante para ver si el conductor nos observaba por el retrovisor y, cuando vio que miraba a la carretera, se inclinó para besarme apasionadamente. El fuego de su beso me heló la sangre.

Fue una tortura no poder correr directamente a mi dormitorio con ella cuando nos detuvimos frente a mi apartamento. Intenté disimular mientras pagaba al conductor, pero en cuanto puso el coche en marcha, cogí a Marie de la mano y tiré de ella hacia el interior del edificio.

Era uno de los mejores de esta parte de la ciudad: un enorme rascacielos que tenía un vestíbulo con portero y en el piso una gruesa alfombra roja cuando cruzabas la puerta giratoria dorada. Era más parecido a un hotel que a una residencia privada. Tiré de Marie por el pasillo y pulsé el botón del ascensor con impaciencia.

Cuando se abrieron las puertas, entramos juntos y no pude esperar más. Pasé la mano por debajo de su falda y metí un dedo en sus bragas. Jadeó cuando la toqué y sonreí al notarla ya húmeda, tan preparada como yo. Inclinó la cabeza hacia atrás en señal de placer y respiró agitadamente mientras yo le besaba el cuello.

No supe si lo que sentía en el estómago era la subida del ascensor o la emoción de estar tan cerca de Marie. Olía increíble y su pelo se sintió sedoso cuando acerqué su cabeza para poder besarla con más urgencia.

Era como si fuera la última noche de nuestras vidas. Moriría si no pudiera tenerla.

Cuando las puertas volvieron a abrirse, la cogí en brazos y la llevé hasta la puerta de mi apartamento, presionando mi tarjeta-llave contra el lector y empujando la puerta con la cadera. La llevé directamente al dormitorio y abrí de par en par las puertas del balcón para ver las luces de Manhattan.

La ciudad estaba trabajando duro esta noche. Estaba más bonita que nunca. El cielo estaba cristalino y las luces bajo nosotros eran como un tapizado. La suave brisa que entraba en la habitación era tentadora. Me arranqué la camisa y bajé la cremallera del vestido de Marie.

Nos desnudamos en un frenético y desesperado torbellino, arrancando la ropa del cuerpo del otro hasta que ambos quedamos completamente desnudos.

Mi dormitorio era perfecto para las aventuras sexuales. Los colores eran oscuros y melancólicos. Las texturas, de terciopelo aplastado y madera dura. Mi cama era tamaño emperador y sus sábanas eran del color del vino tinto. Evité encender la luz principal, pero encendí una lámpara oscura en la mesilla de noche que proyectaba un resplandor cálido y apagado por toda la habitación.

Me sorprendí cuando me aparté de la ventana y vi a Marie arrodillándose seductoramente. Se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro y me agarró con lujuria. Mi respiración se aceleró cuando sus labios se cerraron en torno a mi polla. Incliné la cabeza hacia atrás, complacido, mientras ella succionaba, moviendo la lengua para que todo se sintiera eléctrico.

Apoyé suavemente una mano en su nuca y enrosqué los dedos en su pelo mientras ella se movía adelante y atrás. Un suave gemido se escapó de mi garganta.

Se me puso aún más dura cuando me miró mientras chupaba. Estaba tan excitado que tuve que dar un paso atrás antes de que me hiciera correr. La levanté y la tumbé en la cama. La penetré de inmediato y gimió.

Me clavó los dedos en los hombros mientras la follaba, aferrándose con más desesperación a cada nueva embestida. La penetré profundamente, disfrutando de cómo la hacía jadear cada vez. Levantó su cuerpo para presionar sus labios hambrientos sobre los míos. Sus labios se separaron de los míos y su cálida lengua se deslizó dentro de mi boca.

Me sentí tan bien. Saboreé la sensación de que se aferrara a mí y cómo me sentía dentro de ella. Recorrí con la mirada su rostro, tenía los ojos cerrados del placer, y luego sus pechos perfectos, que se inclinaban hacia arriba mientras arqueaba la espalda. Sus dedos se enroscaban en las sábanas.

Le besé la sien y le susurré al oído. "Date la vuelta".

Obedeció con impaciencia y se puso boca abajo. Le rodeé la cintura con el brazo y la puse de rodillas. Cuando estuvo a cuatro patas, volví a penetrarla y todo mi cuerpo se estremeció de placer. Me agarré a sus caderas, admirando las curvas de su cuerpo desde aquella posición. Enrosqué lentamente la mano en su pelo y ella jadeó cuando tiré de su cabeza hacia atrás lo suficiente para que su cuerpo se estirara maravillosamente. La forma en que suspiraba y ronroneaba me decía que disfrutaba cuando yo tomaba el control.

Marie respondía a cada movimiento de mi cuerpo. La forma en que nos movíamos juntos era como un arte. Cada vez que yo cambiaba de posición, ella ajustaba su cuerpo para que fuera más placentero para los dos. Cada vez que pensaba que no podía ser mejor, ella levantaba las caderas, me metía más adentro, me arañaba la espalda o emitía un sonido de placer que me llevaba al siguiente nivel.

Era la definición del éxtasis. La belleza de esta mujer, el deseo en sus ojos y la forma en que le hablaba a mi cuerpo no se parecían a nada que hubiera experimentado antes. Nunca había tenido sexo así en mi vida.

Rocé su clítoris en círculos con mi pulgar, follándomela hasta que gimió de placer. Al final, su cuerpo se estremeció y sentí cómo su cuerpo se apretaba contra mí mientras la inundaba un

orgasmo. Sonreí y le arranqué otro, mientras ella se retorcía y jadeaba. Entonces, cuando creyó que había terminado, me retiré y bajé la cabeza entre sus piernas para succionar su tierno clítoris hasta que volvió a correrse.

Después, me empujó hacia atrás y se sentó sobre mí, y sentí como aún le temblaban las piernas por el orgasmo de hacía unos segundos. Se recostó sobre mí, la sensación fue tan increíble que me hizo morderme el labio. Marie tenía un aspecto increíble. Pude ver su silueta contra las luces de la ciudad, perfecta en todos los sentidos.

Su sonrisa lo era todo. Se rio de la expresión de mi cara, sabiendo que estaba al borde del orgasmo. Me agarré a su cintura para guiar su ritmo. Cuando sintió que la instaba a ir más rápido, me cabalgó como una diosa. Gemí con fuerza cuando me arrancó un orgasmo. Me invadieron olas de éxtasis y apreté los dedos contra sus caderas mientras me estremecía.

Meneó las caderas un par de veces más hasta que no pude más y se inclinó para besarme por última vez.

El beso fue tan tierno y dulce que resultaba imposible creer que sólo lo hacía porque yo le pagaba. Quería creer que aceptar volver a mi apartamento no era algo que había hecho por una prima. No quería ser un *cliente*. Quería ser mucho más.

Alejé esos pensamientos de mi mente. Marie no me debía nada. Si lo hacía por dinero, era culpa mía. Fui yo quien llamó por primera vez a *Arm Candy* y quien la contrató por segunda vez. Si quería que esto fuera a más, tenía que hacérselo saber.

Por otro lado, tampoco quería que me rompieran el corazón. La contraté para que interpretara el papel de una mujer enamorada y si llegara a descubrir que sólo estaba haciendo su trabajo, me dolería.

Decidí que quería vivir en la fantasía un poco más. Ya vería cómo resolver el resto después. La rodeé con los brazos y la puse de lado, luego me tumbé a su lado. La besé una vez más. Me encantó su mirada cuando me devolvió el beso.

Era la mujer más sexy con la que había pasado la noche y no quería que terminara.

Capítulo Trece

Marie

Cuando me desperté, lo primero que vi fue toda la ciudad de Nueva York extendida como una manta debajo nuestro. Pude ver kilómetros de arquitectura hasta el horizonte. Las ventanas del balcón seguían abiertas, pero no me sentí expuesta aquí arriba. Me sentí increíblemente libre. El cielo era de un perfecto azul celeste y el sol brillaba hermoso.

Me volteé hacia el lado y vi que Clay estaba dormido. Me levanté sobre un codo y lo admiré. Era el hombre más guapo que había visto. Su pelo oscuro estaba maravillosamente despeinado y una sombra de barba empezaba a aparecer en su mandíbula, dándole un aspecto robusto. Me quedé mirando sus anchos hombros, las líneas rojas de donde le había arañado la noche anterior. Volví a excitarme sólo de pensarlo. Fue el mejor sexo de mi vida.

No me pidió que me fuera. No sabía lo que eso significaba. Quizás tenía mucho dinero para gastar y no le importaba lo que costara una chica de agencia. Quizás también se olvidó de que yo estaba de servicio. Eso esperaba.

Le envié a Faith otro mensaje rápido para que supiera que estaba bien. Ella no podía creer que hubiera pasado la noche con un cliente en mi primera cita de agencia. Le expliqué brevemente que ya lo conocía de antes y prometí contarle el resto más tarde.

Sin ningún otro sitio en dónde estar y con Faith tranquila, tuve tiempo de disfrutar de la mañana. Decidí prepararle el desayuno a Clay.

Una acompañante normal haría esto.

Me deslicé fuera de la cama y me puse la camisa de Clay, que aún estaba en el suelo desde la noche anterior. Le dejé durmiendo mientras me iba a explorar. Su apartamento era absolutamente increíble. Salí del dormitorio y me dirigí al salón. Era precioso, con ventanas del suelo al techo que tenían vista a la ciudad a lo largo de toda la pared del fondo. Me sentí como en la cima del mundo.

Todo era minimalista y masculino. El sofá era estrecho, con ángulos muy marcados, de cuero negro. Delante había una mesa de centro de cristal impoluto y una moderna alfombra geométrica monocromática sobre el suelo de madera. Las obras de arte de las paredes eran igualmente abstractas y en escala de grises. Tuve la sensación de que un diseñador de interiores había participado en la creación de este lugar. Todo fluía bien, pero carecía de vida.

No vi suciedad ni desorden en ninguna parte, lo que significaba que o bien tenía una buena limpiadora, o casi nunca estaba aquí. No había fotografías ni recuerdos en ninguna parte. Parecía una casa de exposición.

Atravesé el salón y entré en la cocina. Era la cocina de mis sueños. Las encimeras eran de mármol gris reluciente y los armarios blancos y brillantes. Había una preciosa lámpara colgando del techo y todo el equipamiento era elegante y moderno. Tenía una cafetera de calidad de barista, una vitrina especial para sus vinos añejos y un fregadero enorme con tres secciones

separadas.

Busqué en la nevera a ver qué encontraba para el desayuno y saqué huevos, pimientos, jamón, leche y queso. Me puse manos a la obra para hacer tortillas rellenas.

Era relajante volver a cocinar así. Hacía siglos que no tenía una cocina en la que cocinar y echaba de menos las comidas caseras. Cuando Shawn y yo estábamos juntos le hacía tres comidas al día, y todas las cocinaba con amor. Como se decidió que mi trabajo era ser esposa y ama de casa, me lo tomé muy en serio y decidí ser la mejor. No paraba de ver vídeos en TikTok e Instagram en busca de inspiración, y siempre hice que su comida quedara preciosa. Le despertaba con un desayuno preparado con cariño, le enviaba al trabajo una fiambrera elegantemente diseñada y le recibía en casa con una abundante cena. Dejó de agradecérmelo después de los primeros meses y empezó a dar por sentado que cocinaría para él, como todo lo demás que hacía.

Me entusiasmaba cocinar para Clay. Estaba segura de que había comido en los mejores restaurantes de Nueva York, pero me preguntaba cuándo fue la última vez que alguien se esforzó por mimarlo. La comida siempre sabe mejor cuando se hace con amor.

Intenté no hacer ruido mientras averiguaba cómo moler granos de café en su lujosa cafetera y cómo encender su moderna cocina con pantalla táctil. Casi había conseguido prepararlo todo y estaba poniendo las tortillas en los platos cuando Clay entró en la cocina.

Sólo llevaba calzoncillos, con los músculos luciéndose a la luz de la mañana. Se me aceleró el corazón al verlo.

Es tan sexy.

"¡Marie!", me saludó con una sonrisa. "¿Qué haces? Algo huele increíble".

"He hecho el desayuno", anuncié alegremente. "Espero que te parezca bien".

"¿Has hecho el desayuno?", sonaba encantado, y se puso ansiosamente a mi lado para mirar por encima de mi hombro. "No tenías por qué hacerlo. Podría haber pedido que me trajeran algo".

Me reí. "¿Cuándo fue la última vez que alguien cocinó para ti?".

Clay parpadeó un par de veces y luego se rio. "No sabría decirlo", confesó. "Ha pasado mucho tiempo".

Le acerqué su plato y tomó asiento en la barra del desayuno. Serví café para los dos y un vaso de zumo de naranja recién exprimido, y luego me senté a su lado para comer con él. Pasó unos minutos admirando la comida antes de probar un bocado y luego cerró los ojos de placer.

"Dios mío, Marie", gimió. "Esto es increíble".

Anoche hizo sonidos parecidos.

Se me llenó el corazón al ver lo mucho que parecía disfrutar. Se sentía bien ser apreciada por alguien. Las cosas sencillas siempre se pasaban por alto. Sí, podía ser sexy y guapa, y hacer que

un hombre se viera bien colgándome de su brazo, pero era agradable que alguien reconociera que también tenía otras cualidades. Me gustaba cuidar de la gente a la que quería.

Mientras le miraba comer, me di cuenta de que lo que sentía en el pecho era algo que llevaba mucho tiempo intentando plasmar en mis escritos. Era la chispa del verdadero romance. Cogí el teléfono, abrí la aplicación de notas y empecé a escribir rápidamente. Quería encontrar la forma de expresar este sentimiento con palabras antes de que desapareciera.

Lo miró y sintió que había entrado en su propio final feliz. Todo por lo que se había estado preocupando desapareció de repente. Sabía que no necesitaría nada más.

Clay se dio cuenta de que estaba tecleando y sonrió. "¿Qué haces?".

"Nada", dije juguetonamente, cerrando rápidamente la aplicación y apartando el teléfono.

Se rio e intentó coger mi teléfono. "Solías hacer eso con ese pequeño bloc de notas que llevabas siempre encima", dijo con complicidad. "Estás tomando notas para escribir, ¿no? Déjame ver".

Me puse colorada cuando intentó quitarme el teléfono, empujándolo juguetonamente lo recuperé.

"¡No!", solté una risita. "Es privado".

"Apuesto a que puedo adivinar tu contraseña".

"No, no puedes".

"Apuesto a que es *SexyClay69*".

Me reí a carcajadas. "En sus sueños, señor".

"Doctor, en realidad".

"Espero que esos huevos no le hagan la cabeza más grande, *doctor*".

Clay sonrió y se inclinó para besarme. "Un día harás lo mismo", predijo, alzando la voz para hacerse pasar por mí. "*No he escrito doce novelas superventas para que me llamen señorita*".

Solté una risita ante su suave burla. Siempre me hizo sentir bien conmigo misma, y estaba claro que él también me inspiraba. Hacer el amor con él y reír en su compañía me recordaba lo que había en el corazón de toda buena historia de amor. Eran estos sentimientos, aquí mismo. Estos pequeños momentos eléctricos que parecían tan pequeños, pero que te cambiaban para siempre.

Terminamos nuestra comida y Clay empezó a tocarme de nuevo casi de inmediato.

"Tengo que decir que estás increíble con mi camiseta".

"Y tú te ves bastante bien sin nada".

Me acercó y apretó sus labios contra los míos. Me derretí en sus brazos y le rodeé la cintura

con las piernas. Me levantó y me llevó al dormitorio. Me tumbó para volver a hacerme el amor. No recordaba la última vez que me sentí tan feliz. No quería que se acabara nunca.

Capítulo Catorce

Clay

No tenía sentido que Marie se pasara toda la tarde con el vestido negro de encaje, así que la convencí para que no se pusiera nada. Después de tener sexo en la ducha, salimos desnudos y nos quedamos así toda la tarde.

Se rio cuando la llevé al salón sin ropa.

"¿No nos verá la gente?", preguntó.

"No aquí arriba", le prometí. "Y si nos ven, tienen mucha suerte. Estás increíble".

Pareció complacida por el cumplido y vino conmigo al sofá. Me puse un albornoz lo bastante largo para aceptar la pizza que había pedido, y pusimos una película para tener algo de ruido de fondo mientras comíamos.

A Marie se le iluminaron los ojos cuando empezaron los créditos.

"Es una de mis películas favoritas de todos los tiempos", me dijo contenta. "Hugh Grant es adorable".

Hice una mueca. "¿De verdad? ¿Hugh Grant? ¿No te parece un poco... *meh?*".

Me pasó un dedo por el bíceps. "No todos los hombres pueden tener músculos como los tuyos, Clay. Quiero decir, ¿cómo encuentras tiempo para hacer ejercicio siendo cirujano?".

"En realidad es muy importante", le dije. "A veces estoy en el quirófano seis, siete, incluso ocho horas o más. Necesitas resistencia y gozar de buena salud física. No se trata sólo de vanidad. Encuentro el tiempo porque es importante".

Los ojos de Marie eran suaves y llenos de afecto. "Me encanta lo mucho que te importa tu trabajo. Es increíble".

Me recosté en el sofá y suspiré. Miré a Marie y me pregunté si debía mantener las cosas ligeras y despreocupadas, o si debía dejarme llevar por este sentimiento de cercanía. Ya traspasamos todos los límites físicos. Quizá no fuera tan extraño cruzar algunos límites emocionales. Resultaba agradable tener cerca a alguien que me conociera de verdad, en lugar de a gente que fingía que le caía bien para impulsar su propia carrera o entrar en mi cuenta bancaria.

"Cuando me separé de mi mujer, sentí que las paredes se cerraban", admití. "La quería de verdad, y de repente ya no estaba. No estaba cerca de mi familia, mis amigos no eran realmente mis amigos y todo me parecía vacío".

"Durante mucho tiempo me rendí por completo. Sentía que Sophie era la única persona que realmente tenía. Cuando me dejó y se fue con otro tipo habiendo pasado poco tiempo, mi mundo se vino abajo".

Mi corazón se compadeció de ella. Sabía exactamente lo que era ser abandonado por alguien

que había prometido amarte. Le toqué el brazo en un gesto silencioso de comprensión.

"Mi familia nunca quiso saber nada de mí. Mi amigo Mal es increíble, pero ambos tenemos horarios de trabajo increíblemente intensos, lo que significa que puede ser difícil cogerle fuera del hospital". Mis hombros se hundieron. "Me sentí muy solo".

Hice una pausa y miré hacia Marie para ver cómo se lo tomaba. Le conté lo que había en lo más profundo de mi corazón. Había recogido las piernas y escuchaba con una expresión amable y compasiva. No me sentí idiota por contarle todo esto. Parecía entenderlo. Y lo que es más importante, parecía importarle.

"Durante el primer año después de que Sophie me dejara hice todas las cosas mal. Traté de encontrar alivio bebiendo. Estaba cabreado con mi familia porque no les importaba nada lo que me pasara, y decidí que ya estaba harto de intentar ser lo que todo el mundo quería que fuera".

"Toda mi vida aspiré a la perfección, y cuando Sophie se fue quedó muy claro que la perfección no era posible. Nunca iba a ser tan bueno como Madison o Frankie a los ojos de mis padres. Nunca iba a ser respetado como cirujano, porque todo el mundo pensaba que me dieron el trabajo sólo por ser un Alford. Y la única persona de mi vida que veía quién era yo realmente se había marchado de mi vida sin pensárselo dos veces".

Me hundí en el sofá, sintiendo que la desesperación de aquella época de mi vida seguía pesándome. Marie deslizó su mano sobre la mía.

"Estaba deprimido. Estaba enfadado. Bebía a todas horas", continué. "Estuve a punto de tirar por la borda toda mi carrera por beber antes de operar. Si Mal no me hubiera impedido entrar en quirófano aquel día, podría haber matado a alguien. Alguien del hospital les contó a mis padres que me había emborrachado en el trabajo y me dijeron que arreglara mi mierda o que me fuera del hospital".

"Sabía que hablaban en serio, así que empecé a cambiar las cosas. Dejé de beber y recuperé mi carrera, pero mi familia estaba indignada con lo que hice. Si la prensa se hubiera enterado de que uno de los Alford se había emborrachado en el trabajo, podrían haber hundido a todo el grupo del hospital".

Dejé caer los hombros y me froté la cara miserablemente.

"Me arrepiento mucho", le dije. "Cuando pienso en ello, me pongo furioso conmigo mismo. Fue muy peligroso. Ese no es el tipo de cirujano que quiero ser. Ser un buen médico nunca debe consistir en marcar casillas. Siempre debe centrarse en el paciente".

"Cuando me di cuenta, todo fue más fácil. Comprendí que nunca sería perfecto para mis padres ni para mis colegas, pero que si me esforzaba, podría hacer mucho bien como cirujano".

Desvié la mirada hacia Marie y vi que me escuchaba con atención. Esperaba que pusiera cara de asco cuando le confesé que había bebido antes de una operación, pero su expresión sólo mostraba empatía.

"Así que me dediqué a mi trabajo para intentar encontrar un propósito. Estos últimos años me he obsesionado con ser el mejor cirujano posible y ayudar a tanta gente como pueda".

Solté un largo suspiro y sonreí, consciente de que había soltado un monólogo bastante largo. "Resumiendo, por eso he estado haciendo tanto ejercicio".

Marie me puso una mano en el brazo. "Creo que es increíble que hayas dado la vuelta a todo, Clay", dijo. "Tu familia siempre ha sido muy dura contigo. Seguro que fue horrible que te dieran la espalda cuando más los necesitabas. Yo también me habría enfadado".

"Para ser capaz de tomar toda esa decepción y rabia y convertirla en algo bueno hace falta alguien realmente especial". Me sonrió cálidamente. "Me alegro de que no echaras por la borda tu sueño. Y no necesitas demostrarle nada a tu padre. Como tú dices, se trata de los pacientes. Y apuesto a que podrías llenar libros con historias sobre las vidas que has cambiado".

Se me hizo un nudo en la garganta de emoción. Marie no tenía ni idea de lo mucho que significaban sus palabras para mí. Era muy duro conmigo mismo todo el tiempo por no haber estado nunca a la altura de las expectativas de mis padres y por no haber estado a la altura de las mías después del divorcio. Había cometido errores muy graves y me costaba perdonarme.

Pero cuando Marie me dijo que yo era especial, parte de esa vergüenza desapareció. Me hizo sentir que podía seguir adelante y recuperar mi orgullo, como médico y como hombre.

"Gracias, Marie", dije en voz baja. "Te lo agradezco".

"Comprendo la presión de intentar cumplir un papel", continuó. "Yo cambié completamente por Shawn".

"Trabajaba como ayudante en una editorial, aprendiendo más sobre el proceso, como había hecho mi padre. Me sentía inspirada cada día, rodeada de tanta literatura y gente creativa. Las discusiones en aquel lugar eran simplemente hermosas. A todo el mundo le importaba lo que estábamos creando. Me encantaba".

"Pero Shawn me convenció para que dimitiera. Al principio me dijo que nunca tendría tiempo para escribir mis propios libros si dedicaba toda mi energía a ser ayudante de alguien. Actuó como si fuera noble y apoyara mi sueño cuando dijo que nos apoyaría a los dos. Me dijo que dejara mi trabajo y escribiera a tiempo completo. Dijo que creía en mí".

Puso los ojos en blanco como si esa idea le pareciera ahora ridícula y metió sus pies debajo de los míos mientras se acurrucaba en una posición más cómoda para seguir hablando.

"Pero cuando dejé el trabajo, empezó a hacer todos esos comentarios sobre cómo la casa no estaba lo suficientemente limpia y que estaría bien que hubiera cena en la mesa cuando llegara a casa. Empezó a decir que estaría bien que yo hiciera algo mientras él trabajaba todo el día".

"Y antes de que me diera cuenta, dejé de escribir para cocinar, limpiar y recoger sus cosas porque me hacía sentir culpable de que él estuviera trabajando y yo en casa sin hacer nada. En un abrir y cerrar de ojos, de repente, era ama de casa. Pasaron los meses, luego los años, y cada vez me costaba más encontrar la inspiración para escribir".

Sentí una oleada de rabia dentro de mi pecho al pensar en la creatividad de Marie siendo absorbida por un tipo que no la apreciaba ni tenía el deseo de alimentar su talento. La pasión de Marie era uno de sus mayores atractivos. ¿Cómo podía alguien animarla a dejarlo todo?

"Cuando le dije que quería volver a trabajar, me dijo que llevaba demasiado tiempo fuera de la oficina, que me costaría encontrar otro empleo. Me dijo que nos iba bien, que estábamos bien económicamente y que siguiéramos como estábamos. Así que, como una idiota, eso es lo que hice".

Sacudió la cabeza con autodesprecio y sentí que la rabia me subía por las entrañas. Me enfurecía pensar que alguien la hubiera manipulado así.

"Empecé a deprimirme, porque no había nada en mi vida que me hiciera sentir bien conmigo misma. No tenía autoestima porque la vida me pasaba por encima. Fue entonces cuando Shawn empezó a hablar de tener hijos".

Marie suspiró pesadamente.

"Me dijo que parecía triste y que probablemente tenía ganas de tener un bebé. Empezó a hablar de que todas las mujeres de mi edad querían tener hijos y me convenció de que debíamos formar una familia. Así que eso se convirtió en nuestra prioridad. Intentamos concebir durante meses, pero nunca lo conseguimos". Tragó saliva y se le llenaron los ojos de lágrimas. "Ni siquiera sé si podré tenerlos. No pudimos conseguirlo".

"Me sentía culpable por no poder darle la familia que quería, lo que hacía más difícil escribir. Me despertaba cada mañana y veía una vida que no reconocía. Perdí mi trabajo y a todos mis amigos y compañeros, fracasé en mi pasión y no podía darle hijos a mi marido. No tenía motivación para escribir. No tenía nada que decir".

Marie respiró hondo y temblorosamente, luego su expresión triste se suavizó de repente. Me miró y sonrió.

"Hoy me he levantado y no me sentía miserable", confesó. "Mi cabeza empezó a zumbar como solía hacerlo, en el buen sentido. Entonces empezaron a fluir las palabras y me entraron ganas de escribirlas. Me sentí inspirada".

Me miró de reojo con cautela. "Creo que es porque ya nadie me encasilla. Y creo que es porque estoy pasando tiempo con alguien que siempre apoyó de verdad mi sueño".

Se me hizo un nudo en la garganta de la emoción. Marie siempre fue una persona tan creativa y apasionada. Era duro oír que alguien en su vida la desgastó y aplastó su espíritu. Fue increíblemente conmovedor que dijera que el tiempo que había pasado conmigo la estaba haciendo sentirse inspirada de nuevo. Me sentí muy honrado.

"Me alegro", le dije sinceramente. "Espero que tu inspiración continúe. Has nacido para escribir".

Su sonrisa iluminó la habitación y quise besarla de nuevo. Me encantaba lo feliz que era cuando estábamos juntos. Me esforcé mucho por redimirme de los errores que cometí en el pasado y siempre estaba dudando de mí mismo, pero Marie me hacía sentir que hacía las cosas bien. Cuando estaba con ella, era el hombre que quería ser.

Cogió un trozo de pizza, lo mordisqueó y volvió a centrar su atención en la televisión. Se reía mientras Hugh Grant se confundía de discurso delante de Julia Roberts.

Me quedé mirándola, extrañamente emocionado. Estar cerca de ella me hacía sentir muchas cosas; cosas que no entendía del todo. Sólo sabía que estar cerca de Marie hacía que el pasado pareciera menos importante y que el futuro pareciera más brillante.

Ojalá supiera lo que esto era realmente.

Mis sentimientos por ella crecían rápidamente y no quería dejarme llevar. Pagué la cita de anoche y la anterior. A menos que se lo preguntara directamente, nunca sabría si el dinero era la verdadera razón por la que estaba aquí. Pero estaba demasiado asustado para hacer la pregunta, por si su respuesta me rompía el corazón.

Capítulo Quince

Marie

Fui a la fiesta con Clay el jueves por la noche y me citó de nuevo el viernes por la noche. Me quedé y me levanté con él el sábado. Pasamos un día maravilloso juntos haciendo el amor, viendo comedias románticas y hablando de todo. Cuando la noche llegó a su fin, Clay me preguntó si me quedaría otra vez. Con el corazón agitado, acepté encantada.

Era domingo y seguía en casa de Clay. La noche anterior me dormí en sus brazos y ahora me despertaba sintiendo cómo me acariciaba el cuello y me pasaba la mano por el muslo. Sonreí y fingí ignorarlo, juguetonamente. Se dio cuenta de mi juego y se burló de mí pasándome un dedo lentamente por el centro para llamar mi atención. Ahogué una risita y él se rio, inclinándose sobre mí y presionando sus labios sobre los míos.

"Sé que estás despierta, Marie". Me mordisqueó juguetonamente el lóbulo de la oreja. "Me estás tomando el pelo".

"Estaba teniendo un sueño maravilloso", respondí en un susurro seductor. "Un apuesto doctor me llevaba a su apartamento y me hacía el amor durante horas".

Se rio entre dientes. "Sí que parece un buen sueño".

"Sería una pena despertar".

"Estoy seguro de que puedo hacerlo mejor que ese tipo".

Pasó los brazos por debajo de mí y rodó sobre su espalda, de modo que me encontré encima de él. Por fin abrí los ojos y sonreí al ver su hermoso rostro a la luz de la mañana. Tenía los ojos arrugados en una sonrisa traviesa y se mordía lentamente el labio mientras recorría con la mirada mi cuerpo desnudo.

Seguía en esa maravillosa calma brumosa que persiste después de despertarse mientras él seguía frotándome el clítoris con el pulgar. Su tacto me produjo un dulce cosquilleo eléctrico que recorrió lentamente mi cuerpo. Suspiré satisfecha, completamente relajada y muy excitada.

Cerré los ojos mientras me masajeaba hasta que sentí la cúspide de un orgasmo a punto de estallar. Me hundí en su gruesa y dura polla y dejé que la sensación se extendiera por todo mi cuerpo. Las manos de Clay se movieron hacia mis caderas mientras me miraba con una expresión de hambre carnal en los ojos. Me toqué mientras empezaba a sacudirme contra él. El orgasmo que había estado tan cerca se apoderó de mí y jadeé, mareada por el placer.

Clay sonrió al verme correr y levantó la parte superior de su cuerpo para rodearme la cintura con los brazos y besarme mientras yo aún estaba en pleno éxtasis. Me aferré a él y gemí de satisfacción, luego volví a sacudir mis caderas contra él, sintiéndolo muy dentro de mí.

Volvimos a hacer el amor, tomándonos nuestro tiempo para saborear cada deliciosa sensación. Al final, Clay se desplomó sin aliento a mi lado tras otra sesión de sexo apasionado. Sonrió satisfecho y me besó con afecto. Luego suspiró fuertemente, miró el reloj y gimió.

"Soy el cirujano de guardia esta noche", me dijo de mala gana. "Voy a tener que irme pronto".

Se me encogió el corazón. Llevaba todo el fin de semana en las nubes y no estaba dispuesta a que todo acabara tan pronto. Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido pura felicidad. No había pensado ni una sola vez en Shawn, ni en la deuda, ni en nada de lo que estaba pensando. Todo desapareció por completo.

Me tapé con las sábanas y me pasé un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja, acercando las rodillas al pecho. De repente me sentí tan desinflada. No estaba preparada para irme.

Forcé una sonrisa. "Debería irme de todos modos", dije. "Tengo una docena de cosas que debería estar haciendo ahora mismo. No puedo apoyarme en Faith para siempre".

Clay asintió y se inclinó hacia delante para besarme la frente. "Voy a darme una ducha. ¿Me acompañas?".

Sonreí y le seguí al baño. Nos besamos y acariciamos bajo los chorros de vapor de su enorme ducha, sin acordarnos entre beso y beso apenas de lavarnos el pelo con champú y la piel con jabón.

Poco después los dos estábamos vestidos y era hora de despedirnos. Volví a ponerme el vestido que llevaba el viernes por la noche, me calcé los tacones y me quedé junto a la puerta del apartamento, esperando que Clay me dijera cuándo quería volver a verme.

En lugar de eso, hizo algo que me hizo querer gritar de frustración. Volvió a sacar la maldita chequera.

"Esto es para ti", dijo.

Miré la disparatada cifra: 200.000 dólares, y me hirvió la sangre. Habíamos pasado todo el fin de semana acurrucados uno junto al otro como amantes y hablando de nuestras esperanzas y sueños. Habíamos intimado en más de un sentido. Entonces, ¿por qué me trataba como a una puta?

Me quedé mirando el papelito y me tragué la bola de furia que se me estaba formando en la garganta.

En el fondo de mi mente, me preguntaba si yo era la idiota. Al fin y al cabo, Clay me había reservado a través de *Arm Candy* el viernes por la noche. Nunca pretendió que esto fuera una cita.

¿Me dejé llevar porque lo deseaba tanto? ¿Era todo una tonta fantasía, como cuando tenía dieciséis años?

Quería llamarle idiota y preguntarle a qué demonios estaba jugando, pero mantuve la voz firme cuando le hablé.

"No creía que este fin de semana estuviera en el reloj", dije tensa. "Tenía la sensación de que tal vez pasaba algo más, pero ahora me siento estúpida porque está claro que sólo estabas pagando por un servicio". Metí el cheque en el bolso, con las mejillas enrojecidas por la

vergüenza y las lágrimas brotando de mis ojos. "No pasa nada. Ahora lo entiendo perfectamente".

La expresión de Clay era imposible de leer. Se le había ido el color de la cara y sus labios se entreabrieron de asombro por lo que le había dicho. Tropezó con sus palabras mientras intentaba explicarse.

"Lo siento, Marie. No pretendía confundir las cosas. No quería tratarte como..."

" ¿una acompañante?". Lo fulminé con la mirada. "¿Sabes qué? La culpa es mía. No debería haber aceptado el trabajo de la agencia si esperaba algo más. Fui yo quien confundió las cosas. Pero ahora sé a qué atenerme. Adiós, Clay".

Salí de su apartamento antes de que pudiera decir nada más. No quería que me viera llorar. En cuanto llegué al pasillo, se me saltaron las lágrimas.

Soy una tonta.

Faith estaba en lo correcto. Estaba tan desesperada por que alguien me hiciera sentir especial que confundí la lujuria con una conexión romántica. Mientras yo lo adulaba como una patética colegiala enamorada, Clay estaba disfrutando por lo que había pagado. Si quería que alguien se encaprichara de él y le hiciera ojitos, consiguió lo que quería. Estuve enfermizamente pegajosa todo el fin de semana.

Pero no era una actuación.

Clay me siguió hasta el vestíbulo, me agarró de la muñeca y me hizo girar para que le mirara. Parecía angustiado, con el ceño fruncido por el arrepentimiento.

"¿Cuándo podré volver a verte?", preguntó desesperado. "Déjame arreglar esto, Marie".

Aparté el brazo y levanté la cabeza, intentando mantener algo de dignidad. "No creo que volver a vernos sea una buena idea, Clay", dije con calma. "Estoy avergonzada. Gracias por la oportunidad de trabajo y por pagarme tan bien, pero no quiero volver a hacerlo. La próxima vez que llames a la agencia, no seré la chica que consigas".

Parecía culpable y bajó los hombros. Asintió lentamente. "Lo entiendo", dijo. "Siento haberla cagado tanto. No sabía cómo manejarlo".

¿Qué clase de disculpa es ésa?

No quería que me pidiera perdón. Quería que cogiera el cheque de vuelta, me dijera que malinterpretó la situación y me prometiera que todo fue real. Quería que dijera o hiciera cualquier cosa que me hiciera sentir menos estúpida.

Pero se quedó allí, con la cabeza gacha, sin decir nada. Lo único que entendí de su disculpa es que lamentaba que me hubiera confundido. Yo era una chica tonta de la agencia que se dejó llevar y él lamentaba que yo hubiera malinterpretado la situación. Al darme cuenta de que no había nada más que decir, me despedí por última vez.

"Buena suerte con todo, Clay", le dije en voz baja. "Espero que consigas entrar en la junta".

Le di la espalda y no miré atrás mientras pulsaba el botón del ascensor y esperaba a que llegara. En cuanto entré y las puertas se cerraron tras de mí, empecé a llorar de nuevo. Me había ido con un cheque lo bastante grande como para solucionar todos mis problemas, pero no había dinero en el mundo que pudiera llenar el vacío que sentía al dejar a Clay. No quería su dinero. Le quería *a él*.

Me sentí ridícula con los tacones de aguja puestos.

Parecía una puta.

Tan rápido como pude, pedí un Uber en mi móvil y me recogieron. Me sentí aliviada cuando por fin llegué al apartamento de Faith y pude cerrar la puerta tras de mí. Vi una nota de Faith en la mesita, diciéndome que había quedado para comer con un cliente.

Me sentí más sola que nunca, me quité los zapatos, me puse una camiseta holgada y me metí en la cama de invitados. Lloré durante más de una hora mientras pensaba en lo estúpida que fui y en lo mucho que me dolía haberme sentido tan maravillosa y que me lo hubieran arrebatado todo tan rápido.

Cuando se me secaron las lágrimas, empecé a mirar el móvil sin pensar para distraerme. Revisé mis correos electrónicos y vi que Shawn me había reenviado un mensaje de uno de sus acreedores con un mensaje desesperado.

Marie, las cosas van mal. Si no pago esto antes de la fecha límite, voy a acabar en la calle. Si alguna vez me quisiste, por favor, ayúdame.

Me quedé mirando el mensaje y la rabia me erizó la piel.

Nada de esto es culpa mía.

Estuve apoyando a Shawn durante años después de descubrir su problema e hice todo lo que estaba a mi alcance para ayudarle a recuperarse y salvar nuestro matrimonio. Él simplemente se burló de mis intentos de ayuda y se cavó un agujero más profundo. Tiré por la borda mis sueños por ese hombre. Me sentí humillada por sus mentiras y su traición. ¿Y ahora quería que lo arreglara?

Pensé en el cheque que llevaba en el bolso. Podría pagar todo lo que exigía el acreedor.

Pero no voy a hacerlo.

Lo poco que me quedaba de simpatía se desvaneció. Shawn hizo su cama y podía tumbarse en ella. Me cansé de pagarle la fianza. Si tenía doscientos mil, iba a utilizarlos para mejorar mi vida y seguir mis sueños. Si hacía falta, usaría hasta el último céntimo para pagar a un abogado y asegurarme de que no se llevara nada.

Escribí furiosamente una respuesta.

No voy a pagar ni un maldito céntimo más de tu deuda, Shawn. No te debo nada. Firma los

papeles del divorcio.

Capítulo Dieciséis

Clay

No volví a llamar a *Arm Candy* después de mi fin de semana con Marie. Comprendí, demasiado tarde, que Marie había considerado su tiempo conmigo como algo más que un simple trabajo. Cuando le di el dinero, pensé que estaba haciendo lo correcto al pagarle por el tiempo que pasó conmigo, ya que estaba oficialmente "en servicio". Fue un gran error.

El hecho de haber vuelto a conectar con ella a través de una agencia de acompañantes desdibujó los límites entre el romance y el servicio. Yo estuve esperando una señal más clara por su parte sobre lo que significaban las cosas antes de dar el paso. No quería ser un cliente espeluznante cruzando líneas y esperaba que ella fuera la primera en decirme que quería verme fuera del tiempo de la agencia.

Si hubiera sabido que ella vería el pago como una señal de que yo estaba desinteresado o que sólo la veía como acompañante, habría hecho las cosas de otra manera. Desde luego, no habría pagado una suma tan ridícula, pensando que estaba siendo todo un caballero que le hacía la vida más fácil. Todo lo que hice fue hacerla sentir barata.

Habían pasado dos semanas desde que se marchó llorando de mi apartamento y yo no había podido dejar de pensar en ella y de enfadarme conmigo mismo por haberla cagado tanto. El tiempo que pasé con Marie me hizo sentir vivo, como hacía años que no me sentía, y ahora todo me parecía superficial.

Ya me había sentido vacío antes. Era como un estado natural en mí, pero esta vez ese vacío era más difícil de llenar. No quería salir a beber ni intentar acostarme con cualquiera porque ahora sabía que sólo había una forma de llenar el vacío. Marie.

Me sentía frustrado y desconcentrado. Estuve en la cima del mundo con Marie en mi vida y perderla me trajo de vuelta a la tierra. Estaba inquieto y agitado. Todo me cabreaba. Mi mente no paraba de divagar.

La echaba de menos y me preocupaba cómo estaría. También era consciente de que mis mentiras se desmoronaban a mi alrededor. El otro día me había encontrado con Frankie y me había preguntado cómo iban los preparativos de la boda. Me costaba decirle a la gente que Marie era una acompañante, así que le había dicho que las cosas iban bien. Lo que sabía mi familia era que yo era un hombre felizmente comprometido.

Mal se cruzó conmigo en el vestuario mientras me cambiaba para la operación y parecía preocupado.

"¿Estás bien, Clay?", me preguntó. "Pareces fuera de ti".

Fruncí el ceño. Últimamente había perdido la concentración en un par de ocasiones, como cuando me preparé para una operación de bypass y me encontré a la paciente de la mastectomía en la mesa porque me confundí de horario o cuando fui incapaz de recordar las palabras "aorta abdominal". Parecía que Malcolm me había estado observando de cerca para darse cuenta.

"Estoy bien", dije con firmeza. "Sólo sobrecargado de trabajo".

"Quizá deberías pasar de la operación de hoy", sugirió. "Hoy le toca a Thompson. Puede aguantarlo".

Le miré como si estuviera loco.

"*¿Pasar?*". Me burlé. "Estoy seguro de que eso iría bien con la junta". Cerré la puerta de mi taquilla de un portazo. "Asumirán que estoy borracho. No voy a cancelar nada".

Mal suspiró. "Te dije que no te encariñaras con ella, tío".

"Bueno, gracias por el consejo".

Apreté la mandíbula y me contuve para no decir nada más. Sería fácil arremeter contra Malcolm por cuidarme, pero no estaba haciendo nada malo. Como siempre, sólo estaba cuidando de mí. Me había visto antes en malas situaciones, cuando mi mente estaba en otra parte.

Le di una palmadita en el hombro al pasar junto a él de camino al pasillo.

"Sé que estás preocupado -le dije-, pero la verdad es que estoy bien. Sólo un poco cansado, eso es todo".

"Si tú lo dices. Ya sabes dónde estoy si necesitas hablar".

Salí de los vestuarios y me dirigí al quirófano para realizar una apendicectomía laparoscópica. Me preparé, me acerqué a la mesa y pronto tuve un bisturí en la mano. Mientras realizaba una operación que ya había hecho miles de veces, mi mente no dejaba de divagar.

Nunca encontraré otra mujer como Marie.

Apretando la mandíbula, volví a centrarme en la operación. Levanté los ojos hacia el monitor, moví la cámara para ver mejor el apéndice inflamado y cambié de instrumento para prepararme para extirparlo.

Estar con ella era lo más cerca que estuve nunca de la felicidad.

Mi mano resbaló y sentí que mi instrumento rozaba algo que no debía. Se levantó un olor desagradable.

"Joder", maldije. "He cortado el intestino. Vamos a tener que abrirla".

De repente, mi pequeña cirugía se convirtió en una cirugía abierta y complicada. Esto duplicaría el tiempo de recuperación de mi paciente, una niña de catorce años. Por no mencionar el hecho de que acababa de exponerla al riesgo de toda una serie de infecciones y complicaciones.

Le pasé el bisturí por el bajo vientre y contuve la respiración concentrado, desesperado por no hacerle más daño.

La operación continuó sin problemas, pero ya había cometido un error. Cuando salí del

quirófano, tenía la cabeza hecha un lío. Era una operación sencilla y la había cagado. Estaba furioso conmigo mismo.

Me quité la bata lo más rápido que pude y salí corriendo a la zona estéril para frotarme las manos en el lavabo.

El Dr. Fickman, el anestesista, me pisaba los talones.

"¿Qué ha sido eso?", me preguntó. "Nunca te había visto tener un desliz en cirugía. También llegas tarde y le hablas bruscamente a las enfermeras. ¿Qué demonios te pasa? ¿Has vuelto a beber?".

Fruncí el ceño. "No estoy bebiendo. Incluso los mejores cirujanos cometen errores de vez en cuando. Sólo soy humano, Tom".

"Era una operación sencilla. Un juego de niños para ti. No deberías cometer errores cuando hablamos de lo básico, Clay. No sé qué te pasa, pero quizá deberías tomarte una excedencia por un tiempo. Vas a acabar mutilando a alguien de por vida o, peor aún, matando a alguien".

"Estoy bien. No volverá a ocurrir".

Terminé de lavarme las manos y volví a los vestuarios para ponerme la ropa de diario. Cada movimiento me resultaba forzado y mi mente se volvía loca. Me invadió una oleada de pánico.

Estaba trabajando muy duro para ganarme el respeto de mis compañeros y aún más para mantenerlo. Me estaba esforzando al máximo para compensar las imprudencias de mi pasado y estaba dándolo todo para ser un cirujano digno y un buen médico.

¿Cómo demonios pude cometer un error así?

Una vez vestido, me dirigí al despacho de Angie, en el ala de administración. Sabía que pronto se correría la voz de mi error en la junta y me vería ahogado en procedimientos e informes. Quería adelantarme y afrontarlo con la cabeza bien alta. Estaba decidida a no encontrar alivio en una botella esta vez.

Al acercarme al despacho de Angie, vi una figura familiar delante y estuve a punto de girar inmediatamente y alejarme. La terquedad y el orgullo me mantuvieron caminando hacia ella.

Madison levantó la vista cuando oyó mis pasos y puso cara de alegría al ver que era yo. Supe que ya se había enterado de mi metedura de pata por la forma en que torció los labios.

"¡Clay!", saludó. "Siento oír que tu operación no fue bien esta tarde. Tengo que decir que me estremecí un poco cuando me enteré de lo que pasó. ¿Realmente estropeaste una apendicectomía?".

"Hubo una complicación menor, pero la paciente se recuperará completamente", respondí con brío. "Ocurre en una de cada diez cirugías".

"Sí, pero no es genial cuando un Alford es ese uno de cada diez, ¿verdad? Papá va a querer investigar cómo ocurrió".

"La visibilidad era escasa y tenía calambres en la mano", respondí. "No hay nada más que eso. Me aseguraré de que el paciente reciba excelentes cuidados posteriores".

Madison se burló. "Esperemos que la familia no nos demande".

"Firmaron los formularios de consentimiento. Conocían el riesgo".

"Es posible. Pero no pagaron este hospital ni te exigieron a ti como cirujano para que esos riesgos se hicieran realidad. Se supone que eres mejor que las otras opciones".

"Necesito hablar con Angie".

Pasé junto a mi hermana y entré en el despacho de Angie. Estaba sentada en su escritorio, junto a la ventana que daba al ala de pediatría, y llevaba otro top escandalosamente escotado y una falda lápiz ceñida. No tenía ni idea de cómo se las arreglaba para caminar por los pasillos con unos tacones tan altos. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño apretado. Sonrió y terminó rápidamente su llamada cuando entré.

"Clay", me dijo. "Pensé que estarías por aquí. Me he enterado de lo que ha pasado".

Me senté frente a ella. "Quiero pedir una excedencia".

Cuando Fickman lo había sugerido, se me había revuelto el estómago, pero tenía razón. No podía hacer mi trabajo mientras todos cuchicheaban a mis espaldas. Perdería la calma y alguien saldría herido. Era mejor que me tomara una o dos semanas y recuperara la compostura, aunque eso significara herir un poco mi ego.

Angie se rio. "Da la casualidad de que tengo unas vacaciones programadas la semana que viene en el Caribe. Sabes, no sería ningún problema reservarte un billete para mi vuelo. Mi habitación es doble". Se mordió el labio coquetamente. "¿Qué mejor manera de desconectar?".

Puse los ojos en blanco. Sabía que Angie sólo bromeaba a medias. Llevaba años coqueteándome y sabía que si cedía un centímetro, ella se llevaría un kilómetro.

"No, gracias", respondí. "Sólo dame de baja por dos semanas. Inmediatamente".

Angie se enfadó por mi rechazo, pero se tomó en serio mi petición. Se enderezó, encendió el ordenador y me ofreció otra opción.

"Una excedencia no quedaría bien", me dijo. "Francamente, parecería que huyes de la escena de un crimen. Te sugiero que busques una explicación más favorable para ausentarte. La semana que viene hay un congreso de cirugía en Miami. ¿Por qué no vas?".

"¿Qué clase de conferencia?".

"Organizada por la Asociación Americana de Cirugía. Habrá algunos premios, unas cuantas revisiones de casos de estudios clínicos...". Desvió la mirada hacia la pantalla para leer más partes del programa. "Una revisión por pares sobre el agotamiento de los cirujanos". Sonrió con satisfacción. "Esa es buena".

Se sentó y me sonrió agradablemente. No me gustaba que me dejara escapar tan fácilmente.

Parecía que tuviera un motivo oculto. Pero quizá enviarme a una conferencia fuera la mejor táctica para el hospital en aquel momento. Me sacaba de la línea de fuego sin reclamar responsabilidad por el error. Podrían calmar a la familia del paciente mientras yo estaba fuera y suavizar las cosas.

"Es la mejor opción", dijo. "Te hace quedar mejor y puede que incluso aprendas un par de cosas. Y Florida es preciosa en esta época del año. Estoy segura de que incluso tendrías algunas oportunidades para sentarte y relajarte".

Asentí con fuerza. "De acuerdo".

Angie sonrió alegremente. "Excelente. ¿Quieres que haga los preparativos del viaje y te haga la reserva?".

"Sí, gracias".

Estaba demasiado dispuesta a ayudar y eso me inquietó. Volvió a centrar su atención en la pantalla e inmediatamente empezó a disparar al teclado.

"Déjamelo a mí, Clay. Lo arreglaré todo".

Chapter Diecisiete

Marie

Pulsé "enviar" en otro correo electrónico de solicitud. Como Clay me pagó el fin de semana que pasamos juntos, pude apartarme de *Arm Candy* y empezar a buscar un trabajo más tradicional. Estaba solicitando puestos de ayudante en oficinas comerciales y editoriales, dispuesta a abrirme camino desde abajo. Me daba igual lo que hiciera mientras trabajara.

También buscaba piso. Tenía suficiente dinero para pagar la fianza y me alegré de no tener que molestar a Faith, pero ella insistió en que me quedara hasta que me hicieran una oferta de trabajo, para que pudiera elegir un lugar al que me resultara fácil desplazarme.

Al principio se sintió un poco decepcionada cuando le dije que no quería más turnos de agencia, pero comprendió que había sido una solución temporal y me apoyaba en la búsqueda de otro trabajo.

Las cosas no iban tan mal. Tenía suficiente dinero en el banco para aguantar varios meses hasta que las cosas cambiaran. No había vuelto a saber nada de Shawn desde que le dije que no estaba dispuesta a ayudarle con más facturas, y volví a escribir.

Inicialmente, al dejar de ver a Clay, me sentí completamente perdida y desanimada. Estaba enfadada por haberme dejado enamorar de alguien tan fácilmente después de todo lo que pasó con Shawn. Me sentí como una idiota e ingenua y lo único que quería era llorar.

Pero cuando las lágrimas se secaron, me di cuenta de que la inspiración seguía ahí. Recordé las notas que había puesto en mi teléfono la mañana que desayuné con Clay. Cuando volví a leerlas, me invadió el recuerdo de cómo me sentí cuando las escribí y, de repente, me resultó fácil ponerme en la piel de una heroína romántica en busca de su "felices por siempre".

Abrí otra página web de búsqueda de empleo y me puse a hojear los listados mientras pensaba en todo lo que pasó y en mi futuro. En un mundo ideal, mi libro caería mágicamente en manos de un editor y empezaría a volar de las estanterías. En realidad, aún no tenía la confianza suficiente para empezar a enviarlo a ninguna parte.

Escribir una historia de amor fue terapéutico. A medida que escribía los capítulos, volcaba en las páginas todas mis emociones: la tristeza y la pérdida, la traición y el arrepentimiento, pero también la alegría, la emoción, la pasión y el deseo. Cuando cerré los ojos, volví a envolverme en los brazos de Clay y, de repente, mis personajes estaban llenos de química. Nunca había escrito algo tan real.

En dos semanas, el libro a medio terminar que llevaba años acumulando polvo estaba terminado. Y era bueno. Al menos, *yo pensaba* que era bueno.

Yo sólo quería la opinión de una persona.

Recordé que le había prometido a Clay que lo leería cuando lo terminara. Una punzada de tristeza me atravesó al pensar en él. Cuando volvimos a conectar después de tantos años, aún recordaba mi pequeño sueño. Aún creía en mí.

Ahora que estaba terminado, lo único que quería era compartirlo con él. Sabía que estaría encantado de que por fin hubiera logrado mi objetivo. Si estuviéramos juntos, probablemente me habría besado emocionado y luego habría insistido en que saliéramos a celebrarlo. Sentí un tirón de añoranza al pensar en todo lo que deseé que fuera.

Terminé de leer el manuscrito por última vez y mi dedo se posó sobre el ratón.

¿Se lo envío?

Su dirección de correo electrónico aparecía en mi cuenta de *Arm Candy*. Si quería que lo leyera, sólo tenía que introducir sus datos en la bandeja de entrada y pulsar enviar.

Me mordí el labio y dudé. Después de cómo le dejé, dudaba que tuviera interés en volver a saber de mí. Ya le había enviado suficientes mensajes contradictorios.

Además, parecía destrozado cuando me fui.

Tragándome el miedo, metí el archivo adjunto en un correo electrónico y se lo envié con una breve nota que decía simplemente: *Hice una promesa*.

Apagué rápidamente el portátil y me dediqué a otras cosas, preocupada por si había cometido un error. Clay dejó claro que me había contratado como chica de agencia y que era yo la que seguía desdibujando las líneas al ponerse sentimental.

Sin embargo, por mucho que el cheque hubiera dejado claro lo que Clay quería, no podía evitar agarrarme a una pequeña esperanza.

¿Qué podía perder?

No miré mis correos electrónicos durante el resto del día. No sabía si me asustaba más que me contestara o que no lo hiciera.

Ya era tarde cuando por fin abrí la bandeja de entrada. Cuando vi su nombre en la línea de remitente, el corazón me dio un vuelco y abrí el buzón con ansiedad.

"Marie,

Gracias por enviarme esto. Me alegro mucho de que lo hayas terminado y estoy deseando leerlo de cabo a rabo.

Ahora estoy fuera de la ciudad, en un congreso de cirugía en Miami, pero ¿podemos vernos cuando vuelva? Si te apetece, me encantaría contarte lo que pienso en persona.

Me he sentido mal por cómo dejamos las cosas. Déjame arreglarlo.

Con amor, Clay".

Me quedé mirando sus palabras en la pantalla y se me secó la boca. Una vez más, no sabía qué pensar de lo que decía Clay. No sabía si *quedar* significaba que quería tener una cita o si

simplemente quería aclarar las cosas después de cómo había terminado nuestro último encuentro.

Cuando leí que se sintió mal por cómo dejamos las cosas, me hizo albergar la esperanza de que tal vez quisiera algo más. Quizás toda la situación le pareció tan confusa y complicada como a mí y no fue capaz de encontrarle sentido. Tal vez una conversación podría ponernos de acuerdo.

Estaba pensando en cómo responderle cuando, de repente, me asaltó una oleada de náuseas y me tapé la boca para no vomitar. Era la tercera vez en los últimos días que me encontraba mal. Al principio me pregunté si tendría un virus estomacal, pero los síntomas no parecían encajar. No tenía fiebre ni calambres.

Pero se me ha retrasado la regla.

La idea me vino a la cabeza de repente y se me abrieron mucho los ojos. Llevaba más de una semana de retraso en mi ciclo habitual, pero no me lo había pensado dos veces. Estuve estresada y el estrés le hacía todo tipo de cosas al cuerpo. Por no hablar de que Shawn y yo llevábamos años intentando tener hijos. Si no podíamos tener un bebé con pruebas de ovulación y planificación, entonces no había forma de que me quedara embarazada por error.

No usamos protección.

De repente, cada encuentro sexual con Clay se repetía en mi mente. La primera vez que nos acostamos fue hacía casi seis semanas. Nunca usó preservativo. Nunca tomé una píldora. Ni siquiera había pensado en ello.

Soy una idiota.

Acepté un puesto en una agencia de acompañantes y estaba tan convencida de que nunca me acostaría con un cliente que no tomé ningún tipo de anticonceptivo. Si le hubiera pasado a cualquier otra mujer, la habría juzgado por no prever lo que inevitablemente ocurriría al final. Excepto que no creía que fuera posible que me pasara a mí.

"¡Faith!".

Solté su nombre en pánico y ella vino corriendo a mi habitación en ropa interior, con un cepillo de dientes asomándole por la boca mientras se preparaba para un cliente.

"¿Qué?", preguntó, su tono preocupado al oír el pánico en el mío.

"Estoy tarde".

"¿Tarde para qué?".

"Estoy *tarde*".

Sus ojos se abrieron de par en par. "Mierda".

Entró en la habitación, me agarró de los hombros y me dirigió autoritariamente hacia el baño.

"Tengo al menos media docena de pruebas aquí", me dijo. "Siempre a mano en mi tipo de trabajo".

Se arrodilló ante el armario que había debajo del lavabo y rebuscó hasta que sacó una prueba de embarazo en caja. Me la pasó y esperó.

"¿Ahora?".

"Bueno, no puedes dejarme con la duda. Mea encima".

Me sonrojé mientras me bajaba los pantalones y me sentaba en el retrete. Faith miró hacia otro lado mientras yo hacía la prueba. Luego las dos nos quedamos merodeando junto a la puerta esperando a que la prueba estuviera lista, ésta encima del lavamanos.

"Oh Dios mío, oh Dios mío...", murmuré. "Si da positivo no sé qué voy a hacer".

Faith sonrió tranquilizadora. "He tenido más sustos de embarazo de los que te puedes imaginar, cariño. Pase lo que pase, lo solucionaremos".

Me agarré a su brazo aterrorizada mientras los segundos pasaban agonizantemente lentos. Al cabo de dos minutos, volví corriendo al lavamanos y cogí la varilla para mirar el resultado. Se me revolvió el estómago y giré lentamente el test hacia Faith. Ella miró fijamente el pequeño signo de “más” color rosa y se mordió el labio.

"Es positivo”.

"¡No puedo tener un bebé ahora mismo!", dije en un suspiro.

"¿Qué vas a hacer?".

Me hundí en los azulejos del baño y apoyé la cabeza contra la pared. Mis pensamientos estaban confusos por la conmoción y la desesperación. Apenas podía recuperar el aliento.

Pero a medida que iba asimilando la realidad de la situación, otras emociones surgían en mi interior. Aunque no lo había planeado y era una locura, también era un milagro. Creía que no podía tener hijos y ahora iba a ser madre. Fue un shock pero, una vez pasada la sorpresa, me di cuenta de que había alegría entre ese miedo.

No podía creer que me hubiera quedado embarazada. Después de intentarlo durante tanto tiempo con Shawn, nos hicieron pruebas y me dijeron que las probabilidades de que yo tuviera hijos eran casi nulas. No volví a utilizar métodos anticonceptivos y, desde luego, no pensé en ello cuando me acosté con Clay.

También sentí que la determinación me hacía levantar la cabeza. Pasara lo que pasara, era imposible que no me quedara con el bebé. Era demasiado valioso. Sólo podía esperar que Clay pensara lo mismo.

Respiré hondo y solté el aire lentamente.

"Sólo puedo hacer una cosa", respondí. "Tengo que decírselo a Clay".

Capítulo Dieciocho

Clay

Me quedé en el vestíbulo esperando a que Angie saliera de su habitación de hotel. Debí suponer que algo pasaba cuando se apresuró a ayudarme con la conferencia de Florida. De repente, las vacaciones que había reservado se habían aplazado para que pudiera venir.

"Ahora que he leído el programa, no sé cómo puedo faltar", insistió. "No sólo los médicos se llevan cosas de estos eventos. El personal administrativo también saca mucho provecho de ellos".

Me cabreé cuando me di cuenta de que llevarme a la conferencia era una estrategia para que se pegara a mí como pegamento durante cuatro días, pero no podía hacer mucho. Sabía que ir a la conferencia me haría ganar puntos después de mi metedura de pata en el quirófano y necesitaba pasar tiempo fuera del hospital. Las miradas de reojo me estaban volviendo loco.

El viaje en avión con Angie había sido infernal, al igual que la primera noche aquí. Me sugirió con entusiasmo que fuéramos a cenar para explicarme el itinerario de los próximos días y yo acepté comer con ella. Se pasó toda la cena coqueteando descaradamente y yo estaba harto de sus insinuaciones y miradas sugerentes cuando llegó la cuenta.

Me fui para escapar de los rumores del hospital, pero me encontré atrapado en una situación diferente pero igual de incómoda. Por no mencionar que pasar tiempo con Angie era peligroso. Sabía que esperaba llevarme a la cama antes de que terminara el viaje y no quería verme en una situación tan comprometedora. Aunque no me hubiera importado el riesgo para mi reputación, no me interesaba. Sólo podía pensar en una mujer.

Fue como si Marie me hubiera leído el pensamiento cuando ayer, el primer día de la conferencia, volví a mi habitación de hotel entre clase y clase y encontré un correo electrónico suyo. Había pasado un mes desde la última vez que la vi y una semana desde que estropeé mi operación. Se me aceleró el corazón cuando lo abrí, preguntándome qué iba a decirme. Su mensaje fue sencillo.

"Hice una promesa".

Cuando abrí el archivo adjunto y me di cuenta de que me envió su libro terminado, me emocioné. Sabía que Marie pasó toda una vida intentando cumplir su sueño de convertirse en escritora y que por fin dio el paso más importante. No necesitaba leerlo para saber que sería increíble, pero me moría de ganas de ponerme manos a la obra. Quería saber exactamente cómo Marie contaría una historia de amor.

Quizá aprenderé un par de cosas.

Puse los ojos en blanco cuando pasó otro minuto sin que Angie saliera. Había insistido en que quedáramos para desayunar antes de ir al primer seminario, pero ya llevaba diez minutos de retraso. Sin duda estaba hipnotizada por su propio reflejo.

Me sonó el móvil en el bolsillo y lo saqué para ver quién llamaba. Era un número desconocido.

"¿Hola?".

"Clay, soy Marie".

El corazón me dio un vuelco. Debió haber conseguido mi número a través de la agencia. Se me revolvió el estómago de nervios y expectación. Esperaba que el hecho de que hubiera llamado significara que habría visto mi respuesta y querría encontrarse conmigo. Esta vez estaba ansioso por concertar una cita de verdad. Sin honorarios de por medio.

"Me alegro de tener noticias tuyas", le dije cordialmente. "¿Recibiste mi mensaje?".

"Sí, lo recibí. Pero antes de llegar a eso, hay algo que tengo que decirte".

"Puedes contarme cualquier cosa".

"*¡Cl-a-a-y!*". Angie finalmente salió de su habitación y se reunió conmigo en el pasillo. Iba vestida como si estuviera atendiendo a un casting para una película porno de bajo presupuesto en la que interpretaría a la secretaria. Estaba claro que se visitó de forma escandalosa para llamar mi atención. Hizo como que estiraba los hombros para que yo viera lo ceñida que le quedaba la fina camisa sobre el pecho. "¿Te gusta mi conjunto? ¿Es demasiado revelador?".

Marie se quedó callada al otro lado de la línea. Fruncí el ceño hacia Angie y le di la espalda, tapándome la oreja con un dedo para poder escuchar a Marie.

"¿Sigues ahí? ¿Qué querías decirme?".

"Puede esperar", respondió Marie en voz baja. "Estás ocupado".

"*¡Cl-a-a-y!",* canturreó Angie. "¡Nos vamos a perder el desayuno! Vámonos".

Marie suspiró. "Te llamaré en otro momento".

Colgó y me volví para mirar a Angie. Habló con su habitual tono de voz coqueto y sabía que le dio una impresión equivocada a Marie. Después de todo lo que pasó entre nosotros, lo último que necesitaba era que oyera a Angie hablar de ir a desayunar y preguntarle si su ropa era demasiado reveladora.

Angie vio la expresión de mi cara y puso mala cara.

"¿Qué?", dijo a la defensiva. "Hemos quedado para desayunar, ¿no? Siento llegar tarde, estaba hablando por teléfono con mi hermana. Va a tener otra ronda de tratamiento más tarde y sólo quería comprobar que se sentía bien".

Realmente no escuché por qué llegaba tarde. Estaba demasiado preocupado pensando en Marie y preguntándome qué tendría que decirme.

"Está bien", dije. "Vámonos".

Bajé con ella al restaurante del hotel y nos servimos una selección del bufé continental. Yo estaba de los nervios, así que renuncié a mi desayuno habitual de avena y fruta en favor de un plato de tortitas empapadas en sirope.

Angie soltó una risita. "¿De verdad necesitas tanto sirope, Clay? Ya eres lo bastante dulce".

Me di la vuelta y fruncí el ceño, luego busqué una mesa junto a la ventana que daba a la bahía.

"¿Nadas mucho?", me preguntó. "Seguro que eres increíble en el agua. Quizá podríamos darnos un chapuzón después de nuestro último seminario. Hace un día precioso. ¿Y quién dice que no podemos mezclar un poco de negocios con placer?".

Respondí rotundamente: "Estoy aquí por negocios".

"No eres divertido". Puso los ojos en blanco y recogió el itinerario del día. "El primer seminario es sobre la equidad en el acceso de los pacientes a la atención quirúrgica. Luego hay una presentación sobre esa nueva tecnología radiológica de Australia. ¿O podríamos ir a una conferencia sobre la presentación de la sarcopenia en la EPOC?".

"Sarcopenia", dije. "Ésa es más mi especialidad".

La conferencia trataba sobre la pérdida de masa muscular en personas con enfermedad pulmonar crónica. Afectaba a su capacidad para someterse a cirugía, así que me interesaba saber si había alguna solución.

"Decisivo", ronroneó. "Ese es el Clay que conozco. No me ha gustado verte dudar de ti mismo".

"No estoy dudando de mí mismo".

"Oh, cielo. Veo que estás fuera de ti". Se acercó y tocó mi mano. "Espero que podamos conseguir que te sientas un poco mejor en los próximos días. No hay nada que un poco de sol y la compañía adecuada no puedan arreglar".

Aparté la mano. "Un poco de charla académica me vendrá bien. Últimamente no paro de operar. Es bueno dar un paso atrás y volver a ver la teoría".

Angie se dio cuenta de que no iba a corresponder a sus insinuaciones y resopló un poco antes de forzar una sonrisa y continuar alegremente.

"No, no puede hacer daño en absoluto", estuvo de acuerdo. "Y le he recordado a tu padre cuántas operaciones has realizado en el último mes. Si hablamos de margen de error en proporción al número de cirugías, estás muy por delante del resto del equipo quirúrgico. He hecho los cálculos".

El alivio me hizo sonreír. "Te lo agradezco".

"Por supuesto. No es justo que te pongan bajo el microscopio por un error minúsculo cuando estás rindiendo a un nivel que nadie puede llegar. Haces más operaciones que nadie y te encargas de casos demasiado complejos que otros ni se atreven a tocar. No tienes que preocuparte de que te vean mal, Clay. Les he enseñado las cifras reales. Los datos hablan por sí solos".

Por mucho que Angie me enfureciera, era una experta en análisis de datos y siempre estaba citando estadísticas como parte de su función. Probablemente era la única en el hospital que tenía

una visión real de su rendimiento. Utilizaba esos datos y cifras para influir en las decisiones, calmar a los pacientes enfadados y mostrar la excelencia del Grupo Alford.

Cuando estabas en apuros, querías a Angie a tu lado. El consejo se tomaba muy en serio su opinión. Sabía que una buena palabra suya ayudaría mucho a proteger mi reputación.

"La conferencia fue una buena idea", dije. Estuve de mal humor con ella desde que subimos al avión y sabía que era arriesgado alejarla demasiado cuando sus palabras tenían tanto peso. "Gracias por organizarlo".

La forma en que se le iluminó la cara me dijo que hice un buen trabajo acariciando su ego.

Siempre y cuando eso sea todo lo que quiera que le acaricie.

"Cuando quieras, Clay", dijo. "Siempre puedes contar conmigo".

Había vuelto a su lado bueno, pero estaba deseando alejarme de ella. No podía dejar de pensar en la llamada de Marie y en el hecho de que dijo que tenía algo que decirme.

No podía imaginar qué podía ser. ¿Era sobre el libro? ¿Sobre *Arm Candy*? ¿Sobre su divorcio?

Sabía que se encontraba en una situación difícil y me preocupaba por ella. El tono de su voz no me pareció el adecuado y colgó rápidamente al oír a Angie de fondo.

Con el primer seminario a punto de empezar, no podía hacer nada. Sabía que Angie no me dejaría en paz hasta que terminara el día y no quería volver a hablar con Marie mientras ella revoloteaba por ahí, así que iba a tener que esperar para saber exactamente lo que Marie quería decirme. Sólo esperaba que lo que fuera no interrumpiera mi plan de hacerla mía.

Capítulo Diecinueve

Marie

Faith se movía a mi alrededor, acomodando una almohada y poniendo un batido verde que había preparado en la mesita delante de mí. Desde que el médico me confirmó que estaba embarazada, me trataba como si estuviera a punto de reventar.

"El médico dijo que no estoy tan avanzada", volví a recordarle. "No hace falta que hagas todo esto. Estoy bien".

"Me tomo muy en serio lo de ser tía", respondió con naturalidad. "Empieza ahora". Me pasó una mano por la barriga y me arrulló el ombligo. "Este pequeño ya es mi gominola favorita. Lo voy a mimar muchísimo cuando llegue".

Estaba mucho más relajada que yo. Había querido hablar con Clay sobre lo que estaba pasando, para saber si se quedaría o si yo estaba sola.

Pero cuando le llamé, nuestra conversación se había visto interrumpida por una mujer de fondo que hablaba de ropa reveladora y de ir a desayunar. Parecía que Clay ya había encontrado a otra persona.

Apreté los ojos y respiré hondo, diciéndome que no sacara conclusiones precipitadas. Había buscado en Google y realmente había un congreso de cirugía en Miami esta semana, como él dijo en su correo electrónico.

Mi móvil sonó y lo abrí. Me había enviado un mensaje.

Siento que se haya interrumpido nuestra llamada. ¿Podemos hablar cuando acaben mis seminarios del día?

Me mordí el labio y respondí rápidamente.

Pensándolo bien, prefiero hablar en persona. ¿Cuándo vuelves?

Esperar su respuesta fue angustioso. No tenía ni idea de cómo iba a aguantar la siguiente hora guardando este gran secreto, mucho menos de cómo lo haría el tiempo que tardara en volver a casa.

Su respuesta sonó: *Mañana*.

Parecía que faltaba toda una vida. Le necesitaba ya.

Faith vio la expresión de preocupación en mi cara y se sentó a mi lado en el sofá. Me puso una mano reconfortante en el muslo y sonrió.

"Vas a ser una madre estupenda, Marie. Y yo estaré aquí para ti, pase lo que pase".

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No me merecía una amiga como ella. Me ayudó y me dio un lugar donde quedarme cuando las cosas se desmoronaron con Shawn, me ofreció trabajo

cuando estaba desesperada y ahora estaba dispuesta a desempeñar el papel de tía de mi hijo nonato, todo ello sin dudarlo.

"Gracias por todo, Faith", le dije, apretándole la mano. "Has sido maravillosa estas últimas semanas. No sé dónde estaría sin ti".

"Para eso están las amigas, cariño". Me acercó el batido. "Bébetelo. Está lleno de vitaminas. También voy a comprar comida china, yo invito".

"¡No tienes que hacer eso!".

"¡Ssh!", insistió. "Déjame cuidarte".

No pude convencerla de que me dejara cocinar y salió del apartamento para ir a por mi comida favorita. Me alegré de tenerla para que me cuidara porque sentía que me estaba ahogando.

El hecho de que pensara que quedarme embarazada era imposible significaba que ya estaba completamente entregada a este niño. Tanto si Clay quería hacerse cargo como si no, no había forma de deshacerme de un bebé milagroso. Podría ser la única oportunidad que tuviera de ser madre.

Empecé a ordenar el apartamento de Faith cuando ella salió a por comida. Lo menos que podía hacer cuando me cuidaba tan bien era ayudar un poco. Recogí todos los pañuelos de papel que había dejado esparcidos por el suelo del salón de tanto llorar de pánico y llevé algunos vasos y platos vacíos a la cocina para lavarlos.

Estaba hasta los codos de agua jabonosa cuando sonó mi móvil. Miré el identificador de llamadas y vi que era Shawn. Inmediatamente hice una mueca y dudé si contestar, pero luego decidí cogerlo. Si por fin firmó los papeles del divorcio, quizá podría empezar a dejar atrás el desastre de nuestro matrimonio.

Me sequé las manos en los vaqueros y contesté lo más rápido que pude. "¿Hola?".

"Marie, soy Shawn."

"Lo sé. ¿Qué quieres? Más vale que sea sobre esos papeles del divorcio".

Prácticamente podía ver su mueca en la línea. "Empiezo a entender por qué tienes tanta prisa por sacar adelante ese papeleo", me acusó. "Acabo de conseguir entrar en tu banca online. La contraseña sigue siendo la fecha de nuestra boda. Deberías cambiarla".

Se me cayó el estómago como una piedra. Si Shawn había entrado en mi cuenta bancaria, entonces sabía del dinero que Clay me pagó. Sabía que tenía una pequeña fortuna.

Mientras hablaba conmigo por teléfono, me conecté rápidamente para comprobar que el dinero seguía allí. Con el corazón palpitante, cambié la contraseña y pulsé frenéticamente el botón de fraude para bloquear la cuenta. Cuando me preguntó si quería detener todas las transacciones durante las próximas 48 horas, no pude apretar el botón de aceptar lo bastante rápido.

Respondí a Shawn con voz temblorosa. "Mis finanzas ya no son asunto tuyo".

"¡No puedo creer que me ocultes tanto dinero mientras estoy aquí ahogándome!", enfureció. "La mitad de eso es mío".

"En absoluto. Me lo gané después de separarnos. No te debo nada".

"¿Crees que los tribunales lo verían así?", amenazó. "Es un poco sospechoso que llegues a esa cantidad de dinero tan pronto después de insistir en que nos divorciemos, ¿no crees? Casi parece que lo ocultaras deliberadamente".

"Puedo mostrarle a cualquier abogado exactamente de dónde vino ese dinero y la fecha en que llegó a mi cuenta".

"No importa. Todavía estamos casados, Marie. Eso significa que ese dinero también es mío. Dame la mitad ahora y quizá podamos evitar todo lo desagradable de pelearnos en un acuerdo".

Me llevé la mano a la cabeza. Sentí náuseas. No era abogada y no tenía ni idea de los entresijos legales del matrimonio en lo que a finanzas se refiere. No sabía si las deudas de Shawn eran también mías o si mi dinero seguía siendo suyo.

Lo único que sabía era que él tenía razón -parecía sospechoso- y que si unos meses más tarde descubría que estaba embarazada de otro hombre, tendría toda la munición que necesitaba para dejarme seca en un acuerdo y cargarme con sus deudas. Estaba en una mala posición.

"No te voy a dar nada", le dije fuertemente. "Búscate un abogado".

Furiosa, le colgué y dejé el teléfono sobre la encimera de la cocina. Me temblaban los hombros de tanto respirar y el pánico me nublaba la vista. Las exigencias de Shawn eran lo último que necesitaba ahora.

Unos veinte minutos después, Faith volvió con la comida. Me echó un vistazo y supo que algo iba mal.

"¿Qué pasa?", preguntó, dejando las bolsas sobre la encimera. "Parece que hubieras visto un fantasma".

"Shawn ha conseguido piratear mi banca electrónica y ha visto el dinero que me dio Clay. Ahora exige la mitad o amenaza con llevarme a los tribunales para conseguirlo".

Faith se burló. "Déjale. Te has ganado ese dinero a pulso. No tiene derecho a él".

"No estoy tan segura", repliqué, poniéndome una mano sobre el estómago, nerviosa. "Si sale a la luz que estoy embarazada de Clay después de que aparezca todo ese dinero de Clay en mi cuenta bancaria, Shawn podría alegar adulterio y entonces estaría en una posición mucho más fuerte en un acuerdo de divorcio. Realmente podría exprimirme".

"¿Qué vas a hacer?".

"No lo sé". Suspiré fuertemente y metí la mano en la bolsa que Faith acababa de traer para intentar calmarme con comida. Abrí un pequeño recipiente y empecé a meterme arroz frito en la boca. "Si le doy el dinero, creo que lo dejará. Shawn es un vago y un tacaño. Amenaza con

pelearse, pero tomaría la salida fácil si le diera la opción. Podría pagarle para que se fuera".

"¡No harás tal cosa!" Faith estalló. "Ese dinero es tuyo y lo necesitas para el bebé. Si Clay niega que es el padre, vas a tener una batalla por delante para conseguir su manutención y necesitas un fondo que te mantenga durante un tiempo".

"Lo sé". Dejé caer los hombros y gemí. "Es un lío. Pero sólo puedo lidiar con una crisis a la vez. No quiero pasar por todos los retos del embarazo sola mientras Shawn sigue respirándome en la nuca. Ya va a ser bastante duro".

La cara de Faith se arrugó en señal de simpatía y se apoyó en la encimera con un suspiro. Sacó un rollito de primavera y lo mordisqueó pensativa, luego me señaló con él cuando se le ocurrió una idea.

"Deberías buscar un abogado. Averigua qué parte de la deuda te corresponde a ti. Con la suma global que tienes en tu cuenta, puedes pagar a un equipo jurídico durante mucho más tiempo que él".

"Quizás debería hacerlo", acepté. Me froté la cara miserablemente. "No sé ni por dónde empezar. Esto es una pesadilla".

"Todo se aclarará cuando hables con Clay mañana".

"Oh, no. No hay manera de que le cuente esto ahora mismo".

"¿Por qué no?".

"Porque no sé lo que Shawn está tramando. No quiero arrastrar a Clay en todo esto y no quiero que piense que le estoy utilizando para enterrar a Shawn. Ni siquiera sé lo que Clay siente por mí".

"Porque los dos sois demasiado cobardes para decirlo", replicó Faith. "Si quieres estar con él, díselo".

"¿Cómo podría decírselo ahora?" repliqué, con la voz desgarrada por la desesperación. "Pensará que le estoy utilizando o que todo ha sido una estrategia. Después de todo, apenas me conoce. Se enterará de que estoy embarazada y pensará en el hecho de que tengo a un ex acosándome por dinero y pensará que es una estafa".

"Eso no lo sabes".

"No sé nada".

Faith vino a mi lado y apoyó una mano en mi hombro. Inclinó la cabeza para mirarme a los ojos y sonrió tranquilizadora.

"Todo va a salir bien, Marie. Te lo prometo".

Asentí y me enjugué las lágrimas que se me formaban en los ojos. "Lo sé. Y se lo diré. Y resolveré lo de los abogados, la deuda y todo lo demás. Pero por ahora, necesito que el aire se aclare. Apenas puedo respirar. Necesito dejar que el polvo se asiente antes de decidir en qué

dirección avanzar. Esto es demasiado".

"*Tienes* que decírselo", instó Faith. "Entre más esperes será más difícil. En algún momento tendrás que decírselo, así que mejor que lo hagas de inmediato. ¿A quién le importa lo que piense? Basta una prueba de paternidad para demostrar que es el padre. No importa si piensa que es una estafa. Tendrá que apoyarte".

"No estoy segura de que esa sea la forma en que quiero empezar este embarazo", repliqué. "Ponerle una prueba de paternidad en la cara como prueba no hará que esté más preparado para esto".

"No me dijiste que te rogó usar preservativo, así que no es que la culpa sea sólo tuya", dijo. "Esto también es responsabilidad suya".

Empujé el arroz de mi recipiente con un palillo y tragué. "Puede que me odie. Sobre todo cuando le diga que me lo quedo. Se ha esforzado mucho por volver a quedar bien con su familia. Este es el tipo de cosas que ha estado tratando de evitar".

Faith se burló. “¿Dejar embarazada a su "prometida"? ¿Y te preocupa *ser tú* la estafadora? Clay no está tan limpio como crees. Él es el que quería jugar. Tal vez esté encantado de continuar con el nombre Alford. Parece el tipo de buena noticia que le encantaría a su padre".

Me tembló la barbilla y me entraron ganas de llorar. "No quiero que sea una pretensión. Quiero que me quiera. Y a este bebé".

"Cariño. No puedo decirte cómo va a reaccionar. Sólo sé que tienes que decírselo. Hazlo ahora antes de que pierdas los nervios. Mañana".

Cerré los ojos y respiré hondo, recogiendo todas las fuerzas que pude reunir. Asentí con determinación. "Mañana".

Capítulo Veinte

Clay

De vuelta en Nueva York, golpeé la pila de papeles contra el escritorio para ordenarlos y empecé a repartirlos para que cada miembro de la junta recibiera una propuesta.

En la conferencia había visto imágenes de una nueva y revolucionaria cirugía cardíaca laparoscópica y sabía que era perfecta para uno de mis pacientes con un defecto cardíaco congénito que presentaba un alto riesgo de cirugía a corazón abierto debido a una enfermedad autoinmune. Con la cirugía laparoscópica, el riesgo de infección era un 70% menor.

Mientras trabajaba, mi móvil sonó en mi mesa. Lo cogí y vi que era Marie.

¿Estás en el hospital? ¿Es una buena hora para venir?

Respondí rápidamente.

Sí, pero no tenemos que vernos en el hospital. Podemos ir a algún sitio esta noche. Te invito a salir. Haremos algo divertido.

Aguanté la respiración mientras esperaba su respuesta. Esperaba que en mi mensaje quedara claro que le estaba pidiendo una cita, aunque sabía que no era el mejor para hacer obvias mis intenciones. Ya me preocupaba no haber sido lo suficientemente explícito, cuando llegó su respuesta.

El hospital está bien. Tengo algo importante que decir y necesito decirlo. Voy para allá.

Suspiré. No tenía ni idea de lo que quería decirme, pero no parecía que fuera algo que yo quisiera oír. Si no fuera algo importante, me lo habría dicho por mensaje de texto o me lo habría dicho por teléfono en Miami aunque Angie hubiera estado cerca. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero esperaba que estuviera bien.

Menos de una hora después, Marie envió otro mensaje para decirme que había llegado.

Estaba aquí. Se me revolvió el estómago. Marie había estado extraña desde que me llamó en la conferencia. Intenté extender la bandera blanca, dejarle claro que antes interpreté mal la situación y demostrarle que quería más, pero ella no correspondió a mi tono amistoso ni a mis ofertas de salir con ella. Tenía la mente puesta en una sola conversación y yo no tenía ni idea de lo que iba a decir.

Abandoné mi papeleo para ir a buscarla a la entrada de Urgencias. Cuando llegué abajo, la vi pálida y un poco perdida entre el tumulto de pacientes y enfermeras. Se mantuvo alejada del tumulto en el centro del vestíbulo y permaneció cerca de las puertas correderas, abrazándose con los brazos y mirando al suelo. Incluso desde allí pude ver que parecía a punto de llorar.

Se maquilló, pero pude ver que no tenía color en su cara, bajo la base. Algo serio le preocupaba.

Di los últimos pasos y la saludé con un beso en la mejilla y una sonrisa.

"Marie, me alegro mucho de verte".

La sonrisa que me dedicó parecía forzada. "Hola, Clay".

"¿Quieres ir a la cafetería del hospital? O puedo llevarte a un bistró estupendo que hay al final de la calle".

Sacudió la cabeza y bajó la voz. "¿No hay algún sitio más tranquilo donde podamos hablar? ¿Tienes despacho?".

Arrugué la frente, preocupado. Su comportamiento frío me ponía nervioso, pero estaba decidido a llegar al fondo de lo que fuera que hacía que Marie pareciera tan abrumada.

"Claro", dije. "Es por aquí".

Le pasé el brazo por el hombro mientras la guiaba hacia el ascensor. Estaba tan callada y tímida que me sentí instintivamente protector. Subimos en silencio hasta el segundo piso y ella siguió sin decir nada cuando cogí su abrigo y la invité a sentarse en mi despacho.

Llevaba un bonito vestido largo con unos botines negros de tacón bajo y el pelo recogido en una coleta. Era diferente de los vestidos de cóctel y los vestidos de gala que le había visto últimamente, pero seguía siendo guapa. Sólo la tristeza de su expresión me hizo preocuparme.

Acerqué una silla a su lado y le puse suavemente la mano en la rodilla.

"Dime qué te pasa, Marie".

Al instante se le llenaron los ojos de lágrimas. "Estoy embarazada".

No era lo que esperaba oír. La noticia me golpeó como una tonelada de ladrillos y me dejó sin aire en los pulmones. Se me abrieron los ojos y me senté en la silla, llevándome una mano a la cabeza mientras asimilaba la noticia. No me extrañó que entrara con cara de haber cogido con la mano el perno de una granada.

"¿Embarazada?", repetí.

Me sentía entumecido y como si no me funcionaran los oídos. Quería haberla oído mal. La idea de que yo fuera padre era ridícula. Era irresponsable, egoísta. Trabajaba demasiado. Por no mencionar que no tenía ni idea de lo que era para Marie ni de si podríamos salvar algún tipo de relación del desastre que habíamos creado.

No era un buen momento para un embarazo sorpresa. Estaba trabajando duro para entrar en el consejo y poder progresar en mi carrera. No estaba preparado para la paternidad.

"Sí, Clay", me dijo Marie. "Embarazada. El médico llamó ayer para confirmarlo. Estoy de unas cuatro semanas". Una tierna sonrisa apareció en su rostro. "Dijo que es del tamaño de un guisante".

Se me nubló la vista. Me aclaré la garganta varias veces para intentar despejar el nudo que se

me había formado. Estaba en estado de shock y ya entraba en pánico, pensando en todas las formas en que iba a joderlo todo. Hubo una razón por la que Sophie me dejó. Me dijo que era un adicto al trabajo y que no tenía remedio como marido. ¿Cómo iba a ser mejor como padre?

No dije nada durante un buen rato y, cuando por fin volví a levantar la vista, vi las lágrimas que recorrían las mejillas de Marie y recordé que estaba esperando una respuesta. Un silencio largo e incómodo no era probablemente la respuesta que esperaba.

Extendí la mano, la agarré por las dos y forcé una sonrisa tranquilizadora, a pesar de que sentía como si las paredes se me estuvieran cerrando.

"No pasa nada", le dije. "Te ayudaré en lo que necesites. Dime qué debo hacer".

Marie moqueó y me apretó las manos agradecida, pero negó mi ayuda.

"No tienes que hacer nada, Clay. Me diste una gran cantidad de dinero la última vez que nos vimos. Es más que suficiente para darle a este bebé un buen comienzo en la vida".

"No me refiero sólo al dinero, Marie. Debes querer más de mí que eso. Estamos hablando de un niño".

Vi su expresión suavizarse por el alivio y me sentí como una mierda cuando me di cuenta de que había asumido que iba a abandonarla. Odiaba que tuviera tanto miedo de decírmelo. Puede que el embarazo fuera un accidente, pero no era culpa suya. Nunca le pregunté si tomaba anticonceptivos y, desde luego, no me esforcé en buscar un condón. Los dos nos dejamos llevar por el momento, unas cuantas veces.

Ese tipo de descuido no era propio de mí en absoluto y me sentí como un idiota por no tomar precauciones. Siempre me aterrorizó la idea de dejar embarazada a una de esas falsas buscadoras de oro que no se preocupaban por mí. Una vez que alguien tiene a tu hijo, estás atado a ella de por vida. Pero con Marie, ni siquiera pensé en ello. Me dejé llevar por la emoción de estar con ella y actué como un adolescente sin neuronas.

"Marie, yo...", empecé.

Nuestra conversación fue interrumpida por Angie, que entró en mi despacho sin llamar. Miró de mí a Marie, vio que estaba llorando y decidió ignorarlo por completo. Pasó el bolígrafo por encima de la lista que sostenía y sonrió con dulzura.

"Clay, cariño, estoy a punto de reservar una sala para tu propuesta de caso de mañana. ¿Quieres la sala A o la B? No estaba segura de si necesitarías la pantalla".

Cerré los ojos y respiré hondo, dispuesto a ser paciente con ella.

"Estoy en medio de algo, Angie".

Soltó una risita, mordiéndose el labio y aferrándose a su bloc de notas como una colegiala intentando ligar. Se echó el pelo largo por encima del hombro y agitó las pestañas hacia mí.

"Lo siento. Todavía estoy en modo Florida. Me había acostumbrado a tenerte solo para mí".

Anotó algo en su libreta. "Iremos a la sala de conferencias B. Conociéndote, utilizarás todos los equipos posibles. Eres así de encantador".

"Genial. Gracias".

"¡Hasta luego!".

Angie se fue y yo quería que el suelo me tragara. Era la segunda vez que su comportamiento exagerado e inapropiado me hacía quedar mal delante de Marie. No quería imaginar lo que ella debía pensar que estaba pasando entre nosotros.

Intenté olvidar a Angie y volví a mirar a Marie, sosteniéndole la mirada significativamente.

"Tienes todo mi apoyo", le dije. "No tienes que hacer esto sola. Estoy aquí para ti".

Marie sonrió y sus lágrimas se secaron. Me alegró ver que mis promesas parecían haberle quitado un peso de encima. Se sentó más derecha y exhaló un largo suspiro.

"Gracias, Clay. Lo siento. Sé que esto debe ser un gran shock".

"Para ti también debe ser un shock". Levanté la cabeza para demostrarle que no tenía miedo. "Lo resolveremos".

Ahora me miraba como si yo fuera su caballero salvador, y eso hizo que me retorciera de pánico. Hice todas las promesas correctas. Lo difícil iba a ser: ser lo bastante hombre para cumplirlas.

Había decepcionado a la gente más veces de las que quería admitir. Pero cuando miré a Marie y vi lo dulce y valiente que era, supe que tenía que averiguar cómo ser un mejor hombre. Me preocupaba por ella y, aunque el bebé que llevaba dentro era del tamaño de un guisante, sabía que me necesitaba. Fuera como fuera, estaba decidido a dar un paso adelante.

Capítulo Veintiuno

Marie

Me agaché junto a Clay y le lancé el conejito de juguete a la cara.

"*¡Mira esto!*", le dije. "Yo tenía uno igual cuando era niña. Lo vi y no pude resistirme".

Clay me lo quitó y miró su carita de peluche con una sonrisa. "Qué mono".

Me pasó el brazo por los hombros y me besó en la frente, con una sonrisa que se dibujó en su cara mientras le enseñaba las otras cosas que me habían regalado en Mummy & Me. Ya estaba de tres meses y las cosas empezaban a hacerse reales. Estaba casi en el segundo trimestre.

Desde que le dije a Clay que estaba embarazada, fue increíble. Tenía miedo de que sospechara que había algo extraño y me mantuviera a distancia, pero ni una sola vez cuestionó la paternidad ni se enfadó por el hecho de que hubiera sucedido.

Inmediatamente asumió la misma responsabilidad.

Se aseguró de que recibiera los mejores cuidados prenatales que el dinero podía comprar y estuvo ahí, cogiéndome de la mano en todas las ecografías y citas. Con el tiempo, las manos se convirtieron en besos, los besos en abrazos y los abrazos en sexo. Antes de que me diera cuenta, estábamos actuando como una pareja, a pesar de que no habíamos tenido la gran conversación sobre lo que era. Simplemente actuábamos por instinto, siguiendo nuestros sentimientos a un ritmo que nos parecía adecuado.

Al menos yo estaba segura de una cosa: esto no era trabajo de agencia. Lo que estaba pasando entre nosotros era real y me encantaba cada segundo. Clay era dulce y comprensivo y tan excesivamente protector que resultaba adorable. No permitía que ningún extraño se acercara a la pequeña barriguita de embarazada que empezaba a asomar bajo mi ropa y era muy estricto a la hora de controlar las vitaminas que tomaba.

"Marie, ¿has tomado hoy las vitaminas prenatales?", me preguntaba con severidad. "Es esencial para construir el tubo neural del bebé".

Siempre me hacía sonreír que me regañara para que me cuidara y cuidara al bebé. Demostró que le importaba. Como médico, se tomaba muy en serio la investigación y me sometía a un estricto programa de ejercicios suaves para fortalecer el tronco y proteger al bebé, y se aseguraba de que comiera muchos alimentos ricos en nutrientes. Era muy bonito ver lo entregado que estaba a su hijo cuando aún no había nacido.

Y no sólo cuidaba del bebé. Clay también cuidaba maravillosamente de mí. Nunca me pidió que me mudara con él, pero podría haberlo hecho. A lo largo de las semanas pasé cada vez más tiempo en su casa y el apartamento se llenó de mis cosas.

Me animó a trabajar en la edición de mi libro. Terminó de leerlo y no paraba de decirme lo mucho que le gustaba e insistía en que tenía que publicarlo. Tenía mucha fe en mí, pero yo quería dedicarle más tiempo al manuscrito antes de lanzarlo al mundo.

"¡Compré esto también!", anuncié, sacando una camiseta de algodón transpirable. "Necesito algo que ponerme cuando doy todos esos paseitos que me haces dar ya que la ropa empieza a apretarme".

Me quité el top para poder modelar el nuevo que había traído, pero Clay me detuvo antes de que pudiera meter la mano en la bolsa. Con una sonrisa diabólica, me rodeó con sus brazos y me besó el cuello mientras yo estaba en sujetador. Pude ver cómo se excitaba.

"Nada de esto del bebé te hace perder el ritmo, ¿verdad?", bromeé.

"Estás más guapa que nunca", respondió. "Y todavía tan sexy como una diabla".

Junté las manos detrás de su cuello y me hundí feliz en su beso. El sexo que habíamos tenido últimamente era alucinante. Ahora que habíamos dejado atrás toda la confusión de la situación de la acompañante, los dos estábamos siendo mucho más atrevidos con nuestro afecto. Yo me acurrucaba constantemente con Clay sólo porque podía y él siempre se acercaba sigilosamente por detrás para rodearme la cintura con sus brazos o robarme un beso. Estábamos el uno encima del otro todo el tiempo.

Cada vez que miraba a Clay, pensaba que estaba más bueno que nunca. La forma en que lo dejó todo para estar a mi lado me excitaba muchísimo. La confianza y la cercanía que habíamos desarrollado en las últimas semanas hacían que todo fuera mejor cuando nos tocábamos, porque era algo más que sexo sin sentido. No sabía lo que Clay sentía por mí, pero me estaba enamorando perdidamente de él.

Se acercó a mí por detrás para desabrocharme el sujetador y me cogió los pechos con las manos antes de bajar las palmas por mi cintura hasta posarlas en mis caderas. Me di cuenta de la pequeña curvatura de mi barriguita, que empezaba a crecer. Apoyó las manos en mi vientre un instante antes de seguir recorriendo mi piel.

Cuando estaba tan excitado, su respiración se volvía entrecortada y ronca, y el sonido me enloquecía. Me excitaba saber cuánto me deseaba.

Yo también lo deseaba. Cogí el dobladillo de su camiseta y tiré de él por encima de su cabeza. Me mordí el labio al ver el magnífico físico que tenía debajo. No importaba cuántas veces mirara su cuerpo, nunca me cansaría de verlo. Sus anchos hombros, sus fuertes brazos y sus tonificados abdominales eran increíblemente sexys.

Clay me levantó y mi corazón se aceleró al ver lo fácil que lo hacía parecer. Era muy fuerte y cuando me llevaba donde quería, me volvía loca de deseo. Me gustaba cuando se salía con la suya.

Me llevó al dormitorio y me tumbó en el suelo. En cuanto mis pies tocaron la alfombra, continué desnudándolo. Le desabroché el cinturón de los vaqueros y le arranqué los pantalones con una lujuria que me dejaba sin aliento. Él se rio de la urgencia con la que le arranqué la ropa y me arrancó la mía con la misma pasión.

Cuando los dos estuvimos desnudos, me tumbó en la cama y agarré su dura y gruesa polla para acariciarla burlonamente. Sus gemidos de placer eran pequeños gruñidos que me hacían sentir

frenéticamente excitada.

Me miró a los ojos mientras lo tocaba y todo se volvió más intenso. La conexión que teníamos era algo más que química sexual. Algo profundo nos unía y alcanzaba su crescendo cuando estábamos en el dormitorio. Era como si nuestros cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro.

Apoyé la palma de la mano en su mandíbula y lo besé profundamente. El calor aumentó entre nosotros mientras seguí acariciándole. Gimió cuando se apartó de mis caricias para centrar su atención en mí.

Me miró a los ojos y su sonrisa me volvió loca. Pude ver la expectación en sus ojos y oír su excitación en su ronca y lenta respiración mientras inclinaba la cabeza entre mis piernas para presionar su lengua contra mi clítoris.

Ya estaba húmeda de deseo y el contacto de su lengua me produjo escalofríos. Se me doblaron los dedos de los pies de placer y jadeé agarrándome a su pelo. El sonido que emití le incitó a seguir y deslizó dos dedos en mi interior mientras continuaba provocándome. La sensación extra hizo que todo se tensara y arqueé la espalda. Apoyó una mano en mi cadera para inmovilizarme mientras me incitaba al orgasmo. No se detuvo cuando empecé a retorcerme y el orgasmo me golpeó como un maremoto.

Clay se incorporó cuando me corrí y se inclinó hacia delante para besarme. Tenía un sabor dulce.

Lo atraje hacia mí y abrí las piernas. Colocó las palmas de las manos a ambos lados de mí y me quedé mirando los músculos que ondulaban en sus hombros. Me penetró con facilidad y la sensación de tenerlo dentro, tan satisfactoriamente profundo y delicioso, hizo que el éxtasis recorriera todo mi cuerpo.

Levanté la parte superior del cuerpo y le rodeé el cuello con los brazos, de modo que nuestros rostros quedaron a escasos centímetros mientras él estaba dentro de mí. Era íntimo e intenso. Apreté los labios contra los suyos y luego los separé, introduciendo la lengua en su boca. Me devolvió el beso y me agarró con fuerza, tirando de mis caderas hacia él cada vez que empujaba. Estaba tan dentro de mí que me faltaba el aire. Apoyé la frente en su hombro y jadeé cuando volvió a penetrarme.

Me puso la palma de la mano en la nuca para besarme más profundamente. Me dio un vuelco el corazón al sentir que me abrazaba con tanta ternura. Sentí como si ya no estuviéramos teniendo sexo, sino haciendo el amor.

Me mordí la lengua para no confesarle que lo amaba.

Pero lo sentí. Cuando nos abrazábamos así, moviéndonos juntos y besándonos como si fuéramos una sola persona, mi alma se sentía completa. Cada momento dulce y maravilloso que pasaba con él se me venía a la cabeza y hacía que las sensaciones físicas fueran aún más divinas.

Clay me abrazó y se giró para que yo estuviera encima de él. Me coloqué sobre él y me deslicé hacia abajo, mordiéndome el labio al sentir cómo me llenaba. Apoyé las palmas de las manos en su pecho firme e incliné la cabeza hacia atrás. En mi garganta se oyó un grito ahogado que subió

a la superficie cuando él presionó su pulgar sobre mi clítoris. Lo masajeó lentamente mientras yo me mecía contra él, haciendo que la sensación de éxtasis en mi interior creciera y se extendiera.

Vi las estrellas cuando volvió a llevarme al orgasmo. Caí hacia delante, sintiéndome débil tras la sensación. Cada músculo estaba relajado, como si toda la tensión hubiera abandonado mi cuerpo. Me incliné para besarle y moví lentamente las caderas.

Me rodeó la cintura con el brazo y me instó a moverme más deprisa. Me siguió besando mientras me movía hacia delante y hacia atrás. Me temblaban las piernas.

"No pares", me suplicó.

Me moví más deprisa, disfrutando de los sonidos que hacía Clay cuando estaba a punto de correrse. Enroscó los dedos en mis caderas y cerró los ojos al llegar al orgasmo. Disfruté de la rudeza de su agarre cuando llegó al límite. Sus dedos se aflojaron y respiró hondo.

"Ha sido increíble".

Me puse de lado y me tapé con las sábanas. Le di un beso en la mejilla y me aparté el pelo de la cara. Mi piel estaba caliente.

Me estrechó contra él y me besó en la frente. Le rodeé con los brazos y me acurruqué feliz contra su pecho. Me sentí completamente satisfecha en mi confusión post-sexo, segura en los brazos del hombre al que amaba.

Después de tanta confusión, parecía que por fin estábamos de acuerdo. Todo iba bien y yo no podía ser más feliz.

Tuve que decirme a mí misma que no pusiera mala cara cuando Clay se apartó de mala gana.

"Lo siento, Marie. Tengo que prepararme para mi turno". Me besó. "Ojalá no tuviera que irme".

Suspiré. "Tu trabajo es importante".

"¿Seguirás aquí cuando vuelva?".

"Si quieres que esté".

"Claro que quiero".

"Entonces sí. Estaré aquí".

Clay sonrió y se levantó de la cama. Admiré su físico mientras caminaba desnudo hacia el baño.

Acababa de meterse en la ducha cuando su móvil empezó a sonar en la cómoda. Lo ignoré, pero me preocupé cuando sonó por segunda y tercera vez. En el trabajo de Clay, sabía que la llamada podía ser una emergencia. Ansiosa por si le necesitaban, salí de la cama para ver si el identificador de llamadas me decía si era el hospital el que intentaba localizarle.

El móvil había dejado de sonar cuando intenté cogerlo, pero vi que había llegado un mensaje. Lo abrí para comprobar si tenía que sacar a Clay corriendo de la ducha y palidecí al leer el mensaje de un número anónimo.

DESCONOCIDO: Sé quién es ella en realidad. Estás acabado.

El mensaje venía con un archivo adjunto. Lo abrí y vi una captura de pantalla de mi perfil de acompañante en el sitio web *Arm Candy*. Hacía menos de una semana que lo había quitado, pero parecía que alguien estuvo vigilando de cerca y se aseguró de estar preparado.

Se me encogió el corazón. Mientras yo estaba aturdida y deseando ser madre, deleitándome con la atención de Clay y jugando a las familias felices, alguien se estuvo preparando para el chantaje. No sabía quiénes eran ni lo que querían, pero se me llenaban los ojos de lágrimas al pensar que todo esto podía acabar antes de empezar.

Sabía lo mucho que le importaba a Clay su reputación y lo importante que era que no se viera envuelto en otro escándalo. Podría ser catastrófico que su familia se enterara de que había dejado embarazada a una acompañante.

Volví a dejar el móvil en silencio sobre la cómoda, me vestí, cogí el bolso y salí del apartamento sin despedirme. No quería ver a Clay leer aquel mensaje ni ver la expresión de su cara cuando se diera cuenta de lo que significaba. Como una cobarde, desaparecí hacia la seguridad de la casa de Faith, donde podría esperar a averiguar qué iba a hacer Clay exactamente.

Capítulo Veintidos

Clay

Entré en el dormitorio con una toalla alrededor de la cintura, preguntándome si habría tiempo para el segundo round antes de que tuviera que irme a la operación. Cuando fui a buscarla, no estaba allí. El dormitorio estaba vacío.

Quizá estaba haciendo café.

Fui a la cocina, pero tampoco estaba. Busqué habitación por habitación, pero Marie había desaparecido. La confusión se convirtió rápidamente en ansiedad. No había ninguna razón para que Marie se fuera sin decírmelo. Desde que descubrí que estaba embarazada, estuve hipervigilante, asegurándome de que ella y el bebé estuvieran sanos y de no hacer nada que pusiera en peligro nuestra relación. Me puso nervioso no saber dónde estaba.

Probablemente fue a la tienda.

Me dije que necesitaba calmarme y dejar de sacar conclusiones precipitadas. Marie era una mujer adulta y estuvo feliz en mis brazos momentos antes. Nos llevábamos bien, a ella le iba bien, el bebé estaba sano y no había motivo para pensar que hubiera ocurrido nada malo. Probablemente sólo estaba recogiendo leche o algo así.

Más tranquilo, me vestí para ir a trabajar y cogí el móvil para ver los mensajes. Cuando encendí la pantalla, se me revolvió el estómago al ver que se abría con un mensaje de un número anónimo.

DESCONOCIDO: Sé quién es ella en realidad. Estás acabado.

Abrí el archivo adjunto al mensaje y vi una captura de pantalla del perfil de Marie en *Arm Candy*. Me sentí enfermo al instante y el pánico me hizo un nudo en el estómago.

Alguien sabía que conocí a Marie a través de una agencia de acompañantes. Si sabían eso, ¿qué más sabían? ¿Sabrían que mentí sobre mi compromiso con ella? ¿Sabrían que estaba embarazada?

Se me aceleró el corazón al imaginar cómo se desmoronaría mi vida si mi padre se enteraba de esto. Mi divorcio y el comportamiento imprudente que lo siguió casi hacen que mi familia me odiara. Casi pierdo mi carrera. Eso sería la gota que colmaría el vaso. Mi padre nunca me perdonaría que se corriera la voz entre sus socios y benefactores del hospital de que Marie no era realmente mi prometida, sino que había estado pagando a acompañantes y me las había arreglado para dejar embarazada a una.

No importaba que mis sentimientos por Marie fueran reales o que lo que empezó como una chocante coincidencia se hubiera convertido en algo maravilloso. Mi padre sólo se fijaría en que le mentí.

Sabía que tenía que adelantarme a esto antes de que se supiera. Si alguien me envió un mensaje con las pruebas antes de ir directamente a mi padre, significaba que estaban utilizando la

información que tenían sobre mí para aprovecharse. Esto no era un aviso, era chantaje. Si pagaba el precio adecuado, tal vez podría hacer que todo esto desapareciera.

Pulsé el botón de *llamada* y me acerqué el móvil a la oreja. Nadie contestó. Volví a intentarlo y esta vez alguien cortó la llamada al segundo timbrazo. Estaba claro que quien envió el mensaje no iba a contestarme. En su lugar, envié un mensaje.

¿Quién es? ¿Qué desea?

Gruñí de frustración al no recibir respuesta. Me senté en el borde de la cama y apoyé la cabeza en las manos. Sentí que las paredes se cerraban a mi alrededor. Todo por lo que estaba trabajando estaba a punto de derrumbarse. Por muy buen cirujano que fuera, lo único que importaba era mi reputación, y no sólo en el quirófano. Tenía que ser más que puro para conservar mi puesto en el grupo Alford y mi relación con Marie no estaba pareciendo inocente a primera vista.

Entendí por qué Marie había desaparecido. Debió abrir el mensaje y enfadarse al darse cuenta de que alguien nos amenazaba. La llamé frenéticamente, desesperado por saber que estaba bien. Tampoco contestó.

Vi el mensaje con la captura de pantalla y escribí. Todo va a salir bien. Sé que estás disgustada, pero te prometo que esto no cambia nada. Tengo una operación programada así que tengo que ir al hospital ahora. Estaré allí todo el día. Ven a buscarme y lo solucionaremos juntos.

Miré el reloj y maldije. Tenía que estar en el quirófano en menos de una hora y no tenía tiempo de resolver el enigma ahora mismo, aunque me estaba volviendo loco. Además, tenía que mantener la calma. No podía permitirme otra metedura de pata en el quirófano. Por grande que fuera la amenaza, tenía que actuar con normalidad y pasar el día sin hacer daño a nadie.

Me preparé y entré en la sala de operaciones para la cirugía de ablación. Respiré hondo varias veces antes de introducir el catéter en la arteria de la parte superior interna del muslo del paciente y llevarlo hasta el corazón. Flexioné y destensé los dedos repetidamente antes de localizar la parte del corazón responsable del latido anormal y prepararme para cauterizar. El tejido cicatricial impediría que las señales eléctricas fallaran.

Tuve que poner todo de mi parte para apartar a Marie de mi mente y asegurarme de no quemar nada que no debiera. Respiré aliviado cuando lo hice sin problemas.

Cuando vi en el móvil que Marie aún no había respondido al terminar mi intervención, casi me subo por las paredes de los nervios. Fui a buscar a Mal para que me tranquilizara. Cuando le conté lo del mensaje anónimo, enseguida puso cara de preocupación.

"¿Quién querría chantajearte?", preguntó. "¿Quién tiene algo contra ti?".

Hice una mueca. "La mitad de las mujeres de esta maldita ciudad". Me paseé de un lado a otro, pasándome las manos por el pelo, lleno de pánico. "O quizá sea algún otro médico cabreado porque soy el cirujano jefe. No sería la primera vez que alguien piensa que no merezco un puesto".

"Entonces, ¿qué vas a hacer?", preguntó Mal. "¿Vas a darle al chantajista lo que quiere? ¿Vas a terminar las cosas con Marie? ¿Le dirás la verdad a tu padre?".

Cada sugerencia parecía peor que la anterior. Me dejé caer de golpe en la silla frente a Mal, que estaba sentado detrás de su escritorio observándome con expresión preocupada. Levanté las manos con impotencia.

"No sé qué demonios se supone que debo hacer", confesé. "La he cagado. Otra vez. Le dije a mi padre que estábamos comprometidos. Ahora se va a enterar de que no sólo mentí sobre lo de casarnos, sino que llevé a una acompañante a la fiesta con la intención expresa de engañarle. Y para colmo, la dejé embarazada".

Se me cayeron los hombros y apoyé la cabeza en las manos. "Estoy arruinado. Todo el trabajo que hice para ganarme de nuevo su confianza no sirvió para nada. Me echarán del Grupo Alford y me pondrán en la lista negra de todos los hospitales de esta ciudad. Nunca volveré a operar".

Mal dejó escapar un largo suspiro. Me di cuenta de que quería consolarme, pero sabía tan bien como yo que mi padre no era de los que perdonan. Las exigencias para ser un Alford eran ridículamente altas y yo nunca estuve cerca de ser lo bastante bueno. Esto no era más que la guinda del pastel.

"¿Qué dijo Marie?", preguntó.

"No contesta al teléfono. Dios sabe lo que está pasando por su cabeza en este momento".

"No es sólo tu reputación la que está en juego", coincidió Mal. "No me imagino que quiera que el mundo sepa que probó suerte como acompañante".

Grité. "Esto es una pesadilla".

Mientras hablaba con Mal, mi móvil zumbó y lo miré rápidamente para ver si el chantajista finalmente había enviado sus exigencias. No era el chantajista, sino Marie.

MARIE: Nos vemos en el hospital. Hasta pronto.

Tragué saliva. "Marie viene a hablar".

"Bien", dijo Mal. "Tenéis mucho que resolver. Tenéis que decidir si vais a seguir juntos si esto se hace público o si vais a separaros para intentar que no se haga público nunca".

La idea me heló la sangre. Acababa de conseguir que Marie fuera un elemento permanente en mi vida y no estaba dispuesto a perderla. Las últimas semanas de tenerla siempre cerca y de imaginarme un futuro con ella me habían hecho muy feliz. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí tranquilo y realizado, y la idea de ser padre por fin empezaba a tener sentido para mí. Quería ese hijo y quería criarlo con Marie.

Asentí con la cabeza. "Lo hablaremos. Quizá ella sepa mejor que yo quién está detrás de esto. Si averiguamos quién se beneficia de todo esto, quizá podamos adelantarnos".

"¿Qué hay de su ex-marido?", Mal sugirió. "Dijiste que estaba divorciada, ¿verdad?".

La idea me inquietaba. Sabía que el ex de Marie tenía problemas con el juego, así que tendría sentido que tuviera algo que ganar chantajeando a alguien cuyo nombre estaba ligado a la riqueza. También tendría sentido que hubiera estado vigilando a Marie. Ese era exactamente el tipo de cosas que hacían los ex. Llevaba meses suspirando por Sophie cuando se marchó, consultando sus redes sociales y tratando de dejar caer su nombre en conversaciones con amigos comunes para ver qué podía averiguar. Sin duda, el ex marido de Marie hizo exactamente lo mismo.

"Quizás tienes razón", dije. "Tal vez él está molesto porque ella empezó a salir conmigo antes de que su divorcio hubiera finalizado. Además, sé que está en una situación financiera difícil. Tiene sentido".

"Bueno, por ahí se puede empezar", respondió Mal. "Quizá Marie y tú podáis hacerlo desaparecer".

"Esperemos. Si quiere que le paguen, yo le pagaré".

Mal puso los ojos en blanco. "Hasta luego tus principios".

"He trabajado demasiado duro para llegar donde estoy como para tirarlo todo por la borda por principios", repliqué. "Si no soy cirujano, no sé quién soy".

Al pronunciar estas palabras, me di cuenta de que no eran del todo ciertas. Fuera cirujano o limpiador de chimeneas, pronto sería padre. Eso era lo que realmente importaba. Había un niño en mi futuro, sin importar cómo estuvieran las cosas ahora.

Suspiré. "Voy a ser padre. Necesito una carrera decente. No puedo estar en la lista negra".

"Tal vez deberías abordar el problema y decírselo a tu padre antes de que se entere por otra persona. Al menos así podrá poner a sus relaciones públicas a trabajar en ello y tal vez esquivar la tormenta".

Mis ojos se abrieron de par en par y me burlé. "¿Estás loco? No volverá a hablarme. Estaré acabado". Sacudí la cabeza miserablemente. "No tiene ningún interés en protegerme. Sólo al grupo. Es imposible que mi padre se entere de esto y le parezca bien. En cuanto sepa lo que he hecho, estoy acabado en Nueva York".

"¿Y?", Mal se encogió de hombros. "Nueva York es sólo una ciudad. Marie y tú podríais instalaros en otro sitio".

La idea de una vida fuera de la ciudad me parecía una locura. El caos formaba parte de mí. Me encantaba el ajetreo y lo que significaba ser un cirujano en la cima de su carrera en una de las ciudades más agitadas del mundo. Me estimulaba. No quería ser un médico don nadie en un pueblo rural cuya idea de la cirugía fuera sacar un soldadito de juguete de la nariz de un niño con unas pinzas.

Aunque entonces imaginé que era mi hijo y se me dibujó una pequeña sonrisa en la cara.

"No llegaremos a eso", dije seriamente. "No lo permitiré".

Capítulo Veintitrés

Marie

Me tomé un momento para respirar antes de entrar en el hospital. Clay vio el mensaje y me dijo que todo iba a ir bien, pero no sabía si debía creerle. Sabía lo mucho que significaba para él volver a agradar su familia y entrar en el consejo del hospital. Mi relación con él era complicada. Cuando dijo que iba a arreglarlo, no tenía ni idea de cómo.

Estaba de pie en la entrada del hospital con una mano protectora sobre el estómago cuando una mujer rubia con los labios pintados de magenta y una falda lápiz ajustada vino a ponerse a mi lado. La reconocí como la mujer que flirteó con Clay la última vez que fui a hablar con él al hospital. La que estuvo con él en Florida. Me miró y sacó un paquete de cigarrillos del bolso. Dio unos golpecitos con la palma de la mano para aflojar uno y lo giró hacia mí. No supe si me reconoció o no.

"¿Quieres fumar?", me ofreció.

Me negué. "No, gracias. Me vendría bien uno, pero ahora no puedo fumar".

Desvió la mirada hacia mi estómago y guardó lentamente el paquete sin encenderlo. De repente se sintió incómoda.

"¿De cuánto estás?", me preguntó.

No le dije que estaba embarazada, pero la mano en mi barriga debió de delatarlo. De repente me sentí culpable. Lo último que Clay querría ahora era que les dijera a sus colegas que estaba embarazada.

"Segundo trimestre".

Me miró fijamente. "¿Es de Clay? Os vi muy juntos la última vez que le visitaste en el trabajo".

La fulminé con la mirada. Esa mujer llevaba semanas husmeando en Clay y ahora tenía el descaro de meterse en mi vida privada como si fuera asunto suyo.

"No", mentí." Es de mi ex marido. Clay es sólo un viejo amigo que me ha estado ayudando a superarlo".

"Oh".

El tono de su voz era imposible de leer. Parecía casi en estado de shock.

"No sabía que estabas embarazada", murmuró.

Arrugué la frente. Era algo extraño. No había ninguna razón para que supiera que estaba embarazada, pero sonaba culpable. De repente vi banderas rojas.

"¿Cuál es exactamente tu relación con Clay?", le pregunté. "¿Sois íntimos?".

Se encogió de hombros. "Somos colegas".

La mujer que escuché por teléfono no había sido tan recatada. Tuve la sensación de que esta mujer ocultaba algo. Enfoqué mis ojos en ella lo que hizo que su piel se pusiera roja.

"Voy a ir a una zona designada para fumadores", dijo. "Adiós”.

La vi alejarse y me sentí confundida y un poco incómoda. La forma en que se enfadó al conocer la noticia de mi embarazo me hizo preguntarme si había pasado algo entre ellos en Florida. Me había guardado mis sospechas porque en realidad no era asunto mío en aquel momento, pero ahora me rondaba por la cabeza.

¿Se metió Clay en la cama con ella después de que yo me alejara de él tras nuestra segunda cita? ¿Acaso el embarazo interrumpió algo que se estaba gestando entre ellos?

Tuve ganas de llorar. Tenía la cabeza hecha un lío. En las últimas semanas creí que Clay estaba realmente conmigo y que esperaba un futuro juntos. Encontrarme con aquella mujer y ver lo disgustada que estaba me hizo preguntarme si Clay simplemente estaba siendo responsable con la situación. Si no le hubiera contado lo del embarazo, quizás nunca habríamos vuelto a acercarnos.

Le envié un mensaje a Clay para avisarle de que había llegado y fui a esperar en el vestíbulo de Urgencias. El caos y el drama me inquietaron aún más. Era difícil mantener mis pensamientos en orden entre el bullicio del hospital cuando mi ansiedad ya era tan abrumadora. Cuando Clay vino a verme, estaba a punto de echarme a llorar.

Cuando le vi aparecer, el amor que sentí fue inconmensurable. Apareció entre la multitud de pacientes y enfermeras, y mis ojos le siguieron como si estuviera bajo un foco. Era guapísimo, con su pelo, sus ojos oscuros, sus hombros anchos y su expresión seria. Cruzó el vestíbulo y me saludó con un reservado beso en la mejilla.

Me mantiene a distancia por si alguien observa.

"¿Vamos a mi despacho?", sugirió.

Asentí y le seguí hacia el ascensor. Mientras caminábamos, la gente retrocedía en señal de reverencia o le paraba para hacerle preguntas. Teníamos que detenernos cada pocos pasos para que pudiera aconsejar a sus colegas o tranquilizar al familiar de un paciente.

Se me hizo un nudo en la garganta al verle en su entorno natural. Estaba rodeado de gente que le admiraba y le necesitaba. Mientras yo pasaba mi tiempo libre comprando conejitos de peluche y editando una tonta historia de amor, él estaba aquí todos los días salvando vidas. Era más importante de lo que yo nunca sería. Cuando le ví recorrer los pasillos del hospital como un soberano en su reino y acaparar la atención de todos los que le rodeaban, comprendí por qué él no podría soportar la idea de perderlo. Este era su lugar.

Cuando por fin me senté en su despacho, estaba al borde de las lágrimas. Con la puerta cerrada, finalmente estábamos solos. Me abrazó y se apartó para mirarme.

"Siento mucho lo del mensaje, Marie", me dijo. "Sé que debe haberte asustado".

"Estoy preocupada por ti", respondí. "Te lo juegas todo".

No quería que pensara que era una damisela en apuros, así que no mencioné el hecho de que yo también estaba aterrorizada. No quería que todo el mundo se enterara de que trabajé para *Arm Candy* ni que Shawn supiera que estaba embarazada de otro hombre.

Clay acercó una silla para sentarse a mi lado y me puso una mano en la rodilla para consolarme. Sin embargo, me di cuenta de que estaba tan preocupado como yo. Tenía el ceño fruncido y los dientes apretados. Se tapó la boca con una mano para que no viera el temblor de su mandíbula.

"Tenemos que adelantarnos a esto", dijo. "¿Crees que podría ser tu ex marido?".

"¿Shawn?". La idea ya se me había ocurrido. Después de todo, llegó al extremo de hackear mi cuenta bancaria. No era descabellado pensar que también me hubiera estado vigilando de otras formas. Realmente no quería involucrarlo en todo esto, pero era una opción probable. "Realmente no lo sé. Tal vez".

Las manos de Clay se cerraron en puños. "Voy a matarlo".

"No sabemos si es Shawn".

"Es lo más lógico".

"Déjame hablar con él".

Frunció el ceño. "No tengo tiempo para que enfoques esto con suavidad. Toda mi vida está en juego".

"La mía también", repliqué. "Y sería un desastre que entraras a saco si Shawn no tuviera nada que ver con esto. Lo único que conseguirías sería exponer nuestra relación y darle argumentos para ganar más con el acuerdo de divorcio".

Los ojos de Clay se abrieron de par en par y me miró con incredulidad. "¿Esa es tu prioridad? ¿Tu acuerdo de divorcio?". Se burló. "Eso no es nada. Podría perder mi carrera y ser repudiado por mi familia para el resto de mi vida. Podrían echarme de esta ciudad".

La dureza de sus palabras me hirió. Puede que no fuera un cirujano de altos vuelos o un millonario, pero las cosas que podría perder seguían importando.

"No podemos ser imprudentes", le dije. "No podemos acercarnos a nadie hasta que sepamos exactamente quién hizo esto. De momento, los únicos que conocen mi trabajo en la agencia somos tú, yo, Faith y quienquiera que haya enviado ese mensaje. No queremos involucrar a nadie más innecesariamente".

"Tal vez fue Faith..." murmuró Clay.

La sugerencia me hizo hervir la sangre. Clay se apresuró a sugerir que el chantajista era alguien de mi círculo. Shawn era bastante justo, pero Faith era una santa y no escucharía una mala palabra dicha contra ella.

"Ella nunca haría algo así", contesté. "Ha sido un gran apoyo para mí estos últimos meses. Es mi mejor amiga".

Clay levantó las manos a la defensiva. "Tú misma has dicho que sólo hay un puñado de personas que lo saben. Quizás se puso celosa si se enteró de cuánto dinero te di. Al fin y al cabo, ella llevaba mucho tiempo en ese oficio antes de que tú llegaras. Tal vez pensó que ese pago le pertenecía".

"¡Olvídalo! Faith es la que me animó a hacer el trabajo en primer lugar. Y ella nunca le quitaría dinero a este bebé. Ya está enamorada de él".

"Es uno de ellos dos", insistió.

"¿Qué pasa con tu mejor amigo? ¿Mal, verdad? Me contaste que sabe la verdad sobre nosotros. ¿O quizá pudo ser esa rubia de piernas largas que se te echa encima cada vez que intento hablar contigo?", repliqué. "No pareció muy contenta cuando se enteró de que estaba embarazada. Casi llora".

Los ojos de Clay se abrieron de par en par y se pasó ambas manos por el pelo, presa del pánico. "¿Se lo dijiste?".

"Le dije que era de mi ex marido", murmuré. "Y no se lo dije. Ella lo adivinó".

"De todas formas, ¿para qué hablas con Angie?".

"Ella vino a hablarme a *mi*. Parecía realmente interesada en nuestra relación. No me sorprende teniendo en cuenta la pequeña escapada que tuvisteis en Florida".

Frunció el ceño. "¿Qué estás insinuando? ¿Que te he engañado?".

Levanté las manos. "¡No sé qué pensar! Todo lo que sé es que ella ha estado encima de ti desde que volviste de Florida. Si alguien nos ha estado observando de cerca, ha sido ella".

Su cara cambió, y pude ver que le molestó que mencionara a Angie. Rápidamente borró el dolor de su expresión y una mueca de desprecio ocupó su lugar.

"Tú y yo ni siquiera éramos pareja cuando estaba en Florida". Se levantó y empezó a caminar irritado. "Ni siquiera sé lo que somos ahora".

Se me saltaron las lágrimas. "¿No lo sabes?".

La reacción de Clay no fue la que esperaba. Sabía que estaría preocupado por el chantajista y por la amenaza de perder su trabajo, pero no pensé que se apresuraría tanto a señalarme con el dedo o que despreciaría tanto nuestra relación. Estaba siendo ridículamente egoísta.

Cuando dormimos juntos noche tras noche y miramos los escáneres del bebé en mis citas prenatales, no parecía que hubiera ninguna confusión. O cuando se acercaba sigilosamente por detrás para besarme o me hacía el amor junto a las ventanas del balcón. Ahí sí que no sintió ningún conflicto sobre lo que éramos. Para mí, llevábamos meses siendo pareja. ¿Qué demonios creía Clay que estaba pasando?

"¿Por qué tienes que complicar todo tanto?", susurré. "Estoy aquí y puedes tenerme. Cada vez que nos acercamos a algo real encuentras una razón para entrar en pánico o encuentras algún cable cruzado imaginario que te da una excusa para echarte atrás".

Me levanté y cogí mi bolso.

"Permíteme que te lo ponga menos difícil: conserva tu trabajo. Está claro que importa más que cualquier otra cosa".

Me miró a los ojos y nos sostuvimos la mirada durante un buen rato. Esperaba que dijera algo, que me eligiera. Pero a pesar del dolor que reflejaban sus ojos y del movimiento de su garganta al contener sus emociones, no dijo nada.

Cada vez que tenía la oportunidad de luchar por mí, no decía *nada*.

"No te atrevas a hablar con Shawn", le dije en voz baja. "Yo me encargaré de él. Tú haz lo que tengas que hacer para investigar a tus colegas y a esa mujer. Sea quien sea, les daremos lo que quieren y luego podrás olvidar todo esto, justo como quieres. No volveré a salir de la nada para estropear tu vida perfecta".

Capítulo Veinticuatro

Clay

Cuando entré en su despacho, Mal me escuchó con total atención. Por la expresión de mi cara, se dio cuenta de que la conversación no había ido nada bien.

Se sentó en su silla y se echó hacia atrás el pelo castaño rizado con un suspiro. "Vamos, cuéntame".

"Fue terrible", me quejé. "Empecé a acusar a su ex y a Faith, luego ella empezó a acusarme de tener algo con Angie. Fue un desastre absoluto".

"Parece que no has avanzado mucho en averiguar quién envió realmente ese mensaje, entonces".

Suspiré. "No. Lo único que he hecho es dañar las cosas. Le dije que no estaba seguro de lo que éramos, y eso fue un error".

Mal hizo una mueca. "Idiota. ¿Por qué has dicho eso?".

"¡Porque no sé qué demonios está pasando!". Me desplomé en una silla frente a su escritorio y estiré la mano para detener el tintineo de su estúpido adorno de escritorio. "Ni siquiera nos estábamos hablando hasta que descubrió que estaba embarazada. Di un paso al frente porque era lo correcto, pero nunca hablamos de hacia dónde iban las cosas entre nosotros. No sé si está conmigo porque quiere o porque se siente atrapada".

"¿Y decidiste que este momento, cuando está todo en el aire, era el adecuado para lanzarle esto?". Mal sacudió la cabeza con desesperación. "Para ser tan inteligente, puedes ser tan imbécil, Clay".

Empezó a enumerar los problemas de Marie con los dedos. "Marie está saliendo de un divorcio complicado, se enfrenta a un embarazo no planificado y ahora tiene a alguien que amenaza con airear todos sus trapos sucios. ¿Es entonces cuando le dices que ni siquiera estás seguro de que seáis pareja? Vaya forma de patear a alguien cuando está caído".

Grité y me incliné hacia delante, con la cabeza entre las manos. "Lo sé, lo sé. Me estaba hablando de Angie y me puse a la defensiva".

"¿Te *acostaste* con Angie?".

"Por supuesto que no".

"¿Entonces por qué te pusiste a la defensiva?".

"Porque todo el mundo espera que haga algo sórdido excepto Marie. Pensé que confiaba en mí y me molestó cuando quedó claro que no lo hacía". Tragué saliva. "Nunca dudé de que quisiera estar conmigo hasta ese momento. ¿Por qué ibas a estar con alguien que crees que te engaña? Me hizo preguntarme si sólo está conmigo porque no quiere tener un bebé sola. Se está conformando

con lo único que tiene".

Me encorvé aún más en la silla. "No quiero ser la manta de seguridad de nadie. Si está conmigo, quiero que esté conmigo porque me quiere. No puedo creer que sugiriera que me acostaba con Angie. Pensé que me conocía mejor que eso".

"No creo que ella realmente piense eso," Mal respondió gentilmente. "Probablemente esté tan asustada como tú. Parece que los dos dijisteis cosas que no queríais decir".

"Me dijo que siempre complico las cosas y luego dijo que me lo iba a poner fácil. Después de eso se fue enfadada de mi despacho". Me froté los ojos. "Piensa igual que Sophie. Ella siempre dijo que mi trabajo era más importante para mí que cualquier otra cosa. Soy muy bueno haciendo sentir mal a las mujeres, como si no me importaran".

Mal rodeó su escritorio y se sentó a mi lado. "Quizás sea hora de hacer algunos cambios. Sé lo mucho que te importa Marie. No quieres perderla, ¿verdad?".

"Claro que no, pero no sé lo que estoy haciendo. Cuando me mira fijamente, puedo sentir cuánto me necesita y siento que me alejo. Sé que la voy a cagar y es más fácil si no finjo ser alguien que no soy".

"¿Qué se supone que significa eso?".

"Fui un marido de mierda y probablemente también seré un padre terrible. Ella está mejor sin mí".

"Mentira". Mal me fulminó con la mirada. "Basta ya de autocompasión. Por Dios, Clay, ya cansa. Hiciste lo mismo cuando Sophie se fue y mira a dónde te llevó. ¿Qué tal si sacas la cabeza del culo y luchas por ella, si es importante para ti?".

Estaba a punto de volver con un argumento sobre cómo ya la había perdido cuando sentí que mi móvil sonaba. Lo saqué del bolsillo para ver quién llamaba y vi que era mi padre.

"Tengo que cogerlo", le dije.

El corazón se me aceleró un poco al acercarme el teléfono a la oreja. Mi padre nunca me llamaba y me puso nervioso ver su número en la pantalla. Supe que algo estaba mal.

"Papá. Hola".

"Necesito verte inmediatamente. Nos vemos en la finca. Estate allí en una hora".

Me colgó antes de que pudiera decir nada más y mi estómago se hundió como una piedra. El tono de su voz me dijo todo lo que necesitaba saber. Estaba a punto de salir de la empresa.

Miré a Mal y me obligué a mantener la cabeza alta.

"El chantaje no fue una amenaza vacía", dije. "Era mi padre. Lo sabe".

Mal palideció. "Lo siento, Clay. Quizá no sea tan malo".

Me burlé mientras me levantaba de la silla y me dirigí hacia la puerta para ir a enfrentarme a mi destino.

"Vamos, Mal. Los dos sabemos que esto no tiene vuelta atrás".

De mala gana, me levanté de la silla para enfrentarme a lo que venía. Mientras lo hacía, me preguntaba si la vida de Marie se estaría desmoronando tan rápido como la mía. Si había sido Shawn, ¿habría empezado a ir tras ella también? Por mucho que me enfureciera lo que estaba pasando, esperaba que el chantajista fuera más suave con ella que conmigo. No importaba por lo que estuviéramos pasando, Marie estaba embarazada de mí y no quería que nadie le hiciera daño.

***

La última vez que estuve en el despacho de mi padre fue la noche de la fiesta de mi abuelo. Pensándolo bien, probablemente fue la noche en que nuestro hijo fue concebido. Llevaba a Marie del brazo y me sentí como si caminara en el aire. Encandilaba a todo el mundo con el que hablaba y me hizo sentir invencible. Cuando le dije a la gente que era mi prometida, me sentí orgulloso, aunque todo era mentira. Me hizo sentir mucho mejor de lo que me había sentido en años.

Ahora volví y ella no me esperaba en la biblioteca. Me enfrentaba a mi padre solo y sabía que no eran buenas noticias.

A mi padre se le veía exitoso. Desde que tuve uso de razón, lo recuerdo caminando erguido, con la columna recta y la cabeza bien alta. Siempre miraba por encima del hombro a todos los que le rodeaban, incluido yo. Llevaba pantalones de vestir y una impoluta camisa blanca abrochada hasta el botón superior. El nudo de la corbata era impecable y estaba tan apretado que ahogaría a un hombre normal.

Tenía el pelo oscuro como yo, aunque ahora se le estaba volviendo plateado en las sienes. Sus ojos eran serios como los míos. Las arrugas de su frente eran profundas, fruto de décadas de fruncir el ceño. Me miró con frialdad cuando entré y me señaló una silla frente a su escritorio.

"Siéntate”.

No hubo ni saludo, ni una pequeña charla. La falta de cumplidos no hizo más que reafirmar lo que ya sabía. Tomé asiento y esperé a que me diera la noticia.

No se sentó. Se quedó cerca y me miró con desprecio. Me sentí como un niño a punto de recibir una severa reprimenda del director del colegio. Mi padre siempre me hizo sentir como un niño que se porta mal. Todos mis logros y elogios desaparecían de mi memoria cuando estaba cerca de él. Yo no era más que un estúpido admirador, con unos zapatos que siempre me quedarían grandes para seguir sus pasos.

Papá abrió el cajón superior del escritorio, sacó un montón de fotografías y las arrojó sobre el roble.

"¿Una puta, Clay?". Sacudió la cabeza con disgusto. "Sólo puedo suponer que nunca estuvisteis

comprometidos y que todo esto fue una farsa para mi".

Me miré el regazo. No había nada que pudiera decir para quedar mejor. Papá ya lo sabía todo. Me invadió una oleada de vergüenza y me maldije por haber sido tan estúpido como para pensar que una novia falsa resolvería mis problemas. Lo único que hice fue cavarme un agujero más profundo y confirmar que no era más que un mentiroso.

En aquel momento no pensé mucho en cómo poner fin a la mentira. Lo único que me importaba era entrar en la junta. Luego ya tendría tiempo de pensar en el resto. Tal vez fue la arrogancia la que me hizo pensar que cuando los hubiera dejado a todos boquiabiertos con lo mucho que habría conseguido como miembro de la junta, no importaría con quién estuviera o no.

Normalmente, ya me hubiera estado arrastrando y dando mil excusas, pero la forma en que llamó puta a Marie desató mi mal genio.

"Va a tener a mi hijo", le dije. "Y voy a estar ahí para ella".

No le había dicho a mi familia que Marie estaba embarazada, ni siquiera cuando prácticamente se había mudado conmigo. Quise mantener la noticia en secreto durante un tiempo para que pudiéramos disfrutar sin sentir que era un hilo más en un tapiz de mentiras. Quería que fuera un hecho separado de la fantasía que había creado para mi familia, porque lo que sentía por Marie y el bebé no era una ilusión. Que saliera a la luz así, ahora, sólo hacía que parecieran más mentiras y engaños deliberados.

"No, si quieres seguir trabajando en uno de mis hospitales, no lo harás", replicó. "Cualquier posibilidad de estar en la junta está fuera del alcance ahora. Está claro que no se puede confiar en ti. Pero eres mi hijo y te daré otra oportunidad, en contra de mi buen juicio, por cierto".

"Pagaré para que esa mujer se vaya. Si te mantienes alejado de ella y no vuelves a hablar de este pequeño incidente, podrás conservar tu trabajo".

Le miré con el ceño fruncido. Había muchas cosas que haría para ganarme su respeto y ascender en la empresa, pero abandonar a mi hijo no era una de ellas. De ninguna manera le iba a permitir que hiciera "desaparecer" a Marie.

"Estaré ahí para Marie", dije con calma, "y estaré ahí para mi hijo. No negaré que soy el padre. No fingiré que no ocurrió".

Papá apoyó las palmas de las manos en el escritorio y se inclinó amenazadoramente hacia delante. "Parece que no entiendes lo que te digo, Clay. Si decides seguir en compañía de esa puta y criar a su hijo, no habrá sitio para ti en el Grupo Alford".

Levanté la barbilla y le miré a los ojos. Me cansé de inclinarme ante él y de pasar por mil obstáculos para obtener su aprobación. Lo que me pidió era mucho más de lo que estaba dispuesto a hacer. Marie y nuestro bebé eran demasiado importantes para mí.

"Voy a ser padre", le dije. "No voy a huir de eso. Hablas mucho de dar un paso adelante y proyectar la imagen correcta, pero esto es lo que significa la verdadera responsabilidad. Voy a tomar mis propias decisiones sobre el tipo de hombre que soy a partir de ahora. Incluso si no coincide con tu marca".

"Ningún hospital de esta ciudad te tocará después de esto, Clay. ¿Lo entiendes?".

"Hay otras ciudades".

Se me hizo un nudo en la garganta al decirlo. No quería vivir en otro sitio que no fuera Nueva York.

Pero si la alternativa era darle la espalda a Marie y a mis responsabilidades que tenía con ella, entonces no tenía elección. Esto era lo correcto y si la quería de nuevo en mi vida, era lo *único* que podía hacer.

"Eres un tonto", espetó papá. "Estás tirando tu carrera por la borda por una zorra que te picó el ojo y te enganchó".

"No te atrevas a llamarla así otra vez", dije con rabia. Mi voz era grave y amenazadora. Temblaba de ira. "Es la madre de mi hijo. Tu nieto".

"Ese bastardo nunca será un Alford".

"Gracias a Dios. Es una vida miserable".

Me fulminó con la mirada. "Estoy decepcionado de ti".

"¿Y hay algo de nuevo en eso?". Me levanté y eché los hombros hacia atrás para ponerme a su altura. Ya estaba harto de agachar la cabeza y fingir que sus prioridades eran las mismas que las mías. "Soy un excelente cirujano que no volverá a trabajar para ti. Criaré a un hijo maravilloso que nunca conocerás. Hoy eres tú quien pierde algo. No yo".

Capítulo Veinticinco

Marie

Faith me cogió de la mano mientras nos sentábamos frente a mi abogada, Edith. Me corrían las lágrimas por la cara e intentaba calmarme para no angustiar al bebé.

Mi vientre se había hinchado tanto que tenía que sentarme con las piernas separadas para dejarle espacio. Estaba de seis meses y a punto de explotar. Me reconfortó apoyar las manos sobre el vientre y recordar la pequeña vida que crecía en mi interior.

Por ti seré fuerte, pequeño.

"¿No hay nada que pueda hacer, entonces?", dije. "Shawn ha ganado".

Edith me dió una mirada compasiva. Me la recomendaron mucho y tenía muchas esperanzas de que fuera capaz de separar mis finanzas de las de Shawn, de hacerle responsable de la deuda que acumuló. Luego esperaba que encontrara la forma de hacerle firmar los papeles del divorcio para librarme por fin de él. Resultó que ninguna de esas cosas era tan fácil de hacer.

"Siempre hay cosas que podemos hacer", me contestó. "Si estás preparada para una dura batalla, entonces estoy contigo hasta el final. Pero no será fácil".

"A menos que puedas demostrar que falsificó las firmas, eres responsable de la deuda", explicó. "Pero personalmente, yo diría que le saquemos todo lo que tiene. Podemos rastrear sus pagos de apuestas y hacer un buen caso para el hecho de que no sabías nada de todo esto. Una vez que hayamos probado que esas firmas fueron falsificadas, podemos quitarte toda esa deuda de encima. Y de paso, que le condenen por fraude".

"¿Pero cuánto tiempo llevará eso?", pregunté impotente. "¿Y cuánto costará?".

Edith fue franca conmigo. "Siendo realistas, años. Pero sé que podemos ganar. Sería mejor para ti a largo plazo borrar esa deuda que tienes a tu nombre y quizá recuperar algo de lo que ya has pagado. Deberíamos demandarle por fraude, tal vez incluso conseguir una condena".

"¿Una condena?".

Tragué saliva. Todo lo que quería era poder alejarme de Shawn, pero de repente esto se estaba convirtiendo en algo mucho más grande. No quería enviarlo a la cárcel ni testificar contra él en un tribunal penal. Sólo quería que me dejara en paz.

"Quizá debería pagar la deuda y ya", le dije.

"¿Pagar la deuda y ya?". Faith frunció el ceño. "¿Y dejar que ese imbécil se salga con la suya? Es *su* deuda".

"Lo quiero fuera de mi vida, Faith", dije desesperadamente. "Si esta es la forma más fácil, entonces tal vez debería hacerlo". Me volteé hacia Edith. "¿Cuánto debo de las deudas?"..l

"Según estos papeles, todo, Marie". Edith me miró a los ojos. Parecía sinceramente apenada

por tener que ser ella quien me diera la mala noticia. "Shawn se ha declarado en bancarrota, lo que significa que ya no es responsable de la deuda. Pero tú sí. Si no presentas cargos por fraude, tendrás que pagarlo todo".

Faith me puso la mano en el hombro de forma reconfortante y continuó interrogando a Edith. "Tiene que haber algo que puedas hacer y que no tarde cien años en solucionarse. Esa deuda acabará con todo lo que tiene Marie. Va a tener un bebé el mes que viene. ¿Hay algún tipo de programa de ayudas para la deuda? ¿No podemos condonarla?".

"Siempre hay opciones", dijo ella. "Podemos apelar a los prestamistas, pero es poco probable que condonen la deuda. A menos que el tribunal dicte que hubo fraude, eres legalmente responsable de las deudas y tienen todo el derecho a cobrarlas. Deberíamos seguir adelante con la construcción de un caso contra él e ir a por una condena penal".

Mi mente daba vueltas y no estaba pudiendo asimilar lo que me decía. Tenía el dinero suficiente para pagar todas las deudas pendientes, pero me costaría todo lo que tenía. Entonces me iba a enfrentar a una vida de madre soltera sin un céntimo a mi nombre. Era aterrador.

La alternativa era pasar años luchando en un tribunal cuando mi prioridad debería ser mi hijo. No sabía si estaba dispuesta a luchar.

Me limpié los ojos. "Tengo que irme a otra cita. Te llamaré para decirte qué camino quiero tomar. Gracias por tu tiempo".

Estreché la mano de Edith y me aferré a Faith mientras salíamos a la calle. No estaba segura de si me sentía pesada por el peso de mi barriga de embarazada o por el peso del mundo sobre mis hombros.

Una vez fuera, Faith me abrazó fuerte y me prometió que todo iría bien.

"Te ayudaré", me prometió. "Todo saldrá bien".

Empecé a balbucear, a llorar horriblemente en la calle mientras Faith me secaba los ojos con un pañuelo. La idea de que mi hijo empezara su vida sin nada era insoportable. Quería dárselo todo.

"Vamos, cariño", dijo suavemente. "Vamos a esa cita".

Desde que le dije a Clay que no volvería a molestarlo, Faith había estado fiel y lealmente a mi lado para todo.

Aunque Clay intentó involucrarse en el embarazo, yo lo mantuve deliberadamente alejado para que no pudiera hacerme más daño. Las cosas ya eran bastante complicadas como para tenerlo allí, confundiéndome sobre mis sentimientos y haciéndome llorar por el futuro que no íbamos a tener.

En lugar de eso, Faith era la que me acompañaba a las citas con el médico y me preparaba extraños brebajes cuando tenía antojos de embarazo. Incluso actuó como mi compañera en mis clases de Lamaze, sentándose detrás de mí y gritándome que respirara mientras yo fingía empujar. Me estaba ayudando a aferrarme a momentos de risa durante la peor época de mi vida.

"Gracias por acompañarme hoy", sollocé. "Gracias por todo. Te quiero tanto".

Los labios de Faith se curvaron en una sonrisa y me secó los ojos. "Son las hormonas del embarazo", dijo. "Te estás emocionando".

"No, lo digo en serio. Has estado ahí para mí. Nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho. Nunca podré pagártelo".

"Claro que puedes", respondió ella con despreocupación. "Me vas a dar todos los mimos de bebé que quiera, me dejarás vestirle con modelitos monísimos y me harás su madrina para que nunca pueda deshacerse de mí".

"Me va a dar mucha alegría", predijo. "No hay por qué tener miedo. En cuanto esté aquí, nada más importará. Te lo prometo".

Ella era increíble. No sabía qué había hecho para merecer una amiga como ella.

Faith fue la única que estuvo presente en el escáner en el que me enteré de que iba a tener un niño. Desde que lo supimos, me distrajo de mi angustia con listas de nombres de niños, ideas para la habitación del bebé y preguntas hipotéticas sobre lo que haría si resultaba ser un genio capaz de hacer álgebra a los tres años.

Fuimos al médico y sentí cierto alivio cuando me dijo que todo iba bien y que el embarazo progresaba adecuadamente. El bebé estaba sano y casi listo para unirse a nosotros.

Después de eso, Faith y yo volvimos a mi apartamento. A pesar de lo generosa y maravillosa que estaba siendo, sabía que era pedir demasiado quedarme con ella cuando llegara el bebé. Utilicé parte del dinero de Clay para pagar la entrada de un modesto apartamento a un corto trayecto en metro de la casa de Faith. Era pequeño y estaba escondido en una callejuela alejada de todo, pero era seguro y tenía dos habitaciones. Una habitación para mí y otra para el bebé.

Cuando volvimos, Faith fue directamente a la cocina y empezó a rebuscar en la nevera algo para la cena. Yo insistí en que no era necesario, pero ella estaba decidida a asegurarse de que estuviera bien alimentada. Mientras se afanaba en cocinar, volví a pensar en Clay. Se puso en contacto conmigo una y otra vez para pedirme el poder ir a mis citas. También me preguntaba si necesitaba algo, pero yo le dejé claro que estaba bien sola.

Alguna vez pensé en contestar al teléfono, pero cada vez que iba a cogerlo, me imaginaba otra pelea entre nosotros y no podía hacerlo. Clay y yo ya habíamos discutido demasiadas veces. No podía soportar el estrés de intentar averiguar lo que significábamos el uno para el otro mientras el bebé crecía dentro de mí. Creí haber entendido dónde estábamos como pareja, pero él puso todo en duda en cuanto me dijo que no sabía qué éramos. Todavía me enfadaba cada vez que pensaba en ello.

"No deberías ser tú quien cuide de mí", dije, uniéndome a Faith en la cocina y cogiendo un cuchillo para ayudarla a cortar pimientos. "Clay debería estar aquí".

"Sí, debería", asintió Faith. "Y también debería pagarlo todo. Aunque no queráis estar juntos, él sigue siendo responsable de su hijo. Si no quieres hablar con él, que lo haga tu abogado. No deberías estar luchando mientras él se revuelca despreocupado en su torre de marfil".

Faith estaba aún más furiosa con Clay que yo. Cada vez que se mencionaba su nombre, gruñía. Vi cómo apretaba el cuchillo cuando hablábamos de él.3

"Lo haré, en algún punto", prometí. "Pero ahora no quiero ocuparme de eso. Clay hace que todo sea tan confuso. Pediré la manutención cuando el bebé esté aquí y podamos hacernos una prueba de paternidad. No puede confundirse con los resultados del ADN. Clay necesita todo en blanco y negro".

"Es un capullo".

Su lealtad inquebrantable significaba mucho para mí. Sonreí al ver cómo se enfadaba por mí, pero mi diversión pronto se desvaneció. Suspiré fuertemente.

"Le echo mucho de menos", confesé. "Sé que ya ni siquiera debería pensar en él así, pero de verdad que me gustaría que estuviera aquí".

"Sólo tienes nervios de madre primeriza", dijo Faith. "Ya se te pasará".

"No, es más que eso. Lo echaría de menos incluso si este pequeño no estuviera en camino". Me apoyé en la encimera de la cocina con un suspiro anhelante. "Sé que es estúpido porque lo que tuvimos fue muy inestable y nunca duró, pero estar con él realmente me hacía feliz. Creo que estaba enamorada de él".

"Por la forma en la que hablas de él, creo que aún lo estás". Faith dejó su cuchillo y me miró con una mirada de lástima. "Tienes que superarlo, cariño. No es bueno para ti. Es el mayor narcisista del mundo y no le importa nada más que su propia reputación. No sabe cómo comprometerse realmente".

"Lo sé".

Mientras lo dije, sentí que mi corazón se rompía de nuevo. Tuve tanta fe en Clay, pero me decepcionó. Hace unos meses, lo habría defendido a muerte si alguien hubiera tratado de llamarlo timador o hubiera dicho que sus prioridades estaban desordenadas. Cuando estaba conmigo, siempre pareció darlo todo y yo vi un futuro con él. No tuve ninguna duda.

Si tan sólo ese mensaje nunca hubiera llegado. Si tan sólo un extraño no hubiera intentado entrometerse en nuestro final feliz.

Aún no sabía quién era el chantajista, pero había ganado. Su jueguecito nos separó cuando tuvimos la oportunidad de ser felices. No sabía si Clay había averiguado quién era o si le había pagado, pero no había oído nada al respecto desde entonces. Sólo pude suponer que cortó felizmente conmigo para salvar su puesto en el hospital. Supuse que le resultaría más fácil si yo desaparecía y él nunca me perseguía. Parece que yo tenía la razón. Hizo su elección.

Pero mientras Clay seguía con su vida, yo luchaba por mantener mi impulso. Había llegado tan lejos con mi libro y empezaba a pensar que el manuscrito no estaba tan mal, pero ahora no soportaba mirarlo y había renunciado a publicarlo.

Faith terminó de cocinar y nos sentamos en el sofá que compré en un mercadillo frente a mi televisor diminuto para ver algún reality show de pacotilla. Todo me dolía de la tristeza y el

remordimiento, pero no iba a rendirme. Todavía tenía a la mejor amiga que una chica podría pedir y un niño en camino. Mi futuro no iba a ser como había soñado, pero no estaría vacío. Con Faith y mi bebé, aún tendría amor en mi vida.

No necesito a Clay. No necesito a ningún hombre.

Seguía diciéndome eso, pero no era verdad. La única forma que tenía de seguir adelante era no pensar en Clay en absoluto. Cada vez que lo hacía, se me llenaban los ojos de lágrimas y sentía que mis sueños volvían a desvanecerse como si todo estuviera ocurriendo por primera vez. Intenté asimilar el hecho de que me hubiera dejado marchar, pero no me resultaba fácil.

Al poner una mano sobre mi vientre redondo y grande, sentí el pequeño pie de mi hijo dando patadas y sonreí. Tanto si Clay estaba aquí como si no, iba a darle a mi hijo la mejor vida posible. No necesitaba dinero ni un marido para amarlo hasta la muerte.

Faith vio mi expresión y se acercó para cogerme la mano en silencio. Me la apretó un poco y volví a recordar que no estaba sola. Cerré los ojos, respiré hondo y dejé que el sonido de Faith riéndose con la televisión me diera fuerzas.

Estaba asustada por lo que me esperaba, pero también emocionada. Yo ya quería a mi hijo con locura y Faith también. Con una amiga como ella, todo iría bien.

Capítulo Veintiséis

Clay

Abrí la puerta y solté un gemido al darme cuenta de que era Mal y no el repartidor de pizzas. Se abrió paso para entrar en mi apartamento antes de que pudiera cerrar la puerta y miró a su alrededor con desesperación.

"Este sitio está hecho una mierda, Clay".

"Sí, lo sé".

Arrugó la nariz mientras apartaba un montón de cajas de takeaway para poder sentarse en mi sofá. "¿Es esto lo que estás haciendo ahora con tu vida? ¿Dejarte llevar?".

"Tengo ahorros".

"No durarán para siempre en un sitio tan caro como éste".

"Me mudaré".

Desde que mi padre me despidió, me rendí. No tenía una rutina que seguir al no estar en el hospital, ni un propósito para mis días, ya que no estaba salvando vidas. Mi carrera estaba muerta y no sabía qué hacer conmigo mismo.

Pero eso era lo de menos. Al pasearme por el piso con las cortinas echadas y sin nada que hacer, me di cuenta de que echaba mucho más de menos a Marie que al quirófano.

No podía dejar de pensar en ella. Cada vez que ponía la televisión, me la imaginaba acurrucada desnuda, mordisqueando una pizza y riéndose de una comedia romántica. Cuando me duchaba, la veía de pie frente al espejo, lavándose los dientes y hablando del último artículo que había leído sobre cómo ayudar a un bebé a desarrollarse.

El apartamento se sentía vacío sin ella. Y lo que lo hacía aún peor era que había dejado todas sus cosas aquí. Ni siquiera vino a recoger los pedacitos de ella que poco a poco se habían convertido en parte de mi mundo, y yo no tenía valor para tirarlos.

Cada vez que entraba en la cocina y veía el cartel de "X días para el bebé" colgado en la pared, sentía una punzada de arrepentimiento. Cada mañana borraba alegremente el número y lo sustituía por la nueva cuenta atrás. Disfrutaba viendo cómo nos acercábamos a nuestro final feliz. Ahora no podía soportar la cuenta atrás. No sabía hasta qué punto iba a participar en la vida de mi hijo.

Mal no resistió más estar sentado entre el caos y se levantó para empezar a limpiar. Caminó de un lado a otro con una mueca en la cara, recogiendo envases de comida takeaway y cajas de pizza. Los llevó a la cocina e intentó meterlos en el cubo de basura que ya estaba a rebosar.

"Así no vas a recuperarla", me advirtió. "Tienes que mover el culo y organizarte".

"Lo he intentado. No me habla".

"Lo intentaste durante unas semanas", replicó Mal, "y luego te rendiste. Siempre has sido igual con la gente. Has saboteado todas las relaciones en las que has estado. Pero esta vez no sólo vas a perder a la chica. ¿No quieres estar en la vida de tu hijo?".

"Claro que quiero".

"Entonces ponte las pilas". Levantó la pierna para estampar la basura al suelo, luego volvió a apoyar el pie, ligeramente sin aliento. "No puedo hablar contigo aquí. Me deprime. Dúchate. Vamos a salir".

Puse mala cara. "No, gracias".

"No era una petición".

Arrastré los pies, pero Mal siguió dándome la lata hasta que por fin me metí en la ducha y me puse una camisa limpia. Estaba desganado en el coche camino al centro, al bar al que solía ir casi todas las noches después de que Sophie me dejara.

Mal me miró con los ojos entrecerrados. "Vas a tomar un refresco".

"No he estado bebiendo", respondí. "Esta vez no".

"Bueno, algo es algo. Ningún niño quiere un padre que esté borracho la mayor parte del tiempo".

Me froté la cara. Me inquietaba cada vez que Mal mencionaba al niño que venía en camino. Quería participar en la vida de mi hijo, pero Marie me cerraba las puertas y me daba miedo perseguirla. Ya la había decepcionado tantas veces.

Entramos en el bar y tomamos asiento. Mal pidió por nosotros y me puso un refresco en la mano. Sacudió la cabeza cuando volvió a mirarme, pude ver la lástima en sus ojos.

"Eres un desastre, tío", me regañó. "Dime cómo vas a arreglar las cosas".

"No puedo arreglarlas. Mi padre no volverá a hablarme, estoy en la lista negra de cirujanos de esta ciudad y Marie no quiere saber nada de mí".

"Olvídate de tu padre. Ya has malgastado bastante tiempo de tu vida intentando obtener su aprobación. Eres un cirujano excelente y harás carrera en otra parte".

"No me iré de la ciudad mientras Marie y mi hijo estén aquí".

"¿Entonces qué planeas hacer contigo mismo?".

"No lo sé." Bajé la cabeza entre las manos, deseando que el refresco fuera whisky. "Todo se ha ido a la mierda. No puedo pensar en nada excepto en Marie".

"¿Entonces por qué no la persigues?". La frustración en la voz de Mal era audible. "Siempre te la montas para dar lástima cuando deberías doblar los esfuerzos y luchar".

"No me la monto para dar lástima", objeté. "Estoy siendo respetuoso. Marie ha dejado claro

que no me quiere cerca. Y después de cómo la he fastidiado, no puedo culparla".

Tragué saliva. "No sé qué me pasa, Mal. ¿Por qué no pude decirle que la quería? ¿Por qué era tan difícil decirlo?".

Me puso la mano en el hombro y bajó la voz a un tono amable y suave. "Porque eres un puto idiota".

La forma en que lo dijo me arrancó una carcajada a pesar de que seguía sintiéndome miserable. Siempre me dijo las cosas claras, sobre todo cuando se trataba de mujeres. Mal siempre fue un romántico de corazón, así que siempre puso los ojos en blanco ante mi cinismo y mi autosabotaje. A veces tenía la sensación de que quería que yo entendiera mejor las cosas.

"O tal vez sea porque tu familia te jodió al tratarte toda la vida como la oveja negra", dijo, quitándome el brazo del hombro y echándose hacia atrás con expresión pensativa. "Tal vez sea porque te pillaron completamente por sorpresa cuando Sophie se largó y ahora no quieres acercarte a otra persona por si ella hace lo mismo".

Dio un trago a su cerveza y se inclinó hacia delante con los ojos fijos en mí. "No soy psiquiatra, Clay. Lo único que sé es que si no superas tus complejos, vas a ser desgraciado toda tu vida."

"Lo sé. Pero parece que ya ha pasado el momento de hacer un gran gesto". Hice girar mi refresco alrededor de mi vaso. "Si le confieso mi amor ahora que estoy deprimido, no me va a creer. Pensará que he vuelto arrastrándome porque ya no tengo nada que perder".

"Por el amor de Dios, Clay", espetó Mal. "Deja de suponer lo que piensa. ¿No es así como habéis acabado aquí? Ten una conversación sincera por una vez en tu vida. Dile lo que sientes".

Sonreí irónicamente. "Alguien me dijo una vez que lo complico todo".

De repente sentí una mano en el hombro. Me di la vuelta y vi a Angie de pie detrás de mí. Iba vestida de forma más recatada que de costumbre, con una modesta rebeca sobre la blusa. Llevaba el pelo largo y rubio suelto sobre los hombros y no apartaba la vista del suelo. Por una vez, no estaba encima de mí.

Me dolía ver a alguien del hospital recordándome todo lo que perdí. Peor aún que fuera Angie. La forma en que se había lanzado sobre mí delante de Marie fue uno de los últimos clavos en el ataúd de nuestra relación.

"Hola, Angie", dije bruscamente. "¿Tienes una cita?".

"No. De hecho le pedí al camarero que me llamara si te veía entrar aquí. He intentado localizarte, pero no contestabas al teléfono".

"Tiré mi móvil del trabajo. No tenía sentido guardarlo".

"Necesito hablar contigo", dijo en voz baja. "Es importante".

El nerviosismo en su voz no era propio de Angie en absoluto. La miré fijamente y se me

revolvió el estómago. La expresión de culpabilidad de su rostro me hizo preguntarme si Marie tenía razón después de todo.

"Fuiste tú, ¿verdad?".

Su rostro se arrugó y maldije. Había sido duro con Marie, acusando a Shawn y Faith de haber obrado mal mientras negaba que Angie tuviera motivos para chantajearme. Pero una mirada a su cara me decía que fue ella la que envió el mensaje amenazador y quien reveló todo a mi padre.

"Por el amor de Dios". Me pasé las manos por el pelo. "*¿Por qué?*".

"Hablemos de esto fuera".

"No. Lo que tengas que decir, puedes decirlo aquí mismo".

Mal se aclaró la garganta y se excusó torpemente, dejándome a solas con Angie.

Me estaba costando mucho no gritarle en medio del bar. Una niebla roja descendía y sentí una rabia como nunca antes había sentido. Angie arruinó mi vida y no tenía ni idea de por qué. ¿Era sólo porque la rechacé? ¿Era solo eso lo que necesitaba una mujer como Angie para estallar?

La mandíbula de Angie se tambaleó y empezó a llorar allí mismo, en medio del bar. Otros clientes apartaron la mirada mientras ella lloraba. Me agarró la mano y me miró con una mirada suplicante y arrepentida.

"A mi hermana le diagnosticaron cáncer de estómago el año pasado", me dijo. "La quimioterapia y la radioterapia no le han ayudado, pero leí en una revista médica sobre un nuevo tratamiento que ha dado resultados sorprendentes en personas como ella. Podría salvarle la vida, pero su seguro no lo cubre".

Vacilé. Angie nunca había tenido una conversación sincera con nadie. Lo único que hacía era coquetear y causar problemas, pero la emoción en su voz cuando hablaba de su hermana era demasiado real para que fuera mentira. La dejé continuar.

"Tu padre había estado insinuando que te iba a dejar entrar en el consejo. Madison y Frankie no estaban contentos con eso. Madison lleva años malversando fondos de su organización benéfica y Frankie está haciendo que médicos de toda la ciudad le receten Ambien. Ambos sabían que ya no se saldrían con la suya si tú estabas en la junta, así que querían asegurarse de que eso nunca ocurriera".

El cuchillo de la traición se retorció en mi estómago. No sólo Marie tenía razón sobre Angie, sino que mis hermanos también formaban parte de esto. No podía confiar en nadie.

"Querían hacer cambiar de opinión a tu padre antes de que lo hiciera oficial. Sabían que sólo haría falta un escándalo". Su piel se sonrojó al confesar el plan. "Se suponía que debía seducirte y luego presentar una denuncia por acoso ante Recursos Humanos".

"Si te desenmascaraba, iban a pagar el tratamiento de mi hermana. Pero no picaste".

"Así que tuve que buscar otra manera", explicó. "Empecé a investigarte, a vigilar de cerca adónde ibas y con quién estabas. Cuando te vi con Marie, también la investigué. Fue entonces cuando descubrí la agencia de acompañantes y supe que tenía lo que necesitaba".

Mis hombros cayeron. "Ella es más que una acompañante para mí. Me preocupo por ella".

Angie asintió y lloriqueó. "Lo sé. También a ella se le nota en la cara cuando está contigo". Tragó saliva. "Me encontré con ella en el hospital y me di cuenta de que estaba embarazada. Me dijo que no era tuyo, pero me di cuenta".

"Nunca quise romper una familia, Clay. Nunca quise hacer nada de esto. Pero Jennifer está muy enferma y yo... yo...,", se le quebró la voz. "Era lo único que podía hacer para ayudarla".

Una parte de mí quería fruncir el ceño y marcharse, pero no podía evitar sentir compasión cuando se trataba de historias como la de Angie. Yo era médico y había visto de primera mano lo terrible que era para las familias ver a sus seres queridos sufrir y desvanecerse. No podía culparla por hacer todo lo posible. Madison y Frankie eran muy malos por aprovecharse de eso. Angie sólo intentaba salvar la vida de su hermana.

Dejé escapar un largo y lento suspiro. "¿Por qué me cuentas esto ahora?".

"Nunca pagaron", dijo en voz baja. "Al parecer, el último divorcio de Madison la dejó sin casi nada y Frankie apenas tiene un céntimo con lo que gasta en Ambien. Ambos me mintieron desde el principio. Así que pensé que deberías saber la verdad".

"¿Cómo está tu hermana?".

Angie asintió con fuerza. "Está resistiendo".

"Gracias por contármelo".

"Lo siento mucho, Clay", dijo ella. "Nunca tuve nada contra ti. Siempre me has tratado con respeto. Me siento fatal".

"Entiendo por qué lo hiciste".

"Cuando Madison y Frankie se enteren de que te lo he contado, estoy segura de que seré la siguiente en quedarme sin trabajo", dijo ella. "Pero no me importa. Saber lo que hice me carcomía por dentro. Sé que no puedo deshacer lo que he hecho, pero espero que te sirva de consuelo saber al menos cómo ocurrió y por qué".

"Sé que no debe haber sido fácil para ti contar esto. Gracias, Angie".

Se limpió los ojos y se inclinó hacia delante para darme un fuerte abrazo. "Eres un buen hombre. Espero que encuentres la manera de hacer que las cosas funcionen con Marie. Vas a ser un padre increíble".

Saber la verdad de lo que había pasado ciertamente aportaba un cierre, pero no sabía si arreglaría algo. Pero había esperanza.

Al menos ahora tenía un motivo para volver a acercarme a Marie y tal vez la curiosidad se

apoderara de ella, lo suficiente como para que accediera a reunirse conmigo. Si podía verla una vez más, por fin le diría todo lo que necesitaba decirle. Iba a dejarlo todo al descubierto, a decirle cómo me sentía de verdad y a rezar para que se atreviera a darme una oportunidad por última vez.

Capítulo Veintisiete

Marie

Estar encerrada en una habitación con Shawn era mi peor pesadilla, pero era exactamente lo que estaba a punto de ocurrir.

Estaba sentada en una sala de conferencias de la tercera planta de *Meyer, Colton & Sharpe* en Manhattan, con mi abogada, Edith, a mi lado. El abogado de Shawn, el Meyer de *Meyer, Colton & Sharpe*, ya estaba sentado frente a nosotros. Era un hombre de labios apretados, rostro pálido, piel fina y feas venas azules que le subían por el dorso de las manos. Parecía tener un pie en la tumba y el traje negro que llevaba le hacía parecer una especie de director de funeraria. Pensé que era el más barato que Shawn pudo encontrar.

En cualquier momento, Shawn entraría y yo lo vería por primera vez desde que hice las maletas y abandoné nuestro hogar conyugal. No estaba preparada para volver a verle, ni siquiera después de todo este tiempo. Sabía que me iba a doler poner los ojos en el hombre que me traicionó y mintió durante tanto tiempo, pero también estaba nerviosa. Ya no podía ocultar mi barriguita.

La puerta se abrió y miré hacia arriba. Clavé los ojos en Shawn en cuanto entró en la habitación. Parecía demacrado, desaliñado y fuera de sí. Antes me atraía su espesa melena rubia y sus llamativos ojos azules, pero ahora tenía un aspecto enfermizo y parecía agotado. El estrés de las deudas y la adicción habían pasado factura en él y ya no parecía el hombre del que me había enamorado. Ya no había vitalidad en él; nada de esa energía juguetona que una vez me atrajo. Parecía el caparazón de un hombre.

Sus ojos bajaron rápidamente de mi cara a mi vientre y vi cómo sus labios se contraían.

Me señaló el vientre. "Eso no es mío. Hace un año que no te veo".

"No. No es tuyo".

"Puta".

Los ojos de Edith se entrecerraron. "No le hablará a mi cliente de esa manera, Sr. Wells. Tendremos un discurso civilizado o esta reunión termina ahora mismo".

Shawn se sentó en una silla junto a su abogado y siguió mirándome. Tenía la piel enrojecida por la ira. Odié la forma en que me miraba. Su expresión era pura crueldad. Me di cuenta de que ya no sentía amor por mí y yo no sentía nada por él. Parecía un animal salvaje.

El darme cuenta de esto me llenó de calma. De repente, todo se aclaró. Sólo tenía dinero que perder. Todo lo demás ya había desaparecido.

"Empecemos", dijo Meyer con voz seca. Chasqueó los labios como si no hubiera bebido ni un trago de agua en un año. Cogió sus papeles y los arrastró más cerca de sí. "El mayor tema de discordia es la responsabilidad de una deuda que asciende a algo más de 180.000 dólares. Legalmente, la señora Wells debería responder a la mitad, pero ella sostiene que la deuda es sólo del señor Wells".

"Los préstamos, tarjetas de crédito y otras formas de endeudamiento realizadas a nombre de mi cliente lo fueron de forma fraudulenta", declaró Edith. "Mi cliente está dispuesta a asumir el 25% de la deuda como gesto de buena voluntad".

Meyer levantó la mirada, con un brillo irónico en los ojos. "Ella es legalmente responsable de la mitad".

"Estamos dispuestos a buscar una condena penal contra el señor Wells para demostrar el fraude", replicó Edith. "Puede irse con un 25% más de ayuda de la que merece o puede participar en un largo y costoso pleito que bien puede acarrearle penas de prisión, así como la plena responsabilidad de la deuda. Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que mi cliente está siendo más que razonable".

"¡Su *cliente* se acostaba con otro tipo mientras estábamos casados!" Shawn acusó. Me señaló el estómago por encima de la mesa. "Ahí tiene todas las pruebas que necesita. Merezco una indemnización por eso".

"No tiene pruebas de infidelidad antes de la separación", replicó Edith. "Y no afectaría al acuerdo económico, a pesar de todo". Desvió la mirada hacia Meyer. "Le sugiero que asesore mejor a su cliente sobre el proceso de divorcio. Parece que tiene algunas ideas equivocadas sobre cómo funciona la ley".

"Pagarás tu parte, Marie", siseó Shawn. "Me lo merezco después de haberte mantenido todos estos años mientras te pavoneabas por ahí fingiendo ser escritora".

Me enfurecí y sentí que se me ponía la piel de gallina. "*¿Cómo dices?* Tenía una carrera cómoda antes de que decidieras que te sentías demasiado amenazado por una mujer independiente como para dejarme seguir trabajando como quería. No te debo absolutamente nada".

Edith me puso una mano en el brazo para calmarme y habló en mi nombre.

"El hecho de que el señor Wells fuera el principal proveedor de ingresos del hogar no quita que esta deuda se haya acumulado por su adicción al juego. Mientras que los préstamos y las tarjetas de crédito pueden estar a nombre de ambos, los registros de juego son enteramente del Sr. Wells. Creo que un tribunal confirmaría una condena por fraude basada en su evidente adicción. Está claro a dónde iba exactamente ese dinero".

"¿Qué hay de los doscientos mil que tiene en *su* cuenta?" Shawn replicó. "Eso no salió de la nada. ¿Y sus negocios sucios?".

No tenía forma de explicar de dónde venía el dinero sin confesar exactamente cómo lo había ganado. Mi piel se puso más caliente al sentir que me debilitaba bajo la mirada de Shawn, pero mantuve la cabeza alta.

"Los ingresos de mi cliente después de la separación son irrelevantes para este caso. Sus ingresos después de la separación no se incluirán en las cifras del acuerdo".

"Oh, sí que se incluirán", se enfadó Shawn. "Seguimos casados. Lo suyo es mío".

Edith sonrió con satisfacción. "Una vez más, la ley no funciona así, señor Wells. Tenemos los recibos de la estancia de la señora Wells en el motel Barrow que prueban las fechas exactas en las que estuvieron separados".

"¿Está segura de que no estuvo en el motel por otra razón?".

"Le aconsejo que controle a su cliente, David".

Meyer le miró irritado. "Basta, Shawn".

Shawn intentó mirarme fijamente. "Pagarás la mitad de esa deuda o nunca te librarás de mí".

"De acuerdo". Metí la mano en el bolso y saqué la chequera. "De hecho, te haré algo mejor". Garabateé la cifra de 180.000 dólares y firmé con mi nombre. "Lo pagaré todo. A cambio, firmarás los papeles del divorcio y no volveré a saber de ti".

Edith palideció e intentó arrebatarme el talonario de la mano. "Nos retractamos. Nuestras condiciones originales se mantienen".

La aparté de mí con suavidad pero con firmeza y le pasé el papel a Shawn.

"180.000 dólares a cambio de una vida tranquila. Quiero centrarme en criar a mi hijo. Es hora de dejar atrás este circo".

Edith se me acercó y me susurró al oído. "¿Estás segura de que quieres hacer esto?".

"Puede quedarse con el dinero, pero quiero un documento legalmente vinculante que diga que asume toda la deuda. Si no utiliza ese cheque para pagar lo que debe, será su problema a partir de ahora".

"Mi cliente acepta". Meyer tiró con avidez del cheque hacia sí. "Redactaremos el documento y lo haremos notarizar esta tarde".

"Y los papeles del divorcio se firmarán ahora mismo", continué. "Delante de mis ojos, en este segundo".

Miré fijamente a Shawn con la cabeza alta. Cuando lo vi volverse manso, me sentí fortalecida. Por fin me veía como realmente era: una mujer que nunca le había necesitado. Una pequeña chispa de rebeldía bailó en mi pecho y me invadió un cálido resplandor de felicidad. Había intentado retenerme, pero no podía. Ya no tenía ningún poder sobre mí.

Shawn cogió un bolígrafo. No dijo nada mientras garabateaba su nombre en los documentos que Meyer le puso delante. Sonreí victoriosa.

"Excelente. Entonces creo que hemos terminado. Según los términos de nuestro acuerdo, no volverás a intentar ponerte en contacto conmigo", le advertí. "Estoy a punto de firmar un contrato para un libro y estaré encantada de ir tras esa condena por fraude la próxima vez que intentes extorsionarme".

No había ningún contrato, pero me sentí bien al decirlo. Quise recordarle a Shawn que yo no era una desventurada ama de casa que no tenía nada que hacer. Era una mujer inteligente, con

talento, que estaba a punto de abrir sus alas. Me sentí libre para volar muy alto.

Me levanté y me puse las manos en el estómago con orgullo. "Disculpadme. Me voy a vivir una vida maravillosa".

Vi el reflejo de Edith sonriendo en el cristal de la puerta de la sala de conferencias cuando tiré de ella para abrirla. Me siguió y empezó a reírse cuando estábamos en el ascensor.

"Ojalá me hubieras avisado, pero ha sido increíble", declaró. "Ojalá todos mis clientes tuvieran las pelotas así. Bien por ti, Marie".

"Ese dinero no ha causado más que problemas", le dije. "Que se lo quede. No quiero más complicaciones en mi vida. De ahora en adelante, voy a vivir mi vida a mi manera. Ya nadie va a decidir por mí".

Capítulo Veintiocho

Clay

Mal me dejó en mi apartamento. Sentí un poco más los pies en tierra firme. Por fin supe por qué alguien me puso en la línea de fuego, lo que significaba que podía dejar de mirar por encima del hombro. También me hizo darme cuenta de que no formar parte del Grupo Alford no era tan malo. Madison y Frankie no eran el tipo de personas con las que quería codearme. Había otros hospitales. Había otras ciudades.

Pero sólo hay una Marie.

Ya había decidido que iba a recuperarla. Pasé la mayor parte de mi vida reteniendo las cosas que quería decir porque siempre estaba dudando de lo que la gente realmente pensaba. Me acostumbré a dejar que los demás me dijeran a qué atenerme, ya fuera para ser cortés con un colega maleducado que intentaba tocarme las narices o para tragarme un "te quiero". A partir de ahora, iba a forjar mi propio camino y a tomar mis propias decisiones.

Eso empezaba por Marie. Quería estar con ella y quería ser padre. No iba a esperar a que me invitara a volver a su vida. Iba a caer a sus pies y rogarle.

Cuando llegué al vestíbulo de mi piso, se abrió la puerta de un coche en la calle y mi padre salió. Di una vuelta al darme cuenta de quién era e inmediatamente me puse nervioso.

¿Qué demonios quiere ahora?

Lo fulminé con la mirada. "¿Qué? Me he mantenido alejado del hospital y no he solicitado trabajo en ningún otro sitio del Grupo Alford. He hecho exactamente lo que querías".

"¿Podemos hablar?".

Papá ignoró lo que dije y formuló la pregunta como si fuera una petición razonable. Por lo que a mí respecta, no tenía derecho a hablar conmigo. Me echó a la calle y negó a su nieto nonato. Me daba asco.

"No tengo nada que decir".

"Yo hablaré".

Miré con nostalgia hacia el vestíbulo. Lo único que quería era estar solo para pensar en lo que le iba a decir a Marie. Tenía mucho que pensar.

"Tienes quince minutos", dije. Me di la vuelta para entrar en el apartamento y él me siguió un paso por detrás. Se me erizaron los pelos de la nuca al saber que estaba allí. Siempre me sentí incómodo con mi padre. No hizo más que juzgarme durante toda mi vida.

Sabía que iba a juzgar el estado de mi apartamento. Olía a comida china y estaba lleno de montones de ropa sucia tirada por todas partes. La pateé hacia las esquinas de la habitación y abrí las ventanas para que entrara un poco de aire fresco. Despejé el sofá y le invité a sentarse.

"Has tenido que despedir a tu limpiadora, por lo que veo".

"Catorce minutos".

Papá se sentó y se quedó callado un momento. Era raro que se mordiera la lengua, pero parecía que estaba pensando qué decir. Después de un largo rato, habló.

"Me equivoqué al despedirte", dijo al fin. "Angie ha analizado las estadísticas y el cirujano que te ha sustituido tiene un mayor margen de error, sus pacientes tardan más en recuperarse y no cae bien al personal. Algunos de nuestros pacientes con más ingresos han dicho que no dejarán que les opere nadie más. Preguntan por ti".

Me sentí reivindicado, pero contuve la arrogancia de mi expresión. Esta era mi oportunidad de tomar la iniciativa y demostrar que yo había sido responsable todo este tiempo. Mientras Madison y Frankie se preocupaban por sí mismos, yo había establecido una buena relación con mis pacientes y aprendido a dominar mis habilidades.

"Sé que fue Angie quien me envió esas fotos", dijo. "Me lo confesó todo y luego pasó mucho tiempo enseñándome tu historial y las últimas estadísticas de cirugía. Parece que realmente eres el mejor de la ciudad".

"Me encanta ser cirujano", respondí. "He trabajado duro para hacerlo bien".

"Ahora lo veo". Papá suspiró fuertemente. "He sido duro contigo".

Quise ponerme sarcástico con él y echarle todo en cara en ese momento, pero mantuve la calma. Por fin le estaba oyendo decir lo que siempre quise que me dijera. Que era hábil. Que me necesitaban. Era un alivio que por fin lo reconociera, pero no cambiaba nada. Mi sueño cambió. No quería volver atrás.

"Te devuelvo tu antiguo puesto", me dijo. "Y un lugar en la junta. Estoy despidiendo a Frankie y Madison de sus funciones. He hecho la vista gorda a su comportamiento durante mucho tiempo. Puede que la prensa les adore, pero quizá sea hora de centrarse en algo más que unas buenas relaciones públicas".

Me senté lentamente a su lado. Me emocionaba oír que Madison y Frankie iban a pagar por sus acciones, saber que era yo el que saldría ganando de todo esto. Pero ni los halagos ni la justicia iban a convencerme de volver al hospital.

"Agradezco las disculpas", dije, "pero no volveré a trabajar para ustedes".

Los ojos de papá se abrieron de par en par. Nunca había visto una expresión de asombro como aquella en su cara. Llevaba tanto tiempo detrás de él que había llegado a dar por sentado que yo siempre estaría ahí, esperando a que se diera la vuelta y se fijara en mí.

"Voy a ser padre", le recordé. "No creo que Nueva York sea el mejor lugar para mí o para mi familia. Si Marie está de acuerdo, quiero mudarme a una ciudad más tranquila donde podamos criar a nuestro hijo sin todos estos ojos observándonos".

"¿Mudaros?", tartamudeó papá. "Pero esto es Nueva York. No es como otros sitios".

"Puedo vivir sin la adrenalina. No puedo vivir sin Marie".

"Puedes tener las dos cosas. Cásate con ella. Ya no me importa".

Me burlé de su patético intento de aplacarme. "A mí tampoco. Tu opinión ya no me importa. Cuando te enteraste de que ibas a ser abuelo, le diste la espalda a ese niño inmediatamente. Igual que siempre me has dado la espalda a mí. Mi hijo no crecerá sintiéndose así de indeseado. Vamos a rodearnos de gente que nos apoye y nos quiera".

"Puedo hacerlo mejor".

Le miré fijamente. Desde que me acuerdo, mi padre nunca había admitido la culpa de nada. Esta noche confesó que se había equivocado y me pidió que volviera. Ahora decía que podía cambiar. Era todo un milagro.

"¿Qué se supone que significa eso? ¿Hacerlo mejor, cómo?".

"Puedo ser mejor padre", dijo. Desvió la mirada avergonzado. "Siempre he sido más duro contigo, Clay, porque eres el que más se parece a mí. Los hombres como nosotros tenemos más potencial que los demás, pero los diamantes sólo se forman bajo presión. Sólo quería que fueras lo mejor que pudieras ser".

"¿Esa es tu excusa? ¿Intentabas moldearme a tu imagen?". Sonreí irónicamente. "Supongo que lo conseguiste. Voy a hacer exactamente lo que tú harías: ponerme en primer lugar. No me quedaré en Nueva York y no volveré a trabajar para el Grupo Alford".

Papá se quedó callado. Miró fijamente a la distancia sin decir nada durante mucho tiempo. Tras una agónica pausa, asintió con la cabeza.

"Bien por ti, Clay. Quizá si hubiera puesto a mis hijos en primer lugar, no tendría una hija que me está robando por detrás y un hijo que no puede pasar el día sin tomar pastillas". Se levantó y me tendió la mano para estrechármela. "He cometido muchos errores. Pero estoy orgulloso de ti, hijo. Te estás convirtiendo en un mejor hombre que yo".

Suspiró fuertemente. "Frankie y Madison siempre estuvieron montados en mi coche, pero tú forjaste tu propio camino. Debí haber sabido que seguirías tu propio camino con el tiempo. Espero que encuentres la felicidad dondequiera que te lleve".

Con gusto tomé su mano y la estreché. Este era el momento. Este era el momento que realmente estuve necesitando todo el tiempo. No se trataba de estar en el consejo ni de ser el mejor cirujano de la ciudad, sino de tener un padre orgulloso de llamarme hijo. Al final, tuve que convertirme en el hombre que era realmente para ganarme su respeto.

"Gracias, papá", le dije. "Lo intentaré".

"Hagamos que ese compromiso sea real ahora. Nunca te he visto tan feliz como cuando la trajiste a esa fiesta. Haz lo correcto".

"Pienso hacerlo".

Me dio una palmada en la espalda y se levantó para irse. "Creo que han pasado quince minutos".

"Sí. Supongo que sí".

Me miró a los ojos y sonrió. "Buena suerte, hijo".

Cuando le vi salir del apartamento, sentí como si todo estuviera encajando en su sitio. Se me cayó la venda de los ojos. Lo que más importaba estaba más claro que nunca. Nueva York no importaba. Mi trabajo no importaba. La aprobación de mi padre no importaba. Lo único que me daría la verdadera felicidad era Marie y nuestro hijo.

Había tardado demasiado en seguir el consejo de Mal y descubrir cómo dejar atrás mis complejos, pero ahora estaba preparado. Iba a quitarme todo este peso de encima y avanzar hacia el futuro que realmente quería. Si Marie seguía contando conmigo, iba a poner todo mi empeño en que nuestras vidas fueran espectaculares.

Capítulo Veintinueve

Marie

Nunca esperé abrir la puerta y encontrarme a Clay del otro lado.

Se veía increíble. Llevaba un traje negro entallado, el pelo oscuro bien peinado y el mayor ramo de rosas rojas que jamás había visto. Me dio un vuelco el corazón al verle allí de pie. Nunca le vi tan nervioso, pero también vi determinación en sus ojos.

Cuando me vio, respiró hondo e inmediatamente se lanzó a un apasionado discurso antes de que yo tuviera la oportunidad de preguntarle qué demonios estaba haciendo aquí o cómo había encontrado mi dirección.

"Marie, tienes razón", dijo. "Yo complico las cosas. Desde la primera noche que nos volvimos a ver, te he hecho adivinar lo que siento. No quiero hacerte adivinar más".

"Esto es lo que siento. Creo que eres la mujer más dulce, sexy, talentosa, amable y compasiva que he conocido, y estar contigo me hace un hombre mejor".

Me sostuvo la mirada con una mirada intensa y anhelante. Sentí cómo se me enrojecían las mejillas cuando declaró sus sentimientos por mí sin pudor ni contención. Clay nunca dejaba ver lo que sentía su corazón, pero lo estaba demostrando en mi puerta.

"Los momentos que he pasado contigo este último año han sido los más felices de mi vida. Me inspiras, me apoyas y haces que el mundo parezca más brillante. Desde que te recogí aquella noche, todo ha cambiado".

"Creía que sabía lo que quería. Lo único que me importaba era demostrarle mi valía a mi padre y conseguir un puesto en la junta. Pero ahora todo parece tan trivial. Hace una hora, mi padre apareció y me ofreció un puesto en la junta y le dije que no lo quería".

Mis labios se separaron y emití un fuerte suspiro. Todo lo que Clay había querido siempre era ocupar su lugar en la mesa con su padre y sus hermanos. ¿Qué razón podría tener para tirarlo todo por la borda?

"¿Por qué le dijiste eso?", le pregunté.

"Porque estar en la junta y quedarme en esta ciudad significará jugar a su juego por el resto de mi vida. Y mientras esté centrado en todo eso, no estaré prestando atención a lo que de verdad importa".

Mi voz se debilitó. "¿Qué es lo que realmente importa?".

"*Tú*, Marie. Nuestro bebé. La vida que podríamos tener juntos". Cruzó el umbral y dejó las flores sobre el aparador para poder cogerme las dos manos. "Vámonos de Nueva York. Busquemos un lugar donde podamos formar una familia. No me importa si es más tranquilo. Nunca he sido más feliz que cuando estoy contigo. Te quiero".

Se me cortó la respiración. No podía creer que estuviera escuchando esas palabras de la boca de Clay. Llevaba meses soñando con que llamara a mi puerta y las dijera, pero ahora que estaba aquí, no sabía cómo reaccionar.

"He pasado semanas encontrando la fuerza para hacer esto sola", le dije. "Y la encontré. Estoy preparada para ser madre soltera".

La luz desapareció de los ojos de Clay y vi que todo su cuerpo se desplomaba como si le hubieran dado una patada en las tripas.

"Temí llegar demasiado tarde. Debí haber dicho todo esto hace mucho tiempo". Miró al suelo y respiró hondo. "Si quieres que me vaya, me iré. Sólo quería que supieras, por fin, lo que siento de verdad. Comprendo que no sientas lo mismo".

Se dio la vuelta para marcharse, pero le agarré de la muñeca. Estaba dispuesta a mantenerme firme y comprometerme con el futuro estoico y solitario que imaginé, pero cuando sentí que Clay estaba desapareciendo de mi vida, supe que estaba perdiendo lo mejor de ella.

"No te vayas", le dije. "Ni siquiera sabes si vamos a tener un niño o una niña".

Clay se volvió hacia mí y vi la humedad alrededor de sus ojos. La emoción se apoderó de su voz cuando me pidió que se lo dijera.

"¿Cuál es?".

"Un niño. Vamos a tener un niño".

Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro y dio un paso adelante para abrazarme antes de obligarse a mantener la distancia. No quería que se contuviera. Le eché los brazos al cuello y empecé a llorar. Golpeé con rabia su hombro con mi puño.

"Debiste haber venido antes, estúpido".

Me abrazó y me estrechó contra sí mismo. De repente, todas mis preocupaciones desaparecieron y me sentí invencible. En su abrazo, me sentí segura y completa. Apoyé la mejilla en su fuerte pecho y escuché los latidos de su corazón. Me besó el pelo.

"Lo siento, Marie. No sabía por dónde empezar".

Me eché hacia atrás y le miré. Su expresión era completamente sincera y pude ver todo el remordimiento y la preocupación que llevaba dentro. Me entraron ganas de besarlo.

"Angie me dijo que fue ella quien envió el mensaje y que fue ella quien le habló a mi padre de tu trabajo como acompañante", dijo. "Madison y Frankie la pusieron a ello".

El calor me subió por el cuello y me sonrojó las mejillas. Estaba más enfadada que nunca. Era imperdonable pensar que tres personas conspiraron para destruir a un hombre que nunca hizo daño a ninguna de ellas. Que conspiraron para *hacerme* daño.

"¿Por qué?", pregunté. "¿Qué razón podrían tener para hacer eso?".

"Me estaba acercando demasiado a ganar un puesto en la junta", explicó Clay. "Tenían miedo de que sacudiera el barco. Los dos han estado haciendo cosas que no deberían".

Me llevé una mano a la cabeza. Era una montaña rusa. Primero apareció Clay para declararme su amor y ahora me estaba enterando de el por qué de la chispa que hizo arder nuestras vidas. Todo era un plan diseñado a propósito para separarnos.

No sabía en qué concentrarme primero. Había mucho que asimilar. Clay me quería. Estaba aquí, diciéndome que quería dejar Nueva York para formar una familia. Me estaba diciendo que había dado la espalda a sus ambiciones de toda la vida para cambiarlas por una vida normal conmigo. Era surrealista.

"Si tu padre lo descubrió todo, ¿cómo acabaste recibiendo una oferta para un puesto en el consejo?".

Sonrió. "Me despidió y luego descubrió que el hospital me echaba de menos. Cuando Angie me lo confesó, también acudió a él para defender mi caso. Le enseñó todos los datos y le dejó claro que se equivocó. Le contó todo lo que Frankie y Madison habían estado haciendo".

"Vino a mi apartamento y se disculpó, luego me dijo que quería que volviera al hospital y ocupara mi lugar en la junta".

"¿Y *lo rechazaste*?".

Clay se rio despreocupadamente. No había tensión en su frente ni dudas en su voz. En cambio, sus ojos brillaban mientras me cogió las manos. Parecía esperanzado.

"Sí. Quiero empezar de cero en un lugar nuevo. Contigo".

Me mordí el labio. "¿Quieres que nos vayamos juntos de Nueva York? ¿Adónde iríamos?".

"¡A cualquier sitio!", dijo. "Algún lugar hermoso y tranquilo donde te sientas inspirada para escribir. Algún lugar con un ritmo de vida más lento para que pueda pasar tiempo con mi familia. Puede que no gane el dinero que gano ahora, pero podríamos tener una buena vida".

"El dinero me importa un bledo", le contesté. "Lo único que siempre he querido es a tí".

Mi corazón se aceleró y me sentí mareada. Todo iba muy rápido y me costaba asimilar mis sentimientos. Me había resignado a escalar cuesta arriba yo sola. Ahora Clay estaba aquí diciéndome que quería estar conmigo de nuevo y quería hacer que todo fuera mejor. Quería darme la vida de mis sueños en un lugar nuevo.

Excepto que mis sueños habían cambiado.

Cuando estaba con Shawn, todo lo que quería era hacerle feliz. Eso significaba ser una esposa trofeo y ama de casa sin aspiraciones propias. No quería esa vida otra vez.

"Quiero trabajar", le dije. "Quiero dedicarme al mundo editorial, como mi padre".

Clay parecía encantado. Me apretó las manos y asintió. "Sí. Puedes hacer lo que quieras, Marie. Te apoyaré en todo momento".

"Y quiero escribir. No quiero que todas mis palabras vuelvan a secarse".

Sonrió. "No olvides que leí tu libro. Es precioso".

"¿De verdad te lo pareció?".

"Hizo que un cínico como yo creyera en el ‘felices para siempre’. Yo también quiero eso para nosotros".

Se me llenaron los ojos de lágrimas. "¿Renunciarías a Nueva York, al consejo y a tu familia por una vida corriente en una ciudad tranquila?”.

"No hay nada corriente en ti, Marie. Y estoy listo para un nuevo reto. Ser padre será todo un aprendizaje. Quiero ir a un lugar donde tenga espacio para crecer. Donde tengamos espacio para crecer".

Clay apoyó la palma de la mano en mi mejilla y me miró fijamente a los ojos.

"Te quiero", repitió. "No puedo decirlo más claro. Te quiero a ti y a una vida juntos con nuestro hijo. Quiero algo de verdad".

"¿Sin complicaciones?".

Sonrió. "Sin complicaciones".

Parpadeé y lágrimas de felicidad se derramaron por mis mejillas. Esta vez no había que malinterpretar las señales. Clay lo dijo de una forma que yo nunca podría malinterpretar. Me quería a mí y a nuestro hijo, y quería que nuestro futuro fuera juntos.

"Eso es lo que yo también quiero", le dije. "Te quiero".

Cogí su cara entre las manos y le besé con más intensidad y pasión de lo que había besado a nadie en mi vida. Dio un paso adelante y me rodeó la cintura con un brazo, acercándome para presionar sus labios sobre los míos. Todo el amor y el afecto que sentíamos el uno por el otro estalló mientras nos besábamos.

Mis rodillas se debilitaron de deseo y mi mente se quedó completamente en blanco. No había nada más en el mundo que Clay y yo. En aquel momento, nada de lo anterior importaba. Por fin habíamos madurado lo suficiente como para ser valientes con nuestras emociones. Él me quería y yo le quería. Y cuando lo decía en voz alta, en realidad todo era muy sencillo.

Epílogo

Clay estaba más guapo que nunca con un traje gris y un clavel blanco en la solapa. Cuando la orquesta empezó a tocar, levantó la vista y vi el momento en el que me vio vestida de novia. Se tapó la boca con una mano para no mostrar que se había quedado boquiabierto, pero vi lo rápido que parpadeaba para contener las lágrimas. Después de un momento para serenarse, retiró la mano y mostró una amplia y preciosa sonrisa.

Fue una boda pequeña, con un puñado de mis amigos de la universidad, mis abuelos, Mal, algunos amigos de la infancia de Clay y su padre. También invitamos a Angie. Después de lo mucho que luchó por enmendarse, decidimos tenderle la mano en son de paz. Clay incluso convenció a su padre para que ofreciera a la hermana de Angie una subvención de la organización benéfica de Madison para que pudiera recibir el tratamiento que necesitaba. Faith era mi dama de honor y estaba de pie junto al oficiante de la boda. Tenía un impresionante vestido violeta hasta el suelo y sostenía un ramo envuelto en las páginas de uno de mis libros favoritos.

Había pequeños guiños a los dos en toda la decoración. Los centros de mesa de la comida eran máquinas de escribir adornadas con rosas blancas y rosa rubor y nuestros recuerdos de boda eran plumas estilográficas plateadas grabadas con nuestras iniciales. Llegamos al lugar de la boda en el Lamborghini naranja de Clay, en el que nos trasladaríamos al hotel esta noche. El adorno de nuestra tarta de bodas era nosotros dos en ese mismo modelo de coche.

Los dos acordamos que, a partir de ahora, nuestras vidas girarían en torno a nuestras pasiones. Yo escribiría hasta hartarme y Clay amaría sin ninguna vergüenza los coches antiguos y se ensuciaría las manos bajo el capó. Queríamos celebrar nuestros votos hacia el compromiso con la libertad y la realización personal, así que nuestra boda tuvo como tema las novelas literarias y *The Italian Job.*

Llegué al altar con la Suite nº 1 para violonchelo. Era la misma pieza que había interpretado mi madre con mi padre. La había oído en una vieja película casera y supe que quería seguir sus pasos. Pensé en los dos mientras me movía entre los bancos de la preciosa iglesia de Houghton, Michigan.

Nos mudamos a este paraíso natural hacía seis meses, después de enamorarnos del lugar mientras recorríamos lo que en Internet se le decía uno de "los pueblos más bonitos de Estados Unidos". Buscábamos inspiración, y la encontramos aquí.

Houghton estaba enclavado en las colinas de la península de Keweenaw y estaba lleno de lagos, ríos y reservas naturales. Era un paraíso infinito para que un niño explorara y creciera sin las presiones de la vida urbana. La prioridad de nuestro hijo siempre iba a ser la felicidad. Queríamos que corriera, trepara, montara en bicicleta y creciera con un millón de maravillosos recuerdos de su infancia.

Se llamaba Will. Nuestra boda estaba teniendo lugar tres semanas después de su primer cumpleaños. Se me humedecieron los ojos cuando lo vi en primera fila, en brazos de mi abuela. Ella le levantó la mano y le hizo saludarme cuando llegué al inicio del pasillo. Intenté no llorar, aunque las lágrimas de felicidad se me acumulaban en el fondo de la garganta.

Floté por el pasillo como si estuviera en un sueño. Cuando llegué a la parte frontal de la iglesia, Clay me estaba esperando. Le entregué mi ramo a Faith, y Clay extendió inmediatamente sus manos para coger las mías. Su sonrisa estaba llena de amor y orgullo.

"Estás preciosa", me susurró.

Estaba demasiado emocionada para responderle, pero le dije: "*Te quiero*".

El oficiante leyó las primeras palabras de la ceremonia. Después de presentarnos y dar la bienvenida a los asistentes, dirigió su atención a nosotros.

"Marie y Clay han escrito sus propios votos. Marie, ¿quieres empezar?".

Me temblaban las manos al sacar el papelito donde estaban escritos mis votos. Había intentado memorizarlos, pero me ponía a llorar cada vez que los decía en voz alta. Sabía que si me emocionaba demasiado, los olvidaría por completo. Parpadeé y traté de encontrar mi voz. Estaba tan feliz que apenas podía respirar.

"Clay, nuestro amor ha sido una verdadera aventura. El destino nos unió y nos dejó encontrar nuestro propio camino. Nos hemos enfrentado a retos y hemos tenido que lidiar con más de un imprevisto".

Sonrió y el público también lo hizo. Los que conocían nuestra historia sabían que no había sido un camino de rosas. Faith ya lloraba de sentimentalismo, y yo apenas estaba empezando.

"Algunos de esos imprevistos han sido difíciles de sortear, pero otros han sido simplemente maravillosos". Miré a nuestro hijo. "Me has dado un hijo precioso que llena mi mundo de luz". Volví a mirar a Clay y le miré a los ojos con una sonrisa. "Se parece a su padre".

Volví a mirar mis apuntes. Mis manos dejaron de temblar mientras leía mis votos. Ahora que estaba aquí, me resultaba fácil pronunciarlos porque cada palabra iba en serio.

"Al estar contigo, he vuelto a encontrarme a mí misma. Tu amor por mí es incondicional y tu apoyo es infinito. Cuando nos reencontramos, hace poco más de dos años, me encontraba en un callejón sin salida. Mi vida se sentía plana, vacía y completamente desprovista de algo maravilloso".

"Ahora cada día está lleno de una nueva inspiración. Podría escribir mil historias sobre la forma en que me amas y convertir a un mundo de cínicos en creyentes. Eres la definición del amor verdadero, Clay".

"Mientras estamos aquí hoy, quiero que sepas que no tengo dudas ni miedos. Sé lo que siento por ti y sé exactamente lo que quiero". Sonreí burlonamente. "No puedo decirlo más claro: Te quiero".

Recordé la forma en que Clay me había declarado su amor el día que se presentó en mi apartamento. Tenía un objetivo: asegurarse de que yo supiera exactamente lo que sentía. Entonces había utilizado palabras similares. *No puedo dejarlo más claro*.

La confusión era cosa del pasado. Clay me decía cada día que me quería y me lo demostraba de

innumerables maneras. Era el compañero y el padre más devoto que cualquier mujer podría pedir y yo lo amaba más a cada momento que pasaba.

"Tenemos una casa preciosa, un hijo increíble y el futuro más emocionante que podría imaginar. No puedo esperar a pasar el resto de mi vida contigo".

"Prometo ser siempre honesta y valiente. Prometo recordarte siempre quién eres. Y prometo hacerte sonreír tan a menudo como pueda. Te quiero".

Terminé mis votos y bajé mis notas. Clay estaba radiante y me di cuenta de que se había emocionado. Cuando el oficiante se giró hacia él y le pidió que leyera sus votos, se le veía ansioso por hacerlo.

"Marie", recitó, "eres la persona más perspicaz, paciente y compasiva que conozco. Tu desinterés, afecto y sentido del humor hacen que me enamore de ti cada día más. Tienes talento, eres amable y la madre más maravillosa que un niño puede tener".

"Estoy orgullosa de quién eres y de todo lo que haces por nuestra familia. Estoy deseando ver todo lo que harás de ahora en adelante. Eres una inspiración para mí".

Me apretó las manos e hizo una pausa para respirar. Pude ver el amor puro brillando en sus ojos y eso hizo que mi corazón se elevara.

"Prometo ponerte siempre en primer lugar. Prometo animarte y apoyarte en todos tus sueños. Prometo no trabajar demasiado. Prometo que nunca dejaré de intentar ser un hombre mejor. Prometo amarte para siempre".

Terminó con una sonrisa y ambos nos volvimos hacia el oficiante. Nos sonrió a los dos y luego se volvió hacia Mal, el padrino de Clay.

"¿Tienes los anillos?".

Nos los pasó y yo sostuve la alianza de Clay en la palma de la mano, con el corazón latiéndome con fuerza ahora que estábamos tan cerca de darnos el sí quiero.

"Clay, por favor, coge este anillo y colócalo en el tercer dedo de la mano izquierda de Marie, y repite después de mí: Con este anillo, sello mi promesa de ser tu fiel y amoroso esposo, con Dios como testigo".

Me emocioné cuando Clay me puso el anillo en el dedo. Encajaba perfectamente con el anillo de compromiso de su tía abuela, el que había utilizado para pedirme matrimonio cuando me pidió que fuera su prometida de verdad.

"Con este anillo sello mi promesa de ser tu fiel y amoroso esposo, a Dios pongo por testigo".

Mi corazón explotó cuando dijo esas palabras. Siguiendo las instrucciones del oficiante, coloqué el anillo de Clay en su dedo y repetí el mismo juramento.

El oficiante se apartó con una sonrisa y levantó las manos. "Habéis demostrado vuestro amor y afecto uniendo vuestras manos y os habéis hecho promesas de fe y devoción. Habéis sellado

estas promesas con la entrega y recepción de los anillos".

"Por lo tanto, por la autoridad que me confiere el Estado de Michigan, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia".

Clay se adelantó, me puso una mano en la nuca y me besó cariñosamente. Le sujeté la cara y apreté mis labios apasionadamente sobre los suyos. El público vitoreó y aplaudió. Oí a Faith llorar de felicidad.

Me devolvió el ramo y Clay y yo salimos corriendo de la iglesia, cogidos de la mano. Nuestros invitados nos siguieron para lanzar confeti y el fotógrafo hizo fotos mientras nos reíamos y nos besábamos de nuevo.

Me volví para mirar a Clay y no pude contener la sonrisa. "Lo hemos conseguido".

"Lo hemos conseguido".

"Es real".

"Sí, lo es". Me rodeó la cintura con el brazo y me besó. "Es nuestro 'felices para siempre'".

La boda fue el último paso hacia nuestro final de cuento de hadas. Desde que salimos de Nueva York, todo había encajado.

Clay encontró trabajo en un hospital mucho más pequeño donde ser un Alford no significaba nada. Por primera vez en su carrera, pudo brillar sin que nadie se preguntara si se lo había ganado. Aunque le ponía nervioso aceptar un puesto más discreto, descubrió que le encantaban las ventajas de trabajar a un ritmo más lento.

Podía pasar mucho más tiempo con sus pacientes y se sentía muy satisfecho de poder ser una presencia visible para tranquilizar y reconfortar a quienes lo necesitaban. Al ser el cirujano con más experiencia del hospital, la dirección le respetaba y tenía en alta estima. No tuvo que luchar tanto para que le dejaran aceptar casos complejos. El hospital estaba desesperado por mejorar su imagen y le encantaba ver lo que Clay era capaz de hacer, así que le dejaban tomar las decisiones. Por fin podía ayudar a la gente como realmente quería.

Yo también me sentía realizada en mi trabajo. Poco después de mudarme a Houghton, me ofrecieron un puesto en el periódico local. Era un trabajo pequeño en el que escribía artículos sobre ventas de pasteles y hallazgos en mercadillos, pero no me importaba. Me encantaba la gente con la que trabajaba y me encantaba estar en la comunidad escuchando las historias extrañas y maravillosas de la gente de nuestro pueblo.

Un puesto de novata en un periódico pequeño no dañó mi autoestima en absoluto. Nada podía hacerlo desde que recibí la confirmación del contrato para mi libro. Encontré representación para mi novela romántica después de que Clay me animara a presentarla a agencias literarias, prometiéndome que era buena. Mi agente hizo un trabajo estupendo y mis libros estarían en las librerías más o menos cuando volviéramos de nuestra luna de miel. No tenía ni idea de hasta dónde llegarían mis escritos, pero sabía que mi padre estaría orgulloso.

En cuanto a la relación de Clay con su familia, estaba mejorando. Su padre estaba haciendo

verdaderos esfuerzos por conectar con él desde que Clay se negó a volver al Grupo Alford. Ahora Clay ya no formaba parte de la marca Alford, era libre de ser él mismo y Richard no podía negar que su hijo era un hombre increíble. Incluso me pidió disculpas por todo lo ocurrido y me preguntó si podíamos empezar de nuevo. Acepté sus disculpas y poco a poco fuimos construyendo una relación con él. Resultó que Richard era un viejo blando cuando se trataba de su nieto. Adoraba a Will.

Las cosas iban más despacio entre nosotros, Frankie y Madison, pero Clay estaba dispuesto a reconstruir una relación con ellos. Frankie por fin estaba recibiendo ayuda para sus problemas y Madison aceptó un trabajo administrativo de bajo nivel en uno de los hospitales más pequeños del Grupo Alford para abrirse camino trabajando duro, igual que Clay hizo en su día. Estaban aprendiendo la lección y tratando de ser mejores personas.

Echaba de menos a Faith ahora que estábamos en Michigan, pero hacíamos video-llamadas todo el tiempo y ella nos visitaba a menudo. Seguía trabajando para *Arm Candy* y era feliz, pero de vez en cuando insinuaba que tal vez su futuro también estaba en una ciudad más tranquila. Sabía que nuestra puerta estaba siempre abierta para ella.

La vida era bastante perfecta. Encontramos el equilibrio entre vivir para nosotros mismos y cuidar el uno del otro. Los sueños de Clay eran importantes para mí y los míos para él. Nos apoyábamos mutuamente para ser lo mejor que podíamos ser y nos asegurábamos de que ambos supiéramos cuánto nos queríamos.

Will era un niño feliz y sano que llenó nuestras vidas de alegría. Verle crecer fue una experiencia maravillosa, que sólo mejoró al ver lo maravilloso padre que era Clay. Nunca era tan feliz como cuando jugaba con su hijo.

Aquella noche bailamos hasta altas horas de la madrugada. Todo el mundo estaba animado y nos reímos, hablamos, comimos y bebimos toda la noche.

Cuando el local empezó a apagar las luces, por fin nos fuimos al hotel. Faith cuidaría de Will mientras nosotros estábamos de luna de miel. íbamos a pasar dos semanas en Grecia, en una villa privada junto al mar con las aguas más azules que jamás haya visto.

Uno de los amigos sobrios de Clay se puso al volante del Lamborghini y nos llevó al hotel. Nos dimos las buenas noches y nos dirigimos a la lujosa suite nupcial.

Clay abrió la puerta y sus ojos se posaron en la opulenta cama con dosel.

"Vaya", dijo, "apuesto a que en Grecia no tienen una igual".

Le miré con una sonrisa maliciosa. "Entonces supongo que deberíamos aprovecharla".

Sonrió, cerró la puerta de una patada y me cogió en brazos. Cuando me levantó, me deleité en la sensación de sentirme totalmente completa. Le eché los brazos al cuello y lo besé profundamente.

"Te quiero, Clay".

"Yo también te quiero". Me llevó la mano a los labios y me la besó, sonriendo al ver mi alianza

mientras bajaba mi mano de nuevo. "No puedo dejarlo más claro".

Embarazada de un multimillonario: Una historia de amor inesperada

Capítulo 1

Ana

El día que cambió mi vida para siempre empezó como cualquier otro.

Era una tarde soleada y con viento en Nueva York, y yo salía del juzgado.

La victoria corría por mis venas. Acababa de ganar un caso importante, que me acercaba un paso más a convertirme en socia mayoritaria del bufete.

Quería celebrarlo. Inmediatamente llamé a mi mejor amiga Laura, que también era abogada en la ciudad, aunque ella trabajaba más en derecho financiero, mientras que yo me especialicé en familia.

"Necesito tomar algo. ¿Nos vemos en el Lugar de Siempre?".

Ella gimió. "Dios, sí. Nos vemos allí en treinta minutos".

Salí del aparcamiento junto al juzgado y vi que la calle estaba atascada. "Que sea una hora", suspiré. "Este tráfico es una locura".

Laura se rio. "Me parece bien. Hasta ahora".

Colgamos y me quedé pensando mientras me dirigía a un bar de Midtown llamado El Lugar de Siempre. Laura y yo encontramos el bar a las pocas semanas de empezar el primer año, y el nombre era tan genial que se convirtió rápidamente en uno de nuestros favoritos.

También ayudó el hecho de que hicieran las mejores hamburguesas de Nueva York.

Después de dejar el coche en casa y coger un Uber hasta el bar. Llegué en menos de una hora. Debería haberme cambiado mientras estaba en mi casa, pero no quería que me esperara eternamente y se emborrachara sin mí. El Uber me dejó en la puerta y me alisé la falda gris de tubo mientras entraba en el bar y observaba la sala.

Laura ya estaba sentada en la barra, con sus largas y blancas piernas apoyadas en el taburete de al lado, cruzadas por los tobillos. Actuaba como si fuera la dueña del local. Su brillante pelo castaño resaltaba incluso en la tenue luz del bar. Ningún hombre había sobrevivido a ella cuando le tenía en el punto de mira. Por suerte para la raza masculina, también era una de las personas más exigentes que había conocido.

"Gracias por guardarme un asiento". Le aparté las piernas de un empujón y me subí al alto taburete.

Sonrió y dio un trago a su cerveza. "¿Cuál es el motivo de celebración?".

Me encogí de hombros y esperé a que el camarero se fijara en mí. "Hoy he ganado un caso emotivo y me apetecía celebrarlo un poco, eso es todo".

Se incorporó un poco. "Ah, ¿fue esa horrible batalla por la custodia de la que me hablabas hace un tiempo?".

Asentí con la cabeza y tamborileé con los dedos sobre la madera oscura de la barra. "Su ex era una auténtica basura, Laura, te lo juro. Sin duda era un maltratador, e incluso empezó a destrozar la sala a la salida. Hoy sí que se ha quitado la careta. Aunque no tenía ninguna oportunidad. Mi cliente y yo habíamos recopilado tantas pruebas en su contra que era imposible que el juez se tragara sus chorradas".

"¿Quién era el juez?".

"Clarkson".

El moño desordenado en la parte superior de su cabeza rebotó mientras asentía. "Ah, sí, no es fan del ex tóxico".

Me reí. "Sí, además el ex de mi cliente ha comparecido".

Hizo una mueca. "Vaya. Nunca es inteligente cuando intentan representarse a sí mismos".

Mis dedos encontraron un surco en la madera con el que jugar. "No sólo eso, sino que pude demostrar que amenazaba al personal del colegio de los niños y que intentó que los niños vieran a un consejero al que había hecho creer que mi cliente abusaba de ellos. También llamó a los servicios de protección de menores unas doce veces. Tenía tantas declaraciones de personas del entorno de esos niños que casi no fue un reto".

"Dios mío", susurró Laura. "Espero que tu cliente esté a salvo".

"Lo estará. Dejará el estado y empezará de nuevo. Espero que encuentre la paz donde quiera que acabe".

"Yo también. Laura dejó su cerveza. "Sabes, esta es la primera vez que realmente te veo en mucho tiempo. Ese caso fue una gran carga de trabajo para ti. Ahora que ha terminado, quizá deberías plantearte contratar a más asistentes para que te ayuden. No quiero pasar meses sin verte la cara".

Mi mirada se desvió hacia la encimera del bar, la culpa me carcomía el corazón. Puede que estuviera volcando demasiado de mí misma en mi trabajo, para no tener que pensar en mi vida. "Lo sé, y lo siento. Aunque estoy bien".

Me dio un codazo en el hombro. "¿Seguro?".

Me aclaré la garganta, deseando volver a hablar de trabajo. "Claro que sí".

"No lo creo. Creo que eres una adicta al trabajo y si no empiezas a delegar parte de tu carga laboral, te quemarás y entonces serás inútil para todos los que acudan a ti en busca de ayuda. No es un delito contratar más ayuda. Trabajas en uno de los bufetes con más éxito de Nueva York,

Ana, creo que pueden permitirse contratarte más ayuda".

Me encogí de hombros. Tenía razón, supuse, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a hacerlo.

"No, de verdad, estoy bien. No me quemaré. Me gusta mi trabajo y me resulta menos estresante hacer todo lo que puedo yo sola. Además, tengo algunos asistentes e incluso un ayudante. Quiero llegar a ser socia algún día. No reparten ese título a cualquiera, ¿sabes?".

"Mmmm". Puso los ojos en blanco: "Respóndeme a esto. ¿Cómo vas a conocer a alguien nuevo si siempre estás trabajando?".

Parpadeé lentamente. "No quiero conocer a nadie nuevo".

Hacía rato que me había sentado y nadie había tomado mi pedido. Eché un vistazo detrás de la barra. ¿Dónde estaba el camarero?

Laura suspiró y me cogió las manos, obligándome a mirarla. "Ana, tienes que darte una oportunidad. ¿No quieres tener una familia algún día? Tu trabajo te consume. ¿Cómo vas a hacer otra cosa si no compartes la carga de trabajo?".

La miré a los ojos con severidad. "Ya hemos hablado de esto, Laura. No quiero un compañero de vida, o lo que sea, y no quiero una familia. Soy feliz, ¿puedes dejarlo estar?".

El camarero hizo su aparición salvándome de nuestra conversación. Hicimos nuestros pedidos. Laura pidió otra cerveza y yo un whisky solo, ya que nunca me ha gustado la cerveza.

Laura se terminó su cerveza mientras me miraba de nuevo, y yo me preparé. "Supongo que no lo entiendo".

Suspiré. "Supongo que es que he visto la fealdad en la que se convierte el amor. Siempre empieza de maravilla, pero en algún punto del camino se transforma en algo irreconocible".

"Entonces, estás desilusionada y amargada ¿verdad?".

Deseé tener algo a lo que aferrarme en ese momento, pero el camarero aún no había vuelto con nuestras bebidas. "Sí, si ayuda pensarlo así. Y en cuanto a los niños, creo que la paternidad es adecuada para algunas personas, pero no para mí. No quiero traer un niño al mundo donde podría tener que presenciar el odio y la crueldad de un matrimonio que fracasa".

"Vaya", tarareó Laura. "Cuando lo dices así, el matrimonio parece una idea terrible para todo el mundo".

"No para todos", enmendé. "Pero desde luego sí para mí".

El camarero se dirigió hacia nosotros con las bebidas en la mano y sentí una oleada de alivio. Me alegré de la distracción y de la oportunidad de cambiar de tema.

Sin embargo, antes de que nos alcanzara, un repentino escalofrío húmedo se derramó por la espalda de mi americana. Me volví, ya con la mirada perdida, para descubrir que un hombre había tropezado y derramado su bebida sobre mí.

Se me secó la boca al verle. Alto, delgado, moreno, con el pelo rizado y limpio, y con el tipo de ojos azules sobre los que sólo había leído. Parpadeé rápidamente, sorprendida por lo atractivo que era. Casi había olvidado que llevaba su bebida.

Casi. Me quité la americana y lo miré mientras me quitaba el parche mojado de la blusa de la espalda. "¿Qué demonios? Podrías haberte limitado a saludar. No necesitabas derramar tu bebida sobre mí para llamar mi atención". Me reí, restándole importancia a la situación.

No vi ningún anillo en su dedo. Puede que no estuviera dispuesta a formar una familia, pero no me disgustaba tener una aventura, y él parecía capaz de aliviar el estrés del trabajo de mis músculos.

Capítulo 2

Mal

Maldita sea, pensé, echando un vistazo al mensaje de mi teléfono.

CLAY: Lo siento, tío.

CLAY: Le ha pasado algo al niño.

CLAY: Un virus estomacal. Hay vómito por todas partes.

Suspiré. Se suponía que era la primera vez que mi amigo Clay y yo salíamos juntos en mucho tiempo. Desde que tuvo un hijo y se casó, no habíamos tenido mucho tiempo para salir.

Quería a su mujer, Marie, y a su hijo, pero a veces deseaba que las cosas fueran como antes. Era extraño que mi mejor amigo tuviera mujer e hijo cuando yo no estaba ni mucho menos preparado para sentar la cabeza.

De hecho, creía que nunca estaría preparado para sentar la cabeza. Sólo pensarlo me producía urticaria. Volví a suspirar y escribí una respuesta.

YO: Mantenlo hidratado. Y dale aspirina si le sube la fiebre.

Como los dos éramos cirujanos, sabía que darle consejos sólo le molestaría. Sobre todo porque era mayor que yo.

CLAY: No tenía ni idea. Muchas gracias por el consejo, hermano.

YO: ¡Sólo vivo para ayudar a los demás!

Sabiendo que estaba solo, cogí mi bebida y examiné el establecimiento -llamado el Lugar de Siempre- en busca de alguien con quien pasar la noche.

Me dirigí a la barra para tomar otra copa. Sin embargo, al pasar junto a una morena bajita, dio una patada hacia atrás en el taburete y su tacón me rozó la pierna, haciéndome tropezar y derramar mi bebida por toda su espalda.

Ella se giró, confusa por lo que acababa de ocurrir.

El shock me golpeó en la columna y se dirigió directamente a mi polla. Si su zapato no me hubiera hecho tropezar, sus ojos verdes, parecidos a los de un ciervo, habrían hecho el trabajo. Eran como un campo de hierba salvaje. Su perfume solidificó la imagen cuando el suave aroma a jazmín y abedul llegó a mi nariz. Dijo algo con una sonrisa, pero mi cerebro aún no se había reiniciado de la conmoción que había provocado en mi sistema.

Me lamí los labios secos. "Lo siento, ¿podrías repetirlo?".

"He dicho", cogió una servilleta que le ofrecía la mujer que estaba a su lado, "que sólo tenías que saludarme. No necesitabas llamar mi atención derramando tu bebida sobre mí".

El enfado rodó por mi pecho.

¿Primero Clay no aparece y ahora esta mujer cree que he intentado ligar derramando mi bebida sobre ella? No, no estoy así de desesperado.

Lancé una carcajada amarga. "¿Sí? No te habría derramado nada si no hubieras sacado el pie de esa forma".

La mujer de al lado soltó una risita. "¿La has visto? Es pequeñita. Para que te haya puesto la zancadilla, has tenido que andar muy cerca".

No miré a la pelirroja que había hablado, sino a la mujer menuda de arriba abajo. Era pequeñita. Atractiva, el tipo de mujer a la que podrías controlar en la cama si te apetecía. La fuerte atracción en la ingle me recordó que era un hombre con una misión. Quizás esta mujer era la indicada para hacerme compañía esta noche.

Extendió su pequeña mano con dedos elegantemente cuidados, una simple punta francesa de longitud mínima. Sus grandes ojos verdes se clavaron en mi alma: "Me llamo Ana".

Le devolví el apretón de manos. "Yo soy Malcolm. Pero puedes llamarme Mal".

Sin apellidos, nunca apellidos cuando quería mantener las cosas informales.

Al soltarme la mano, un mechón de pelo castaño cayó de su melena recogida. Hizo un gesto a la mujer que estaba a su lado. "Guay. Esta es Laura. Es mi ruidosa mejor amiga".

Le dediqué una mirada a su amiga y una cordial inclinación de cabeza mientras dejaba mi vaso casi vacío sobre la barra.

El camarero forzó una sonrisa mientras colocaba una copa delante de cada una y cogía la mía.

"Otro ron con coca-cola, buen hombre".

Asintió y se acercó a la mesa de mezclas. Señalé su vaso. "¿Whisky?" Una sonrisa tímida se dibujó en sus labios carnosos. Lo que daría por tirar de ese labio inferior con mis dientes.

"Sí. Soy una mujer de gustos sencillos".

Encendí más mi encanto con una sonrisa. "Claramente. Déjame ponerlo en mi cuenta. No debería haber sido tan grosero hace un momento. Por supuesto, no fue culpa tuya que yo tropezara. Debería haber mirado por dónde iba".

Su lengua humedeció sus labios mientras levantaba su vaso y se reía. "Bueno, si esa es tu forma de disculparte, acepto".

El teléfono de su amiga Laura sonó con un mensaje y ella lo sacó de su bolso. Tras un rápido vistazo, suspiró. "Ana, ¿te parece bien que me vaya? Tengo que ocuparme de esto. El caso de un cliente acaba de torcerse". Sus ojos marrones me miraron durante un segundo antes de volver a mirar a Ana. Me di cuenta de que me estaba evaluando antes de dejar a su amiga sola con un hombre extraño.

Ana le hizo un gesto con la mano y asintió. "Sí, claro, ¡vete! Nos vemos pronto, ¿vale?".

Laura se quedó mirándola unos segundos más antes de volver a mirarme. Con un movimiento rápido, la agarró de la mano y la bajó del taburete. Caminaron a un par de metros de mí hacia la salida y su amiga se inclinó hacia ella, tapándole la boca por un lado, por lo que no pude distinguir lo que decía aunque pudiera leerle los labios.

Estuvieron hablando durante un minuto y Ana asentía o negaba con la cabeza mientras me miraba de reojo y sonreía. Yo le devolví la sonrisa. Después de un rato más, se abrazaron y Laura dijo algo más antes de separarse de la barra.

Ana volvió a acercarse a mí, con la sonrisa todavía en su sitio. "Lo siento, puede ser demasiado sobreprotectora". Tomó asiento en la barra, sentándose en la americana que mojé con mi bebida. Me indicó el asiento que había dejado su amiga.

Tomé asiento. "Es una buena amiga". Miré la bebida que había pedido Laura y luego al camarero, que seguía preparando un cóctel complicado para otro cliente.

Ana asintió. "Es un mai tai. Te lo puedes tomar. Es demasiado dulce para mi gusto".

"Perfecto". Cogí el vaso frío y el dulzor golpeó mi nariz, no era terrible. "Me encantan los cócteles afrutados".

Tan pronto como el ron dulce con el jarabe de cereza se encontró con mi lengua, mi nariz se arrugó. "Vale, quizá no. ¿Cómo se bebe eso?".

Ana se echó hacia atrás de la barra y se rio. "Oh, Laura es una golosa como no te imaginas. Deberías ver la mesa de su despacho. Está llena de ositos de gominola y tazas de pudding".

Su risa fue como música para mis oídos, casi me dio un soponcio. Llevaba un traje de negocios gris con una falda hasta la rodilla, y de alguna manera se las arregló para que pareciera sexy como el infierno.

Cuando se quitó la americana, pude distinguir las pecas que le salpicaban los brazos y cómo los primeros botones de su blusa blanca estaban desabrochados, dejando entrever su pecho pecoso y su escote.

Obligué a mis ojos a mirar su cara para no tener una erección completa aquí. Me apoyé en la barra mientras esperaba aún mi copa. Mi mirada volvió a Ana. "¿A qué te dedicas? ¿Tú y Laura trabajáis juntas? Ella mencionó un bufete".

Dio un sorbo a su whisky y lo bajó a la madera, con el pulgar rozando el borde. "Oh, somos abogadas, pero ejercemos en diferentes áreas del derecho, así que trabajamos en bufetes distintos".

Cogí la sombrillita que venía con el Mai Tai y la hice girar entre los dedos. "¿Qué área del derecho practicas?".

"Derecho de familia, sobre todo, pero de vez en cuando me ocupo de sucesiones y planificación patrimonial. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?" Dio un trago a su whisky antes de beber un

sorbo más grande.

El orgullo me hinchó el pecho y me senté más erguido. "Soy cirujano, me gano la vida curando a la gente para que viva lo suficiente como para necesitar tus servicios, supongo".

Ana volvió a reír y mis ojos se fijaron de nuevo en sus labios. No llevaba mucho maquillaje, pero sus labios eran de un rubor perfecto: carnosos, suaves como la seda, y me entraron ganas de besarla.

A lo largo de mi vida había disfrutado de bastantes labios, pero los de Ana eran probablemente los mejores que había visto nunca.

El camarero por fin me trajo la bebida y Ana y yo seguimos hablando de nuestras carreras y de nosotros mismos. Pedí varias rondas más mientras disfrutábamos de nuestra mutua compañía.

Pasaron las horas. El sol se puso y pronto nos encontramos entre la multitud nocturna del bar. Por alguna razón, me resultaba difícil separarme de Ana, y nos quedamos en un cómodo silencio mientras observábamos a la gente que nos rodeaba.

Recorrí la sala y vi que una de las mesas de billar de la esquina estaba libre por primera vez en más de una hora.

El ron en el estómago me calentó las venas y quise que esta noche no acabara nunca. Le eché el ojo y le indiqué la mesa. "Oye, ¿quieres jugar una partida de billar?".

Ana

Bajé de un salto del taburete y me estiré. "¡Claro!" Me alegré de tener una excusa para pasar más tiempo con Mal.

Nos abrimos paso entre la multitud hasta las mesas de billar de la esquina del bar.

"¿Eres buena?", me preguntó cuando llegamos a la mesa.

Me encogí de hombros y evité el contacto visual. "Eh, se me dan mejor los dardos".

Mal se acercó a mí y, apoyándose en la mesa de billar, me sonrió: "Vale, pues juguemos. Pero necesitamos una apuesta". Se acercó un poco más. Los cítricos y el sándalo envolvieron mis sentidos y quise acercarme a él e inhalar su aroma.

Yo también me acerqué un paso más y el calor aumentó entre nosotros. Mi cabeza apenas llegaba a la base de su pecho mientras miraba fijamente sus ojos azules. "¿Qué tienes pensado?".

"Tal vez el ganador decida lo que haremos a continuación, ya sea quedarnos aquí hasta la última llamada o llevarnos esta pequeña fiesta a otro sitio".

El tono de Mal adquirió un filo que podría haber reconocido a una milla de distancia. Quería llevarme a algún sitio para poder hacer lo que quisiera conmigo. La excitación me recorrió la espina dorsal hasta el centro. Quería que me tuviera hasta el domingo. Algo en su postura le decía a una parte primitiva de mi cerebro que sería un buen polvo para la noche. Justo lo que

necesitaba para relajarme después del largo día en los tribunales.

Pero, vamos, yo era abogada. No iba a dejarle ganar.

Le tendí la mano. "Trato hecho. El ganador elige nuestra próxima actividad". Nos dimos la mano y preparé mi palo mientras él preparaba las bolas. No fue un juego muy largo.

Al final, gané yo, por supuesto.

A su favor hay que decir que no actuó como la mayoría de los hombres a los que he ganado al billar. Se tomó la derrota con gracia.

Una sonrisa juguetona se dibujó en sus labios. "Creía que habías dicho que se te daban mejor los dardos".

"Oh si, es verdad", me reí. "Pero también soy bastante buena al billar".

"Muy bien, un trato es un trato". Devolvió los tacos de billar a la pared y caminó alrededor de la mesa hacia mí como un gato al acecho.

Su largo dedo corazón recorrió el brillante marco de madera de la mesa, haciéndome preguntar qué podría hacer con él. "¿Qué quieres hacer ahora?".

Me acerqué a él. La abrumadora fragancia de sándalo y almizcle me golpeó como un tren de mercancías, y el calor se acumuló aún más entre mis piernas.

Nunca me enrollo con hombres extraños en los bares. Este no era mi *modus operandi*. Pero me sentí atraída hacia él como un imán, desesperada por sentir sus manos sobre mí.

Me puse de puntillas y coloqué las manos sobre su ancho pecho, extendiendo los dedos; tenía que estar desgarrado bajo la camisa. Me moría de ganas de quitársela. Se inclinó hacia mí y le susurré al oído. "¿Por qué no me enseñas tu casa?".

Me aparté cuando giró la cara hacia la mía y, por capricho, me incliné hacia delante para apretar mis labios contra los suyos. Me rodeó con sus brazos, atrayéndome hacia sí mientras separaba los labios y aceptaba el beso con un hambre igual al mío.

Me costó mucho separarme, pero solté una risita al hacerlo. Sus labios me habían mareado de la mejor manera posible. Me agaché, le cogí de la mano y señalé la puerta con la cabeza.

"Vámonos".

Capítulo 3

Ana

Cuando hizo que un chófer privado se detuviera en la acera junto al bar, las cejas se me clavaron en el nacimiento del pelo. Dijo que era cirujano, ¿no? Y no de los de cirugía plástica.

¿Qué clase de cirujano general tenía dinero para un coche privado?

Subimos a la parte trasera, donde un tabique nos separaba del chófer, que se dirigía a él como señor.

Se hizo el silencio en el coche mientras mi cerebro se tranquilizaba y mi corazón latía con fuerza. Había tenido ligues así pocas veces en mi vida, después de casos largos y estresantes. La mayor parte del tiempo estaba demasiado ocupada para tener una vida sexual activa.

Pero Mal tenía mi cuerpo en llamas. Lo deseaba. Pero no era lo bastante valiente para hacerlo en el coche, donde sólo un cristal impedía que el conductor viera lo que hacíamos.

Lo único que esperaba era no meter la pata. Parecía que los dos estábamos de acuerdo en que queríamos sentir placer durante una noche, pero nada más.

Bajé la mano hasta su rodilla y dibujé círculos en la tela de su pantalón de vestir. Su brazo me rodeó los hombros y sus dedos imitaron mi hombro, levantando el material de la manga para rozar mi piel. El contacto me hizo estremecer y el calor siguió creciendo entre mis muslos. Me resistí a frotarlos, o mi autocontrol saldría por la ventana.

Cuando llegamos, Mal dio la vuelta para abrirme la puerta. El gesto fue cortés, pero no carente de propósito. En cuanto salí del coche, Mal me empujó contra el frío metal oscuro y me cubrió los labios con los suyos, reclamándome para todos los que se atrevieran a mirar.

Abrí la boca, lista para él, lista para dejar que me tomara.

Me pasó una mano por el pelo, soltando la pinza que había conseguido mantener sujeta todo el día. Al azar, me di cuenta de que me había dejado la americana en el bar, pero me daba igual.

La mano de Mal subió por mi blusa y me acarició el pecho con confianza. Con un hábil pulgar, bajó el borde de la blusa y el sujetador lo suficiente para exponer el pezón al aire fresco de la noche.

Eché la cabeza hacia atrás y rompí el beso con un jadeo estremecedor. El ruido del motor del coche me devolvió un poco a la realidad. Atrapé su mirada y bajé la voz: "Llevemos esto dentro. Seguro que tu chófer tiene mejores cosas que hacer que escucharnos".

Mal sonrió satisfecho y retiró la mano de mi pecho. Me enderezó la blusa, me cogió de la mano y me llevó hasta la escalera de una casa adosada de piedra rojiza.

Entramos por una gran puerta de cristal esmerilado y madera oscura. Su casa era enorme, lo que me despertó la curiosidad. ¿Para qué tenía un cirujano soltero una casa tan grande? Me

parecía más que excesivo, pero ¿quién era yo para juzgarlo?

Sin encender ninguna luz, me condujo a través del vestíbulo y subió unas escaleras. Apenas pude distinguir las obras de arte y los jarrones que decoraban el vestíbulo antes de llegar al segundo rellano, y me condujo hasta la primera puerta a la derecha.

Mal, iluminado únicamente por la luz de la luna, tiró de mí hacia la cama, me dio la vuelta y me empujó suavemente hacia abajo. Caí sobre una manta que parecía una nube.

Alargué la mano, agarré la parte delantera de su camisa y tiré de él para que se tumbara encima de mí, girando el cuello para juntar sus labios con los míos.

El nerviosismo del coche se desvanecía con cada caricia de sus labios firmes pero tiernos. Sabía cómo dar y recibir en los momentos adecuados, lo que hizo que se me encresparan los dedos de los pies mientras me quitaba los tacones.

Su mano recorrió mi costado y bajó hasta mi cadera. Mi cuerpo y mi mente lo anhelaban, ambos querían ver qué clase de amante era. Por sus besos, sabía que no me decepcionaría.

"Te deseo, Ana". Su voz era un ruido sordo que iba directo a mi clítoris.

Lo único que pude hacer fue gemir de deseo en respuesta.

Sus dedos se dirigieron a los botones de mi blusa y, con una rapidez y una destreza que sólo puedo imaginar que se deben a que es cirujano, desabrochó los pequeños botones de mi blusa. Me incorporé cuando me la quitó de los hombros y la arrojó sobre la cama.

Se inclinó hacia delante y apretó los labios contra mi hombro desnudo. Me estremecí por el calor que dejaron. Estaba segura de que por la mañana quedaría la huella de sus labios sobre mi piel.

Mal me besó el pecho mientras sus manos se deslizaban por mi espalda y se apresuraban a desabrocharme el sujetador. El sujetador cayó hacia delante y él no tardó en quitármelo de los brazos y arrojarlo detrás de él. Se sentó a horcajadas sobre mis piernas y me empujó contra la cama.

Me dominaba, pero me estremecía estar a su merced. Su mano grande me cogió un pecho, lo amasó con la palma y apretó el otro. Bajó la boca hasta el pezón y zumbó mientras lo rodeaba y succionaba.

Me llevé la mano a la nuca y le rasqué el cuero cabelludo con las uñas mientras arqueaba la espalda hacia su cara.

"¡Sí!" La palabra salió de mis labios en un largo gemido.

La punta de su lengua giraba y jugueteaba, y cada vez que la pasaba me provocaba una oleada de placer que me llegaba hasta el clítoris. Sólo podía imaginar lo que esa lengua podría hacer si me lo chupaba, pero no estaba segura de tener paciencia para averiguarlo. También lo quería dentro de mí.

"Dime lo que quieres", me gruñó al oído.

Gemí. "Por favor, quiero tu polla. Fóllame".

Mal soltó mi pecho con un chasquido de su boca. Me dio más besos entre el valle de los pechos y continuó hacia el ombligo, riéndose por lo bajo: "La paciencia es una virtud. A menos que tengas que ir a algún sitio".

Se acercó al dobladillo de mi falda. Las luces de la ciudad entraban por las ventanas y me permitían ver sus movimientos. Me retorcí, acostumbrada a que los hombres prestaran tanta atención a mi placer.

"Aún no he terminado contigo, Ana", murmuró.

Un escalofrío me sacudió con fuerza los hombros. El tono serio de su voz ronca casi me hizo correrme. Levanté las caderas para que pudiera bajarme la falda y quitármela, dejándome sólo en ropa interior negra de encaje.

Mal se arrodilló en el suelo, al final de la cama. Se quitó la camisa negra abotonada, mostrando los músculos que había ocultado durante tanto tiempo. Incluso en la penumbra, podía distinguir las curvas y ondulaciones de sus delgados músculos. Parecía esculpido en mármol.

Estiró la mano, metió los dedos en mi ropa interior y me la quitó. No la tiró, sino que la guardó en un lugar que yo no podía ver desde la cama y luego me agarró por las pantorrillas, tirando de mí hacia el extremo de la cama para colocar las piernas sobre sus anchos hombros.

Mis dedos se enroscaron en la manta que tenía debajo, suave como la seda, que me ayudó a aterrizar un poco. Me besó suavemente a lo largo de los muslos, cada vez más cerca.

Tragué saliva. "No tienes por qué hacerlo. Te deseo, eso es suficiente". Mi voz sonó más débil de lo normal.

Sus ojos captaban la luz de la ciudad mientras me miraba desde entre mis muslos. Sin romper el contacto visual, pasó su lengua desde el interior de mi muslo hasta milímetros de mi centro, la punta casi rozando mis pliegues externos. Me estremecí.

"¿De verdad no quieres que te la meta? Pararé si no quieres, pero debes saber que quiero hacerlo. Lo disfruto".

La profunda y ronca esclavitud de su voz me volvía loca de necesidad. Necesité todo lo que tenía dentro para encontrar mi voz. "Lo quiero".

Levantó una ceja inclinada mientras se inclinaba hacia delante. "No pareces segura, Ana. Necesito un sí de tu parte si quieres que continúe. Lo último que quiero es que te sientas obligada a algo que no quieres hacer".

Asentí. "Sí". Puse más convicción detrás de mi voz, aunque mis nervios todavía querían sacar lo mejor de mí.

Una mano se movió hacia el interior de mi muslo izquierdo mientras la otra subía para separar

mis pliegues. Luego Malcolm me pasó la lengua por la raja, desde la entrada hasta el clítoris. Mis caderas se agitaron contra él mientras mi interior se calentaba de placer.

Lo repitió con un gemido de agradecimiento y el sonido hizo que desapareciera toda vacilación.

Su labio rodeó mi clítoris y mi espalda abandonó la cama mientras succionaba con fuerza el manojo de nervios y lo recorría con su hábil lengua. A lo lejos, me oía gemir, pero mi cerebro sólo podía concentrarse en lo bien que me sentía. Nunca había experimentado algo así con el sexo oral. Los hombres deberían recibir clases.

Dos dedos entraron en mi resbaladizo conducto y se enroscaron para rozar mi punto G. Su lengua siguió atacando mi clítoris mientras gemía contra él.

Mi cabeza se agitaba de un lado a otro mientras la tensión de mi clítoris se tensaba hasta casi llevarme al límite.

Sus dedos bombeaban más rápido. Apartó la boca. "Córrete, Ana".

Mis ojos se abrieron una fracción de segundo para mirarle fijamente, y entonces su lengua volvió a penetrarme, enloqueciéndome de placer. Mi pasaje se apretó contra sus dedos y la tensión de mi clítoris se liberó e inundó mis miembros con el mayor orgasmo que jamás había tenido y que no me había provocado yo misma.

Su lengua seguía lamiendo mis pliegues y estaba claro que hablaba en serio cuando decía que quería chupármela. Mi pasaje tuvo espasmos incluso después de que retirara los dedos y lo chupó mientras me miraba. Oh, demonios, eso sería una nueva perversión desbloqueada para mí. Nunca me había dado cuenta de lo que me estaba perdiendo. Sólo sirvió para hacerme odiar a mi ex aún más, y me alegré de no tener que volver a esa basura de hombre.

Me incorporé más. "Por favor, Mal, fóllame. Quiero sentirte".

Se apartó de mí mientras se incorporaba y se desabrochó los pantalones. Se los quitó junto con los calzoncillos, liberó su erección y se los quitó de una patada.

Me quedé boquiabierta al ver su polla. De lejos, Mal era la polla más gruesa y larga que había visto en la vida real.

Escupió en su mano y se acarició más. "¿Ves por qué quería asegurarme de que estabas bien mojada para mí?".

Asentí, relamiéndome los labios. "Puedo devolverte el favor". Me puse de rodillas para arrastrarme hacia él.

Levantó la mano. "Llevo siglos empalmado, no aguantaré más si me pones encima esos labios tan bonitos".

Me estremecí, no sólo por poder elegir, sino porque me llamara encantadora. Tuve que recordarme a mí misma que esto era sólo un encuentro y que no lo vería después de esto. No se convertiría en nada, no habría una segunda vez. Lo que significaba que podía disfrutarlo y perder

el control.

Se metió un momento en el baño y oí un murmullo: "Mierda".

Fruncí el ceño cuando volvió. "¿Qué pasa?"

Mal sacudió la cabeza. "Creía que tenía otra caja de condones, pero se me han acabado".

Me encogí de hombros. "Tomo la píldora y estoy limpia. No he tenido relaciones desde mi último control de ETS". Levanté la mano y jugueteé con mis pezones.

Él gimió al verlo. "Yo también estoy limpio. Lo mismo digo. ¿Estás segura?".

Realmente no quería esperar a que fuera a por más, estaría lista para irme a la cama cuando volviera. "Estoy segura. La píldora nunca me ha fallado".

Bombeó su erección un poco más y asintió.

Me giré sobre mi estómago, me acerqué a la cabecera de la cama y tiré de una de las almohadas para ponerla debajo de mis brazos. Levanté el culo y esperé a que se colocara detrás de mí.

La cama se hundió cuando él se arrodilló sobre ella y su gruesa cabeza recorrió mi raja. Recogió mi excitación en ella antes de colocarla en mi entrada e introducirla con facilidad.

Gemí al ver cómo me abría, bordeando la línea del dolor y el placer. Poco a poco me fui acostumbrando a él, hasta que sentí que tocaba fondo. Gimió y sus manos se acercaron a mis caderas. "¿Cómo te sientes?".

Gemí. "Tan llena. Muy bien. Por favor, muévete fuerte. No me romperás". Me apreté contra él.

Se retiró y volvió a penetrarme, empezando despacio antes de encontrar un ritmo constante que lograba tocar cada punto de placer dentro de mí. Qué bien.

Correspondí a sus embestidas, meciéndome sobre él, haciendo que fueran más fuertes. Me arrancó gemidos primarios mientras sus dedos se clavaban en mi piel. No me cabía duda de que por la mañana tendría moratones de sus dedos, un bonito recuerdo de la noche.

El aroma almizclado del sexo llenaba el aire mientras nuestras pieles se rozaban. Pronto sentí que otro orgasmo se apoderaba de mí y mis paredes se estremecían en torno a su circunferencia, aumentando el placer.

Los gemidos de Mal aumentaron hasta sonar como un gruñido animal. Bombeó dentro de mí cuatro veces más antes de correrse. Su miembro se agitó y me quedé exhausta cuando se corrió.

Me desplomé sobre la almohada que tenía debajo y vi cómo se iba al cuarto de baño, en un rincón de la habitación. Un momento después salió con un trapo y di un respingo cuando lo tocó en mi centro hinchado, sin esperar el calor húmedo.

Me froté la cara, el día me había pillado con ganas de desmayarme. "¿Qué haces?".

Levantó una ceja. "¿Limpiándote? Te invito a mi ducha si quieres. Sólo intento ser un

caballero".

Parpadeé mientras seguía pasándome el trapo por encima. "Nadie ha hecho nunca eso por mí".

Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando terminó de limpiarme y se dispuso a hacer lo mismo. "Parece que has tenido muchos gilipollas en tu cama. Soy un gilipollas, pero también un caballero, si eso tiene sentido".

Tiró el trapo hacia un cesto y se metió en la cama conmigo. "Quédate, duerme. Es peligroso que te lleven a estas horas". Nos tapó con la manta desde un lado, creando un capullo.

No me resistí. Me escaparía en un par de horas, cuando saliera el sol y pudiera pedir que me llevaran a mi casa.

No volvería a ocurrir, pero no importaba. Tenía que mantenerme firme. Nada de relaciones, siempre acababan mal y ya estaba bien de conformarme con menos de lo que merecía.

Capítulo 4

Mal

La mejor habilidad que aprendí en la facultad de medicina -aparte de las habilidades para ejercer la medicina, claro- fue la capacidad de funcionar sin apenas dormir.

Salí de la habitación de un paciente durante mi ronda preoperatoria matutina y me dirigí al mostrador de la enfermera. Una esbelta enfermera pelirroja me entregó un café con una amplia sonrisa y un aleteo de ojos. Extrañamente, sin embargo, su coqueteo no me hizo querer coquetear de vuelta.

La noche de sexo y las cuatro horas de sueño debían de haber afectado a mi libido más de lo que pensaba.

Le sonreí y miré su placa: "Gracias, Riley", le dije. "Siempre piensas en mí. Todos los pacientes operados hoy han sido actualizados en el sistema. Las mismas órdenes son para los cuatro. Nada de comida ni agua ahora que están en el margen de ocho horas. También he comprobado a los que se están curando".

Se pasó un largo mechón de pelo por detrás de la oreja mientras se balanceaba sobre los talones de los pies. "No hay problema, ¿hay algo que debamos vigilar en la habitación 2230?".

Negué con la cabeza y le di un sorbo a mi café, necesitaba que me devolviera la energía. Si no tuviera la norma de no acostarme donde trabajo, estaría encima de ella, asegurándome otra cita para esta noche. "La incisión de la Sra. McEvoy está sanando bien, y su fiebre ha bajado. No creo que tenga una infección secundaria. Su cuerpo está trabajando más duro para sanar desde que es mayor. Llámame si algo va mal, pero creo que está fuera de peligro".

Una voluptuosa enfermera rubia se acercó, Ginny. Era otra a la que había sido difícil decirle que no.

Ginny se sentó ante el ordenador y tecleó en él. "¿Qué hay del Sr. Woods en la habitación 2242? ¿Se sabe algo de él? Sus constantes vitales me preocupan, pero el doctor Huett sigue diciendo que está bien".

Fruncí el ceño: "Me preocupa". Rodeé el mostrador y me coloqué detrás de ella para revisar su expediente. "Su incisión no está cicatrizando muy bien y se queja de más dolor del que me gustaría. ¿Puedes programarle otro TAC? Y haz algunos análisis. Quiero asegurarme de que no se nos escapa nada".

Se inclinó un poco hacia atrás y casi apoyó la cabeza en mi hombro mientras sus ojos brillaban de deseo. "Claro, Dr. Carden".

Las señoras me miraron con las pestañas mientras yo saludaba y salía de la enfermería. Cierto par de ojos verdes se abrieron paso en mi mente, como lo habían hecho casi cada hora desde que me desperté.

Ana se había ido antes de que me despertara, aunque no me sorprendió. No parecía del tipo que

se aferra a mí después de una noche. Sin embargo, una parte de mí deseaba que hubiera hecho otra ronda esa mañana. O que hubiera dejado su número para futuras citas.

No podía precisarlo, pero había algo en ella que me afectaba mucho. Tal vez era que parecía que nunca había tenido un amante no egoísta en su vida, o cómo su coño se ajustaba a mi polla. Era una de las pocas que podía aguantarlo todo sin desmayarse.

Sacudí la cabeza.

Una parte de mí deseaba olvidarla y seguir adelante. No tenía tiempo para pensar en una sola mujer. Otra parte de mí, quizá más grande, deseaba haberme despertado antes y haberla convencido para desayunar.

¿De dónde había salido esa idea?

Nunca desayunaba con las mujeres que traía a casa. Les ofrecía lo que había en mi nevera y avisaba a mi personal para asegurarme de que se iban sin robar nada. No es que tuviera que preocuparme de eso con Ana, ella se fue antes que yo.

Y no es que hubiera nada que robar. Todos mis objetos de valor estaban bajo llave o en habitaciones a las que no se podía acceder sin autorización.

No confiaba en nadie y, desde luego, no quería tener ningún tipo de relación duradera.

Entonces, ¿por qué no podía quitarme a Ana de la cabeza? Sus ojos, sus gemidos, su tacto, sus labios. Como una película que se repite en mi cabeza.

Necesitaba un limpiador de paladar. Tal vez podría salir después del trabajo y buscar a otra mujer para reemplazarla, eso ayudaría. Sin embargo, esa idea no me gustaba y me repugnaba.

Estaba acostumbrado a un estilo de vida que no permitía que las mujeres se acercaran a mí. Un psicólogo diría que eso se remontaba a mis padres. Nací de un matrimonio de conveniencia. El matrimonio de mis padres se había arreglado para satisfacer las necesidades de los negocios de sus respectivas familias.

No estoy seguro de haberles visto besarse o ser cariñosos el uno con el otro. La única persona que les importaba menos que el otro era yo. No tenían ningún problema en olvidar que yo existía, cuando me enviaban a un internado durante el noventa y cinco por ciento del año. Eso incluía las vacaciones. Volvía a casa para las vacaciones de verano, pero nunca los veía con lo ocupados que estaban con sus vidas sociales.

Cuando era joven, les rogaba que pasaran tiempo conmigo, pero nunca cumplían sus superficiales promesas. Siempre había algo más importante en sus vidas que el niño que traían a ellas.

Cuando crecí, lo último que quería era que me obligaran a casarme. Me parecía una hazaña sin sentido y sin amor. No quería tener hijos, y la única razón para encontrar a alguien con quien pasar la vida era tener hijos, ¿no?

Si nunca sentaba la cabeza y tenía hijos, a mi padre se le rompería el corazón. Quería que me

hiciera cargo de la sucursal bancaria de la que éramos propietarios, así como de la antigua empresa de inversiones inmobiliarias que venía por parte de mi madre. Me negué. Estoy seguro de que pensó que un nieto sería su segunda oportunidad.

A mi madre no le importaba, pues sabía que los negocios podían ir a los consejos de administración. Pero la idea de que la llamaran "abuela", incluso a los sesenta y tres años, le erizaba la piel. Si nunca me casaba, ella no tendría de qué preocuparse, y mi padre aprendería a asumir el hecho de que las empresas no serían un legado familiar.

Con mis rondas hechas, eran cerca de las diez de la mañana. No tenía mi primera operación hasta casi la una, y ninguna consulta hasta las tres. Me quedé mirando el reloj. Podía matar el tiempo haciendo papeleo, pero solía dejarlo para el último momento. Trabajaba mejor así.

Como si hubiera oído mi agitación interior, mi teléfono zumbó.

CLAY: Oye, resulta que el bribón no tenía un virus, sólo un poco de reflujo.

¿Quieres ir a tomar un café a The Bean? ¿En quince minutos o así?

Estoy a la vuelta de la esquina.

Preferiría ir al bar de deportes esa noche, pero tomaría lo que pudiera. Era mi mejor amigo y quería verle. Y teníamos que hablar de la clínica gratuita.

YO: Y te llamas a ti mismo médico.

YO: Claro. Puedo estar allí en quince minutos.

Me dispuse a caminar el par de cuadras hasta The Bean. Sin mucho que ocupar mis pensamientos, la noche anterior volvió a mi mente una vez más. Sentado en el bar con Ana mientras hablábamos de todo y de nada. Cómo su risa me producía escalofríos de excitación. Nunca había conocido a nadie que me atrajera tanto como ella, pero se había ido. No tenía su número, sólo tenía que seguir adelante.

Al acercarme a la cafetería, fruncí el ceño. Clay no mencionó si tenía una niñera. Realmente esperaba que no hubiera traído a Will con él. No me llevaba bien con los niños, me ponían los nervios de punta. Otra razón más por la que no estaban en la lista de prioridades. Llegué a la puerta principal de la cafetería y la abrí de un tirón para encontrarme a Clay solo.

Gracias a Dios.

El embriagador aroma a café y dulces cubría cada centímetro del local y yo estaba más que preparado para otra taza.

Le saludé con la mano. "¡Eh!", me acerqué a la pequeña mesa circular para dos que había en el centro del local.

"Hola, tío". Clay se pasó una mano por el pelo "Siento lo de anoche. Gracias por quedar aquí".

Negué con la cabeza. "Oh, no hay ningún problema". Miré a mi alrededor. "¿Has encontrado niñera?".

En su cara apareció una sonrisa de enamorado. "No. Conseguí que Marie aceptara contratar a una niñera".

Me recosté en la silla. "Qué bien. ¿Cómo os van las cosas?".

La sonrisa se hizo más grande. "Oh, genial, Mal. Nunca he sido más feliz".

Me reí. "Sabes, nunca pensé que te vería sentar la cabeza y jugar a ser el Sr. Papá".

Clay y yo solíamos ir al unísono en lo que se refería a nuestras travesuras de playboy. Hablábamos sin parar de que ninguno de los dos quería sentar la cabeza y casarse con nadie, y mucho menos tener hijos. Pasábamos las noches y los días libres en bares, ligando con mujeres y divirtiéndonos como nunca.

Hasta que Marie entró en su vida, trabajando como chica de compañía, y se enamoraron. Pero esa era una historia para otro momento. Juré no seguir su ejemplo.

Clay me imitó y se recostó en su silla. "Yo tampoco. Supongo que no hay ninguna posibilidad de que tú hagas lo mismo, ¿eh? "Ni en un millón de años".

Para mi sorpresa, Ana acudió de nuevo a mis pensamientos de forma espontánea, con su pequeño cuerpo y sus curvas perfectamente proporcionadas. El sabor de su dulzura en mi lengua y el sonido de sus gemidos retorciéndome las tripas y las pelotas. Si alguna vez tenía hijos o me casaba con alguien, esperaba que fuera tan guapa, divertida e inteligente como Ana.

Deseando cambiar de tema y sacarme a Ana de la cabeza, miré a Clay a los ojos. "Tengo una pregunta muy seria".

Levantó una ceja oscura. "¿Ah, sí?".

Junté los dedos delante de mí sobre la mesa y le obligué a mirarme fijamente a los ojos. "¿Has hablado ya con la junta? Me gustaría presentarles mi idea formalmente, si están de acuerdo". Contuve la respiración sin querer.

Clay estaba en el consejo del hospital para el que trabajaba. De hecho, su familia era propietaria de todo el edificio y de todo lo que había en él. El mes anterior, había acudido a él con una idea para una clínica gratuita.

La mitad de los pacientes que venían a verme sólo necesitaban cirugía porque los signos y síntomas de su enfermedad habían pasado desapercibidos, normalmente por falta de seguro y pobreza.

Si la gente tuviera una clínica gratuita que les ayudara a hacerse revisiones con más frecuencia y a recibir educación sanitaria, quizá vería menos casos de extirpación de vesícula biliar, amputación de miembros por diabetes e infecciones debidas a un corte o un rasguño sin tratar que acabaran necesitando una intervención quirúrgica.

Yo realizaba más operaciones pro-bono que cualquier otro cirujano de la costa este, y muchos de los casos que pasaban por mi mesa eran el resultado de la falta de acceso a una atención sanitaria asequible y decente.

Así que le pedí a Clay que me ayudara a convencer a la junta de que destinara fondos a una clínica. Uno de mis principales argumentos era que así podría hacer menos cirugías gratuitas y centrarnos en procedimientos para clientes que pagan mucho.

Clay frunció el ceño y se aclaró la garganta. "Sabes, pedí las bebidas antes de que llegaras. Ya deberían haber llegado".

Le hice un gesto con la mano. "Ya las traerán. No cambies de tema. ¿Significa eso que han dicho que no?".

Se quedó mirando el expositor de la pastelería, evitando mi mirada. "Mira, lo que voy a contarte es completamente extraoficial, y sólo te lo digo porque eres mi mejor amiga y mereces saberlo".

Me recorrieron escalofríos por los brazos mientras se me helaba la sangre. Me obligué a asentir, aunque no estaba seguro de querer oír la noticia. "De acuerdo".

"A la junta directiva le gusta la idea. Creen que podría ahorrar costes al hospital, e incluso están de acuerdo contigo en que significaría menos cirugías pro bono y una mayor atención a las costosas cirugías electivas".

Me resistí a morderme la lengua cuando la tensión se hizo insoportable. "Pero...

Miró hacia mí y luego hacia los camareros que trabajaban detrás del mostrador. "No creen que seas la persona adecuada para dirigirlo, y no quieren arriesgarse a hacerlo con otra persona al mando".

"Espera, ¿qué? ¿Por qué?".

Clay respiró hondo y soltó el aire mientras me miraba. "Creen que eres un bala perdida. No creen que seas lo bastante serio como para que funcione. Creen que haces un buen trabajo, de hecho, uno de los mejores del país, pero les preocupa que el estilo de vida que llevas ponga en peligro este proyecto. Preferirían no seguir adelante".

Se me hizo un nudo en el estómago, pesado y lleno de decepción. Maldita sea.

Miré fijamente a Clay. "Eso es un poco exagerado. Tú eras igual hace más de un año. Incluso te tiraste a una acompañante. Pero como tu padre está en la junta, supongo que pueden hacer la vista gorda con tus transgresiones".

Se apoyó en la mesa. "En primer lugar, no vuelvas a hablar así de Marie, o te daré un puñetazo. Segundo, no mates al mensajero. Intenté dar la cara por ti y hacerles cambiar de opinión".

Me pasé una mano por la cara. "Entonces, ¿ni siquiera van a escucharme o ver la presentación que he creado?".

Su dedo golpeó la madera clara de la mesa. "Lo harán. Como he dicho, todo esto es extraoficial. No debería contarte nada de esto, pero sí, ahí es donde tienen la cabeza".

"¿Por qué debería importar mi vida personal? Es asunto mío, no de ellos".

Clay abrió la boca para hablar, pero un camarero detrás del mostrador lo llamó por su nombre, y él levantó la vista con una sonrisa. "Ah, ahí está nuestro pedido. Dame un segundo".

Me dejó en la mesa y me quedé a solas con mis pensamientos. La decepción por la decisión de la junta me crispaba los nervios, así que necesitaba distraerme.

Cerré los ojos y solté un suspiro. Apareció de nuevo Ana. Sus labios carnosos se curvaron alrededor del borde de su vaso para sorber un poco de whisky. La forma en que me miraba con deseo, pero sin hacerlo evidente. Cómo me azotaba al billar, incluso después de mentirme diciendo que era mala jugando.

Fue suficiente para que mi polla se retorciera y me froté los ojos con fuerza, tratando de desterrarla de mi mente. No era diferente de las otras mujeres con las que me había acostado, así que tenía que sacármela de la cabeza. Me volvería loco. Sobre todo, porque no intercambiamos números.

Cuando Clay volvió a sentarse, poniendo un Americano delante de mí. Hablando de mi vida personal y mi estilo de vida de soltero", una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios, "en realidad fue algo bueno que no aparecieras anoche".

Clay me miró. "¿Sí?".

Asentí con la cabeza. "Conocí a una mujer en el bar. De hecho, prácticamente me tropecé con ella y le derramé mi bebida encima".

Clay se rio. "Apuesto a que se quedó extasiada. Déjame adivinar, ¿tomaste tu habitual ron con Coca-Cola y la cubriste de un desastre pegajoso y azucarado?".

Me encogí de hombros y me reí. "Sólo la chaqueta de su traje. Es abogada y, al parecer, acababa de ir a Usual Place a celebrar una gran victoria ese mismo día. Estaba increíble y no se parecía en nada a ninguna de las otras mujeres con las que he estado últimamente".

Clay me dedicó una sonrisa cómplice mientras sorbía su café. "Quizá tus días de soltero hayan terminado, amigo mío".

Me burlé con desprecio. "Cállate, que no. No es que esté enamorado ni nada de eso. Ni siquiera recuerdo su nombre", mentí. "Y aunque me enamorara después de una noche, cosa imposible, por cierto, no sabría cómo encontrarla".

"Claro, claro". Asintió, aunque sólo fuera para apaciguarme. "¿No recuerdas su nombre, sólo que era completamente increíble? ¿La llevaste a casa?".

Tomé un sorbo de mi café, dejando que el sabor amargo aterrizara mis pensamientos. "Sí, la llevé. Pero se fue antes de que me despertara".

"Me parece que querías algo más esta mañana".

"Lo que sea. Bebimos un poco. No fue nada. Sin embargo, ha estado en mi cabeza todo el día. Es suficiente para despertar mi curiosidad, pero no lo suficiente para que la persiga, ¿tiene sentido?".

"No, pero te creo", se rio Clay.

"Debería limitarme a las aplicaciones de citas para ligues de una noche. Mucho menos drama y nunca tengo que preocuparme de que esas mujeres vivan después en mi cabeza sin pagar alquiler".

Clay sacudió la cabeza con una sonrisa: "Lo que tú digas, amigo".

No dije que esperaba sinceramente volver a encontrarme con Ana algún día. Al menos así podría saciar la curiosidad de ver si era tan increíble como la recordaba o si sólo era una muesca más en mi cama.

Capítulo 5

Ana

Seis semanas después

Si hubiera seguido el consejo de Laura de delegar mi carga de trabajo, el mes pasado, cuando nos reunimos, podría haberme quedado en casa mientras me sentía como una mierda.

Pero como era una obstinada adicta al trabajo, estaba en el juzgado con mi cliente, sintiéndome como si me hubiera contagiado algún virus o algo así. Me sentí un poco mareada cuando el juez nos llamó para que nos presentáramos.

Por suerte, este caso era fácil. Mi cliente era una mujer que se estaba separando amistosamente de su marido. No tenían hijos y ya habían dividido sus bienes a partes iguales antes de solicitar el divorcio formal. Era un caso abierto y cerrado que no requería muchas horas facturables.

Así que, cuando me desperté esa mañana con la sensación de que alguien me había atropellado, pensé que la jornada laboral sería fácil.

Sin embargo, a medida que avanzaba el día, empecé a sentirme cada vez peor. Además, tenía unas náuseas de lo más extrañas. Tenía hambre, pero al mismo tiempo ganas de vomitar sobre el estrado del juez.

"¿Señorita Lakes?", me llamó una voz mientras me balanceaba ligeramente.

"¿Hmm?" Intenté concentrarme, pero mi cerebro estaba más preocupado por cómo se me revolvía el estómago.

"¿Se encuentra bien?" Era el juez Clarkson.

Sentí un hormigueo en la cara y se me llenó la boca de saliva. "No lo sé". Pero sí lo sabía. No estaba bien en absoluto. "Lo siento, ¿me disculpa?".

Sin esperar respuesta, salí corriendo de la sala con la mano en la boca. Giré a la izquierda fuera de las puertas dobles y apenas llegué al baño de señoras antes de vomitar en el retrete más cercano, ni siquiera tuve la oportunidad de cerrar la puerta del retrete...

Después de limpiarme la boca y tirar de la cadena, me levanté sobre las piernas temblorosas y me acerqué al lavabo para enjuagarme la boca y contemplar mi tez más bien verdosa.

¿Qué me pasaba? Nunca me ponía enferma. En general, estaba sana como una lechuga. Siempre bromeaba diciendo que un niño enfermo podía estornudarme en la cara y yo no me ponía enferma en absoluto.

Y sin embargo, aquí estaba, claramente siendo derribada por algún tipo de plaga mutante.

O eso pensé hasta que mi mirada se desvió hacia la cesta de productos menstruales de cortesía que había en el mostrador. Estaba situada junto a un gran jarrón de falsos lirios, y parecía tan inocente, tan inofensiva.

Pero me recordó que no había tenido la regla.

Un pavor helado inundó mis venas. Conté hacia atrás con los dedos y me di cuenta de que la última pareja que había tenido en los últimos tiempos era Mal, el hombre que había conocido en el bar. Eso había sido hacía unas seis semanas...

Otra oleada de náuseas me invadió y tragué saliva. ¿Cómo había podido ocurrir?

Siempre tomaba mis anticonceptivos.

Él usaba preservativo, ¿no?

Me vino a la memoria el recuerdo de aquella noche. La caja de preservativos vacía. Mi seguridad de que tomaba la píldora.

Mierda.

Verdaderamente, nunca había tenido un compañero mejor para la noche. Pensaba en él de vez en cuando, más a menudo en los primeros días desde nuestra noche juntos, pero nunca imaginé que estaría en una posición en la que tendría que encontrarlo.

Nunca pensé que volvería a verle.

Salí del baño, respiré hondo varias veces para tranquilizarme y, por algún milagro, pude terminar el día sin derrumbarme ni volver a vomitar.

Me costó mucho, pero salí adelante con el caso, que se falló a favor de conceder el divorcio. Acompañé a mi clienta en el papeleo que le garantizaría el cambio de nombre a su apellido de soltera y me marché. Necesitaba respirar aire fresco y olvidarme de mis miedos.

Cuando salí del juzgado, fui directamente a la farmacia y compré tres pruebas de embarazo de distintas marcas. No podía esperar a llegar a casa para hacérmelos, así que me metí en el baño de la farmacia y me los hice todos.

Me paseé por el cuarto de baño individual mientras alguien llamaba a la puerta sin cesar.

"¡Ocupado!" grité.

"Señora, por favor, dese prisa, ¡de verdad que tengo que hacer pis!".

Sonó el temporizador de mi teléfono y me acerqué a mirar la prueba que había sobre la encimera.

La prueba número uno dio positivo.

La prueba número dos dio positivo.

Prueba número tres... positivo.

"Maldita sea". Bajé la cabeza cuando mi peor temor salió a la luz.

Resistiendo el impulso de caer de rodillas y llorar, barrí las pruebas del mostrador y las metí en

mi bolso. Abrí la puerta, pasé rozando a la mujer que me esperaba fuera y corrí a casa.

En cuanto crucé la puerta principal, tiré el bolso en el sofá y saqué el teléfono para llamar a Laura. Me senté en el borde de un cojín y esperé con impaciencia a que contestara.

"¡Eh, tú!".

"Hola, ¿puedes venir?". Me temblaba la voz, aunque intentaba mantenerme firme.

Laura guardó silencio durante medio segundo. "Umm, acabo de llegar a casa. ¿Cuándo querías que fuera?".

Mis uñas rasparon la tela del sofá. "Ahora. Es una emergencia".

Mi voz salió en un medio sollozo y respiré hondo para no echarme a llorar.

El tono de Laura cambió inmediatamente, volviéndose de pánico, pero no tanto como el que yo sentía. "¿Qué te ha pasado? ¿Te encuentras bien? ¿Tengo que llamar al 911 de camino?".

"No, no, no es nada de eso. Es... bueno... ¿sólo ven aquí? ¿Por favor?".

"Voy para allá".

Colgamos y me derrumbé de nuevo en el sofá y me llevé las rodillas al pecho. Laura tardaría menos de una hora en llegar a mi casa desde la suya. Ya había pasado la hora punta, así que el tráfico no la retrasaría mucho, y le estaba agradecida por ello.

Puede que tuviera treinta años y fuera demasiado mayor para volverme loca como una adolescente, pero así era como me sentía. La necesitaba. Necesitaba hablar, llorar, golpear cosas. Necesitaba hacer planes.

¿Qué demonios iba a hacer? ¿Cómo pude dejar que esto sucediera?

Cuando Laura entró por la puerta de mi casa, yo era un desastre sollozando. Lloré sobre mis rodillas y me balanceé de un lado a otro mientras el sonido de la puerta abriéndose y cerrándose llegaba a mis oídos.

"¡Dios mío, Ana! ¿Qué te pasa? preguntó Laura mientras corría a mi lado.

Levanté la vista para mirarla a los ojos y sólo pude negar con la cabeza.

Se arrodilló delante de mí y me cogió por los hombros: "Ana, tienes que decirme qué te pasa. Me estás asustando".

No podía hablar, sólo podía señalar mi bolso, que estaba sobre el cojín a mi lado. Laura lo cogió y lo rebuscó tímidamente, como si esperara encontrar una araña o una serpiente en su interior.

Luego encontró las pruebas de embarazo.

Se sentó en el sofá a mi lado y me rodeó el hombro con el brazo, abrazándome con un solo

brazo mientras miraba con vago horror las dos líneas rosas del tercer test que me había hecho.

Tras un largo rato de silencio, soltó un suspiro. "Ana".

"Lo sé" grité.

Me frotó el hombro con la mano. "¿Qué vas a hacer?".

"No tengo ni idea", sollocé. "Lo primero que se me ocurrió hacer fue llamarte".

Laura tiró de mí contra ella, abrazándome con fuerza. "Entonces hiciste lo correcto".

Mis lágrimas desaparecieron y una extraña sensación de insensibilidad se apoderó de mí. Mis pensamientos se centraron y volví a pensar con claridad. Al parecer, lo único que necesitaba era a mi mejor amiga.

"¿Sabes de cuánto estás?", me preguntó. "¿Sabes qué? Déjame prepararnos un té. Normalmente, este tipo de cosas requerirían un trago fuerte, pero obviamente, eso no es una opción".

Se levantó y se dirigió a la cocina. La seguí y me acomodé en una silla del comedor, junto a la entrada de la cocina. Observé a Laura trabajar mientras hablaba.

"No estoy muy avanzada", admití. "No más de unas seis semanas. Hoy he vomitado en el juzgado y luego, cuando me he fijado en esas compresas que guardan en el baño, me he dado cuenta de que me ha faltado la regla y nunca me falta, a estas alturas soy regular como la rutina".

Laura puso la tetera en el fuego y encendió el quemador. "Joder. ¿Sabemos quién es el padre?".

"Sólo hay una opción", susurré. "Tú le conociste. ¿Recuerdas al hombre que me derramó la bebida encima en el bar aquella noche?".

Arrugó la nariz cuando le vino a la mente. "¿Es realmente la única opción?".

Asentí. "No he estado con nadie más en todo el año".

"Vale, al menos eso ya está resuelto. ¿Sabes si quieres quedarte con el bebé?".

La pregunta me golpeó como una tonelada de ladrillos. Ni siquiera lo había pensado.

Un bebé podría ralentizar mi carrera, pero para eso estaban las niñeras y yo tenía casi todas las tardes libres. Si delegaba más trabajo en los asistentes y auxiliares, podría seguir siendo una madre activa.

Nunca había visto un hijo en mi futuro, pero no se podía planificar todo. No tenía nada en contra del aborto, pero no creía que pudiera hacerlo yo misma, y la adopción tampoco era una opción. La única opción que veía era quedármelo.

Después de representarlo mentalmente, supe que no había otra opción. "Sí, quiero".

Laura enarcó una ceja desde su lugar frente a la estufa. "¿En serio? Ha sido una respuesta

rápida. ¿Estás segura?".

Curiosamente, lo estaba. Quizá fuera porque el bebé era algo mío y no me lo podían quitar. Por supuesto, también tenía que tener en cuenta a Mal.

Me venía a la cabeza la idea de que fuera padre y de que saliéramos a pasear con un cochecito, y de que estuviera cerca cuando el bebé aprendiera a andar y a hablar. Pero también tenía que pensar en hacerlo todo sola. Mal podría no querer tener nada que ver con un bebé. No lo habíamos planeado. Había sido una aventura.

También tenía que encontrarlo primero. Pero de lo que no tenía ninguna duda era de que tendría el bebé y lo criaría, con o sin Mal. "Sí, así es. No sé por qué estoy tan segura, pero lo estoy. Quiero quedarme con este bebé".

Laura me sonrió. "Bien. Voy a ser la mejor tía del mundo, ya verás. Imagínate si tienes una niña. Podemos ir de compras y regalarle el mejor vestuario. O si es niño. Oh, imagínate un bebito con un dulce chaleco y pantalones".

Me eché a reír. "Tranquila, Laura. Hay muchas cosas que tengo que resolver primero".

"Tienes razón. Para empezar, tendrás que localizar al padre".

Fruncí el ceño mientras veía a Laura llenar dos tazas con agua caliente y bolsitas de té. Llevó las tazas y un poco de azúcar y leche a la mesa y se sentó en la silla frente a mí.

"¿No pensabas decírselo?", preguntó cuando no respondí.

" Claro que no, pero no tengo ni idea de cómo voy a encontrarle. No intercambiamos números".

Llenó su taza con una cucharada colmada de azúcar y la removió un momento antes de decir: "Si vas a tener este bebé, necesitarás toda la ayuda posible. Ya sabes cómo funciona. Como mínimo, tienes derecho a que el padre te pase una pensión alimenticia, y si no se lo dices y se entera dentro de unos años, podrías meterte en un buen lío legal".

Me senté más derecha. "No necesito su ayuda económica. Y sí, legalmente, tengo que decírselo. Soy abogada de familia, sé cómo funciona todo".

Tomó mi mano entre las suyas. "Estaré aquí para ti pase lo que pase, lo sabes, pero tienes que esforzarte por encontrarlo y darle la oportunidad de decidir qué quiere hacer con la información".

Ella tenía razón, yo sabía que tenía razón, pero eso no solucionaba el tema de que yo no supiera dónde estaba él. "Sigo sin saber cómo encontrarlo".

Laura agitó una mano desdeñosa. "Yo te ayudaré con eso. ¿Qué sabes de él?".

Me encogí de hombros. "No mucho. Sé que se llama Malcolm, pero le llaman Mal, y es cirujano".

Me miró como si fuera una persona mayor. "Cariño, estamos en el siglo XXI, con eso basta para encontrarlo. Estaba en un bar del centro, así que es probable que trabaje y viva en

Manhattan, y todos los hospitales tienen páginas web donde presumen de sus médicos. Los cirujanos no son una excepción, por suerte".

Laura sacó su teléfono del bolsillo y empezó a teclear furiosamente mientras yo miraba, sorbiendo mi té.

Al cabo de unos minutos, cuando mi té se había acabado, levantó el teléfono triunfante y chilló: "¡Lo he encontrado! ¿Es posible? Echa un vistazo, ¿es él?".

Eché un vistazo al teléfono cuando me lo dio y, efectivamente, aquellos preciosos ojos azules me miraban desde la pequeña foto rectangular. En la foto, llevaba una bata blanca con su nombre y el logotipo del hospital. Debajo, el texto indicaba su nombre completo:

Malcolm Carden, MD, FACS.

Mi mirada se dirigió a sus labios y un escalofrío recorrió mi espina dorsal hasta llegar a mi centro al recordar con detalle el orgasmo al que me llevó con su lengua y esos largos dedos que tenía. Laura carraspeó, devolviéndome al momento.

"Es él", confirmé.

Laura se alegró, pero yo aún no estaba segura de querer que lo supiera.

Me parecía un secreto que debía guardar el mayor tiempo posible, pero sabía que tendría que hacer algunos cambios.

Pero no estaba segura de querer imponer esos cambios a un hombre con el que había compartido una noche. Estaba dispuesta a asumir la maternidad, pero ¿cómo podía obligar a un hombre a asumir la paternidad?

¿Y qué pasa con mis opciones? ¿Y si quería hacerlo sola, sin la interferencia de un hombre al que apenas conocía? Por lo que yo sabía, podía ser un hombre completamente distinto cuando no estaba intentando atraer a una mujer a su cama para pasar la noche.

Había demasiadas cosas en las que pensar y estaba mareada.

Una cosa era segura. Iba a tener que hablar con Mal y decirle que estaba embarazada de él.

Capítulo 6

Mal

Salí del quirófano con una sonrisa en la cara. Acababa de terminar mi cuarta operación importante en las últimas semanas, todas ellas con pocas complicaciones.

Había sido una intervención peligrosa, que los médicos de mi paciente se habían negado a llevar a cabo, pero yo había tenido el presentimiento y confiaba en que podría hacerlo bien.

Y así fue. Mi paciente tendría una larga vida gracias a mi habilidad.

Llevaba seis semanas de racha ganadora. La vida me iba bien y nada podía derribarme.

Riley, la enfermera con la que coqueteaba de vez en cuando, salió del baño guiñándome un ojo. Ya había decidido que no me entretendría en devaneos con ella, aunque tentara mi norma de no tener relaciones con gente del trabajo. Era demasiado problemática y se encariñaría conmigo. No parecía del tipo de las que se enganchan. Más bien del tipo cásate conmigo ahora. No necesitaba un apego.

Especialmente desde que mi carrera estaba en mejor lugar que nunca.

No podía evitarlo, me encantaba ser cirujano y curar a la gente. No iba a echar raíces que pudieran impedir que mi carrera despegara hacia la estratosfera.

Mi trayectoria actual pronto me llevaría a ser considerado el mejor cirujano general del país, y unas pequeñas pelirrojas con problemas de apego no me ayudarían lo más mínimo a mantener esa trayectoria.

Esperé unos minutos para dejar que Riley siguiera adelante, luego me sequé las manos y salí del quirófano. Me dirigí a mi despacho, dispuesto a recoger mis cosas e irme a casa a pasar el día. La operación que acababa de completar era larga y ya había terminado por hoy. Al día siguiente todo serían consultas para nuevos pacientes.

Cogí el móvil y vi que tenía una llamada perdida de un número desconocido.

Fruncí el ceño. Era un número de Manhattan, pero no sabía a quién pertenecía. Estuve a punto de pulsar el botón para devolver la llamada, pero lo pensé mejor.

Si era importante, quienquiera que fuese devolvería la llamada o habría dejado un mensaje. Tal vez fuera una de las mujeres con las que me había acostado en los últimos meses. Si lo era, no quería volver a invitar a ninguna de ellas a mi vida.

Pero durante las últimas semanas, desde Ana, había intentado cambiar mi forma de ser. Sobre todo por el bien de la clínica, estaba desesperado por despegar. Si el Consejo necesitaba ver que me tomaba más en serio mi trabajo y mi vida personal, eso era lo que conseguirían.

Volví a mirar el número de Manhattan en la pantalla. ¿Y si era Ana? Había pensado en ella de vez en cuando desde que nos acostamos.

Sus grandes ojos verdes, sus labios carnosos y sus feroces gemidos de éxtasis siempre permanecían en mi mente como una especie de canto de sirena. Una parte de mí deseaba encontrarla, ver si era todo lo que mi mente había fantaseado de ella.

No había vuelto a dormir desde que ella estuvo en mi cama. Y no todo se debía a la opinión de la junta del hospital. Había ido a varios bares, sobre todo con la esperanza de que volviéramos a encontrarnos.

Había ligado con distintas mujeres que se parecían a ella, pero en cuanto pasábamos a los besos, me sentía mal. No encontraba mi ritmo. Sus labios no eran los suyos, por mucho que yo quisiera que lo fueran. Sólo ese hecho me subió por las paredes. ¿Por qué era ella la que no podía sacarme de la cabeza? ¿Por qué nadie más me satisfacía?

Sacudí la cabeza y guardé el teléfono. Aunque fuera ella, sobre todo si era ella, no necesitaba involucrarme con nadie. Tenía que pensar en mi carrera y en la clínica gratuita.

Después de recoger mi maletín, cogí mi abrigo y salí de mi despacho. Era viernes y le dije a mi ayudante que no me llamara si no era una emergencia de vida o muerte. Pensaba pasar algún tiempo trabajando en mi propuesta para la clínica.

Habían pasado varias semanas desde mi conversación con Clay en la cafetería, y había pasado el tiempo intermedio trabajando en mi propuesta y mejorando mi imagen. Clay y yo nos veíamos todas las semanas en el trabajo, pero yo quería darle algo tangible para presentar ante sus compañeros de la junta.

Bajé las escaleras hacia la entrada principal del hospital y me quedé paralizado en el último escalón cuando levanté la vista y vi lo que sólo podía describir como una aparición.

Tal vez había conjurado su imagen al pensar en ella antes, pero habría jurado que Ana estaba de pie en el vestíbulo hablando con el empleado del mostrador de información.

Cuando se volvió y sus ojos se posaron en mí con una expresión de repentino reconocimiento, me di cuenta de que no estaba imaginando nada.

Era Ana.

Dios, era tan guapa como la recordaba. Mi imaginación no le hacía justicia. Su jersey abrazaba las curvas a las que me había aferrado aquella noche y un ligero brillo iluminaba sus labios carnosos. Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para resistirme a correr hacia ella y besarla sólo para poder sentirlos de nuevo. Bajé las escaleras y caminé hacia ella. Se separó de la ancianita del mostrador de información para reunirse conmigo en medio del vestíbulo.

"Bueno", le dije con una sonrisa. "Nunca pensé que volvería a verte. Espero que no estés aquí porque estés enferma".

"Mal". Soltó mi nombre como un suspiro de alivio y se me puso la piel de gallina. "¡Me alegro tanto de verte! No, no, no estoy enferma ni nada".

Tenía que admitir que yo también me alegraba de verla. Aunque no me atrevía a admitirlo en voz alta. "¿Has venido a visitar a alguien?".

Se pasó un mechón suelto de pelo castaño por detrás de la oreja. "En realidad, he venido a verte a ti".

Mis ojos se abrieron de par en par. "¿Ah, sí?" Hice un gesto con la cabeza hacia las puertas. "Bueno, acabo de terminar mi turno. ¿Quieres ir a cenar algo?".

Esperaba que dijera que sí. Me imaginaba que nuestra cita acabaría con más sexo alucinante. Me había portado bien por el bien de la junta. Me merecía una noche de diversión, después de todo.

Capítulo 7

Ana

Sonreí a Mal. Sí, la cena sonaba como el plan perfecto. Sería la mejor manera de darle la noticia de su inminente paternidad.

Pediría una buena botella de vino. No podía beber, por supuesto, pero quizá si estaba achispado se tomaría mejor la noticia.

No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar, y tenía que admitir que se me hacía un nudo en el estómago ante la idea de tener que revelar la verdad a otra persona. Hasta ahora sólo Laura lo sabía. Sin embargo, él era el padre y merecía saber que tendría un hijo en el mundo, aunque no quisiera formar parte de sus vidas. Me giré a medio camino hacia las puertas, pero mantuve el contacto visual con él. "Sí, la verdad es que suena muy bien".

Me cogió la mano. "Vamos".

Fuera esperaba un coche, el mismo coche y el mismo conductor de la noche en que nos conocimos. Mal me abrió la puerta mientras yo entraba, luego dio la vuelta y me acompañó en el asiento trasero desde el otro lado del coche. Me alegré de haber cogido un taxi en vez de mi coche.

"¿Qué te apetece?", me preguntó cuando el coche empezó a moverse.

Negué con la cabeza. "Oh, no soy exigente" La verdad es que no tenía mucha hambre. Necesitaba comer porque era lo único que mantenía a raya las náuseas, pero mi apetito no era muy bueno en ese momento. Estaba segura de que podría encontrar algo ligero en casi cualquier restaurante.

Mal se inclinó hacia delante, le susurró algo a su chófer y nos pusimos en marcha. No hablamos mucho, lo cual me pareció bien. Había ensayado la conversación con él miles de veces durante el trayecto, pero las palabras seguían desordenadas en mi cabeza.

No estaba segura de querer ayuda con el bebé. No necesitaba dinero ni manutención. Ganaba bastante dinero por mi cuenta. Era totalmente capaz de criar a un niño, tanto económica como físicamente.

La presencia de Mal en la vida del niño simplemente no era necesaria. Aunque sabía que necesitaba saberlo. Podía pasar cualquier cosa, y si lo sabía desde el principio, legalmente, era lo mejor. Aunque la vena independiente que había en mí quisiera hacerlo todo por mi cuenta.

Tenía que decírselo. Sólo que no sabía cómo ni cuándo lo haría.

Le observé de reojo mientras miraba por la ventana, con la mano apoyada bajo la barbilla. ¿Qué clase de padre sería si estuviera cerca? ¿Juguetón y tonto, haciendo fiestas del té o jugando a superhéroes? ¿O inteligente como un libro, con ganas de hacer proyectos de ciencias y leer libros de capítulos desde pequeño?

Me dio un vuelco el corazón al pensar en él haciendo puré de plátano con la cuchara y emitiendo sonidos de avión mientras se dirigía en zigzag hacia un niño con su pelo negro rizado y sus mejillas regordetas. Me llevé la mano al estómago, aunque una parte de mí quería hacerlo todo sola y otra parte igual también deseaba ese futuro. Al cabo de un momento, quité la mano y le miré para asegurarme de que no se había dado cuenta. Su mirada seguía clavada en la ventana.

Llegamos al restaurante, un elegante asador cerca de una de las muchas salas de música de Manhattan. Me sentí aliviada. Me encantaba el bistec y podía comerme mi peso en patatas asadas, incluso de las raras de lujo.

Me tranquilizaba un poco saber que el doctor Malcolm Carden tenía un gusto sencillo para la comida. Estaba medio preocupada de que me arrastrara a algún insufrible restaurante francés con raciones minúsculas e ingredientes pretenciosos.

Nos sentaron casi nada más cruzar la puerta. El anfitrión conocía a Mal por su nombre y le había preparado una mesa en cinco minutos. Hubo un pequeño ajetreo cuando nos trajeron las bebidas y los menús, y luego nos quedamos solos y tranquilos.

No sabía qué decir. Estar sentada frente a Mal me recordó la noche en que nos conocimos y se me hizo un nudo en el estómago. Recordaba que era atractivo, pero había olvidado lo bien que olía. Que se alzaba sobre mí como un árbol y que además tenía músculos.

La otra noche no pude subirme a él, pero entonces sí que me apetecía. No me cabía duda de que podría sostenerme mientras yo me agarraba a su cuello y rebotaba en su...

Parpadeé, intentando que mis pensamientos volvieran al momento antes de que se volvieran demasiado escabrosos para un lugar público. Tal vez fuera sólo porque era tan condenadamente guapo, o tal vez por las hormonas, pero no podía dejar de pensar en lo mucho que deseaba volver a estar en su cama con su talentosa lengua y sus exquisitas manos.

La cena no duró mucho y no hablamos mucho. Era casi como si bastara con existir en presencia del otro. Me sentía cómoda en silencio. No podíamos dejar de mirarnos. Era como si nuestra comida fuera simplemente un aperitivo, y el plato principal se determinaría una vez que hubiéramos terminado.

Me había preguntado por qué no quería compartir una botella de vino con él. Esquivé la verdad diciéndole que tenía un juicio temprano por la mañana y no quería emborracharme. Aceptó la excusa sin insistir.

"Ana". La forma ronca en que pronunció mi nombre captó mi atención. Lo miré mientras bebía y sorbía lo que quedaba de su merlot. Sin embargo, sus ojos azules desprendían un calor abrasador y no dejaba de mirarme. "Me gustaría llevarte a mi casa, si te parece bien".

Tenía que decírselo, pero el miedo al rechazo se apoderó de mí. Por una noche más, quería saber qué se sentiría tenerlo de nuevo. "Me gustaría mucho, Mal".

Esperaba que oír su nombre salir de mis labios con un tono sugerente encendiera en él la pasión que él sentía por mí.

Mientras cabalgábamos hacia su casa, la tensión sexual aumentaba a medida que me volvían

los nervios. Una voz en el fondo de mi cabeza me decía que dijera algo, que necesitaba saber lo del bebé. Pero mientras sus dedos me acariciaban la rodilla y hacían lentos círculos por mi pierna, otra parte de mí quería esperar.

Sólo una noche más, quería experimentar su tacto, sus labios, todo... Podría ser la última vez, sobre todo si después no quería saber nada de mí.

¿Estaba mal sentirse así? Tal vez. Se lo diría, pero por el momento quería vivir una fantasía. Su mano me subió por la pernera del pantalón mientras yo subía la mía hasta la suya y echaba un vistazo a la mampara, estaba oscurecida, pero no tenía ni idea de si el conductor podía vernos u oírnos.

Mal se inclinó hacia mí y me besó desde la mandíbula hasta la oreja. "No puede vernos, pero podría oírte por encima de una voz normal".

Me estremecí cuando su lengua pasó por el lóbulo de mi oreja y sopló sobre él.

Sus dedos siguieron subiendo por mi pierna hasta que los apretó contra mi monte. De todos los días para no llevar falda, tenía que elegir ese. Debería haberme imaginado que acabaría así, aunque mi plan era decírselo antes de llegar tan lejos.

Separé los muslos para él mientras mis dedos encontraban la erección a través de sus pantalones y masajeaba la cabeza. Me lamí los labios, recordando cómo se había estirado semanas atrás.

Sus dedos recorrieron mi raja y me mordí el labio para contener un gemido. Mi cuerpo lo echaba de menos de un modo que no puedo expresar. Era como si nunca hubiera sabido lo que era el placer hasta que lo encontré a él, y el hecho de haber pasado tanto tiempo sin él me resultaba asombroso.

Levantó la mano para girarme la barbilla y me besó hambriento, separándome los labios con la lengua. Podía saborear los rastros de vino que había allí y eso me hizo gemir más hasta que tuve suficiente para mantenerme callada. Estoy segura de que el conductor no diría ni haría nada, pero si oyera a una mujer gimiendo en el asiento trasero sabría lo que estaba pasando.

Llevé la otra mano hacia arriba para apretarla contra su pelo y pasé mi lengua por la suya. Dios, besaba tan bien. Superaba a todos mis amantes anteriores. Me entraron mariposas en el estómago al pensar en cómo sería besarle el resto de mi vida.

Mi yo del pasado se resistiría a mis pensamientos, pero no creía que fuera tan malo besarle todos los días, si él quería. Intenté refrenar mis pensamientos. Mi libido me hacía precipitarme. Aunque él quisiera ser la vida del bebé, una vez que se lo dijera, eso no significaba que quisiera tener una relación conmigo. Mucha gente coparentaba en la actualidad.

El coche se detuvo y él rompió el beso para mirar por la ventanilla. "Hemos llegado".

Tuve que parpadear y recordarme que no estábamos en un lugar privado. Abrió la puerta y salió, tendiéndome la mano mientras yo hacía lo mismo. Tuvimos el decoro suficiente para subir a la casa cogidos de la mano, pero en cuanto se cerró la puerta y se encendieron las luces, nuestros labios volvieron a estar el uno en el otro mientras le quitaba la camisa de la cintura y me

dirigía a su cinturón mientras me descalzaba.

Retrocedió y se desabrochó lentamente los botones con una sonrisa dibujada en los labios. Puse las manos en el dobladillo de mi jersey, pero me detuve. El corazón me latía con fuerza. Tenía que decírselo. Debía saberlo antes de que fuéramos más lejos.

Su sonrisa se transformó en ceño fruncido cuando se abrió la camisa, dejando al descubierto su esbelta musculatura y el cinturón de adonis que le llegaba por debajo de la cintura y apuntaba justo a la enorme polla que yo sabía que tenía. "¿Qué te pasa? ¿Te lo estás pensando?".

Se me secó la boca al verlo. "Yo... um... hay...". Joder, no podía pensar con él allí medio desnudo y con un aspecto tan follable. Mi clítoris me gritaba que me callara mientras mi cerebro me decía que le contara la verdad sobre por qué lo había buscado.

Levantó una ceja. "¿Sí?".

Mal se acercó más a mí, el aroma almizclado de su colonia de sándalo y el calor de su cuerpo bastaron para que mi clítoris venciera en el juego de voluntades. Terminé de quitarme el jersey y lo tiré a un lado. Levanté la mano y le enganché el cuello, tirando de él hacia abajo para que volviera a besarme mientras daba saltitos y le rodeaba la cintura con las piernas. "No importa, puede esperar".

Sus manos bajaron para agarrarme el culo mientras yo me agarraba a él con el torso cubierto por los pantalones. Mal gimió cuando nuestros labios volvieron a chocar y ajustó su agarre. Con un brazo me sujetaba mientras con el otro me desabrochaba el sujetador con facilidad. Dejé que cayera de mis hombros y me lo quité.

Gruñó. "Tienes unos pechos perfectos".

El calor me sonrojó el pecho, el cuello y las mejillas. ¿Se había dado cuenta de que habían subido media talla desde la última vez? Probablemente no.

Tras doblar la esquina del vestíbulo, me llevó a lo que parecía un salón formal y, al pasar, accionó un interruptor que encendió la chimenea de gas.

Me besó mientras sus dedos recorrían mis pechos y mis costados hasta llegar al botón de mis pantalones de vestir. Los desabrochó y me los bajó por las caderas, llevándose la ropa interior.

Aquellos penetrantes ojos azules recorrieron mi cuerpo en la penumbra y, por un momento, quise taparme, pero él detuvo mis manos con las suyas. "Realmente eres perfecta".

Una sonrisa se dibujó en mis labios. "Debe de ser el vino".

Sacudió la cabeza. "Sólo me he tomado dos copas. Ya ni siquiera estoy borracho. Estoy sobrio al cien por cien. Como tú, que sólo tomaste agua con gas".

Porque me ayudaba con las náuseas.

Lo agarré por el cinturón mientras estaba de pie sobre mí, y lo desabroché junto con sus pantalones, liberando su erección mientras ayudaba a empujarlos fuera de su trasero.

Sentado, envolví mis dedos alrededor de su circunferencia. "Ahora es el momento de recompensarte". Le bombeé el pene mientras le pasaba la lengua por debajo. No podía creer que antes cupiera en mí. Es mucho más grande de lo que pude distinguir en la oscuridad la última vez.

Apuntándolo hacia mi boca, la bajé sobre él, arremolinando y chasqueando la lengua en la punta. El sabor salado pero no desagradable de su precum me saludó, mientras su mano se adentraba en mi pelo, empuñándolo desde la raíz y tirando de una forma deliciosa que hizo que mi clítoris me doliera con más necesidad.

Resistí el impulso de tocarme. Quería que este momento girara en torno a él, demostrarle que también soy una amante experta.

Siseó. "Joder, sí, así". Sus caderas se introdujeron en mi boca golpeando el fondo de mi garganta. Inspiré por la nariz para no atragantarme y me concentré en relajar la garganta mientras mi mano trabajaba el resto de su cuerpo.

Mi centro palpitaba con la necesidad de volver a llenarme de él, sólo pensar que me golpeaba en todos los lugares adecuados como antes era suficiente para hacer que mis muslos resbalaran de excitación y se frotaran entre sí con mente propia.

No podía soportarlo más. Lo necesitaba más que el aire. Aparté la boca de él con un chasquido, añadí otra capa de saliva y la unté en la cabeza con el pulgar y luego me incorporé del todo, tirando de él por el brazo para que se sentara a mi lado antes de sentarme a horcajadas sobre su regazo y colocarlo en mi entrada.

Sus manos se acercaron a mis costados para impedir que me hundiera en su miembro. "Espera".

Me quedé paralizada. ¿Había hecho algo mal? ¿Había notado algo diferente en mí?

"No he llegado a probarte ni te has corrido".

Sacudí la cabeza. "Podemos volver a hacerlo más tarde. Llevo soñando con tu polla desde aquella noche. Créeme, estoy goteando por ti, Mal". Froté la cabeza de su miembro a lo largo de mi raja, para que pudiera verlo por sí mismo. Esperaba que hubiera otra ronda, pero no sabía cómo iba a ir la noche después de contárselo.

Forzando esos pensamientos de mi mente, podría preocuparme por el futuro en unos momentos. Por ahora, quería un último segundo de placer con él antes de que la realidad nos golpeara a los dos como un camión.

Me hundí sobre él. Eché la cabeza hacia atrás mientras él dilataba mi abertura de aquella forma tan deliciosa. "¡Qué bueno!" gemí.

Se inclinó hacia delante y me sujetó la parte baja de la espalda con las manos mientras me besaba la clavícula hasta llegar a los pechos. Gimió cuando me balanceé sobre él, encontrando el ángulo que nos convenía.

Sus labios volvieron a acercarse a mi mandíbula, junto a mi oreja. "Me encantas, preciosa. Te

ajustas a mi polla como un guante". Su cálido aliento me hacía cosquillas en la oreja, pero me hacía estremecer de excitación, mientras mis caderas giraban sobre su miembro rígido. Tocó cada punto de placer dentro de mí.

El orgasmo estaba al borde de mis sentidos. Moví las caderas más deprisa, persiguiendo la liberación mientras me aferraba a sus hombros.

Sus dedos bajaron por mi vientre hasta mi clítoris y presionó las yemas de sus dedos corazón y anular contra él, dejando que mi bombeo hiciera fricción.

Se me pusieron los ojos en blanco mientras gemía tras gemido. Lanzados con alguna que otra maldición o con su nombre.

"Vamos, preciosa", gruñó antes de inclinarse hacia delante y llevarse el pezón derecho a la boca mientras tarareaba. Todo aquello: él dentro de mí, mi clítoris y la forma en que su lengua acariciaba mi pezón era demasiado para soportarlo.

El orgasmo estalló en mí como un trueno. Pensaba que el orgasmo que había tenido con él la otra noche había sido el mejor que había tenido nunca, pero este se salió de la gráfica. Mis paredes internas lo apretaban, y cada vez que lo soltaba, su polla espoleaba mi placer con sólo estar allí para llenarme mientras me corría.

Mis uñas se clavaron en su hombro mientras él seguía chupándome el pecho y moviendo los dedos más deprisa sobre mi clítoris. Intenté moverme sobre él, pero mi mente se sentía inundada por el éxtasis.

Todo lo que podía hacer era sentir, mientras él me llevaba y me empujaba por el borde de otro acantilado estirándolo hacia más éxtasis. Me soltó el pezón y me rodeó con los brazos mientras enterraba la cara en el pliegue de mi cuello y se corría con varios jadeos estremecedores.

Todo su cuerpo se estremeció por la fuerza y yo agarré su pelo con las manos, estrechándolo más mientras aguantaba el orgasmo. Su polla se estremeció dentro de mí mientras permanecíamos unidos mientras él bajaba.

No sabía si aquella sería la última vez que tendríamos sexo, pero una cosa sí sabía: no podría haber pedido nada mejor.

***

Una hora después me tumbé en su cama. Debí habérselo dicho antes, pero la retrospectiva siempre apestaba. Me levanté y bajé las escaleras. Me puse su camisa y salí a mirar afuera. Sabía que no podía irme hasta que se lo dijera, pero ese momento de rechazo aún me asustaba.

No debería haberme vuelto a acostar con él.

Capítulo 8

Mal

Algo hizo que me despertara en mitad de la noche. Tardé un segundo en recordar que había llevado a Ana a la cama después del sexo alucinante que habíamos tenido.

Nunca me había sentido tan en sintonía con otra persona como cuando ella se corrió en mi polla no una, sino dos veces. El orgasmo que me arrancó pasaría a la historia como uno de los mejores que he tenido nunca. Creí que el alma se me iba a salir del cuerpo.

Al darme la vuelta, mi sonrisa de saciedad se transformó en ceño fruncido cuando vi la cama vacía. No, no podía haberse ido otra vez, no después de la conexión que habíamos establecido esta vez. ¿De verdad había entrado en mi vida para tener sexo, otra vez, y ni siquiera había dejado su número?

Y lo que es más importante, ¿por qué me molestaba tanto?

Mi mirada se dirigió a la puerta del dormitorio y el suave resplandor de una de mis lámparas brilló contra la pared desde el vestíbulo.

Me quité la manta, cogí un par de sudaderas y me las puse sobre el culo desnudo. Bajé las escaleras y doblé la esquina del vestíbulo para encontrarla de pie en el salón donde habíamos hecho el amor hacía unas horas.

Parpadeé cuando la palabra "amor" entró en mi mente. Antes de ella, para mí siempre había sido sólo follar, pero había algo en la noche de ayer que había sido mucho más.

Mi mirada la recorrió, tenía mi camisa azul de botones desechada enrollada alrededor del cuerpo y una manga le caía del hombro. Estaba de espaldas a mí, mirando por la ventana y la ciudad más allá. Mis pies me llevaban hacia delante con una mente propia.

Una parte de mí quería rodearla con los brazos y besar su hombro. Quizá podríamos haber bautizado todas las superficies de mi casa con nuestro desenfreno. Sólo de pensarlo se me crispó la polla y una sonrisa me tiró de los labios.

Sin embargo, a medida que me acercaba, las líneas estriadas de su cuerpo me decían que no estaría de humor para el segundo asalto y que algo la molestaba profundamente.

"¿Ana?" susurré, pero mi voz se sintió áspera cortando el silencio del lugar.

Ella permaneció quieta y yo cedí a mi deseo. Crucé la habitación, rodeé su cintura con los brazos y besé la línea de su hombro hasta el pliegue de su cuello.

Casi se relajó en mi abrazo antes de separarse de mí. Volví a fruncir el ceño y di un paso atrás, no quería que se sintiera agobiada. "Perdona, no pretendía incomodarte...".

Sacudió la cabeza, y el resplandor de la chimenea le hizo bailar sombras en la cara cuando volvió la mirada hacia ella. Sus dientes mordisqueaban su labio inferior mientras se sostenía con

los brazos cruzados. "No, yo... hay algo que tengo que decirte. Debería habértelo dicho después de cenar, pero pasaron cosas y no pensaba con claridad".

Su tono me revolvió el estómago. No podía pensar en nada que ella pudiera decirme que fuera bueno. Mis pensamientos se dirigieron primero a una ETS, pero ella no se habría acostado conmigo una segunda vez si ese fuera el caso. Al menos, esperaba que no lo hubiera hecho. Había algo más. ¿Qué más necesitaba decirme?

Sus grandes ojos verdes se encontraron con los míos y le tembló el labio inferior. "Estoy embarazada".

Esas dos palabras colgaban como un yunque entre nosotros, listas para caer y romper mi mundo. Por un momento, mis pensamientos se agitaron y entonces una carcajada brotó de lo más profundo de mi estómago.

"Eso no es posible. No lo sabrías horas después de que acabáramos de...". Me di cuenta y me agarré al brazo del sofá para apoyarme. "...sexo. Pero ya había pasado antes. Tú ya lo sabías".

Mi mirada se encontró con la suya mientras me apoyaba en el sofá, si no, me habría derrumbado. Incliné la cabeza hacia la izquierda. "Esta noche, toda esta noche, lo has sabido. Y no se te ocurrió decirme ni una sola vez antes de volver a acostarnos que estabas embarazada". Mi voz se elevó con cada palabra hasta que ella se estremeció y se acercó al suelo para recoger sus pantalones.

"¡Lo siento!" Se los puso. "Lo intenté. Pero las palabras se me atascaban. Y entonces te quitaste la camiseta... Yo sólo". Saltó para ponérselos por encima del culo y me costó apartar la vista de sus pechos rebotando en la camiseta.

Me crucé de brazos y miré por encima de su cabeza. "Tú sólo, ¿qué?".

"Nunca he tenido orgasmos como los que he tenido contigo. ¿De acuerdo?" Su mano golpeó su muslo. "Y cuando se presentó la oportunidad la aproveché. Sé que estuvo mal. Lo primero que debería haberte dicho en el hospital es que estaba embarazada".

Ana me dio la espalda mientras recogía su jersey y me lanzaba la camiseta. Una parte de mí quería detenerla, quería que siguiera llevando mi camiseta. Levantando las manos, me froté la cara. "¿Te has hecho un análisis de sangre de confirmación? ¿De cuánto estás? ¿Estás segura de que es mío?".

Con el jersey de nuevo puesto se dio la vuelta. "Seis semanas. Me enteré ayer. Eres el último tío con el que me he acostado, Mal, y tú fuiste el primero en casi nueve meses. Creo que si estuviera embarazada de otro, ya sería mucho más obvio".

Señaló con ambas manos su vientre plano. "Tengo un análisis de sangre programado para mañana, pero sé que lo estoy. Me siento diferente".

Intenté no pensar en levantarle el jersey y besarle el estómago de rodillas. Sacudí la cabeza ante mis pensamientos.

"No quiero un niño". Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas: "No

puedo tener un hijo ahora. Estoy en un momento decisivo de mi carrera. Nunca planeé tener hijos. No los quiero, ni coparentales".

Parpadeó rápido. "¿Crees que yo quería esto? No esperaba que me fallaran los anticonceptivos". Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Verla llorar me hizo sentir enfermo y partido en dos. No me había puesto condón. Los dos la habíamos cagado aquella noche.

Tragué saliva. "¿Entonces qué? Te lo vas a quedar o...".

Mis palabras se interrumpieron. No quería tener un hijo, pero tampoco quería pensar en la alternativa.

Intentó secarse las lágrimas, pero no lo consiguió. Quise quitárselas, pero también me enfadé con ella por tardar tanto en decírmelo.

Ana resopló. Me miró de frente. "Lo voy a tener. Puede que quiera hacerme socia, pero tampoco quiero tirar esto por la borda. Siempre habría un "y si...", en el fondo de mi mente. Voy a seguir adelante, aunque tú no quieras".

Crucé los brazos sobre el pecho. "De acuerdo. Mientras sepas que no quiero tener nada que ver". Se me revolvió el estómago al oír eso, y las palabras me escocían como ácido al subir por la garganta. Era como si una parte de mí, una marioneta bien entrenada, estuviera hablando, pero otra parte de mí quería algo diferente.

Sus ojos verdes se volvieron fríos mientras me miraba fijamente, la luz del fuego se reflejaba en ellos y casi podía sentir el calor de la furia que contenía. "Está bien, Malcolm. No necesito tu ayuda para nada. Soy más que capaz de criar a un niño yo sola. Mensaje recibido. Sólo quería que lo supieras, porque era lo correcto. Tendré la custodia completa una vez que nazca el niño. Espera esos papeles en tu futuro. Lo último que necesita mi hijo es un padre que no le quiere. ¡Que tengas una buena vida!".

Y con eso, giró sobre sus talones, cogió sus zapatos de al lado de la puerta principal, y se fue dando un portazo detrás de ella.

Por un momento, no respiré. En cuanto se cerró la puerta, supe que había cometido un error. Si iba a haber un niño que compartiera mi ADN, quería formar parte de su vida. ¿Por qué me permití decir esas cosas y alejarla?

Me levanté del sofá y me dirigí a la puerta, la abrí de un tirón, dispuesto a pedirle que volviera a entrar para que pudiéramos hablar, pero no estaba. Salí trotando a la acera, pero no la vi caminar en ninguna dirección.

"Joder".

Y todavía no tenía su número.

Capítulo 9

Ana

¿Por qué tenían que pedir comida china? Me quedé mirando los cartones blancos de cajas de comida para llevar que había por toda la mesa de reuniones.

Era un día de almuerzo de trabajo. Normalmente, aprovechaba la oportunidad de comer pollo con sésamo, pero mi estómago no quería nada. Juraba que las gambas y la ternera se habían puesto rancias por el camino. Pero todo el mundo se lo comió como si no oliera a mierda.

"Oye, Ana. ¿Estás escuchando?".

Parpadeé, apartando los ojos de la comida que mi cuerpo deseaba y rechazaba al mismo tiempo. Quería comérmelo todo, pero los olores que desprendía eran otra cosa. No sabía hasta qué punto el embarazo afectaba al sentido del olfato. Siempre pensé que era un gag de las películas, pero resultó que era real.

Me costó muchísimo, pero conseguí que mi visión se centrara en Greg. Uno de los socios del bufete, y el más difícil de impresionar. Él sería parte de lo que se interponía entre yo y llegar a ser socia algún día en el bufete. Él y los otros dos socios tenían que ponerse de acuerdo por unanimidad sobre a quién dejaban ser socio.

No podía creer que me hubiera desconcentrado tanto delante de él. Juraba que, desde que ayer me habían confirmado el embarazo en el médico con un análisis de sangre, me había costado mil veces más concentrarme.

"Perdona, Greg. ¿Podrías repetirlo? Por favor".

Me miró fijamente. Sus años de abogado se le notaban en el pelo sal y pimienta, y un poco de tripa de despacho.

"Te pregunté si tenías la documentación del caso Duncan. Necesitamos las pruebas del departamento de policía para conseguir la orden de alejamiento. No vamos a tener al juez Clarkson en este caso".

El enfado se me revolvió en las tripas, junto con las náuseas. Por supuesto, sacaba la documentación y sería yo quien estaría en el juzgado luchando por Lenette Ducan. No movería un dedo más allá de este punto. "Sí, claro. Deberían estar ahí, en la prueba G".

Sorbió un fideo. Su otra mano chasqueó alrededor de su portátil. "Ah, sí. Aquí están".

Ni una mención de agradecimiento o de buen trabajo.

Paul, el segundo socio y compañero de universidad de Greg, se inclinó hacia mí. "Tienes que probar esta carne kung pao, Ana".

Sabía que lo decía con buena intención, Paul era el más amable de los tres. Pero cuando empujó la caja de carne hacia mí y su olor se apoderó de mi estómago, sólo me quedaba una

opción: ir al baño tan rápido como pudiera.

Ni siquiera tuve la oportunidad de excusarme mientras me dirigía al baño. Me arrodillé delante de la taza y salió el zumo verde que me había tomado esa mañana y que se suponía que me ayudaría con las náuseas matutinas. Me ayudó, pero no tuvo en cuenta mi repentina aversión a la ternera y el marisco. Dos cosas que solían ser mis favoritas.

Dejé escapar un sollozo mientras cruzaba el brazo bajo la cabeza y me apoyaba en el váter, demasiado asustada de que si me movía de repente me saliera más.

Aquella mañana apenas había querido levantarme y habría dado lo que fuera por tener ahora a alguien conmigo que me ayudara a prepararme zumos verdes por las mañanas, cuando quería ser una patata en la cama durante unas horas más.

Las lágrimas resbalaron por mi mejilla al recordar a Mal. Habían pasado dos días desde que salí furiosa de su casa. A pesar de lo que dije sobre ser independiente. Lo quería cerca más que a nada. Mi ecografía de nueve semanas era dentro de dos semanas y no quería ir sola. Una parte de mí quería que él diera un paso adelante y estuviera dispuesto a pasar por esto conmigo.

Me levanté temblorosa, sonrojada, y cogí un pañuelo de papel para limpiarme la cara. Tenía que serenarme. No podía hacer nada para evitar que no quisiera ser el padre de nuestro hijo. Era mejor para él ser sincero que forzarse a ser algo que no era. He visto a bastantes niños pasar por un divorcio con sus padres, y nunca quise que un hijo mío se sintiera así.

Yendo a los lavabos me limpié el maquillaje con una toalla de papel, para no parecer un mapache de la muerte. Tendría que retocarlo en mi despacho cuando pudiera coger mi bolso.

Solté un suspiro y me armé de valor. Podía hacerlo, podía ser madre soltera. No sería fácil, pero no estaba sola. Sabía que al menos mi madre estaría de mi lado cuando me atreviera a contárselo. Quería esperar hasta la primera ecografía, no quería precipitarme y que surgiera una complicación antes. No quería darle esperanzas.

También tenía a Laura. No necesitaba a Mal para criar sola a nuestro hijo. No había llegado hasta aquí para derrumbarme ahora bajo el peso del mundo. Lo haría todo y me mantendría fuerte al final.

Mi teléfono vibró en modo silencioso desde el bolsillo de mi americana. Probablemente era uno de mis jefes preguntando qué demonios me había pasado. Paul era el tipo de jefe que controlaba a la gente.

Lo saqué y miré la pantalla. Se me heló la sangre al ver su nombre. Había intentado llamarle antes de presentarme en el hospital. Pero como no contestó ni devolvió la llamada, supuse que no respondía a números desconocidos y que sería mejor decírselo en persona. En retrospectiva, no fue la mejor elección, pero no podía hacer nada para cambiarlo.

MAL: Sé que las posibilidades de que sea Ana son pocas, pero una parte de mí tiene la esperanza de que sea tu número.

MAL: Me gustaría hablar contigo de lo de la otra noche.

MAL: ¿Podemos quedar en algún sitio neutral, como Central Park sobre las cinco?

El corazón me latía tan deprisa que estaba segura de que se me saldría por el pecho mientras miraba su mensaje. Se estaba arriesgando, pero yo estaba en una encrucijada. Podía aceptar quedar y ver qué tenía que decirme. Había una pequeña posibilidad de que hubiera cambiado de opinión y yo tendría que saberlo antes de entregarle los papeles de la custodia.

O podía hacerme pasar por otra persona que había llamado a su número por error y seguir adelante con todo por mi cuenta. También había una tercera opción: que me llamara para pedirme que no tuviera al niño. Si me pedía que quedáramos por ese motivo, no volvería a hablar con él.

Se me revolvió el estómago al elegir la respuesta. El bebé nunca me perdonaría si se enteraba de que me había alejado de su padre cuando intentaba formar parte de sus vidas.

YO: Sí, soy yo.

YO: Podemos quedar, pero si vas a decirme que me deshaga de él, ahórrate las palabras y considérate donante de esperma.

Puede que fuera brusco por mi parte decirlo así, pero quería que lo supiera. No tenía sentido que nos hiciera perder el tiempo si me iba a preguntar algo tan estúpido como eso cuando ya le había dicho que no sería una opción para mí.

Un momento después, mi teléfono volvió a sonar.

MAL: No. No, no voy a hacer eso. Te lo juro.

¿Central a las cinco? ¿Cerca de la estatua de Alicia?

YO: Sí.

Salí del baño solo para toparme con Paul, se frotó el cuello mientras daba un paso atrás. "Perdona. Sólo vine a ver cómo estabas. "Mi mujer también vomitaba al oler la carne cuando estaba embarazada".

Lo miré horrorizado. ¿Insinuaba que sabía que estaba embarazada?

Me hizo un gesto con la mano. "No pongas esa cara de susto. Tengo cinco hijos, sé cómo es un embarazo. No diré nada hasta que estés preparada. Sólo quería asegurarme de que estabas bien".

Asentí. "Gracias por su discreción, señor".

Me dedicó otra sonrisa paternal. "Por supuesto. Volvió conmigo a la sala de conferencias sin decir ni una palabra más sobre mi embarazo.

A partir de ese momento, el resto del día transcurrió como un borrón. Intenté concentrarme en el trabajo y mantener la mente ocupada, pero sentía como si mi mente y mi cuerpo se arrastraran por arenas movedizas, y la arena ganaba.

Estaba nerviosa por el hecho de que Mal quisiera volver a verme después de haberme dicho que no quería saber nada del niño que llevaba dentro, y también tenía la presión de no dejar que el embarazo se apoderara de mí; acababa de empezar, todavía me quedaban siete meses y medio, y sabía que cada vez sería más difícil.

Finalmente, llegó el momento de reunirme con Mal y me senté en un banco cerca de la fuente Bethesda para decirle dónde estaba. Era un lugar fácil de encontrar dentro del parque y con suficientes turistas y gente alrededor como para que fuera menos probable que alguno de los dos montara una escena.

"Ana"

Volví la cabeza al oír su voz mientras trotaba hacia mí con una camisa negra de rayas, pantalones oscuros y zapatos. Llevaba un abrigo marrón sobre un brazo mientras me saludaba con el otro.

Cada vez que le veía, era como si fuera la primera vez. De algún modo, siempre me robaba el aliento, y mi cuerpo recordaba todas las formas en que le había hecho sentir placer.

Me levanté para saludarle. "Hola, me alegro de que me hayas encontrado". Le indiqué que tomara asiento.

Así lo hizo, y se inclinó sobre sus rodillas, juntando sus manos antes de mirarme. "Primero, quiero disculparme por lo de la otra noche. Hablé demasiado rápido, y en cuanto te fuiste quise retractarme de todo".

Me mordisqueé el labio inferior mientras le miraba fijamente. Una parte de mí quería regañarle por hacerme sentir como una mierda, pero otra parte entendía su reacción porque yo tuve la misma reacción instintiva ante la noticia. Simplemente la superé más rápido que él. "Bien, ¿qué significa esto? ¿Qué quieres?".

Su mirada se dirigió a la famosa estatua de Alicia en el País de las Maravillas mientras la gente se hacía fotos delante de ella. Creo que me hice una idea de cómo se sentía la pobre Alicia, cayendo por la madriguera del conejo.

"Por ahora, creo que lo mejor sería que intentáramos ser co-padres y ver a dónde nos lleva. Quizá deberíamos irnos a vivir juntos. Mi casa tiene cuatro habitaciones que se pueden convertir en un cuarto para ti y una guardería".

Arrugué las cejas. "Entonces, ¿de forma platónica? ¿Sólo quieres que seamos padres?".

Tras un momento de silencio, se recostó en el banco y me miró con aquellos ojos azules. Asintió con la cabeza. "Sí, creo que sería lo mejor. Nos hemos acostado, pero ni siquiera nos conocemos. No tenemos que casarnos ni nada, pero a partir de ahora nos conoceremos para el resto de nuestras vidas, más vale que aprendamos el uno del otro".

Yo también me eché hacia atrás. Ni siquiera me había planteado irme a vivir con él o al revés. Pensaba que nos veríamos para las citas y todo eso, pero supongo que mudarnos era lo más lógico. Estaría cerca si necesitaba a alguien, y era médico. La mejor persona para tener cerca si algo salía mal.

Aunque no quería renunciar a mi apartamento, podría subarrendarlo o algo así, al menos intentarlo. Tenía razón, a partir de ese momento siempre estaríamos en la vida del otro si queríamos estar en la vida de nuestro hijo, y yo no me iba a ir a ninguna parte.

"Vale, podemos intentar vivir juntos, y creo que tienes razón en lo de mantener una relación platónica. Si no funciona, entonces tenemos que pensar en algo diferente, como apartamentos uno al lado del otro o algo así, para que el intercambio no sea tan difícil".

Su gruesa ceja se levantó. "Espero no llegar a eso, pero estoy de acuerdo. Si no funciona. Encontraremos otra manera de hacer las cosas".

No me lo podía creer. Pasé de la mañana pensando que haría todo esto sola, a mudarme con el papá de mi bebé. Y estaba emocionada por ver adónde nos llevaría.

Capítulo 10

Ana

Quité una hoja del plástico de burbujas mientras Laura me entregaba la taza de café de Minnie Mouse de cuando mis padres me llevaron a Disney World antes de graduarme en el instituto.

Sacudió la cabeza mientras cogía una hoja para ella y otra taza. "No me lo puedo creer".

Suspiré mientras colocaba la taza envuelta en la caja. Iría al almacén con la mayoría de mis otras cosas. Sólo quería llevar lo que cabía en una habitación grande. No quería saturar sus cosas con las mías. Una parte de mí temía que nos estuviéramos precipitando, pero al mismo tiempo era más fácil que nos conociéramos y que él formara parte del embarazo si vivíamos juntos.

"No paras de decirlo. Sí, lo sé. Es mucho que asimilar, pero fuiste tú quien me dijo que dependiera más de la gente. Preferiría no vivir sola durante el embarazo, hay tantas cosas que podrían pasar. Saber que tengo a alguien cerca la mayor parte del tiempo será agradable. Y nos dará la oportunidad de conocernos sin comprometernos a nada".

Sacudió la cabeza castaña. "Si estuviéramos en los años ochenta, ahora mismo te estarías casando, posiblemente con una escopeta".

Se me escapó una carcajada cuando las imágenes me vinieron a la mente y la empujé juguetonamente en el hombro. "Cállate. Aunque me lo exigiera ahora mismo, no me casaría con él ni con nadie. No voy a casarme con un tío sólo porque me haya dejado embarazada. Me conformo con intentar la co-paternidad por ahora y ver a dónde va. Sólo espero que nos llevemos bien por el bien del niño. Lo último que necesita es que las cosas se pongan feas entre su padre y yo".

Laura siguió negando con la cabeza. "Más vale que te trate bien, o va a tener mi pie tan metido en el culo que necesitará su propio cirujano para sacárselo".

Puse los ojos en blanco. "Lo último que voy a hacer es dejar que me pisotee, Laura. Parece que va en serio. No creo que vaya a hacer nada que lo estropee. No sé qué le ha hecho cambiar de opinión, pero me alivia que lo intente".

Mientras las palabras salían de mi boca, esperaba que fueran ciertas y que no estuviera cometiendo el mayor error de mi vida.

Laura dejó otra taza y se volvió para mirarme. "De acuerdo. De acuerdo. Le daré una oportunidad, pero sólo porque forma parte de la vida de la calabaza. Pase lo que pase, estoy aquí para ti. También puedo ser una tía moderna, si lo necesitas. Siempre dicen que para criar a un niño hace falta un pueblo. Así que usa el pueblo que tienes a tu disposición".

Asentí. "Lo estoy intentando, lo estoy intentando. Una semana más y podré contarles a mis padres lo del bebé, y lo de Mal".

Se puso a trabajar envolviendo mis copas de vino. "No puedo creer que aún no se lo hayas dicho. Mi madre me daría una paliza por ocultarle algo así dos semanas después de enterarme".

Fruncí el ceño. "Sólo quiero asegurarme de que se queda y no hay problemas mayores. Se le rompería el corazón si se lo dijera y luego tuviera que quitárselo. Ella lo entenderá. No estoy segura de si se lo mencionaré, pero estoy segura de que podrán averiguarlo por sí mismos".

El rollo de plástico de burbujas se terminó, así que me dirigí al salón lleno de cajas para coger más. Al día siguiente vendrían los de la mudanza para trasladar la mayoría de las cosas a un almacén.

Pronto, el lugar en el que había vivido desde que me convertí en abogada dejaría de ser mío, y fue un poco agridulce. Nunca hubiera imaginado que mi vida tomaría este rumbo. Desde luego, nunca pensé que tendría treinta y tantos años y un bebé.

Sin embargo, es lo que ocurrió, y me interesaba ver adónde me llevaba. Quizá vivir con alguien a mi lado no sería tan malo.

Mal

Le pasé un brazo por el hombro a Clay mientras se sentaba conmigo en el bar de deportes. Lo había tentado para que viniera a comer alitas y nachos. Incluso pidió una cerveza, algo poco habitual últimamente.

"Me alegro de que hayas venido esta noche, colega. Echaba de menos estas noches", le dije.

Asintió con la cabeza mientras cogía una patata frita cubierta de guacamole y se la zampaba. Después de masticar un momento, me miró. "Esto está bueno. Aunque me siento un poco mal por dejar a Marie sola con Will durante unas horas. Suele ser su momento para relajarse después de un día cuidándolo, pero quiere que salga y haga cosas de 'hermano', como ella dice". Lanzó comillas al aire con los dedos.

Fruncí el ceño. De repente pude ver mi futuro. No querer salir más. Sentirme culpable por dedicarme tiempo a mí mismo. No quería renunciar a noches así por tener un hijo.

Clay me miró con el ceño fruncido. "Tío, no pongas esa cara. Te prometo que me esforzaré más por venir a tomar algo contigo unas cuantas veces al mes. Es que no puedo hacerlo todo el tiempo, un niño es agotador, tío. Si a eso le sumas la bebida, estoy hecho polvo para el resto de la semana".

Sacudí la cabeza. "No es eso. Bueno, es eso, pero en vez de ser sólo tu problema, también es el mío".

Frunció el ceño y cogió su botella de cerveza. "¿Seguro que sólo te has tomado dos cervezas esta noche, colega? Porque estás hablando con acertijos. ¿Qué quieres decir con que pronto también será tu problema? No es como si tuvieras un hijo...".

Mis ojos se cerraron cuando dijo la palabra.

La botella de cerveza golpeó la tapa del bar. "Espera un puto minuto. Fuiste y dejaste embarazada a alguien, ¿no? Y todas esas veces que hiciste comentarios sarcásticos en voz baja sobre que yo dejara embarazada a Marie". Me envió una sonrisa de lado, la risa mezclaba sus

palabras. "El karma es una putada, ¿verdad?".

Suspiré. "Vale, me lo merezco. Lo admito, la noche que ocurrió, estaba tan... No me lo pensé antes de lanzarme sin condón. Tenía que tenerla".

Dio un trago a su cerveza y sacudió la cabeza. "A mí me pasó lo mismo con Marie. Simplemente tenía que tenerla y no me importaba lo que viniera de vivir en el lado peligroso, y ahora tenemos a Will, y ella es más perfecta que cualquier mujer que pudiera haber soñado antes que ella".

Miré una de las estadísticas de béisbol que se reproducían en el televisor frente a nosotros. "Me pasa lo mismo con Ana, no puedo quitármela de la cabeza. Intenté y fracasé al intentar acostarme con otras mujeres después de ella. Y una vez que volví a tenerla, fue más fuerte que la primera vez, y no creí que eso fuera posible".

Me miró de reojo con una sonrisa cómplice antes de mojar un trozo de apio en su queso azul. "Parece que has encontrado la horma de tu zapato, amigo mío. Tuvo que quedarse embarazada para que se le pegara".

Yo no estaba tan seguro, pero estaba casi seguro de que habríamos seguido cruzándonos de alguna manera hasta que empezáramos a salir. O tal vez ése era sólo mi ideal de esperanza cuando se trataba de Ana.

Cogí una patata frita pero la dejé flotando sobre el plato. "Hay algo más".

Clay levantó las cejas. "Ya la has dejado preñada, ¿qué más puede haber que decirme?".

Le di un buen bocado y murmuré que se mudaría conmigo al día siguiente.

Se inclinó más hacia mí y se llevó una mano a la oreja. "¿Perdona? Al masticar parecía que acababas de decir que se iba a vivir contigo mañana".

Asentí. "Sí".

Se pasó la mano por el pelo. "Hostia puta, tío".

Volví a asentir y di un trago a mi cerveza. "Sí, lo sé. Así es como me siento".

"¿De cuánto está?" Terminó su cerveza y levantó la mano para que el camarero trajera dos más.

"No lo sé con seguridad, pero creo que acaba de empezar su séptima semana".

Clay negó con la cabeza. "Y ya os vais a vivir juntos. Joder, tío. Nunca pensé que llegaría el día. Pero me alegro por ti. No digo que vaya a ser fácil. Me refiero a las hormonas y todo eso, pero bien por ti. Es lo correcto".

El camarero me puso dos cervezas más y me bebí la mitad antes de respirar entrecortadamente. "Estoy cagado de miedo, tío. Nunca he tenido una relación seria. Mis padres no son precisamente los padres del año. No sé cómo ser padre. Al menos no uno bueno. Lo más cariñoso que me ha demostrado mi padre fue en mi décimo cumpleaños, cuando le dije que de mayor quería ser director general. Obviamente, todo fue cuesta abajo en cuanto les dije que iba a estudiar

Medicina en Harvard en vez de Empresariales en Yale".

Clay se recostó en su taburete. "Mal, no puedes ir pensando así. Yo también tenía miedo. Demonios, todavía lo estoy algunos días. Como cuando Will llora y llora y nada de lo que intentamos le calma. Siempre me pregunto si estoy siendo un buen padre o compañero. Todos tenemos esos momentos en los que sentimos que no somos lo suficientemente buenos. Lo único que puedes hacer es reaccionar y esperar que sea la reacción correcta".

Asentí, aunque no sirvió de mucho. Se rio y lo miré. "Y ya que ahora te unes al club de los padres, podemos acudir el uno al otro cuando lo pasemos mal o necesitemos un descanso. Siempre estaré aquí para ti, colega. Pase lo que pase. Vas a ser un buen padre. Haz lo contrario de lo que hizo tu padre y estarás en el camino del éxito, o al menos harás un trabajo mejor que el que él hizo contigo".

Una sonrisa se dibujó en mi cara. "Gracias, tío. Significa mucho saber que me cubres las espaldas pase lo que pase. Y lo mismo digo de ti".

Me sentí un poco mejor ahora que alguien en mi vida sabía lo de Ana y que estaba embarazada. Sabía que tendría que contárselo a mis padres, pero no quería aguantar sus miradas altivas y críticas hasta que no tuviera más remedio que decírselo. Era mejor que siguieran olvidándose de mi existencia. Tal vez me olvidaría de hablarles de su nieto hasta que el chico tuviera dieciocho años.

"Cuéntame más sobre esta mujer que ha atrapado al único soltero de Nueva York que se creía inatrapable".

Me lancé a contarle todo sobre su belleza y su firmeza a la hora de defenderse y hacer lo que quería. Nos reímos y pasamos un buen rato el resto de la noche, hasta que él tuvo que irse a casa y yo tuve que hacer lo mismo para arreglarme para la mañana siguiente, cuando Ana iba a hacer que unos de la mudanza trajeran sus cosas.

Durante toda la noche, me sentí mejor por haber dicho algo. Clay era como el hermano mayor que nunca tuve, y nunca me había alegrado tanto de tenerlo en mi vida para que me ayudara con esta cosa llamada paternidad.

Ahora sólo faltaba que Ana se mudara a mi casa.

Con mi bebé por nacer.

Capítulo 11

Ana

Me quedé mirando la casa de ladrillo rojo de Mal, con los escalones que conducían a ella y los tres pisos que la componían.

Verla a la luz del día me resultaba, cuando menos, extraño. Tenía un aire distinto al de las veces anteriores que habíamos caminado hasta allí. Ahora parecía que tenía historia dentro de la ciudad, y más caro que cualquier cosa que yo pudiera permitirme.

Todo eso no podía deberse a que fuera cirujano, pero supuse que averiguaría más cosas sobre él a medida que viviéramos juntos. A lo mejor invertía o algo así, y se le daba bien. O podría estar vendiendo órganos en el mercado negro para la mafia. Las posibilidades eran infinitas.

Hice un gesto a los de la mudanza para que esperaran un momento. Me dirigí a la puerta, llamé al timbre y un momento después abrió Mal, con una vieja sudadera de Harvard y un pantalón de chándal gris.

Oh, Dios mío, casi podía distinguir la forma de su paquete a través de ellos, y me costó todo lo que pude mantener mi mirada fija en la suya. Nunca lo había visto tan despreocupado, pero a él también le quedaba bien, y me gustó que se esforzara por sentirse cómodo conmigo de buenas a primeras.

"Buenos días, ya estoy aquí con mis cosas. No te preocupes, sólo he traído lo suficiente para un dormitorio".

Sacudió la cabeza. "No me hubiera importado que trajeras más que eso. Mi casa es tu casa, como se suele decir. Podríamos haber cambiado las cosas de sitio o haber guardado algunas de las mías. Pero supongo que podríamos hablar de eso más tarde. Parecen impacientes por terminar". Hizo un gesto a los de la mudanza para que trajeran las cosas y se hizo a un lado para que yo entrara en el vestíbulo.

Al pasar junto a él, el sándalo y las especias envolvieron mis sentidos y llegaron directamente a mi interior. Juro que había convertido mi cuerpo en un perro de Pavlov; me mojaba con solo olerlo. Las hormonas no ayudaban. Nadie me había dicho lo cachonda que puede poner a una persona el embarazo.

Una persona de la mudanza le hizo un gesto a Mal. "¿Puede indicarme dónde irán sus cosas arriba?".

Mal asintió y dio una palmada. Intentó disimularlo, pero me di cuenta de que los nervios le corroían por dentro. Igual que a mí. Todo esto había pasado tan rápido que casi quería decirles a él y a los de la mudanza que se olvidaran del asunto, pero mi subarrendatario se mudaría al final de la semana y no podía quitárselo. Al menos teníamos que intentarlo antes de rendirnos.

"Sí. Ana, ¿por qué no te vienes conmigo y puedes examinar la habitación para ver dónde quieres las cosas?". Su mirada se dirigió a la mía y tuve que reprimir un escalofrío cuando esos ojos azules me miraron, sentí como si pudieran mirar fijamente dentro de mi alma.

Asentí con la cabeza. "Sí, suena bien. Vaya delante, capitán". Hice una mueca cuando la última parte salió de mis labios. No acababa de decirlo.

Una sonrisa se dibujó en sus labios ante el desliz, y parecía que le gustaba que le llamara así. "Por aquí".

Me indicó que subiera las escaleras hasta el segundo nivel. Así lo hice, y me sorprendieron los dos pasillos en lados opuestos de la carga. Sabía cuál era su habitación, pero no me había fijado en las otras dos las dos últimas veces que había estado aquí.

Probablemente porque había oscurecido y las puertas estaban cerradas. Nunca me ha gustado husmear en las cosas de los demás.

Mal subió las escaleras y entró en las habitaciones de la izquierda, las que estaban enfrente de la suya.

Se acercó a la primera. "Tu habitación. Saqué todas mis cosas desde que mencionaste que querías traer las tuyas. Tiene un vestidor".

Entré en la habitación. Era más pequeña que la habitación de mi apartamento, pero me valdría. La pared alrededor de la ventana era de ladrillo rojo y me encantó. Siempre había querido estar en un sitio con ladrillo rojo visto.

Se acercó a la tercera puerta de la habitación y la abrió. "Y un cuarto de baño contiguo con la otra habitación, que será el cuarto de los niños".

El corazón me dio un vuelco mientras miraba a mi alrededor. "Este lugar es increíble. ¿También es tuya la tercera planta?".

Un ligero color rosado entró en sus mejillas mientras se pasaba la mano por el pelo. "Sí, lo es. Lo he convertido en almacén. Todo lo de estas dos habitaciones ha ido a parar allí".

Di un paso más cerca de él, queriendo una excusa para dejar que su colonia flotara hacia mí. "¿Cómo conseguiste un sitio así, nada menos que en Manhattan, con el sueldo de un cirujano general?".

Se sonrojó aún más, pero entonces entró un hombre, colocando una lona para protegerse de las marcas de los arañazos. "Sólo necesitamos que nos indique dónde poner las cosas, señorita".

Mal asintió. "Encárgate de esto, podemos hablar de cómo conseguí esta casa más tarde".

Antes de que pudiera detenerlo, dejó la guardería y a mí para que pudiera ocuparme de los de la mudanza.

***

Nunca volvimos a hablar de cómo podía permitirse una casa de tres plantas en Manhattan. La mudanza me ocupó la mitad del día. Por la noche ya habíamos cenado, pero necesitaba más.

Fui a la nevera y saqué mi aperitivo favorito de las dos últimas semanas: pepinillos en vinagre y lonchas de queso cheddar. Puse ambos en el plato antes de guardar las cosas.

Mal carraspeó detrás de mí. "El queso va en el cajón de los quesos, y no deberías comer tanto estando embarazada".

Llevé el queso al cajón. No tenía ni idea de que fuera tan quisquilloso con la colocación de las cosas. "Si me obligas a dejar de comer queso, el único vicio que tengo estando embarazada, vivirás con un gruñón durante siete meses. Yo elegiría tus batallas con cuidado cuando se trata de mis opciones de comida".

Cogió cosas para un sándwich. "Touche".

Me senté en la isla con mi pila de libros sobre el embarazo. Mi obsesión actual consistía en leer todos los libros más comentados sobre paternidad y bebés. Le acerqué dos de los libros. "Me gustan mucho estos dos. Tienen buenos consejos sobre horarios de sueño y bebés".

Asintió. "Genial".

"Estaría bien que los leyeras".

Volvió a asentir. "Claro, cuando encuentre tiempo". Guardando las cosas, se fue con su bocadillo y dejó los libros.

Había intentado llevarme bien con él, pero me lo ponía muy difícil. Esperaba que los leyera.

Mal

Después de sólo cuatro días de convivencia con Ana, cada segundo que pasaba estaba más cerca de perder la cabeza.

Resultó que Ana era una persona pila. Mi compañero de cuarto en la universidad había sido una persona de pilas. Dejaba montones de cosas por todas partes y me volvía loco.

Aunque un poco menos caótica que él. Ana dejaba pilas por toda la casa. Montones de discos duros, copias de archivos y su portátil o tableta. Montones de zapatos junto a la puerta principal.

Su maquillaje estaba en el baño contiguo y había cosas por toda la encimera. Cada vez que entraba en el cuarto de los niños para ver cómo iba el trabajo de cubrir la pared, el mostrador se burlaba de mí desde el cuarto de baño.

Yo era de los que no desordenan.

Así que, el tercer fin de semana que vivimos juntos, todo se precipitó cuando moví los libros que habían puesto en la isla hacía una semana y no se habían movido ni una sola vez.

Ana entró en la cocina al mismo tiempo, con la tableta en la mano y las gafas de leer en la punta de la nariz. Su mirada me hizo reflexionar, parecía una bibliotecaria sexy que venía a regañarme por algo.

Llevaba un jersey de punto verde demasiado grande que dejaba al descubierto la curva del cuello y la clavícula cuando llevaba el pelo recogido. Lo único que quería hacer era besarla hasta que se convirtiera en masilla en mis manos, una gimoteante bola de necesidad.

Pero habíamos acordado que las cosas debían ser platónicas entre nosotros para que esto funcionara. Había habido tantas duchas frías desde que se había mudado.

Me sonrió como el sol. "¡Qué bien! Por fin los empiezas. Cuéntame lo que piensas del primero. Y los diez principios de la paternidad de los que hablan en el capítulo cinco".

Se dirigió a la nevera y cogió una de las jarras de té de menta frío que le preparaba todas las mañanas, le mantenía a raya las náuseas.

Mi mirada se dirigió a los libros que tenía en los brazos. "Oh, no voy a leerlos. Los voy a poner en tu habitación para que ya no estén en la encimera".

Bajó la jarra que tenía en la mano antes de dar un sorbo. "Oh, sólo pensé... Me gustaría mucho que leyeras al menos uno. También me he apuntado a unas clases de bebés los martes. Sé que tú sueles tener sólo consultas ese día y que saldrás a mediodía. He pensado que quizá podrías venir conmigo. Nos enseñarían todo lo que necesitamos saber sobre los cuidados del bebé durante las primeras semanas".

Hice una mueca. Podría aprovechar ese tiempo para seguir perfeccionando mi discurso para la junta del hospital. Mi reunión sería más o menos al mes siguiente, cuando se abriera una vacante. Había limpiado mi imagen, ahora sólo tenía que demostrarles que estaba preparado. "Realmente no tengo tiempo. Pero soy médico, sé lo que no hay que hacer con un bebé, y un cambio de pañal no puede ser tan difícil de resolver".

Ana dejó su jarra de té sobre la isla con un ruido sordo, parpadeando rápidamente.

Se me cayó el corazón al estómago. Mierda, la había hecho llorar.

Se aclaró la garganta. "Ya veo. Entonces no te molestaré con ninguna de mis estúpidas ideas o deseos de madre. Iré sola a clase". En un abrir y cerrar de ojos, salió corriendo de la cocina.

Maldita sea.

Dejé los libros en la isla y me apresuré a traerle el té, sabiendo que lo necesitaría; aún no había superado la fase de vomitar el desayuno.

Corrí a cogerla de la mano antes de que subiera las escaleras y me planté en el pequeño rellano que conducía a ellas. "Ana, espera".

Ella se negó a mirarme mientras yo la agarraba de la mano. "¿Qué?".

Suspiré. "No creo que sea estúpido que quieras aprender más sobre ser madre. Y, sinceramente, con mi infancia, probablemente sea mejor que siga los consejos de los profesionales en lugar de improvisar. Leeré los libros y te contaré lo que pienso, e iré contigo a la clase del martes. Me aseguraré de que las chicas no me programen citas por la tarde".

Tiré ligeramente de su brazo para que se diera la vuelta y me mirara. Lo hizo y me di cuenta de lo cerca que estábamos.

Aquellos ojos como palomas se clavaron en los míos. "¿Lo dices en serio?".

Asentí. "Lo intentaré. No puedo prometer que me guste".

Una sonrisa acuosa se dibujó en su rostro mientras me miraba fijamente. El rellano la hacía casi a la altura perfecta para besarla, sería tan fácil tirar de ella para besarla. Volver a sentir su pequeño y curvilíneo cuerpo entre mis brazos.

Sus grandes ojos verdes se desviaron de mis labios para encontrarse con mi mirada. Si me inclinara y la besara ahora mismo, no estoy seguro de que se quejara.

Teníamos que mantener las cosas platónicas. Añadir sexo a la mezcla no ayudaría en nada. Ahí estaba mi conciencia, arruinando las cosas para mi polla.

Di un paso atrás y le tendí el té. "No te olvides de beberte esto".

Se aclaró la garganta y cogió la jarra fría. "Gracias, Mal. Me lo terminaré en mi habitación". Se apresuró a subir las escaleras y tuve que hacer todo lo posible para no ver su trasero rebotar.

Tener las bolas azules varias veces al día no podía ser bueno para mis testículos. Ella sería mi muerte.

No tenía ni idea de cómo íbamos a mantener una relación platónica.

Capítulo 12

Ana

Me pasé las manos por el estómago cuando el chófer de Mal se detuvo junto al bordillo del edificio para la clase de paternidad.

No estaba segura de qué ponerme. Un traje de negocios me parecía demasiado rígido, y una camiseta y unos pantalones de yoga demasiado informales.

Así que opté por un vestido de punto de cuello alto de color marrón rústico y unas medias negras y botines a juego. Pensé que debía llevar tacones mientras tuviera la oportunidad y mis tobillos no estuvieran hinchados y me estuvieran matando.

Miré a Mal. "¿Tengo buen aspecto?".

Se aclaró la garganta. "Tienes buen aspecto".

No pasé por alto el pequeño quiebre en su voz. Pensaba que estaba muy guapa, pero no quería decirlo. Una de las cosas más difíciles hasta ahora de todo el embarazo tenía que ser estar cerca de él y mantener las cosas platónicas. Su olor me volvía loca casi todas las mañanas, justo después de ducharse.

Bajaba oliendo a gloria y con el pelo ligeramente mojado por el que quería pasar las manos mientras lo besaba. También sabía cómo me miraba, el calor de su mirada acariciaba mi piel como el sol de primavera. Pero ambos sabíamos que no volver a cruzar la línea era importante para conocernos de una forma nueva y no volver a caer en el sexo, por muy cachonda que me despertara por la mañana.

De alguna manera convirtió lo profesional en informal-formal con sólo desabrocharse unos botones y quitarse la corbata. Le quedaba bien. El conductor abrió primero mi puerta y luego la suya mientras yo salía y esperaba a que Mal se uniera a mí. Incluso con toda la ropa de abrigo y el chaquetón puesto, el signo revelador del final del otoño estaba a la vuelta de la esquina, con la brisa bastante fría que venía del mar.

Nos apresuramos a entrar en el edificio y seguimos las indicaciones a través de largos pasillos de oficinas hasta llegar a la sala para Paternidad 101.

Entramos unos minutos antes, para mi alivio. Odiaba llegar justo a tiempo o demasiado tarde a las cosas.

Una mujer que parecía salida directamente de Woodstock en los años sesenta nos sonrió e inclinó su cabeza gris, con el pelo largo trenzado sobre el hombro. Señaló una hilera de mesas con dos muñecos de aspecto real en cada una y provisiones debajo.

"Bienvenidos, por favor, cada uno que busque un sitio con un bebé. Estamos esperando a unos cuantos más y empezaremos".

Mal y yo encontramos una mesa y me quité el abrigo y el bolso antes de tomar asiento y echar

un vistazo a los otros futuros padres. Iban vestidos igual que nosotros, como si acabaran de salir del trabajo. Intercambiamos sonrisas incómodas mientras más gente entraba en la sala y ocupaba las dos últimas mesas.

La mujer cerró la puerta y se volvió hacia nosotros con una sonrisa de abuela. "Bienvenidos a todos. Me alegro mucho de veros aquí esta noche y estoy encantada de acompañaros en este viaje para descubrir cómo atender las necesidades de vuestro bebé y qué esperar del primer mes. Me llamo Doris, y si tenéis alguna pregunta no dudéis en levantar la mano o expresarla en voz alta a la clase. Tened por seguro que no hay preguntas tontas cuando se trata de asegurarte de que satisfaces las necesidades de tu bebé".

Miré a Mal y él me miró a mí. Me di cuenta de que no estaba muy de acuerdo con su aura arco iris, pero quería darle una oportunidad.

La clase transcurrió con ella explicándome las distintas opciones de parto. Yo ya sabía que quería el hospital y la epidural. Luego me explicó cómo sería la primera semana. Lo importante que era intentar que el bebé tuviera un horario de comidas, que luego se convertiría en un horario de sueño, para que no estuviéramos zombis al final.

Utilicé mi teléfono para grabarlo todo, de modo que pudiera volver a verlo más tarde si me preguntaba algo o no sabía qué hacer. Los muñecos que nos hizo utilizar eran un poco inquietantes. Tenían mecanismos de respiración y arrullo que les hacían subir y bajar el pecho, y parecían y se sentían como un bebé recién nacido.

Me temblaron las manos cuando lo cogí por primera vez y ella se acercó para movernos los brazos y las manos, mostrándonos cómo debíamos apoyar la cabeza y la columna.

Cuando miré a Mal, que sostenía el muñeco en el brazo, sentí un sobresalto. De repente, no me costaba nada imaginármelo como padre. El muñeco parecía un brazo y se me endurecieron los pezones al verlo.

Nunca había deseado a nadie más que a él en ese momento. Verle ser padre, había sido el momento más caliente de mi vida. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando le hizo una pregunta a Doris, pero mi cerebro no pudo procesar lo que dijo.

"Probemos a sujetar al bebé por delante, así". Me quitó la muñeca de los brazos, sacándome de mi estupor mientras sujetaba el pecho de la muñeca niña con la extensión de su mano y colgaba los pies sobre su brazo.

"Esta posición puede ayudar a eructar y a calmar al bebé, pero sólo funciona durante un tiempo. Con el tiempo, el niño crecerá demasiado para poder hacerlo con seguridad".

Me alegré cuando me devolvió el muñeco para que lo probara. Me ayudó tener algo en lo que concentrarme.

Al final de la clase, nos hizo empezar a aprender a usar pañales, cuáles eran los pasos a seguir y qué había que tener en cuenta en las deposiciones del bebé durante la primera semana, mientras su cuerpo se acostumbraba a digerir la leche o la fórmula.

Yo no tenía problemas para cambiar un pañal, pero Mal murmuraba en voz baja mientras se

esforzaba por quitarle los pantalones al bebé de una forma realista que no le hiciera lanzar el muñeco por los aires y que Doris viniera a decirnos que un bebé de verdad no se podía mover así, como si no conociéramos ya las limitaciones de un cuerpo de verdad frente a uno de mentira. Y eso que pesaba unos tres kilos como un recién nacido.

Puse la mano en su bíceps e intenté no apretar. "Mal".

Me miró. "¿Qué?".

"¿Puedo enseñártelo?".

Suspiró y se hizo a un lado. "Se suponía que cambiar pañales era la parte fácil".

Una sonrisa tiró de mis labios, sonaba como un niño que no atrapa la bola del home run. Le mostré pacientemente cómo cambiar el pañal de la muñeca. "Tómatelo con calma. No es una carrera", le recordé. "No tienes que ser el más rápido cambiando pañales de todo el país".

Se rio. "Supongo que no. Si sabes hacerlo, ¿por qué estamos aquí?". Dio un paso atrás delante de la muñeca y se puso a cambiar el pañal.

Me encogí de hombros. "Solía cuidar a los hijos de mi tía, pero tenía doce años. Entonces no lo sabía todo y ahora tampoco. No me encuentro con muchos bebés en mi vida, así que seguro que estoy oxidada. Además, de ninguna manera dejaría que un niño de doce años cuidara de nuestro hijo cuando eran tan pequeños como mis primos. Pero supongo que eran otros tiempos".

Asintió. "Sí, lo eran".

Doris se acercó y asintió mientras miraba las muñecas. "Bien, vosotros dos. Debo decir que hacéis una pareja encantadora. Vuestro hijo será adorable, estoy segura".

El calor volvió a mi cara cuando se marchó de nuevo. Miré a Mal. Una sonrisa se dibujó en sus labios y se encogió de hombros.

Después de clase, seguimos a las otras parejas. Iban cogidos de la mano o pegados el uno al otro. Mal y yo estábamos al menos a medio metro de distancia y sentí deseos de acercarme a él, pero ¿habíamos llegado a un nivel platónico en el que eso podía suceder sin que significara nada?

Al verle con esa muñeca y lo amable que trataba de ser, no estaba segura de poder cogerle la mano y no desear más.

Cada día que pasaba deseaba ser más para él, cruzar la línea que nos separaba y no mirar atrás. Y luego estaba la vieja yo, que seguía diciendo que tenía que dar un paso atrás y no encariñarme. Que al final sólo me haría daño.

No quería dar ese salto si Mal no lo hacía. Aunque nos dedicáramos miradas lujuriosas, eso no significaba que fuéramos a ser buenos compañeros.

Me abrió la puerta del coche y me metí dentro con él detrás. "Era un poco rara. Pero me gustó la clase. ¿Te interesa volver la semana que viene?".

Mal se pasó los dedos por los rizos oscuros mientras se rascaba el cuero cabelludo. "Bueno, sí. No puedo dejar que vayas sola. Además, la próxima vez profundizaremos más en lo que significan las cacas. Es algo fascinante".

Me reí mientras el coche se alejaba del bordillo. Luego le miré. "Gracias, de todos modos, por ir. Y por esforzarte en aprender a ser padre conmigo".

Sus ojos azules se clavaron en los míos. "¿Qué tal el trabajo hoy?".

Ladeé la cabeza ante su brusco cambio de tema, pero supongo que no quería hablar de eso. "Bien. Paul, uno de los socios de mi bufete, hizo una videollamada conmigo. Esta mañana".

"¿Sí? De qué quería hablarte".

Reboté un poco, mientras intentaba contener mi excitación. "Mencionó que quiere jubilarse dentro de seis meses, justo después de año nuevo. Estoy el primero de su lista para ocupar su puesto y ascender a socia. Sólo tengo que demostrarle a Greg que valgo para ello. Sería la primera mujer socia del bufete, así que sería algo grande".

Mal me miró con una sonrisa radiante mientras yo terminaba de hablar a las mil maravillas. No podía creerme la noticia.

Todo por lo que había trabajado me había llevado hasta este año, y eso me hacía estar aún más decidida a seguir mis sueños y seguir siendo también una gran madre.

"Bueno, es una noticia fantástica. Deberíamos celebrarlo. ¿Qué se te antoja? Aunque sean pepinillos y queso cheddar, lo conseguiremos".

Mi estómago gruñó ante eso. "Me apetecería mucho una clásica porción de pizza de pepperoni. Sé que no es gran cosa, pero es como lo celebraría después de sacar buena nota en un examen, y ahora suena fantástico".

Pulsó un botón. "Harvey, llévanos a *Suprema's*, por favor".

"Enseguida, señor".

Una vez más quise preguntarle de dónde sacaba todo su dinero, pero cada vez que intentaba abordar el tema se cerraba en banda.

Supuse que se trataba de algún tipo de riqueza familiar, pero no me hablaba de sus padres ni de su infancia, siempre se remitía a mí en eso.

Me recosté en el asiento. No podía dejar de sonreír. Había sido un día fantástico, y parecía que nos habíamos unido para aprender a ser padres. No podía pedir nada mejor.

Si tan sólo pudiera controlar mi deseo por el hombre sentado a mi lado, todo sería perfecto.

Capítulo 13

Ana

Estaba en la habitación que sería el cuarto del bebé, mirando la pared recién terminada. Parecía más limpia sin el ladrillo, aunque me encantaban las paredes vistas. Siempre y cuando no fuera donde dormiría mi bebé.

Por supuesto, sólo habían pasado dos semanas desde que supimos que íbamos a ser padres, así que ninguno de los dos había empezado el proceso de conseguir muebles o hacer que pareciera una habitación adecuada para un bebé.

Unos pasos subieron las escaleras y, por un momento, deseé que Mal se pusiera detrás de mí y me abrazara, como había hecho aquella noche, antes de que lo estropeara todo por no decirle que estaba embarazada antes de volver a acostarnos.

No me había tocado románticamente desde aquella noche, e incluso yo me decía que estaba bien, que era lo mejor para nosotros no dormir juntos mientras aprendíamos más el uno del otro. Las hormonas eran como una montaña rusa. Un segundo estaba tan cachonda como un conejo en primavera, y al siguiente no quería que ni mi propia mano me tocara.

Mal vino a ponerse a mi lado. Se quedó mirando la pared durante unos segundos de silenciosa contemplación. "La pintura ya está seca, así que si estás mirando la pared por ese motivo, no estás esperando nada".

Una sonrisa tiró de mis labios. "Vaya, mirar cómo se seca la pintura es uno de mis pasatiempos favoritos".

Se encogió de hombros. "Oye, no soy nadie para joderle el ñam a otro. No dudes en pintar tu habitación si quieres ver cómo se seca. Aunque no sé si los vapores serían buenos para el bebé".

Me reí. "Gracias por ser tan comprensivo con mis aficiones y me aseguraré de abrir la ventana como mínimo. No, sólo estaba echando un vistazo a la habitación para...". Suspiré. "No sé, para hacerme una idea. Normalmente no tengo problemas para decorar, pero cuando se trata de algo así me siento... abrumada".

Hice una mueca, sin dejar de mirar la pared. "Sé lo que tenemos que conseguir para que sea funcional, pero no quiero que sea una habitación aburrida en la que ponemos a nuestro bebé para que duerma. Quiero que sea divertida y bonita".

Mal me tiró de la mano para que le mirara. Le miré fijamente a la cara. Si hubiera sido más alta y hubiera podido besarlo con facilidad, habría sido un reto no hacerlo todos los días, porque tenía unos labios perfectos y carnosos para besar. Era casi una tortura saber de lo que era capaz, pero no poder tocarlo.

Aquellos labios se curvaron en una suave sonrisa. "Yo tampoco sé mucho de eso. ¿Podría contratar a un decorador? Eso facilitaría las cosas".

Negué con la cabeza. "No. No quiero que otra persona elija las cosas o decore las paredes. Eso

es un rito de iniciación para los padres. Llegar a anidar y preparar la casa para el bebé. Tienes razón, podríamos contratar a alguien, pero creo que es algo que deberíamos hacer por nuestra cuenta. Nos dará algo que esperar y nos hará sentir como si estuviéramos ocupándonos del bebé antes de hacerlo".

Su pulgar acarició mi mano. "Estoy dispuesto a seguir el camino del nido si tú lo estás. Lo que sea para que parezca real. Lo admito, ahora mismo, hay veces que no parece real. Es como si nos hubiéramos mudado juntos al azar, pero la razón aún no es obvia".

El suave masaje de su pulgar me puso la piel de gallina y aumentó las ganas de besarle. Me acerqué un paso más. "Yo siento lo mismo. No estoy segura de que se haga realidad hasta la ecografía de la semana que viene, o cuando empiece a dar a luz, pero una parte de mí no puede esperar a que por fin se asiente y deje de parecer un extraño sueño despierta".

Él también se acercó y sus ojos azules se detuvieron un momento en mis labios. Si se inclinaba para besarme, no creía que pudiera detenerlo.

Mi reloj inteligente eligió ese momento para sonar, rompiendo la tensión en la habitación como el chasquido de una goma elástica. Solté la mano para mirarlo. Era mi recordatorio de que tenía que almorzar con Laura en media hora y que debía irme si quería llegar a tiempo al bistró.

Sólo necesitaba ponerme los zapatos. Había subido para eso y luego me había distraído con la habitación del bebé. Últimamente me había dado cuenta de que tenía una capacidad de atención de tres segundos como mucho, y tenía que ser el embarazo.

"Tengo que irme", le dije a Mal. "Almuerzo con Laura. ¿Nos vemos esta noche para cenar?".

Se apartó un paso de mí, como saliendo de un estupor. "Eh, sí. Creo que sí. Estoy de guardia en el hospital. Así que puede que me llamen de urgencia. Si eso ocurre, no me esperes, no se sabe cuánto tardaré".

Caminé hacia el baño compartido. "Vale. Si eso ocurre, espero que todo vaya bien. Hasta luego".

Salí por el baño hacia mi habitación y me calcé rápidamente los botines de tacón corto, antes de tirarme del jersey y echar un vistazo al espejo redondo que había junto a mi puerta.

"Tienes buen aspecto".

Mi mirada se dirigió a Mal cuando pasó junto a la puerta camino de las escaleras. En un instante se me revolvió el estómago ante la mirada acalorada de sus ojos. Señor, si no iba a almorzar, nada nos impediría saltar el uno sobre el otro. Sentí como si estuviera tan cachondo como yo. "Gracias".

Asintió y esperé a que bajara las escaleras antes de seguirle y dirigirme a la puerta principal. Necesitaba controlar mi libido, o yo sería la razón por la que acabaríamos teniendo sexo cuando no debíamos.

***

La gente pasaba por delante de nuestra mesa mientras Laura y yo nos sentábamos fuera. No hacía tanto frío, así que era agradable hablar y observar a la gente. Miré el pollo al horno Alfredo que había pedido para comer, con una pequeña ensalada de la huerta al lado.

Había sonado bien cuando lo vi en el menú, pero mientras miraba la cremosa salsa blanca justo debajo de la corteza de parmesano ligeramente dorada, mi estómago se revolvió con la amenaza de que no sería divertido probarlo por segunda vez.

Opté por centrarme en mi ensalada. Tenía que comer algo, el desayuno había sido hace horas, y Mal se habría enfadado conmigo si no me metía más en el estómago.

Laura empujó su plato en mi dirección. "¿No te apetece pasta? ¿Quieres algo de mi plato?".

Miré la mitad de su sándwich vegetariano. Me rugió el estómago y la miré. "¿Estás segura?

Se rio y asintió. "Sí. Te pusiste muy verde en cuanto el camarero te puso eso delante. Si no te habla, es que no te habla. Recuerdo que mi hermana lo pasó mal con la comida cuando estaba embarazada de mi primera sobrina. Se le antojaba algo en un momento, lo conseguía y luego no quería saber nada de ello. Ya la conoces, prácticamente nos alimentaba con sus sobras durante la universidad".

Lo recordaba, aunque entonces no sabía que era porque su cuerpo le hacía rechazar la mayoría de las comidas. "¿Cómo están Trish y los niños? Ya casi no hablas de ellos".

Se encogió de hombros mientras atraía mi tarta hacia ella y clavaba el tenedor, liberando el vapor que había quedado atrapado bajo la superficie. "Sinceramente, no he hablado mucho con ella ni con los niños desde que se mudaron al estado de Washington. Hago videollamadas con ellos en vacaciones y les envío regalos por correo, pero ya no estamos tan unidos como antes".

Cogí la mitad de su sándwich y lo llevé a mi plato de ensalada. Le di un mordisco y el queso cheddar del bocadillo hizo que mereciera la pena. Mis dedos de los pies se curvaron mientras mi estomago cantaba de alegría.

No estaba acostumbrada a ser exigente con la comida, nunca me había importado mucho mientras tuviera buen aspecto y oliera bien, me lo comería. "Tienes que tomarte un tiempo libre e irte de vacaciones a verlos, o traerlos en avión. Te lo puedes permitir".

Laura tarareó. "Es un buen punto. Ya basta de hablar de mí. Cuéntame, ¿cómo te va con lo de su cara y vivir con él?".

Fruncí el ceño y dejé el bocadillo. "Se llama Mal, Laura. Será mejor que te acostumbres a decir su nombre. Va a estar en mi vida durante las próximas dos décadas por lo menos. O hasta que el niño tenga dieciocho años. Pero estoy segura de que seguirá por aquí incluso después".

Cogió una patata frita de su plato. "Ya, ya. Supongo que todo va bien. No me has llamado sollozando y pidiendo un sofá donde tumbarte".

Mis dedos jugaron con una semilla de sésamo que se desprendió del pan. "Va bien. Es un maniático del orden y tiene opiniones sobre los bocadillos que no me gustan, pero no es tan malo. Sinceramente, es reconfortante tener un médico cerca".

Laura me miró. "Entonces, ¿habéis vuelto a acostaros? Si es tan bueno como lo has hecho parecer, no sé cómo tienes las manos quietas".

Le di otro mordisco al bocadillo y un hombre guapo de pelo rubio arenoso y ojos marrones me miró con una sonrisa mientras pasaba por delante de nuestra mesa. Le devolví la sonrisa, pero no sentí ninguna de las ganas normales que tenía de ligar.

Laura miró cómo se iba el hombre. "Deberías haberle parado y charlar con él. Era guapo y te hacía ojitos.

Se me escapó un bufido. Bebí un sorbo de agua. "Dudo que se hubiera sentido así si supiera que estoy embarazada. No me veo saliendo con nadie, ni siquiera enrollándome, en mucho tiempo. Hay demasiadas cosas que hacer en el trabajo, y tendré un bebé dentro de casi siete meses. No hay espacio para nada de eso".

Laura se encogió de hombros. "Sabes, ahora estás viviendo con un hombre. Uno con el que ya te has acostado antes. Siempre podrías rascarte ese picor. No tiene por qué significar que te cases ni nada de eso. Sólo significaría que el padre de tu bebé es un buen polvo".

La fulminé con la mirada. "No me metas esos pensamientos en la cabeza. Añadir sexo a la mezcla mientras intentamos conocernos no es una buena idea".

Puso los ojos en blanco. "Por favor, mucha gente se acuesta en la primera cita y luego sigue saliendo. La única diferencia es que te quedaste embarazada en la primera cita. Así que hiciste las cosas un poco al revés, no significa que esté mal. Sería bueno para el niño que sus padres aprendieran a quererse, no sólo a tolerarse".

Sus palabras me golpearon fuerte. ¿Amarse? Me daba demasiado miedo pensar en eso.

Sacudí la cabeza. "¿Te he hablado del nuevo caso que tengo? Paul me lo dio ayer, cuando me dijo que me estaban considerando como socia. Es un caso de custodia monstruoso. Ambos padres quieren la custodia completa sin que ninguno esté dispuesto a ceder".

Suspiró, sabiendo que había cambiado de tema para no tener que pensar en una relación romántica con Mal. "No, no lo has hecho. Y enhorabuena por el posible ascenso. Va a ser mucho trabajo. ¿Estás preparada para ello con un niño en camino? ¿Estás siguiendo mi consejo y haciendo que la gente que está ahí para ayudarte, te ayude?".

Puse los ojos en blanco mientras asentía. "Lo estoy consiguiendo. No preocupes a tu bonita cabeza roja por eso".

Laura se rio y me hizo un gesto para que siguiera contándole el caso. Me alegré de tener a alguien con quien hablar de trabajo, alguien que lo entendiera.

Mal escuchaba cuando yo hablaba de trabajo, pero no era lo mismo que tener otra abogada con quien hablar, y sabía que no se aburriría.

Nos sacaría a los dos de mis confusas emociones en torno a Mal y a cómo sería el resto de nuestras vidas juntos con un niño al que cuidar.

Capítulo 14

Mal

Mis ojos se agitaron cuando el sol de la mañana brilló a través de mi ventana. Fruncí el ceño.

¿Qué demonios? Normalmente me levantaba mucho antes que el sol. Entonces me acordé.

Hoy era un día libre, no estaba de guardia para nada. Sólo me llamaban si los demás cirujanos del hospital de repente no podían hacer su trabajo. Supongo que eso me daba una razón para dormir hasta tarde.

Estiré los brazos por encima de la cabeza y pensé en quedarme tumbada un rato más, pero un golpecito en la puerta me hizo incorporarme. "Adelante".

Ana abrió la puerta de un empujón y mi mandíbula se habría golpeado contra mi pecho si hubiera podido. Estaba de pie, con un conjunto de lencería transparente azul cielo. Sin sujetador ni ropa interior.

Se me secó la boca al verla. Todo lo que quería hacer era enterrar mi cara entre sus muslos y encontrar allí el oasis. "Ana, ¿qué estás...?".

Mis palabras se interrumpieron cuando una sonrisa perversa cruzó sus labios y caminó hacia mí. Sus pechos rebotaban con cada movimiento de sus caderas. Se subió a la cama y me quitó la sábana de encima.

Abandoné toda contemplación cuando se sentó a horcajadas sobre mi cintura. Mis manos fueron a sus costados cuando se inclinó para besarme.

Dios, cada beso con ella siempre había sido como el paraíso. No dejaba de preguntarme si esos momentos que pasábamos eran fuertes o si todo estaba en mi cabeza. No estaba todo en mi cabeza.

La lógica y el despertar de mi polla luchaban por el control mientras sus dedos masajeaban mis pectorales. Una me decía que parara y averiguara qué me había provocado esto, mientras que a la otra le importaba un carajo y sólo quería seguir adelante.

Al final, sorprendentemente, se impuso la lógica.

Con medio gemido rompí el beso y llevé mis manos a sus hombros, impidiendo que volviera a besarme. "Ana, acordamos que no haríamos esto, al menos por un tiempo. No llevas ni dos semanas viviendo conmigo".

Se encogió de hombros y me miró con esos ojitos de niña mientras se enrollaba un mechón de pelo en el dedo. "Lo sé, y quería respetarlo, pero este embarazo me pone muy cachonda".

Sus pliegues desnudos rozaron mi pene mientras movía sus caderas. Eché la cabeza hacia atrás.

Sus uñas se clavaron en mi pecho. "Es culpa tuya que me sienta así. Me estoy volviendo loco".

Se me escapó un gruñido al pensar que estaba embarazada por mi culpa. Nunca pensé que algo así me excitaría, pero así era. Mis manos se deslizaron por sus costados hasta llegar a sus pechos, donde pellizqué cada uno de sus pezones, lo que me valió un gemido primitivo de ella mientras sus caderas chocaban con más fuerza contra mi polla.

"Oye, si tienes una necesidad, estoy aquí para ayudarte; esa es una de las razones por las que hice que te mudaras conmigo. Aunque sea sexo. No quiero dejarte toda reprimida".

Se levantó sobre sus rodillas para agarrar mi pene y colocarlo en sus húmedos pliegues. No bromeaba con lo de estar cachonda, mi polla se estremeció en su mano al sentir toda su excitación goteando por ella.

Con un solo movimiento, se hundió en mí hasta tocar fondo y ambos gemimos antes de acelerar el ritmo, girando las caderas en el ángulo perfecto. Me di cuenta por la forma en que sus paredes se agitaban a mi alrededor de que se acercaba al orgasmo.

No estaba seguro de cuánto tiempo podría aguantar, pero tenía que ser al menos hasta su clímax. Nunca dejaba a una mujer con más ganas de las que tenía.

"¡Eso es, nena, cabalga mi polla como quieres!" Mi mano bajó por su vientre hasta su monte y frotó su duro clítoris.

Sus gritos de éxtasis resonaban en las paredes, estaba seguro de que alguno de mis vecinos vendría a quejarse.

Mis huevos se apretaron, estaba tan cerca de correrme. Sólo tenía que aguantar un poco más...

El sonido del despertador me hizo sobresaltarme en la cama. Mi cerebro tardó un segundo en darse cuenta de que nada de eso era real.

"¡Joder!" Me froté la cara. Parecía tan real. La deseaba tanto que cada vez que estábamos juntos, mis sueños decidían hacerlo realidad.

Apagué el despertador, suspiré y me quité las mantas de encima. Necesitaba una ducha para quitarme la erección antes de salir al resto de la casa.

Anoche había olvidado apagar el maldito aparato y tuvo que sonar justo antes de venir.

Al menos hoy era realmente un día libre para mí y eso no era una fantasía, también.

***

Tras una ducha y una buena paja para asegurarme de no hacer el ridículo más tarde delante de Ana, salí de mi habitación, en un viaje desesperado en busca de café.

Antes de bajar las escaleras, eché un vistazo a la puerta de Ana. De alguna manera se había convertido en un hábito. Más que nada porque me gustaban esos momentos en los que podía pillarla con la puerta abierta mientras se pintaba los labios en el espejo junto a la puerta. Había

algo en esa acción que me hacía palpitar el corazón.

Mis cejas se fruncieron cuando encontré su puerta abierta y la luz encendida. Aún estaba oscuro, ni siquiera eran las 5:30 a.m. ¿Qué hacía despierta?

Me alejé de las escaleras y me acerqué a su puerta con cuidado de no hacer ruido. Escudriñé la rendija y la encontré sentada en la cama. Tenía un escritorio sobre las piernas y una montaña de carpetas a su lado.

Se puso las gafas de leer en la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz. ¿Se había ido a la cama? Sólo habían pasado dos días desde la noticia de su posible ascenso, y ahora estaba levantada antes del amanecer trabajando. Era sábado, debería tomarse un tiempo para ella, ahora más que nunca.

Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando se me ocurrió una idea. Primero tendría que sobornarla con café. Le encantaría, sólo se tomaba una taza al día y sabía que era su momento favorito de la mañana.

Subiendo dos escaleras a la vez, me apresuré y patiné hasta la cocina antes de ponerme a preparar dos tazas. Una negra para mí y otra con cuatro golpes de nata y tres de azúcar. Decía que nunca lo había tomado así, pero que ahora necesitaba el dulzor cremoso. No me gustaba nada el azúcar, pero sabía que era una batalla que no ganaría.

Con mi soborno en la mano, volví arriba y me acerqué a su puerta agrietada. "Toc, toc".

"¡Oh! ¡Entra!".

La empujé con el hombro y entré.

Sus ojos verdes se abrieron de par en par y extendió ambas manos para coger la taza. "¡Eres un salvavidas!" Un gemido salió de su garganta mientras sorbía el café. "Qué bien. ¿Qué haces levantado tan temprano? Pensé que hoy era tu verdadero día libre, nadie puede llamarte a menos que el lugar esté ardiendo".

"Olvidé apagar la alarma. No puedo dejar de notar que estás trabajando en tu día libre".

Ella suspiró. "Quiero avanzar todo lo posible antes de que aparezcan más síntomas de embarazo y no pueda. Tengo que cotejar nuestros archivos con los que tiene el acusado y asegurarme de que no intentan engañarnos. Este marido está empeñado en conseguir la custodia completa, y sus abogados son unos conocidos sinvergüenzas dispuestos a no seguir las reglas".

Miré su portátil. "¿Tu programa guarda automáticamente tus progresos?".

Ana frunció el ceño. "Sí, ¿por qué?".

Extendí la mano y cerré el portátil con la punta de los dedos.

Ella soltó un grito ahogado. "¿Por qué has hecho eso?".

Dejé la taza para quitarle el trabajo del regazo. "Parecen cosas que podrías delegar en tus asistentes. Deja que hagan su trabajo. Hoy vamos a salir. Yo invito".

Sus ojos parpadearon como si hubiera perdido la cabeza. "¿Salir? ¿A dónde?".

Me encogí de hombros. "A todas partes, podríamos ir de compras, a comer algo. Pasear por Central Park. Lo que te apetezca. Tenemos literalmente todo el día para hacer lo que queramos. Ve a refrescarte y nos vemos abajo dentro de una hora. No voy a aceptar un no por respuesta. Tú también necesitas tiempo libre para disfrutar de este embarazo. Se acabará en un abrir y cerrar de ojos".

Se llevó la mano a la barriga; no se le notaba, pero sabía que pronto se le notaría.

"Supongo que tienes razón. Me parece bien. Suena divertido. Nos vemos en una hora".

Con ánimo, salí de su habitación y me dirigí a la mía para vestirme y salir. El café fue una buena elección, la ablandó.

Ahora sólo necesitaba hacer algunas llamadas, para que el día fuera increíble para ella.

Capítulo 15

Ana

Todavía no podía creer que Mal quisiera hacer esto, pero no pude negarme al ver la expresión de alegría en su cara.

Después de arreglarme con un jersey negro de cuello alto y unos pantalones cómodos diseñados para parecer unos pantalones de vestir con clase, me puse unas bailarinas rojas para darle un toque de color, cogí el móvil y la cartera y bajé las escaleras.

Me recibió abajo con una sonrisa y ofreciéndome el codo. Lo acepté. Cuando esa mañana entró en mi habitación con una taza de café, me dolió el corazón por el gesto. No esperaba que hiciera algo así por mí. Había planeado tomarme una taza después de seguir trabajando, pero él tenía otros planes. No podía decir que estuviera enfadada por ello.

Sólo había dormido cinco horas y me desperté con hipo de acidez. Después de tomarme un antiácido, no pude volver a dormirme, así que el trabajo era la única opción. ¿Qué sentido tenía dar vueltas en la cama cuando podía ser productiva?

Al abrir la puerta, bajamos los escalones de su casa de piedra rojiza de tres plantas hasta la acera, donde Henry, su chófer, nos abrió la puerta. Apenas había conducido mi coche desde que me mudé con él. Francamente, era divertido que otra persona condujera en el tráfico de Nueva York.

Miré a Mal en cuanto el coche se apartó del bordillo. "¿Adónde vamos primero?".

"Bueno, no hemos desayunado, y eso es importante. Así que primero, un buen desayuno y luego he pensado que podría llevarte a algunas tiendas de ropa premamá, si te apetece". Yo invito, todo el día invito yo. Sé que no las necesitarás hasta dentro de un tiempo, pero quiero que estén ahí para cuando las necesites, para que no sientas que tienes que pelearte para encontrar ropa que te quede bien".

Empezó una guerra en mi cabeza. Una parte de mí estaba conmovida de que quisiera comprarme cosas, pero la otra mitad se quejaba de que yo tenía éxito y podía permitirme cosas como ropa y no necesitaba su ayuda.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras sus ojos centelleaban bajo los rayos del sol matutino que entraban por las ventanas. "Te diré una cosa, puedes comprarme un conjunto de ropa de futuro papá si eso te hace sentir mejor, ya veo que no te gusta la idea de que yo te lo compre todo".

Levanté una ceja. "¿Tan transparente soy? Creía que tenía cara de abogada".

Se acercó y me dio unas palmaditas en la rodilla. "No te preocupes, tu expresión estoica de tribunal sigue en su sitio. Acabas de dejar claro que no te gusta depender de la gente. No lo veas así. Piensa en ello como un bonito regalo. Estás esperando un hijo mío y, aunque no seamos pareja, sigo teniendo ganas de cuidarte".

Sus palabras me estrujaron el corazón. Una parte primitiva de mí quería saltar de alegría porque yo también quería que me cuidara. "Mientras me dejes comprar algunos muebles y ropa de bebé para la habitación del bebé, tenemos un trato" Le tendí la mano.

Asintió con la cabeza. "Trato hecho".

El resto del trayecto transcurrió en un cómodo silencio. Por una vez, el tráfico tampoco estaba tan mal. Parecía que mucha gente había dormido hasta tarde, y eso nos dio un respiro de todos los bocinazos furiosos que plagaban la mayor parte de la ciudad de Nueva York.

Pronto nos detuvimos junto a lo que parecía ser un bistró, pero entonces mis ojos se abrieron de par en par. ¿"*Sadelle's*"? Pero si no abren hasta las nueve. Consulté mi reloj inteligente. "Apenas son las ocho. ¿Vamos a esperar a la gente haciendo cola?".

Sadelle's era un lugar de lujo para almorzar y comer. También cerraban temprano. Antes de las seis, incluso los fines de semana".

Mal volvió a sonreír. "Ayuda conocer al dueño. Vamos".

Le seguí fuera del coche y volvió a ofrecerme el brazo. Pasamos por alto a la gente de la cola y nos acercamos a la puerta, que un segundo después se abrió para nosotros y nos dejó pasar. Mis mejillas se calentaron mientras la gente nos reñía diciendo que no era justo.

Nunca había hecho una cola así, y aunque me sentí un poco mal, al mismo tiempo tenía algo de emoción.

Una camarera nos condujo al interior del edificio, con paredes de ladrillo rojo y lámparas de araña que le daban un aire rústico y moderno, y nos llevó a un altillo. Nos sentó cerca de la barandilla y sonrió. "Me alegro de verle, Sr. Carden". Me miró. "Me llamo Mónica y le serviré esta mañana. Ya tenemos su pedido preparado. En breve le serviré sus bebidas".

Mal asintió. "Gracias, Mónica".

Se marchó antes de que pudiera decir nada. Le miré con el ceño fruncido. "¿Has pedido por nosotros? ¿Y si no me gusta lo que traen?".

Se reclinó en su silla y tuvo la audacia de parecer engreído. "He pedido una tortilla grande para compartir. Setas y pimientos añadidos con un montón de queso cheddar extra, tortitas de arándanos y una guarnición de fruta".

Parpadeé. Eran cosas que me compraría yo misma. "Pero con mantequilla...".

"También he pedido dos rebanadas de pan tostado que puedes untar con mantequilla y poner tus huevos. Sé que te gusta hacerlo".

Fue mi turno de inclinarme hacia atrás, boquiabierta. "¿Cómo sabías lo que iba a pedir? No llevamos tanto tiempo viviendo juntos".

Sacudió la cabeza. "No, pero presté atención. Nos peleamos por el queso, ¿recuerdas? Y adiviné lo de las tortitas, pero no pensé que dirías que no, ya que a menudo te encuentro

merendando arándanos en la cocina. Parece que son tus favoritos".

Lo eran. No sabía qué decir. Ningún novio que había tenido se preocupaba tanto. Siempre tenía que recordarles que odio el ketchup. Y ahí estaba él, clavando mi pedido sin siquiera pedirlo.

Un segundo después salió con dos bebidas rojizas y un poco de agua. Volvió a irse antes de que pudiera darle las gracias. Miré la bebida mientras el hielo la enfriaba.

"Es zumo de arándanos. Me imaginé que querrías el último poco de café que puedes tomarte por la tarde. Es bueno para ti".

Tomé un sorbo. Estaba ácido, pero bueno. "Deja de conocerme tan bien".

Se rio. "Siempre me he dado cuenta de las pequeñas cosas".

***

Para mi sorpresa, el desayuno era fantástico, satisfacía todos los antojos que ni siquiera sabía que tenía. La conversación fue fácil, aunque esquivó mis preguntas sobre cómo conocía al dueño y podía permitirse tener el local abierto sólo para nosotros. Una vez más, toda la conversación se centró en mí, pero tenía la determinación de conseguir que algún día hablara de sí mismo y de dónde procedía su riqueza, porque no era su trabajo.

Me di unas palmaditas en el estómago mientras entrábamos en el coche. "Estoy segura de que volveré a tener hambre dentro de una hora, pero ahora estoy llena. Estaba delicioso, gracias".

Asintió. "Por supuesto. Se inclinó hacia delante. "Seraphine a continuación, por favor, Henry".

"Claro, jefe. Por cierto, gracias por el bocadillo".

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Era muy amable por su parte hacer que le enviaran comida a Henry mientras nos esperaba. Era un buen jefe.

"¿Qué es Seraphine? Me parece haber oído ese nombre antes".

Mal se limitó a sonreír. "Es una tienda de ropa, saben que vamos".

Le miré con desconfianza. "Tienes contactos por toda la ciudad, ¿no?".

Un pequeño encogimiento de hombros. "Tal vez".

Puse los ojos en blanco y desvié la mirada hacia la ventana. Nunca había sido amiga o amante de nadie como él. "De acuerdo, Sr. Misterioso".

***

Sólo por los grandes escaparates y los maniquíes que había dentro, me di cuenta de que Seraphine no era el tipo de tienda en la que solía comprar ropa. Me vestía con ropa de gama

media-alta para mi trabajo, pero me gustaba ser lo más frugal posible. No estaba segura de gastarme cientos de dólares en ropa que sólo me pondría un par de veces.

"¿Seguro que quieres comprar aquí?".

Asintió. "Por supuesto, tienen la mejor ropa premamá del estado".

Una vez más, le seguí fuera del coche, y Henry se apartó de la acera, yendo a aparcar a otro sitio. Me cogí del brazo de Mal, la acción era casi tan íntima o más que ir cogidos de la mano.

Mi mirada recorrió la larga tienda de luces empotradas, blanco brillante y maderas claras. La típica boutique de la zona. Pasamos junto a un maniquí y levanté la etiqueta del precio de la rebeca que llevaba y mis ojos se desorbitaron. 115 dólares sólo por el cárdigan. Me gustaría pagar eso por todo el conjunto.

"¿Estás seguro?" volví a preguntar.

Asintió con la cabeza. "Sí. No te preocupes por el precio".

Los tacones chasquearon en el suelo de madera. Una mujer de largas piernas con un vestido negro y el pelo gris recogido en un moño nos sonrió. "Sr. Carden, me alegro de verle, a usted y a su invitada. Seraphine se alegra de tenerles. Me llamo Samantha y hoy le atenderé. ¿Le apetece un agua con sabor, un té? Por cierto, ¡enhorabuena!".

Mal dirigió mi mirada hacia mí. Esperando a que le dijera si quería algo. Negué con la cabeza. "Oh, no. Gracias. Acabamos de llegar de desayunar. No estoy segura de cuánto podremos comprar hoy. No apareceré por quién sabe cuánto tiempo".

Sacudió la cabeza. "No te preocupes, querida. Tenemos de todas las tallas. Queremos ayudarte a estar lista para cuando desfiles. Tenemos una amplia gama de vestidos, tops y leggings para elegir. Pareces tener una terminación otoñal, ¿te gustaría comprar esos colores?".

Parpadeé. No tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero sonreí. "Claro, eso sería... encantador". Casi siento que tenía que hablar de otra manera en este lugar.

Mal se inclina. "Relájate, será divertido. Tengo un spa programado para después".

No bromeaba cuando dijo que tenía el día planeado. La cabeza me daba vueltas, pero al mismo tiempo me sentía como si viviera en un sueño. Nunca había soñado con ir de compras a un sitio así, y mucho menos con ir a un spa después. El desayuno debía de costar cien dólares por sí solo y eso sin incluir la propina.

¿Quién era Malcolm Carden, y por qué tenía tanto dinero para quemar?

***

Gemí cuando la masajista se puso con el tejido profundo en la parte posterior de mis pantorrillas. Después de una mañana paseando por Seraphine, en el SoHo, y de las dos últimas semanas de mi vida, el spa era justo lo que necesitaba.

Me ayudó a olvidarme de los miles de dólares que Mal acababa de desembolsar para comprarme un nuevo armario premamá, que no me iba a quedar bien durante un tiempo. Ni siquiera me probé nada porque ya me quedaba grande. Pero Samatha me aseguró que me quedaría bien. Parecía un timo, un timo de ricos.

"¿Valió la pena tomarse hoy el tiempo libre? Estaba pensando que después de esto, podríamos ir a casa a ver unas películas y comer algo para llevar, tú eliges...".

Giré la cabeza sobre la mesa para poder mirar a Mal, cuya masajista le clavaba el codo en la espalda.

Hogar, supongo que ahora era mi hogar. No me sentía fuera de lugar allí como pensaba. "Eso suena maravilloso, y sí. Necesitaba un día como hoy. Gracias".

Una suave sonrisa curvó sus labios mientras cerraba los ojos. "Me alegro de haberte traído algo de felicidad".

Y ahí estaban de nuevo las malditas mariposas en mi estómago. ¿Cómo iba a seguir siendo su amiga cuando me trataba mejor que nadie con quien hubiera salido? Giré la cabeza hacia el otro lado para que no pudiera ver las lágrimas en mis ojos.

¿De dónde demonios habían salido? No debería llorar por él y, sin embargo, lo hacía. No veía cómo podíamos seguir siendo sólo amigos después de que él sacudiera mi mundo y siguiera haciéndolo.

Necesitaba no caer en sus encantos de príncipe azul. Los próximos siete meses serían duros en ese sentido.

Capítulo 16

Mal

Caminé por el hospital hasta las plantas superiores, donde se encontraban las oficinas administrativas, incluidos los despachos de los miembros de la junta directiva.

Hacía casi un mes que Clay había hablado con la junta. Me había portado bien y me había mantenido al margen desde entonces, con la esperanza de que eso les demostrara que iba en serio con esta clínica gratuita y que quería hacerme cargo de ella.

Llamé dos veces y no esperé a que me dieran permiso para empujar la puerta y entrar. Si no le gustaba, tendría que aguantarse.

Clay miró desde su portátil, donde había estado tecleando, con los ojos muy abiertos y un sermón en la punta de la lengua, pero en cuanto se dio cuenta de que era yo, suspiró. "Sabes que tenemos unos aparatos nuevos llamados teléfonos. Te permiten enviar mensajes de texto a cualquier persona, esté donde esté".

Le hice un gesto con la mano. "Sí, sí. Quería hablar contigo en persona en un ambiente de trabajo. No llegamos a hablar de la clínica gratuita en el bar el otro día".

Se reclinó en la silla y la giró de un lado a otro. "No pudimos. ¿De qué querías hablar al respecto?".

Me pasé la mano por el pelo, la impaciencia se apoderaba de mí. "¿Han cambiado de opinión en algo? Hace semanas que no salgo con influencers ni estrellas de segunda. Por algo será, ¿no? También bebo menos. Siempre he tenido un historial perfecto cuando se trata de pacientes y el hospital. Un médico honrado. Soy el único que podría dirigir la clínica, al fin y al cabo fue idea mía".

Clay suspiró y se rascó la mandíbula. "Esto queda entre nosotros. No digas nada a nadie al respecto o me haré a un lado cuando el autobús te golpee. Que seamos amigos no significa que vaya a salvarte el culo si rompes esta confianza".

Levanto la mano derecha. "Te juro que sabes que nunca te metería en problemas a menos que estuvieras arriesgando la vida de un paciente o algo así. Tus palabras no saldrán de esta oficina".

Asintió. "Han visto tu... superación personal y la aprecian. Han estado hablando más de la clínica gratuita y les gusta más la idea. También se inclinan por que la dirijas tú, pero aún no han apretado el gatillo. También están pensando en Barnes".

Apreté las manos contra los muslos. "¿Barnes? Es viejo y debería jubilarse. Acabaría quedándose dormido mientras habla con la gente. Ya ni siquiera hace rondas, lo delega todo en los residentes. No puede dirigir una clínica".

Clay levantó las manos. "Oye, estoy contigo, colega. Pero sólo soy un voto, no puedo cambiar las tornas si deciden seguir con él, aunque esté de acuerdo contigo. Sólo tienes que seguir demostrándoles que has cambiado.

"Quizás hacerles saber lo de tu hijo en camino y que te has ido a vivir con Ana. Eso les empujaría más en tu dirección. Ahora eres un hombre de familia listo para sentar la cabeza, lo que significa que puedes manejar la nueva responsabilidad sin que tus acciones se reflejen mal en ellos".

Suspiré y negué con la cabeza. "No quiero hacer pasar a Ana por eso, aún nos estamos acostumbrando a la situación, y ni siquiera nos han hecho la primera ecografía. Eso no será hasta...".

Miré el reloj. "Joder, mañana. Parecía que aún teníamos mucho tiempo".

Clay soltó una carcajada. "Acostúmbrate a esos saltos temporales. Cada vez ocurrirán más. Parpadeé y mi hijo ya estaba en papilla. Seguro que cada vez será más rápido".

Pensé en el fin de semana y en lo mucho que había disfrutado llevando a Ana por la ciudad y gastando dinero en ella. Ya casi nunca gastaba mi fortuna. Sabía que le chocaba, pero era divertido ver su sorpresa, casi horror, cuando oía los totales de las cosas.

Ella seguía intentando averiguar cómo tenía tanto dinero, pero yo evitaba esas preguntas. No estaba preparado para hablar de las frías piedras que eran mis padres. Ese era un puente que esperaría a cruzar por un tiempo.

No necesitaba que me juzgaran por haber dejado embarazada accidentalmente a una mujer de su nieto antes de casarme. Al fin y al cabo, lo único que les importaba eran las apariencias.

"No necesito que el mundo se entere de las decisiones que he tomado últimamente, y también afectaría a Ana si hiciera algo así. Puede que ella no sea una abogada de alto perfil, pero eso no significa que algo que saliera a la luz pública sobre nosotros no perjudicara su carrera. Así que no voy a utilizarla como medio para elevar mi carrera".

Una sonrisa se dibujó en los labios de Clay mientras me miraba como si me viera por primera vez. "Mira quién crece. Hace un par de meses, no lo hubieras dudado o pensado detenidamente si eso significaba conseguir lo que querías. Así que, debes estar colgado por esta mujer. Tengo curiosidad por conocerla".

El calor inundó mi cara, pero él tenía razón. Estaba fuera de mi carácter pensar en otra persona, pero no quería herir a Ana.

¿Era amor? No lo sabía, nunca había estado enamorado, nunca había sido algo que deseara. Me gustaba verla feliz.

La deseaba sexualmente, pero ¿podría amarla? Sólo el tiempo lo diría.

Ana

Entré en la más pequeña de las salas de conferencias. Paul, Greg y Eric, los socios de la empresa, estaban sentados a un lado de la mesa. Mi corazón latía con fuerza.

La única vez que los había visto a los tres juntos en una sala fue en mi entrevista, cuando yo era

una becaria que aún no había salido de la universidad. Eric trabajaba a menudo fuera del estado, en California, donde residía una sucursal del bufete.

Mi cerebro quería hacerme creer que tenía problemas, que Eric y Greg no estaban de acuerdo con que estuviera embarazada y que me dirían que hiciera las maletas y me marchara. A pesar de que Paul me había dicho que yo había sido una de sus elegidas como socia para sustituirle.

Cabía la posibilidad de que lo hubiera decidido por su cuenta antes de hablar con ellos y fuera dos contra uno. Si me querían fuera, no habría lucha por ello.

Eric se sentó en el centro con su pelo canoso rojo anaranjado y sus ojos verdes. "Por favor, tome asiento, señorita Lakes". Señaló la silla de enfrente.

Me armé de valor y tomé asiento. "¿De qué querían hablarme, señores?".

Greg miró a los otros dos antes de hablar. "Señorita Lakes, lleva usted un tiempo en nuestra empresa. Y desde que está aquí, ha demostrado ser una abogada formidable que vela por los intereses de nuestros clientes".

Paul carraspeó y una sonrisa se dibujó en sus labios. Me alivió los nervios saber que no era una mala reunión, o seguro que se le notaría en la cara. "Y por eso, queremos hacerte saber formalmente que te estamos considerando a ti y a otros dos para ocupar mi puesto en enero".

Eric se inclinó sobre la mesa y entrelazó los dedos. "Esto no significa que tengas el puesto, ya que estamos considerando a la señorita Hamilton y al señor Rowes también para el puesto. Sigue trabajando duro y te tendremos muy en cuenta".

El alivio me inundó, era sólo su oferta formal, haciéndome consciente de que el puesto estaba en juego si yo lo quería.

"Gracias, señores. Es un honor saber que me tienen en cuenta para el puesto. Seguiré trabajando duro y demostrándoles que soy la mejor persona para el puesto".

Los tres asintieron y me levanté de la mesa. No estábamos allí para charlar. Al salir de la habitación, mi reloj sonó y lo miré.

Recordatorio: ecografía de las nueve semanas mañana.

Mi corazón volvió a acelerarse. Por fin había llegado el día. No podía creer lo mucho que había cambiado mi vida en tres semanas. Me mudé con un chico al que apenas conocía y me acerqué a mi sueño de ser socia del bufete. No parecía real.

Pero nos enteraríamos de cómo estaba el bebé por primera vez. Estaba cagada de miedo, pero preparada.

Capítulo 17

Ana

Me removí en la silla por milésima vez mientras esperábamos a que nos llamaran para volver a la ecografía.

Mal se inclinó a mi izquierda y me puso la mano en la rodilla. "Tranquila, todo va a salir bien".

Asentí, pero el corazón me latía con fuerza. ¿Y si no encontraban ningún latido? ¿Y si había abortado y no me había dado cuenta? ¿Y si eran gemelos?

Y si encontraban un latido, entonces todo estaría consolidado. Mal y yo estaríamos el uno en la vida del otro durante al menos dieciocho años, si no más.

"¿Lakes?", llamó una mujer al salir por una puerta lateral.

Todo mi cuerpo se estremeció de excitación y de terror absoluto. ¿Cuál sería la reacción de Mal en ambos casos? ¿Me mudaría hoy? Necesitaría encontrar un nuevo apartamento rápidamente. Y si todo salía bien, ¿cambiaría algo para nosotros?

Me cogió la mano y lo miré. "Todo va a salir bien, Ana".

Oír mi nombre salir de sus labios permitió que mi corazón volviera a un ritmo normal. Él estaba aquí, no estaba sola, todo iría bien. Pasara lo que pasara, pasaría y yo no podía hacer nada al respecto.

La mujer nos sonrió cuando nos acercamos a ella. "Hola, soy la asistente de enfermería de la Dra. Gelin, Rebecca. Le tomaré los signos vitales, por favor acompáñeme".

Nos acompañó por un largo pasillo antes de indicarnos que entráramos en una sala a la derecha. El gran ecógrafo tenía un aspecto intimidatorio en un rincón de la sala, junto a la estrecha camilla verde menta.

"Papá, puedes sentarte en una de esas sillas. Mamá, necesito tu peso en la báscula de aquí".

Me acerqué a la báscula y me quité las zapatillas negras antes de subirme a ella. Mis ojos se abrieron de par en par al ver la cifra. Pesaba casi un kilo más de lo que había pesado en mi revisión médica anual hacía tres meses.

"Perfecto. Ahora siéntese en la cama, le tomaré la tensión, la temperatura y el nivel de oxígeno".

La enfermera se puso a comprobarlo todo. "Muy bien, voy a poner esto en nuestros registros. La Dra. Gelin y Katlin, nuestra técnica, estarán con usted en breve". Ella se fue y yo balanceé mis piernas sobre la mesa. Mis pies ni siquiera se acercaron al suelo.

Mal me sonrió. "Te ves tan pequeña ahí arriba".

Le fulminé con la mirada. "¡No es culpa mía que sea bajita! Lo creas o no, mi madre es más

baja que yo. Así que soy la chica alta de mi familia".

Se rio entre dientes. "Eso suena adorable".

Me dio un vuelco el corazón al ver su cara, sus ojos azules brillando. Parecía más feliz de lo que le había visto en las últimas tres semanas. Me dio esperanzas para el futuro con él.

Llamaron a la puerta y se abrió. Una mujer mayor con el pelo castaño claro entró en la habitación con una mujer más joven, con el pelo lleno de colores del arco iris, detrás de ella.

Los ojos marrones de la doctora me miraron: "Hola, señorita Lakes y...". Su cabeza se volvió hacia Mal.

Se levantó y le tendió la mano. "Malcolm Carden, pero por favor llámame Mal".

Asentí. "Siéntase libre de llamarme Ana también, doctora Gelin".

Ella sonrió. "Muy bien, Ana y Mal. Sentiros libres de llamarme Mirida. Si podéis subir a la cama y tumbaros, os examinaré mientras Kaitlin, mi alumna, lo prepara todo. Mal, puedes colocarte a su derecha, si te apetece".

Le miré mientras me echaba hacia atrás, una parte de mí quería que se acercara, pero también podía ver la ecografía desde donde estaba, así que no hacía falta.

Sin dudarlo, se levantó, se acercó a mí y me cogió la mano antes de que tuviera que ofrecérsela. Su tacto era tan agradable.

Mirida se dirigió a mi derecha. "¿Puedo levantarte la camisa?".

Asentí con la cabeza. "Sí".

Me levantó la blusa blanca vaporosa y me puso las manos en el vientre. Me palpó un poco. "Todo está bien y normal. ¿Lista para comprobarlo, Kaitin?".

"Sí" Kaitlin, la estudiante de medicina con el pelo arco iris, me sonrió. "¿Lista, Ana?".

Agarré la mano de Mal como si fuera un salvavidas. "Sí".

Cogió una cubeta y me echó un gel azul en el estómago.

Lo miré fijamente. "Está caliente".

Asintió. "Eres una de los afortunadas hoy, el calentador no se ha rendido. Ahora voy a usar la varita".

La varita me presionó el estómago y miré la pantalla. Señaló una zona blanca redonda y movió más la varita para situarla en el centro. "Ese es tu bebé". Pulsó unos botones. "¿Quieres oír los latidos del corazón?".

Ambos asentimos y Mal frotó su pulgar sobre mi piel.

Otro botón y el silbido llenó la habitación.

Se me puso la piel de gallina y una cálida alegría inundó mis venas, todo mi miedo abandonó mi cuerpo. Era mi bebé y haría lo que fuera necesario para ser la mejor madre posible.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y miré a Mal, que se secaba las suyas. No era la única abrumada por la felicidad.

Su mirada se cruzó con la mía y sus labios se posaron en los míos en cuestión de segundos. Le devolví el beso y llevé la mano libre a su suave mejilla. Me sentí tan bien.

Mirida carraspeó y nos separamos.

El calor inundó mi cara, no había querido dejarme llevar.

"Todo va bien, estás de nueve semanas y tu corazón late fuerte. Saldrás de cuentas en mayo del año que viene: alrededor del 18 de mayo, más o menos".

Eso se sentía tan cerca y tan lejos a la vez.

"Si todo sigue bien, te veré en diez semanas para la segunda ecografía. Si ocurre algo que te preocupe, no dudes en venir antes".

Asentí mientras Kaitlin entraba para limpiar el gel de mi estómago. "Gracias, Mirida".

***

Salimos de la oficina y entramos juntos en un ascensor vacío. Me quedé mirando las fotos que nos habían impreso y enviado por correo electrónico. "Tenemos un bebé", su voz llegó a mis oídos y le miré de reojo.

"Lo tenemos".

El beso volvió a mi mente y lo único que quería era volver a besarle.

Se volvió hacia mí y en un instante estábamos uno encima del otro. Mis piernas subieron hasta rodear su cintura mientras él me levantaba y me pegaba a la pared del ascensor.

Gemí cuando su lengua separó mis labios y el calor inundó mi centro de necesidad. Llevaba semanas deseándolo.

El ascensor sonó y volvimos a la realidad. Me bajó al suelo y me arregló la camisa por detrás mientras la puerta se abría y más gente subía para bajar.

Me cogió de la mano, lo único que esperaba era que siguiera así cuando llegáramos a casa.

La felicidad se extendió a través de mí. Joder.

Estaba enamorada de él. Puede que sea una tontería, pero estaba claro que para mí era algo más que lujuria.

Era el padre de mi bebé y sabía que lucharía por protegerlo, tanto como yo. Lo vi en sus ojos

justo antes de que me besara durante la ecografía.

Estoy enamorada de Malcolm Carden.

Capítulo 18

Mal

En cuanto entramos en casa, cogí a Ana en brazos.

Me rodeó el cuello con los brazos y soltó un chillido. La llevé a mi habitación y la tiré en la cama. En un segundo me puse encima de ella y la besé profundamente.

Sus dedos se enredaron en mi pelo y gimió en mi boca mientras yo acariciaba su lengua con la mía.

Nunca había deseado a una mujer tanto como a Ana. Cuando empezó aquel latido supe que haría cualquier cosa por ella y por mi hijo, y no podía soportar que nos sintiéramos tan separados. La quería cerca, quería estar con ella de formas que fueran más allá del sexo.

Me aparté. "¿Te parece bien? Ni siquiera te lo he preguntado".

Ella asintió. "No he dejado de desearte, tenía miedo de que no quisieras algo más de mí. Pero quiero estar contigo, si tú lo quieres. Podríamos intentarlo, por el bebé".

El alivio me inundó. "Yo también quiero eso".

Se sentó, se quitó las zapatillas y se quitó la camiseta.

Me levanté para deshacerme del resto de mi ropa y vi cómo se quitaba el sujetador y la ropa interior antes de que sus dedos se deslizaran por su vientre para acariciarse el clítoris.

Gemí al ver lo mojada que estaba. Tenía que probarla.

Me arrastré hasta la cama y dejé que mis pies colgaran de ella mientras colocaba mi estómago y mi cabeza entre sus muslos.

Inclinándome, pasé la lengua por su raja hasta llegar a sus dedos, que se apartaron mientras lamía el erecto capullo de nervios.

Los dedos de Ana se introdujeron en mis rizos, apretándolos mientras jadeaba. "Joder, echaba de menos esto".

Gemí: "Yo también", mientras curvaba los labios para chupar su clítoris y acariciarlo con la lengua. Sus caderas se agitaron".

Levantó el brazo para taparse los ojos mientras movía la cabeza de un lado a otro. "Estoy ardiendo. Dios, nunca nadie me había hecho correrme como tú".

Sus palabras me llenaron de orgullo y mi erección ansiaba estar dentro de ella. Primero, necesitaba que se corriera al menos una vez. Añadí un dedo y lo pasé por la rugosidad de su punto G, más gemidos escaparon de mi garganta. Mientras mi otra mano sujetaba su pierna, evitando que aplastara mi cabeza entre sus muslos.

Sus caderas se despegaron de la cama mientras pasaba la lengua por la zona sensible.

"¡Joder, joder! ¿Por qué me siento tan bien?"

Sonreí mientras seguía dándole lengüetazos mientras mis dedos bombeaban rápidamente dentro de su abertura.

"¡Mal! ¡Me corro! Oh, Dios, me corro. No pares".

No pensaba parar. No pensé que la haría correrse, pero fue una agradable sorpresa.

Pronto, sus paredes se cerraron sobre mis dedos y un gemido gutural llenó la habitación.

Me movía rápido, quería sentir el latido de su pasaje a mi alrededor. Saqué los dedos, los chupé mientras me colocaba en posición y penetraba en su calor resbaladizo con facilidad, mientras su orgasmo seguía haciendo que su coño se convulsionara con tensión.

Subió las piernas para envolverme y sus talones se clavaron en mi culo, empujándome mientras extendía las manos por mi pecho y mis costados.

Gemí mientras ella se amoldaba a mi circunferencia y se ajustaba como el mejor guante del mundo. Intenté contenerme, no ser tan brusco con ella. Ahora era consciente de lo embarazada que estaba y no me sentía bien si me ponía duro.

En cualquier caso, intenté inclinar mis embestidas para que no se quedara con ganas de más y pudiera correrse de nuevo. Ella levantó las caderas para recibir cada una de mis embestidas. "Me encantas, Ana. Es como si estuvieras hecha para mi polla".

Ella asintió debajo de mí. "Sí. Sí. Sí".

Sus uñas se acercaron a mi espalda y se clavaron en mi piel mientras los aleteos de su orgasmo crecían una vez más con la tensión. Mis pelotas dieron un apretón de advertencia, no iba a durar tanto como de costumbre, los sueños húmedos habían sido constantes, y mi cuerpo estaba más que listo para tenerla de verdad, mi tolerancia había disminuido un poco con el paso de las semanas.

Me agaché entre los dos y le froté el clítoris con los dedos índice y corazón, incitándola a alcanzar el clímax por tercera vez.

El cuerpo de Ana se tensó por todas partes y vi cómo cerraba los ojos y abría la boca en un jadeo silencioso antes de que yo la frotara tan rápido y tan fuerte como podía mientras la penetraba. El jadeo se convirtió en gemidos que fueron creciendo hasta que gritó y su pasaje intentó arrancarme el alma a través de los huevos.

La seguí mientras la sacudía, liberando mi semilla mientras me corría lo suficientemente fuerte como para ver puntos de luz en mi visión. Ella siguió deshaciéndose a mi alrededor y esperé a que cesara su espasmo antes de sacarla de dentro.

Como de costumbre, fui a levantarme para coger un trapo y limpiarnos, pero ella me agarró la mano. "Quédate y abrázame, podemos ducharnos más tarde".

Ninguna parte de mí quería rechazarla, así que la acerqué a mi lado y la abracé. Mi mirada se dirigió al techo mientras su respiración se estabilizaba.

Iba a ser padre. Pensaba en ir al parque, enseñarles anatomía. Verles cumplir hitos como aprender a andar o montar en bicicleta. No podía esperar a nada de eso. Y cuanto más había estado con Ana, más me daba cuenta de que encajábamos bien. Aparte de su necesidad de hacer montones por todas partes.

Era la mujer perfecta para ser la madre de mi hijo. El destino tomó el control en este caso, y estoy más que feliz con el resultado.

Ana

La dichosa bruma de los orgasmos múltiples me invadió mientras dormitaba sobre el pecho de Mal. Siempre había quedado satisfecha después de cada encuentro sexual que habíamos tenido. Aquello me demostraba que había tomado la decisión correcta.

Mi reloj zumbó y mi teléfono recibió un mensaje de texto desde algún lugar del suelo.

Me levanté y lo comprobé; podía ser del trabajo y no quería perderme nada si era uno de los becarios haciendo una pregunta.

PAUL: Quería que supieras que varias fechas puestas en el caso Dolman estaban mal puestas respecto a lo que dicen los archivos policiales. Apareces como la última persona que lo editó. Quería avisarte antes de que Greg lo viera.

Mierda.

Me apresuré a ponerme la ropa interior y la blusa y salí corriendo de la habitación para coger el portátil que tenía sobre la cama. Lo abrí y luego fui a coger los archivos con el caso Dolman.

"¿Qué pasa, Ana? ¿Qué ha pasado?" Mal entró en la habitación.

Negué con la cabeza. "Estoy cometiendo errores de novata debido a la niebla cerebral que he tenido. Tengo que arreglar algunas cosas antes de que Greg las vea. Es el tipo de imbécil que se negaría a elegirme como compañera antes que a citas equivocadas".

"Trabajas demasiado, Ana. Tienes que darle algunas de estas cosas a tus asistentes legales".

Ella suspiró. "Hablas como Laura, y lo sé. Pero primero tengo que arreglar esto".

Mal desapareció después de eso, y yo agradecí la tranquilidad. No estoy segura de cuánto tiempo pasó hasta que volvió y cerró mi portátil.

Levanté la vista dispuesta a enfurecerme con él, pero me detuve al notar la bandeja en sus manos. "He hecho la cena. Puedes descansar lo suficiente para comer".

Dejó la bandeja sobre mi regazo y cogió un plato para él mientras se encaramaba a un lado de la cama.

Me quedé mirando los fideos con mantequilla, pollo y verduras salteadas. Tenía muy buena pinta y me rugió el estómago. "Gracias".

Asintió. "Dime, ¿les has contado algo de esto a tus padres?".

Cogí el tenedor y lo hice girar sobre la pasta. Negué con la cabeza. "No. Quería esperar hasta las doce semanas. Sería cruel ilusionar a mi madre sólo para quitárselo si pasaba algo. Por fin a las doce semanas estamos casi fuera de la zona de peligro".

Frunció el ceño y luego asintió. "Supongo que tienes razón. ¿Cómo crees que se lo tomarán?".

El ajo de la pasta hizo que los dedos de mis pies se rizaran de alegría mientras tragaba el bocado. "Teniendo en cuenta que habían perdido la esperanza de tener un nieto, creo que estarán sorprendidos pero felices".

"Estoy muy contenta de que estemos embarazados".

Le miré y sonreí. "Yo también".

Capítulo 19

Ana

Tres semanas pasaron volando después de la ecografía, y las cosas iban bien entre Mal y yo. No podía saciarme de él. Mi cuerpo era adicto a cómo me hacía sentir.

Siempre se las arreglaba para atraparme en el momento en el que más estaba trabajando y necesitaba una liberación. El trabajo de las últimas tres semanas casi me mata.

El futuro ex marido de la demandante se presentó con antecedentes penales de antes de que estuvieran juntos o tuvieran un hijo para demostrar que mi cliente no era apta para ser madre y que quería la custodia total de los niños.

Así que tuvimos que llevar a nuestra clienta a dos psicólogos y a reuniones de alcohólicos anónimos para demostrar que ya no era la persona que era en el pasado y que no estaba incapacitada para ser madre.

Un gran coñazo, y retrasó aún más la vista mientras obteníamos todas las pruebas que necesitábamos para ganar el caso. Lo único que hicieron sus abogados fue ganar tiempo porque sabían que el marido perdería el caso; él también tenía antecedentes, y nosotros solo estábamos esperando a que se tramitara el papeleo para poder presentarlo.

Pero en ese momento, nada de eso importaba. Me quedé mirando el teléfono sentada en la isla, con Mal sentado a mi lado, que me tendió la mano. Había llegado el día. Estaba de doce semanas y todo iba bien. Había llegado el momento de decírselo a mis padres.

Llevaba una semana debatiendo cómo quería hacerlo: en persona o por teléfono. Estaba segura de que les gustaría hacerlo en persona, pero no estaba segura de poder presentarles a Mal y contarles lo del embarazo a la vez.

Podría ser demasiado chocante. Pero si conocían la situación antes de que llevara a Mal a conocerlos, tendrían tiempo de digerir la información y prepararse para conocerlo.

"Puedes hacerlo. Los ves cada dos semanas, te quieren".

Miré a Mal. "No les va a gustar que se lo haya ocultado viéndolos tan a menudo".

Se encogió de hombros. "Ya se les pasará, antes tenías que asegurarte de que habría noticias que contarles. Estabas siendo responsable".

Tragué saliva y asentí. "¿Vamos a llamar a tus padres después de esto?".

Ni una sola vez en las casi seis semanas que llevábamos viviendo juntos le había visto hablar por teléfono con alguien que no fuera su amigo Clay y sus colegas. Ni siquiera sabía si sus padres estaban vivos, pero supuse que, de no ser así, lo habría mencionado durante alguna de las cien veces que intenté hablarle de su familia.

Mal se puso rígido. "Hoy no... probablemente ni siquiera estén en el estado ahora mismo. En

esta época del año viajan a Francia".

Bueno, eso confirmaba que su familia estaba viva y al menos tenía algo de dinero. Mis padres estaban bien, pero no podían hacer un viaje anual a Francia. Tal vez una vez cada década, si querían.

Cogí el teléfono y llamé a mi madre antes de ponerlo en altavoz. El teléfono sonó varias veces antes de que ella contestara: "¡Hola, cariño! ¿Qué tal? Normalmente no llamas por la mañana".

Quizá debería haber esperado, pero ahora no puedo colgarle. "Hola, mamá. No es gran cosa, sólo quería llamarte. ¿Sigue en pie lo de cenar este domingo?".

El silencio se hizo entre nosotras mientras agarraba la mano de Mal con fuerza.

"¿Sí? Siempre hemos quedado para cenar. Sólo cancelábamos si surgía una emergencia. ¿Te encuentras bien? Hay algo en tu voz que me hace saltar las alarmas, y no me pasaba desde que eras adolescente".

Mierda, me conocía demasiado bien. ¿Qué esperaba? Mi madre siempre me había conocido, a veces mejor que yo misma. "Bueno, hay algo que necesito decirte. Os lo he estado ocultando a ti y a papá durante un par de semanas. De hecho, ¿podrías ir a buscarlo y poner el teléfono en altavoz? Sería más fácil si pudiera decíroslo a los dos al mismo tiempo".

"S-seguro. ¿Te encuentras bien? ¿Estás enferma?".

Me lamí los labios. "No estoy enferma, no te preocupes".

Al cabo de un momento volvió al teléfono. "Vale, cariño, tengo a tu padre conmigo. Cuéntanos las novedades".

Volví a mirar a Mal y solté un suspiro. "Bueno, desde hoy estoy embarazada de tres meses".

"¡¿Qué?!" Gritaron los dos. No me sorprendería que pudiéramos oírlos desde su casa de Brooklyn.

Después de un momento para que lo asimilaran, mi padre se aclaró la garganta. "No sabíamos que estabas viendo a alguien, cariño. No nos has dicho nada al respecto".

Dudé, tratando de decidir cuánta verdad decirles, pero odiaba mentirles especialmente a ellos. "Bueno, no estaba planeado. Más bien... sucedió. No estábamos saliendo cuando surgió, pero ahora somos... algo. Puede que también viva con él".

"¡¿Qué?!" Volvieron a gritar al unísono.

Mi madre resopló. "Vaya, nos has estado ocultando muchas cosas, Ana Lynn. ¿Qué será lo próximo? ¿Vas a decir que son gemelos?".

Me encogí ante su tono. "No, al menos, no según la ecografía. Lo siento, no quería decir nada hasta que estuviera al final del primer trimestre. Tengo treinta años y más riesgo de abortar antes".

"Bueno, ¿quién es ese chico que será el padre de mi nieto y cuándo podré conocerlo?", preguntó mi madre.

Mal se puso rígido y le miré para confirmarle que quería venir conmigo a cenar. Asintió con la cabeza.

"Se llama Malcolm Carden y es cirujano en el hospital de Manhattan. Esperábamos que pudiera venir conmigo a cenar el domingo".

"¡Por supuesto, cariño! Si es el padre de mi nieto, cuanto antes lo conozcamos, mejor".

Dejé escapar un suspiro aliviada. "Me alegra mucho oírte decir eso". Luego vacilé, sintiéndome extrañamente ahogada. "¿No me odias por esto?".

Papá refunfuñó en voz baja antes de hablar. "¿Por qué demonios íbamos a odiarte, Ana? No hay nada que puedas hacer para que dejemos de quererte. Nos vemos el domingo".

Me mordisqueé los labios. "Vale, nos vemos el domingo. Os quiero".

"¡Yo también os quiero!" Corearon antes de que terminara la llamada.

El corazón aún me latía con fuerza. Giré mi cuerpo para mirar a Mal en el taburete.

Extendió la mano y tiró de mi cabeza hacia él para darme un beso en la sien. "Ha ido bien. No se enfadaron en absoluto. Me da un poco de miedo conocer a tu padre, pero estoy deseando hacerlo. Tienen una amplia gama de emociones en comparación con mis padres".

Es lo máximo que le había oído decir con respecto a sus padres. "¿En serio?".

Asintió y apartó la mirada. "Mis padres son... producto de su educación. No son de los que transmiten mucho y mucho menos amor".

Me acerqué a él y lo abracé. No me extraña que no hablara de ellos. "Bueno, créeme, mis padres tienen amor más que suficiente para los dos".

***

Antes de que pudiera parpadear, ya era domingo y estaba en la puerta de casa de mis padres con Mal, que llevaba un ramo de flores variadas en la mano para mi madre. Llevaba su típica camisa de botones verde oscuro con pantalones de vestir gris oscuro.

Yo llevaba un vestido de jersey y el pelo recogido en un moño. No suelo arreglarme para mis padres, pero me resultaba raro estar relajada para que lo conocieran por primera vez.

Nos acercamos a la puerta de la casa azul de tamaño medio en la que crecí. Estaba en la zona más bonita de Brooklyn. Todas las casas de la manzana parecían cuidadas y bien mantenidas. Antes de que pudiera llamar al timbre, la voz de mi madre sonó por toda la casa. "Dan, Ana está aquí con su... ¡amigo!".

Hice una mueca de dolor al oír eso, pero ninguno de los dos le había puesto una etiqueta a nada. Por ahora, éramos amigos.

La puerta de nogal se abrió seguida de la mosquitera. Su mirada se dirigió hacia Mal, que sobresalía por encima de los dos, pero aún más de ella.

"¡Hola! Bienvenidos, pasar por favor, ¡quitaos los zapatos en la puerta!".

Entramos en la casa arrastrando los pies y me quité las botas con práctica facilidad.

Mal hizo lo mismo, aunque parecía confuso. Mi madre odiaba que se ensuciara la entrada.

Le hice un gesto mientras mi padre entraba desde el salón lateral. "Mamá, papá, este es Malcolm Carden, pero le gusta que le llamen Mal. Mal, estos son mis padres, Dan y Didi Lakes".

Mal les sonrió a los dos y le tendió las flores a mi madre. "Encantado de conocerles, señor y señora Lakes. Ana me ha hablado mucho de ustedes".

Mi madre cogió las flores. "Encantada de conocerte, querido. Por favor, llámame Didi". Olió las flores. "Son preciosas". Juguetonamente le dio una palmada en el pecho a mi padre. "¿Por qué no me traes flores más a menudo, eh? Las pondré en agua". Caminó por el pasillo hacia la cocina, en la parte trasera de la casa.

Papá le tendió la mano a Mal. "Encantado de conocerte, Mal. Llámame Dan".

Mal hizo una mueca cuando papá le estrechó la mano, sabía que le estaba dando un apretón de manos de muerte. Después de un minuto lo soltó. "Ven, tu madre hizo un pollo asado. Dijo algo de que si eras como ella, odiarías el olor a carne cocinada".

Dejé escapar un suspiro. "¡Gracias, mamá!".

Le seguimos hasta la cocina, la mesa redonda que había allí ya estaba puesta con pollo humeante, puré de patatas y algunas verduras asadas.

Miré por encima del hombro al no sentir a Mal detrás de mí. Estaba en el pasillo, mirando los cuadros que cubrían la pared bajo las escaleras. Me miró y sonrió. "Eras una niña muy mona. Tenías el pelo tan rizado".

Alcé la mano para tocarme la cabeza. "Sí, se ha domado un poco desde que soy adulta, pero también me lo dejo rizado a veces".

Se puso a mi lado y mi padre nos indicó que tomáramos asiento.

Así lo hicimos mientras mi madre colocaba el jarrón con las flores en la ventana de la cocina. "Preciosas, gracias, Mal".

Mal sonrió. "De nada, señora... Didi".

Vino a sentarse. "Por favor, comer. Me alegra saber que elegí bien el pollo. No pude comer cerdo ni ternera hasta que tuviste seis meses. Había algo en ellos que no me gustaba".

Asentí. "A mí me pasa lo mismo. No soporto el olor". Le pasé las patatas a Mal y las cogió. Se sentía rígido, pero supuse que se relajaría con el tiempo.

***

La cena fue bien. Mis padres interrogaron a Mal sobre su carrera, y él les habló de la clínica gratuita que querían poner en marcha cerca de Central Park, para los que no podían permitirse cirugías o atención médica.

Parecían impresionados con él, y hasta ahora mi padre no le había amenazado con un "más vale que no hagas daño a mi niña". Aunque puede que se lo haya guardado para la segunda cena.

Cuando terminó la cena, me ofrecí a limpiar y, antes de que Mal pudiera ofrecerse a ayudar también, mi padre se lo llevó a su estudio. No estaba segura de cómo me sentaría que estuvieran solos.

Mi madre me dio un codazo mientras me tendía un plato para que lo secara y yo no le presté atención, sino que me mantuve atenta a los gritos.

"Parece simpático, cariño. Mejor que el idiota, tiene una carrera consolidada y es cirujano".

Se me encendieron las mejillas. No era ningún secreto que pensaban que yo iba detrás de los perdedores la mayor parte del tiempo. Mi ex marido fue uno de los que me atrapó antes de que viera todas las señales de alarma.

Pasé la toalla por el borde del plato azul. "Sí, él también va en serio, lo cual es agradable de ver".

"¿Os vais a casar?".

Casi se me cae el plato en el fregadero. "Mamá, yo... no vamos a hacerlo. Es complicado, y después de haberme casado una vez, desconfío de volver a hacerlo".

Ella suspiró. "Lo sé, pero es el padre de tu bebé. Esta vez es diferente. Sería bueno para el bebé veros a los dos unidos. Si no, todo parece un contrato. Como si sólo vivieras con él porque tienes a su bebé pero no fuera por nada más aparte de eso".

No pensé que se pareciera un contrato entre nosotros. "No es tan rígido, mamá. Es que todavía estamos aprendiendo el uno del otro. Sé que no quieres oír esto, pero no habíamos planeado nada de esto. Se suponía que iba a ser una noche de diversión, y mi anticonceptivo decidió no funcionar".

Sus mejillas se ensombrecieron. "No soy una mojigata, Ana. Me divertí antes de conocer a tu padre. Sólo creo que es mejor que os lo toméis más en serio, eso es todo. No querrás confundir al chico más adelante en la vida".

Le di unas palmaditas en la mano enguantada de goma amarilla. "No te preocupes, mamá. Nuestro hijo estará bien cuidado y tendrá dos padres que lo quieren, eso lo sé". Me incliné más

hacia ella. "Lloró al oír los latidos".

Se llevó la mano al pecho. "¡Qué tierno!".

Pronto, Mal volvió a salir con papá. No parecían disgustados en absoluto, no con las sonrisas en sus caras. Me acerqué a ellos. "¿Todo bien?".

Mal asintió mientras me besaba la sien. "Muy bien. Tu padre me estaba enseñando su colección de los New York Yankees".

Puse los ojos en blanco. "Me sorprende que no estuvieras ahí dentro dos horas, repasando sus cromos de béisbol firmados".

Papá se rio. "Me lo guardo para la próxima vez".

***

Una vez en el coche, con un plato preparado para Henry, miré a Mal. "¿Qué te ha dicho mi padre en el estudio?".

Sacudió la cabeza. "Nada, literalmente me enseñó su colección. Es un buen tipo. Ojalá mis padres fueran así".

Le cogí la mano. "Bueno, cuando estés listo para contárselo, estaré a tu lado".

Me cogió la mano y asintió. "Gracias".

Capítulo 20

Mal

Me senté en el despacho del trabajo y me quedé mirando el teléfono. Tenía que llamar y organizar una cena con mis padres, darles la noticia, pero la idea me daba pánico.

Toda mi vida mis padres habían sido como dos dignos bloques de hielo. No estoy seguro de que en casa se hablara nunca de amor mientras crecía.

Los padres de Ana le habían dicho que la querían al menos cuatro veces durante la cena de la noche anterior.

Me reí al recordar a su padre llevándome a su despacho para enseñarme su colección. Las paredes de su despacho estaban cubiertas de fotos de su familia. Me demostró la clase de padre que era y que amaba profundamente a su familia. Yo también quería ser ese tipo de padre.

No hablamos mucho, pero me dijo que tener un hijo era lo mejor que había hecho en su vida, y que si yo supiera lo que me convenía, querría a Ana y a nuestro bebé con todo mi ser.

Tal vez sería diferente si supieran que un nieto estaba en camino. Quizá serían mejores abuelos que padres. Había oído hablar de cosas así.

También había oído de avistamientos de ovnis, pero eso no los hacía probables.

"A la mierda, acabemos con esto de una vez". Cogí el teléfono y llamé a mi padre.

Sonó una vez.

"Hijo".

El tono frío hizo que se me enderezara la columna. "Hola, papá, ¿cómo estás?".

"Bien. Almorzando con tu madre. ¿Cómo estás tú?".

Todo mi coraje se fue por la ventana ante su tono formal, no sabía por qué había esperado algo diferente. Me hubiera encantado que sonara feliz cuando lo llamé, considerando que habían pasado casi cuatro meses desde la última vez que me molesté en contactarme, y ciertamente no eran el tipo de padres que se acercan para ver si estaba bien después de no saber de mí por un tiempo.

"Tengo a alguien que me gustaría que conocierais. Podríamos programar una cena para un futuro próximo". Así que me había acobardado de decírselo. Esperaba que decírselo en persona fuera mejor. Ana podría estar allí como un amortiguador.

"¿Ah, sí? Creía que no querías casarte ni sentar la cabeza, hijo. Lo dejaste claro el año pasado cuando te fotografiaron con cuatro mujeres distintas en un solo mes".

Me froté la nuca. "Sí, de verdad. Puede que te sorprenda, padre, pero la gente puede cambiar. No me lo esperaba, pero ocurrió".

Hizo un ruido en la garganta como respuesta y luego dijo algo lejos del teléfono. Al cabo de un momento, volvió. "Tu madre dice que es con poca antelación, pero puede hacer que la cocinera prepare algo el sábado, si os viene bien a ti y a la persona con la que quieres que quedemos".

Ana solía tener los fines de semana libres aunque intentara trabajarlos desde casa de todas formas. "Eso funcionará. Nos vemos entonces".

Otro carraspeo. "Muy bien. ¿Si eso es todo?".

"Sí, nos vemos...".

La línea se cortó antes de que pudiera terminar la frase. A mi padre nunca le gustaron las charlas triviales ni las despedidas.

***

Una vez en casa, entré en la cocina y me encontré a Ana con su trabajo extendido sobre la isla. Aquello despertó mi enfado, pero lo reprimí, recordándome a mí mismo que ella había mejorado en eso de no dejar sus cosas por todas partes, y que las recogería antes de irse a la cama.

Me miró con los dedos volando sobre el teclado. "Hola, ¿qué tal el día?".

Fui a la nevera a por una cerveza. "Bien. Hablé con mis padres". La abrí y le di un largo trago. Había dejado de beber a diario, pero seguía guardando un pack de seis en la nevera para los días más duros. A Ana no parecía importarle, siempre que no me emborrachara.

Me apoyé en la encimera y la miré. Sus grandes ojos verdes se clavaron en los míos. "Habría estado allí contigo, si me hubieras dicho que ibas a hacerlo. ¿Cómo te fue?".

Tragué saliva. "Bueno, no les conté lo del bebé. No podía hacerlo por teléfono. Pero les dije que tenía a alguien que quería que conocieran y fijaron una cena para este sábado. ¿Podrías venir?".

Ana asintió. "Debería poder. Tengo que ir a la oficina unas horas, el martes tenemos un juicio que preparar, pero no es cosa de todo el día, debería terminar para la hora de cenar. ¿Dónde viven?".

No pude encontrar su mirada mientras me aclaraba la garganta. "Long Island". Di otro trago a mi cerveza.

Allí había una gran variedad de casas, pero ellos vivían en una mansión valorada en sesenta y cinco millones de dólares. No estaba seguro de cómo prepararla para eso cuando había crecido en una casa promedio.

"No está muy lejos. ¿A qué hora?".

Me encogí de hombros. "No me lo dijeron, pero la cena siempre era a las cinco en punto mientras yo crecía. Supongo que no habrá cambiado.

Me sonrió y me dio un vuelco el corazón. "Lo añadiré a mis recordatorios. Estoy deseando conocerlos".

Suspiré y dejé mi cerveza en el suelo. "Escucha, debería advertirte antes de que los conozcas. Son... ¿cómo decirlo? Rígidos. Tienen valores antiguos y no comparten muchas emociones. En ese sentido, soy un fracaso a sus ojos. Si no fuera por la universidad y porque aprendí a ser empático, probablemente sería estoico como ellos. No te tomes a pecho nada de lo que digan o dejen de decir, sólo son gilipollas ricos.

Se acercó a mí y me puso la mano en el pecho. Se puso de puntillas y me incliné para darle un largo beso antes de que se apartara. "Eso es lo máximo que has dicho sobre tu familia. Y la confirmación verbal de que vienes de dinero y todo esto no es sólo por tu sueldo del hospital".

Asentí. "Sin embargo, no me compraron este lugar. Utilicé parte de mi herencia para invertir cuando cumplí dieciocho años, y valió la pena. Me moriría antes de depender de ellos".

Sus brazos rodearon mi cintura y se relajó contra mí. "De alguna manera te has vuelto aún más sexy. No sé cómo es posible".

Sonreí y me agaché para levantarla. "Deja que te enseñe lo sexy que puedo llegar a ser".

Ana chilló mientras la llevaba arriba para follármela por décima vez esta semana. No podía tener suficiente de ella.

***

El viejo reloj de pie sonaba en el salón mientras estaba sentado con mis padres. Miré el reloj. Hacía media hora que había mandado un mensaje a Ana, que me había dicho que estaba en un atasco y que fuera sin ella.

Tendría que haber hecho que Henry la recogiera en la oficina, pero esa mañana me dijo que no lo hiciera, que saldría súper temprano y llegaría a la misma hora que yo. Pues algo pasó, porque ahora llegaba muy tarde.

"No es muy puntual, ¿verdad?". Mi madre sorbía el té con el meñique en alto, como si fuera la reina de Inglaterra. Sus facciones puntiagudas parecían pellizcadas mientras miraba el reloj de la esquina de la habitación.

"Se ha quedado atascada en el tráfico, madre, no puedes esperar que vuele por encima de los demás coches". Al menos esperaba que dijera la verdad cuando dijo eso y que no fuera porque se le había olvidado.

Como si nada, sonó el timbre de la puerta. No lo echaba de menos desde joven.

"Ves, ahora es ella". Me levanté del sofá rosa floreado y me dirigí a la entrada donde una de sus criadas ya había contestado.

"Gracias, ya me encargo yo". Miré la etiqueta con su nombre. "María".

Inclinó la cabeza y se apresuró a marcharse mientras yo le abría la puerta a Ana. Me robó el aliento con un vestidito negro a media pantorrilla, modesto pero que parecía abrazar sus curvas de tal manera que no me costaba imaginar su figura desnuda debajo.

Después de todo, la había memorizado.

Llevaba un bolero blanco sobre los hombros y el pelo recogido y fuera del cuello. Al menos mi madre no tendría nada que decir sobre su atuendo.

"Empezaba a preocuparme por ti", dije, con un evidente alivio en la voz.

Se acercó a la entrada. "Lo siento. El tráfico era terrible. Me siento muy mal".

¿Por qué iba a sentirse mal si no había salido tarde del trabajo y no había tenido tiempo de arreglarse? Últimamente estaba tan absorta en su trabajo que era un milagro que pudiera apartarla de él durante los descansos. El caso de la custodia y otros más pequeños le ocupaban todo su tiempo.

Sacudí la cabeza. "No te preocupes. Entra, mis padres nos esperan en el salón".

La acompañé al interior y apoyé mi mano en la parte baja de su espalda mientras la guiaba hasta donde estaban.

Mi madre seguía sentada, mientras que mi padre al menos tenía los modales de ponerse de pie para recibirla. Inclinó la cabeza en su dirección y me dirigí a ellos.

"Madre, padre, esta es Ana Lakes. Ella es...". Me interrumpí. Aún no habíamos hablado de hacer oficial la relación y no quería darlo por hecho. "Muy importante para mí, y pensé que ya era hora de que la conocierais. Ana, estos son mis padres, Richard y Helena".

Ella inclinó la cabeza hacia mi padre cuando ninguno de los dos le ofreció la mano. "Hola, señor y señora Carden. Es un placer conocerles, les pido disculpas por llegar tarde".

Mi madre resopló y mi padre asintió. "Sí. Bueno, ¿pasamos al comedor para cenar?".

Se acercó a mi madre y le ofreció su codo doblado. Ella dejó la taza de té en la bandeja que tenía al lado y se levantó, cogiéndole del brazo. Pasaron junto a nosotros y Ana me miró. "Están muy enfadados conmigo, ¿verdad?".

Negué con la cabeza aunque en parte tenía razón. "No, ellos son así. Muy pijos, siempre lo han sido. No te lo tomes a pecho".

Asintió mientras la animaba hacia el comedor.

Las maderas oscuras de la mesa, las sillas y la pared mezcladas con los candelabros tenuemente iluminados daban al lugar un ambiente lúgubre. Siempre me olvidaba de él hasta que volvía a entrar. Sólo comía aquí los veranos que pasaba fuera del internado privado al que me habían enviado, pero no guardaba buenos recuerdos.

La larga mesa, lo bastante grande para servir a veinte comensales, estaba dispuesta mínimamente en el extremo izquierdo, lo que hacía que la habitación pareciera enorme para un

asunto tan sencillo.

Nos sentamos todos y los camareros se acercaron con nuestros platos para servirnos. Comparado con la cena íntima y hogareña con los padres de Ana, esto parecía frío y poco acogedor.

Me quedé mirando el filete y luego miré a Ana, que también lo miraba. Me incliné hacia ella. "Lo siento, les dije que nada de carne".

Ella negó con la cabeza. "No pasa nada, puedo comer las verduras, sean las que sean". Hurgó en un montón redondeado de algo verde.

Después de unos bocados, me aclaré la garganta. "Padre, madre, hay algo que necesito compartir con vosotros".

Mi padre se burló. "¿Algo más?".

Agarré los cubiertos con más fuerza. Un segundo después, la mano de Ana en mi rodilla me ayudó a calmarme. Tenerla allí ayudaba. "Hay otra razón por la que quería que conocieras a Ana. Esperamos un hijo juntos".

El fuerte tintineo de mi madre al dejar caer los cubiertos, sorprendida, resonó en la habitación. "¡Pero si ni siquiera estáis casados!".

Me reí. "Ahora la gente tiene hijos fuera del matrimonio, madre. Es de lo más habitual".

El rechinar de mi padre cortando su filete con fuerza me hizo mirarle. "Contigo es una cosa tras otra. ¿Qué tienes que mostrar de tu vida? Un trabajo sin futuro en un hospital y un hijo fuera del matrimonio. Creíamos que te habíamos educado mejor".

Mi madre emitió un sonido de derrota. "Tal vez por fin le haga madurar, actuar como corresponde a su edad, Richard".

La rabia y la humillación ardían en mi pecho y en mi cara. Antes de que pudiera decir algo, Ana se aclaró la garganta. "Lo siento, pero ¿cómo puedes decirle eso a tu hijo? Independientemente de su edad. Y tu hijo es cirujano, la mayoría de los padres estarían más que orgullosos de tener un hijo con esa carrera. Él salva gente a diario y está trabajando duro para hacer de la medicina algo que todo el mundo pueda tener. Y es muy maduro. Se ha desvivido por mí después de enterarse de lo del bebé. Lo último que deberías hacer es reprenderle por sus decisiones. Hacen falta dos para bailar el tango".

Me quedé mirándola mientras se le hinchaba el pecho. Entonces me llamó la atención y se sentó en su silla. "Lo siento, Mal. Me he dejado llevar por mis emociones".

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Si mis padres no estuvieran en la habitación, estaría muy excitado. El rubor de sus mejillas y el brillo de sus ojos cuando se levantó para defenderme... sin duda, la imagen más excitante de mi vida.

Me puse de pie, tirando de ella conmigo. "Tiene razón, y no voy a dejar que ninguno de los dos se siente a aguantar tus groseros comentarios. Sabes la verdad, he hecho mi trabajo como hijo.

Esperaba que fuerais felices, pero supongo que siempre ha sido demasiado pedir para cualquiera de los dos. Y te pedí que no sirvieras carne ni marisco. Uno la enferma y el otro no puede comerlo. Y no has sido más que grosera desde que llegué. Quizá seas tú quien tenga que madurar".

Con su mano en la mía, la conduje fuera de la casa. No necesitaba a mis padres y no los quería cerca de ella ni de mi hijo si se comportaban así. Me había cansado de trabajar por sus alabanzas.

Ana

Una hora más tarde, la suave mano de Mal recorrió mi vientre hasta llegar a mi centro para frotarme el clítoris dolorido mientras su erección me rozaba el trasero mientras estaba tumbada de lado.

Jadeé cuando me sacó de un estado de medio sueño. Cuando llegamos a casa, fuimos directamente a su dormitorio y lo hicimos como estudiantes universitarios en una residencia privada.

Este segundo asalto fue diferente. Me besó el hombro y yo levanté la pierna para apoyarla en su cadera antes de volver a coger su polla y colocar la cabeza en mi entrada. Lo único que quería era tenerlo dentro de mí otra vez. Me reconfortaba la forma en que me estiraba y conocía todas las maneras de apretar mis botones.

Gimió mientras me penetraba lentamente. Sus dedos seguían en mi clítoris mientras me llevaba al sexto orgasmo de la noche.

Giré la cabeza para besar sus labios. Algo cálido me inundó y tardé un segundo en darme cuenta de que estaba contenta. Estaría contenta de estar con él toda la noche, lo único que quería era estar cerca de él.

Rompió el beso para apretar sus labios contra mi cuello. "Eres increíble. Nunca nadie me había defendido así. Siento mucho que te hayan tratado así".

Jadeé mientras una larga y lenta embestida rozaba los puntos de placer de mi interior de un modo delicioso. Mis dedos subieron para rodear su nuca y jugar con los rizos negros de la siesta.

"No te disculpes, ahora entiendo por qué nunca hablabas de ellos. No es justo. No podía quedarme sentada y escuchar cómo te destrozaban cuando no has hecho nada malo".

Un gemido lo abandonó, pero el borde de él casi sonó como un sollozo. Intenté verle mejor la cara, pero era difícil.

Por un segundo, me aparté de él para girar sobre mi lado derecho y quedar frente a él. Mi pierna pasó por encima de la suya, mientras me hundía de nuevo sobre él. Un escalofrío me recorrió. El orgasmo no estaba lejos.

Me rodeó con el brazo y me acercó, y yo hice lo mismo con él. Por muy cerca que estuviéramos, no era suficiente.

"Nunca seré lo bastante bueno".

Parpadeé sorprendida y llevé mi mano a su suave mejilla. "No. No te atrevas a decir eso. Estás haciendo cosas increíbles con tu vida. Están cegados por su dinero. Tú eres mejor que ellos. Amable, considerado. Quieres quitarle el dolor a la gente. No te merecen, Mal".

Lo besé derramando todo mi amor y deseo por él. Entonces me golpeó como una tonelada de ladrillos. Eso era lo diferente esta vez, estamos haciendo el amor. Nunca había sido tan lento. En este momento, sólo queríamos estar unidos. Quería decirle que lo amaba, pero había una pequeña posibilidad de que huyera de mí aterrorizado, así que me contuve.

Al romper el beso, jadeé cuando sus dedos volvieron a mi clítoris. "¡Mal!".

Me besó la barbilla. "Eres preciosa, perfecta en todos los sentidos. Por favor, córrete para mí, mi ángel, y luego déjame abrazarte".

Las largas caricias de su pene mezcladas con su atención a mi nódulo de placer hicieron que mi mente y mi cuerpo entraran en un cálido y feliz orgasmo. No sacudió mi cuerpo, pero fue tan fuerte como uno de esos orgasmos.

"¡Sí! ¡Sí!" Me aferré a él con todas mis fuerzas, temiendo salir flotando si no lo hacía.

Gimió en mi cuello mientras se corría por segunda vez en una hora. "Tan perfecto. No quiero dejarte ir nunca".

Su cálida semilla me llenó y, mientras ambos bajábamos a por nuestros máximos, seguí aferrándome a él.

"¿Está bien si me quedo dentro de ti un poco más? No quiero dejarte marchar".

Asentí. "Yo quiero lo mismo".

Me dio otro beso en los labios mientras sus manos recorrían mis costados, estrechándome. En ese momento supe que lo mío iba para largo. Ya no estaba indecisa: lo amaba y me quedaría con él, y lo único que esperaba era que él quisiera lo mismo y lo dijera pronto.

Capítulo 21

Mal

Las semanas y los meses habían pasado volando y, antes de que nos diéramos cuenta, Ana estaba embarazada de siete meses y medio. En general, todo fue perfecto.

Tardamos semanas en saber el sexo del bebé. Cada vez que lo intentábamos el bebé se daba la vuelta. Después de múltiples ecografías para saber el sexo, a las veintiocho semanas pudimos saber que íbamos a tener un niño.

Yo también habría sido feliz con una niña, pero estoy encantado de haber tenido un niño.

En menos de dos meses tendríamos un hijo juntos, y durante un tiempo sentí que cada día estábamos más cerca. Eso se ha ralentizado un poco desde entonces.

Hace alrededor de un mes, el caso en el que había trabajado tanto se aceleró. Aún faltaban semanas, posiblemente más, para ir a juicio y resolver el caso de una vez por todas. Miro la pila de libros de nombres de bebés que me envió hace una semana.

Esta noche los abriríamos mientras comíamos pasta fettuccine -su último antojo- y un poco de zumo de uva. Le hacía sentir como si fuera vino y la ayudaba con sus ansias cuando quería relajarse del día. No me gustaba la gran cantidad de azúcar del zumo, pero había aprendido a no meterme con sus elecciones de comida o bebida, o desataría su ira.

Habían pasado casi dos horas desde que dijo que llegaría a casa. Había dejado la cena caliente y todo estaba listo para cuando entrara por la puerta. Sabía que estaba bien. El hospital más cercano a su trabajo era el mío, así que si le pasaba algo, la llevarían allí y me avisarían como su contacto de emergencia.

Mi mirada se dirigió hacia el armario de los licores. Aparte de alguna cerveza de vez en cuando, no había tomado nada fuerte desde que se mudó conmigo. Me parecía mal beber algo fuerte cuando ella no podía hacerlo también, pero era lo que debía hacer. Ella no podía, así que yo tampoco. Aunque momentos como este me daban ganas de beber.

Deseaba que me enviara algún mensaje para avisarme cuando llegara a casa. Cuando llegaba tarde y no había mensajes o una llamada telefónica para avisarme de que llegaría tarde, me hacía sentir como si se hubiera olvidado de mí y el hecho de que tuviéramos planes lo empeoraba.

Era petulante por mi parte, lo sabía, pero cuando ni siquiera se molestó en enviarme un simple mensaje de "llegaré tarde", me devolvió a mi infancia. Cuando mis padres me hacían promesas sobre cómo serían las próximas vacaciones de verano, pero cuando llegaba el momento, siempre era un mayordomo el que me recogía en el aeropuerto y me traía a casa. Entonces nunca se acordaban de ninguna de las promesas que habían hecho para callarme diez meses antes.

Que me dejaran plantado y se olvidaran de mí era peor que su retraso. Si se comunicara conmigo, no me dolería tanto. Al menos sabría que estaba bien y no tendría que preocuparme por ella ni por el bebé.

La puerta principal se abrió y unos minutos más tarde entró en la cocina con aspecto agotado y la bolsa de trabajo al hombro, llena a rebosar con todo lo que llevaba dentro.

Sus ojos se posaron en mí y se agrandaron. "¡Dios mío, cuánto lo siento! Se me pasó que esta noche íbamos a cenar juntos y a repasar los nombres del bebé".

Reprimí la frustración que crecía en mi interior. Así que se había olvidado de mí; no era sólo que sus jefes la retrasaran, y no había podido enviar un mensaje rápido, ni siquiera con el teléfono conectado al ordenador. Le habría llevado menos de un minuto.

Sacudiendo la cabeza, me levanté de la isla y fui a quitarle la bolsa del hombro. Debía pesar al menos cinco kilos; no debería cargar con algo así estando embarazada.

"No te preocupes. Deberías mandarme un mensaje cuando estés de camino a casa. Sé que no estamos en una zona muy peligrosa, pero no me gusta que llegues a casa tan tarde y tengas que cargar con esto mientras está oscuro. Saldré y te ayudaré, si me avisas a qué hora llegarás a casa, si sabes que vas a llegar tarde".

Una parte de mí esperaba que si le dejaba caer algunas indirectas de que quería que se comunicara más conmigo y me avisara cuando tuviera que quedarse hasta más tarde, lo haría.

La conduje hasta la isla y dejé la bolsa en el suelo. "Siéntate".

Lo hizo y sacudió la cabeza. "Greg estaba insoportable hoy, y creo que podría estar así hasta el final de este caso. Nunca habíamos tenido un cónyuge tan pesado. Ha contratado a algunos de los abogados más molestos que he conocido. Saben que van a perder el caso, el tipo es una basura, así que están haciendo todo lo posible para prolongar lo inevitable".

Tengo la sensación de que no ha oído nada de lo que le he dicho sobre mandarme un mensaje si iba a llegar tarde. Arrodillado, la ayudo a quitarse las botas. Su estómago había llegado a un punto en el que le resultaba difícil agacharse, y no quería que tuviera que esforzarse para quitarse los zapatos.

"No te preocupes por el trabajo ahora. Vamos a cenar y a repasar los libros de nombres. Necesitas desconectar del día".

***

Después de un poco de pasta y zumo de uva, pasamos los libros al enorme sofá que habíamos pedido para el salón informal. Nunca había tenido un mueble tan aparatoso en casa, pero a ella le encantaba, y reconozco que era uno de los sofás más cómodos en los que me había sentado nunca.

Se inclinó a mi lado mientras abría el libro del bebé. "Matthew es un buen nombre". Lo señalé en la lista. "Regalo de Dios. Podríamos llamarlo Matty para abreviar".

"Suena bien. También tendría tus iniciales". Tomó mi mano que descansaba en su costado y la movió hacia su ombligo. "Está pateando muchísimo esta noche".

Un pequeño golpe golpeó mi mano y una sonrisa se dibujó en mi cara. Toda la ira de antes se había ido, y aunque fuéramos opuestos en cómo hacíamos la mayoría de las cosas, en ese momento supe que quería estar con ella el resto de mi vida.

Pero no podíamos pasar de conocernos a casarnos. Sé que ella nunca aceptaría eso. Pero tal vez podríamos hacer oficial nuestra relación, mis días de jugador habían terminado. No tenía ningún deseo de otra mujer en mi vida. Algo que pensé que nunca diría.

Un grito ahogado la abandonó mientras ojeaba los nombres con "N" de la página siguiente.

"¿Qué? ¿Ves alguno que te guste?".

Señaló a Nathaniel.

Lo leí. "Dios ha dado".

"Era el nombre de mi abuelo paterno. Murió cuando yo tenía seis años, pero ese hombre me encantaba. Siempre me llevaba a ferias y una vez compró una máquina de algodón de azúcar, sólo para que pudiéramos hacerlo en su casa para la noche de cine familiar".

La mirada de nostalgia en su cara lo decía todo. "Ese es el nombre entonces. Tiene que ser es por la forma en que sonríes al respecto. Por lo que recuerdo de mi abuelo paterno, también era un buen hombre. Todo lo contrario que mi padre. Decía que la vida era demasiado corta para limitarse a trabajar todo el tiempo, y esa fue una lección que aprendió demasiado tarde. Fue la primera persona que me llevó a Coney Island".

Se incorporó un poco más. "Es lo máximo que te he oído hablar de tu familia. ¿Cómo se llamaba tu abuelo?".

Tragué saliva. Probablemente era la única persona de mi familia a la que le importaba si yo era feliz o no. Hacía mucho tiempo que no pensaba en él. No desde que murió cuando yo tenía diez años. Había estado tan enojada con él por dejarme. Ahora, como médico, sabía que sufría de cáncer de huesos, y la muerte fue un alivio para él de todo el dolor. "Lee".

Pasó a las "L". "Lee: Sanador y prado, dependiendo de dónde viene en la palabra. Dice que el significado en latín significa León. Nathaniel Lee Carden" Su mirada se encontró con la mía. "¿Qué te parece para su nombre? Suena bien".

Se me puso la carne de gallina al oír su nombre completo. Me incliné hacia ella y la besé un instante antes de retirarme. "Creo que es perfecto y honra a dos buenos hombres en nuestras vidas".

Ana volvió a acurrucarse a mi lado. "Me encanta".

Volví a poner mi mano en su estómago. "Deberíamos tener una cita de verdad mañana. Hay algo de lo que quiero hablarte, pero quiero que sea durante una buena cena. ¿Digamos Jean-Georges sobre las siete y media? Haré que Henry te recoja".

Frunció el ceño. "¿No hay que reservar en ese sitio con veinticuatro horas de antelación? Ya ha pasado esa hora".

Una sonrisa se dibujó en mis labios. "El jefe de cocina es amigo de la familia. No tendrá problema en hacernos entrar a esa hora, y le pediré que prepare un menú para nosotros dos sin pescado ni ternera. Tiene un menú vegetariano de seis platos, así que no será difícil".

Con los ojos en blanco y sacudiendo la cabeza, suspiró mientras apoyaba la cabeza en mi hombro. "¿Por qué no me sorprende? Parece como si estuvieras conectado con todas las élites de Nueva York".

Casi lo estaba. Ella conocía algunos de los horrores por los que mis padres me hicieron pasar de niña, pero no creía que llegara a comprenderlo todo con su educación cariñosa. Estaba bien si no lo hacía, lo último que quería era que nuestro hijo tuviera que pasar por eso.

"Es una cita mañana, me aseguraré de salir temprano. Podemos ir juntos. 7:30, no olvidaré esta hora, lo prometo".

Realmente esperaba que no lo hiciera, quería que fuera mi novia, pero no podríamos hacerlo si siempre se olvidaba de mí.

Ana

Me sentía como un zombi casi a las diez de la noche cuando hice que mi coche aparcara en paralelo delante de nuestra casa. Greg insistió en que nos quedáramos el mayor tiempo posible para elaborar nuestro discurso.

El juez Glen siempre quería que la gente intentara llegar a un acuerdo en este tipo de casos. Prefería la custodia al cincuenta por ciento a la custodia exclusiva, porque creía que era más justo para los niños, pero en este caso yo creía que la custodia exclusiva debía ser para la madre. El padre menospreciaba a todo el mundo cada vez que podía y no me cabía duda de que también hablaba así a sus hijos, y eso no era bueno para nadie, especialmente para un niño.

Salí y me dirigí al interior. La oscuridad me esperó abajo. Supuse que habían llamado a Mal o que estaba en la cama. Saqué mi teléfono, encendí la linterna y subí las escaleras, con la esperanza de no haberlo hecho caminar si era lo segundo.

Me di unas palmaditas en el pecho. Necesitaba trabajar más, asegurarme de que cada pizca de prueba había sido presentada correctamente. Pero antes, necesitaba un poco de antiácido.

La luz de mi habitación llamó mi atención. ¿Me había dejado la luz encendida? Mal normalmente apagaba las luces.

Abrí la puerta y me lo encontré vestido con un traje azul marino, sin zapatos y con lo que parecía ser un whisky en la mano. Hacía semanas que no le veía beber más que una cerveza.

Sus ojos vidriosos me miraban fijamente; por lo que parecía, tampoco era su primer vaso. ¿Por qué bebía tanto?

¡La cita!

Hice una mueca de dolor, sintiéndome fatal al instante. "¡Eh, lo siento! Greg estaba dándonos

el coñazo con lo de sacar adelante el caso y me olvidé de Jean-Georges".

Tomó un sorbo del líquido ámbar y resopló. "¿Qué tal?".

Entré en la habitación y me quité los zapatos. Normalmente me ayudaba con ellos, pero esta mañana tenía que trabajar, así que opté por unos planos. El ardor de mi pecho quería que me dirigiera al baño, pero su tono me hizo reflexionar. "¿Qué pasa?".

"Pensaba que era un adicto al trabajo, pero tú me has avergonzado. Incluso con todo, emergencias y demás, siempre me aseguro de volver a casa y verte, me aseguro de que hayas comido, dormido. Intento que te relajes. Pero ahora siempre llegas tarde del trabajo, o si no trabajas hasta tarde en la oficina, te levantas tarde aquí. Me dejas de lado y parece que no te importa nada más allá de conseguir el puesto".

Sus palabras me escocieron y las lágrimas brotaron de mis ojos. Últimamente todo me hacía llorar, pero ahora estaba justificado. "Esto es por lo que he estado trabajando desde que me gradué en el instituto. Es el sueño de mi vida. ¿Me estás pidiendo que lo tire por la borda porque tengo menos control sobre mi horario que tú? Siento no poder ser tan perfecta como tú haciendo mi trabajo".

Mal se levantó de la cama. "¡Sólo te pido que te esfuerces más por mí! Sólo un poquito. Pones recordatorios para todo lo demás, pero cuando se trata de mí siempre te olvidas. Apuesto a que te olvidaste de la cena que tuvimos con mis padres y mentiste sobre el tráfico cuando por fin leíste mis mensajes. ¿Has mirado siquiera el móvil esta noche?".

Me sequé las lágrimas, pero seguían saliendo. "No te atrevas a mancillarme esa noche". Seguía pensando en aquel momento en el que nos abrazamos durante horas después de hacer el amor.

Saqué el móvil del bolsillo de la americana. "Lo tenía en silencio, estuvimos reunidos hasta hace media hora". Había dos mensajes de voz, cinco llamadas perdidas y una docena de mensajes de texto, cada uno de los cuales crecía en irritación a medida que me desplazaba por ellos y mi sentimiento de culpa empeoraba.

Sacudió la cabeza. "No me oyes. Podrías haber puesto un recordatorio silencioso en tu reloj sobre nuestra cita, pero nada. Ni siquiera te molestaste en cancelarlo, simplemente lo olvidaste".

Suspiré. "No sé qué quieres que haga, Mal. Ya te he dicho que lo siento. No puedo dar marcha atrás. ¿De qué querías hablarme?".

Se terminó el vaso que tenía en la mano antes de mirarme con ojos desenfocados. "Iba a pedirte que fueras mi novia y hacer esto oficial, pero ahora, creo que deberíamos tomarnos un tiempo separados. Nos hemos ido a vivir juntos demasiado pronto. Eso es culpa mía por haber tenido la mala idea". Se dio unas palmaditas en el pecho.

Las lágrimas seguían cayendo por mis mejillas. "Estás borracho, no lo dices en serio".

"¡Sí lo digo!" Gritó. "No quiero estar cerca de ti. Criaré a nuestro hijo contigo, pero no creo que debamos vivir juntos. Hace las cosas demasiado confusas. Duele demasiado cuando lo intento y lo intento, y no obtengo nada a cambio. Ni siquiera un mensaje de cortesía".

Resoplé y me fui de la habitación. Estaba siendo un gilipollas egoísta y me recordaba mucho a mi ex en ese momento. No necesitaba nada de eso por segunda vez. "¡Bien! Si quieres que me vaya, me iré. Pero no esperes que vuelva. Ya no juego a esto. Una vez en la vida fue más que suficiente para mí".

Cogí mi maleta y la abrí en el suelo antes de coger varias prendas, todas las que él no me había comprado. "¡Quédate también con tu puta ropa de embarazada! Puedo conseguir más por la mitad de precio".

La puerta de mi dormitorio se cerró de golpe y al asomarme a la habitación vi que se había ido. Empecé a sollozar.

Pasó una hora antes de que pudiera recoger mis cosas y meterme en el coche. Sabía que si llamaba a Laura me acogería, pero en su habitación no cabía. No podía volver a mi apartamento, así que sólo podía ir a un sitio.

***

Llamé al timbre y a los pocos segundos me abrió mi padre. "¿Ana? Es casi la una de la madrugada". Abrió la puerta y me dejó pasar.

"¿Quién es, cariño?".

Me abalancé sobre mi madre y ella me abrazó mientras las lágrimas volvían a brotar. "¡Mal me ha echado!".

Me frotó la espalda. "¡Vaya! Eso es horrible. Eres más que bienvenida a quedarte aquí. Puedes quedarte en nuestra antigua habitación, y mi cuarto de costura puede convertirse en una habitación infantil. No te preocupes, cariño, mamá cuidará de ti. Vamos a tomarnos un té y me cuentas lo que ha pasado".

Sollocé con más fuerza. Mi vida se había desmoronado en cuestión de horas.

Capítulo 22

Ana

Habían pasado dos días desde que Mal estalló contra mí y yo había abandonado su lujoso adosado.

Mis padres estaban más que dispuestos a darnos a mí y al bebé un lugar donde quedarnos. Me dijeron que no me preocupara por encontrar un apartamento de inmediato. Lo único de lo que tenía que preocuparme era de mantenerme sana para el bebé.

Mi teléfono zumbó en modo silencio cuando Mal me llamó por octogésima vez.

Lo había ignorado el primer día, quedándome con mis padres en lugar de ir a la oficina porque la secretaria me había llamado para decirme que había venido a buscarme.

Una pequeña parte de mí sabía que me había equivocado. No debería haber olvidado nuestra cita. Sin embargo, no creía que por eso tuviera que echarme. Actuaba como un niño que no recibía suficiente atención; debería ser capaz de soportar no ser el centro de atención de mi vida las veinticuatro horas del día.

Si se comportaba así, era mejor que estuviéramos separados. Ya había lidiado con una pareja controladora, no iba a hacerlo una segunda vez en mi vida.

El timbre de la puerta sonó, haciéndome saltar al mismo tiempo que el teléfono se ponía en marcha de nuevo. Me deslicé por el sofá para esconderme de la ventana mientras mi padre se dirigía a la puerta. Abrió la primera, pero mantuvo cerrada la puerta de mosquitera. "No quiere verte, Malcolm".

"Por favor, señor, que sepa que estoy aquí. Cometí un error al pedirle que se fuera".

Resoplé, no me lo había pedido en absoluto, me lo había dicho.

"Quizás no deberías haberte emborrachado entonces y haber dicho cosas que no querías decir. Ella fue franca contigo desde el principio sobre lo mucho que quería avanzar en su carrera. Os acabáis de conocer, no tiene por qué convertirte en el centro de su mundo, y una vez que tenga al bebé, tú siempre serás el segundo. Te dije lo que significaba ser padre, no te lo tomaste en serio".

Internamente, me estremecí ante las palabras de mi padre. No se equivocaba, pero aun así me parecieron duras.

Mal suspiró. "Lo sé, señor. Me dejé llevar por mis emociones. Por favor, necesito hablar con ella".

Con algo de esfuerzo me levanté, nunca me había dado cuenta de lo mucho que me ayudaban mis abdominales hasta que ya no pude doblarlos. No iba a parar hasta hablar conmigo.

Mi padre frunció el ceño cuando me acerqué. "Vuelve a descansar, cariño. Tienes que mantener la tensión baja".

Me froté el estómago mientras miraba a Mal a través de la media puerta de mosquitera. Tenía los ojos inyectados en sangre y, por primera vez desde que lo conocí, se le estaba formando una barba oscura a lo largo de la mandíbula. Al menos tenía tan mal aspecto como yo. "Está bien, papá. Será mejor que hable con él".

Papá frunció el ceño. "Bien, pero yo estoy aquí y él no puede entrar".

Sabía que Mal nunca llegaría a las manos conmigo, que sólo se ensañaba con las palabras, pero entendía por qué mi padre quería ser precavido.

Mal juntó las manos como si fuera a rezar: "Ana, lo siento mucho. La otra noche lo exageré todo. Debería haber hablado contigo por la mañana, cuando se me pasara la borrachera. Por favor, vuelve a casa. Debería haber sido más comprensivo, sé que el trabajo ha sido duro y estaba siendo egoísta".

Dijo todas las cosas que quería que dijera, cosas por las que cualquier mujer se derretiría, pero mi pasado me impedía lanzarme a sus brazos. Tragué saliva y me armé de valor. "Gracias por las disculpas, pero no las acepto. Conoces mis relaciones pasadas y lo que me hicieron, y no puedo fingir que esto no ha pasado".

Le temblaba el labio inferior y parecía al borde de las lágrimas, pero intentó mantener la compostura delante de mi padre. "Por favor, no tienes que perdonarme, sólo ven a casa".

Negué con la cabeza. "Si te sirve de algo, borracho, tienes razón. Nos fuimos a vivir juntos demasiado rápido. Ni siquiera nos conocíamos. Y aunque en gran parte fue estupendo, creo que deberíamos pasar el resto del embarazo separados. Tal vez podamos hablar de conseguir un lugar a poca distancia de la suya una vez que nazca. Seguiré siendo la madre de tu hijo, pero no estoy lista para nada más. Te enviaré fotos de la próxima ecografía, el hospital te avisará si me pongo de parto. Hasta entonces, por favor, dame espacio. No volveré a pedírtelo antes de emprender acciones legales para que me lo des si no me haces caso".

Mal se pasó una mano por la cara. "Por favor, reconsidéralo, no quiero pasar tanto tiempo sin verte a ti ni a nuestro bebé. Te daré espacio, pero que no sea el resto del embarazo. Quiero estar ahí para los dos".

Hizo falta todo lo que había en mí para no derrumbarme. "Hablaré contigo cuando tenga que hacerlo". Me di la vuelta y volví al salón mientras mi padre le cerraba la puerta en las narices.

Mi madre vino a sentarse conmigo mientras me daba una taza de té de manzanilla. Un sollozo me quebró y ella tiró de mí para que me apoyara en su hombro.

"Cariño. Hiciste lo correcto. Era demasiado pronto para que os fuerais a vivir juntos, incluso con el bebé. No le demos más vueltas. Él sabe cómo te sientes y tenemos que esperar que respete tus deseos. ¿Quieres mirar muestras de pintura para el cuarto del bebé?".

Me acordé de la habitación de Mal. Sólo habíamos comprado un moisés y un cambiador, y habíamos optado por tonos grises hasta que supiéramos cómo era el bebé. Él decoraba esa habitación solo, lo que solo me hacía llorar más, aunque sabía que había hecho lo mejor para mí y para el bebé. El tiempo separados era lo correcto.

***

Dos semanas pasaron volando. Mis padres prepararon una habitación infantil perfecta y, aunque la casa era la misma en la que crecí, no me sentía como en casa. Ni siquiera pude ver mucho a Laura con sus horarios, y Mal se mantuvo alejado como le había pedido, por lo que sentí un gran alivio. No había querido emprender acciones legales contra él para obligarlo a alejarse. No es que las órdenes de alejamiento siempre funcionaran.

Me quedé mirando la foto enmarcada de la ecografía de las veintiocho semanas, cuando por fin supimos el sexo. Los marcos que había encargado mi madre acababan de llegar por correo. Había tenido un embarazo bastante bueno, con sólo un poco de acidez estomacal en su mayor parte. A pesar de todo el estrés, mi cuerpo se mantuvo firme y seguí trabajando, para sorpresa de Greg, que había hecho una apuesta con otros socios sobre cuánto duraría en la carrera para ser socia.

Incluso con el interminable caso de la custodia, había seguido en él. Ahora estaba estancado porque el juez Glen lo había abandonado: su mujer había contraído una enfermedad terminal y él se había jubilado anticipadamente para cuidarla. Teníamos que esperar a que lo retomara otro.

Podrían pasar de seis meses a un año antes de que se llegara a una conclusión sobre el caso. Lo único que podíamos hacer era cruzarnos de brazos. La mayor parte del trabajo estaba hecho, pero siempre había nuevos clientes y casos en los que trabajar mientras tanto. Que el caso del infierno estuviera paralizado no significaba que pudiera sentarme y relajarme.

Coloqué el marco en la pared, alineado con los otros cinco. Mis padres querían una pared cronológica, con fotos mensuales del bebé una vez que naciera. Me gustó la idea. Sería bueno tenerlas para su álbum de bebé cuando fuera mayor.

Di un paso atrás, me senté en la mecedora y suspiré. Ojalá no me sintiera tan sola. Mis padres habían estado a mi lado, no debería sentirme así, pero así era.

Echaba de menos a Mal. Su sonrisa, su risa, su tacto. Hacía semanas que no me ponía cachonda, aunque no le diría que no si aparecía al azar en mis sueños. Pero tenía que mantenerme fuerte y alejada, eso nos daría claridad cuando naciera el bebé. Sólo siete o diez semanas más y mi bebé estaría aquí.

El miedo intentó apoderarse de mi mente. Me decía que no podría hacerlo sin Mal, pero sabía que no estaría sola, mi madre estaría conmigo en cada paso del camino, y por eso estaba agradecida. Aunque dejara un hueco en mi corazón donde había estado Mal.

Esos sentimientos de amor no habían desaparecido, pero sabía que tenía que dejarlos ir para que todo esto doliera menos.

Capítulo 23

Mal

Salí de la habitación del hospital de un paciente recién operado. Era una colecistectomía, extirpación de la vesícula biliar, pero era cualquier cosa menos estándar. Tardaron más de una hora en sacarla con lo inflamada que estaba. Ninguno de nuestros escáneres mostraba la gravedad del tejido cicatricial que crecía sobre ella. La operación solía durar media hora si yo dirigía el equipo. Esta tomó casi dos.

Acabo de ver cómo está el señor Teller, y ha valorado su dolor con un ocho sobre diez, que es mucho más de lo que me gustaría para esta operación, pero tuvimos que cortarle más de lo que le habrían cortado a otras personas.

"Mónica, dale al Sr. Teller cuarenta miligramos de morfina y llámame dentro de una hora para decirme en qué punto de la escala de dolor se encuentra. No le des el alta hasta que pase gases y esté a menos de cinco".

"Claro, señor... espere, ¿cuarenta miligramos?".

Me detuve en seco cuando estaba a punto de ir a mi despacho y la miré. "Sí".

"¿De... morfina, señor?".

Parpadeé. "Mierda, no. Lo siento. Cuarenta miligramos de codeína. Bien visto". No era un hombre grande, tanta morfina podría haberlo matado.

Me miró con el ceño fruncido. "Sé que soy nuevo, señor. Pero, ¿se encuentra bien? No parece el mismo desde hace dos semanas".

Me pasé una mano por la cara y no me gustó la barba que sentía. Me picaba hasta el cielo, pero no tenía ningún deseo de afeitarme. La gente tenía suerte de que me duchara, y sólo lo hacía porque trabajaba en un hospital y a diario llegaba a casa con un montón de gérmenes. Cuando Ana estaba allí, me duchaba en el hospital para no llevarle nada a casa ni a ella ni a nuestro hijo en el vientre.

Me dolía el corazón. Hacía dos semanas que no estaba en casa y yo no la veía desde que me pidió que me fuera de casa de sus padres. Sabía que si no respetaba sus deseos de darle el tiempo suficiente para que se calmara, utilizaría sus poderes de abogada para quitarme a mi hijo antes de que pudiera conocerlo.

"Estoy bien. Sólo que no he dormido bien. Me disculpo por el desliz, y seré más atento. Dejé notas para todos los que están a mi cargo. Si algo cambia no duden en llamar. Además, llámame Dr. Carden, señor me hace sentir demasiado viejo". Y como mi padre.

"Claro, Dr. Carden".

Subí a mi despacho. No sólo necesitaba un minuto para recomponerme, sino que también necesitaba hacer algo de papeleo o tendría a Clay respirándome en la nuca. Puede que ya no

practicara la medicina por estar en la junta, pero era muy estricto a la hora de asegurarse de que hiciéramos todos los aspectos de nuestro trabajo, no sólo el médico.

En cuanto salí del ascensor y llegué a mi despacho, cerré la puerta y bajé las persianas de la única ventana que daba al pasillo.

Durante cinco minutos no necesité que nadie me hablara ni me hiciera preguntas. Me desplomé en mi silla de respaldo alto y suspiré. Si Mónica no se hubiera dado cuenta de mi error y no hubiera cumplido la orden, aquel hombre podría estar a punto de morir.

Me hundí el talón de las palmas de las manos en los ojos y gemí de frustración. Hacía años que no cometía un error así, desde que era residente. Y todo porque no podía sacarme a Ana de la cabeza.

Estaba claro que ella no quería seguir adelante con una relación, ni siquiera después de un descanso de dos semanas para tranquilizarse. Todos los días me picaban los dedos para llamarla o mandarle un mensaje y pedirle que habláramos.

Mi teléfono sonó con una notificación de Tinder y bajé las manos para mirarlo. Hacía meses que no miraba la aplicación, no desde que las cosas se aceleraron con Ana, pero una parte juguetona de mí no podía deshacerse de ella. Esa parte de mí quería aferrarse para salvar la vida y no dejarla ir.

Tal vez sólo necesitaba a alguien con quien divertirme por una noche, sacar a Ana de mi sistema. Sería más fácil verla seguir adelante si yo ya lo hubiera hecho. No necesitamos tener una relación para criar a nuestro hijo, mucha gente crió a sus hijos sin vivir juntos.

Debería haberla dejado quedarse en su casa. Así no habría pasado nada entre nosotros y no me dolería el corazón como si me hubieran dado una patada en el pecho.

Cogí mi teléfono. Y toco la notificación. Un mensaje de una mujer a la que le di esquinazo hace años.

SAMMI: ¡Hola, guapo! Perdona que te mande un mensaje ahora, llevaba tiempo sin conectarme.

SAMMI: Pero estoy buscando una cita sin ataduras.

SAMMI: Acabo de salir de una situación complicada y sólo quiero pasar un buen rato.

Normalmente un mensaje así me haría sonreír. Habría sido mi tipo de chica. El tipo de chica que pensé que era Ana cuando nos conocimos. Supongo que lo era, si el anticonceptivo no hubiera fallado.

Le devolví el mensaje preguntándole si vivía cerca de Central Park y si quería quedar en el Lugar de Siempre. Dudé antes de pulsar enviar, pero sabía que me vendría bien volver a salir. Ya no podía ser imprudente como antes, antes de que la junta prestara atención a con quién me acostaba.

No habían pasado ni dos minutos cuando mi teléfono volvió a sonar.

SAMMI: ¡Sí! ¡Nos vemos allí a las 8!

Mi corazón se hundió en mi estómago. Pero tenía que intentarlo.

***

Alrededor de las ocho, entré en el bar, vestido con mi ropa de trabajo, una camisa azul abotonada y unos pantalones de vestir. No tenía energía para ir a por todas. Lo único que me molesté en hacer fue afeitarme la barba de una semana.

Intenté no pensar en la mirada de Henry cuando le pedí que me trajera aquí. Como la mirada desaprobadora de un abuelo. Más o menos sabía lo que había pasado con Ana, pero parecía pensar que no debía intentar salir con ella, aunque no lo dijera en voz alta.

"¡Malcolm!".

Parpadeé y miré hacia una de las mesas del fondo, hacia las mesas de billar".

Forzando una sonrisa me acerqué a ella y se puso de pie. Con sus tacones me miraba a los ojos. Su pelo rubio y liso le caía por la espalda. El vestido rojo ajustado que llevaba dejaba muy poco a la imaginación, pero mientras mi mirada recorría su cuerpo no sentí nada. Mi polla ni siquiera se movió. Nada en su contra, normalmente me parecería muy sexy.

Me abrazó. "¡Es un placer conocerte!".

Le di unas palmaditas en la espalda. "Lo mismo digo. Iré a pedir unas copas...".

"Oh, no hace falta. Te he traído una cerveza. Espero que te parezca bien".

Miré a la mesa y encontré un cóctel rosado en su lado y Budweiser en el mío. No era el tipo de cerveza que me gustaba, pero no había probado nada desde aquella noche con Ana. El alcohol me volvía tonto, y lo culpaba de haberme quitado algo bueno que tenía. Debería haber sido paciente con ella.

"Gracias". Me alejé de ella cuando no parecía querer dejarme ir. Le hice un gesto para que tomara asiento, al menos habría una mesa entre nosotros.

Dio un sorbo a su bebida. "Entonces, ¿dónde quieres hacerlo? ¿Baño, hotel, tu casa o la mía?".

Parpadeé. Había tenido bastantes citas de Tinder y, aunque el objetivo fuera un rollo de una noche, seguíamos charlando un poco antes de ir al grano. Puede que fuera un tío, pero no me lanzaba directamente a follar, me gustaba que me calentaran primero con coqueteo y conversación. La mayoría de las mujeres preferían eso. Esta chica no.

Me encogí de hombros. "No nos preocupemos por eso todavía. ¿A qué te dedicas?".

Su nariz estrecha se arrugó. "Vale, una conversación trivial, supongo que me apetece. Trabajo como modelo, sobre todo para Gucci. Soy protagonista en la Semana de la Moda de Nueva York. ¿Y tú?".

Tenía sentido, parecía y se comportaba como una modelo.

Tiré de mi cerveza y reprimí la mueca que me recorrió. "Cirujano".

Sus ojos se iluminaron con el símbolo del dólar y se inclinó sobre la mesa para mostrarme su escote. "¿Plástico?".

Negué con la cabeza. "General". No necesitaba saber que yo era rico. No necesitaba que se convirtiera en una nena que no me deja en paz.

No se molestó en ocultar su decepción. "¿Conoces a algún cirujano plástico?".

Otra sacudida de cabeza. "No en los círculos en los que me muevo por la medicina, lo siento".

Cogió su bebida y se la bebió de dos tragos. "No te preocupes. Entonces, ¿vamos a poner el espectáculo en marcha?".

Parpadeé. Ella era el tipo de ligue que no me interesaba y era todo lo contrario a Ana. Saqué la cartera, un billete de diez para la cerveza y se lo pasé por la mesa. "En realidad, no estoy seguro de querer seguir haciendo esto. Acabo de salir de una ruptura. Y no creo estar preparado".

Sin dejarla decir nada más, salí del bar y me dirigí al coche. Al entrar, suspiré. Al menos podía trabajar en la propuesta que me había pedido la junta para que supieran exactamente cómo me encargaría de la clínica. Me llevará unos meses construirla para darles todos los detalles.

"¿A casa, señor?" Preguntó Henry.

"Sí. Por favor. Mi cita no funcionó".

No se me escapó la leve sonrisa de sus labios mientras se apartaba del bordillo. "Muy bien, señor".

Dios, echaba tanto de menos a Ana que me dolía después de aquel fiasco. Tenía elegancia y clase y era perfecta. Sólo me quedaba esperar que con el tiempo ella me quisiera de vuelta en algún momento.

Capítulo 24

Ana

Siseé y me agarré el costado del estómago cuando el bebé me dio una fuerte patada en las costillas por octava vez esta mañana.

A las treinta y cuatro semanas, se estaba quedando sin espacio y cada vez que podía me hacía saber que no le hacía ninguna gracia. Le gustaba hacer berrinches como a su padre, y yo no estaba segura de cómo me sentía al respecto.

Aparte de enviarle a Mal las fotos de la ecografía de las treinta y dos semanas y hacerle saber que el bebé estaba bien y listo para salir en las próximas cuatro a seis semanas, no había hablado con él. Había intentado hablar conmigo cuando le envié el mensaje, pero no respondí.

Mi compañero de trabajo, Paul, me tocó el brazo. "¿Estás bien, Ana?".

Parpadeé y miré alrededor de la sala de conferencias. Me obligué a sentarme más erguida y esperé que eso hiciera que el bebé se aliviara de mis costillas. "Sí, lo siento. Le gusta meterme el pie en los órganos".

Estábamos los dos solos en la habitación, mientras Greg bajaba a pedir la comida. Normalmente, ese habría sido mi trabajo, pero todo el mundo había sido muy complaciente conmigo y mis contoneos desde que había llegado al tercer trimestre.

Paul sonrió. "Ah, sí. Recuerdo cuando mi mujer empezó a sentir esas patadas. Nos asustamos, fuimos al hospital y pasamos cuatro horas allí, sólo para que nos dijeran que no estaba de parto y que nos fuéramos a casa".

Yo también me asusté, pero mi madre me convenció para que no fuera a urgencias hasta que estuvieran cerca o rompiera aguas. Me contó lo de las patadas fuertes y que yo se lo había hecho mucho, así que quizá no fuera todo culpa de Mal que el niño lo hiciera. "Me alegro de tener a mi madre para que me cuente estas cosas. No podría imaginarme estar cuatro horas en el hospital sólo para que me mandaran a casa".

Se rio. "Fue hace tanto tiempo. Yo tenía veinte años, y ese chico está ahora en la universidad haciendo un máster en biología". Sacudió la cabeza. "No parpadees. Pasan de comer a las tres de la mañana a mudarse muy rápido".

Dejé escapar un suspiro cuando el pequeñajo por fin me soltó las costillas y pude volver a respirar poco a poco. Hacía tres meses que no podía respirar hondo, porque el bebé me oprimía el diafragma.

"Eso es lo que me han dicho".

Un minuto después Greg entró en la habitación con una bolsa de bocadillos. "¡Llegó la comida! Estaba pensando de camino que tenemos que volver a repasar las notas de la señorita Ashten para el caso Wahlberg. Tenemos que encontrar algún medio para demostrar que no puede quedarse con toda la herencia aunque fuera la principal cuidadora de su madre. El testamento

decía que el dinero debía repartirse a partes iguales entre los hermanos y la hermana de la madre".

Me sacó el bocadillo con un pepinillo al lado y me lo deslizó por la mesa. Los cogí, yendo primero a por el pepinillo.

Paul asintió. "Creo que sería una buena idea. ¿Podrías repasarlo, Ana?".

Hizo la pregunta en cuanto di un bocado y tuve que masticar rápido sin resultar asquerosa. "Sí, señor. Estaba pensando lo mismo".

Normalmente llevábamos casos de divorcio, pero también éramos un despacho de derecho de familia. Así que a veces entraban en juego disputas sobre testamentos y testimonios. Alguien no estaba contento con el resultado y exigía que se cambiara, aunque el último deseo de la persona era que las cosas se hicieran de cierta manera. Nuestro trabajo era asegurarnos de que nuestro cliente obtuviera lo que quería, y el nuestro no quiere que su hermana mayor se lleve tres millones de dólares cuando sus afirmaciones de ser la única cuidadora eran infundadas.

Greg abrió su bocadillo de atún. El olor me llegó un poco, pero no como cuando quiso pedir hamburguesas. Echaba de menos las hamburguesas y la ternera, pero tendría que esperar hasta que el niño saliera. Todavía no me olían ni me sabían bien, incluso estando al final del embarazo.

"Estarás de baja maternal cuando tengamos que ir al juzgado, ¿verdad?", preguntó.

Asentí con la cabeza. "Sí. Dos meses a partir de cuando él decida que quiere presentarse. Aunque espero que se quede al menos dos semanas más". Podía dar a luz a las treinta y cuatro semanas y él estaría bien, pero yo quería acercarme a los nueve meses.

"Vale, iré al juzgado por este".

Quería mostrar mi sorpresa de que no se lo entregaran al otro asociado. "Me aseguraré de que todo esté listo para ti en ese momento". Pensar en todo el trabajo que tendría que hacer antes de coger la baja por maternidad puso mi mente a mil por hora.

Paul me miró mientras cogía su salami tostado. "Asegúrate de pedirles a Hailey y Marc que te ayuden también. Ahora no tienen muchos casos nuestros, así que les vendría bien el trabajo extra".

Todavía me costaba mucho pedir a los asistentes jurídicos que hicieran cosas por mí cuando yo quería tener el control. Sabía que podía revisar todo lo que hacían y arreglar las cosas que no me gustaban, pero prefería hacerlo yo misma. Asentí con la cabeza. "Lo haré".

No pensaba hacerlo.

***

Con un pesado suspiro, entré por la puerta trasera en la cocina de mis padres. Paul me hizo volver a casa cuando dieron las cuatro; no querían que trabajara hasta tarde estando tan cerca del

parto.

Lástima que no pensaran lo mismo la noche en que Mal y yo nos peleamos. Tal vez seguiría allí si Greg hubiera tenido en cuenta mi embarazo entonces.

"¡Bienvenida a casa, cariño! La cena está casi lista. He hecho una ensalada y pollo al eneldo. Espero que te parezca bien".

Asentí con la cabeza mientras me acomodaba en una silla en la mesa de la cocina y dejaba mi bolsa de trabajo en el suelo a mi lado. Todavía tenía mucho que escribir, pero sería más cómodo hacerlo en la cama más tarde para que la parte baja de la espalda dejara de dolerme cada vez que me sentaba.

"Me parece perfecto, mamá, gracias por cocinar".

Vino a sentarse conmigo a la mesa.

"¿Qué tal el día? Pareces agotada".

Negué con la cabeza, pero aunque intentaba mantenerme firme ante ella, mi determinación se derrumbó y las lágrimas brotaron de mis ojos. Se me escapó un sollozo y levanté las manos para cubrirme la cara.

Al cabo de un segundo, acercó su silla y me rodeó con los brazos. "Llora. No es bueno aguantarse".

Me apoyé en ella y lloré en su hombro. "No sé cómo voy a hacer esto. Ya estoy fracasando como madre y él ni siquiera ha nacido. No quiero que sienta que no tengo tiempo para él, pero tampoco quiero renunciar a mis sueños".

Mis hombros se hundieron. "Sé que Mal dijo que estaría en su vida y cuidaría de él, pero ¿cómo va a funcionar eso mientras sea un bebé? No sé cómo va a funcionar, y le echo de menos. Quiero acercarme a él, pero creo que es demasiado tarde y que volveremos a tener el mismo problema. Y sé que has dicho que tú y papá lo cuidaréis mientras yo esté en el trabajo, pero eso tampoco es justo para ti. Estás jubilada...".

Mi madre me puso el dedo sobre los labios. "Cariño, no. No te preocupes por nosotros. Estamos más que felices de ayudar a cuidar al pequeño. Sabemos que no estaba planeado, pero estamos encantados. Sienta bien volver a tener energía de bebé en casa".

Me acarició suavemente el pelo. "Y en cuanto a Mal, ya te las arreglarás. La gente comparte la paternidad todo el tiempo. Si consigues un lugar cerca de él en el futuro te ayudará, pero no te preocupes por eso ahora. Todo se acomodará como debe, te lo prometo".

Me enjugué las lágrimas. En realidad no me hacía sentir mejor, aún me sentía culpable por haberles hecho esto, pero ella tenía razón. No puedo llorar por el futuro cuando no sé cómo se desarrollará.

En cuanto a Mal, creo que necesitaba más tiempo lejos de él para saber con certeza lo que significan mis sentimientos. A pesar de todo, el calor del amor aún permanecía en mi pecho por

él, pero no quería volver a salir herida cuando me alejara más tarde. Sólo el tiempo lo diría.

Capítulo 25

Mal

Llegué a la casa de Clay y Marie, situada en un barrio acomodado de las afueras de la ciudad. Por una vez, me apetecía conducir.

La ubicación era perfecta: lo suficientemente lejos de la ciudad como para no sentirme como en Nueva York y todo lo que allí ocurría, pero no tan lejos como para que Clay tardara una eternidad en llegar a trabajar.

Cuando se molestaba en hacerlo, ya que trabajaba mucho más desde casa. Como ahora trabajaba en la administración, no tenía que venir tan a menudo. Eso le dejaba más tiempo para su familia.

Mientras recorría el largo camino hasta la puerta de su casa, no pude evitar admirarla. Era grande y bonita, pero no ostentosa. Les quedaba bien.

La puerta se abrió antes de que pudiera llamar al timbre y Clay me sonrió. "Pasa, amigo. Me alegro de que aceptaras mi oferta de cenar aquí. Por fin puedes conocer a Will. Tiene casi un año. He tardado mucho en invitarte a casa".

Me llevé la mano a la nuca al entrar en el gran salón. Me sentía mal. Hacía tiempo que quería ir a su casa, pero las cosas con Ana habían sucedido y los meses pasaron volando.

"Lo siento. La vida ha sido una locura, pero estoy deseando conocerle. Cuando mi hijo tenga edad suficiente para socializar con otro bebé, vendré a menudo con él, seguro".

Eso si a Ana le parecía bien que yo trajera a nuestro hijo. De eso tendríamos que hablar en el futuro.

Sacudió la cabeza. "Sabía que lo estabas pasando mal con la madre de tu hijo". Me hizo un gesto para que lo siguiera por un salón lateral hasta la cocina y el salón informal. Todo estaba decorado en tonos grises y negros. Probablemente era lo mejor, cualquier otra cosa sería destruida por su hijo en unos años.

"Hola, Mal. ¿Cómo estás?".

Marie se sentó en un sillón gris que hacía de separador entre la cocina y el salón. Un bebé de pelo rubio estaba sentado sobre su trasero frente a ella, agarrado firmemente a la parte superior del sofá con manos regordetas.

Parpadeé mirándole.

No sé qué me esperaba; aún no había cumplido un año, pero ya intentaba levantarse sobre sus pies regordetes. Sus ojos eran vivaces y lo captaban todo.

Supongo que pensé que sería más... indefenso. Me di cuenta de que nunca había estado cerca de un bebé. Clay fue el primero de mis amigos en tener un hijo. Aparte del bebé de carne y hueso

de las clases de paternidad a las que iba con Ana, nunca había manejado uno de verdad.

Incapaz de apartar los ojos de él, me encogí de hombros. "Podría estar mejor. Pero aquí estoy. ¿Cómo estás, Marie?".

"De maravilla. ¿Te gustaría cogerlo? Parece que quieres".

Mi mirada pasó de él a ella mientras se sentaba en el sofá. "¿Puedo?" No sabía por qué la idea me excitaba tanto.

Clay se rio. "Claro que puedes. Está saliendole un diente, así que puede morderte, advertido quedas. Estamos esperando a que los filetes terminen de hacerse en la parrilla".

Marie palmeó el asiento del sofá a su izquierda. "No le hagas caso. Will no haría daño ni a una mosca".

Con un solo movimiento, me lo tendió, lo cogió por debajo de los brazos y lo sentó en mi regazo. Era cálido y sólido, y sorprendentemente pesado.

Una punzada de emoción me atravesó el corazón. ¿Qué sentiría en tan solo unas semanas al sostener a mi propio hijo?

Para mi sorpresa, se me saltaron las lágrimas y me apresuré a parpadear.

Marie sonríe suavemente. "Mira qué monos estáis juntos".

Intenté acunarlo en mis brazos, pero en cuanto lo incliné hacia atrás su cara se contrajo y un gemido brotó de sus pulmones. Miré a Marie y luego a Clay, pero sólo encontré la puerta del patio abierta.

Ella soltó una risita. "No te asustes, no pasa nada. No le gusta que le cojan en brazos. Sólo le gustaba cuando era un bebé. Ponlo en tu hombro y puede que se duerma".

Lo intenté, apoyé su cabeza en mi hombro y se relajó más. Apoyé mi mano en su espalda y una repentina calma nos invadió a los dos. Si podía sentirme así de bien abrazando a mi hijo, estaba deseando hacerlo.

"Los filetes están listos, la mesa de fuera está puesta. Ven a comer mi amor. Y Mal".

Miré por encima de mi hombro. "Joder, creía que ahora yo era tu amor".

Clay resopló. "No en esta vida. Ya he encontrado a la mejor mujer del mundo". Sonrió y se acercó al sofá para inclinarse sobre él y darle un beso sin importarle una mierda que yo estuviera cerca de ellos.

La visión hizo que me doliera el corazón. Echaba de menos tener eso con Ana, habíamos avanzado en esa dirección. Las caricias y el cariño se habían convertido en algo cotidiano. Esperaba con impaciencia el final del día para sentir su tacto, y las noches que dormíamos juntos en la misma cama, abrazarla era lo mejor del mundo.

Se separaron y me miraron. Marie me tendió la mano. "Toma, yo le llevaré. Tiene que irse a la

cama. Gracias por darle sueño, no sabía qué hacer si no conseguía que se calmara. Ve a buscar un plato, saldré en un minuto".

Me sentí perdido cuando me lo quitó. Me había acostumbrado a su peso. Era tan agradable tenerlo en brazos. Sólo podía esperar que Ana y yo nos reconciliáramos, para poder tener momentos con ella y con nuestro hijo por las tardes. Entonces, una vez que él bajara, la abrazaría en la cama y nunca la dejaría ir.

***

Veinte minutos más tarde, con una comida a medio comer de filete, patatas asadas y maíz, terminé de contarle a Marie la pelea con Ana y cómo no sabía qué hacer.

Empujé mi comida. "Me pidió que la dejara en paz, pero al mismo tiempo, quiero ir a hablar con ella". Marie se sentó, con el vigilabebés junto al plato. "Me parece que estás enamorado de la chica".

Clay asintió y me tendió la mano. "¡Gracias! Le dije lo mismo el otro día. Mira, lo negará".

Mi mirada se dirigió a mi plato, otra vez. Desde que sacó el tema, no había dejado de rondarme por la cabeza. Sí, creía que la amaba. Al menos, esperaba que fuera así como me sentía.

Nunca había estado enamorado, pero moriría por ella, haría cualquier cosa por recuperarla.

"No sé qué hacer. Han pasado casi seis semanas desde la última vez que hablamos. Me envía actualizaciones sobre el bebé, pero nunca responde a nada. Me arrepiento mucho de aquella noche. No sé qué me llevó a actuar así".

Marie frunció el ceño. "Yo diría que fue tu inseguridad por miedo a ser apartado y olvidado. Eso es todo lo que tus padres te hicieron sentir mientras crecías. Así que cuando encontraste a alguien que sentías como de la familia, te ponías nervioso cuando ella estaba demasiado ocupada para prestarte atención. Ella era la válvula de escape más cercana en la que podías descargar tu ira".

Ella tenía razón.

"Así que tengo que enfrentarme a mis padres y curarme de eso, o esto volverá a ser un problema en el futuro. No puedo seguir haciéndola pasar por esto. Sabía que no se había olvidado de mí a propósito, pero no pensé en lo que pasaría si la alejaba antes de que pudiera hacerme daño otra vez".

Tragué saliva ante la idea de hacer saber a mis padres lo que realmente sentía, pero era la única forma de seguir adelante mentalmente y no dejar que se interpusieran entre Ana y yo.

Marie golpeó el hombro de Clay. "Bueno, joder. Un hombre que por fin entiende algo. Usted, señor, es un unicornio. Ojalá todos los hombres pudieran ser así de introspectivos. Sí, tienes que arreglar ese agujero negro con tus padres. Ponlo todo sobre la mesa y diles que no te importa. Que ya no necesitas validación de ellos.

"Luego, piensa en algo que le gustaría a Ana: chocolate, día de spa, flores, etc. Acércate a ella y pídele perdón. Lo más probable es que ella también se sienta mal, pero es demasiado testaruda para dar el primer paso. Sé que yo lo sería si fuera ella".

Miré el reloj. Mis padres aún no se habían levantado. Les haría una visita sin avisar. Luego iría a Ana y me arrodillaría para pedir perdón. No podía volver a intentar que fuéramos amigos. Necesitaba que fuera mi novia, tal vez incluso mi esposa. Estaba enamorado de ella.

Levantándome de la mesa, los miré a los dos. "Me tengo que ir. Muchas gracias por la comida y los consejos. Voy a recuperarla".

Se levantaron y Clay se acercó para abrazarme. "No hay problema, tío. Me alegro de que hayamos podido sacarte de esa depresión".

Sonreí, lo habían hecho. Tenía un plan para recuperar a Ana.

Capítulo 26

Ana

Me bajé del coche en un aparcamiento y me froté el estómago mientras bajaba a la planta baja. Aquel día estaba de nueve meses. Podía ponerme de parto en cualquier momento.

Caminé una manzana hasta llegar a una cafetería donde Laura estaba de pie, dando saltitos. Parecía una niña impaciente por entrar en la tienda de golosinas. La miré con el ceño fruncido. "¿Qué te pasa?".

Sacudió la cabeza y levantó una venda que tenía en la mano. "Necesito que te pongas esto".

Se lo cogí. "Pervertida".

Resopló. "En absoluto, pero date prisa".

Puse los ojos en blanco. "Vale, vale. No tengo ni idea de lo que puedes estar tramando. No es mi cumpleaños hasta dentro de tres meses". Con la venda en los ojos no podía distinguir mucho más que motas de luz en la parte inferior, donde no se ajustaba a mi cara. Extendí la mano hacia ella y la cogí del brazo mientras me guiaba hacia el interior del local.

Siempre que hacían estas cosas en las películas, no tenía ni idea de lo difícil que era caminar y

no saber adónde ir, sobre todo con un bebé de al menos dos kilos colgando del estómago. Me daba más inseguridad porque no quería arriesgarme a caerme.

Olores de flores y pasteles dulces llegaron a mi nariz. Al menos el lugar olía muy bien. Se abrió una puerta. "Sólo unos metros más".

Continué siguiéndola.

"Bien, quítate la venda".

Me la quité y me encontré con una docena de personas delante de mí, todas sonrientes. "¡Felicidades!" Todos vitoreaban.

Mi mirada recorrió el grupo. Varias de mis tías estaban allí, algunos amigos que Laura y yo tuvimos en la universidad, junto con algunos primos y mis padres. La decoración gritaba bebé niño, con azules claros y blancos por todas partes en diferentes símbolos infantiles de piececitos y sonajeros.

A la izquierda de la sala había una larga mesa blanca llena de sándwiches de té y postres. "¿Cuándo organizaste todo esto? No tenía ni idea de que estuvieras planeando algo así, ¿no suele ser algo que la madre ayuda a planear?".

Laura se encogió de hombros mientras mi madre se acercaba y me abrazaba. "Yo también ayudé. Sabemos lo duras que han sido las cosas últimamente y queríamos darte un día divertido en el que no tuvieras que pensar en el trabajo ni en nada más. Diviértete hoy y deja que otras personas cuiden de ti".

Después de apartarse, me llevó hacia el grupo donde se intercambiaron más abrazos y saludos antes de colocarme en la cabecera de la larga mesa y todos comimos algunas de las ricas viandas.

Disfruté de las conversaciones con todos, pero no pude evitar sentir que faltaba algo... no, alguien. Mal debería estar allí, también era su bebé, pero supongo que pensaron que era mejor no invitarlo. Entendía por qué. No querían estresarme, pero me parecía mal que no estuviera.

A pesar de las ganas de llorar, me contuve lo suficiente como para abrir los regalos. Mis padres y yo ya habíamos comprado muchas cosas, pero aún así me regalaron ropa bonita, un montón de pañales y algunas cosas para el baño que aún no había comprado.

Después de que mi tía Jessica se fuera, la última de los invitados en hacerlo. Dejé escapar un suspiro y mi padre se acercó a mí y me dio unas palmaditas en la mano desde el asiento de al lado.

"¿Por qué pareces tan triste? Acabas de tener una fiesta estupenda".

Asentí y levanté la mano para secarme las lágrimas. "Lo sé. Ha sido maravillosa, ¡gracias!". Miré a Laura y a mi madre, que también vinieron a sentarse a la mesa y me miraron.

Laura frunció el ceño. "Sé que intentas poner cara de valiente, pero no tienes que hacerlo con nosotras, ¿por qué estás tan triste?".

"Sé por qué no lo invitaste, pero me hubiera gustado que Mal estuviera aquí. Él es el padre después de todo, y quiere ser parte de su vida. Debería haber estado aquí, y me entristece mucho que se lo haya perdido. Si hubiera sabido que ibas a hacer esto, te habría dicho que lo invitaras. No es que no esté agradecida por todo esto. Dios, sueno como una zorra desagradecida".

Enterrando la cara entre las manos lloré por enésima vez en el último mes. Juraba que lo único que hacía era llorar. No podía evitarlo.

Mi madre me tocó el hombro. "No eres una zorra, cariño. Deberíamos haberle invitado, pero ninguno de nosotros sabía cómo localizarle sin robarte el teléfono. ¿Has hablado con él desde que rompisteis? Si lo has hecho, no lo has mencionado".

Negué con la cabeza. "No. Le he visto ponerse al día sobre el bebé, y ha intentado hablar conmigo a través de mensajes de texto. Pero en este momento me siento avergonzada. Creo que lo hemos exagerado todo. Que me invitara a una cita no estaba fuera de lugar. Tuve recuerdos del imbécil de mi ex y no quería volver a pasar por ese dolor, así que lo alejé antes de que pudiera hacerme más daño".

Papá se recostó en su silla. "Sigo pensando que es como él. ¿Le dio un ataque así por una cita perdida? Se comportaba como un niño".

Fruncí el ceño. "Probablemente lo desencadené. Sólo los vi una vez, pero sus padres eran unos snobs. Es cirujano y siguen pensando que no es lo bastante bueno para ellos. Estoy segura de que lo dejaban de lado todo el tiempo y se olvidaban de él, y él no quería ese trato de alguien a quien quería pedirle que fuera su novia".

Mamá y Laura jadearon. Laura se apoyó en la mesa y cogió el último mini eclair de chocolate.

"No dijiste nada de eso cuando me contaste la historia".

"Todavía lo estaba digiriendo".

Mi madre ladeó la cabeza. "Bueno, que se te pasara algo así por alto hace que su enfado sea más comprensible".

Papá se incorporó. "¡Amor! No puedes estar de su lado".

Ella negó con la cabeza. "No lo estoy, sólo puedo ver por qué estaba tan molesto. No significa que echarla fuera la respuesta, no estoy de acuerdo con eso. Eso fue una gilipollez. Creo que si quieres que esté en la vida de tu hijo y que no haya tensión entre vosotros durante años, tenéis que sentaros y hablar. Aclarar las cosas. Que estéis juntos o no, depende de que ambos os pongáis de acuerdo en lo que esperáis ahora que os conocéis mejor. Pasaste un tiempo con él, tienes una idea de él como persona".

Laura asintió. "Estoy de acuerdo con Didi. Tienes que hablarlo con él. Que quieras que esté aquí es una gran señal de que es algo más que un papá para ti, quieres que él también viva todo esto. Vuelve a lo que siempre te digo, tienes que hablar y pedir ayuda. No puedes hacerlo todo tú sola y él es el padre de tu hijo, es la mejor persona para ayudar a criarlo siempre que os trate bien a los dos".

Me froté la cara. "No me recuerdes el trabajo. Últimamente me siento enterrada, y cuanto más se acerca la fecha del parto, menos puedo pensar en otra cosa. Ha sido duro".

Laura me miró con el ceño fruncido. "Bueno, ¿has dicho algo? Para algo contratan a los asistentes jurídicos, Ana. No están ahí sólo para llevarse el dinero del bufete".

Me estremecí ante sus palabras y asentí. "Lo sé. Suspiré. "Eric viene esta noche. Quieren hablar conmigo. Así que supongo que es ahora o nunca. Dudo que me vayan a ascender. Pero tengo que ser sincera con ellos y decirles que estoy abrumada".

Mamá ladeó la cabeza. "¿No dijiste que Paul se quedó más tiempo? ¿Por qué iba a hacerlo si no iban a ascenderte? Si podría ser sustituido fácilmente por una de las asociadas que no están embarazadas, ¿por qué quedarse? Creo que te quieren a ti".

Se me revolvió el estómago. "Bueno, no quiero hacerme ilusiones". Miré el reloj. "En realidad tengo que irme pronto para poder reunirme con ellos en la oficina. Muchas gracias por todo esto. Puedo ayudar a limpiar".

Ellos también se levantaron y mi padre negó con la cabeza mientras me abrazaba. "No te preocupes, cariño. Nosotros nos encargamos, tú ve a asegurarte ese ascenso por el que tanto has trabajado".

Mi corazón martilleaba. En las próximas horas podían pasar muchas cosas que cambiarían mi vida.

***

Una hora antes de que la oficina cerrara por fin de semana, entré en la misma sala de conferencias donde me avisaron formalmente de que me tenían en cuenta para el puesto de socio.

Al final de la reunión sería socia o asociada, momento en el que tendría que plantearme si había llegado el momento de cambiar de bufete. No quiero esperar a que otro de ellos se jubile para que consideren a otro para el puesto. Greg amaba demasiado su trabajo como para irse pronto, y Eric tenía la empresa en California. No había razón para ascender a alguien de aquí para su puesto, cuando tenía asociados allí.

Greg me indicó que tomara asiento y yo me senté con cuidado en la silla, cabreada en silencio por haberme olvidado la almohada para el culo en el coche. Me quitaba mucha presión de la parte baja de la espalda.

Paul sonrió. "Gracias por venir en tu día libre, Ana. ¿Cómo te encuentras?".

Me froté el estómago. "Salgo de cuentas en dos semanas y estoy preparada lista para tenerlo. Había algo de lo que quería hablar con vosotros, si me lo permitís".

Eric asintió. "Adelante".

"He estado esforzándome al máximo para estar al día con todo el trabajo y demostraros que soy una buena abogada. Sé que los asistentes están aquí para eso, pero necesitaba probarme a mí misma. Probablemente afecte a mi ascenso, pero ya no puedo hacerlo sola. Lo siento".

Paul sacudió la cabeza mientras se sentaba hacia delante. "Pedir ayuda no te convierte en una abogada débil, Ana. Estás embarazada de nueve meses. Estamos sorprendidos de lo mucho que has hecho en ese tiempo".

Greg asintió. "Queremos ofrecerte el ascenso a socia. Sustituirás a Paul cuando vuelvas de la baja por maternidad".

Parpadeé, no me lo podía creer. A pesar de estar a punto de estallar y de prolongar la espera de la jubilación de Paul, seguían queriendo que me hiciera cargo como socia. "¡Muchas gracias, señores!".

Paul asintió. "Y no tengas miedo de pedir ayuda cuando la necesites después de que nazca tu bebé. Vas a necesitar ayuda extra. No quiero oír de ninguno de los dos que estáis sacrificando vuestra vida hogareña por estar aquí".

Asentí. "Sí, señor, pediré ayuda".

Eric me sonrió. "Haremos todo el papeleo final cuando vuelvas de permiso, pero nos alegramos de tenerte a bordo".

Me puse en pie. "Gracias. Aprecio mucho esta oportunidad y no os defraudaré". Deseé poder llamar y contárselo a Mal, quería oírle orgulloso de mí.

Greg me miró con el ceño fruncido. "¿Te encuentras bien? Tienes la cara un poco roja".

El calor irradiaba en mi pecho, mientras todas las emociones intentaban apoderarse de mí.

Estaba tan feliz, pero al mismo tiempo mi primer pensamiento fue decírselo a Mal. Le necesitaba.

Asentí con la cabeza. "Sí, lo siento. Ahora estoy sintiendo muchas cosas. Probablemente sea acidez, suele subirme la temperatura al principio".

Pero mientras estaba allí de pie, una fuerte patada me dio en las costillas antes de que algo caliente me bajara por la pierna.

Los cuatro miramos hacia abajo mientras el fluido se filtraba por mi braguita. Por supuesto que hoy me había puesto un vestido.

Paul se levantó. "Parece que te irás antes por tu permiso de maternidad. Llamaré al 911".

Me toqué el estómago mientras el miedo se apoderaba de mí, estaba a punto de tener a nuestro bebé y aún no había hablado con él. Tenía que saberlo. Él era mi contacto de emergencia en el hospital, pero no quería que se enterara así. Tenía que saber que me parecía bien verle.

Saqué el teléfono, me temblaron las manos cuando encontré su número y lo llamé.

No habían sonado ni dos tonos cuando contestó: "¿Ana? ¿Estás bien?".

"Creo que me voy a poner de parto. He roto aguas y he tenido una contracción antes. Paul está llamando a una ambulancia. Necesito que estés allí. No quiero hacer esto sin ti. Lo siento por todo". Se me escapó todo tan rápido que no pude contener el sollozo.

"Shhh, está bien, amor. Tenemos que hablar, pero tienes que ir al hospital. Te veré allí. Por favor, cuídate".

"Lo haré".

Colgó mientras Paul confirmaba la dirección. Mierda, ¡estaba a punto de tener un bebé!

Capítulo 27

Mal

Media hora antes...

Miré el reloj del salpicadero cuando llegué a casa de mis padres. Eran casi las siete. Mis padres no estarían despiertos mucho más tiempo antes de retirarse a sus habitaciones y rechazar a los invitados. No importaba si no se iban a dormir hasta las diez. Pasarían el resto de la noche en sus habitaciones haciendo a saber qué.

No iba a permitir que mi hijo soportara su frialdad. Me escucharían esta noche, y si alguna vez querían ver a su nieto se conformarían o se mantendrían al margen de mi vida.

No daría más valor a sus opiniones y no dejaría que las inseguridades que me inculcaron afectaran más a mi vida. Sí, se olvidaban de mí todo el tiempo, eso no significaba que pasara lo mismo con Ana cuando se centraba en nuestro hijo o pasaba tiempo con sus amigos. No podía dejar que llegara a tanto, tenía que cortar la mala conexión que tenía con mis padres e intentar reconstruirla o dejar que siguiera rota.

De cualquier modo, mi hijo nunca conocería la versión de ellos que yo conocí cuando era niño. Esperaba que lo intentaran y que no dejaran que se echara a perder.

Respirando hondo, salí del coche y me acerqué a la puerta. Llamé al timbre, esperé a que se abriera y contestó el mayordomo, casi tan viejo como mis padres. "Los jefes de la casa no están listos para recibir invitados".

Le empujé. "Pueden ser impropios delante de su hijo".

Recorrí la casa antes de encontrar el estudio. Siempre les gustaba entrar ahí después de cenar.

Estaban sentados en sillas opuestas junto al fuego, con libros en las manos. Casi parecía que disfrutaban de la presencia del otro. No era algo que hubiera visto nunca en mi infancia, así que la visión casi me desconcertó.

Mi padre bajó el libro. "¿Qué haces aquí, hijo? Son casi las ocho. No estamos vestidos para recibir invitados".

Exageró la hora, apenas eran las siete. Ambos llevaban un pijama de satén negro con batas por encima. Por un momento me pregunté si habían cenado con esa ropa.

En otros tiempos habrían cenado a las ocho en algún tipo de reunión de club de campo. Ahora aparentaban su edad.

Pensaba que les haría ilusión ser abuelos.

Levanté las manos. "Me da igual. ¡Soy tu hijo, no un socio! Por una vez en la vida, ¿podemos ser informales entre nosotros, como una familia?".

Mamá se burló: "¿De qué demonios estás hablando y por qué te has dejado caer por aquí de

repente? Dejaste claro que no querías saber nada de nosotros".

Me pasé la mano por encima intentando ordenar mis pensamientos. Había practicado todo el camino hasta aquí, pero ahora que había llegado el momento mi mente estaba en blanco como una pizarra.

"Toda mi vida me has tratado como a una mascota inteligente. Me llevabas a fiestas, pero por lo demás me querías fuera de tu vista. Y estoy aquí para decirte que ya no me importa. No me importa lo que pienses sobre mis elecciones de vida. Soy feliz con cómo me va y eso es todo lo que debería importar. Puede que te hayas olvidado de mí, pero no me convertiré en ti. Mi hijo y Ana serán mi prioridad número uno".

Mi padre abrió la boca pero yo levanté un dedo. No había terminado.

"Estoy a punto de tener un hijo. ¡Un hijo! Y a menos que dejes esta negatividad con la que has vivido toda mi vida, nunca vas a verlo. No dejaré que nunca sienta que no es querido".

Las facciones de mi padre se suavizaron un poco. "¿Vas a tener un hijo?".

Asentí. "Si vas a estar en su vida, tienes que demostrarle afecto. Y tienes que aceptar que me encanta ser cirujano. No quiero cortar los lazos contigo para siempre. Una parte de mí aún espera que podamos ser una verdadera familia. Sólo necesitaba que supieras lo que siento, para poder seguir adelante y no dejar que mi pasado afecte a mi futuro".

Cerró su libro. "Me gustaría...".

Sonó mi teléfono. Era el tono de llamada que le había puesto a Ana, un vals de piano, para no ignorarlo si me llamaba. Me dio un vuelco el corazón cuando lo saqué. No me había dirigido la palabra más allá de un par de mensajes en las últimas semanas.

"¿Ana? ¿Estás bien?" Le contesté.

"Creo que me voy a poner de parto. He roto aguas y he tenido una contracción antes. Paul está llamando a una ambulancia. Necesito que estés allí. No quiero hacer esto sin ti. Lo siento por todo".

Lo dijo tan rápido que mi mente tardó un segundo en ponerse al día antes de que su llanto me devolviera al momento presente. "Shhh, está bien, amor. Tenemos que hablar, pero tienes que ir al hospital. Nos vemos allí. Por favor, cuídate".

"Lo haré".

Colgué y miré a mis padres. Quería saber qué iban a decir, pero no tenía tiempo. Tenía que llegar al Hospital Manhattan tan rápido como mi coche pudiera. "Os pido disculpas por correr justo después de gritaros, pero Ana se ha puesto de parto y quiere que esté allí. Luego hablamos".

Sin mirar atrás, salí corriendo de casa más rápido que nunca. Cogí el coche y salí de su aparcamiento, deseando poder exigir que me llevaran en helicóptero al hospital, pero ni siquiera Clay sería capaz de aprobar algo así si nadie se moría en el helicóptero.

"¡Aguanta, Ana, ya voy!".

Ana

Mi madre me frotó el hombro mientras me venía otra contracción. Pensaba que las patadas fuertes eran malas, pero eran bromas comparadas con lo que sentía en ese momento.

Miré hacia la puerta por milésima vez. ¿Y si mis disculpas no eran suficientes?

La miré de reojo. "Mamá, ¿y si no viene?".

Ella negó con la cabeza. "No pienses así, Ana. Vendrá. Si quiere formar parte de la vida de su hijo, vendrá. Quién sabe dónde estaba cuando llamaste, dale la oportunidad de llegar con el tráfico. Y si no viene, estaré a tu lado todo el tiempo".

La quería mucho, pero no era la persona con la que quería recibir a mi hijo. Lo echaba tanto de menos que me dolía. Dejé escapar un sollozo cuando la contracción disminuyó.

"¿Por qué lloras, cariño? La contracción ha terminado".

Negué con la cabeza. No podía decirle que mi mayor temor era que él no apareciera. "¿Podrías traerme hielo? Necesito algo para chupar, el frío me hará olvidar el dolor". No sabía si era verdad, pero necesitaba un minuto para mí. Había estado rondando desde que llegó. Papá estaba en la sala de espera. Sólo dejaban entrar a dos personas, y quería que Mal pudiera estar allí.

"Claro. Ahora vuelvo". Se apresuró a salir de la habitación y dejó escapar un suspiro. Tenía unos tres centímetros de dilatación y las contracciones eran cada diez minutos. El bebé tardaría en nacer, pero aún temía que Mal no llegara a tiempo.

Como si me hubiera oído, se asomó por la esquina de la puerta, con sus ojos azules desorbitados al verme. Me acerqué a él y solté otro sollozo. "¡Mal!" Nunca había sentido tanto alivio como en aquel momento.

Corrió a mi lado y me cogió de la mano. "¡Ana!" Me apartó el pelo pegado a la frente sudorosa. "¿Cómo está el bebé?" Miró los monitores.

Asentí con la cabeza. "Estamos bien. Me alegro mucho de que hayas venido. "Lo siento mucho. Debería haberte llamado antes, pero tenía miedo. Te he echado de menos".

Inclinándose sobre mí, me besó la sien. "Basta ya. No tienes que disculparte. Concéntrate en tener este bebé. ¿Te han dado algo?".

Negué con la cabeza. "Alguna gilipollez sobre querer esperar hasta que esté más cerca. Tu hijo va a ser un kickboxer, lo presiento".

Soltó una carcajada y me puso la otra mano en el estómago. "Eso espero. O cualquier deporte que quiera practicar me vale en realidad".

Le miré fijamente durante un largo rato. "Te he echado de menos".

Me besó la mano. "Yo también te he echado de menos".

***

Varias horas después, me ayudó a agarrarme a la barra mientras me agachaba sobre la cama; era la única postura en la que no me dolía la espalda, incluso con la epidural. La bata se me caía del pecho, pero descubrí que no me importaba.

En algún lugar a lo lejos me llegó la voz de Mirida. "Tienes que empujar, otra vez, Ana".

Mi cabeza se apoyó en la barra y gemí. "No puedo. Estoy demasiado cansada".

En ese momento sólo sentía presión, pero el resto de mi cuerpo estaba en las últimas. ¿Cómo íbamos a sacar al bebé? No tenía más energía.

Mal me puso una mascarilla de oxígeno en la cara y la aseguró. Antes de arrastrarse detrás de mí en la cama y sostener mi peso. "Escúchame, amor. Puedes hacerlo. Nuestro hijo necesita que lo hagas. Estoy aquí contigo".

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Me gustaba que me llamara amor. Inspirando hondo, empujé con toda la fuerza que pude reunir mientras dejaba escapar un grito.

"¡Veo la cabeza, Ana, sigue empujando!". gritó Mal cuando sentí sus manos entre mis muslos. Miré hacia abajo y vi sus manos enguantadas. Saber que atraparía a nuestro hijo me dio más energía.

Volví a empujar y sentí un chasquido cuando su hombro se despejó y el resto de su cuerpo cayó con facilidad en las manos de Mal. Él cortó el cordón mientras las enfermeras le despejaban las vías respiratorias y yo me apoyaba en Mal. Volvieron y lo colocaron piel con piel sobre mi pecho.

Era perfecto.

Capítulo 28

Mal

Después de que asearan a Ana, me senté detrás de ella mientras sostenía a nuestro hijo. La manta blanca con la que lo envolvieron, después del contacto con la piel, lo hacía parecer tan pequeño.

Sus dedos bailaban sobre sus rizos castaños oscuros. "No sabía que los bebés podían nacer con tanto pelo. Yo no tenía nada".

"Mi pelo era así, pero más oscuro. De ti sacó mis rizos pero en un tono más claro. Aún tenemos que hablar de nombres". Habíamos hablado de ello, pero no nos habíamos decidido por nada.

"Bienvenido al mundo, Nathaniel Lee Carden". Apoyó la cabeza en mi hombro y me miró. Sus grandes ojos verdes se clavaron en mi alma. "Gracias por elegir el nombre de mi abuelo. A mis padres les encanta".

Le rocé la sien con los labios. "Es un buen nombre, fuerte y lleno de felicidad. Me encanta".

Sus ojos se cerraron, como invitándome a besarla, y aproveché la oportunidad. Acaricié su mejilla izquierda y volqué todo mi afecto en el beso, haciéndolo tierno y diferente a cualquier otro beso que hubiera dado antes.

Nathan gorjeó y nos separamos para mirarle. Le acaricié la mejilla con el dedo. "Lo siento por todo. Estaba celoso de tu trabajo. Fui petulante. Prometo hablar contigo cuando me sienta así y no atacarte y hacerte sentir mal por algo que estaba fuera de tu control".

Sacudió la cabeza. "No, yo también me equivoqué. Debería haber insistido en que habláramos cuando estuvieras sobrio, en lugar de hacer las maletas y salir corriendo. Los dos actuamos de forma inmadura. Pero ahora actuaremos mejor por su bien. Incluso si no me quieres como pareja, tenemos que mantener un frente unido por él. Especialmente durante sus años de desarrollo".

La rodeé con mis brazos. Apoyándolos debajo de sus brazos llenos de Nathan. "Está bien si no sientes lo mismo, pero estoy enamorado de ti, Ana. Quiero que esto funcione como una verdadera relación. Si me aceptas. Entiendo si no...".

Usando mis brazos para ayudar a sujetar la mitad inferior de Nathan, se dio la vuelta y tiró de mí hacia abajo en otro beso. Gemí. Dios, había echado tanto de menos sus labios. Casi me parecía pecaminoso tenerlos ahora.

Al cabo de un momento, se apartó. "Yo también te quiero, Mal. Estoy segura de que estoy enamorada de ti desde la segunda vez que nos acostamos. Nunca me había sentido tan unida a alguien como contigo, sólo que era demasiado testaruda para admitirlo hasta que fue demasiado tarde. Quiero intentar que esto funcione".

Volvió a acunar al bebé con el brazo y le besé la sien. Estar enamorado era algo que nunca me había permitido experimentar. Lo sentía como una fantasía; algo que la gente deseaba, pero nunca conseguía del todo. Me equivocaba.

Llamaron a la puerta y ambos levantamos la vista. Sus padres habían ido a prepararnos el almuerzo, ya que ninguno de los dos quería comer la comida del hospital y el parto se había prolongado durante toda la mañana.

Parpadeé sorprendida cuando mis padres la abrieron de un empujón y entraron en la habitación. Ana se estrechó contra mí mientras abrazaba a Nathan y le giraba la cara.

"No esperaba veros aquí después de la conversación que tuvimos".

Mi padre pareció tener la delicadeza de parecer avergonzado. Mi madre aún parecía oler algo malo y desaprobarlo, pero estaban aquí, que era más de lo que esperaba de ellos.

Mi padre se aclaró la garganta. "¿Podemos hablar contigo, hijo?".

Me quedé donde estaba. "Lo que tengas que decir, puedes decirlo delante de Ana. Ella va a estar en mi vida durante mucho tiempo. No voy a empezar ahora a dejarla fuera y a guardarle secretos".

Ana se inclinó más hacia mí, como para darme la razón y pude evitar la sonrisa que me tiró de los labios. Aquella debía de ser la respuesta correcta.

Mi madre se burló, pero mi padre levantó la mano para silenciarla. "Ignórala, aún está enfadada porque anoche la viste en ropa de dormir, ya se le pasará. Queríamos pasarnos para decirte que hemos asimilado todo lo que nos dijiste, hijo".

"Nos... gustaría formar parte de la vida de nuestro nieto, y para ello, debemos dejar a un lado viejos asuntos. A partir de hoy, ninguno de nosotros hará comentarios negativos sobre tu carrera o tu pareja. Tienes mi palabra. Me gustaría ser mejor. Sé que no disminuirá el dolor que te hicimos sentir cuando eras joven, pero empezar de nuevo me parece la mejor opción. Si nos permites hacerlo. Me temo que por fin entiendo lo que tu abuelo quería decir con "la vida es demasiado corta para preocuparse por los negocios. Ojalá te hubiera escuchado cuando aún eras un niño".

Me quedé mirándolos largo rato. Eso sería lo más cerca que estaría de una disculpa por su parte y sabía que era más por parte de mi padre que de mi madre. Pero era más de lo que se habían esforzado antes.

"Eso es todo lo que pido. Mientras mantengáis vuestra palabra, podréis estar en la vida de Nathaniel Lee Carden como sus abuelos".

Mi padre se enderezó mientras su mirada se dirigía a nuestro hijo. "¿Nathaniel Lee? Un nombre precioso. Tu abuelo se sentiría honrado. ¿No estás de acuerdo, querida?".

Mi madre resopló. "Sí. Mientras no me llame abuela nos llevaremos bien".

Ana estalló en carcajadas y yo no pude evitar seguirla. Dudaba que mi madre llegara a ser una abuela convencional, pero Nathan tenía a Didi para eso. No me cabía duda de que la madre de Ana lo mimaría muchísimo con todas las cosas que hacen las abuelas normales.

Nuestras risas se calmaron y Ana volvió a coger a Nathan en brazos. "¿Quieres cogerlo?".

Papá se tambaleaba sobre sus pies como si apenas pudiera contener su emoción. Se aclaró la garganta. "Me gustaría mucho, gracias. Ana".

Señalé la pared. "Desinféctate primero, luego puedes sostenerlo". No iba a correr ningún riesgo con su salud mientras fuera un bebé.

Después de cubrirse las manos con desinfectante y dejar que se secaran, dio un paso adelante y le quitó a Nathan con cuidado, asegurándose de sujetarle la cabeza. "Es precioso. Y me gustaría pedirte disculpas, Ana. Nuestro comportamiento cuando nos conocimos fue impropio. Deberíamos haber sido mejores".

Estoy seguro de que se me cayó la mandíbula mientras miraba a ese hombre. Quizá fuera la edad o algo más, pero ya no era el hombre con el que crecí. Le miré a los ojos y le sonreí mientras sostenía a mi hijo en brazos.

Tal vez con Nathan sería diferente, tal vez sería el abuelo que yo había querido como padre. Mientras Nathan estuviera bien, yo sería feliz.

Por fin, mi familia parecía una familia y no un espectáculo que montábamos para el mundo. No podía evitar sentir que todo era gracias a Ana. Ella nos había reunido y yo le estaría eternamente agradecido.

Capítulo 29

Ana

No podía creer lo perfecto que era mientras volvíamos a casa en la parte trasera del nuevo todoterreno que Mal había encargado cuando nos separamos. Mal y yo nos sentamos a ambos lados del bebé mientras Henry circulaba más despacio de lo normal.

Solo pasamos un día en el hospital antes de que nos consideraran lo bastante sanos para volver a casa. Varios familiares vendrían a casa de Mal... a nuestra casa al final del día. Estaba cansada, pero demasiado contenta para preocuparme.

Mal y yo ya lo habíamos hablado y queríamos que Laura fuera su madrina y Clay su padrino.

Henry se detuvo frente a nuestra casa de piedra rojiza. Abrí la puerta y Mal se apresuró a salir por el otro lado. "No intentes recogerlo en el trasportín, ya lo cojo yo, cariño".

Estaba en mi lado del coche antes de que pudiera hacer nada. "No pesa ni diez kilos con el trasportín, Mal. Puedo cogerlo", le dije.

Negó con la cabeza. "Nada que pese más de dos kilos durante una semana. No querrás romperte los puntos".

Henry abrió la puerta. "¿Necesita ayuda, señor?".

Mal negó con la cabeza y sacó el portabebés de Nathan del coche. "No, pero gracias, Henry. No creo que necesite ir a ningún otro sitio hoy. Siéntete libre de irte a casa y tomarte el resto del día libre".

Sonrió. "Gracias, señor. Y enhorabuena por el nacimiento de su hijo".

A Mal se le hinchó un poco el pecho. "Gracias, Henry".

Seguí de cerca a Mal mientras subíamos las escaleras hacia la puerta principal. Por supuesto que él nunca dejaría que le pasara algo a Nathan, pero no podía evitar preocuparme de que el transportista se cayera al azar y yo tuviera que actuar rápido para atraparlo.

Introdujo el pin de la puerta y entramos. Era la primera vez que volvía desde que estaba embarazada de treinta semanas. Parecía que había pasado tanto tiempo. Una miríada de emociones encontradas me recorrió el pecho. Habían cambiado tantas cosas en nueve meses. Me quedé embarazada, me enamoré, me rompieron el corazón, me convertí en pareja y volví a amar. Ana, la de hace diez meses, no se lo habría imaginado.

Miré el reloj. Teníamos cuarenta minutos antes de que llegaran nuestros invitados y Laura sin duda llegaría pronto. "¿Supongo que deberíamos pedir comida para los invitados? No tengo energía para preparar nada".

Mi mirada se detuvo en seco al encontrar la isla con varios platos fuera, algunos de ellos en mini ollas de cocción lenta. "¿Qué? ¿Cuándo?".

Mal se encogió de hombros. "Contrato chefs personales de vez en cuando. Supuse que algo de comida de fiesta serviría. Se fueron antes de que llegáramos. Hay algunas cosas frías en la nevera y también debería haber ponche".

Dejó a Nathan frente al gran sofá gris que habíamos elegido. Lo abracé y lo besé. Sus manos recorrieron mis costados hasta llegar a mi trasero, donde lo apretó y me soltó.

Era extraño pensar que no tendría que trabajar durante seis semanas enteras. Y Mal también se iba a tomar cuatro semanas de permiso. Sería agradable tenernos a los dos en casa, estrechando lazos con Nathan. Aunque no pudiéramos tener relaciones sexuales hasta que me quitaran los puntos. El deseo se encendió en mi interior al pensar en estar con él de nuevo.

Me eché hacia atrás. "Gracias por pensar en el futuro. Ni siquiera lo había pensado hasta que entramos por la puerta".

Me besó la sien. "No tienes que preocuparte por nada. ¿Necesitas ir al baño o algo?".

Negué con la cabeza. "No, ¿por qué?".

Me dio la vuelta y me tumbó en el sofá. "Porque te lo vas a tomar con calma y no te vas a preocupar por nada. Quédate aquí con Nathan y yo me ocuparé de todo. Te sientas bien o no, sigues curándote".

Me recosté en el sofá, que era tan grande que mis pies ni siquiera llegaban al cojín, mientras él sacaba a Nathan con cuidado y me lo entregaba.

¿Cómo podía existir algo tan pequeño y frágil? Sabía que dentro de unos meses echaría de menos estos días y traté de asimilarlo todo. "Siento molestarte, pero ¿podrías traerme el sacaleches? Están llenas y sé que no podrá con las dos".

Se rio entre dientes. "Voy volando, ahora vuelvo".

***

Varias horas después, con Nathan acostado y mi madre descansando en mi antigua habitación, ahora la de invitados. Mal y yo tuvimos la oportunidad de acostarnos juntos.

Nos besamos perezosamente, yo no tenía energía para mucho más que eso, pero ojalá la tuviera.

Verle con mi familia y lo a gusto que estaba con ellos me hizo darme cuenta. Tomé la decisión correcta al quedarme con él. Sería un gran padre, y eso es lo importante para Nathan.

Me aparté y le miré fijamente. Mis dedos recorrieron su suave mandíbula. "Te quiero".

Apretó la mejilla contra mi palma y sus ojos azules brillaron de afecto. "Yo también te quiero".

Nos lo decíamos cada vez que podíamos, y nunca me había sentido tan bien. Mal era el hombre

para mí.

Epílogo

Ana

Un año después...

Mal salió por la puerta trasera de la finca de sus padres con la gran tarta, una sola vela en el centro. Sus padres querían que les ayudara a hacerlo, pero él insistió. Todavía no podía creer que nos dejaran celebrar una fiesta de cumpleaños para Nathan, pero su padre insistió. Mal tuvo que impedirle que pusiera un zoo de mascotas y un castillo hinchable, ya que no tendríamos niños mayores que disfrutaran con eso.

La docena de adultos aplaudieron mientras cantaban el cumpleaños feliz. Hice rebotar a Nate sobre mi regazo en la larga mesa de picnic. Era todo risas y sonrisas, cosa que me alegró. Resultó que nuestro hijo era un extrovertido, le encantaban las reuniones y que hubiera tanta gente como fuera posible alrededor para arrullarle.

Cuando llegaron al final de la canción, Mal colocó la tarta delante de mí. Señalé la vela. "¿Sabes soplar, Nate?". Sabía que aún no sería capaz, pero el niño me sorprendía cada día con los hitos que alcanzaba antes de tiempo. Ya caminaba largas distancias con ayuda, y con lo mucho que emite sonidos su primera palabra sería cualquier día.

Apagué la vela antes de que se derritiera sobre la tarta. Todos aplaudieron mientras mi madre y el fotógrafo profesional que el padre de Mal contrató para hacer fotos nos fotografiaban sin parar. Laura se acercó con un cuchillo para la tarta seguida de mi padre con platos y cubiertos. Fui a entregarle Nate a Mal para que me ayudara a distribuir la tarta y los tres negaron con la cabeza.

Mal cogió el cuchillo de Laura. "Siéntate y relájate, amor. Yo me encargo de la tarta".

Laura se encogió de hombros. "Bueno, si no me necesitáis". Tomó la silla junto a mí y extendió las manos. "Dame, necesito mis mimos".

Me lo quitó de los brazos y lo abrazó. "Entonces, no me has dicho. ¿Cómo te fue ayer en el tribunal con el caso Doberman?"

Le pasé otro plato a Mal, podría intentar ayudar. "Doleman. Fue genial. Ganamos el caso, por supuesto. Ella consiguió la custodia completa y los niños tienen una orden de alejamiento de él hasta que cumplan dieciocho años. Él tiene que pagar la manutención hasta que tengan dieciocho años o salgan de la universidad, lo que ocurra antes. El tipo perdió la cabeza. Maldijo al juez. Era un verdadero cerdo sexista. Cuando tiró una silla, ella hizo que lo arrestaran. Espero que se pierda en el sistema un par de semanas para que no intente nada contra mi cliente. Dudo que un trozo de papel vaya a mantenerlo alejado, pero ella está intentando mudarse a Canadá para que él no pueda seguirla tan fácilmente. Me alegro mucho de haber acabado con esa pesadilla de caso".

Mal me dio un beso en la cabeza mientras me daba un trozo de tarta de chocolate. "Yo también".

El padre de Mal se acercó. "¿Puedo coger al pequeño?".

Laura parecía querer sisearle, pero cedió cuando asentí. Puede que fuera un padre horrible, pero intentaba compensarlo y apreciaba el esfuerzo que hacía. ¿Y su madre? No tanto. Pero aún había tiempo.

Después de que todos recibieran un trozo de tarta, Mal silbó fuerte y parpadeé mientras lo miraba. ¿Qué estará tramando? Nuestros invitados se callaron y todos le miraron.

"¡Prestadme atención! Gracias a todos por acompañarnos hoy a celebrar el primer cumpleaños de Nathan. El tiempo ha pasado volando, pero tengo que hacer un regalo más a su madre. La mujer más increíble que he conocido".

Mis ojos se abrieron de par en par. ¿De qué demonios estaba hablando? No recuerdo que hoy hayamos hablado de hacernos regalos. Tanto mi madre como el fotógrafo se acercan y está claro que saben lo que pasa. Mi madre no deja de hacerme gestos con la cabeza, como si yo debiera saber lo que está pasando.

Entonces Mal se vuelve hacia mí. Sus penetrantes ojos azules se clavaron en mi alma. Me senté más erguida cuando vino a arrodillarse sobre una rodilla a mi lado y giró mi cuerpo para mirarlo en la silla.

Laura jadeó detrás de mí cuando él sacó una caja de cuero rojo con un anillo. Miré hacia mi madre, aquella era la caja en la que siempre se guardaba el anillo de compromiso de amatista de mi abuela. Lo había querido desde que era pequeña.

Sollozó y sonrió mientras pulsaba el botón para hacer fotos sin parar con su cámara. Volví a mirar a Mal mientras la abría para revelar el anillo. "Ana Penélope Lakes, has puesto mi vida patas arriba de la mejor manera posible. Nunca me había alegrado tanto de haber tropezado con alguien en mi vida y para el resto de ella quiero seguir enamorándome de ti. Madre de mi hijo, abogada extraordinaria y una de las almas más bondadosas que he conocido. ¿Me harás el hombre más feliz del mundo y te casarás conmigo?".

El silencio se apoderó de nosotros e incluso sin la docena de ojos que nos miraban supe enseguida mi respuesta.

"¡Sí! Sí, por supuesto". Le tendí la mano y él deslizó en ella el anillo de amatista con banda de plata. Sabía que si mis padres le habían dado ese anillo para que me lo diera a mí, significaba que lo aprobaban con creces. Era un gran padre y compañero, no podía imaginarme siendo feliz con nadie más.

Me puse de pie y nos besamos mientras la gente nos vitoreaba.

Sí, esta era la vida que no creía querer, pero que resultó ser todo lo que necesitaba. Tenía un hijo, un futuro marido y era socia de mi bufete. No podía pedir un resultado mejor.

FIN

Salvada por el Sr. Correcto: Weston Burke

Capítulo 1

Bailey

Desde que tuve uso de razón, quise ser actriz.

Vale, también hubo momentos que quería ser jugadora de baloncesto o supermodelo, cualquier cosa en realidad, pero nada que fuera normal.

Mi mayor miedo era vivir una vida de mediocridad, así que me esforcé mucho para tener éxito. Al final, la única constante en mi vida era la actuación.

Tenía veintiocho años, siempre pensé que a esa edad sería famosa y estaría en los carteles de las últimas superproducciones de Hollywood. Pero el éxito llegaba con cuentagotas, no a raudales, y la gran oportunidad se hacía esperar.

Progresé más en el mundo de la moda que en el cine, pero agradecía cualquier cosa que me permitiera seguir diciéndole a la gente que me ganaba la vida actuando. El argumento de que la fama llegaría más tarde siempre me funcionó y me gustaba pensar que no vivía una vida de mediocridad.

La fiesta de clausura del rodaje para una boutique de diseño fue un momento culminante y un punto álgido para mí. Eran de Italia y en eso me fijé sobre todo. Cualquier cosa con nombre italiano suena elegante y esos eran exactamente los clientes que yo quería.

La mayoría de la gente de la ciudad, en mi opinión, no tenía ni idea de todos modos. Con nombres que sonaban europeos, todos fingían conocer la marca, estaban impresionados de que yo consiguiera trabajos de tan alto nivel.

Estas empresas solían ser generosas, pero financieramente el proyecto en curso era más bien modesto, por lo que no quedaba mucho para la fiesta de clausura. Así que se celebró en un pequeño antro del Soho, a poca distancia del estudio donde tuvo lugar el rodaje.

Pero no importaba, porque yo estaba contenta de tener trabajo. Así que volví a ponerme mis vaqueros y mi camiseta y me tomé una cerveza en el bar. Había hecho un buen trabajo.

De vez en cuando miraba hacia la entrada, ya que mi novio Alex había prometido venir a la fiesta de clausura, pero como tantas veces llegaba tarde.

Una de las compañeras, que también ejercía de modelo y a la que sólo había visto una vez, se acercó a mí. Su nombre se me había olvidado, me miró sonriente a los ojos.

"Enhorabuena por el trabajo en Los Ángeles, Bailey", me dijo.

"¿Qué trabajo en Los Ángeles?", pregunté, confusa.

Se rió y enarcó una ceja. "Tendrás que ser más rápida si quieres triunfar en California. ¿Por qué

no llamas a tu agencia?".

Mi corazón empezó a latir con fuerza porque me había presentado a una audición para un gran papel, un papel principal incluso, pero hasta el momento no había tenido noticias de mi agente Janie.

Cogí rápidamente el teléfono y vi que tenía siete llamadas perdidas. El siete era mi número de la suerte, así que me emocioné mucho cuando le devolví la llamada.

"Hola, ¿qué pasa?", quería saber. *"Me has llamado unas cuantas veces".*

"Así es. Sabía que hoy ibas a estar en el plató, pero no tenía tus horarios de trabajo. De todas formas, hay una noticia que creo que te gustará oír".

"¿Es sobre el trabajo en Los Ángeles?".

"Sí", respondió, y mis nervios se pusieron a flor de piel. Casi pude sentir cómo reprimía una sonrisa.

"Bueno...".

"¡Ya lo tienes, nena! Es una petición, ¡te quieren a ti!". Sostenía el teléfono a lo lejos y chillé de alegría por un momento. Era una gran oportunidad.

"¡De verdad pensabas que no tenías ninguna oportunidad! ¡Sí! Claro que voy a decir que sí".

"Eso es lo que pensaba. Quédate junto al teléfono y enseguida te llamo".

Nerviosa, caminé de un lado a otro mirando la pantalla. Tan rápido como pude, contesté a su llamada cuando volvió a sonar.

"¿Ha funcionado?", quise saber excitada.

"Sí. Te vas a Los Ángeles".

"¡Muchas gracias!".

"Has hecho un gran trabajo, Bailey. Te lo mereces".

Era uno de los papeles principales de una gran película sobre deportes llamada She Got Game que se iba a rodar en Los Ángeles. Hacía poco que me había instalado en Greenwich Village, a la vuelta de la esquina de Broadway. Era irónico que tuviera por delante un gran salto profesional en la otra costa.

Pero Los Ángeles era el lugar donde debía estar, porque es donde están todos los que son alguien. Este trabajo podría significar mucho para mi carrera. Tal vez los productores o los directores o alguien más en el equipo le gustaría. Al menos debí causar una buena impresión al director de casting, que me ofreció el papel.

Quién sabe, tal vez me esperaba una gran carrera en los próximos años. Por otra parte, de momento me sentía feliz por haber hecho un buen trabajo en Nueva York.

"Oye, ¿es verdad que te vas a Los Ángeles?", me preguntó otra compañera mientras se acercaba al bar a por otra cerveza.

De alguna manera era totalmente extraño escuchar esta noticia de otras personas. Era tan fantástico que aún creía que se refería a otra. Sin embargo, poco a poco empecé a darme cuenta. El corazón me latía hasta el cuello y me invadían ganas de correr, saltar, beber y bailar.

Era extraño que a menudo una pudiera tomarse tan a la ligera los mayores cambios de la vida. Me había dicho a mí misma que este papel no era seguro hasta que no estuviera en un avión. Pero incluso entonces, a veces ocurrían cosas que hacían imposible la producción de última hora. No puedo influir en cosas que están fuera de mi alcance, me doy cuenta, pero al mismo tiempo había aprendido a no celebrar el día antes de que llegue. Pero era más fácil decirlo que hacerlo, porque era imposible guardarme para mí semejante noticia.

"Sí, me acaban de contratar para un trabajo allí. Al parecer es un trabajo importante que me llevará al menos un par de meses, pero de todas formas me gustaría quedarme más tiempo, estoy segura de que habrán otras oportunidades para mí".

"¿Ya tienes dónde quedarte?", quiso saber.

"No, creo que buscaré una habitación barata de momento, tal vez un AirBnb, cualquier cosa a corto plazo hasta que me establezca".

Se encogió de hombros. "Viví allí unos años y si quieres puedo llamar a unas cuantas personas y ver si alguien tiene sitio para ti. Seguro que lo pasarás muy bien".

Sonreí. "¡Oh, sí, eso espero! Sería perfecto si alguien tuviera una habitación para mí. Es todo tan abrumador y necesito reorganizar mi vida por completo". El equipo de producción tendrá una caravana para mí en el plató y una habitación de hotel para el primer fin de semana, pero después estaré por mi cuenta. Además, quiero llegar pronto para conocer un poco mejor a la gente antes de empezar la lectura del guión".

"Puedo conseguirte un contacto, no hay problema. Llámame este fin de semana. No será nada especial, pero así tu comienzo no será tan estresante".

"Eso es genial y justo lo que necesito", le dije aliviada. "Gracias, te lo agradezco me ayudará mucho".

"Sí, está bien. Tienes cosas más importantes que hacer y buscar casa puede ser un fastidio. Mi número está en la lista de teléfonos", dijo mientras brindaba con la mía con su botella de cerveza recién abierta y se mezclaba de nuevo entre la multitud.

Después de todo, el universo era bueno conmigo y yo estaba radiante de felicidad. Todos mis sueños se harían realidad.

Entonces, ¿por qué no podía estar con mi novio?

Me había dicho que vendría en cuanto terminara su actuación, pero ya llevaba media hora de retraso, y eso que le había dicho que habría cerveza gratis.

Llena de confianza, seguí mirando a la puerta, esperando que tuviera alguna excusa viable para justificar su retraso, pero nunca llegó.

¿Dónde estás?

¡Tengo grandes noticias!

¿Vienes?

Llámame.

Finalmente, me rendí. Por dentro me hervía la ira mientras pedía otra copa.

Frustrada, bebí esa cerveza y luego unas cuantas más, de modo que cuando la fiesta estaba terminando, me sentía definitivamente achispada y llamé a un taxi. No estaba lejos de mi piso, pero llovía y con mi nivel de alcohol probablemente habría tardado el doble en llegar a casa.

Cansada y nerviosa, me enfadé con Alex por no haber aparecido. Se suponía que era una celebración que siempre quería recordar porque era un hito para mi carrera.

Él sabía exactamente cuánto deseaba pasar la velada con él y su comportamiento hacia mí era realmente mezquino. ¿Por qué tenía que seguir haciéndome esto?

Cuando le conocí, hacía seis meses, estaba muy enamorada. Era un músico poco convencional, con ropa informal y el pelo revuelto. Su música era francamente terrible, pero interpretaba bien el papel de estrella del rock, era carismático y fue divertido estar con él.

Sin duda, las mujeres le adoraban y a mí me gustaba ser la que estaba saliendo con él.

De algún modo, conseguí mantener la compostura en el bar y ocultar mis sentimientos para celebrar el final de la sesión de fotos con todo el equipo. Después de años de práctica, era más fácil llorar que controlarme y reprimir las lágrimas en ese momento. Pero de ninguna manera iba a dejar que Alex me arruinara la velada.

Aún intentaba sonreír mientras me subía al taxi amarillo a la salida del bar, con los zapatos de tacón en la mano, pero todo empezaba a torcerse.

"¿Una noche perfecta?", preguntó el taxista, divertido, mientras cerraba la puerta y suspiraba.

"Sí, tengo una gran noticia esta noche", le dije de buena gana mientras me hundía en el asiento del coche, empezó a dolerme la cabeza un poco.

"¿Ah, sí? Enhorabuena. ¿Y qué es, si puedo preguntar?".

"Me han contratado para una gran película en Los Ángeles. Es mi gran oportunidad y estoy impaciente".

"¿En serio, eres actriz?".

"Sí; empiezan a rodar en un par de meses. Dicho esto, ni siquiera hace tanto que tengo el piso en Greenwich Village y ya puedo prepararme para mudarme al otro lado del país. Típico, ¿no?".

Su entusiasmo me hizo bien. Hablar de ello me hizo sentir un poco mejor de inmediato, como si fuera medicina para mi angustia.

"Definitivamente, debería pedirte un autógrafo para poder decirles luego a mis pasajeros: “A esta chica ya la he llevado antes”, cuando te vea en una de las pantallas gigantes de Times Square", predijo desde el asiento del conductor, mirándome por el retrovisor durante tanto tiempo que empecé a temer.

"Bueno, no creo que me haga famosa, pero es un buen comienzo. Soy de Nueva Jersey, así que Nueva York fue un trampolín, pero en Los Ángeles es donde se hacen las grandes películas", me reí entre dientes. "Para eso he estado trabajando".

"Todo el mundo empieza en algún sitio", dijo, mirándome de nuevo en el espejo. "Tienes ese brillo en los ojos, ese brillo de estrella que hay en ti. No tienes qué preocuparte".

"Gracias. Sus amables palabras me reconfortaron. "En realidad, yo también estaba deseando que mi novio viniera a celebrarlo conmigo".

"¿No ha venido? "Dónde está?".

"Me está esperando en casa, al menos eso creo".

"Bueno, si yo fuera tú, le diría lo que pienso. Quiero que aprecie lo que tiene en una chica como tú. Si no puede, entonces será mejor que lo dejes, créeme".

"Oh, me enfrentaré a él cuando llegue a casa. Pero no iba a dejar que me estropeara la fiesta, he trabajado demasiado para eso y la velada ha sido genial".

"Puedo entenderlo".

El viaje en taxi no duró mucho, pero para cuando pagué el viaje, mi corazón ya no estaba tan pesado.

Realmente era hora de tener una charla seria con Alex. Abrí la puerta y, como no había ascensor, tuve que subir ocho tramos de escaleras hasta mi piso. Aún llevaba los zapatos de tacón en una mano y el bolso en la otra.

A medida que me acercaba, podía oír el rítmico golpeteo de una cama contra la pared incluso desde el pasillo. Alguna pareja, joven o mayor, se estaba declarando su amor. Una sonrisa irónica jugueteó alrededor de mi boca a pesar de mi mal humor.

Al menos una pareja se divierte esta noche.

Bastante aturdida, en la octava planta, me di cuenta de que el ruido procedía de mi piso. Se me borró la sonrisa. En silencio abrí la puerta, con pánico a lo que encontraría dentro.

En realidad, no quería entrar. Sentía como si algo me estuviera esperando allí dentro, listo para abalanzarse sobre mí y comerme viva. Cada golpe de la cabecera contra la pared me producía

una puñalada igualmente violenta en el corazón. Pero no tenía a dónde ir. Como Ulises a las sirenas, me sentí atraída. Mis pasos se hicieron cada vez más vacilantes a medida que me acercaba.

Encontré exactamente lo que esperaba encontrar, aunque me habría gustado ver algo más.

Alex estaba en la cama con otra mujer, en mi cama. Ella estaba tumbada boca arriba, con las piernas sobre los hombros de él, y ambos gemían de lujuria. Evidentemente, ninguno de los dos me había oído abrir la puerta y entrar en el piso.

Incapaz de hablar o moverme, me quedé allí de pie y los segundos me parecieron eternos... hasta que miró al espejo que tenía delante. Con un aullido, se abalanzó lejos de la extraña mujer cuando se dio cuenta de mi presencia.

"¿Qué te pasa?", le preguntó antes de girarse y seguir su mirada.

No tenía ni idea de quién era. Tenía trenzas en el pelo y llevaba cuentas de plástico alrededor del cuello, así que concluí que probablemente era una groupie de uno de sus espectáculos.

"¿Qué coño, Alex?", le pregunté, queriendo gritar aún más enfadada de lo que estaba, pero sonando agotada.

"Nena, ¿qué haces aquí?", me preguntó como si yo no fuera de aquí.

"¿Cómo qué hago aquí? Este es mi sitio. ¿Qué hace ella aquí? ¿Qué estás haciendo aquí?".

"Nena, lo siento", murmuró, tirando de sus pantalones.

Desesperada, salí corriendo del piso, él tras de mí. De piso en piso, bajé las escaleras como si descendiera a las profundidades del infierno.

Cuando abrí la puerta del edificio, no tenía ni idea de adónde ir y salí a la calle para escapar de él.

Como si delirara, corrí a ciegas hacia la calle. Mis pies descalzos chocaron contra el áspero asfalto de la carretera y entonces oí el tosco chirrido de los neumáticos seguido de fuertes bocinazos.

Todavía sentía la rotura de mi brazo por el impacto... y luego me desmayé.

Capítulo 2

Weston

"Tu madre tiene otra posible esposa para ti", me dijo mi padre Stanley durante la cena. Mi madre Amelia acababa de irse a la cocina y él aprovechó para advertirme.

Las últimas semanas habían sido agradables, ella se había distraído con otras cosas. Pero en aquel momento, al parecer, había encontrado una nueva mujer, quería hablarme de eso durante la cena.

Ambos se habían jubilado recientemente, cansados de seguir hablando de la profesión médica después de bastantes décadas, de repente no tenían nada mejor que hacer que preocuparse por mi vida personal.

Cuando mi madre se proponía algo, no cambiaba de opinión. Era la persona más testaruda bajo el firmamento y cuando quería algo, no descansaba hasta conseguirlo. Esto podía significar, por ejemplo, que convenciera a una chica de la que yo nunca había oído hablar para tener una cita conmigo, sin motivo.

Siempre esperaba a nuestra cena familiar para hablar de estas cosas, porque si me hubiera enviado un mensaje, simplemente lo habría ignorado. Además, ella sabía que podía retenerme y obligarme a escuchar sus últimos planes.

Volvió al comedor con el postre prometido. Pero puso los tres platos a su lado de la mesa, fuera de mi alcance. Luego se sentó.

Seguramente no utilizará esto como presión, pensé, pero me equivoqué por completo.

Iba a tomar mi helado de fresa como rehén hasta que cediera a sus exigencias. La mayoría de estas técnicas las inventó cuando yo tenía cinco años.

"¿Has conocido a alguna mujer agradable últimamente?", me preguntó lo más despreocupadamente posible. Debía de haber practicado esas palabras delante del espejo antes de que yo llegara.

"No, mamá. He estado demasiado ocupado con el trabajo. Pero el entrenamiento va muy bien".

"He encontrado una mujer muy agradable para ti, tienes que conocerla".

"¿¡De verdad!? ¿Has oído lo que te he dicho sobre el entrenamiento? Va muy bien".

"Se llama Catherine Gladstone. Estudia en Inglaterra y es muy atractiva".

"Creo que estoy bien, mamá, pero gracias de todos modos", dije cortés y despectivamente sin mirar en su dirección y seguí comiendo.

"Ha vuelto a Nueva York y ya lo he organizado todo. No puedes dejarla colgada después de todo el trabajo que me ha costado".

Lo que más me molestaba era que no me consultara de antemano en tales decisiones, ella lo sabía perfectamente. Mi actitud tranquila y paciente desapareció de repente.

Enfadado, me agarré la frente. "No puedo dejarla colgada en absoluto porque literalmente no tengo ni idea de quién es y no soy responsable de haber quedado. Deberías haberme avisado antes de hablar con ella. ¿Por qué querría conocerla? ¿Está siquiera en el campo de la medicina?".

"Mejor aún. Está haciendo la carrera en Oxford".

"¿Todavía está en la universidad?", suspiré, porque tenía casi treinta y un años y era demasiado mayor para que me molestaran las estudiantes.

"Allí lo llaman universidad. Es la Universidad de Oxford".

"¿Pero al menos va a estudiar medicina?".

"No, va a ser arquitecta".

"Entonces no tendremos mucho que decirnos. No me interesa nada la arquitectura".

"No se puede tener todo, Weston. Además, puedes hablar con cualquiera de cualquier cosa. Sé que sabes de arquitectura. Va a volver a Nueva York. Háblale del Art Decó. Llévala a dar una vuelta por la ciudad".

"Seguro que ella sabe más que yo".

"Entonces deja que te lo cuente. Sinceramente, Weston, ¿tengo que decirte cómo hacerlo?".

"Las cosas han cambiado un poco en el último siglo en lo que a citas se refiere, pero aun así, gracias, mamá".

"No seas grosero con tu madre", murmuró mi padre desde el otro lado de la mesa.

A veces olvidaba que estaba allí, pero siempre me escuchaba. Cuando hablaba, siempre era bueno escucharle, ya fueran sabios consejos, un discurso severo o una oportunidad para la autorreflexión.

"Es la pareja perfecta para ti", continuó mi madre sin inmutarse.

"¿Cómo?", pregunté cuando estaba a punto de dar otro bocado. Tuve que esperar a que tragara.

"¿Cómo qué?", quiso saber.

"¿Cómo es una pareja perfecta?", repetí.

"Bueno, es sólo una sensación. De todos modos, viene de una familia perfecta".

"De una familia rica, querrás decir".

Todas las candidatas que me había sugerido hasta ese momento tenían una fortuna considerable, que ella había comprobado mucho antes de que yo conociera sus nombres.

"Bueno, claro que son ricos. Pero eso no hace daño, ¿verdad?".

"Mamá, es muy bajo tener estas conversaciones contigo".

"Pero cuando te mando un mensaje, no me contestas".

"Sí, ¿y no crees que hay una razón para ello?".

Siempre había pedido información y se empeñaba en organizar matrimonios estratégicos como si viviéramos en una novela de Jane Austen ambientada en Manhattan. No parecía darse cuenta de que hoy en día la mayoría de la gente se casa porque quiere formar una buena pareja.

Aunque mi padre se hizo un nombre en la cirugía cardíaca y fue entrevistado en el New York Times en los años ochenta sobre su método pionero, mi madre siempre fue la directora del éxito familiar. Ella había sido la encargada de hacernos salir en los periódicos, siempre planeando qué o a quién podía utilizar como trampolín.

Mi padre estaba obsesionado con su trabajo,trabajaba muchísimo para mantenerla contenta. Estaba segura de que la familia Gladstone también había hecho sus deberes y había decidido que éramos lo bastante buenos como para casarnos.

Por fin había llegado a un punto de mi vida en el que empezaba a pensar en una relación comprometida. Mi colega Clay acababa de encontrar al amor de su vida y , con casi treinta y un años, yo quería encontrar algo parecido.

Pero no tenía ni idea de cómo debía ser esa mujer.

"Si salieras con una joven como Catherine, podría mejorar aún más nuestra posición en la comunidad", me recordó mi madre con su infinita sabiduría.

Fue entonces cuando tiré la servilleta en el plato y me di por vencido esa noche. "Siento interrumpir la cena, queridos. Todavía tengo que ir al hospital esta noche".

"¿Estás bien?", preguntó.

"Sí, estoy bien. Me haré cargo de las tareas de Drake".

"Son casi las nueve".

"Sí, es el turno de noche".

"Bueno, recuerda lo que te dije sobre Catherine Gladstone".

Asintiendo con la cabeza, hice una salida rápida.

En realidad no necesitaba ir al hospital todavía, pero no podía alejarme de esa cena lo suficientemente rápido. Mi madre era una mujer persistente y sabía que no había oído lo último de Catherine Gladstone.

Con suerte, esta noche sería tranquila.

Drake y yo éramos colegas y amigos. Se consideraba mi mentor en el hospital. Nunca le habría dicho que pensaba que yo era mejor cirujano, a pesar de que él ya había pasado los cuarenta. Puede que él tuviera más edad y experiencia, pero yo tenía más talento y me preocupaba más por mis pacientes.

Como era de esperar, las calles estaban relativamente despejadas cuando me dirigí al hospital, que estaba a pocas manzanas, detrás del Lincoln Center. Aquella noche no necesitaba mi propia plaza de aparcamiento en el complejo hospitalario porque casi no había coches en la calle y podía aparcar más cerca de la entrada.

También lleve café fuerte para mantenerme despierto durante la primera parte de la noche. Más tarde probablemente necesitaría un segundo, pero el café de la máquina del hospital era terrible, así que siempre empezaba con un café fuerte y sólo tomaba el segundo si era absolutamente necesario, como si fuera una medicina de sabor amargo.

"Me alegro de verle, doctor Burke", me saludó una enfermera.

"Llamame Weston". “El Dr. Burke era mi padre", dije al pasar.

Cuando llegué, era de esperar que todo estuviera tranquilo. Pasé la primera parte de mi turno haciendo rondas y revisando a los pacientes, pensando en mi consulta privada y en mi carrera profesional.

Mi padre se había ofrecido a ayudarme a entrar en la facultad de Medicina para no tentar a la suerte, pero yo había insistido en hacerlo por mi cuenta. Con un apellido como Burke, habría tenido que trabajar el doble y habría sido aún peor si hubiera seguido en la misma especialidad.

"¿El Stanley Burke?", preguntaba la gente. La gente de los hospitales me estrechaba la mano como si hubieran conocido a una celebridad y me contaban alegremente anécdotas de la época en que trabajaron con mi padre. Todo era muy agradable, pero en algún momento terminaba cansandome. Por eso elegí la ortopedia en lugar de la cardiología. Me consideraban uno de los mejores cirujanos ortopédicos de mi hospital y mi consulta privada estaba en auge. Estaba muy orgulloso de ser el Dr. Burke, el cirujano ortopédico, y no el otro Dr. Burke de cardiología.

Mi carrera profesional era todo lo que siempre había soñado. Era feliz en mi profesión y me gustaba estar cerca de mi familia, aunque a veces me volvieran loco.

Seguía sintiéndome orgulloso de mi padre porque había conseguido mucho y apreciaba su apoyo cuando las cosas se ponían difíciles en el hospital.

De repente, salí de mis ensoñaciones cuando trajeron a la víctima de un atropello con múltiples fracturas en el brazo. Ya estaba en estado de shock cuando la miré y la llevaron en silla de ruedas al quirófano.

"Paciente traumatizado camino del quirófano", gritó la enfermera cuando el grupo pasó corriendo. Corrí detrás de ellos, dejándome guiar mientras echaba un rápido vistazo a la paciente para hacerme una idea de a qué me enfrentaba. Estaba mojada y sucia por la lluvia.

"¿Qué ha pasado?", quise saber de la enfermera.

"Atropello y fuga. La atropelló un coche".

Todos los ojos estaban puestos en la víctima. Las voces llegaban de todas direcciones, preguntando y respondiendo. Todo el mundo estaba frenético, pero no se convirtió en un caos. Todos conocían su papel. Lo habían interpretado innumerables veces antes como si se tratara de una representación de Broadway de hacía décadas.

"¿Alguna lesión en el cuello o la columna?", pregunté mientras le tomaba el pulso. La enfermera abrió los párpados de la joven y comprobó sus pupilas con una pequeña linterna que colgaba de una correa alrededor de su cuello.

"Nada".

"¿Se ha informado a su familia?".

"Sí, sus parientes más cercanos. Están de camino".

"Tiene suerte de que sólo sea el brazo", comenté, pensando en otras víctimas de atropellos que habían salido destrozadas de la carretera y aliviado de que esta joven se hubiera salvado. "Tenemos que limpiarla antes de empezar para que pueda ver bien. No gotea mucha sangre. ¿Alguna hemorragia interna?".

"El médico de urgencias dijo que no".

"Muy bien, veamos qué podemos hacer por el brazo".

En cuanto entramos en el quirófano, mi experiencia profesional se impuso y dejé que mis ojos vagaran por la joven.

No veía allí a un ser humano, lo que era aún más fácil cuando estaban inconscientes, sino sólo un organismo vivo con su sistema nervioso, sus órganos y su estructura ósea. Dejé que mis ojos se deslizaran sobre ella y decidí dónde hacer la incisión, dónde operar y cómo suturar.

Era como estar en la facultad de medicina con un cadáver. No podías pensar en las consecuencias ni en los amigos y la familia. Sólo tenías que concentrarte en la tarea que tenías entre manos y asegurarme de que se hacía de la mejor manera. Nada más importaba y el café se quedaba en mi mesa hasta que se enfriaba.

Durante la operación, nada más en mi vida importaba durante esas pocas horas. Era meditativo y casi terapéutico remendar y coser a la gente. Algunas personas restauraban muebles o juguetes viejos y yo hacía lo mismo con el objeto vivo.

Para mí era importante ser el mejor, me esforzaba por dejar el menor número posible de cicatrices. Todo el tiempo estuve totalmente comprometido y cuando la volvimos a coser estaba contento con el resultado.

El coche debía de ir demasiado rápido para haber hecho tanto daño en el impacto. Probablemente sólo la rozó, de lo contrario no estaría viva.

Alguien tiene que cuidar de ella, pensé con una leve sonrisa.

Cuando acabé, mi turno casi había terminado. La paciente seguía en la camilla y me alegré de que el resto del personal hiciera su trabajo. Pronto la llevarían a una cama libre en el piso de arriba para que se recuperara.

Mientras tanto, tomé un poco de agua, contemplé el amanecer, subí al coche y me fui a casa.

Hace mil años, un cirujano simplemente habría cortado el brazo de esta joven, tan fácil como disparar a un caballo de carreras herido. Me sentía orgulloso de formar parte de un campo en constante evolución en el que podíamos ofrecer a nuestros pacientes una nueva oportunidad de vida. Pacientes como Bailey ya no sufrían lesiones que les cambiaban la vida y la gente sobrevivía a más lesiones de las que antes morían.

Cuando llegaba a casa al final de un turno largo, hambriento y cansado, dormía profundamente, como si hubiera hecho un trabajo realmente duro y honesto. Mi padre siempre me había dicho que el trabajo honrado se hacía con las manos. La ciudad se construyó con ese trabajo honrado en los astilleros. Estábamos de pie sobre los hombros de los antepasados que habían puesto esos sólidos cimientos.

Antes de que el tráfico matutino llenara las calles, llegué a mi piso en el centro de la ciudad y caí exhausto en la cama. Estas operaciones de una hora no me suponían ningún problema, pero sabía que las sufriría más tarde. Lo importante era que se hicieran bien.

Demasiado para una noche tranquila, pensé mientras mi cabeza tocaba la almohada. Era consciente de que no sería la última vez que pensara en esta paciente. Estaría muy hermosa cuando estuviera curada y sana. Me sorprendí a mí mismo soñando con ella, la veía caminando por la calle sonriendo y no despertándose en el hospital quejándose de un fuerte dolor de cabeza y adormilada por los analgésicos.

Siempre envidiaba un poco a los pacientes a los que les tocaba lo bueno, pero mañana habría otros pacientes y todos ellos también necesitaban mi mejor y honesto trabajo, como la paciente de esta noche.

Capítulo 3

Bailey

Lo único que recordaba era haber pillado al gilipollas de mi novio, bueno, el gilipollas de mi ex novio, Alex engañándome con otra mujer en mi cama.

Todo seguía completamente borroso. Ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado desde aquella horrible noche, pero la imagen de él tirándose a aquella chica se me había clavado en la cabeza como una cicatriz.

Todo me daba vueltas y no sabía dónde estaba ni por qué me dolía el brazo, pero esperaba que me doliera tanto por haberle dado fuerte en la polla con ese brazo. Si era así, le habría hecho un gran favor a la humanidad impidiéndole que pudiera reproducirse, que pudiera esparcir su semilla. La satisfacción de aquello hizo que el brazo me doliera temporalmente un poco menos, pero eso podría haber sido la morfina.

Recordaba, cuando entré en mi piso y olí el típico olor a sexo en el ambiente. También recordaba sus gemidos cuando se estaba follado a la otra mujer en mi cama, yo me quedé allí sin poder moverme, sin decir nada.

Después de eso, sólo recordaba vagamente salir corriendo del piso a toda prisa y haber vuelto a la calle mientras la lluvia caía sobre mí.

Todo lo demás estaba en blanco. Pero era evidente que había tenido un accidente, de lo contrario ninguna enfermera habría entrado en aquella habitación.

Así que estaba en el hospital.

"¿Cómo está?", me preguntó la enfermera y miré a mi alrededor.

Las persianas estaban cerradas, impidiendo que la luz del sol iluminara la tenue habitación. No había una segunda cama de hospital en la habitación y lo agradecí.

Levanté la manta y miré las heridas del accidente que aún no era capaz de recordar.

"¿Cuánto tiempo llevo aquí? Me temo que todavía estoy un poco confusa", respondí con voz ronca y tuve que toser. La enfermera me sonrió.

"Eso no me sorprende. Tómeselo con calma durante un tiempo. No se mueva mucho todavía. Te ingresaron anoche".

"¿Pero qué pasó?", pregunté. Pasó algunas páginas de su portapapeles y luego me leyó en voz alta.

"Te atropelló un coche y te rompiste el brazo y alguien te trajo aquí porque necesitabas atención médica urgente".

"Eso tiene sentido. Describe perfectamente cómo me siento en ese momento. Como si me hubiera atropellado un coche. ¿Dónde está Alex?", quise saber y miré a mi alrededor. Era un

gilipollas, pero era el único que podía haberme llevado a Urgencias.

"¿Quién es Alex?".

"Mi ex novio. Es el único que sabe que estoy aquí".

La enfermera miró brevemente, casi de forma robótica, sus notas y luego volvió a mirarme. "Lo siento. Tampoco se ha registrado nadie como visitante con el nombre de Alex".

Tuve que pensar mucho. "¿No estaba conmigo cuando me ingresaron aquí?".

"No, estabas sola".

"¿Estaba sola?", repetí. Ella asintió con simpatía.

Que Alex me había seguido fuera del piso, podía recordarlo claramente después de todo. Luego, cuando me atropelló un coche, ¿se marchó y me dejó allí?

¿Podría ser que hubiera vuelto arriba para terminar lo que había empezado con la chica mientras yo yacía inconsciente y herida en la calle? Seguro que no habría caído tan bajo, ¿verdad?

"Entonces, ¿quién me ha traído aquí?", fue mi pregunta legítima.

"Un turista, obviamente alguien de Europa, que se perdió buscando Times Square. Eso también estuvo muy bien, porque con heridas así siempre es cuestión de tiempo. Probablemente te trajo aquí muy rápido y así es como el cirujano pudo salvarte el brazo".

Bienvenido a Nueva York, pensé amargamente, donde la única persona que ayuda a la víctima de un atropello es un turista.

En cuanto intenté incorporarme, me dolía todo de pies a cabeza, como si me aplastara una pesada máquina, así que decidí renunciar a la idea y quedarme quieta.

"Tiene un par de costillas rotas", me informó la enfermera desde detrás de su portapapeles, "y casi pierde el brazo. El cirujano lo salvó, pero yo intentaría no moverme demasiado".

"Gracias por el consejo".

Cuando intenté mover el brazo derecho, una rígida escayola blanca me lo impidió. Mi brazo no había resistido la fuerza del impacto. También noté algunos moratones feos en el pequeño espejo que había junto a mi cama. Me alegré mucho de seguir inscrita en el seguro médico de mis padres y me pregunté si me cortarían el brazo si no podía pagarlo.

"¿Hay algo que pueda hacer por usted?", me preguntó la enfermera y sólo se me ocurrió una cosa.

"¿Es posible hablar con el cirujano que me operó?", quería saber, porque sentía que debía darle las gracias o al menos averiguar quién era. Si hubiera perdido el brazo, habría sido definitivamente el fin de mi carrera, por la que tanto había trabajado hasta entonces.

"El cirujano que la operó sustituyó a otro médico. De su seguimiento se encargará el médico que tenía previsto verle esa tarde".

"Pero me gustaría dar las gracias al médico que me ha salvado el brazo, si es posible".

Se encogió de hombros con indiferencia. "Sí, claro. Puedo informarle de que les gustaría hablar con él".

"Eso estaría bien. Gracias".

"Todo parece estar bien aquí por el momento. Iré a informar al médico", dijo, cerrando el portapapeles y dándose la vuelta para marcharse con una sonrisa.

En cuanto se marchó, una mano sujetó la puerta justo antes de que se cerrara. Viendo el terrible estado en que me encontraba, temí que fuera Alex quien apareciera en el último momento, como de costumbre. Lo último que necesitaba era su compasión.

Pero para mi alivio, el rostro lloroso de Sarah Turner apareció allí.

Si había alguien a quien quería ver en mi estado actual, era a ella. Sarah había estado en la misma clase de interpretación que yo en la universidad. Era pequeña, pero muy enérgica. Cuando estábamos juntas éramos imbatibles, nos apoyamos mutuamente para mejorar nuestras habilidades.

Su pelo rojo fuego era como un lanzallamas. Le entusiasmaba todo y tenía un corazón de oro.

Siempre hablábamos de irnos a vivir juntas a Manhattan después de graduarnos. Sin embargo, había dejado de actuar porque no era para ella y se había convertido en profesora.

Pero seguía siendo mi mejor amiga en Nueva York. Siempre que necesitaba a alguien, estaba ahí, ya fuera para llorarle por teléfono o para ver una película.

Mientras ella estuviera allí, yo sabía que estaría bien. Siempre podía contar con ella.

"¿Estás bien?", preguntó entre lágrimas, murmurando en un pañuelo mientras se acercaba a mi cama y se arrodillaba como si rezara una oración nocturna.

"¡Sarah!", grité aliviada. "¿Qué haces aquí?".

"Oh, pasaba por aquí y te he visto tumbada en esta cama".

La miré algo incrédula, ya que mi mente estaba nublada por la medicación. "¿En serio?".

"No, vine a verte a ti, idiota", se rió, " esperé toda la noche, me pregunté si estabas viva o muerta y no me dieron casi ninguna información".

"¿Quién te llamó?".

"La administración del hospital". Esa fue la explicación. Ella figuraba como mi contacto de emergencia.

"Gracias por estar conmigo".

"Siempre estoy aquí para ti. Ya lo sabes. ¿Qué te ha pasado? Has tenido días mejores, Bailey, y eso es decir poco. ¿Alex te hizo esto?".

"Me engañó, le pillé follando".

"¡Lo sabía!" gritó, saltando y enfadándose cada vez más. "¡Ese gilipollas!".

"Lo sé, lo sé. Por favor, no me culpes, yo también estoy cabreada". Disculpándose, volvió hacia mí y me cogió de la mano.

"¿Cómo has llegado hasta aquí? No habrás saltado, ¿verdad?".

Ya no estaba en la escuela de arte dramático, pero seguía siendo muy dramática y puse los ojos en blanco.

"La enfermera dijo que me atropelló un coche".

"¡¿Alex te atropelló?!". Me fulminó con la mirada.

"No. Salí corriendo del piso y me persiguió. Luego corrí a la calle sin mirar y alguien me atropelló".

"Probablemente aún puedas demandarle. No te habrían atropellado si no te hubiera perseguido. ¿Quién iba en el coche?".

"Bueno, yo corría y él me seguía. No huía de él. Y no tengo ni idea de quién iba en el coche. En cualquier caso, quienquiera que fuera cometió un atropello con fuga. ¿Tienes coartada?".

"He pensado tantas veces en atropellarte, pero parece que alguien se me ha adelantado". “Estuve en el cine y aún tengo el talón de la entrada sellado como prueba. ¿Quién te trajo aquí?".

"Al parecer algún turista. Es increíble".

"Si vives en Nueva York, es probable. Después de todo, sabía que los turistas serían útiles para algo algún día".

"Fue hoy, quiero decir ayer. No me importa qué día me trajeron aquí, pero ¿qué día es hoy?".

"Jueves. Sólo un día más hasta el fin de semana".

Ella era la única persona que quería a mi lado y me alegraba muchísimo de que estuviera.

"¿Crees que podré volver a confiar en alguien?", le pregunté con un gemido.

"Claro que podrás. Te llevará mucho tiempo recuperarte, pero estoy segura de que algún día lo harás. No te rindas, ya tienes bastante con lo tuyo. Habrá alguien ahí fuera para ti. Ha tenido que pasar todo esto para que te des cuenta de que Alex no es para ti. Aún somos jóvenes y tenemos mucho tiempo".

"No queda tanto tiempo y no sé si quiero volver a tener una relación. Sigo viendo las imágenes

de él en mi cama con esa mujer. Sinceramente, no quiero volver a ese piso".

"Es el principio de un largo proceso de curación para ti y se trata de mucho más que de las lesiones físicas que tienes".

"Pero no quiero oír eso: un largo proceso de 'curación'. Eso es muy injusto".

"Hoy es el día más duro, pero pronto estarás en casa y cada día será un poco más fácil. No puedes olvidarlo. Sé que no es una prioridad para ti, pero ¿qué significa eso para Los Ángeles?".

"No estoy segura de eso y aún no he pensado en ello. En realidad, no quiero pensar en absoluto. Pero debería llamar a Janie y contarle lo que ha pasado. ¿Por qué no me dices, cómo me ves?".

"Para serte sincera, no muy bien", confesó mientras se mordía el labio. Me dolía, pero podía estar segura de que siempre me decía la verdad.

"Menos mal que es una llamada, ¿no?", pregunté retóricamente mientras cogía mi teléfono, que milagrosamente no se había roto.

"Me tengo que ir, pero me han dicho que te pueden dar el alta pronto. Si quieres, puedo ir a recogerte cuando llegue la hora".

"Sí, por favor, sería muy amable de tu parte".

"Bueno, entonces te dejo", dijo con una sonrisa mientras se dirigía a la puerta.

"Sarah, espera un segundo". Se detuvo en la puerta. "¿Puedes quedarte conmigo unas noches?". Me sonrojé tímidamente. "Todavía no estoy preparada para estar sola allí, no después de lo que hizo Alex".

Sarah sonrió. "Ya he preparado una bolsa de viaje para esa eventualidad".

"Por eso te quiero", grité tras ella, sonriendo como si fuera una broma, pero era la verdad y ella lo sabía.

Estaba a solas conmigo misma, por fin podía procesar lo que había pasado en el sueño febril y lo que había pasado en la realidad. Esperaba despertarme en mi propia cama y darme cuenta de que todo, el trabajo de actriz, la fiesta de clausura, mi carrera de modelo, el engaño de Alex y, por supuesto, el accidente, había sido producto de mi imaginación.

Al menos estaba viva y aún conservaba todos mis miembros y también buenas perspectivas profesionales, de momento. Por eso podía estar agradecida, aunque todo lo demás se hubiera derrumbado a mi alrededor. Me preguntaba cuánto tiempo podría permanecer en el hospital antes de que me echaran a la calle.

No quería volver a mi piso, estaba contaminado. Pero pronto no tendría elección. Sarah vivía en un estudio minúsculo en el que ni siquiera cabía un saco de dormir. Tendría que volver a mi casa.

Con suerte, este accidente no pondría en peligro mi trabajo en el cine. Creía firmemente que

me recuperaría a tiempo y tenía que hablarlo con la enfermera antes de irme a casa.

No quería decírselo aún al equipo de producción por si me despedían. Era mejor que les contara los hechos y, con suerte, un plan de recuperación optimista. Después, podría adaptarme más fácilmente a todo lo demás.

De ninguna manera pensaba dejarlo todo. Por el momento, Janie, mi agente, era la única persona que necesitaba saberlo todo y que probablemente suponía que había estado en la cama con resaca todo el tiempo después de la fiesta.

Marqué su número y contestó inmediatamente.

"Hola, Bailey, ¿cómo estás hoy?", me preguntó burlonamente.

"Estoy en el hospital".

Su voz se volvió seria. *"¿Por qué? ¿Estás bien, Bailey?".*

"Bueno, nunca adivinarás lo que pasó cuando salí de la fiesta...".

Capítulo 4

Weston

"Su recuperación va mejor de lo esperado, señor Allen", le dije a mi paciente, un hombre de setenta y ocho años que se había roto la cadera en una mala caída. "Me complace informarle de que podrá reanudar su vida anterior en tan sólo un mes".

"¿Cómo, se supone que voy a estar sentado otro mes sin hacer nada?", refunfuñó.

"¿Qué tal si le hago otra revisión para dentro de quince días? ¿A la misma hora? Eso rompería un poco la monotonía, ¿no?".

El Sr. Allen lanzó un fuerte suspiro. "Sí, por favor".

"Por favor, pida una nueva cita en la recepción. Es mi deber ayudarle", le dije mientras se dirigía a la puerta en su silla de ruedas.

Disfrutaba de mi trabajo en la consulta privada y me habría gustado centrarme más en él. Estuve pensando en ampliar mis planes profesionales y especializarme en un área, éste era el primer gran paso en esa dirección. De momento estaba en pañales, pero había empezado con buen pie y esperaba ampliarlo.

Mi padre era un excelente profesional y, desde que se jubiló, la inactividad le había desgastado. Había una biblioteca de investigación médica que llevaba su nombre, pero nunca hablaba de ella. Pero yo quería dejar algo que otros pudieran continuar. Cuando me jubilara, podría convertirme en el presidente de esa institución. Además, este proyecto podría franquiciarse en todo el país y mis hijos podrían incluso hacerse cargo de todo si quisieran seguir este camino para sus propias carreras.

Acababa de acompañar al señor Allen a la salida y estaba consultando el marcador de los Yankees en mi teléfono cuando recibí una llamada de recepción. Aún faltaban unos minutos para la siguiente cita y, de todos modos, la recepcionista esperaría a que colgara.

La llamada procedía del hospital y la cogí.

"Hola, Dr. Burke. Siento llamarle en su tiempo libre", se disculpó una enfermera. Aún no sabía su nombre y parecía nerviosa por la llamada.

"Eso no es problema. ¿De qué se trata?".

"Tenemos una petición para usted, un paciente quiere conocerle".

Frunciendo el ceño, le pregunté algo burlón: "¿Se encuentra bien?". "Alguna queja?".

"Ninguna queja. Está bien. Se trata de Bailey Stuart, la joven que operó hace unos días y que sufrió un accidente de tráfico. Le gustaría darle las gracias personalmente".

La joven del brazo roto, con la que había llegado a soñar después de la operación de su brazo derecho. En el sueño había estado sana y se había recuperado. Se me paró el corazón una vez.

Aunque no era raro tener pacientes agradecidos, sobre todo los que habían sufrido semejantes traumas, yo sólo estuve sustituyendo a mi amigo Drake. Según la política del hospital, el futuro cuidado de la joven iba a ser transferido a él.

En realidad, era su paciente, no mía, aunque yo había realizado la operación. Aun así, sentí curiosidad y decidí que estaría bien conocerla, ya que quería verme en persona.

"Bueno, puedo hacerlo. ¿Cuándo le toca la próxima revisión?".

"En realidad, le está esperando en este momento y le darán el alta después".

Sorprendido, enarqué una ceja. "¿En este momento? Hoy no tengo otra cita en el hospital. Estaré en la consulta".

"Si no tienes tiempo, le diré que venga otro día".

"Vale, no, está bien. Tengo una consulta más y luego iré. No está lejos. ¿Puede esperar tanto?".

Hubo un momento de silencio. "Dijo que sí".

Era difícil concentrarme en mi siguiente paciente porque mis pensamientos giraban en torno a Bailey Stuart. Tenía curiosidad por saber cómo sería cuándo dejara de estar inconsciente y sangrando en una camilla. No tardaría mucho en averiguarlo, pero estaba impaciente.

Cuando terminé en la consulta, subí inmediatamente a mi coche y conduje de vuelta al hospital. A diferencia de la noche en que la operé, a esta hora el tráfico era caótico. Las bocinas de los coches chirriaban como pájaros en una selva tropical. El aparcamiento del hospital también estaba lleno, pero por suerte yo tenía mi propia plaza.

Cuando entré en la recepción y la vi esperándome allí, casi no la reconocí. Estaba mirando el móvil y escribiendo laboriosamente un mensaje con la mano izquierda, mientras que la derecha la tenía escayolada desde el hombro hasta la punta de los dedos. Se había arreglado y maquillado. La hinchazón también había bajado, pero la escayola la dejaba un poco desequilibrada. Levantó la vista de la pantalla cuando se dio cuenta de que yo había llegado.

A pesar de los moratones, me sorprendió lo atractiva que me pareció cuando la vi cara a cara. Era alta y parecía una atleta profesional. Encontrarla así me hizo feliz y, cuando me miró, sus ojos azul océano brillaron de admiración. Como se había apartado el pelo oscuro de la cara, pude ver sus preciosos ojos.

No era profesional tener pensamientos lascivos sobre pacientes femeninas, pero de repente todo era tan distinto a nuestro primer "encuentro". Recordaba haber mirado su cuerpo y no haber visto nada más que su anatomía, como cuando estás tan cerca de un cuadro que puedes distinguir las pinceladas individuales de los sencillos colores primarios.

Sólo cuando das uno o dos pasos atrás te das cuenta de la genialidad de la obra, de cómo las capas individuales de pintura sobre el lienzo crean algo complejo y hermoso. Su pelo negro caía sobre sus hombros en grandes y brillantes ondas. La escayola le impedía ponerse la manga del jersey por encima, pero me pareció que estaba en una forma física sorprendentemente buena. Era casi tan alta como yo, cosa que tampoco había notado durante la operación. Fue muy gratificante

verla en vías de recuperación.

Los médicos éramos muy conscientes de que debíamos tener cuidado con nuestros pacientes, ya que a menudo habían pasado por una época traumática y a veces se aferraban a sus médicos para compartir la carga emocional.

Pero era difícil permanecer neutral, ya que ella se acercó a mí y se alegró mucho de verme y me abrazó con una mano lo mejor que pudo, envolviéndome su pelo oscuro.

"¡Dr. Burke! Es un placer conocerle por fin".

La sujeté por la cintura e intenté ser profesional, pero podía sentir su cuerpo presionando contra el mío y me costaba mantener la compostura.

Consciente de todas las miradas del personal del hospital, puse una sonrisa profesional.

"Encantado de conocerla. Ya nos conocíamos, pero entonces no estabas despierta", le sonreí. A menudo había utilizado esa frase con mis pacientes cuando los conocía después de una operación.

"¡Gracias por salvarme!".

Ante sus elogios, carraspeé un poco incómodo. "No te he salvado, en ese sentido, pero sí te he salvado el brazo. Parece que te lo han escayolado bien", le dije, aprovechando para interrumpir el ya larguísimo abrazo para examinar la escayola.

"Ya te pondré el vídeo del unboxing cuando me vuelvan a quitar la escayola del brazo. Como puedes ver, le tengo bastante cariño", bromeó Bailey.

"Muy bien, tu agradecimiento ha llegado y te devuelvo un de nada", dije, intentando mantener mi distancia profesional. Pero de repente me oí decir: "¿Te imaginas tomar un café conmigo?". No sabía de dónde había salido esa frase y, si hubiera podido, la habría retirado inmediatamente. Pero su pronta respuesta no me permitió retractarme en absoluto:

"Me encantaría. Soy adicta al café, por así decirlo, y no puedo decir que no".

"Me has puesto en un aprieto", le dije con un guiño burlón.

"¿En qué sentido?", preguntó un poco insegura.

"En realidad, desde un punto de vista médico, tendría que aconsejarte que no bebieras demasiado café, pero eso posiblemente me privaría de la oportunidad de volver a verte fuera del hospital".

Vaya, ¿qué me pasa? ¿Estoy flirteando con una paciente? ¿Por qué no puedo parar las frases antes de decirlas?

Se rió aliviada. "No tiene que preocuparse por eso, Dr. Burke. Mi adicción es demasiado fuerte para que una advertencia bienintencionada haga alguna diferencia".

No pude evitar unirme a su risa. "Entonces, ¿me dejarías tu número para que pueda sugerirte un

lugar y una hora?".

"Me encantaría", respondió, "Aquí tienes mi tarjeta".

Acepté la tarjeta y la leí antes de volver a mirar a la Sra. Stuart a la cara.

"En tu tarjeta pone que eres actriz. Qué bien. ¿Trabajas en teatro o en cine?".

"En cine. Acabo de conseguir un papel en Los Ángeles", dijo enfáticamente con indiferencia, como si no quisiera delatar lo importante que era eso para ella. Pero no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción al decirlo en voz alta.

"Vaya, enhorabuena. Estoy celoso, porque siempre he querido ir a Los Ángeles".

"Yo también, y me hace mucha ilusión".

Nuestra conversación se vio bruscamente interrumpida por el timbre de mi teléfono y, como era de la consulta, tuve que coger la llamada.

"Supongo que entonces nos veremos pronto, doctor Burke", se despidió la señora Stuart.

En el momento en que se dio la vuelta y se alejó de mí, ya supe que estaba con problemas. Nunca antes había sentido un aura tan seductora en una paciente. Pero también sabía que esto infringiría docenas de normas, así que no quería dejar que mi mente divagara demasiado.

Por desgracia, después de mi llamada telefónica, mis pensamientos volvieron inmediatamente a ella y no pude contenerlos. Pensé en todas las posibilidades imaginables. Al fin y al cabo, sólo era una fantasía, así que ¿qué tenía de malo?

No sólo era físicamente atractiva, sino que su personalidad me parecía increíblemente cautivadora, pues era ingeniosa, juguetona, llena de vida y de una facilidad sin complicaciones.

Era actriz y eso completaba el cuadro, porque como la mayoría de las actrices era increíblemente encantadora, francamente seductora.

El hecho de haberla invitado a salir lo relativicé después, asegurándome a mí mismo que, después de todo, sólo era un café y no una cena. Además, había decidido mantenerla como paciente para poder verla más a menudo.

Enseguida me acerqué a la auxiliar administrativa que estaba sentada en su mesa.

"Hola. ¿Podrías sacar el historial de esta paciente, Bailey Stuart?", le pregunté.

"Por supuesto, Dr. Burke. "¿Qué necesita?".

"¿Puede transferirme el seguimiento?".

"¿Hay algún problema con su actual asignación al Dr. Morris?".

"Cuando tuvo el accidente, me hice cargo de su turno, así que fui yo quien la operó, por lo que creo que también debería encargarme de su seguimiento".

La empleada se encogió de hombros con desinterés. "Ah, sí, ya lo veo. Pero claro, lo haré, doctor Burke".

"Gracias".

Entonces salí del hospital, caminé de vuelta a mi coche y me senté un momento antes de arrancar.

¿En qué me había metido?

Lo peligroso que era esto, lo sabía, y pensé que podría deshacerme de los pensamientos sobre Bailey si salía del hospital y me refrescaba en casa. Iba a ver el béisbol porque era mi forma favorita de relajarme.

Pero cuando llegué a casa, ella seguía conmigo, si no físicamente, sí emocionalmente. Me resultaba imposible no pensar en sus ojos y en cómo había sentido su cuerpo contra el mío.

Mientras estaba tumbado en la cama, en la oscuridad, iluminado únicamente por las farolas de la ventana, la vi en mi mente sentada a los pies de la cama, observando atentamente cómo se quitaba su ajustado jersey negro. Durante un breve instante me permitió echar un vistazo a su cuerpo, que saboreé antes de que se echara el jersey por encima de la cabeza y la sorprendiera mirándome fijamente.

¿Qué sentiría si se acercara a mí en la cama y se apretara contra mí, sin ropa? ¿Si pudiera sentir el calor de su cuerpo y los latidos de su corazón en mi pecho? ¿Si su larga cabellera me rozara y me erizara el vello corporal?

Luego imaginé a qué sabrían sus labios cuando por fin estuviera cerca de mí y yo deslizara mi lengua entre ellos. También me pregunté a qué sabría entre las piernas.

Me pregunté si se habría mojado mientras hablaba conmigo. Al imaginar su esbelto cuerpo desnudo junto al mío, con la oscuridad envolviéndonos como un fino velo, sentí que mi polla crecía y se endurecía.

Saqué mi miembro tieso de los bóxers y empecé a ocuparme de mí mismo. Era consciente de que mi mano era un pobre sustituto de estar dentro de ella. Imaginé qué sujetador llevaba, a juzgar por el tirante que se veía en su hombro en el hospital. Buscaba cada pequeño detalle para respaldar la fantasía con algo real y sentir que realmente la tenía conmigo.

En mi mente imaginé que la cogía por la espalda y le desabrochaba el sujetador y que ella extendía los brazos hacia delante para ayudarme a quitárselo. También quería saber cómo eran sus pechos, si sus aureolas eran grandes o pequeñas y si sus pezones eran pronunciados o no.

Casi podía sentir su calor en mis manos mientras me masturbaba. Podía sentir literalmente su olor y su aliento en mi piel.

Actué como un adolescente lujurioso mientras intentaba acabar frenéticamente, habiéndome perdido por completo en mi deseo por su cuerpo. Imaginé los sonidos seductores que haría cuando la pusiera boca arriba y la penetrara suavemente. Entonces quise saber si era un gemido suave y engatusador o un gemido gutural en lo más profundo de su garganta, que ella emitía con

una sonrisa socarrona y muchos besos alegres en mi pecho y mi cuello.

Cuando me corrí fue explosivo y me pregunté qué aspecto habrían tenido sus ojos si me hubiera corrido dentro de ella y me hubiera enterrado hasta la empuñadura en ese mismo momento.

Después de refrescarme, sentí remordimientos por haber pensado así en una paciente, pero pensar así después de un orgasmo era más fácil.

Como era muy atractiva, quedaría con ella para tomar un café y mirarla a los ojos. Pero sería como mentir y engañar si intentara poner cara de póquer y fingir que no había estado pensando en ella todo el tiempo.

Inmediatamente después me dormí agotado, también debido a los turnos de la última noche.

De nuevo la imaginé tumbada a mi lado, jadeando igual que yo. Satisfecha, igual que yo, observaría mi pecho subir y bajar bajo las sábanas, igual que yo observaba el suyo ante mis ojos.

Capítulo 5

Bailey

Varios días después, me esforzaba en casa por prepararme para un acto benéfico.

Sólo llevaba una semana con el brazo escayolado y las costillas rotas seguían doliéndome muchísimo sin medicación, pero aun así estaba enormemente emocionada.

Estar activa era una parte importante de mi rutina diaria. Mi físico era parte de lo que quería vender a los directores de casting y creía firmemente en el poder de "una mente sana en un cuerpo sano".

Eso se había acabado de la noche a la mañana: se acabaron las carreras, el gimnasio y el baloncesto. Sólo podcasts y streaming online dentro de mi deprimente piso.

Sarah, que se quedó conmigo desde el accidente, me ayudó a prepararme. Tomaba tantos analgésicos que no podía conducir sola y Sarah no se fiaba de los conductores de Uber para llevar a una joven herida y drogada.

"Deberías ponerte este vestido". Salió de mi armario, arrastrando con cuidado un atrevido vestido floreado. Estaba bastante de moda para un estampado floral, pero no estaba segura de querer destacar así.

Frunciendo el ceño, pregunté: "¿Estás segura?".

"Totalmente".

"Creo que nunca me lo he puesto".

"Razón de más para que te lo pongas esta noche".

Sin esperar mi respuesta, lo dejó sobre la cama y volvió a sumergirse en los abismos de mi armario para ver qué más podía encontrar.

"¿Cómo va el guión?", me preguntó.

Después de la operación, me atormentaban una serie interminable de pensamientos y noches en vela. Una y otra vez me despertaba imaginando que mi brazo roto se estaba curando torcido y que el único papel que había conseguido era el de un espectáculo de fenómenos en la feria.

Para combatir el insomnio, había empezado a escribir mi propio guión, titulado Strong-Arm, en el que quería interpretar el papel principal.

Con la ayuda de un programa de dictado, había podido empezar a plasmarlo en papel. Además, Sarah no paraba de darme ideas, así que había avanzado bastante.

Se trataba de una mujer atropellada por un taxi radiactivo en Manhattan. Se rompía el brazo, pero se curaba y se volvía mil millones de veces más fuerte que antes. Después descubrió que era indestructible y que tenía superpoderes que, por supuesto, utilizaba para luchar contra el crimen

y contra sus ex novios.

Todavía tenía que pensar en un final, pero era una buena idea de todos modos.

"Necesito un último acto", le respondí.

Me había pasado un tiempo encerrada en mi piso con las cortinas echadas, no soportaba cómo me miraba la gente cuando salía de compras. Entonces se me ocurrió que podría servir de inspiración para el tercer acto y me imaginé entrando en la tienda y a los clientes separándose como el Mar Rojo a mi paso. Me sentía inmediatamente mejor, porque aquello parecía extremadamente surrealista.

"Quizá esta noche conozcas a una inspiración y encuentres un nuevo amor en la fiesta", dijo Sarah con brillo en los ojos.

"No sé, ¿cómo quién?".

"Alguien que te ayude a superar a ese gilipollas".

No había visto a Alex desde la noche del accidente. Ni siquiera había vuelto a recoger sus cosas de mi piso.

En realidad, nunca se me había ocurrido que pudiera volver. Tenía su propia llave, así que debería cambiar la cerradura de la puerta, por si acaso.

Todo el tiempo estuve durmiendo en el sofá y Sarah en mi cama porque no soportaba acercarme a ella. Pero era fácil imaginar que una noche me despertaría y él estaría rebuscando en mi nevera y tomándose una cerveza después de su actuación. Así que había resuelto cambiar las cerraduras a la primera oportunidad.

Estaba segura de que oiría algo de él, tal vez un mensaje o una disculpa a medias en una llamada de cinco minutos. Pero cuantos más días pasaban y menos probable resultaba, más me preguntaba si sabía que yo estaba viva o si simplemente no le importaba.

Después de pensarlo detenidamente, decidí que prefería el silencio.

De todos modos, no estaba de humor para conversar con él y a veces era mejor cortar por lo sano. Sin ninguna duda, me había dado cuenta de que era el hombre equivocado para mí. Finalmente empecé a ver que sólo pensaba en sí mismo. Siempre Tenía alguna excusa para su mal comportamiento, yo fui tan ingenua como para creerle y correr tras él.

Para él, eso había sido la confirmación de que podía tratarme con arrogancia y cada vez me faltaba más el respeto. Por fin me había dejado llevar y pensaba cada vez más en mi nuevo y apuesto cirujano de ojos verdes.

"Ya he conocido a alguien", le confesé a mi mejor amiga.

"¿A quién? ¿A quién? ¿Dónde?", preguntó apresurada. "¿Desde la cama del hospital? Apenas te he quitado los ojos de encima".

"Bastante acertado", me reí entre dientes. "Se trata de mi cirujano".

"Chica, eres rápida", jadeó Sarah. "Supongo que el hospital es un mercado sin explotar con potencial, ¿no?".

"Para, por favor", le supliqué, ruborizándome mientras me ponía el vestido. "Vámonos".

Era mi primera gran salida nocturna desde el accidente y, aunque la hinchazón empezaba a bajar, aún me dolía mucho. Las fracturas de las costillas también seguían afectando mucho a mi movilidad y, de hecho, quise esperar más tiempo para salir, pero mi agente Janie me pidió que estuviera presente en la recaudación de fondos de esa noche.

La noticia de mi éxito se había extendido rápidamente y ella insistía en que no debía renunciar a mi presencia a pesar del accidente. No tuve más remedio que aceptar su sugerencia.

De alguna manera me las arreglaría, ya que sólo tendría que estar de pie unas horas. Además, no estaba lejos de casa, así que siempre podía coger un taxi si quería volver a casa.

La recaudación de fondos era para la Fundación Dramática. Había varios teatros y agencias representados para recaudar dinero para una organización benéfica que llevaba el arte de la interpretación a las escuelas públicas de Nueva York.

Le agradecí a Janie que me diera la oportunidad de volver a salir entre la gente como representante de mi agencia de talentos, porque era lo único que podía hacer en ese momento. Por mi aspecto, nadie me pondría delante de la cámara, y ningún diseñador pensaría que sus vestidos quedaban mejor cuando estaban adornados con negro, blanco y azul.

"Tu primera gran noche en público después de tu accidente. ¿Estás preparada?", preguntó Sarah alegremente mientras nos acercábamos al local. Obviamente estaba intentando motivarme para que pareciera un poco más entusiasmada.

"Sí. No ha pasado tanto tiempo".

"¿Has estado practicando cómo sostener la copa de champán con estilo con tu escayola?".

"No. Esta noche voy a ser la Bailey con los pies en la tierra y sólo beberé de las botellas. Haré que me las abran y sólo beberé con mi brazo bueno".

"¿No eres diestra?".

"Sí, pero estoy segura de que puedo beber una cerveza con la izquierda sin derramarla. Con estos analgésicos sólo debería tomar una copa de todos modos".

"Bien, ¿estás nerviosa?".

"No, claro que no". Pero parando, ya se daba cuenta de que estaba mintiendo. ¿Cómo lo había sabido? Tenía que averiguarlo antes de que alguien se me adelantara.

"¡No te preocupes, estaré bien! Gracias por llevarme".

"De nada. Me has llevado a casa muchas veces cuando no podía conducir. También es un placer hacerte un favor. ¿Quieres que te recoja?".

"Gracias, pero puedo coger un taxi", respondí mientras salía del coche. "Que pases buena noche".

"¿Seguro que volverás bien?".

"Sí, por supuesto. Te preocupas demasiado".

"En cinco minutos que te dejé sola te atropelló un coche".

Sí que tuve que reírme mientras cerraba la puerta y me alejaba. Sarah nunca perdía la oportunidad de recordármelo, pero a la hora de la verdad cuidaba de mí de forma ejemplar. Siempre estaba a mi lado y dispuesta a darme todo lo que necesitara.

No es que pudiera olvidarme del accidente; estaba constantemente en mi mente y Sarah me conocía lo suficiente como para saberlo. Lo sentía como un enorme elefante en nuestro piso y sentía que lo correcto era afrontarlo y bromear sobre ello. De este modo, cada vez era más pequeño, hasta que al final se convirtió en un lindo e inofensivo elefante bebé.

Antes de entrar, respiré hondo y fingí tranquilidad. Imaginé que no me había atropellado un coche y que mi brazo roto no estaba escayolado, sino que era un implante robótico con unos bíceps enormes o algo así. Por eso era tan pesado y difícil de manejar. La idea me hizo reír a carcajadas y me dio valor para abrir la puerta y entrar.

"¡Bailey! Me alegro mucho de que hayas venido", me saludó Janie desde lejos.

Sonriendo, me acerqué a mi agente. "Gracias por dejarme venir contigo. Lo necesitaba de verdad".

"Sé que estar encerrada en casa te vuelve loca. Normalmente estás todo el tiempo por la ciudad. Estás estupenda".

"Gracias, Janie".

Fue un evento glamuroso con mucho caviar que mordisqueaban varias celebridades no tan famosas de Nueva York y una gran multitud de patrocinadores bien pagados.

Se notaba que era un evento de moda porque los influencers también estaban allí. Su único trabajo era estar donde sonaba la música y donde podían conseguir la atención que necesitaban. Si estaban allí, sabían que era la fiesta de moda de la ciudad.

Fue divertido establecer contactos con otras personas de mi sector. Por desgracia, como mi brazo derecho estaba fuera de combate, no podía saludar correctamente, así que probé con el izquierdo. Por eso me divertía que la gente se diera cuenta de la escayola y cambiara de brazo para poder saludar tan torpemente como yo. Era una compensación estupenda, ¿verdad?

Me abrí paso entre la multitud hasta que vi frente a mí a un hombre que conocía, pero del que menos esperaba que estuviera allí.

Era el Dr. Burke, el cirujano en el que había estado pensando desde que lo conocí en el hospital.

Verle de nuevo, aunque fuera de forma inesperada, me hizo feliz y me comporté lo mejor que pude... o casi.

Weston

Me disgustaba que me arrastraran a estos eventos tan altaneros. Aunque sabía que era responsabilidad de la familia aparecer en tales eventos, para recaudar fondos y donar grandes cantidades de dinero para demostrar que éramos "desinteresados y caritativos", los odiaba con toda mi alma. La única razón por la que la gente donaba era para ganar influencia.

El dinero nunca iba a parar a organizaciones benéficas necesitadas, sólo a las grandes con buenos contactos, siempre la cantidad donada era el billete. Por lo que pagabas, recibías mucho a cambio. En realidad no donabas nada.

Los eventos eran inmensamente largos y estaban llenos de advenedizos que intentaban llegar al siguiente peldaño con la excusa de la caridad, aunque no eran más que un puñado de gilipollas egoístas.

Era exactamente lo que me había propuesto no ser cuando hice el juramento hipocrático. Nuestra familia era una gran contribuyente, así que todos contaban con nosotros para hacer las cosas. Estaba harto de toda esta farsa y cada vez me sentía como un fraude.

También estaba harto de mi madre porque no me había dicho que había invitado a la estudiante de la que me había hablado la otra noche y con la que estaba desesperada por emparejarme. Sólo me di cuenta cuando la vi esperándome en el bar con una joven que parecía su rehén.

Era poco probable que mi madre hubiera planeado el evento para que coincidiera con la agenda de Catherine Gladstone, pero tampoco era del todo descabellado. Al fin y al cabo, era una gran patrocinadora de la causa.

Catherine era rubia, bronceada y delgada, tendría unos veintitrés años, y estaba en una de esas posturas en las que te apoyas de forma poco natural con una mano en la cadera. Parecía ansiosa por hacerse una foto.

"Hola, Weston", me saludó mi madre cuando me acerqué a ella. "¿Puedo presentarte a Catherine?".

La joven me entregó una tarjeta de visita como si se tratara de una entrevista de trabajo.

Catherine Gladstone: Master en Arquitectura por la Universidad de Oxford", decía, como si ése fuera su cargo.

Reprimí deliberadamente un suspiro y una sonrisa de suficiencia e intenté entablar conversación. "¿La Universidad de Oxford en Inglaterra? ¿Vienes a Nueva York?

"Tenemos un periodo libre de clases y pensé en venir aquí el fin de semana para ponerme al día con algunos conocidos", me dijo y yo asentí.

No se me daba bien hablar de cosas triviales. "¿Cómo es Oxford?".

"Después de todo, es la mejor universidad del mundo, ¿no?".

Al principio me reí de su pomposidad, pero luego me di cuenta de que hablaba en serio.

Empezaba a tener la sensación de que no me caía muy bien. Con la esperanza de salvar las apariencias y evitar más disgustos, seguí hablando.

"Entonces debes de ser muy buena en lo que haces".

Se apartó el pelo largo del hombro. "Lo soy. Siempre supe que iría allí. Es muy difícil para los americanos conseguir una plaza, pero llamé a papá y lo arregló todo para mí".

"Qué bien por ti". Empecé a mirar alrededor de la habitación en busca de una vía de escape, como si el fuego y el humo acabaran de envolver la zona en la que estábamos.

Sobresaltado, pero también gratamente sorprendido, vi a Bailey Stuart entre la multitud.

Tenía un aspecto fantástico, a pesar de la escayola en el brazo. De algún modo, parecía tan natural como sus orejas o su nariz. Llevaba un vestido corto y escotado, quizá para desviar la atención de su brazo, y lo había conseguido.

Esta era mi oportunidad y tenía que hacer una retirada táctica antes de que las cosas empeoraran con Catherine.

"Encantado de conocerte", le dije amablemente, "pero tengo que hablar con una compañera".

Catherine se quedó boquiabierta y yo me di la vuelta a toda prisa y me marché, avergonzado por mi grosería pero aún más enfadado con mi madre por ponerme en una situación tan incómoda.

¿En qué estaba pensando mamá, intentando emparejarme con aquella?

Bailey estaba estrechando un millón de manos, así que me puse a la cola y me coloqué al final lo más despreocupadamente que pude, como si pasara por allí para saludar a un viejo amigo que acababa de ver. La mano de Bailey estrechó la mía y esos brillantes ojos azules se iluminaron con sorpresa y me hicieron derretirme.

"¡Dr. Burke!", dijo sorprendida.

"Vaya, qué agradable sorpresa", coincidí.

"Y tanto que lo es. ¿Qué hace usted aquí?".

"Mi familia es patrocinadora de esta organización benéfica. Asistimos a la mayoría de los actos. ¿Y tú?".

"Yo ayudo".

"Con un brazo también, ya veo. Ese es el signo de una persona realmente caritativa. Tu escayola parece sólida".

"Sí, como dije: Te enviaré el vídeo del unboxing cuando por fin me deshaga de la escayola", me recordó con una sonrisa.

"Pues lo estoy deseando. Pero no creía que fuera un evento para ti".

"Bueno, parece que aún tenemos mucho que aprender el uno del otro. Mi agente está incluso en el comité organizador".

"¿Lo está? ¿Quién es tu agente?"

"Janie Murphy".

"La conozco, sí. El mundo es un pañuelo, ¿verdad?".

"Aparentemente sí, al menos cuando estás en Manhattan".

"¿Cómo de grande es la isla?".

"Unos treinta kilómetros, algo así".

"Es un mundo muy pequeño".

"Demasiado pequeño a veces", asintió ella. "Pero a veces me alegro de que lo sea. A veces ves exactamente a quién quieres ver, en los lugares más insospechados".

De repente, este acontecimiento que contradecía todo lo que yo representaba se sentía como el único lugar en el que quería estar en todo el mundo. Bailey era mi escudo contra Catherine. Porque si me veía hablando con otra mujer, no se atrevería a acercarse. Ese era el plan de todos modos, además así no me sentiría tan culpable por coquetear con ella.

Aunque me había advertido a mi mismo que no me enamoraría de ella, me gustaba mucho. En una fiesta así, era un diamante en bruto. Había algo más en ella de lo que parecía a simple vista, ya que estaba claro que se sentía cómoda en un evento como este y se mezclaba con pericia.

Por fin había alguien con quien quería hablar, así que me separé un poco con ella para que pudiéramos hablar, conocernos con tranquilidad. Podría conocerla mejor.

Demasiado café, pensé mientras iba en busca de una bebida más fuerte.

Capítulo 6

Bailey

Después de escapar de la multitud y retirarnos a un rincón tranquilo de la fiesta, Weston fue a la barra a pedir bebidas.

Estaba un poco excitada y tal vez tenía algunas mariposas en el estómago. Sin embargo, me aferraba a mis pensamientos.

Ser encantadora con desconocidos era agotador, pero descubrí que estar con Weston era como un refugio seguro donde podía ser yo misma. Trabajar en red era como hacer monólogos, en los que tenías que responder a todo lo que alguien decía de forma mordaz o divertida. El timing lo era todo, pero en cambio, hablar con Weston era como hablar con Sarah en casa. No tenía que pensar demasiado porque sentía que había una conexión entre nosotros.

Era consciente de todos los ojos que nos observaban como buitres y de todos los oídos que nos escuchaban como agentes dobles.

Además, ¿qué hacía un cirujano en un evento así? Tenía algo que ver con su familia, pero ¿qué hacía su familia y cómo era que estaban tan conectados?

No había podido preguntarle todo eso en el poco tiempo que tenía, o parecería que le estaba interrogando. Pero era evidente que había más en él de lo que decía y que era algo más que un cirujano espectacular, joven y guapo.

Incluso cuando me invitó a tomar un café, me dejó sin palabras, porque en realidad parecía un adicto al trabajo que no salía mucho.

Me gustaba mucho y no podía evitar que surgieran en mi cabeza todas las posibilidades que podrían darse entre nosotros. Era increíble que un médico tan atractivo y con tanto talento pudiera ser también tan amable y generoso.

Sin embargo, desconfiaba, sobre todo porque Alex me había engañado y dudaba en enamorarme de un hombre nuevo, aunque éste me hubiera salvado la vida, o al menos el brazo, como él decía.

Este parecía un buen punto de partida. Yo nunca creí en el destino, los horóscopos ni nada parecido, pero me encontraba en un aprieto y él comprendía lo que estaba pasando.

Lo que más me impresionó fue lo diferente que era a Alex. Se me acercó un hombre bajito y calvo, con una pajarita de lunares que parecía que iba a girar al apretar un botón de su chaqueta. Me tendió la mano. "Hola, soy David Finklestein. Enhorabuena. He oído que te han dado el papel en She Got Game. Estoy deseando verte en ella porque vas a estar increíble".

"Vaya, gracias, señor Finklestein", contesté, halagada y emocionada por su interés.

"Por favor, llámame David", respondió con un brillo en los ojos.

"Bueno, David. En realidad no estoy segura de cómo proceder con eso, debido a mi actual ... situación", susurré señalando mi escayola.

"Escucha. Déjame darte un consejo, chica. Nunca te rindas... Nunca renuncies a tu sueño, pase lo que pase. Ese ha sido siempre mi lema".

Tan pronto como se fue, finalmente recordé quién era. Era un agente al que había abordado una vez en una cafetería. Me había presentado, pero en cuanto le dije que era actriz, me rechazó. Así que tal vez valía la pena hablar con él porque había conseguido trabajo en Los Ángeles.

Así era el mundo del espectáculo, te seducen y luego siempre te abandonan. Como me habían contratado en Los Ángeles, obviamente era una mercancía caliente. Pero me estaba enfriando a cada minuto, sintiendo el calor que irradiaba de mí. No tardaría en congelarme.

Mientras esperaba a Weston, una mujer de mi edad se acercó a hablar conmigo. La había visto con uno de los invitados más adinerados del evento y pensé que podría ser una actriz, pero olía a dinero.

Tenía el pelo largo y rubio con rizos y un bronceado muy intenso. Su arrogancia me desagradó de inmediato. Inevitablemente, tuve la sensación de encontrarme con una celebridad especialmente presumida.

"Encantada de conocerla", dijo monótonamente y pude ver en sus ojos que debía sentirme honrada por su presencia y agradecida de que me permitieran hablar con ella, aunque fuera poco tiempo.

"Catherine Gladstone", se presentó mientras me estrechaba la mano. "En realidad sólo estoy en la ciudad el fin de semana, el otro tiempo lo paso en la Universidad de Oxford". "La conoces?".

Reprimí una sonrisa de satisfacción. "Creo que he oído hablar de ella, sí. Es muy impresionante".

"Lo es. ¿Dónde estudiaste?".

"Estudié aquí, en el norte del estado de Nueva York...".

"Oh, lo siento...".

No estaba bien ser grosera en un acto público, así que reprimí una réplica adecuada. "En realidad, estoy muy contenta de haber tomado la decisión que tomé. Primero me formé en teatro y ahora soy actriz".

Catherine se miró las uñas perfectamente cuidadas. "¿Dónde vas a pasar el verano?".

"¿Cómo dices?".

"¿Dónde vas de vacaciones en verano?".

"El verano pasado fui a Coney Island con mis padres".

"Nosotros pasamos el verano en los Hamptons".

"Oh... Felicidades".

"¿Te estás preparando para un papel?", preguntó, aludiendo a mi casting en Los Ángeles.

No pude reprimir mi suspiro exasperado. "No, en realidad no, como puedes ver, ya que hace poco me atropelló un coche".

"Oh, qué horror".

Estaba claro que ya había perdido el interés.

Miró a su alrededor y fingió estar hablando conmigo mientras buscaba a alguien más importante con quien ir en cuanto surgiera la oportunidad.

Sintiéndome un poco ofendida, decidí fastidiarla un poco.

"Sí, fue terrible. Volví a casa de una fiesta. No te lo vas a creer: en mi piso encontré a mi novio en la cama con otra mujer. Se lo estaba haciendo en mi propia cama".

"¿Ah, sí?", dijo Catherine, consultando su teléfono. No me estaba escuchando en absoluto.

"Sí, y perdí completamente la cabeza", continué con exagerado dramatismo, "y salí corriendo, él me persiguió y ¡me atropelló un coche! Me aplastó el brazo. Había sangre por todas partes. Pasé por encima del capó y aterricé en el asfalto sobre los cristales rotos. Lo peor fue que nadie llamó a una ambulancia. Ni una sola persona; ¿puedes creerlo?".

Catherine seguía mirando a los demás invitados. Parecía que no tenía ni idea de que había dejado de hablar, o tal vez no se había dado cuenta de que había hablado.

No sabía cómo actuar, así que nos quedamos en silencio, observando a los demás invitados.

"¿Con quién estás aquí?", me preguntó finalmente con una sonrisa fingida.

"Oh, estoy aquí con mi agente, Janie Murphy, como apoyo, por así decirlo".

Nos quedamos en silencio otra vez, mirando al vacío durante unos diez segundos mientras yo escuchaba fragmentos de las conversaciones de otras personas a nuestro alrededor.

"¿Conoces al Dr. Burke? ¿Weston Burke?", pregunté finalmente, nombrando a la única otra persona que conocía en el evento.

Catherine sonrió. "Ah, sí. Es mi prometido".

"¿Tu qué?". Debí entender mal. ¿Había otro Weston Burke aquí? Seguro que no.

"Prometido. Eso significa que nos vamos a casar”, repitió con una sonrisa vacía.

Me quedé perpleja. "Eso es... excelente. Enhorabuena, supongo".

"Gracias".

En silencio, me maldije. ¿Cómo podía no ver las señales? Acababa de romper con mi novio por

infiel y ya me estaba enamorando de otro hombre.

Por supuesto, Weston Burke tenía una novia rica y guapa. Había sido educado todo el tiempo y, como mi cirujano, ni siquiera se había planteado que yo pudiera sentir algo por él.

Entonces, ¿por qué me había invitado a tomar un café y había flirteado conmigo en el hospital? ¿Me lo había imaginado todo?

Era todo un profesional y se ocupaba de mis cuidados postoperatorios. Todo este tiempo debía de estar engañándome a mí misma pensando que había más donde no había nada.

Con una disculpa, salí de la esquina y me encontré a Janie hablando con unos clientes.

"Hola, Janie", le susurré al pillarla entre conversaciones.

"¿Qué tal, Bailey?". "Te va bien aquí".

"Gracias y gracias de nuevo por dejarme hacer esto. Pero creo que ya me voy. ¿Te parece bien?".

"¿Estás bien?".

"Sí, estoy bien. Sólo estoy un poco cansada y todavía me duele mucho. Necesito ir a casa y tomar más analgésicos", dije en voz baja. "Gracias por invitarme".

"Gracias a ti por venir. No habría sido lo mismo sin ti".

"Eres muy amable".

"¿Vas a llegar bien a casa?".

"Sí, cogeré un taxi".

Al salir, vi al Dr. Burke hablando con un grupo de hombres mayores, con dos copas llenas en la mano.

¿Una para mí? ¿O una para su prometida?

Intentó llamarme la atención, pero no le devolví la mirada. No era más que otro mentiroso entre millones en la Gran Manzana.

¿Había imaginado el tufillo a romance que había entre nosotros? ¿Era todo una ilusión que había creado durante mi trauma? ¿Sólo había querido ver algo para convencerme de que podía tener un hombre mejor que Alex y distraerme de mi operación?

¿A cuántas de sus pacientes había operado y luego había salido con ellas? Seguramente no podía tratarse de una fantasía.

Me sentía como una idiota por haber creído que podía haber algo entre nosotros. Tal vez todos esos analgésicos tenían la culpa de todo.

Al menos había puesto mi granito de arena en la recaudación de fondos.

A pesar de mi minusvalía, fue un gran logro por mi parte, pero había bajado el telón de la velada. En aquel momento no deseaba otra cosa que volver a mi cama.

No llamé a Sarah, sino que cogí un taxi y me senté en silencio mientras el conductor me llevaba de vuelta a Greenwich Village. Subí a mi piso, igual que aquella fatídica noche, pero por suerte esta vez el piso estaba tranquilo. Sarah dormía en mi cama para librarme y yo me senté en mi cómodo y viejo sofá que hacía las veces de cama improvisada.

Luego me desplomé sobre él y me permití llorar por fin. No sé por qué me había dolido tanto el compromiso del Dr. Burke, pero así era. Realmente me estaba ilusionando con el.

Tan silenciosamente como pude, dejé correr mis lágrimas e intenté no despertar a Sarah en la habitación contigua.

Capítulo 7

Weston

Después de la fiesta benéfica, me senté en el despacho de la consulta sin poder concentrarme en nada. Allí sentado, miraba la pantalla de mi ordenador como si todo estuviera escrito en una lengua muerta, retorcía el bolígrafo y lo golpeaba contra mi cuaderno, que seguía en blanco de principio a fin.

Me resultaba imposible no pensar en Bailey, la paciente que no dejaba de aparecer en mi vida y en mis pensamientos. Tuve muchos pacientes, pero había algo en ella que no podía identificar y que la hacía memorable.

Me lo pasé muy bien con ella en el acto benéfico, pero se marchó de repente, justo cuando estaba a punto de llevar las bebidas para nosotros. Me miró sin comprender y desapareció como si yo fuera un extraño para ella. ¿Qué había pasado en los diez minutos que la había dejado sola mientras el camarero preparaba nuestras bebidas?

¿Había hecho algo mal? ¿Había metido la pata dejándola allí sola? ¿Qué debería haber hecho de otra manera?

Parecía que estaba bien cuando nos encontramos allí. Todo había ido bien en aquel momento y ella había reaccionado positivamente a las señales que le había enviado. Así que fue increíblemente extraño que diera literalmente la vuelta y abandonara la fiesta.

Esperaba que estuviera bien, porque no podía imaginarme que la hubiera disgustado con mi comportamiento. Así que decidí llamarla después de comer para saber qué me decía.

El único consuelo de toda la noche era que, a pesar de los esfuerzos de mi madre, había conseguido evitar a Catherine en su mayor parte. Pero sabía que con ello sólo había ganado una pequeña batalla en una larga guerra de desgaste.

Mi instinto me decía que mi madre y Catherine no habían terminado de interferir en mi vida.

***

Mamá ya estaba en el aparcamiento y había aparcado con estilo su último modelo de Tesla junto a mi viejo Lexus.

No tenía ni la menor idea de cuánto tiempo llevaba esperándome allí, ya que se apoyó en el capó de mi coche y lo miró con desaprobación. Mientras me acercaba, sentí como si me detuvieran.

"¿Vas a comer?", quiso saber.

"Bueno, pensaba hacerlo".

"Vamos, iremos juntos. Yo invito", dijo mientras abría la puerta del pasajero.

"¿Por qué siempre apareces aquí y me interceptas como si fueras del FBI?", le pregunté.

"¿De qué estás hablando? Soy tu madre que te invita a comer".

"Eres increíblemente prepotente".

"No seas ridículo". "¿Quieres sushi?".

Suspirando, cedí: "Claro, mamá", y subí al coche. Tenía muchas ganas de sushi.

"¿Cómo te ha ido el día, cariño?", me preguntó mientras se ponía al volante y salía marcha atrás de la plaza de aparcamiento. Inevitablemente, tuve la sensación de que me acababan de recoger del colegio.

"Muy bien, gracias, mamá". "¿Y tu día?".

"Estupendo. Adivina qué, al parecer Catherine se graduará pronto en Oxford y luego volverá a Nueva York para siempre".

"Es curioso, porque no recuerdo haber enviado un investigador privado tras ella".

"¿Qué es un investigador privado?".

"Un investigador privado, mamá. ¿Por qué persigues a esa pobre chica? ¿Por qué no la dejas en paz?".

"No es cuestión de seguir, porque me lo ha dicho alguien".

"¿Y por qué te importa?".

"Simplemente porque vosotros dos hacéis una pareja perfecta".

"¿Cómo lo sabes?".

"Una madre simplemente sabe estas cosas, Weston".

Sin éxito, intenté abrir la puerta y escapar.

"¿Qué haces ahí?", quiso saber.

"¿Activaste el seguro para niños de las puertas?".

"Sí".

"¿Por qué?".

"Porque acabas de intentar abrirlas en la autopista. Una madre sabe estas cosas, Weston. Es lo que he intentado decirte todo este tiempo".

"Bueno, pensaré en ver a Catherine. ¿Eres feliz entonces?". Gimiendo, cerré los ojos, pues no podía soportarlo más. Después de aquella ajetreada mañana, había estado deseando un poco de paz y tranquilidad durante mi descanso para comer. Haría cualquier cosa por un poco de precioso

silencio.

"Sí".

"¿Podemos hablar durante el almuerzo en lugar de aquí en el coche?".

"Sí. Pero con una condición".

"¿Y cuál es?".

"Que estemos de acuerdo sobre Catherine".

Esta vez gemí aún más fuerte.

En el restaurante de sushi, nos sentamos en nuestro sitio habitual y cogí con hambre un par de platos de maki de la cinta transportadora. A mi madre sólo le gustaban los de salmón, así que los elegí para ella y luego hice una selección para mí.

Era uno de esos lugares tradicionales donde la cinta transportadora serpenteaba alrededor de las mesas del restaurante desde la cocina y cogías lo que te gustara y tanto como quisieras. Habíamos venido aquí muchas veces y a veces nos habíamos quedado durante horas mientras nuestra torre de platos y cuencos vacíos crecía más y más.

Pero hoy no estaba de humor para un largo almuerzo con mi madre.

"Pensaré en ver a Catherine. ¿Es suficiente de momento?", le prometí, agotado por la constante discusión y suficientemente sobornado con arroz, algas y pescado.

Había intentado en vano explicarle que estuve hablando con ella en la recaudación de fondos y que no había sido nada comprensiva conmigo, pero no me escuchó. Seguramente sería más fácil quedar con Catherine y decirle a la cara que no veía futuro para ninguno de los dos.

En lugar de eso, quise invitar a Bailey a cenar porque me parecía simpática y ése siempre era un buen punto de partida para una cita.

Bailey

Una llamada de un número desconocido se iluminó en mi teléfono mientras me lavaba los dientes. Era una tarea sorprendentemente difícil cuando estaba acostumbrada a usar la otra mano.

Me enjuagué la boca, escupí en el lavabo y me sequé la mano con la toalla antes de contestar a la llamada. Me sorprendió oír la voz del Dr. Burke, ya que me había enterado de que estaba comprometido.

"¿Bailey Stuart?".

"¿Dr. Burke? ¿Es usted?", pregunté.

"¿Por qué no me llamas Weston, vale?".

"De acuerdo, me alegro de saber de ti, Weston".

"Está bien que te llame, ¿no?".

Dudé, pero quería ver adónde iba esto. *"Por supuesto que está bien. Para ser sincera, en este momento estaba pensando en ti".*

"*¿En serio?".*

"Sí, no me siento nada bien". Eso era cierto en su mayor parte. Pensar que el Dr. Burke me había llamado mientras estaba comprometido con Catherine me dio algunos dolores de cabeza.

Inmediatamente cambió al modo médico. *"¿Puedes ser más específica sobre cómo te sientes?".*

Puse los ojos en blanco. *"Sólo estoy cansada, tampoco he dormido bien. Ha sido mi primera aparición pública desde el accidente y me ha minado la energía".*

"De hecho, estaba preocupada por ti porque te fuiste de la fiesta tan inesperadamente. Teniendo en cuenta tus heridas, no podía dejar de pensar en lo que te pasaba. Sólo quería llamar y asegurarme de que estabas bien. Si tienes alguna preocupación o nuevos síntomas, házmelo saber. Pero no quiero ser insistente en absoluto".

"No, sólo estaba cansada. Siento haberme ido con tanta prisa. No me sentía bien. Como dije, estaba muy cansada".

"Un poco de descanso te vendrá bien".

"Gracias, doctor. ¿Hay algo más que considerar?", pregunté con un bufido.

Se rió suavemente para sí mismo y tuvo el efecto de hacerle sonar de nuevo más humano que un contestador automático. *"Vale, no pareces tan malo después de todo. ¿Quieres quedar conmigo para cenar? Así podríamos hablar de los detalles de tu recuperación".*

Mi mano izquierda se cerró en un puño de rabia. *"¿Estaría de acuerdo tu prometida?".* Había estado esperando a pillarle desprevenido con esa pregunta, a tenerle enganchado como un pez que se retuerce.

Hubo silencio en la línea durante unos instantes y me pregunté cómo se vería al otro lado, después de haber sido sorprendido en el acto.

"¿Mi prometida?", preguntó, y pude oír cómo se revolvía nervioso de un lado a otro. *"¿De qué estás hablando? Bailey, ¿seguro que estás bien?".*

"La conocí en la fiesta, Weston. No era buena escuchando, pero sin duda es guapa y tiene esa preciosa sonrisa que se te graba a fuego en el cerebro".

"Bailey, nunca he tenido una prometida. Nunca he estado prometido o casado en mi vida. No tengo ni idea de a quién has conocido, pero definitivamente es un malentendido".

Estaba realmente confundida. *"¿No estás comprometido?".*

"Sí, así es y no tengo ni idea de quién estás hablando. La gente en este evento eran contactos de negocios. No hay historia con ninguno de ellos".

"¿Entonces por qué me diría esta mujer que está comprometida contigo?".

"Realmente no puedo aclararte eso. Si quedas conmigo para cenar, te prometo que podremos aclarar este malentendido".

No fue fácil para mí, porque acababa de terminar una relación por infiel y no tenía la menor intención de convertirme en la aventura de un hombre que estaba comprometido con una rica heredera.

Para empezar, fue mala idea no perderle de vista, sobre todo porque me iba a mudar pronto. Habría muchos hombres en Los Ángeles con los que podría salir. ¿Por qué iba a salir con mi cirujano en Nueva York?

"¿Bailey? ¿Sigues ahí?", me preguntó por teléfono.

Pero era muy persuasivo y encantador. ¿Tal vez debería salir con él para ver qué me decía?

Aunque quería creerle desesperadamente, también me asustaba.

¿Por qué estaba tan dispuesta a confiar en este hombre que acababa de conocer después de todo lo que había pasado con Alex? ¿Era una ilusión, teníamos buena química o era el hecho de que me había operado y de alguna manera había desordenado mis sentimientos?

¿Usaba sus ojos sinceros para manipular a las mujeres o iba en serio? ¿Era preocupante que no pudiera imaginarlo siendo manipulador?

Desde luego, no habría sido la primera mujer en caer en esa trampa.

Pero si decía la verdad, me debía a mí misma conocerle mejor. Era hora de volver a confiar en la gente.

Pero si me mentía, desde luego no tendría que volver a verle la cara.

Al fin y al cabo, sólo era una cita y había decidido tomármelo con calma esta vez.

¿Qué era lo peor que podía pasar?

Suspirando, dije: *"Sí, Weston. Salgamos a cenar".*

Capítulo 8

Bailey

Sarah vino directamente a mi piso después del trabajo para ayudarme a vestirme para mi cita con Weston. Se me hacía raro llamarlo así después de haberlo conocido como doctor Burke.

"¿Cuántos años tiene?", me preguntó ayudándome a pasar la escayola por la sisa del vestido.

"Unos tres o cuatro años mayor que yo, alrededor de treinta".

"Interesante...".

Era agradable tener a Sarah ayudándome. No habíamos pasado demasiado tiempo juntas en los últimos meses antes del accidente, así que era una buena oportunidad para vernos más a menudo. Era como en los tiempos de la universidad.

Además, me encantaba cuando me ayudaba porque así no me sentía como una anciana de ochenta años que ya no podía vestirse sola. Me hacía sentir como si fuéramos dos mujeres preparándose para salir juntas, como siempre hacíamos.

Cuando entramos en el dormitorio, empezó a hacer la cama en la que había dormido. Era exactamente donde Alex se había follado a la otra mujer la noche del accidente.

Hasta ese momento había dormido en el sofá, pero sabía que algún día tendría que volver a la cama.

Quizá podría sacarla fuera y quemarla, o tirarla por la ventana y ver qué pasaba, como uno de esos experimentos en los que seguías la descomposición de material biológico.

En realidad, no iba a llevarme nada de lo viejo a Los Ángeles. Tendría que comprarme una cama nueva, porque no me imaginaba volver a dormir en ésta. Luego, cuando volviera a tener dinero, me compraría una cama muy bonita como venganza.

Aparte de que Sarah pasaba las noches en ella, no la había tocado desde la noche en cuestión, como si fuera la escena de un crimen esperando a que los detectives vinieran a investigar el lugar. Lo que encontrarán bajo la luz ultravioleta realmente debería ser suficiente para que Alex fuera condenado.

"Me alegro mucho de que vuelvas a salir", comentó.

"También es muy necesario", comenté mientras me untaba base de maquillaje en la cara, mirándome en el espejo. "Estar aquí encerrada me está volviendo loca y este tío ya me ha visto en mi peor momento, así que cualquier otra cosa es un extra".

"¿Tienes una foto de él?".

"No".

"Vamos, sé que tienes una", dijo antes de sacar su teléfono y buscar el hospital en el que había

estado. "Pero puedo buscarlo ¿Cómo se llama?".

"Dr. Weston Burke". Sus dedos tocaron la pantalla un momento y luego sonrió.

"Vaya, es mucho más guapo que Alex. Probablemente porque es un cirujano de éxito y Alex es un asqueroso perdedor".

"Sí, creo que es realmente mi tipo. No sé por qué me molesté con Alex en primer lugar".

"También será siempre un misterio para mí por qué estabas con él. Eres mucho mejor y estás fuera de su alcance y así es como te lo pagó. ¿Has vuelto a saber algo de él?".

"Nada de nada, simplemente desapareció y es la ruptura perfecta. ¿Sabes lo que me gusta a veces de Nueva York? No vuelves a encontrarte con la gente tan fácilmente, porque la ciudad es muy grande. Puedes simplemente sacarlos de tu vida y seguir adelante. Nunca los volverás a ver a menos que tengas muy mala suerte".

"Dicen que después de una ruptura te sientes como si te hubiera atropellado un camión. Tú, que eres una reina del drama, tenías que tomártelo al pie de la letra y ser atropellada, ¿no?".

Tuve que reírme. Esa era definitivamente una manera de terminar una relación.

"¿Te he dicho que conocí al agente del que te hablé en el acto benéfico?".

"¿Cuál?", preguntó Sarah.

"El que me ignoró cuando le conocí en Broadway".

"Oh, él. "¿Dijo algo?".

"Fingió que no nos conocíamos y luego habló del trabajo en Los Ángeles".

"Típico".

"Y entonces apareció una mujer diciendo ser la prometida del Dr. Burke".

"¿Qué?", se maravilló, "No sabía que estaba prometido".

"¡No lo está! Al menos dice que no lo está".

Ella enarcó una ceja. "Yo llegaría al fondo del asunto. No quieres más drama añadido a todo por lo que estás pasando".

"Definitivamente no está comprometido. Simplemente no parece que sea un tramposo".

"Entonces está intentando despistarte", comentó Sarah. "Así es como sabes que vale la pena. Si vuelves a ver a la mujer, tendrás que jugarte algo por ella. Ella te declaró la guerra primero. Debe de saber que es tuyo. Estaba asustada, por eso actuó como lo hizo. Ella sólo está tratando de conseguir su cabra ".

"Está bien, cálmate, Rambo. Tal vez tengas razón. Parece que tengo competencia. Entonces, ¿qué debo hacer?", le pregunté.

"Deberías averiguar dónde está Alex e ir allí con el cirujano".

Divertida, disfruté de la imagen que se había formado ante mis ojos, pero aún tenía que decepcionar a Sarah.

"Sabes que no puedo hacer eso", le respondí. "Realmente no quiero volver a ver a Alex después de lo que me hizo. Se acabó y él ya no existe para mí".

Sarah asintió. "Lo entiendo, hermana".

Mientras hablábamos, recibí una llamada del equipo de producción de Los Ángeles. Les había enviado un mensaje para alertarles de mi actual situación física, después de haberlo pospuesto todo lo posible. Era la primera vez que estaba en contacto directo con ellos.

"Hola, hemos recibido tu mensaje", me dijo uno de los productores, un tal Davey.

"Sí, gracias por devolverme la llamada. Me preguntaba si sería posible posponer un poco el rodaje hasta que tenga permiso para viajar. Es cuestión de dos o tres días como mucho. El médico me ha dicho que está muy contento con la evolución de mi recuperación y está seguro de que volveré a estar en forma para el rodaje". Esto no era del todo cierto. De hecho, no era ni remotamente cierto.

Se produjo una incómoda pausa. *"Sentimos mucho que hayas tenido un accidente. Somos muy comprensivos con tu situación, pero no podemos posponer el rodaje porque no formas parte del reparto principal".*

"Sí, lo entiendo".

"La ventana de oportunidad para nuestro reparto principal es bastante pequeña, así que tenemos que mantener las cámaras rodando".

"Lo entiendo. Mi pregunta es, ¿podrían programar mis escenas un poco más tarde para darme más tiempo para recuperarme?".

Insegura, me paseaba de un lado a otro en mi pequeño piso.

"Lo siento, Bailey. No será posible. Sigues siendo nuestra primera opción, pero si no estás lista para salir en cámara en seis semanas, tendremos que cambiar el reparto. Y estar en cámara significa sin yeso, así que está claro".

"Entiendo. Gracias por hacer todo lo posible".

"Gracias por mantenernos informados. Cuídate, Bailey. Avísanos cuando puedas contarnos más sobre tu estado".

Davey había colgado. La noticia me conmocionó, pero no podía decir que me sorprendiera especialmente.Luche todo lo que pude y, sin embargo, todo amenazaba con desmoronarse. Me mantuve firme desde el accidente, pero esto me daba escalofríos.

Sarah estaba igual de enfadada con mi destino y me rodeó con sus brazos mientras me desplomaba frente a ella.

"Mira, todo el mundo te apoya", me consoló. "El accidente podría haber sido peor. Tu cirujano ha hecho un gran trabajo y, si esto falla, hay algo más entre bastidores. No tardarás en convertirte en una estrella, Bailey. Lo llevas en la sangre".

"Gracias, te lo agradezco".

"Si este papel no funciona, quizá el universo lo utilice para decirte que te quedes en Nueva York una temporada, ya que has conocido a un cirujano guapo y con buenos contactos". Quizá la colisión con el coche fue como una intervención divina", intentó convencerme Sarah.

Rompió el abrazo y me miró a los ojos. "Aunque este papel no salga bien, serás una estrella de Hollywood en poco tiempo porque tienes polvo de estrellas. El director de casting lo vio en tu cara, al igual que el agente que conociste en la fiesta. No será tu última oportunidad ni mucho menos, aunque puede que esta vez no funcione. El gran Manitú tiene un plan para ti".

"De todos modos, podría haber sido más amable con sus indirectas", dije, riendo entre dientes.

Pero sabía que Sarah podía tener razón. Al fin y al cabo, estaba en el patio trasero de Broadway y tenía cada vez más éxito como modelo. Seguro que tendría muchas más oportunidades. Los Ángeles era sólo una de tantas.

Tal vez simplemente no quería enfrentarme a la decepción que suponía, estaba a punto de perder la mayor oportunidad de mi vida por algo que escapaba a mi control.

Claro que no podía controlarlo todo en mi vida, pero sí podía controlar cómo reaccionaba y cómo lo afrontaba.

Tenía que hacer todo lo que estuviera en mi mano para recuperarme lo antes posible, empezando por mi bienestar mental. Lo mejor que podía hacer esa noche era divertirme en mi cita con Weston.

Así que me preparé para mi cita. Estaba deseando volver a verle e intentar olvidarme de Los Ángeles por una noche. Sin duda necesitaba animarme y estaba segura de que me sentiría mejor después de deleitarme con su encantador ingenio tomando uno o dos cócteles en Midtown. Me había dicho que el lugar de nuestra cita sería una sorpresa. Cualquier cosa me parecía bien con tal de que no fuera en Times Square.

Mi reflejo en el espejo me decía que me sentía muy bien. La escayola no era fácil de ignorar, pero por lo demás tenía muy buen aspecto.

Había elegido un vestido azul claro que quedaba razonablemente bien con la escayola. Tenía un escote alto y no llevaba mangas, así que el brazo escayolado no me impedía moverme con libertad. Por un momento, me planteé seriamente adornar la escayola con alguna joya u otra cosa para que combinara mejor con mi atuendo.

Quería dar la impresión de que mi vida no se estaba desmoronando poco a poco, de que seguía en pie, mientras me despedía de Sarah en la puerta. Ella se fue por un lado y yo por el otro para encontrarme con Weston en la esquina.

Separarme de ella fue duro y estaba nerviosa porque dependía de ella más de lo que quería

admitir. Pero ella lo sabía y no necesitaba decírselo. Además, sabía lo importante que era para ella alejarse de mí una vez más. Había hecho mucho por mí últimamente y también necesitaba algo de intimidad.

"Que pases una buena velada y la disfrutes. Olvídate de todo lo demás porque necesitas un poco de placer. Llámame si necesitas que te lleve", me dijo cuando ya se iba.

"Gracias, Sarah. Será agradable y sé que necesito un poco de distracción".

Doblé la esquina y vi a Weston esperándome. Llevaba un traje ceñido y zapatos de cuero brillantes; se había peinado el pelo rubio oscuro hacia fuera de la frente. Sonriendo, pensé en el tiempo que debía de pasar arreglándose como si no hubiera dedicado nada a su aspecto.

Al acercarme, me di cuenta de que olía a cedro y parecía uno de esos tipos del mundo del cine, pero sin exagerar. Exudaba éxito, seguridad y confianza y no tenía necesidad de fingir ser nadie más que él mismo, y eso era bastante sexy.

Yo quería sentir esa confianza cuando estaba con él.

Era un tipo decente, así que pensaba que iba a ser una buena noche. Confiaba en que me había dicho la verdad sobre su compromiso y que me devolvería las ganas de vivir después de haberme salvado el brazo.

Capítulo 9

Weston

Bailey estaba preciosa con su vestido azul pálido cuando dobló la esquina y me dio un beso en la mejilla. Me incliné hacia ella y acepté la breve y fugaz intimidad. Disfruté de su proximidad tanto como de sus curvas, tan tangiblemente cerca, pero justo fuera de mi alcance.

"¿Cómo estás?", pregunté, tratando de parecer informal. "Estás estupenda".

"Tú también", respondió agradecida.

"¿Estás lista para cenar?", le pregunté.

"Suenas como si fueras a llevarme a un jet privado o algo así,¿Dónde vamos?".

"A la Sexta Avenida".

"Eso está bien. Que sea continental en nuestra primera cita. No pongamos el listón demasiado alto", bromeó.

"¿Por qué querrías estar en otro sitio que no fuera Nueva York?".

Tenía un balanceo al caminar que no había tenido antes. Al parecer, lo había recuperado después de un largo reposo y se estaba recuperando.

Me había vestido como una estrella de cine porque quería parecerme al tipo de gente de la que estaría rodeada en Los Ángeles.

Esa noche yo era su cita, no su médico, y la llevé a uno de los restaurantes más agradables del centro, que estaba a sólo unas manzanas de distancia.

Por suerte, era una noche agradable y seca, de lo que me asegure antes de hacer la reserva, porque nada habría empañado el ambiente más rápido que si los dos apareciéramos como caniches mojados.

Conocía al encargado del restaurante y siempre me había atendido perfectamente. Tenía la corazonada de que era un lugar por el que Bailey había pasado muchas veces pero en el que nunca había entrado. Manhattan estaba lleno de sitios así.

La gente que se mudaba a la ciudad tenía una oferta casi ilimitada de restaurantes y encontraba rápidamente sus lugares favoritos. No solía tardar mucho en pararse a buscar sitios nuevos y pensé que era una buena oportunidad para impresionar.

Resultó que tenía razón.

"Oh, vaya. ¿Te lo puedes creer? Sólo vivo a unas calles de aquí, pero nunca había estado aquí", dijo mientras le enseñaba nuestro destino.

"No, ¿en serio?", inquirí, fingiendo sorpresa.

Nos recibieron en la puerta y nos indicaron una mesita con dos asientos en un rincón tranquilo al fondo del restaurante, a cierta distancia de los demás comensales. Allí podíamos disfrutar del lujo de que nos sirvieran, pero también estar tranquilos sin miedo a que nos oyeran.

Me cautivó su chispeante encanto, pero aun así conseguí apartar mi atención de ella el tiempo suficiente para comprobar que ni un familiar ni un amigo estaban aquí esta noche.

Obviamente, había podido ocultarle la velada a mi madre, a quien no le habría hecho ninguna gracia que hubiera ido al "restaurante familiar" con Bailey Stuart y no con Catherine Gladstone. Tal vez debería dar un poco más de propina para asegurarme de que mi visita de hoy no se supiera.

Les había dicho a unos amigos que salía con una actriz y les había picado la curiosidad. La gente asocia esta profesión con la ostentación y el glamour, pero yo era consciente de que, en realidad, los actores pasan poco tiempo en el escenario o delante de la cámara.

Incluso cuando trabajan, pasan la mayor parte del tiempo en ensayos interminables para que el resultado sea convincente. La ciudad estaba llena de actores, actrices y aspirantes que servían mesas en restaurantes o preparaban cócteles.

Probablemente, nuestro camarero también era un aspirante a actor. La anfitriona que nos recibió en la puerta era probablemente una aspirante a cantante. Ése era el problema de las ciudades como ésta. Las ilusiones sólo se representan en el escenario. Esto era la realidad. Luego, durante las veintidós horas restantes del día, tenían que ser como los demás.

"Deberíamos tomar una botella de champán cuando me quiten la escayola y deje la medicación", dijo Bailey desde detrás de la carta de vinos.

"Eso es adelantarse un poco, ¿no?".

"¿Crees que no hablaremos dentro de unas semanas?", bromeó con brillo en los ojos.

"Espero que sí, pero no doy ni un solo día por sentado. Es algo que aprendí como cirujano. Al fin y al cabo, no sabes cuándo llega tu última hora".

"Eres un conversador encantador. Lo sabías?".

"Ya me lo habían dicho antes".

Volvió a hurgar en la carta de vinos. "¿Conoces a Hipócrates?", me preguntó, colocando el menú sobre la mesa frente a ella.

"¿El padre de la medicina? Sí, lo recuerdo vagamente".

"¿Sabes que utilizaba mucho vino en sus remedios?".

"Claro, en la antigua Grecia el vino era la solución para casi todas las dolencias. Era esterilizante y analgésico".

"¿Me recetará un poco, doctor?".

Tenía que sonreír. "Un vaso o dos no harán ningún daño".

"¿Y de qué?", preguntó mientras daba la vuelta al menú y me miraba. "¿Un blanco seco o un tinto fuerte?".

"Tomaremos el tempranillo. ¿Dónde creciste?", pregunté, queriendo saber más sobre ella.

"Nueva Jersey, ¿y tú?".

"En Brooklyn. ¿Cuánto tiempo llevas en Greenwich Village?".

"Un par de años. De alguna manera sentí que debía ir a Nueva York. Los encuentros fortuitos son muy importantes en mi trabajo. Además, nunca me aburro de cruzar el puente en coche cuando visito a mi familia y disfruto de las vistas de la ciudad". ¿Cuánto tiempo llevas en Midtown?", quiso saber.

"Siempre hemos tenido un piso allí. Me mudé cuando dejé el piso de mis padres".

Sonrió con satisfacción. "Pues claro. ¿Has vivido alguna vez en otro sitio?".

"No. ¿Te gusta el deporte?", pregunté.

"¿Por qué?", preguntó riendo.

"Porque soy una adicta a los deportes de Nueva York. Los Giants, los Rangers y los Yankees han sido mis equipos desde que tengo uso de razón".

"Soy un gran fan de los Rangers y me encanta el baloncesto en general. Incluso conseguí una beca de baloncesto para la universidad".

"¿En serio?", pregunté.

"Así es. Fíjate". Se acercó a mí con su teléfono y se desplazó por las fotos de ella en la cancha cuando jugaba con su equipo.

Le quedaban bien la camiseta y los pantalones cortos. Probablemente jugaría bien si había conseguido una beca.

"¿Puedo verte jugar alguna vez?", quise saber de ella.

"Hace tiempo que no juego y en este momento estoy un poco limitada", dijo riendo.

"¿Has jugado alguna vez con el Liberties?", fue mi siguiente pregunta, refiriéndome al equipo femenino profesional local.

"No, nunca he sido lo bastante buena para la WNBA. Además, ganaba más dinero en la industria de la moda, así que dejé de jugar después de la universidad. Sigo yendo al gimnasio un par de veces a la semana y eso es todo. Además, siempre he preferido actuar y parece que eso podría funcionar".

Era alta e increíblemente atlética, pero aún así me sorprendió que jugara al baloncesto. De

algún modo, no me la imaginaba corriendo por la cancha con una camiseta de baloncesto, con zapatillas chirriantes y balones rebotando.

"No me imagino tener una carrera por delante y luego tirarlo todo por la borda para empezar de nuevo. ¿No tenías miedo?".

Ella se rió y enarcó una ceja. "¿Por qué iba a tener miedo?".

"No lo sé. Habría tenido miedo".

"¿De mudarte a Nueva York?".

"No, de hacer algo nuevo. Siempre se esperó que estudiara y siguiera los pasos de mi padre como cirujano y así lo hice".

Se encogió de hombros. "Eso puede ser difícil en ambos sentidos. Por otro lado, tampoco podía imaginarme una vida normal y mediocre. Esa nunca fue una opción para mí".

"¿Qué dijeron tus padres al respecto?".

Inmediatamente me di cuenta de que se sentía incómoda hablando de ello porque giró la cabeza hacia un lado.

"Fui a la universidad y no volví con ellos. Me quieren, pero no apoyan mi decisión. Creen que actuar es una quimera. Cuando volví a la ciudad, me mudé con mi amiga Sarah antes de tener mi propia casa. No nos veíamos muy a menudo".

"Siento oír eso. Realmente admiro lo que has conseguido y eso demuestra fortaleza", le dije y lo dije en serio. Estaba claro que tenía mucha fuerza de voluntad.

"¿Disfrutas de tu trabajo?", quiso saber de mí.

"Oh, sí, me encanta mi trabajo y puedo ganarme muy bien la vida con él. A veces me pregunto qué otra cosa podría haber hecho. Antes me gustaba el fútbol".

Se le iluminaron los ojos. "Oh, de eso va mi película".

"¿El fútbol?".

"Sí, y la razón por la que conseguí este papel es porque me parezco mucho a una jugadora de la selección".

"Eso está muy bien".

"Sí, el papel podría encajar bien conmigo. Vamos a ver. A veces adivinas si va a ser bueno o no, pero no lo sabes realmente hasta que estás en el plató", dijo encogiéndose de hombros.

No pude evitar sonreír. Tenía veintiocho años y parecía que ya había pasado por todo.

"¿Qué pasará después de tu lesión?", pregunté con curiosidad.

Suspiró y soltó un poco de aire. "Eso está en el aire por el momento".

"¿Necesitas una nota del médico para justificar tu ausencia? Estaré encantado de firmar una".

Se rió. "No, todavía no, pero es bueno saberlo".

La botella de vino que habíamos pedido ya estaba medio vacía. Tenía las mejillas sonrojadas y le brillaban los ojos.

"¿En qué estás pensando?", quise saber al verla sonreír para sí misma al otro lado de la mesa.

"Nada", fue su inescrutable respuesta y me miró profundamente a los ojos. Fascinado, le devolví la mirada. Tenía algo en mente, un secreto que no me contaba.

Tenía que descubrirlo porque me atraía mágicamente.

"¿Nos vamos?", le pregunté, porque algo me decía que era exactamente la pregunta adecuada para ese momento.

No necesitaba preguntárselo dos veces. "Sí, vamos".

Capítulo 10

Bailey

Salimos del restaurante, habíamos bebido poco vino y me alegré mucho de que esta primera cita fuera tan bien. Él era muy diferente a todos mis ex.

Era una persona razonable, paciente y responsable y eso solo era una pequeña parte de su atractivo.

También me impresionó mucho de weston la seguridad en sí mismo. Parecía muy relajado y mundano.

Mientras Weston pagaba la cuenta, yo esperé un poco apartada y le observé. Tuve la impresión de que el camarero conocía bien a Weston, aunque yo no estaba al alcance de su conversación, pero se reían y bromeaban juntos.

Dándose la mano, se despidió y supuse que aquel era uno de sus restaurantes favoritos. A partir de hoy, me fijaría en él cuando pasara por delante. Mientras se acercaba a mí con una sonrisa chulesca, me pregunté cuántos sitios así tendría en la ciudad.

"Vamos a algún sitio", me dijo, cogiéndome la mano izquierda y tirando de mí hacia las calles de Manhattan.

Mientras caminábamos así de la mano, él apenas podía mantener las manos quietas y a mí no me importaba que estuviéramos en la calle. No me importaba que el camarero probablemente siguiera mirándonos a través de la ventana.

"¿Quieres venir a casa conmigo?", me susurró al oído y se detuvo en medio de la acera.

Una oleada de pasión y deseo me hizo temblar.

"¿Crees que es una buena idea?", susurré yo también, apretándome suavemente contra él.

"Es una idea estupenda", dijo tentadoramente, sonriéndome de forma tan adorable que un gran cosquilleo se extendió por mi vientre y mis entrañas.

"Pero no sé... Quería que me hiciera desearle aún más. "No deberíamos complicar las cosas".

"No tiene por qué complicarse".

Ya no podía resistirme más a él. "Entonces sí, vamos".

Me miró a los ojos y me puso la mano en la nuca. Sabía lo que iba a ocurrir a continuación y, sin embargo, apenas podía respirar de la excitación. Se acercó a mí y me dio un suave beso que se aceleró tan rápido que ya me estaba mojando, aquí, en medio de la acera. Lo único que deseaba era estar con él en un lugar donde no tuviera que contener mi pasión.

"Ven conmigo", me dijo.

"Mi casa está más cerca", dije con valentía.

"Entonces muéstrame el camino".

Mientras me cogía de la mano y me dirigía con él a casa, tomamos el mismo camino que habíamos seguido hasta el restaurante, pero era completamente diferente del camino de ida.

Esta vez cambiamos nuestro ritmo pausado por uno decidido y fue como si tuviéramos una cita importante a la que no podíamos faltar: una cita mutua.

Fue muy divertido pasar junto a otros jóvenes y ancianos, ninguno de los cuales tenía ni idea de lo que nos traíamos entre manos.

Llevábamos las manos entrelazadas, ninguno de los dos quería darse demasiada prisa, pero ambos contábamos los pasos que faltaban para abandonar el ajetreado bulevar neoyorquino y quedarnos por fin solos.

Cuando llegamos a mi casa, me acarició la espalda, las caderas y el trasero mientras yo abría la puerta y le guiaba hasta las escaleras. Nos besamos apasionadamente en cada rellano mientras subíamos los ocho pisos hasta mi casa.

Al llegar, prácticamente lo arrastré hasta mi piso.

"¿Sarah?", grité interrogante, pero se hizo el silencio. Debía de haber salido esta noche. Perfecto.

Entramos directamente en mi dormitorio. Mis zapatos volaron a un lado y él me ayudó a quitarme la chaqueta y tirarla en una silla.

Luego me senté en el borde de la cama, donde no había dormido desde la noche del accidente. Se sentó a mi lado y me pasó las uñas por la espalda.

"¿Qué quieres?", me preguntó en la oscuridad. Los dos sabíamos la respuesta. Sólo había una cosa, pero estaba bien que se contuviera y me preguntara primero.

"Quizá deberíamos quitarnos la ropa", dije con una sonrisa pícara.

Entonces se inclinó y me besó. Al mismo tiempo, me acarició y disfrutó de mí. Fue como una liberación, ya que toda la tensión que habíamos acumulado desde el restaurante se disolvió y me sentí completamente abrumada por él.

Sentí su cuerpo caliente y cómo me exploraba mientras sus manos recorrían mi espalda desnuda por debajo del top. Volvimos a tumbarnos en la cama y nos desnudamos el uno al otro con impaciencia. Fue frustrante desabrocharle la camisa con una sola mano, pero me ayudó de buena gana hasta que pude quitarle la camisa. Todo este tiempo habíamos estado conteniendo nuestro deseo, pero ya no más.

Estaba sin camisa, podía sentir sus músculos y se apretó contra mí, abrazándome y besándome por todas partes. A pesar de su pasión, que se desataba como tirar una cerilla a un bidón de gasolina, Weston era amable y dulce conmigo.

"¿Qué ha pasado aquí?", me preguntó suavemente mientras sus dedos recorrían un punto de mi vientre.

"Un partido de fútbol en el instituto. Se me rompió un taco de la zapatilla y se me clavó en el estómago. Parecía peor de lo que era".

Luego señalé su codo. "¿Qué te ha pasado aquí? Parece que fue un golpe feo".

Lo levantó y lo miró como si lo hubiera olvidado: "Och, me caí de la bici cuando tenía ocho años".

"¡Qué va, pobre chico!", le dije, besándole la cicatriz y los dos nos echamos a reír.

Luego el ambiente volvió a ponerse serio.

"¿Está bien?", volvió a preguntar mientras me tocaba más abajo. Era todo un caballero, aunque notaba lo excitado que estaba a través de su ropa interior.

"Sí, está bien. Toma lo que quieras de mí", le susurré de buena gana.

"No tienes que decírmelo dos veces".

Siguió besándome por el vientre hasta llegar a mi centro de placer, pasando los dedos y la lengua por mis partes más sensibles, pero sin detenerse mucho en ningún sitio.

"Muy juguetón", le reprendí.

"¿Tienes un preservativo?", preguntó.

"Hay una caja de condones en el cajón de la mesilla de noche, detrás de ti. Coge uno".

Cogió un paquete. La breve interrupción no empañó nuestra pasión cuando me di la vuelta y le quité los calzoncillos, dejando al descubierto su enorme pene.

Tragué saliva, asombrada, y le ayudé a colocar el preservativo en su miembro erecto. Le besé por todo el cuerpo mientras le acariciaba suavemente con mi cálida mano.

Era como si por fin le hubiera liberado de su larga atadura.

Olvidando mi escayola, esta vez fue un poco más duro conmigo, se puso encima de mí y me penetró lentamente. Abrí las piernas y lo rodeé con ellas.

Me sentí tan bien al sentir cada centímetro de él mientras me penetraba lentamente. Era tan sorprendentemente dominante en la cama cuando siempre parecía tan tranquilo y sereno en la vida cotidiana. Era agradable saber que podía sacar ese lado de él si quería.

Con confianza, me manejó mientras aceleraba, suspirando y gimiendo suavemente en mi cuello mientras lo sentía duro como una roca y muy dentro de mí.

Hubo un breve y fugaz momento en el que pensé que estaba loca por acostarme con mi cirujano, pero entonces me agarró por las nalgas y me penetró cada vez con más fuerza. Me perdí

por completo, gimiendo y suplicándole que continuara.

Con cada embestida se acercaba más a su orgasmo, gimiendo, le agarré el culo por detrás, apretándole más contra mí, esperando que cada embestida fuera la última. Pensar que le estaba excitando tanto que estaba perdiendo la cabeza me estaba volviendo loca. Sus gemidos profundos, sus fuertes embestidas y la sensación de serlo todo para él en aquel momento me acercaban cada vez más al clímax. Oleadas de placer me invadieron hasta que le arañé la espalda y chispas de luz volaron a mi alrededor. Apenas me había entregado a él tan desinhibidamente, lo sentí explotar dentro de mí y, con cada embestida sucesiva, se aferraba más a mí hasta quedar finalmente exhausto.

Soltó un fuerte suspiro antes de hundirse lentamente sobre mí y tumbarse un momento en un medio abrazo, aún dentro de mí, hasta que por fin recuperó el aliento.

Entonces levantó la cabeza y me dio un beso suave, delicado y agradecido en los labios, antes de separarse y tumbarse de espaldas.

Le pasé ligeramente las uñas por el cuerpo, observando cómo subía y bajaba el pecho. El sudor de su piel reflejaba el naranja de la luz de la calle. Se quitó el preservativo y lo tiró antes de volver a rodearme con sus brazos.

No hacía falta decir nada, así que nos quedamos juntos en silencio. Nunca había estado con alguien que me hiciera sentir tan segura como con él. Por fin había recuperado mi propia cama junto a él, aunque él no sabía nada de todo esto. Con su ayuda, había superado los malos recuerdos y podía volver a sentirme como en casa en mi propio piso.

Pronto me di cuenta de que se había dormido y yo también me dormí.

Capítulo 11

Weston

Hacía tiempo que no me sentía tan feliz, porque mi cita con Bailey fue puro placer. No sólo la cita en sí, sino que la noche después de la cita fue increíblemente excitante.

Estuvo juguetona y valiente en la cama, completamente segura de sí misma al mostrarse desnuda ante mí, era la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Aunque, al principio me preocupaba por si le hacía daño, pero no le molestó su lesión y su escayola para pasarselo en grande conmigo.

Se suponía que no debíamos acostarnos en la primera cita, pero me alegré de haberlo hecho, no fue muy ético, pero nuestra pasión era muy intensa, seguramente este tabú hizo que nuestra relación sexual fuera aún más excitante.

Cuándo volvería a verla?, me preguntaba, porqué toda la experiencia vivida en su piso quería repetirla cuanto antes y no podía dejar de pensar en ella.

En la sala de descanso del hospital, quedé con mi amigo Clay para tomar un café, porque coincidimos a la hora del descanso.

Normalmente uno de los dos estaba en urgencias, así que a menudo nos sentábamos allí solos, pero por suerte fue un día más tranquilo y pudimos tomarnos un momento y hablar antes de tener que volver al caos que nos esperaba.

Hacía tiempo que no veía a Clay, así que encontrarme con él hoy fue muy gratificante. Pasaba la mayor parte del tiempo con Marie, su mujer, de la que se había enamorado perdidamente.

Tuve una charla más agradable de lo normal porque tenía noticias emocionantes para él. Era mayor que yo y estaba felizmente enamorado, así que siempre tuve curiosidad por saber qué había estado haciendo y con cuantas chicas había salido. Cuando le enseñé una foto de Bailey, se quedó realmente impresionado.

"Es ella. Es guapa, ¿verdad?".

"Es preciosa. Definitivamente es tu tipo, pero me sorprende que aún no la hayas dejado. Tienes la costumbre de romper con las mujeres cuando estás en tu mejor momento".

"Bueno, casi lo hice, pero sigo en el juego".

"¿Es la actriz de la que me hablaste?".

"Sí, la que operé. Es la que atropelló un coche".

Clay frunció el ceño. "Sería prudente no involucrarse con ella necesariamente. Rara vez sale bien. Aún estará mentalmente trastornada después del accidente. Cuando uno está herido y recuperándose de lesiones como ésa, no deja de tener consecuencias para una persona. Tienes que tener cuidado, Weston".

Suspiré. "Nunca me había pasado nada parecido con un paciente. Me buscó para darme las gracias y cuando la vi no pude quitármela de la cabeza. Hay algo en ella que es completamente diferente. Tiene ese brillo que tanto me gusta y es inteligente".

"Bueno, es bastante perfecta, eso seguro. Deberías atarla antes de que se te escape", dijo con ironía.

"¿No crees que una buena mujer podría aguantarme?", pregunté bromeando. "Dame unos meses y te lo demostraré".

"Parece que vas en serio con ella".

"Supongo que de verdad. Nunca he sentido por nadie algo tan profundo. Cuando pasé la noche con ella, dormí más profundamente que nunca. Cuando me desperté y la vi tumbada a mi lado, me sentí feliz. Todo el día pienso en ella y siempre que pasa algo, bueno o malo, quiero contárselo".

"¿Así que de verdad crees que es la elegida?".

"¿Por qué no iba a serlo? Nunca antes había sentido algo así por nadie, así que estoy bastante seguro". Lo que dije me preocupó un poco, porque no quería asustarla en absoluto y tenía que darle algo de espacio. Pero aún así, no podía esperar a verla de nuevo.

"Yo siento lo mismo por Marie", me dijo Clay, "porque me hace feliz todos los días. Te acostumbras a ese subidón y no te das cuenta de lo inútil que es la vida hasta que no están ahí".

"Entonces, ¿qué debo hacer?", le pregunté. "Tienes razón, es un poco... poco ético que yo sea su cirujano, pero ya la he derivado a Drake, así que no soy realmente su médico. Esa noche, sólo le estaba reemplazando. Puede que el destino nos haya unido. Pero escucha esto: Pronto se mudará a Los Ángeles, muy pronto. ¿Qué posibilidades tengo allí? Típico, ¿verdad?".

"Confía en tu instinto y las cosas saldrán bien. Si no es así, es que no estaban planeadas desde el principio", dijo Clay con sencillez. Era un hombre inteligente y confiaba en su consejo. "¿Qué dijo Drake al respecto?”.

"No lo sabe", confesé. "No pensaba que llegaríamos a esto".

"Bueno, puede que deje escapar una relación contigo, pero también puede que no. Si siente lo mismo por ti, lo sabrás por la forma en que habla de ello".

"En cualquier caso, necesito más tiempo para pensarlo", le contesté, aunque admití que mi instinto me hablaba alto y claro. Me decía que buscara una relación con Bailey.

Mi teléfono zumbó en mi bolsillo. Era un mensaje de mi madre. Sabía que era ella porque era la única persona que conocía que seguía mandándome mensajes.

MAMÁ:¿Vienes a cenar?

Me lo pensé. No me apetecía mucho cocinar, así que decidí ir a casa de mis padres después del

trabajo. Últimamente estuve comiendo allí casi todos los días.

WESTON: ¿Está bien a las 7:30?

MAMÁ: Sí, pero sé puntual.

WESTON: Haré un esfuerzo.

"Ahora tengo que irme", le dije a Clay, guardándome el teléfono en el bolsillo. "Se acabó el descanso".

"Siempre se acaba demasiado pronto", dijo. "Cuéntame cómo te va con la chica. Veo que esta vez es algo diferente".

"Lo haré, es bueno poder contar contigo, Clay. Pero tengo que volver al trabajo. Nos vemos", le respondí y me levanté para marcharme.

***

Por desgracia, era una trampa, no la había visto venir. Mi madre había invitado a Catherine a cenar.

Cuando llegué, vi un coche extraño delante de la casa y supe que sólo podía tratarse de cierta persona, de lo contrario me habría avisado de antemano, como solía ocurrir cuando teníamos visitas.

Abrí la puerta y entre,, todos estaban sentados a la mesa, hablaban animadamente. Mi madre y mi padre estaban sentados a un lado de la mesa, Catherine al otro. El lenguaje corporal de mi madre era literalmente impresionante, me preguntaba por qué le gustaba tanto Catherine.

Siempre pensé que sería sólo un experimento para ver si podía convencerme de hacer algo, pero realmente ¿pensaba que Catherine era especial?

"Oh, Weston". Me alegro tanto de que hayas venido", dijo mi madre en voz alta para anunciar mi presencia, Catherine estaba sentada de espaldas cuando entré.

"Os dejo un minuto para charlar", dijo mi madre y entró en el salón con mi padre.

Catherine fingió no saber que yo iba a venir y que simplemente se había dejado caer para ver a mi madre.

"Me alegro mucho de verte. He cancelado mi reserva en Rossi's para estar aquí", dijo Catherine a modo de saludo.

"¿Y eso?".

Se rió. "Ese nuevo restaurante del Lower East Side. Todo el mundo habla de él".

"Oh, si es nuevo, probablemente no lo conozca".

"Todavía tengo que ir a una cena en Fourniers este fin de semana. "¿Has ido?".

Tuve que luchar contra un enorme impulso de pellizcarme el puente de la nariz. "No. Ese tampoco lo conozco. ¿También es nuevo?", le pregunté.

"No, existe desde hace casi diez años y es uno de los sitios más elegantes de la ciudad".

"Ah, ya veo". Desgraciadamente, no podía explicarme por qué pensaba que estaba de moda conocer los últimos restaurantes, sobre todo cuando ni ella ni yo nos dedicamos a la restauración.

Además, estaba estudiando en la otra punta del mundo. ¿Se pasó todo el semestre en Oxford poniéndose al día de lo que estaba de moda en Manhattan? Era guapa, pero muy creída.

Luego sacó su smartphone y se puso a mirar sus redes sociales, llenas de fotos suyas en bikini en distintas playas.

Finalmente, mis padres volvieron a entrar y se sirvió la cena. Ella y mi madre charlaban sobre gente rica y poderosa de círculos elitistas mientras yo hurgaba en mi comida.

El poco tiempo que hablé con Bailey fue más inteligente, ingenioso, perspicaz e inspirador que todo lo que Catherine dijo en toda la noche. Su única motivación era pensar qué les parecería más impresionante a sus conocidos. Fue agotador, éramos completamente opuestos.

Mientras que Bailey era simpática y sincera, todo en Catherine era altanero y snob. Hablaba sin parar de su educación, de la gente famosa que conocía y de los lugares famosos que había visitado, como si eso fuera a impresionarme.

Por pura cortesía, aguanté la comida y sentí un gran alivio cuando por fin pude levantarme de la mesa.

"Tengo que volver al hospital muy temprano, así que me voy ya", les dije a mis padres mientras me levantaba y me estiraba.

"¿Vas a volver a la ciudad?", quiso saber Catherine.

"Sí", le contesté mientras salía de la habitación. "Ha sido un placer verte".

Llegué exactamente hasta la puerta principal y cuando levanté la vista después de atarme los zapatos, ella estaba de pie frente a mí.

"¿Quedamos en tu casa?", preguntó en voz baja. No fue muy sutil y supe exactamente lo que quería decir.

Fue casi imposible reprimir un bufido de sorpresa. "Sabes, tengo que levantarme muy temprano para ir a la clínica. Ya queda poco, así que esta noche no. Pero gracias por la oferta".

Luego me metí en el coche y me fui a casa sin mirar atrás. En mi mente podía ver a mi madre mirándome mal mientras escapaba a toda prisa, pero no me importaba. Ella me puso una trampa de la cual escape, además, no sentía ninguna simpatía por Catherine, ella era el tipo de persona

que planeaba calculadamente su próximo movimiento. Era bastante concebible que por eso se llevara tan bien con mi madre.

Capítulo 12

Bailey

"¿Con qué acrobacias de nuestra lista te sentirías cómoda, Bailey?", preguntó Davey, el jefe de producción.

Estaba en una conferencia telefónica con mi equipo de rodaje, mi agente y algunos de los jefes de departamento de la película discutiendo los detalles.

Tenía la lista de escenas de riesgo delante de mí y estaba impresionada con las tareas que podía seguir. Ya sabían qué planos necesitaban mi cara y cuáles no, pero sólo había una respuesta correcta, aunque no fuera cierta.

"Con todas", respondí. En mi ordenador ya tenía delante un resumen con los horarios de los vuelos y veía cuándo me esperaban allí.

"¿Incluso los pull-ups?", me preguntó con una ceja levantada y me di cuenta de que mi escayola salía en la foto. Rápidamente la aparté de la foto.

"Bueno, me quitarán la escayola", le expliqué con una sonrisa.

"¿Cuándo?".

"En las próximas dos semanas", mintió Janie, ya que necesitaría al menos otro mes escayolada. *"La recuperación de Bailey va de maravilla. Los médicos dicen que nunca han visto nada igual. No tiene ni un rasguño y la hinchazón es casi inexistente. Sus huesos se están curando muy bien"*.

"Mucha fuerza", bromeé, tensando mis bíceps buenos.

"Nos alegramos mucho de que tu recuperación vaya bien, Bailey. Tienes muy buen aspecto, nos alegra verte en pie y, por supuesto, la seguridad de todos es nuestra máxima prioridad".

"Muchas gracias. Todos los buenos pensamientos y oraciones están surtiendo efecto. Después de las próximas semanas, parecerá que he salido de la nada", dije mientras me encogía profundamente por dentro. Sinceramente, ¿quién habla así? Puede que estuvieran en Los Ángeles, pero seguro que no buscaban a "Betty Boop".

"Pero sólo tenemos unas semanas. Necesitamos que nos mantengas informados. Aún no hemos recibido tus informes médicos. Nuestras aseguradoras han pedido verlos", dijo Davey.

"Oh, haré que se los envíen. Mi médico me dijo que ya lo había hecho, pero deben haberse perdido", mentí.

"Por supuesto, si no estás en condiciones para el rodaje, tendré que decirte que de ninguna manera podemos posponerlo por eso", comenzó.

"No hace falta, estaré bien para cuando empiece el rodaje", respondí mientras aún tenía la oportunidad. Apenas pude ocultar mis ojos de pánico mientras me abalanzaba sobre la pantalla

del portátil.

"Eso esperamos", asintió Davey. En la oficina, algo más había captado su interés que no estaba en la foto. Empezó a rascarse la barba mientras apartaba la mirada. *"Por supuesto que no queremos un nuevo casting. Queremos nuestra primera opción si es posible, pero también tenemos alternativas bajo la manga"*.

Tragué saliva. *"No será necesario"*.

"Nunca se sabe...", respondió encogiéndose de hombros. Tan bien como él, yo sabía que el propósito de esta llamada era evaluarme. *"Hemos fichado a alguien. Algunos han querido mantenerlo en secreto, pero creo que deberías saberlo"*.

"¿Qué clase de compromiso es ese?", le pregunté.

"Pagamos a estas personas para que estén disponibles en caso de que las necesitemos en el último momento".

"Pero Bailey lo conseguirá. Tiene un contrato", intervino Janie.

"El contrato se cumplirá", señaló Davey, *"pero tienen a una gran estrella interesada en el papel"*.

"¿Quién?", replicó Janie a la defensiva.

"No puedo decírtelo, pero lo suficientemente estrella como para que le paguen para que no acepte otros papeles. El director quiere a Bailey, pero el estudio quiere a la estrella. Están pasando muchas cosas entre bastidores, así que ocúpate de tu parte y ya arreglaremos las cosas aquí cuando te quiten la escayola. Hasta entonces, por favor, ten cuidado. Lo último que necesitamos es que sufras otra lesión".

"Es curioso, me elegiste a mí y desde ese mismo día tengo el brazo escayolado, quiero decir que tengo que tener mucho cuidado porque la vida siempre está en peligro".

Todos en la conferencia telefónica se me quedaron mirando en silencio. Nadie se rió. Por dentro, me estaba muriendo un poco. *"¿Sigo ahí?"*.

"Sí, podemos oírte", dijo Davey, antes de que su atención se desviara de nuevo hacia los demás participantes en la conversación. *"Tendremos que dejarlo así de momento, pero no olvides enviarnos los informes médicos"*.

"Yo me encargo, no te preocupes", dijo Janie. Estaba de mi parte. Les engañaremos y forzaremos un poco la curación si hace falta. Mientras funcionara y mantuviera bajos los costes del seguro, preferirían no saber la verdad antes que participar en mis artimañas.

Cuando colgaron, sólo quedamos Janie y yo.

"¿Qué posibilidades tenemos?", quise saber.

"Todo pende de un hilo", dijo sin dudar.

Si todo dependiera de mi mentalidad, podría hacer cualquier cosa. Ese no era el problema. El problema era si mi cuerpo sería capaz de seguir el ritmo de mi mente, o si me fallaría en el último momento. Weston había hecho todo lo posible durante la operación. Realmente hizo un trabajo maravilloso. Dependía de cómo reaccionara mi cuerpo.

Mi única oportunidad era llegar a tiempo a Los Ángeles o tendría que lanzarme a nuevos castings.

Me habían costado muchos años de sacrificios y privaciones llegar hasta aquí. Miles de cuencos de fideos ramen y latas de macarrones con queso y aun así, apenas llegaba a fin de mes, dudaba de si lograría pagar la renta de mi casa todos los meses. Mis padres me decian que ser actriz no era mas que un sueño tonto.

Pero allí estaba yo, frente a mi sueño que era lo único podría cambiar mi estilo de vida y garantizar que nunca más tendría que vivir una existencia de mediocridad.

Ese era el papel de mi vida. También era uno de los pocos papeles para los que me había presentado ese año en el que no tuviera que quitarme la ropa ni pasarme todo el rodaje suspirando por un hombre mediocre al que los productores no permitían quitarse la camisa.

Era el papel que siempre había querido. Era el papel que todos querían y yo no quería renunciar a él en ese momento.

Aún me quedaban cuatro semanas antes de estar presente en Los Ángeles, un plazo ajustado cuando se trataba de estar fuera del reparto.

Sin duda me someterían allí a un reconocimiento médico, pero eso estaba fuera de mi alcance.

Aun así, era optimista y creía que llegaría a ese día. Además, ya había jugado al fútbol y me preguntaba lo difícil que sería dar patadas a un balón, fuera cual fuera la forma de mi brazo después de la escayola.

Podía cubrirlo con maquillaje para que no pareciera tan pálido y mustio.

Pero parecía imposible. Las cosas se iban a poner difíciles, así que no podía hacer nada que pudiera poner en peligro mi recuperación. Me reí para mis adentros al recordar lo que hice la otra noche. Probablemente, acostarme con Weston no fue la idea más inteligente, porque pude hacerme daño otra vez.

Pero no pude evitarlo. Además, me sentí muy bien después y pensé que debía dar tanta importancia a mi bienestar mental como a mi recuperación física.

En cuanto empecé a pensar en Weston, no pude parar. Él siempre me hacía sentir mucho mejor cuando estaba mal, así que cogí el teléfono y le envié un mensaje para animarme un poco. No podía pasar nada mientras me mensajeaba, era inofensivo, pensé.

BAILEY: Acabo de tener una videollamada con la producción. Querían saber cómo me iba.

WESTON: ¿Querían comprobar cuántas manos tenías?

BAILEY: Me puso bastante ansiosa. Estaría bien que estuvieras conmigo.

WESTON: Deberíamos quedar.

BAILEY: ¿Qué tienes en mente?

WESTON: Tú en mi cama. Pero antes deberíamos ir a comer o a tomar una copa. Ya sabes, a la manera tradicional.

BAILEY: Aunque nunca te tomé por un tradicionalista.

WESTON: Pero soy un caballero.

BAILEY: Sólo fuera del dormitorio.

WESTON: Entonces ahí es donde deberíamos empezar.

Sabía perfectamente adónde nos llevaría ese camino y no había escenario en el que no hiciéramos el amor. El recuerdo de la noche que pasamos juntos aún estaba fresco en mi mente, me dolía el corazón. Pero sólo cuatro semanas, era poco tiempo para comprometerme con una relación. No era mucho tiempo, por desgracia, y no podíamos forzar las cosas como queríamos.

Tal vez debería ir más despacio con él para poder huir cuando llegara el momento. Tal vez debería negar mis sentimientos y atribuirlo a una breve y divertida aventura fruto de un encuentro fortuito.

Si alguna vez volvía a Nueva York, quizá siguiera esperándome, pero no me cabía duda de que tenía muchas admiradoras y no se quedaría solo mucho tiempo; desde luego, no el suficiente para que yo terminara mi rodaje y volviera. Además, no nos conocíamos desde hacía tanto tiempo como para pensar en una relación a distancia.

Me acordaba de la mujer que me dijo en la fiesta que era su prometida, sólo para despistarme. ¿Qué iba a hacer realmente? ¿Realmente iba a aguantar más de esto en la costa del Pacífico mientras intentaba centrarme en mi carrera?

Era necesaria una ruptura limpia para poder centrarme en aprovechar la puerta que se me abría.

No tenía duda, al menos sobre el papel, de que necesitaba seguir la carrera por la que tanto había trabajado. Pero, por desgracia, la vida no se vive sobre el papel y ésta era la relación más sana que había tenido en mucho tiempo.

Weston era una gran mano firme, tanto literalmente, porque era cirujano, como figuradamente, porque me había guiado con seguridad mientras navegaba por las aguas más tormentosas. La vida estaba llena de momentos difíciles y el compañero debía ser alguien capaz de llevar el timón. Él ya había demostrado que era de fiar. Haría felices a muchas mujeres, pero por desgracia, por más vueltas que le diera, no parecía encajar.

Entonces mi teléfono sonó de nuevo.

Weston: ¿Y en qué estás pensando?

No era ningún secreto entre nosotros que nos deseábamos. Nuestra noche juntos fue como una droga y necesitaba otra dosis.

Pero mientras lo leía, cada vez tenía más claro que no quería volverme adicta, aunque me desgarraría el corazón tener que rechazarlo.

Ya estaba demasiado comprometida. Podía sentirlo y cualquier cosa que me distrajera de mi recuperación y rendimiento merecía la pena alejarla de mí. Era un clásico escenario de cabeza contra corazón, pero no podía estar de acuerdo.

Por mucho que quisiera verle, no confiaba en mí misma. Si quedaba con él, volveríamos a tener sexo y si teníamos sexo, me enamoraría de él. Si me enamoraba de él, me costaría demasiado marcharme y el traslado a Los Ángeles ya estaba en terreno movedizo.

No, no necesitaba nada más para derrumbar mis sueños. No era culpa de Weston; era guapo. Pero el resultado final habría sido el mismo.

Además, después de Alex, no estaba dispuesta a doblegarme por un hombre, por muy diferente que fuera. Había trabajado demasiado duro para llegar a este punto de mi vida. Decidida a hacerlo mejor esta vez, tuve que admitir que Weston era, por desgracia, el daño colateral.

Era un precio muy alto, pero ya era demasiado tarde para tomar un camino diferente después de haber invertido tanto en este objetivo.

Con el corazón encogido, dejé su mensaje en "leído" y apagué el teléfono. Era hora de planear cómo prepararme para el traslado a California.

Capítulo 13

Weston

WESTON: ¿Y en qué estás pensando?

Por enésima vez me quedé mirando mi mensaje. Llevaba dos días sin contestarme y empezaba a preocuparme.

No era su forma de evitarme, siempre era muy abierta, muy directa. Si tenía algo en mente, te enterabas. ¿Por qué no iba a contarme lo que le pasaba?

Me di cuenta de que estaba ocupada y tenía que prepararse para un papel, así que al principio achaqué eso al hecho de que no me hubiera contestado. Pero pronto comprendí que me estaba evitando. Su comportamiento era una clara señal de desinterés.

Me resultaba inexplicable no sabia que habia hecho mal, porque la noche juntos había sido muy bonita y nos habíamos acercado mucho más que cuando nos conocimos. Me preocupaba que poco a poco perdiera interés en mí. ¿Quizá sólo quería una aventura de una noche?

Nos habíamos llevado tan bien y el sexo había sido increíble. Su risa de la noche que pasamos juntos aún resonaba en mis oídos, pero su silencio me decepcionó tanto. No sabía qué hacer, me estaba quedando sin opciones éticas, así que decidí saltarme un poco las normas y hacer algo menos moral. Después de todo, ya había cruzado algunas líneas, así que ¿para qué?

Hice algo de lo que no me sentía orgulloso, pero necesitaba saber a qué atenerme. No podía seguir así, tenía que averiguar si hice algo mal, o si simplemente ella no quería saber nada más de mí y yo me había equivocado completamente con ella.

Con falsos pretextos, la llamé.

"Hola Weston, ¿cómo estás?".

"Por motivos de trabajo, necesito hablar contigo", le dije, con el corazón latiéndome con fuerza porque acababa de inventar una historia antes de llamarla.

"¿De qué se trata?”. *"¿Va todo bien?"*.

"Se trata de un asunto del seguro".

Su voz se volvió seria. *"¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?"*.

"Es mejor que pases cuanto antes. ¿Puedes llegar a la una?".

"Sí, puedo hacerlo. Hasta entonces".

Se apresuró a venir a mi consulta, donde yo la esperaba con una cesta de picnic que había preparado en casa. Contenía bocadillos, té helado casero, café y galletas.

"¿Cuál es el problema?".

"El problema es que hace tiempo que no sé nada de ti".

"No, me refiero a lo de mi seguro".

"Eso era sólo una excusa para que vinieras, un seguro de picnic por así decirlo". Nada más decirlo me di cuenta de que no le gusto. Era demasiado tarde para echarse atrás.

Me miró furiosa, con la boca abierta. "¿Seguro de picnic? ¿Qué es eso?".

Sonreí, esperando parecer encantador. "Es por si necesitas un picnic hoy".

"¿Hay algún problema con mi seguro o no?", me preguntó secamente mientras yo intentaba calmarme.

"No, no hay ningún problema con el seguro. Pero siento que tenemos que hablar, pero tampoco de cosas médicas, sino de ti y de mi".

"¡Gilipollas!", gritó. Entonces supe que había cometido un grave error.

"Lo sé, pero mira. Quiero compensarte con bocadillos y galletas". Rebusqué en la cesta y le enseñé lo que llevaba.

Ella seguía enfadada e incluso intentó cruzarse de brazos, cosa que no podía hacer por la escayola que tenía en el brazo, mientras examinaba el contenido de la cesta. Cometí un grave error y eso no me ayudaria. Tendría que hacer un esfuerzo para controlar los daños.

"¿Cómo sabías que las galletas de mantequilla de cacahuete eran mis favoritas?", preguntó señalando la cesta.

"Una casualidad, pero ¿por qué no vienes conmigo a Central Park antes de que se acaben los buenos sitios? Toma, llévate uno para el camino", le dije, ofreciéndole un bocadillo.

Se lo pensó un momento y luego lo cogió, pero no dejó de lanzarme una mirada fulminante y me siguió de mala gana hasta la estación de metro y el tren que nos llevaría a Central Park.

Era una sensación extraña estar sentado en la línea A con una cesta de picnic, pero sin duda había cosas mucho más extrañas que la gente que nos rodeaba en el metro aquel día, así que no pensé demasiado en ello.

"No deberías mentirme así", me dijo con su habitual tono tranquilo pero directo. Era la Bailey que yo conocía.

"Sí, lo sé y lo siento. De ninguna manera voy a convertir esto en un hábito, pero estaba muy preocupado por ti. Incluso si arruinaba mis oportunidades contigo, prefería asegurarme de que estabas bien".

"¿Siempre tienes que ser el médico?", suspiró, poniendo los ojos en blanco.

"La mayoría de las veces, sí. Cuando he operado a alguien, definitivamente".

Claramente me estaba haciendo saber que seguía enfadada conmigo. Aumentó la distancia entre ella y yo y me miró enfadada.

Me alegré de que al menos estuviéramos hablando. Vio con qué cuidado me había preparado para el picnic en Central Park, con bocadillos envueltos individualmente, patatas fritas, galletas de mantequilla de cacahuete e incluso un termo de té caliente. Cuando paró el metro, entramos en el parque.

Saqué mi manta, la tiré sobre la hierba y ella se quitó los zapatos antes de sentarse en ella. Necesitaba darle un beso en la mejilla cuando me senté con ella y pude ver una sonrisa que intentó ocultar dándome la espalda.

Con suerte podría recuperarla con la ayuda de las galletas y el entorno con los pájaros piando alegremente por encima de nosotros en los árboles.

"Dime, ¿qué te pasa?", quise saber. "¿Por qué llevas dos días evitándome?".

Se mordió el labio. "No te he estado evitando".

"Vamos, Bailey". "Quiero decir, ¿qué te pasa últimamente? Sé que tienes algo, así que por favor dímelo. Sé sincera conmigo y yo lo seré contigo. Si no quieres verme más, lo respeto, pero realmente me gustó el tiempo que pasamos juntos y tu me gustas. Espero que sientas lo mismo por mí y tenía la impresión de que así era, así que lo siento si utilicé una excusa para poder hablar contigo". Hice una pausa, sintiendo que había dicho demasiado. "Gracias por venir a mi charla TED".

"Sé serio por una vez", dijo desdeñosamente.

"Eso es lo que soy. Sólo intentaba aligerar el ambiente, pero hablo completamente en serio. Hice todo eso para que pudiéramos sentarnos y hablar de lo que está pasando. La otra noche fue tan maravillosa contigo. Siento haber tenido esa estúpida idea".

Bailey dejó su sándwich y se quedó pensativa un rato. Nunca había estado tan nervioso desde el día en que la conocí. Ni siquiera cuando la operé y sabía que su vida estaba en mis manos, había estado tan nervioso como en ese momento. No tenía ni idea de lo que intentaba decirme, pero finalmente rompió su silencio.

"Puede ser. A mí también me gustas mucho, pero he estado pensando y no me imagino adónde va todo esto. No es que no te quiera, pero la película en la que participo se rueda en Los Ángeles en menos de un mes. Eso significa que tengo que mudarme allí para empezar a rodar. Me gustaba pasar tiempo contigo; todavía me gusta pasar tiempo contigo y me gustas mucho. Siento que tuvimos una buena relación cuando pasamos la noche juntos y me gustaría volver a hacerlo, pero ¿hacia dónde va realmente? ¿No nos estamos engañando si fingimos que no se acabará en unas semanas? ¿De verdad vas a fingir que me voy a quedar en Nueva York hasta el momento en que tengamos que despedirnos?".

"Pero seguiré aquí cuando termines de rodar. ¿Cuánto tiempo será eso? Dos... ¿Tres meses tal vez? No me voy a ninguna parte".

"Pero yo sí. No sólo voy allí para el rodaje. He empaquetado todas mis cosas y me mudo allí

para siempre. Este rodaje es mi punto de partida y me quedaré allí para llevarlo a cabo".

Estaba sorprendido. Parecía haberse convertido en una auténtica neoyorquina y yo pensaba que se había instalado aquí y pensé que volvería a la ciudad después del rodaje.

Pero lo entendía. Parecía una estrella de cine y se convertiría en una estrella de cine. Por lo tanto, tenía que ser flexible. Si se abría camino con este papel, sería fantástico para ella. Sin embargo, maldije el momento. No vivíamos muy lejos el uno del otro. Si nos hubiéramos conocido un año antes, qué año podría haber sido.

"Oh, vaya. No lo sabía", murmuré. "Qué inoportuno, ¿no?".

"Por favor, no digas mal momento. Hace poco rompí y ha sido una mala ruptura. Créeme, no pensaba meterme en una nueva relación tan pronto, así que no buscaba nada serio".

"Podemos hacer que funcione si eso es lo que quieres", intenté razonar con ella.

Ella se encogió de hombros molesta. "¿Cómo?".

"No lo sé, pero ya no vivimos en el siglo XIX. Si te mudas a California, no significa que no podamos seguir en contacto y ver cómo van las cosas".

"¿Es eso lo que quieres?", preguntó ella.

"Creo que sí. ¿Te gusto?", respondí.

"Claro que me gustas".

"Ya sabes lo que quiero decir. ¿Te gusto de verdad? A veces lo veo en tus ojos. Es una pregunta muy sencilla. Muy simple, sí o no, sin complicaciones: ¿Te gusto?".

"Sí, me gustas. Me gustas tanto que me da miedo, pero mientras todo sea abierto y mientras seamos sinceros el uno con el otro, podemos aprovechar el tiempo que tenemos y hacer lo que queramos".

"Eso es todo lo que quiero oír". Entonces la acerqué y la besé apasionadamente. No había próximo mes, ni mañana; sólo estábamos los dos compartiendo ese momento en el parque.

Estaba electrizado, sabiendo que sólo tenía poco tiempo con ella y que no podía arrepentirme ni dejar nada sin decir hasta que se marchara. Teníamos un límite de tiempo y teníamos que aprovecharlo al máximo.

Mientras pudiera, tenía que tenerla conmigo. Nos besamos en el parque, al sol, como adolescentes cachondos, sin tocar las patatas fritas ni las galletas de mantequilla de cacahuete. No me importaba que hubiera otras personas allí, sólo la quería a ella y no me importaba quién nos viera.

"Llévame a tu casa", me dijo con naturalidad, ya que había sentido curiosidad por mi piso desde que se lo conté.

No hizo falta que me lo dijera dos veces porque lo único que quería era estar a solas con ella.

Recogimos todo rápidamente y cogimos el metro hasta Midtown, donde caminamos de la mano hasta el edificio de mi apartamento.

Me dije a mí mismo que no sabía nada de su inminente marcha porque aún no estaba preparado para afrontarlo y arruinar nuestro buen momento.

Capítulo 14

Bailey

Weston vivía en uno de esos rascacielos de cristal con apartamentos. Me sentí como en un hotel de cinco estrellas cuando pasamos por delante del conserje y entramos en el ascensor que nos llevó casi hasta lo más alto del edificio. Las puertas se abrieron y me condujo desde la salida del ascensor hasta su piso.

Casi pensé que estaba bromeando y no me creía que viviera allí. Cuando me dejó entrar, me quedé detrás de él como si nos estuviéramos colando en el piso de un rico, pero resultó que el rico era él.

Sabía que era cirujano, así que tenía dinero, pero no me había dado cuenta de que era tan rico. Por suerte no dijo nada cuando vio mi pequeño y patético piso. Las luces también estaban apagadas, así que quizá no se había dado cuenta del mal estado de mi piso.

Pero cuando nos duchamos, sí que se dio cuenta de la terrible presión del agua y oyó cómo crujía mi cama cuando nos acostamos. Además, el piso estaba lleno de muebles desconchados y usados que era imposible ocultar. Cualquier piso de Manhattan estaría así, pensé, a menos que fueras multimillonario. Al parecer, él lo era. Su piso parecía sacado directamente de un catálogo como piso piloto.

"Vaya, de acuerdo. Me da un poco de vergüenza", admití, temiendo que hubiera estado pensando lo mismo que yo.

"¿Qué?".

"Bueno... has visto mi piso... ¿Te acuerdas? No se parecía en nada a éste".

"Pero me encanta tu acogedor piso". Sonrió amablemente.

"Eres demasiado agradable. Tienes un piso de multimillonario. Parece como si hubieras creado Silicon Valley".

"No es un piso de multimillonario", dijo riendo. "Vamos, sé realista. No es ni de lejos lo que habitaría un multimillonario".

"Sin embargo, desde aquí arriba hay una vista panorámica, eso seguro", observé, porque podía ver hasta el Empire State Building y la Estatua de la Libertad. Observé el tráfico en la ruta que suelo tomar para volver a casa.

"Tengo una vista de mil millones de dólares. Si quieres una vista de un billón de dólares, mírate en el espejo".

"Vale, eso ha sido demasiado cursi. Para mientras puedas o estarás desperdiciando una oportunidad. El piso es sólo un bonito extra, pero tú sigues siendo la atracción principal, así que no te lo tomes a la ligera".

Totalmente impresionada, le seguí en su recorrido. Todo era blanco brillante, salvo algunos electrodomésticos y muebles de color negro azabache. Cuando entramos en el salón, me entusiasmó la enorme cristalera que dejaba entrar la luz y me mostraba todo Manhattan como si estuviera allí proyectado. Pero me extrañó que no hubiera fotos de la familia, ni de amigos, ni de nadie.

Había tres puertas desde la entrada, una que daba al salón, otra a la cocina y la tercera a un dormitorio con cuarto de baño integrado. La fachada acristalada se extendía por todo el frente del piso, que era tan alto que sobresalía por encima de los edificios circundantes, de modo que se podía contemplar la puesta de sol desde la cama, la mesa de la cocina y el sofá.

"¡Siempre he querido una de esas!", exclamé entusiasmada cuando entré en la cocina y le vi preparando café.

"¿Una cafetera exprés? Se puede comprar en cualquier sitio", se rió.

"Me refiero a esta de aquí. Siempre miro estas cosas en Internet y me imagino teniendo una".

"Así que ya sé lo que te voy a regalar por Navidad. ¿O tal vez lo que te vas a comprar con tu primer gran sueldo en Los Ángeles?".

La mención de Los Ángeles me hizo retroceder. La vista del horizonte de Nueva York me recordó que estaba a punto de mudarme de nuevo a esa ciudad.

"Ese es el plan", dije, asintiendo con la cabeza, "pero esto es precioso".

"Aún no lo has visto todo. Mira esto", dijo mientras empezaba a pulsar botones que pitaban como un viejo teléfono de los noventa.

"¿Mirar qué?".

"¡Sonríe!", gritó, rodeándome con el brazo y girando la máquina para que apuntara hacia nosotros. Sonó un clic y empezó a moverse. Vi cómo la máquina calentaba la leche y luego llenaba la taza hasta el borde antes de rociarla con vapor e imprimir la foto que nos había hecho.

"¿Quieres ver qué aspecto tienes como cara de leche?", preguntó con un brillo en los ojos.

"Sé sincero. ¿Con qué frecuencia usas eso?", quise saber.

"Todas las mañanas".

"En serio, no puedes hacerlo todos los días".

"Yo lo hago. ¿Por qué no? Tomo café todos los días. Podría divertirme un poco".

"¿Eres tan vanidoso que tienes que tener tu propia foto en el café todos los días?". me burlé.

"He estado practicando para que, cuando te vayas por la mañana, pueda tomarme el café con tu cara para acordarme de ti. Entonces le doy un sorbo y te añoro".

"De acuerdo, admito que es bastante guay", dije mientras me bebía el café que había preparado.

"Si tienes suerte, también te haré una foto desnuda".

"Me has leído el pensamiento". Parpadeó. Vio un poco de leche en la comisura de mis labios, se agachó y me la lamió suavemente con la lengua. Le besé y seguí explorando su piso, hasta llegar al salón, donde él me seguía de cerca, acariciándome con suavidad.

Su sofá era enorme, ocupaba dos lados de la habitación con un ángulo recto en el centro.

"¿Cómo has subido eso por las escaleras?", le pregunté, recordando lo diminuto que había sido el ascensor.

"Está hecho de módulos. ¿Quieres ver el dormitorio?", me preguntó mientras me ponía el jersey por encima de la cabeza.

"Por supuesto. Le guiñé un ojo y le seguí hasta el dormitorio, al otro lado del piso.

Parecía que nadie hubiera vivido nunca en él. Por el sofá, me dio la impresión de que nadie se había sentado nunca, en cuanto a la cama, cuando por fin llegué al dormitorio y supe que me quedaría allí, también parecía que nadie había dormido nunca en ella.

"¿Por qué está tan limpio este lugar?", le pregunté diplomáticamente, haciendo que sonara como un cumplido.

"Oh, nunca uso este lugar, por eso. En realidad, sólo duermo aquí. Entre mi trabajo en el hospital y el tiempo que paso en mi consulta, suelo comer fuera o pasar mucho tiempo en casa de mis padres. Siempre estoy demasiado cansado para cocinar. Además, una mujer viene a limpiar tres veces por semana.

"La vida de un hombre ocupado", comenté y él asintió. "Es una pena que no estés cerca para disfrutarla tan a menudo".

"Esa es la dicotomía. Trabajas duro por algo así y luego lo tienes y no puedes disfrutarlo".

Como una niña, salté sobre la cama, sonriendo divertida. Weston estaba asomado a la puerta, riéndose de mí.

"¿Vienes a saltar? Es tan divertido como parece".

Se quitó los zapatos, se acercó a la cama y gateó hacia mí. Me aparté y fingí dejarle espacio, pero en realidad quería que siguiera acercándose a mí. Me di cuenta de que lo estaba disfrutando.

"¿Por qué llevas tantas capas?", le pregunté mientras se quitaba la chaqueta.

"¿Por qué no?".

"Sabes que tuvimos sexo después de nuestra primera cita y llevas otras diez capas que tengo que quitarte primero. Eres como una cebolla sexy, pero yo quiero un plátano sexy que pueda abrir con una mano sin hacer fuerza".

"Y puedo conseguirte una versión que tenga velcro de arriba a abajo, para que cuando vuelvas, pueda quitármela con un movimiento de muñeca".

"¿Como una de esas bailarinas de burlesque?". Suspiré y eché la cabeza hacia atrás mientras Weston me daba una serie de besitos en el escote.

"Sí".

"Tomo nota", dijo mientras me quitaba el sujetador. Incluso sacó su bloc de notas y su bolígrafo para escribir en letras grandes: "Conseguir velcro".

"Deja eso. Puedes tomar notas más tarde".

"Sí, profesora", se rió mientras lo colocaba todo uno al lado del otro en la mesilla de noche con sumo cuidado.

Me había olvidado por completo del brazo mientras me apoyaba en él para recostarme y sentía un dolor debilitante en el hombro.

No me permití darme cuenta. Además, esta vez estaba tan distraída que no se daría cuenta de nada mientras me perseguía por la cama, lleno de deseo.

Cuando estuvo lo bastante cerca, cogí su corbata y tiré de él hacia mí antes de quitársela. Luego le desabroché la camisa, se la pasé por las muñecas y la tiré a un lado.

Lo empujé de nuevo a la cama, pasé una pierna por encima de él y lo monté. A través de los pantalones, noté lo empalmado que estaba. Moví las caderas y me froté contra él. Me acarició los pechos con su lengua exploradora.

Parecía que iba a salirse de los calzoncillos cuando por fin le solté, le desabroché el cinturón y le metí la mano en los pantalones para sacar su miembro tieso.

Me llevé su polla directamente a la boca y me di cuenta de que no se lo esperaba, porque jadeaba y se movía hacia delante y hacia atrás, empujando con las caderas para metérmela aún más en la garganta mientras yo la sujetaba y la metía y sacaba de la boca, pasando la lengua por la punta y haciendo largas pasadas por el tronco. Normalmente me gustaba usar las dos manos para esto, pero sólo podía usar la izquierda. No pareció importarle y me detuve antes de su orgasmo porque aún no me había divertido.

Volví a su boca, guié su duro miembro entre mis piernas y me detuve. Le besé apasionadamente y sentí cómo se daba placer en mi boca.

Con toda mi pasión, quería entregarme plenamente a Weston como nunca antes me había entregado a nadie. Nerviosa y sumida en mis pensamientos no sabia como actuar,queria darle el placer suficiente, siempre tuve complejos con mi cuerpo, me costaba mucho disfrutar del sexo,en la cama, aparecian todos mis problemas habituales con mi cuerpo, por lo que normalmente me resultava difícil dejarme llevar y simplemente disfrutar.

Pero con Weston me sentía tan cómoda que podía dejarme llevar por completo. Me dejé guiar por mis instintos y quise probarlo todo porque él era muy sensible a cada palabra y movimiento.

Además, ya no tenía que pensar qué decir por si se reía de mí o perdía el interés. Nos tomábamos el pelo de una forma sana y refrescante, y me encantaba que él también disfrutara.

A partir de ese momento, me puse en modo piloto automático. Fue como una experiencia extracorpórea en la que yo sólo era testigo y ya no tenía el control. Mi cabeza zumbaba por todas las sensaciones que nos dimos después de ponerle un condón con su ayuda. Mis manos lo exploraron mientras dejaba que me penetrara. Al principio sólo le di un centímetro y le aguanté todo lo que pude hasta que no pude esperar más y me penetró más y más profundamente.

Cada vez que le provocaba así, gemía y susurraba mi nombre. Lo cabalgué cada vez con más fuerza mientras seguíamos acariciándonos. Esta vez me sentí como en el cielo, muy por encima de las luces de la ciudad.

Era como si estuviera flotando con él por encima de la ciudad mientras miraba por la ventana sobre la cama y contemplaba los edificios y las calles debajo de mí como si estuviera volando. Olvidé dónde estaba y me agarré al borde de la cama mientras él me acariciaba con los dedos y me chupaba el pezón.

Me perdí por completo y le supliqué que continuara con las pocas palabras que podía reunir. No necesitaba entenderme, se daba cuenta de dónde estaba por mi forma de hablar y cuando llegué al orgasmo mientras él presionaba su dedo suave pero firmemente sobre mí, fue la mejor experiencia sexual de toda mi vida.

Nunca más quise volver a la tierra y quedarme en lo alto de aquella torre celestial con Weston el resto de mi vida. Por un breve instante, me había olvidado totalmente de mí misma y de LA. Luego volví lentamente a la realidad y me encontré en su cama, como Wendy, que había ido al País de Nunca Jamás y había vuelto.

En los brazos de Weston, escuchando los latidos de su corazón mientras jadeábamos, me di cuenta de que me había enamorado de él. Me sorprendió haber olvidado todas mis prioridades, aunque sólo fuera por unos segundos en el calor del momento.

Me asusté. Tenía que tener cuidado de no desviarme demasiado del camino y arriesgarme a arruinar mi vida por él. Le había dicho que me iba, no quería llevarle por mal camino. Sólo tenía que asegurarme de cumplirlo.

No le dije nada porque no quería preocuparlo. Decidí permanecer en el momento lo mejor que pude y disfrutar del tiempo que pasamos juntos, a pesar de que estos pensamientos se arremolinaban en mi cabeza. Allí estaba yo, dándole vueltas a lo que significaba todo aquello para mi mudanza.

Por un lado, había pensado que no podría vivir sin mi trabajo, pero esa tarde era así. Por otro lado, no había forma de pedirle que se viniera conmigo, pero tampoco podía renunciar a mis sueños. ¿Cómo podía elegir entre estas dos opciones cuando sabía que podía ser feliz así, pero también sabía lo mucho que perdería?

¿Podría volver a ser feliz, partida por la mitad y entre dos costas?

Capítulo 15

Bailey

Durante los tres días siguientes, Sarah y yo trabajamos duro para empaquetar mis cosas en casa y dejarlas listas para el traslado a Los Ángeles. No quería dejarlo todo para el último momento y con la escayola todavía no podía doblar nada bien, así que confié en ella para organizar mi equipaje.

Mientras tanto, bajo ningún concepto quería acordarme de la velada con Weston. Todavía me preocupaba lo mucho que me había atraído desde entonces y estaba realmente tentada de quedarme con él en Nueva York.

Pero me centré en los aspectos prácticos de asegurarme subir al avión y aterrizar delante de la cámara, porque al menos eso era más fácil que pensar en cómo nos despediremos el uno del otro cuando por fin llegara el momento.

Por suerte, estaba acostumbrada al dolor y tenía en mente que si todo salía mal y no conseguía el papel, de todas formas estaríamos juntos muchos más días.

Empaquetar me llevó mucho más tiempo de lo esperado, pero no fue porque tuviera muchas cosas. Más bien al contrario: el piso era tan pequeño que me costó encontrar espacio para organizarlo todo y hacer las maletas.

Debajo de la cama había guardado todos los cachivaches que había acumulado. El único armario que tenía estaba lleno de ropa hasta arriba y tenía que abrirlo con cuidado para que no se cayera todo el contenido.

"Espero que en Los Ángeles ordenes mejor el armario para que no te vuelva a pasar", me dijo Sarah desde los pies de la cama. Probablemente no había sido tan cuidadosa, porque estaba rebuscando en un montón de ropa.

"En caso de que alguien intente robarme, quedará enterrado debajo, como una de las trampas de Solo en casa: una especie de alarma de seguridad".

"¿Todavía llevas eso?", quiso saber Sarah, sacándome de mi ensoñación. Levantó una vieja camiseta blanca de tirantes que hacía meses que no me ponía.

"Sí, guárdala", le respondí y volví a mi teléfono. "Gracias, Sarah".

Más que nunca, deseaba recuperarme a tiempo para la película, y pensé que la mejor estrategia era fingir que todo estaba bien y que podría hacerlo. De todos modos, esperaba que mi cuerpo estuviera a la altura de mi mente y que mi mentalidad de "Sí, puedo", penetrara hasta la más pequeña de mis células y lo curara todo con renovada confianza y presteza, gracias al poder de mi fuerza de voluntad.

Incluso había leído algunos artículos en Internet sobre el tema, con la esperanza de que podría recuperarme a través de la meditación. Pensaba que no haría daño intentarlo. Había valido la pena probar cualquier cosa que me librara antes de la escayola, además de todos los ejercicios de

suelo y estiramientos que estuve haciendo todos los días para mantener el resto de mi cuerpo en forma.

Cuando guarde todas mis pertenencias en maletas frente a la puerta del piso, quedó espacio suficiente en el suelo para hacer ejercicio. No sólo me vino bien físicamente, sino también mentalmente,antes hacía mucho ejercicio físico pero desde el accidente apenas me había movido.

Era importante que tuviera ventaja en estas cosas. Utilicé una pelota de compresión para la mano derecha, que estaba muy pálida y marchita donde los dedos sobresalían de la escayola. No era un entrenamiento tan intenso, pero era lo menos que podía hacer en ese momento y me lo tomé en serio.

Cuando me quitaran la escayola, mi brazo estaría marchito y completamente blanco por la falta de sol y me preocupaba que todos en el plató se dieran cuenta y qué dirían al respecto. Pero no me hacía ningún bien pensar en ello.

Me llegó un mensaje de Weston al móvil.

WESTON: ¿Quieres que vaya y te ayude? Acabo de terminar mi trabajo.

BAILEY: No, gracias, de momento no. ¿Pero puedes ayudarme a mover los muebles más tarde?

WESTON: Claro, avísame.

BAILEY: Lo haré, porque no hay mucho sitio para tres.

Incluso cuando estábamos los dos solos, nos acaloramos rápidamente, por no decir que pasábamos calor, de tanto estar nariz con nariz. Cuando él estaba allí, ni siquiera podíamos hablar y eso no era divertido. Se quedó callado un momento antes de contestar.

WESTON: Vale, te lo dejo a ti.

WESTON: Pero si cambias de opinión, estoy a solo una llamada de distancia.

BAILEY: Gracias, Weston.

Dejé el teléfono a un lado y no volví a pensar en ello.

Poco después llamaron a la puerta. Debía de ser Weston que intentaba darme una sorpresa y, cuando fui a abrir, me puse a dar saltitos y a canturrear. Sólo cuando abrí la puerta con una sonrisa en la cara vi que no era Weston. Mi sonrisa se convirtió en ceño fruncido cuando me di cuenta de quién había venido en su lugar.

Alex estaba en la puerta de mi piso. No le había visto desde la noche del accidente, cuando huí de él en este mismo piso y luego tuve el accidente en el que me dio por muerta. No me había enviado ningún mensaje ni había preguntado por mí, pero de algún modo tuvo el valor de venir y

no parecer avergonzado.

Me quedé estupefacta y en silencio, apenas capaz de comprender que estuviera allí como si nada hubiera pasado, y tuve que luchar contra el impulso de darle un puñetazo en la cara. Era increíblemente descarado por su parte que, después de todo lo que había hecho, simplemente se acercara y estuviera delante de mí en carne y hueso.

Dijo algo, pero yo no pude entender nada.

"¿Alex?", pregunté, apenas dando crédito a lo que veía. "¿Qué demonios haces aquí?".

"He tenido algunos problemas de salud mental que han salido a la superficie. ¿Podemos hablar?".

Hablaba con despreocupación, como si acabáramos de discutir. Tal vez ese era su plan, fingir que no había sido para tanto y esperar que yo le siguiera la corriente. Esta vez, sin embargo, no iba a funcionar.

"¿No podías haber llamado? Ya no te esperaba para nada... ¿De verdad crees que todavía quiero verte?". Quería poner los brazos en las caderas, pero no era posible.

"Claro que sé que no tomé las mejores decisiones cuando estábamos juntos, por eso quiero decírtelo en persona".

"¿En qué estás pensando?".

"Han sido muchas cosas". Sonaba tan despreocupado que sentí que mi puño izquierdo se tensaba. Cuanto más relajado parecía, más me enfadaba.

"Sí, pero ¿puedes recordar algo concreto que hayas hecho? ¿Algo que pudiera haberlo arruinado todo?", dije.

"Claro, pero de eso quería hablar. Esa noche había bebido mucho alcohol y no sabía lo que había hecho. Tienes que creerme, Bailey. Siento mucho todo lo que pasó. Cuando llegaste, se me pasó la borrachera y no podía creer lo que hice".

"Ni siquiera hemos estado en contacto desde que pasó. Te pillé en mi cama, eso sí, con una tía rara. Sabes que no pude dormir en ella durante semanas después de eso. Ocurrió en mi propio piso", le grité. "¡Y huiste después de que me atropellara un coche!".

"Volví para echarla. No quería nada de ella porque estaba demasiado borracho. De verdad, no sabía lo que hacía", afirmó.

"Esa es la parte en la que creces y aprendes a responsabilizarte de ti mismo. Pero ¿por qué has tardado hasta esta noche en explicarme todo esto?".

Sólo pude sacudir más la cabeza, deseando haber puesto unas pastillas de jabón en los calcetines cuando hacía la maleta para poder romperle los dientes y hacerle caer hasta la planta baja.

"He estado de muy mal humor", dijo con desgana.

"Sí. Desde la última vez que te vi, he estado de muy mal humor. Tú no eres una víctima, Alex, la víctima soy yo, como puedes ver".

"¿Ese es Alex?", gritó Sarah desde el dormitorio, furiosa.

"¡Sí, es él!", le grité de vuelta.

"¿Quieres que lo eche?", preguntó sin rodeos y me reí de su propuesta. Se le daba muy bien hacerse valer en momentos así, cuando yo necesitaba apoyo.

"¡No, está bien!", respondí.

Mientras tanto, Alex estaba de pie junto a la puerta, balanceando los pies. Parecía completamente perdido y era evidente que las cosas no iban como él quería. Nada podía mitigar su pésimo comportamiento, pero se las arregló para empeorarlo.

"Sabes, te quiero y te respeto", dijo como si fuera un hecho.

Entonces me burlé: "No, no me quieres. ¿Por qué dices eso?".

"Siento lo que ha pasado. Sé que metí la pata, ¿no?".

"Sí, creo que sí".

"¿Puedo terminar, por favor?". Hizo una pausa.

"Adelante, termina", dije, intentando poner de nuevo los brazos en las caderas, cosa que sólo conseguí de forma unilateral.

"Vine a disculparme", dijo medio sinceramente e intentó dar un paso hacia mí, pero lo detuve.

"Pues hazlo".

"¿Hacer qué?".

"Discúlpate".

"Lo siento".

Vaya, lo hizo de verdad. Realmente se disculpó. Era difícil de creer lo que había oído.

"¿No puedes darme otra oportunidad?", me suplicó.

"¿Otra oportunidad?", pregunté incrédula. "¿Otra oportunidad para hacer qué? ¿De follar con chicas a mis espaldas?".

"Para empezar de nuevo: me he convertido en mejor persona, Bailey". Esperé una respuesta, pero esperé a ver qué decía a continuación. "Entonces...".

"¿Y qué?", pregunté, viéndole asomarse por encima de mi hombro a mi piso. "No vas a entrar, por si te lo estabas preguntando".

"¿Por qué no?".

"¿Por qué no? Tengo toda una lista de razones. ¿Quieres oírlas todas otra vez?", le pregunté, irritada hasta el extremo.

Dio un paso atrás, sorprendido por mi continuo enfado. "No, lo entiendo".

Era el momento de acabar con esto de una vez. "Estoy saliendo con alguien".

Su cara pasó por una serie de expresiones antes de establecerse en la lástima. "¿Ah, sí? Bueno, eso fue rápido".

"No tan rápido como tú desapareciendo por la calle cuando me atropelló un coche".

"¿Te atropelló un coche?".

"Sabes que eso es lo que pasó".

"Eso no lo sé. Te juro que no lo sabía. A mitad de camino me di la vuelta para librarme de la chica. Cuando bajé corriendo para hablar contigo, ya no estabas". Frunció el ceño. "¿Quién es el chico nuevo? ¿Cuánto tiempo llevas con él?".

"Es cirujano, así que es una gran mejora si me preguntas. Por favor, no vuelvas por aquí. Ya no estamos juntos, por si aún no te has dado cuenta. Adiós". Con eso, di un portazo.

Era increíble. Después de todo lo que me había hecho, pensó que aún lo aceptaría. Realmente pensó que todavía tendría una ocasión para él después de todo esto. ¿Dónde estaba el límite si se salía con la suya?

Realmente había creído en su triste disculpa, pero yo no. Era demasiado poco y demasiado tarde, y me alegré mucho de librarme de él por fin.

Volví a pensar en Weston y en lo mucho que me respetaba y en que no podían ser más diferentes.

No podía creer que Alex no se hubiera enterado del accidente. Era un cobarde y tenía que inventar alguna excusa poco convincente para no haber llamado.

Me llenaba de orgullo ver lo lejos que había llegado. Era como subir una montaña y mirar hacia el valle de donde habías venido. Nunca más permitiría que un hombre me tratara con tanta falta de respeto. Mientras estuviera con Weston, seguro que no habría problemas de ese tipo. Pensé en eso mientras volvía a mi dormitorio con Sarah, que me estaba esperando.

"¿Qué te ha dicho?", me preguntó.

"Sinceramente, no lo sé, ni siquiera estaba escuchando. De todos modos, ya no importa porque he terminado con él. ¿Cómo vamos con el equipaje?".

"Hemos terminado", dijo con una sonrisa orgullosa junto a mi abultada maleta.

"Genial, Sarah, por favor déjame invitarte a una pizza. Nunca podría haberlo hecho sin ti".

"¿Qué vas a hacer en Los Ángeles sin mí?". Sarah sonrió mientras empaquetaba sus cosas y se ponía el abrigo. Yo también me puse los zapatos y cogí mi bolso.

"No tengo ni idea. Tienes que venir y mudarte conmigo".

"No digas eso, porque si lo dices, lo haré de verdad. De todas formas, no puedo aguantar otro invierno neoyorquino".

A pesar de mi brazo escayolado, tiré de mi amiga en un ferviente abrazo. "Sabes que siempre puedes acudir a mí, de verdad".

"Sí, lo sé, te echaré de menos cuando no estés aquí. Siempre puedes venir a quedarte conmigo en Nueva York".

Mientras salíamos juntas del piso, se me llenaron los ojos de lágrimas y supe a ciencia cierta que iba a echar mucho de menos a mi amiga.

¿Por qué siempre que avanzabas en tu vida había personas que no podías llevarte contigo? Parecía que los nuevos comienzos siempre implican despedidas agridulces.

Capítulo 16

Weston

En la sala de espera del hospital, me detuve entre dos pacientes con Clay.

"¿Cómo sería si me mudara a Los Ángeles?", le pregunté, rompiendo el silencio mientras removía mi café como si fuera a encontrar las respuestas de la vida en la espuma si buscaba lo suficiente.

"¿Qué quieres decir con 'y si'?", replicó. "Entonces no estarías aquí, eso seguro".

"Pero si así fuera, podría estar con Bailey, ¿no?".

Mi amigo suspiró. "Tendrías que estar loco para renunciar a lo que tienes aquí, creo. No hay garantías de que tengas el mismo éxito allí o de que todo vaya a funcionar como aquí. Sé que tenéis una conexión, pero apenas conoces a la chica. Hay que darle tiempo a estas cosas. Mira lo que has conseguido en Nueva York. Fíjate en el tiempo que tardaste en construirlo a pesar de que tu apellido ya tenía un significado en esta ciudad, recuérdalo, me dijo Clay.

Sabía que sonaba completamente descabellado dar un giro a mi vida por una mujer, pero quería estar con Bailey dondequiera que estuviera. No era una chica cualquiera, era especial para mí.

"No hace mucho que nos conocemos, pero cuando lo sientes así, lo sabes. Es lo correcto, Clay. Estoy seguro de ello".

"¿Siente ella lo mismo por ti?".

"Creo que sí". Clay enarcó una ceja con desaprobación y bebí las últimas gotas del fondo de mi taza sólo para evitar su mirada.

"Aunque esa respuesta no suena absolutamente segura".

"Es que está tan llena de vida. Cuando estamos juntos, parece que el tiempo se detiene y avanza rápido al mismo tiempo".

"¿Pero vale la pena arriesgarlo todo por ella cuando no hay garantía de que funcione? Ella tiene grandes oportunidades en Los Ángeles y estará muy ocupada. No tendréis la misma dinámica ni seréis las mismas personas", me aconsejó Clay.

Hice una breve pausa y me froté la frente porque estaba a punto de convencerme de que la mudanza era una buena idea. De ninguna manera iba a pedirle a Bailey que se quedara y renunciara a sus sueños. Pero, ¿por qué iba a significar eso que yo no podía hacer realidad los míos? No eran sólo las cosas que quería conseguir en Nueva York en el futuro. Como había dicho Clay, tendría que renunciar a todo lo que ya había construido y empezar de nuevo desde cero.

Sonó el busca de Clay. "Se acabó el descanso. Weston, espero que salga bien. Cruzo los dedos por ti y deseo que no salga mal. Puedes hacer mucho con confianza y una oración de empuje".

Me puso la mano en el hombro de forma reconfortante mientras salía de la habitación y cerraba la puerta tras de sí.

¿Qué opción tenía, si es que podía llamarse opción? Por un lado, Bailey estaría en Los Ángeles y, por otro, todo lo que me había importado hasta hacía unas semanas estaba aquí, en Nueva York. Si se mudaba allí, ¿sería capaz de perdonarme por seguir viviendo mi vida en Manhattan? ¿O tal vez me echaría en cara más tarde que la hubiera seguido hasta allí, aunque al principio le pareciera bien?

También me preguntaba si alguno de los dos entraría en razón y se daría cuenta de que aquella no era la vida que había planeado una vez que las cosas se hubieran calmado y hubiéramos superado el enamoramiento inicial. ¿Sobreviviría nuestra relación a este despertar? Y mucho menos podría soportar que ella me despreciara por alguna razón.

Me golpeó como un rayo cuando me di cuenta de que me había enamorado de ella. Quería pensar más a fondo en una posible mudanza, pero para asegurarme de no actuar precipitadamente, no quería hablar con ella todavía.

En realidad, yo no era de los que les gustaba tomar decisiones impulsivas, porque me consideraba una persona racional. ¿Por qué de repente era tan imprudente? Con mis pacientes también era necesario estar a su lado con razón y cautela. Nunca tuve el valor de seguir mi instinto a la hora de tomar decisiones. Mi mente divagaba mientras pensaba ya, enamorado como estaba, si lo dejaría todo y me sentaría en una playa de Los Ángeles con Bailey.

Al momento siguiente me encontré mirando posibles propiedades de Los Ángeles en mi teléfono para hacerme una idea de los precios en comparación con Nueva York, resultó que eran igual de astronómicos, cuando de repente sonó. Era un número desconocido, pero cogí la llamada de todos modos porque podía haber un problema con un paciente.

"¿Diga?".

"¡Soy Catherine Gladstone! Tu madre me dio tu número de teléfono. La otra noche en la cena en tu casa olvidé pedírtelo. ¿Te parece bien?".

Hice una mueca de dolor y me froté la sien. *"Claro que está bien. Me alegro de tener noticias tuyas. ¿Cómo estás?"*.

"Muy bien, gracias. Estoy muy ocupada con mi carrera en Oxford. Papá ya me está presentando a todos sus mejores contactos arquitectos".

"Genial", fue todo lo que dije. Después de todo, ella no podía ver mi cabeza temblorosa.

Luego hubo un largo silencio mientras esperaba a que continuara.

No tenía tiempo para juegos y me pregunté si debía inventarme una excusa o decirle que la conexión era muy mala y colgar. Además, tenía pacientes que podían llamar en cualquier momento.

"¿De verdad no te ha importado que tu madre me diera tu número?".

"Claro que no", mentí apretando los dientes. Me importaba, mucho en realidad, pero intenté quitármelo de encima educadamente.

"¿Crees que podríamos ir a tomar algo esta noche después del trabajo?".

Necesitaba una razón más plausible para rechazarla. Por suerte, llamaron a la puerta de mi consulta en ese preciso momento y escondí un suspiro de alivio.

"Hola, lo siento, estoy en la consulta y está entrando el siguiente paciente. Al terminar te llamo".

"Claro, llámame cuando...".

Terminé la llamada antes de que pudiera terminar y ya me arrepentía de haberle dicho que la llamaría. Para poder ignorarla más tarde, la añadí a mi lista de contactos.

Cuando abrí la puerta, me sentí aliviado al ver a Bailey de pie delante de ella.

"Hola, Bailey, ¿qué te trae por aquí?", le pregunté.

"¿Mal momento?".

"No, todo lo contrario. Pasa, me alegro de verte".

Entró llevando una bolsa de papel. "¿Me has traído un regalo?".

"Sólo el almuerzo", dijo sonriendo mientras colocaba una de las bolsas frente a mí.

"No es sólo el almuerzo", dije, echando un vistazo al interior. "Te has tomado muchas molestias, ¿verdad? Es de mi restaurante de sushi favorito".

Algo le preocupaba. Intentó disimularlo con una sonrisa brillante, pero no había duda de que estaba preocupada.

"¿Va todo bien?", le pregunté.

Suspiró e hizo una larga pausa. "No es nada, de verdad, es una tontería. Es que anoche vi a mi ex".

"¿Qué, cuándo? ¿Dónde?" Sólo con dificultad pude ocultar la rabia que empezaba a surgir en mi interior. Para aliviar la tensión, me paseé de un lado a otro, pasándome las manos por el pelo.

Bailey se sentó en una silla en un rincón de la habitación.

"Mi sitio", murmuró. Después de aquello no pude evitar sentir que tenía que hacer algo. Cuando me habló de ello, la desesperación se había reflejado en su rostro. Para consolarla, le puse una mano en el hombro y le besé la frente.

"¿Ha venido? ¿Te está molestando? Deberías denunciarlo a la policía".

"No, no es eso. Sólo quería preguntarme si quería que volviéramos".

Un puño de hierro se cerró de repente alrededor de mi pecho. "¿Y qué le dijiste?".

"Le dije que se fuera a la mierda", espetó, pues había tocado un punto sensible. "No le he visto desde la noche en que me abandonó después del accidente. Incluso de un extraño se puede esperar más. Por no mencionar que me engañó en mi propia cama durante la fiesta de clausura".

Aunque no lo conocía personalmente, odiaba a ese hombre. ¿Quién deja sola a su novia después de que la atropellara un coche? Su actuación era sin duda un intento de manipulación y de Bailey me enorgullecía que se hubiera defendido.

Evidentemente, me sentía celoso y culpable de que él estuviera allí aquella noche, cuando ella me dijo que no fuera. Pero debería haber estado allí.

Si hubiera estado, le habría abierto la puerta para que ella no tuviera que enfrentarse a él. Le habría ahorrado mucho estrés, porque supuse que se habría ido enseguida.

Bailey pasó a temas más amenos y yo acepté encantado su distracción.

Pero cuando se marchó de nuevo después de comer, pensé en cómo podría quedar casualmente con Alex para que se diera cuenta de lo que le habría pasado si yo hubiera estado allí.

Con una historia así, era lógico que tuviera preocupación y yo quería asegurarme de que no volviera a asomar la cara.

Bailey

"Bailey, ¿dónde ves tu futuro?", me preguntó Weston de sopetón la noche siguiente mientras estábamos sentados en una popular hamburguesería cerca de mi piso. Los dos teníamos hambre y estábamos impacientes por cenar algo. Era agradable estar en un lugar donde sentía que podíamos relajarnos. Los borrachos no llegarían hasta un poco más tarde, así que sólo quedamos nosotros dos y las brillantes luces de neón del pub.

"¿Me estás entrevistando para un trabajo y quieres preguntarme dónde me veo dentro de cinco años?". Con una mirada burlona, le di un suave codazo en la pierna por debajo de la mesa.

"No, lo digo en serio", sonrió con satisfacción, cogiéndome la mano y sujetándola por debajo de la mesa. "Inmediatamente después del rodaje estarás en Los Ángeles, pero ¿qué vas a hacer entonces?".

Cerré los ojos durante unos segundos, repentinamente incómoda por sentirme acorralada. "No lo sé, porque de momento estoy luchando por mantenerme a flote. Pero seguro que podré contarte más cosas cuando termine de rodar. ¿Tienes algo más que te gustaría conseguir?".

"Por supuesto que sí".

"En realidad me imaginaba que ya habías conseguido todos tus objetivos", le confesé. "Ya has conseguido muchas cosas. Todo te va tan bien. Tienes un piso estupendo y tu propia consulta".

"Pero hay más", dijo, "mucho más y creo que cuando ya no tienes más metas, ha llegado el día

de retirarse. Siempre hay otro paso que dar. El mundo está lleno de posibilidades, pero no tienes tiempo suficiente para realizar todo lo que tienes en mente".

Me sentía identificada. Cada vez sentía más que esta vida era todo compromisos y encrucijadas. En el futuro, nuestras vidas irían en direcciones diferentes, pero yo sólo quería disfrutar del momento aquí y en ese instante. No había otra manera cuando estabas con alguien ambicioso, inteligente y que quería seguir su propio camino.

Las posibilidades de que nuestros objetivos coincidieran eran escasas, o más bien inexistentes. Al fin y al cabo, sólo era una fantasía y soñar no tenía nada de malo. Tampoco había nada de malo en divertirse un poco antes de separarnos.

Manhattan tenía mucho que ofrecer a Weston. Su piso aquí era precioso y era muy respetado en su hospital. Y lo que era más importante, tenía su propia consulta que iba bien y su familia también estaba cerca. ¿Por qué iba a renunciar a todo eso por mí?

Estar cerca de él para siempre me haría la persona más feliz, pero ese deseo era egoísta porque nos conocíamos desde hacía muy poco tiempo. Por el momento, me conformo con disfrutar del tiempo que me quedaba con él y dejar que las cosas pasen, porque desde luego tampoco quería plantear la posibilidad de que se mudara a Los Ángeles.

Más tarde, volvimos a mi piso. Me llevaba la mano a la espalda y sus dedos se deslizaban bajo mi camiseta. No tardamos mucho en llegar, yo sólo vivía a un par de manzanas, pero cuando llegamos él estaba a centímetros de mi sujetador.

Cuando salí de mi piso, me dolía mucho, ya que los analgésicos estaban desapareciendo. Evidentemente, ya no hacían tanto efecto, pero de ninguna manera iba a tomar más para obtener el resultado que quería.

También evitaba hablar de ello con Weston, porque quería que dejara de considerarme su paciente y me viera únicamente como su "lo que fuera". Sonriendo, lo miré y lo llevé arriba. Abriendo la puerta de mi piso, me besó el cuello y sus manos acariciaron con ternura desde mis hombros hasta mi espalda y mis caderas. Una vez dentro, empujé la puerta con el pie y lo llevé directamente a mi dormitorio.

Se sentó en mi cama y lo besé con cariño. Luego me senté en su regazo y lo empujé hacia mi almohada. Quería ponerle las manos a ambos lados de la cabeza para besarle de nuevo, pero sentí un dolor agudo bajo la escayola y él me vio hacer una mueca de dolor. Se sentó y me levantó con él para quitarme el peso de la mano. A veces era demasiado galante, por mucho que me gustara.

"¿Estás bien?".

"Me duele un poco, eso es todo. No tenemos que parar".

"Pero te duele, no tiene sentido. No debería dolerte tanto como para distraerte. ¿Quieres parar?".

"¿Y tú?", quise saber de él, aunque el momento ya había pasado. Esta conversación era una mera formalidad. Decepcionada, me maldije por el hecho de que mis heridas hubieran conseguido arruinar mi vida amorosa en aquel momento.

"Si te duele, por supuesto", me dijo. "Túmbate boca abajo, muy despacio, y tómate tu tiempo".

Con mucho gusto hice lo que me dijo y me alegré de haberlo hecho porque seguía siendo difícil girarme sin que me doliera debido a las tres costillas rotas. Al final lo conseguí y, después de esperar pacientemente a que me pusiera cómoda, se tumbó a mi lado. Luego se frotó las manos para calentarlas antes de empezar a masajear la espalda, siempre atento a mis costillas doloridas.

Me pasó la pierna por encima y se arrodilló a horcajadas sobre mí. Su peso recaía sobre la parte inferior de mi cuerpo. Sentí como si me fundiera con la cama. Me dio un masaje relajante, moviéndose arriba y abajo sobre mi espalda, presionando y girando suavemente sus muñecas sobre mí, sentía que la tensión empezaba a aliviarse.

Fue maravilloso cómo consiguió relajarme, las cargas del accidente y la separación, se desvanecieron también de mí, la espalda y el cuello se habían resentido mucho con problemas psicológicos todos los días, al igual que la escayola y algunas zonas sensibles eran consecuencia directa de los hematomas.

Podría haberme quedado tumbada así durante siglos y dejar que Weston me quitara un nudo tras otro, como si fuera a resolver todos los problemas de la vida.

Era una sensación muy íntima y sensual. Cada vez que me tocaba y presionaba el filo de su mano con firmeza, pero con suavidad, me sentía electrizada y anhelaba su suave poder, que aplicaba con cada movimiento rítmico, como si me hipnotizara sólo con su tacto.

Como en trance, me quedé tumbada y no emití ni un solo sonido. Él tampoco dijo una palabra, mientras yo disfrutaba de cómo trabajaba mi cuerpo con tanto sentimiento. Era la mujer más feliz del mundo y tuve que luchar conmigo misma para no quedarme dormida justo debajo de sus manos.

"¿Está mejor?", quiso saber y continuó masajeando.

"Es fantástico", murmuré medio dormida. Después de eso, pude recordar muy poco mientras él terminaba por fin el masaje y simplemente se tumbaba a mi lado, tirando de una fina sábana sobre mi espalda desnuda y envolviéndome con sus cálidos brazos antes de seguirme hacia mis sueños, donde le esperaba ansiosamente

Capítulo 17

Weston

Incluso mientras le estaba dando un masaje a Bailey, no pude quitarme a su ex de la cabeza. No tuvimos sexo la ultima noche que pasamos juntos y ella le echo la culpa a sus heridas, pero sin duda fue porque seguía enfadada con él.

Todo el mundo tenía relaciones pasadas y normalmente era mejor no involucrarse en esas cosas. La historia debería haber terminado, pero Alex claramente se negaba a aceptarlo.

No tenía derecho a inmiscuirse en la vida de Bailey, sobre todo después de haberla herido tanto. Era mi deber como su novio o "lo que fuera" dar la cara por ella y estar a su lado.

Conocía bien a algunas personas que siempre se habían interesado por la música y trabajaban en esa industria. Tenían la costumbre de ir a todos los bares de la ciudad para descubrir nuevos artistas. A través de ellos supe que Alex tocaba a menudo en un bar del Village.

Incluso antes de ponerme a averiguar quién era, ya sabía que era una locura razonable, pero quería verlo con mis propios ojos. Era extraño que me hubiera atrapado tanto la idea, pero nunca lo había visto y no sabía cómo era, me preguntaba cómo sería. De todos modos, dudaba que actuara de la misma manera conmigo que con Bailey.

¿Quién era ese tipo que había dejado así a Bailey en la calle? Le observaba desde la distancia y ya había hecho muchas suposiciones sobre él. Parecía un perdedor, un cobarde y un narcisista. Tenía todas las malas cualidades y alguien tenía que ponerle en su sitio.

Bailey probablemente no sería la primera chica a la que había tratado como basura y no sería la última. ¿Tal vez no sería la última?

Esa noche tocaba en un bar cercano y había resuelto pensarlo un rato más, porque la idea era realmente terrible. Nada bueno podía salir de ella, pero ya que estaba tan cerca, sin duda iba a aprovechar la oportunidad.

Tenía en mente echarle un vistazo rápido y tal vez tener una breve charla de hombre a hombre. Al menos así sabría que Bailey estaba bien sin él y que estaba conmigo. Tal vez entonces tampoco la molestaría más.

Así que acepté el reto y, como un espía haciendo averiguaciones, me puse en marcha. Después de todo, él no tenía ni idea de quién era yo, así que sería fácil verle e incluso hablar con él para hacerme una idea de quién era antes de darme a conocer.

El bar estaba en un callejón apartado en el que nunca me había aventurado, pero la música se oía hasta el fondo a pesar del tráfico y me limité a seguir aquel zumbido hasta que estuve justo enfrente. Aunque estaba oscuro, la entrada del bar estaba iluminada por una sola lámpara y el humo de muchos cigarrillos se elevaba a través de la puerta hacia el aire nocturno.

Resultó que había llegado justo cuando el espectáculo tocaba a su fin. Alex estaba en el improvisado escenario de la esquina del bar, parecía que iban a desmontar en cuanto se fuera.

Había estado tocando, él solo con su guitarra acústica delante de un micrófono y un par de amplificadores. Ya razonablemente borracho, sus dedos no dejaban de perder los trastes mientras tocaba. Francamente, era un músico muy mediocre y observé que no paraba de escudriñar la sala para ver quién había acudido a su concierto, que estaba más interesado en ligar que en su concierto en sí.

Yo no era el único ni de lejos, pero parecía que todos los demás estaban allí por casualidad. Ninguno de ellos estaba ni remotamente interesado en la música y me di cuenta de por qué este bar estaba en un callejón. Era un antro, y no uno falso, hipster, sino uno de verdad.

Me resultaba difícil imaginar que Bailey, tan camaleónica como podía ser, se hubiera quedado en un sitio así, escuchándole y esperando a que después se fueran juntos a casa.

Este era sin duda un bar que yo habría visitado de adolescente sólo porque la cerveza era muy barata. Para mí tenía mucho sentido que Alex tocara aquí porque podría conocer a chicas jóvenes e ingenuas.

Cuando terminó de tocar y recogió sus cosas, aproveché para hablar con él. Probablemente no había sido una buena idea, pero quería saber cómo sonaba y qué había visto Bailey en él.

"Hola, buen concierto", le dije, intentando parecer amable. Luego, sin querer, le di un golpecito más fuerte en el hombro, preguntándome si había resultado sarcástico y agresivo.

Por mucho que lo intentara, no podía emplear un tono genuinamente amistoso porque sabía que era una persona terrible, así que mi mente buscó inconscientemente el conflicto.

"Gracias. Pero no te he visto antes", me preguntó con suspicacia. "¿Qué has escuchado?".

"Me has pillado", dije, levantando las manos para fingir rendición. "Sólo aparecí y pillé las últimas canciones después de encontrar tu página en internet".

"¡Qué bien! Siempre me hace feliz tener nuevos fans. ¿Te gusta?".

"Sí tío, estuviste muy bien".

"Gracias. Deberías volver la próxima vez".

"Por supuesto. ¿Puedo invitarte a una copa?".

Alex miró alrededor de la sala en busca de otras posibles ofertas. Cuando no se vió nada de los demás presentes en el bar, me contestó.

"Sí, claro, claro".

Con un gesto de la mano, llamé la atención del camarero y señalé el grifo antes de enseñarle dos dedos. Me hizo un gesto con la cabeza y sirvió las bebidas mientras yo dejaba mi tarjeta sobre el mostrador y me volvía hacia mi enemigo.

"¿Estás aquí solo?", me preguntó.

"Sí, vivo por aquí".

"¿En Manhattan?", preguntó, de repente tan interesado en mí como si le hubiera dicho que era una persona famosa.

"Sí".

"Eso es genial, tío. A las mujeres les encanta", declaró, aplaudiendo emocionado. Por desgracia, no le entendí.

"Perdona, ¿qué les encanta a las mujeres?".

"Les encantan los hombres que viven en Manhattan. Tenemos que encontrar una mujer para ti, mejor aún, encontraremos mujeres para los dos". Me dio un golpecito en el hombro con la mano, como si quisiera retenerme por si me escabullía.

No dejaba de mirar por el habitáculo y no sabía si me estaba escuchando. Cogí los vasos de cerveza del camarero, puse uno delante de Alex y empecé a beber el mío.

"Sí, te traeremos una buena. ¿Y aquella?", preguntó señalando a una chica.

"No gracias, ya estoy pillado".

"En realidad, deberías mantenerte alejado de ellas, amigo mío. Las mujeres están locas", comentó. Señaló la cerveza que tenía a su lado y empezó a beberla.

"¿Cuáles?".

"Todas".

"¿Todas las mujeres están locas?".

"Sí, son las hormonas, ya sabes. Todo ese estrógeno, es como el PCP, viven en un viaje permanente".

Sorprendido, me di cuenta de lo mucho que el sistema educativo había fallado a esta persona. "No creo que nada de eso sea cierto".

"Tío, te lo digo yo, que he estado con muchas mujeres y es verdad. Todas están alucinando, todas están totalmente locas y ni siquiera lo saben. Pero no deberías dejar que eso te impida divertirte un poco, aunque estés pillado".

"¿Aunque tenga novia?".

"Sí, claro. Nunca he dejado que eso me detenga".

"Pero esa podría ser la causa de tus problemas".

"No, mi problema es que por muy locas que estén, me gustan demasiado. Te dicen una cosa a la cara y otra a tus espaldas, pero me siguen gustando. Son como una droga para mí. Sólo tienes que saber cuándo dejarlas ir antes de que se vuelvan demasiado locas, porque entonces nunca podrás deshacerte de ellas".

"Te han hecho mucho daño, ¿eh?".

"Sí, he tenido una ex loca. Ha sido la reina de hielo, si sabes a lo que me refiero. Ha sido la peor de todas".

No pude evitar preguntar.

"¿Se llamaba Bailey?".

"Sí, ¿la conoces?".

No pude mantener la fachada por más tiempo. "Estoy saliendo con ella".

"¿Eres el cirujano?". Jadeó, apartándose de mí y empujando su taburete hacia atrás con él. Al moverlo, chirrió por el suelo, atrayendo la atención de algunos de los otros clientes sentados junto a nosotros.

"Sí, soy yo".

"Realmente no puedes hacer eso, tú, sé que tiene un cirujano. Puedes mirar para escapar". Su amabilidad se había evaporado por completo y había sido sustituida por un comportamiento agresivo. Su dedo apuntó en mi dirección y no pude saber si su evidente enfado, oculto tras los dientes apretados, iba dirigido a Bailey o a mí por engañarle.

"¿Cómo hiciste eso cuando la atropelló el coche?", repliqué mordazmente. Estaba sentado a mi lado, sin sonreír y cada vez más agresivo.

"No tenía ni idea de que la habían atropellado, ¿verdad? Aquella noche estaba con un... Estaba con una amiga. Cuando Bailey se escapó, la seguí unos pisos, pero luego me di la vuelta y le dije a la chica que se largara. Luego bajé también, pero ella se había ido".

"No se fue". Estuvo allí tirada mucho tiempo antes de que alguien llamara a una ambulancia. Es imposible que no la vieras. ¿Con quién estabas?".

Me miró a la defensiva. "No me acuerdo. Me dio un número equivocado y no volví a verla. ¿Qué intentas decir? ¿Eres detective o eres policía?".

"No, sólo he venido a escuchar y asimilar tus sabias palabras".

"¿Por qué tengo la sensación de que te estás burlando de mí?".

"No, en realidad es para que te hagas el listo porque lo necesitas. Escucha, deja en paz a Bailey y no vuelvas a tener contacto con ella. No vuelvas a aparecer por su casa porque habéis terminado. No hay ni una sola razón para seguir hablando con ella".

"No tienes que decirme lo qué tengo que hacer".

"Pero acabo de hacerlo. Llámala otra vez y ya verás lo que pasa", le dije mientras terminaba mi cerveza despreocupadamente y volvía a dejar el vaso en la barra frente a nosotros. Sin embargo, en su estado de embriaguez, Alex no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente.

"¿Es una amenaza?".

"¿Es eso lo que ha parecido?".

"No necesitamos esperar, podemos resolverlo aquí mismo".

"¿Hablas en serio?". Tuve que reírme, pero él no, porque me encaró directamente y ya estaba atrayendo las miradas de los demás que querían beber en paz.

"¡Qué, puedes hablar pero no puedes demostrar nada!".

"No voy a pelearme contigo, camarada".

"¿Por qué no? ¿Tienes miedo?".

"Amigo, no digas eso. Pareces uno de los Goonies".

Sonrió borracho. "¿Qué es un Goony?".

"Olvídalo, no quiero problemas", dije poniendo los ojos en blanco.

"Pero tú empezaste, levántate. No puedes decir lo que piensas y esperar no tener que responder por ello".

Mientras me levantaba, me preguntaba si aún podría evitar la discusión con este borracho que estaba completamente obsesionado con ella. No dejaba de imaginar una relación entre Bailey y él. El tipo no era más que un estúpido idiota.

Siempre me habían dado el sabio consejo de no pelear nunca con alguien que no tiene nada que perder. Además, había operado a bastantes personas que se habían roto las manos en peleas de borrachos... de mala manera, así que desde luego no quería cometer el mismo error.

Además, era consciente de que nunca se me permitía dar el primer puñetazo, pues de lo contrario me metería en un montón de problemas legales. Incluso si no era el primero, podía dañar mi carrera. De todas formas, darle a ese tipo el mayor puñetazo de su vida me parecía contraproducente.

Tenso, seguía pensando en la manera de escabullirme, pero habría sido vergonzoso darme la vuelta y marcharme sin más cuando tantos ojos me miraban. Por lo tanto, adopté una postura para defenderme en caso de que su mano se disparara. Sin embargo, esto no hizo nada por calmar la situación, pero de todas formas él estaba más allá de lo razonable.

Estaba bastante borracho, así que dudé de que fuera capaz siquiera de golpear correctamente e imaginé que yo esquivaría sus puñetazos como Mike Tyson, beneficiándome de mi sobriedad. Me puse de puntillas y me preparé para esquivar un puñetazo.

Pero entonces se abalanzó sobre mí y me golpeó con toda su fuerza en la cara.

Capítulo 18

Bailey

"No te preocupes, seguro que estaré disponible", le aseguré a Davey, *"pero otra pregunta, ¿habéis recibido mis vídeos?"*.

"Sí, Bailey, y tienen muy buena pinta. Estamos muy aliviados de que tu recuperación progrese tan bien".

Había grabado y enviado un vídeo de mis ejercicios y entrenamientos por eso, para demostrarles que estaba a tope de fuerzas, y un segundo video entrenando en la cinta para demostrar que había hecho toda la preparación incluso con la escayola puesta.

Con más descanso, más ejercicios y más optimismo, mejoraba día a día. Que supieran que me lo había tomado en serio y me había preparado a conciencia para poder estar en el plató dentro de unas semanas, cuando empezaran a rodar las cámaras.

"No tienes que preocuparte, estaré lista para el inicio del rodaje", le dije por si aún tenía dudas, porque todavía sentía que podía perder el papel, así que no quería dejar nada al azar y evitar una posible falta de comunicación.

"Bien, me alegra oír eso. Te sigo enviando el paquete del estudio. En tu correo electrónico encontrarás el último borrador del guión y el billete de avión".

"Gracias, Davey. Hablamos luego y puedes llamarme cuando quieras".

Luego colgué y recibí el correo electrónico unos minutos más tarde. Alborozada, monté una improvisada fiesta de baile en medio de mi piso, cada vez más desnudo. Sarah se había mudado a su piso hacía unos días.

Por fin había llegado el momento. Mucha gente ya había entrado en el mundo del cine con el sueño de triunfar en Hollywood. Para mí, después de todo lo que pasó, ese sueño estaba a punto de hacerse realidad.

Sonó el timbre y gemí, temiendo que Alex se hubiera vuelto a colar en casa como un chacal furtivo. Sarah tendría que seguir aquí para apoyarme y si era necesario llamar a la policía. Menos mal que me mudaba a Los Ángeles, así me ahorraría la parte de tener a un ex como acosador.

Dispuesta a gritarle, abrí la puerta, a pesar de que ya estaba en pijama, pero en su lugar un sonriente Weston se plantó frente a mí. Al principio ni siquiera me di cuenta de que tenía un ojo morado, tan contenta que estaba de verle.

"¿Qué te ha pasado?", exclamé asombrada mientras le cogía de la mano y tiraba de él hacia el interior del piso, dejando que la puerta se cerrara tras él.

"¿De verdad es tan grave?", preguntó mientras se tocaba con cuidado.

"No tiene buena pinta. Toma, creo que tengo algo para ti". Se sentó en una esquina de la cama

mientras yo buscaba hielo. Como yo también había sufrido una lesión grave, sabía que su ojo no estaba tan mal. No parecía muy preocupado y eso me tranquilizó un poco.

No había hielo en mi pequeño congelador, pero encontré unos guisantes congelados, tendrían que servir.

"Ponte esto. Te ayudará con la hinchazón".

"Gracias, doctora", dijo con su típica sonrisa pícara.

"¿Qué te ha pasado? ¿Te asaltaron?".

"No, me metí en una pelea y recibí un puñetazo. Es sólo un ojo hinchado. No te preocupes porque el moratón hace que parezca mucho peor de lo que es". Volvió a tocarlo, hizo una mueca de dolor y apartó la mano.

"¿Te has peleado? ¿Con quién?", quise saber, llevándome los guisantes al ojo y luego rodeándolo con los dedos.

"Sólo con un tipo en un bar".

"¿Por qué te peleaste con alguien en un bar?".

"Porque estaba siendo un imbécil".

"Está lleno de sorpresas, Dr. Burke. ¿Conocía al tipo que hizo esto?".

Sonrió tímidamente. "No, pero usted sí".

Esto me estaba desconcertando. ¿A quién conocía yo que fuera un tipo luchador? ¿Y a quién conocía que también conociera a Weston? En realidad no teníamos lugares comunes.

"¿Quién era?".

"Bueno, como he dicho, no tienes que preocuparte por eso. Fue tu ex, ese Alex".

Me quedé con la boca abierta, "¿Alex hizo eso?".

Asintió y yo temblaba de rabia. ¿Alex lo había buscado después de estar aquí? ¿Por qué no podía dejarnos en paz?

"¿Por qué? ¿Cómo lo conociste?".

"No me daba paz que te estuviera molestando y me enteré de que estaba tocando en un bar cercano, así que fui durante su última canción para que te dejara en paz. Acababa de terminar de tocar y me tomé una cerveza con él y luego le dije mi opinión con toda franqueza. No le gustó nada y tenía muchas ganas de pelear conmigo".

"¿Y le seguiste la corriente? Nunca pensé que fueras de los que se pelean".

"No fue un duelo medieval, Bailey, y desde luego no estuve de acuerdo, me pegó".

"¿Y no le devolviste el golpe?”.

"No", admití, encogiéndome de hombros, "¿o debería haberlo hecho?".

Le estaba mirando. "Si te pegó, entonces sí. ¿Qué más hacías allí?".

"Sólo estaba allí para hablar”.

"¿Sólo estabas allí para hablar?", repetí escéptica.

"Sí, sé que fue una idea muy estúpida. Al parecer me ha hecho recapacitar, ya que me estoy replanteando todas mis decisiones de las últimas veinticuatro horas".

"Comprendo esa sensación", dije titubeando, "porque a mí también me hizo falta que me atropellara un coche para darme cuenta del terrible "amigo" que había sido".

"Aparentemente ambos le debemos nuestra situación actual a Alex".

"Oh, por favor, no bromees con eso. Debería haber roto con él hace mucho tiempo y no tengo ni idea de por qué no lo hice. Después de todo, mi vida es mucho mejor sin él. Por fin he empezado a tomar las riendas de mi propia vida y parece que las cosas sólo han ido bien desde que dejé de tener nada que ver con él".

Se me escapó un profundo suspiro. "Siempre me ha ahogado y me ha disuadido de oportunidades o me ha hecho creer que nunca conseguiría un papel, así que ni siquiera había razón para presentarme a una audición. Es un gilipollas y me alegro de que esté fuera de mi vida".

"Por cierto, creo que su música es tan horrible como él, si eso te ayuda".

"Cuando llamaste al timbre, pensé que estaba otra vez aquí. Todavía estoy nerviosa después de todo este tiempo y tan contenta de que por fin haya terminado".

"Lo siento, no quería agobiarte con eso. No era mi problema y debería haberme mantenido al margen. En realidad sólo quería decirle que se mantuviera alejado de ti después de que apareciera por aquí el otro día. Estabas preocupada y quería saber quién era para no perderle de vista. Pero ya que estoy aquí, me quedaré contigo un rato si quieres".

"Eso es muy dulce de tu parte y si el imbécil aparece, prométeme que esta vez le darás un puñetazo, ¿sí?".

"Como desee,señora". Se inclinó como un caballero a la antigua. Fue muy dulce de su parte, lo valientemente que lucho por mi honor, pero senti mucho que resultara herido en el proceso.

"En cuanto a ti", le dije besándole, "por supuesto siempre puedes presentarte en mi puerta y llamar al timbre".

"Ya sabes", dijo pensativo. "Eres una mujer muy fuerte y alguien como Alex no puede retenerte en absoluto. Seguramente él tiene perfectamente claro que eres más valiosa que él. Por eso toca en bares como este. Busca jóvenes estudiantes y similares que estén por debajo de su nivel y luego intenta menospreciarlas y reprimirlas. Es patético y mezquino, tú te mereces mucho

más que eso".

Sus palabras me animaron y me alegré mucho de que estuviera conmigo. Pero también sabía que si lo necesitaba, estaría allí.

Para hacernos sitio, moví la maleta de la cama al suelo.

"¿Está mejor así?", le pregunté mientras le soplaba un beso en el ojo hinchado.

"Mucho mejor, gracias", sonrió mientras rodaba sobre mí y me sacaba la camiseta del pijama por encima de la cabeza antes de volver a tumbarme suavemente en la cama.

Me besó tiernamente en los labios y dejó los guisantes congelados en la mesilla de noche mientras yo le besaba el cuello, la mejilla y la frente y le recorría suavemente la espalda con las uñas. Luego me agaché y empecé a desabrocharle la hebilla del cinturón.

Se quitó los pantalones y los tiró a un lado, antes de bajarme los míos, besarme y lamerme las piernas con los labios y la lengua ,dejó al descubierto mi piel desnuda.

Estoy segura de que se sentía un poco sensible por haberme tratado con tanta delicadeza, así que le devolví el favor y masajeé su miembro con sensibilidad pero con firmeza mientras crecía más y más en mi mano. Nos besamos hasta que se puso duro como una piedra. Entonces me la introdujo y me rodeó cariñosamente con sus brazos.

Besándonos con ternura, le acaricié el cuello y el pelo mientras él se movía entre mis brazos y respiramos el aroma del otro. Mi guerrero, no podía creer que hubiera luchado por mí.

No tardé en correrme y tener un violento orgasmo. Él también estuvo listo casi al mismo tiempo y compartimos la sensación de éxtasis juntos, estrechamente unidos como si formaramos parte el uno del otro.

Luego se tumbó a mi lado y me besó los pechos mientras yo jugaba con su pelo y se quedó dormido. Me gustaba cuando se tumbaba así con la cabeza sobre mi pecho y descansaba. Podía ver en sus facciones lo apacible y tranquilo que estaba durmiendo e igual de tranquila y contenta me sentía yo también.

Olvidar a Alex por completo no era tan fácil. Era como si siguiera ahí, revoloteando sobre nosotros. Siempre fue posesivo y sabía que tenía un nuevo novio, estaba casi segura de que no tendría que volver a enfrentarme a él.

¿Por qué Weston no había sido capaz de mantenerse al margen? Estuvo bien que me defendiera, pero fue más una cuestión de ego masculino que de compasión, aunque no esperaba que lo admitiera.

Capítulo 19

Weston

"Bonito ojo morado", comentó Drake cuando se reunió conmigo en el aparcamiento del hospital. Empezaba mi turno de día y él acababa de terminar el de noche.

Me reí despreocupadamente y le dije: "Me golpeé con el borde de la mesa cuando se me cayó la cartera. Típico, ¿no?".

Drake me miró dubitativo. No parecía que me creyera, pero estaba seguro de que no me presionaría para que le diera más explicaciones.

"Suele pasar". “Tiene muy buena pinta, pero ¿te has hecho una revisión? No querrás complicaciones porque debe haber sido un golpe fuerte".

"Si empeoro, lo haré", le dije. "He visto algunas estrellas, pero por lo demás estoy bien".

"Seguro que sí, que tengas un buen día", me deseó mientras subía a su coche.

Había tenido innumerables turnos de noche como éste. No sentías el cansancio hasta que salías al aire de la mañana y, de repente, todo el sueño nocturno perdido se hacía sentir masivamente. No vivía lejos del hospital, así que no me preocupaba que se quedara dormido al volante, pero desde luego estaba deseando que llegara a su cama .

Por supuesto, también tenía que mentir a todos los demás sobre cómo me había hecho el moratón. Nadie en el hospital podía saber lo que había pasado. Para ser sincero, ya estaba muy avergonzado porque seguía yendo a los bares a meterme en peleas. Aunque no lo había planeado, nadie me creería y no quería admitir que me habían atacado. Al parecer, mi ego se habría visto más afectado que mi cara.

Además, tenía que evitar a toda costa un encuentro con mi madre para no oír sus sermones. Pero ver y sentir la reacción de Bailey había merecido la pena. Parecer caballeroso no era mi intención, pero al parecer había funcionado a la perfección.

Nunca me había gustado tanto una chica como para defenderla, pero después de la noche anterior me alegré de haberlo hecho. El sexo había sido tan íntimo; tan cariñoso que senti que nos habíamos convertido en un equipo. En todo momento cuidaría de ella y sabía que ella también cuidaría de mí. Los guisantes congelados lo habían demostrado.

Me dieron ganas de más, de seguirla a Los Ángeles.

Aquella mañana llamé a mi contable y al director comercial para preguntarles por los precios de edificios adecuados en Los Ángeles, porque quería saber si sería una opción viable.

Antes de hacerme ilusiones, tenía sentido tener en cuenta los aspectos prácticos e investigar un poco. Si no era posible, la decisión estaba tomada y tendría que aceptarla.

Rápidamente encontré la página web de un agente inmobiliario que me atraía y que estaba

especializado en esta zona, y me encargué de llamarlo para concertar una visita virtual a algunas propiedades.

En realidad, no quería ausentarme del trabajo para ver unas cuantas propiedades que estaba considerando cuando aún ni siquiera era seguro que fuera a mudarme. Antes de volver a casa, me puse en contacto con el agente inmobiliario porque pensaba hacer la visita virtual desde mi piso.

"Hola Dr. Burke. Soy Kat Mackenzie. Por favor, dígame en qué puedo ayudarle. ¿Qué presupuesto puedo esperar?", me preguntó Kat, la agente inmobiliaria.

"Cualquier cosa hasta dos millones por la propiedad adecuada".

"Eso es genial, realmente genial. Voy de camino a una propiedad que creo que te gustará de verdad. Es algo muy especial. ¿Puedo llamarte cuando llegue?".

"Eso sería genial".

"De acuerdo. Por favor, espera porque me pondré en contacto por videollamada en cuanto llegue".

Después de tomar un café, conduje la corta distancia que me separaba de mi piso mientras esperaba a que me devolviera la llamada. Acababa de llegar a casa y estaba sentado en la mesa del comedor cuando recibí la llamada.

Emocionado, contesté y vi que estaba delante de un edificio muy práctico y bonito. Me había enviado la dirección antes de hacer la llamada para que pudiera comprobar la ubicación antes de que ella entrara y me enseñara el interior del edificio.

"Hola, Dr. Burke. ¿Puede oírme?", quería saber. Ella no salía en la foto porque la cámara estaba orientada hacia fuera, así que sólo podía ver el edificio.

"Sí, puedo. Muchas gracias por hacer esto por mí".

"Es un placer. ¿Podemos empezar?".

"Claro".

"Muy bien, se trata de toda la propiedad. Es una nueva construcción con fachada de cristal, 2500 pies cuadrados".

Era un hermoso terreno elevado, orientado al oeste, que se vendió por 1,5 millones de dólares. Ofrecía espacio suficiente si la empresa quería expandirse y también había espacio para uso privado. Cuanto más me llevaba la cámara por el edificio, más me impresionaba lo que me estaban mostrando.

Casi había olvidado que estaba sentado aquí, en Nueva York, porque casi tenía la sensación de que todo era real ante mis ojos. Casi podía sentir el calor del sol bajo el cielo.

Prácticamente acariciaba las mesas de madera con las manos al pasar junto a ellas. Me invadió la sensación de que en mi mente ya estaba allí y, por lo tanto, la deseaba con todas mis fuerzas. También me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo sentado en mi consulta de Nueva York.

Necesitábamos expandirnos y Los Ángeles era el lugar adecuado.

"¿Qué te parece?", me preguntó la agente inmobiliaria cuando terminó y volvió a cruzar el aparcamiento para dirigirse a su coche.

"Bueno, tiene buena pinta", admití.

"Me temo que no tengo mucho tiempo porque otro comprador viene hacia aquí para verlo en persona. Sólo quería darte una ventaja virtual".

Todos los agentes inmobiliarios decían lo mismo, pero era un precio tan bueno y el negocio inmobiliario estaba en auge.

"Bueno, estoy muy impresionado...", le dije sinceramente. La verdad es que me gustaba, pero conocía los trucos de los agentes inmobiliarios, así que no quería dejarme llevar y caer en la tentación de una compra precipitada sin hacer las diligencias debidas.

"No permanecerá mucho tiempo en el mercado", dijo, y yo sabía exactamente qué más iba a decir. *"Con un precio así, una ubicación así y una propiedad así, las propiedades desaparecen inmediatamente. Si estás pensando en comprar, yo que tú actuaría rápido".*

Había puesto buena cara de póquer ante la cámara, pero mi interior estaba bastante agitado. ¿Debería hacerlo? ¿Debía no hacerlo? Se presentaba y era demasiado buena para no hacerlo. No era en absoluto seguro que estuviera en venta dentro de una semana, así que decidí inspirarme en Bailey e ir a por ello pasara lo que pasara.

"Creo que lo cogeré. El precio de compra no es un problema".

No era una mala compra ni mucho menos, así que no había actuado imprudentemente.

"Son buenas noticias", sonrió, *"te lo haré saber en breve".*

"Aproximadamente, ¿cuánto tardaré en recibir una respuesta?".

"Si están disponibles, unos minutos los llamo y espero la respuesta. Las propiedades comerciales a menudo se liquidan muy rápido, especialmente si es una venta y no un arrendamiento, así que creo que tienes una buena oportunidad".

"Gracias, Kat". Mi corazón latía con fuerza. ¿De verdad acababa de hacer eso? ¿Era demasiado tarde para echarme atrás? ¿Era esto lo que quería? Mi instinto aún me decía que mantuviera la calma y que era la decisión correcta, pero estaba más emocionado de lo que había estado en mucho tiempo. Todo esto era tan fuera de lo normal para mí que no supe qué me golpeó en ese momento.

Bailey alucinaría cuando se enterara de que acababa de comprar una propiedad en su nueva ciudad, pero además parecía que la seguía a todas partes sin preguntarle primero.

Jamás en mi vida se me habría ocurrido comprar nada en Los Ángeles si ella no hubiera ido allí. No podía negarlo. Pero si a ella no le gustaba que me mudara, de ninguna manera iba a hacerlo. Seguramente se podría encontrar rápidamente un inquilino o un comprador para esa

propiedad, si tal vez no la necesitaba después de todo.

El teléfono volvió a sonar. Era de nuevo la agente inmobiliaria del vídeo y vi que estaba radiante.

"¿Qué te han dicho?", quise saber de ella. En ese momento me di cuenta de lo mucho que deseaba tener la propiedad y dar ese paso.

Tenía las palmas de las manos húmedas y tenía que sujetar el teléfono con las dos manos para que no se me escapara.

Afortunadamente, ella no esperó mucho para contestar, aliviándome de mi apuro.

"Es tuyo", anunció, *"¡y te felicito por ello!"*.

Bailey

Estaba en casa, el guión era mi lectura y repasaba las líneas frente al espejo. Estaba lloviendo, así que era una buena oportunidad para quedarme dentro y hacer mis tareas.

Un mensaje apareció en mi teléfono y fruncí el ceño al ver que era de Alex.

ALEX: ¿Estás despierta?

BAILEY: No.

ALEX. Estupendo. ¿Quieres que hablemos?

BAILEY: No.

ALEX: ¿Puedo llamar?

BAILEY: No.

ALEX: Por favor, cariño. Tenemos tanto de qué hablar.

BAILEY: Llámame. Hay algo que necesito decirte.

En realidad, ni siquiera debería estar ignorándolo. ¿Por qué seguía enviándome mensajes? ¿Por qué no podía simplemente aceptarlo?

Ya que esta sería mi última oportunidad de expresar mi opinión, debería aprovecharla, pasó por mi mente en ese momento que por fin podría marcharme y bloquear su número.

BAILEY: ¿Qué quieres de mí?

BAILEY: ¿Por qué no puedes dejarme en paz?

BAILEY: Te he dicho todo lo que quería decirte.

BAILEY: No hay razón para que sigamos hablando.

La elipsis que indicaba que Alex estaba escribiendo una respuesta apareció y luego se detuvo.

Me quedé mirando el teléfono, esperando a que apareciera su mensaje. Por fin apareció antes de que mi paciencia se agotara.

ALEX: Sé lo de tu nuevo novio.

BAILEY: ¿Y?

ALEX: Creo que cometes un grave error al precipitarte en una nueva relación tan cerca de irte a Los Ángeles.

BAILEY: Gracias por el consejo, pero supongo que decidiré por mí misma.

Todo el tiempo me había estado preguntando por qué le importaba y qué tenía que ver con él. Estuve a punto de dejarlo pasar, pero no pude evitarlo. Mis pulgares se movían furiosamente mientras empezaba a teclear.

Debo avergonzarme de haberte llamado amigo. ¿Quién demonios te crees que eres para meterte en mi vida? Eres un perdedor y siempre lo serás. Me voy a Los Ángeles y ya me habría olvidado de ti si no me estuvieras molestando constantemente, así que acostúmbrate y no me envíes nada más.

Luego guardé el teléfono y sentí cómo me subía la adrenalina después de decírselo por fin con tanta propiedad. Volví a cogerlo para enviarle un último mensaje, porque no pude resistirme.

BAILEY: No vuelvas a acercarte a mí y aléjate de mi vida.

Entonces bloqueé su número y respiré aliviada, había resuelto uno de los últimos problemas antes de marcharme. El orgullo me invadió porque lo había solucionado y sentí que me quitaba un peso de encima. Me sorprendió enormemente lo mucho que me había agobiado todo este tiempo sin darme cuenta.

Había quedado con Weston para conocer a sus padres por la tarde, y era la oportunidad perfecta para celebrar mi decisión y el estado saludable de nuestra relación.

Sabes que la cosa va en serio cuando conoces a sus padres, así que quería causar la mejor impresión posible. Estar perfecta y al mismo tiempo dar la impresión de que apenas había hecho ningún esfuerzo, tenía que haber una forma de conseguirlo.

Capítulo 20

Weston

"¿Estás lista?", quise saber de Bailey mientras nos acercábamos a casa de mis padres.

"¿Por qué sigues preguntándome eso? Antes no estaba nerviosa, pero cuanto más me lo preguntas, más creo que me ocultas algo", se rió, mirándome de reojo.

"No, no es cierto. Pero son un poco intensos, sobre todo mi madre", admití.

"Tú también me lo dices, pero es sólo la cena. Yo también he pasado por esto antes, así que, te prometo que todo irá bien".

En realidad, debería haber sido yo quien la tranquilizara, y no al revés.

Además, siempre había discordia porque mi madre siempre encontraba nuevas formas de interferir en mi vida.

Llevé a Bailey a cenar a casa de mis padres porque quería que los conociera antes de anunciar mi decisión de trasladar mi consulta al otro lado del país, a la otra costa.

Aunque Bailey se marcharía pronto, era muy importante para mí y quería que tanto ella como mis padres lo supieran antes de partir.

Desde luego, su compromiso no era inamovible, aunque yo esperaba que funcionara. Pero nunca lo dudaría, para apoyarla mentalmente. Siempre contaría con mi apoyo.

De todos modos, ya no podía imaginarme una vida sin ella. Comprar una nueva vivienda para quedarme con ella y sentir que esta decisión me había resultado tan fácil me había demostrado lo unidas que habíamos llegado a estar.

Mi padre era muy sociable desde que se jubiló, pero yo nunca podía saber cómo reaccionaría mi madre ante una mujer, sobre todo si era una que yo mismo había elegido y no ella. Me preocupaba que viera a Bailey como una competidora y no como un miembro potencial de la familia.

Pero confiaba en la calidez de Bailey, así como en su inmejorable sentido del humor, y estaba seguro de que mis padres estarían tan entusiasmados con ella como yo. Con suerte, el hecho de que no fuera Catherine no molestaría demasiado a mi madre. Pasamos el primer plato en la mesa sin problemas. Mi padre había estrechado cortés y afectuosamente la mano de Bailey y sonreído cuando nos sentamos. Mi madre también parecía estar de buen humor, lo que fue un alivio, ya que ayudó a Bailey a sentirse bienvenida.

Estuve a punto de soltarles mi gran decisión, pero realmente necesitaba esperar al momento adecuado para anunciarlo y decidí que probablemente sería mejor antes del postre.

Comer algo dulce después de una noticia tan buena sería como un brindis por lo que estaba a punto de decir: la culminación de una comida maravillosa. Por desgracia, mi madre pareció

sospechar algo e intentó interceptar antes de que pudiera decir nada.

"Weston, ¿puedo hablar contigo en la otra habitación un momento?", me preguntó.

Miré a Bailey. No podía ocultar que se trataba de ella. Me sonrió y no dio señales de sentirse incómoda. Le apoyé una mano en el hombro y seguí a mi madre hasta el pasillo.

"¿De qué se trata?".

"Bueno, Weston. Me gusta mucho esta chica, parece muy simpática. Pero antes de que tomes ninguna decisión, me siento obligada como tu madre a decirte que no es el tipo de chica con la que deberías involucrarte".

"¿Por qué te tomas la libertad de decirme con quién debo involucrarme?".

"Lo único que te digo es que cometerás el mayor error de tu vida si te involucras con ella. Las mujeres sabemos de estas cosas. Estoy segura de que ella te quiere mucho, pero me preocupa que arruines la reputación de la familia si te involucras con una actriz".

"Así que eso es", gemí, cerrando la puerta silenciosamente detrás de mí para que no nos oyeran.

"No seas tan dramático, Weston. ¿Qué tiene de malo Catherine?".

"¿Qué le pasa a Catherine?", repliqué enfadado.

"¡No seas tan grosero!", me reprendió. "Bailey no es Catherine, sería mucho más importante para la familia, eso es todo. ¿Por qué eres tan egoísta? Sólo piensas en ti y no en tu familia que te lo ha dado todo".

La frustración hervía en mi interior por sus décadas de egocentrismo. Demasiadas veces me habían parecido increíbles las cosas que había oído de ella. Era indignante que quisiera influir de esa manera en mi vida amorosa.

"¿Por qué sólo pienso en mí cuando se trata de con quién quiero salir? Porque no es asunto de nadie más que mío, por eso. Es muy sencillo. Quiero salir con Bailey porque me siento atraído por ella y ambos disfrutamos de la compañía del otro. No quiero salir con Catherine porque la encuentro repulsiva".

"Esa es una palabra muy fuerte, Weston".

"Bueno, puedes olvidarte de Catherine porque me gusta Bailey. Por eso la traje aquí. Te puede gustar o no, pero estoy saliendo con ella y punto. El hecho de que no se parezca en nada a Catherine es el mayor cumplido que puedes hacerle, así que lo tomaré como luz verde. "Gracias, madre".

"¿La reputación de nuestra familia no significa nada para ti?", me preguntó, cogiéndome por los hombros como si yo fuera el hijo pródigo al que hay que devolver al redil.

Bailey era ambiciosa y una vez que estuvimos juntos tuvimos una conexión tan profunda como nunca había experimentado con nadie, así que me mantuve firme

"Pero estoy cansado de estar a la altura del apellido. Toda mi vida no he hecho otra cosa. Quiero vivir mi propia vida y tomar mis propias decisiones personales sin que tú interfieras continuamente. Desde que te jubilaste con padre, te esfuerzas aún más en vez de centrarte en ti misma".

"Lo hacemos todo por ti, ¿no?".

"Bueno, ya no tenéis que hacerlo porque me mudo con Bailey a Los Ángeles. Por eso la he traído a cenar, porque quería contárselo a todo el mundo. Ya no estamos en la Edad Media y puedo casarme con quien quiera. No todos los matrimonios tienen que ser concertados y yo quiero una compañera, una persona afín, mucho más que una esposa trofeo. Bailey es una actriz seria y creo en ella. Quiero estar con ella y acompañarla allá donde vaya".

Mamá me miró horrorizada. "No puedes mudarte a la otra punta del país por una mujer, Weston".

"¿Por qué no?".

"¿Qué pasa con todo por lo que hemos trabajado aquí en Nueva York? ¿Todo lo que hemos construido?".

"No sé nada de eso, y yo no tuve nada que ver. Eso fue todo tuyo".

"Si te vas a Los Ángeles, se acabó".

"¿Qué se acabó?".

"Todo, porque me voy a asegurar de que tu padre te deje fuera: no más dinero, no más favores, no más lazos familiares para impulsar tu carrera. ¿Quieres estar solo? Bueno, puedes tenerlo. Si eso es lo que tu familia significa para ti, entonces puedes hacer lo que creas mejor y no tener que pensar más en nosotros ni hablar con nosotros. No creas que no soy capaz de eso, Weston. Porque si te mudas allí, te lo prometo con un cien por cien de certeza".

Mientras tanto, mi madre agitaba un dedo despectivo delante de mi cara, tratándome como a un niño travieso al que están reprendiendo. Nunca, jamás, habría pensado que aquello era el resultado de que yo eligiera a mi propia novia e insultara a mi madre por rechazar su elección.

Lo absurdo de la situación era ridículo. Estaba desesperada por que dejara a Bailey y me decepcionó mucho que la rechazara tan rápidamente y que me dejara llevar por semejante reacción.

Era como si desertara a Corea del Norte y no cambiara Nueva York por California. No volvería a recibir ni un céntimo del fondo familiar y ella no volvería a dirigirme la palabra.

Me burlé de ella porque seguía sin entenderlo. Su obsesión por la herencia y la reputación de la familia sin tener en cuenta los deseos de los propios miembros de la familia nunca me había gustado y nunca me había importado.

Después de todo, la esencia de una familia no es eso y mi familia no debería ser así.

"No necesito tu dinero para triunfar. Renunciaré a cada céntimo que me has dado si eso significa que puedo compartir mi vida con una mujer a la que amo". Tuve que tragar saliva ante esa última palabra, pues la había pronunciado de forma bastante involuntaria y luego me di cuenta.

Incluso mi madre se sorprendió al oírla. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono mucho más suave. Quizá había comprendido que hablaba en serio.

Pero como mujer que era, nunca se echaría atrás ni se arriesgaría a mostrar debilidad, ni siquiera ante su propia familia.

"Entonces demuéstralo", dijo simplemente.

"Lo haré".

Podía apoyarnos o cortarnos, no me importaba. Mientras pudiera estar con Bailey, sería feliz. Casi olvidé que ella aún no sabía de mi decisión.

Como ya habíamos terminado de hablar en privado, volvimos a la mesa. Pero nos habíamos olvidado de hablar tan bajo que no nos oyeran en la habitación de al lado, así que me preocupaba que cada palabra que habíamos pronunciado en el calor del momento se hubiera oído en la mesa del comedor.

Bailey y mi padre ya habían terminado sus filetes. Les dedicamos una sonrisa cortés y lo único que se oyó fue el tintineo de los cubiertos en los platos.

Nos apresuramos a terminar nuestra comida y la velada lo antes posible. Fue un desastre y decidí no hacer mi gran anuncio, sabiendo que lo único que importaba era que apoyaba a Bailey.

Ella y mi padre debieron oír algo porque estaban demasiado callados. Por suerte, por educación, no se dieron por enterados y se limitaron a esperar.

Terminamos nuestra comida de forma cordial, con algún que otro cumplido sobre la salsa y lo bien que estaban cocinados los filetes.

Bailey sabía que algo iba mal porque estaba un poco decepcionada cuando llegó la hora del postre. Pero aun así se mantuvo tranquila y educada hasta que todos terminamos de comer, ya que era una gran actriz.

Después, miré el reloj. "Es más tarde de lo que pensaba", expliqué a la familia.

Por supuesto, esa fue la señal general para irnos, así que nos excusamos educadamente para volver a casa. Mi madre seguía engatusando a Bailey en la puerta como si no tuviera nada en contra de ella.

"Puedes venir cuando quieras", le dijo, besándole ambas mejillas. "Ha sido un verdadero placer".

"El placer ha sido todo mío", respondió Bailey. No lo dijo con amargura, pero tuve la sensación de que en sus palabras resonaba un sarcasmo apenas audible.

No preguntó de qué teníamos que hablar con tanta urgencia, ni siquiera en el camino de vuelta a casa. Ya sabía que mi madre la desaprobaba. Por suerte, antes de continuar la conversación, había cerrado la puerta. Pero aun así no pude deshacerlo. Me sentía muy avergonzado y no tenía ni idea de si debía decirle que quería ir a vivir a California.

Capítulo 21

Bailey

Faltaban sólo dos semanas para el día de mi gran mudanza. Los últimos días habían pasado volando, entre otras cosas porque Weston había ocupado la mayor parte de mi tiempo, había soñado con él todas las noches.

Casualmente, había oído la actitud de su madre hacia mí cuando fui a cenar a su casa. Según ella, yo no tenía suficiente respetabilidad que aportar a la familia. Pero, ¿qué madre no piensa así de la novia de su hijo?

No podía tomármelo como algo personal, porque ella sólo quería a la chica más rica, más guapa o más poderosa que pudiera abrirles las pocas puertas que aún no se les habían abierto.

Weston me había defendido con valentía, pero seguía doliendo.

También había oído fragmentos de habladurías sobre el dinero de la familia. Quizá le desheredaran si se quedaba conmigo. Pero afortunadamente para ambos eso no ocurriría, porque mi marcha era inminente.

Tal vez fuera mejor así, porque desde luego yo no quería que destruyera sus lazos familiares por mí, pero el mero hecho de que estuviera dispuesto a hacerlo me hacía muy feliz.

No quería dejarle, pero decírselo era difícil porque lo más probable es que intentara persuadirme para que me quedara y yo no estaba segura de poder mantenerme firme.

No sería la primera vez que alguien lo tiraba todo por la borda en un momento de locura. Para distraerme, fui a comer con Sarah, con la esperanza de que me diera algún sabio consejo final que seguro echaré tanto de menos en Los Ángeles.

"Tengo miedo de que me pida que me quede", le revelé, mordiéndome el nudillo de la mano. En voz alta, sonaba incluso peor de lo que sonaba en mi cabeza.

"¿Por qué?".

"Me invitó a cenar a casa de sus padres".

"¿Y les caíste bien?".

"Su padre parece bastante simpático, pero no creo que le guste mucho a su madre, porque no soy adecuada para él. Los oí hablar en la habitación de al lado".

"Oh, Bailey. Eso es terrible. Pero, ¿aún crees que te pedirá que te quedes después de todo esto?".

"No puedo decirlo con seguridad. Ha sido totalmente protector conmigo, de todos modos".

"Aunque eso es una buena señal".

"Eso es lo que me preocupa", suspiré mientras le daba otro bocado a mi ensalada. No tenía nada de hambre. Hacía tiempo que había perdido el apetito después de estar tan nerviosa por lo de Weston y Alex. Era demasiado para asimilarlo todo de golpe.

"¿Así que no quiere que vayas a Los Ángeles?", quiso saber Sarah. Estaba tan confundida como yo. No había muchas esperanzas de que pudiera estabilizar mi volubilidad.

"Sabe perfectamente que es por mi bien. Creo que quiere apoyarme, igual que yo quiero apoyarlo y verlo desarrollarse; así que no creo que me pida que me quede con él. Simplemente lo dirá, pero para mí es lo mismo. Lo que yo respondería en ese momento, realmente no te lo puedo decir".

"Así son las cosas cuando uno se quiere de verdad", dijo Sarah sabiamente.

"No hagas bromas".

"No estoy bromeando".

"Yo no estaba enamorada de Alex, al fin y al cabo es todo lo contrario a Weston en todos los sentidos. Pero han sido las constantes discusiones, el drama y las emociones lo que lo han hecho tan excitante".

"¿Y tú no discutes con Weston?".

"No, la verdad es que no. Cuando estoy con él, me siento totalmente bien. Me siento tan bien al confiar en él o exponer mi punto de vista y estoy segura de que nunca me menospreciaría. Me hace sentir que somos iguales".

Tuve que gemir. "Pero mi vida va a cambiar mucho y no hay sitio en mi equipaje, ni para una pareja, ni para el compromiso. Además, es imposible tener una relación a distancia con Weston. Simplemente injusto es lo que está pasando en mi vida en este momento".

Apoyé la cabeza en la mano izquierda al darme cuenta de que mis sentimientos eran mucho más profundos de lo que me había imaginado. Todavía me resultaba extraño decirlo en voz alta. Una y otra vez lo había reprimido, esperando no tener que enfrentarlo nunca, intentando no preocuparme de que Weston me poseyera más cada día que pasaba. Incluso cuando me estaba maquillando frente al espejo, lo veía de pie detrás de mí, comprobaba continuamente si entraba algún mensaje suyo, que normalmente enviaba entre las citas con los pacientes.

Separarme de él en ese momento tampoco era posible, porque quería tenerlo conmigo y ser la persona con la que compartirlo todo. Por desgracia, este tiempo de unión duraría poco, porque tendría que separarme de él, tan rápido como hay que quitarse una tirita para que no duela tanto. Él tenía su propia vida y su familia también estaba aquí, así que apenas podía acompañarme.

En realidad, mi intención era independizarme durante un tiempo y tener la oportunidad de encontrarme a mí misma. Pero no me lo esperaba, sobre todo tan pronto después de lo de Alex, porque no quería saber nada más de los hombres. Estaría muy bien poder pasar más tiempo con Weston porque era bueno para mí. Era una pena que siempre hubiera algo que se interpusiera.

Sarah terminó su bebida lentamente y luego jugó con el posavasos. Se quedó pensativa y luego

me miró disculpándose.

"Las cosas cambian y la gente también", me dijo en voz baja. "Quizá vayas a Los Ángeles y no funcione, o quizá te quedes aquí y no funcione con Weston. Tienes que hacer lo que sea mejor para ti. Nunca sabrás cómo te irá en Los Ángeles si no lo das todo. Si te quedas aquí, puede que acabes odiándole por ello. Vive tu vida sin arrepentimientos. Nos dijimos eso antes, ¿no?".

"Tienes razón, gracias, Sarah", le contesté aliviada, hundiéndome en la silla. Fue liberador cuando finalmente me deshice de Alex. Fue más bien como tener que cortar una parte de mí y dejarla atrás, con la esperanza de no estar indefensa y perdida sin él.

"Pero eso siempre lo has sabido", se rió, "porque siempre me lo has dicho y yo te estoy devolviendo ese mismo consejo".

"Pero está bien que lo digas. Tiene mucho más sentido cuando lo oigo en voz alta".

En Los Ángeles, tendría que estar a tope y no podría permitirme poner un pie más en esta ciudad porque me parecería un rollo. Tenía que prepararme, no sabía cómo decírselo. La verdad era que no estaba destinada a quedarme, tendría que irme.

¿Quién sabía lo que me depararía el futuro? Sarah tenía razón, las cosas podían cambiar en cualquier momento. Podríamos seguir en contacto y podría continuar si no hubiera nada entre nosotros. Sería doloroso, pero un poco de angustia no me mataría de inmediato, ¿verdad?

Weston

"El señor Alex Gibbs ha venido a verle", oí decir a mi ayudante por el interfono.

"Perdone, ¿podría repetirme el nombre?", le pregunté, ya que no lo había visto desde la noche en cuestión. Tampoco tenía ni idea de cómo había averiguado dónde trabajaba.

"Alex... Gibbs".

Quizá era otro Alex, no el ex de Bailey.

"Que pase".

Pero cuando entró en mi consulta, vi que era el mismo hombre que me había dado un puñetazo en el ojo.

"¿Qué haces aquí?", le pregunté asombrado.

"He venido a verte".

"¿Quieres que te examine?", le pregunté, "¿o quieres volver a pelear? Soy muy bueno con estos escalpelos, así que esta vez tendré ventaja", dije secamente.

"Eso tiene mala pinta, hermano", replicó señalando mi ojo morado.

"En serio, ¿qué haces aquí? No me digas que es una coincidencia. Mi nombre está en la

puerta".

"Quiero disculparme".

"De acuerdo. Disculpas aceptadas. Gracias por venir", dije secamente.

"Pero tengo algo que quiero que veas".

"¿Es médico? Porque si es algo relacionado con la piel, necesitas ver a un dermatólogo".

"No, nada de eso. Es algo personal, hermano. Es sobre tu novia".

"Tu ex".

"Sí, claro, pero en este momento es tu novia. Ella ya no es mi problema, hermano. Soy libre, pero tienes que saber en lo que te estás metiendo. La otra noche me pareciste un tío guay, así que no podía dejarlo estar, hermano, de verdad que no podía".

"¿Dejar pasar qué?", pregunté con mi voz profesional. Deseaba tanto no estar de servicio. Cada vez que me llamaba "hermano" me enfadaba aún más.

"Recibí mensajes de Bailey".

"Lo sé. Te dijo que la dejaras en paz y que dejaras de venir a verla. Harías bien en hacerle caso. Aparecer en mi trabajo, sin embargo, es lo contrario de lo que ella te pidió que hicieras".

"No, mira. Ese es el punto. Eso es lo que ella te dijo. Pero tengo los mensajes aquí y eso no es todo".

"¿Qué mensajes? ¿De Bailey?".

Parecía confiado, pero no quería creerle que tenía algo sobre ella. Sin embargo, él ciertamente no me había buscado para nada.

"Sí, de Bailey. No te dijo toda la verdad, amigo, ¿no es eso lo que dicen? Lo entiendo, tú y yo somos bastante diferentes, pero si me pasara a mí, querría saberlo. Por eso estoy aquí, he venido a sacarte de tu miseria para que no tengas que jugar más a su juego, hermano. Porque eso es lo que ella ama. Le encanta hacer que los chicos hagan su voluntad. He estado con ella, amigo mío, y sé de lo que hablo".

Mientras hablaba, se paseaba de un lado a otro de la habitación. Los vaqueros le colgaban tanto que me pregunté si estarían a punto de caérsele. Su camiseta blanca demasiado larga le cubría la cintura, así que no pude ver cómo se sujetaba, pero milagrosamente apenas se sujetaba a su cadera con una sola fibra.

Una cadena de plata colgaba del bolsillo de su pantalón y cada vez que se daba la vuelta tintineaba y me parecía un reloj de péndulo humano. Esperé ansioso a que lo que quisiera decir saliera de su pecho en cualquier momento y mi tensión creció en lugar de disminuir. Como pude, intenté mantener la compostura.

"¿No fuiste tú quien la engañó?".

"Eso es lo que ella quiere que pienses, amigo mío. Las mujeres son muy buenas para estas cosas. Se meten en tu cabeza. Son brillantes para ponerte de su lado y conseguir tu simpatía, sobre todo si te dejan quedarte con ellas. En realidad, son todas unas traidoras".

Abrió su teléfono y luego giró la pantalla para mirarme.

"No tienes por qué creerme, pero aquí tienes las capturas de pantalla de los mensajes que tomé para ti. Léelos tú mismo", me dijo, mostrándome la pantalla de su teléfono y pasando lentamente el pulgar por las capturas de pantalla de su conversación. "Sólo cuido de mi amigo. El hermano antes que la perra, ¿no?", volvió a decir.

De mala gana, las miré e intenté fingir que no me molestaba, pero lo hizo poderosamente.

BAILEY: Solo unas semanas más tengo que lidiar con ese perdedor.

ALEX: ¿Cuál?

BAILEY: El médico.

ALEX: Parece un buen tipo. Deberías darle una oportunidad.

BAILEY: No, te quiero. Siempre te he querido, Alex. Sólo quiero salir con este perdedor hasta que consiga su dinero. Entonces iremos a Cancún y yo pagaré. Podremos finalmente recorrer el mundo como artistas solistas.

ALEX: Pero Bailey, hay mejores maneras.

BAILEY: No seas tan estirado, Alex. Déjamelo a mí. Pronto todo saldrá bien para nosotros, te lo prometo.

Inmóvil, me quedé mirando los mensajes. "¿De verdad los ha enviado Bailey?".

"Lo siento, pero sí. No sé qué te habrá dicho, pero nos mandamos mensajes todo el tiempo. Cógelo, compruébalo".

No me lo podía creer, así que abrí sus contactos y me desplacé hasta Bailey. Allí vi su número de teléfono. Conocía los últimos dígitos y, efectivamente, era el suyo.

¿Era realmente posible que se tratara de una mujer con la que salía casi a diario fuera del trabajo y resultaba que no la conocía de nada? ¿Podría simplemente haber visto al cirujano en mí y aprovechar la oportunidad para salir conmigo y estafarme cuando tuviera ocasión?

Pensaba en nuestro primer encuentro, cuando la enfermera, a petición suya, me llamó a la consulta, se alegró mucho de verme y me dijo que era su héroe. ¿Había planeado esta relación en todo momento?

Al fin y al cabo, era actriz. Era buena representando ficción y vendiéndola como realidad. Todas esas lágrimas, todos esos asuntos del corazón sólo habían sido reales por mi parte. Ella había jugado conmigo y había alimentado mis deseos con falsedades. Me sentí utilizado de

verdad. Pero, ¿por qué lo hizo? ¿Había sido yo sólo su juguete para entretenerla hasta que se fuera de la Costa Este o en realidad quería mi dinero? Nunca me pidió nada, todavía no.

Si lo hubiera hecho, este alboroto tendría más sentido. Como no podía explicar su motivación, me confundía aún más.

"Gracias", me encogí de hombros, intentando parecer indiferente ante mi aparente enemigo, pero estaba destrozado.

Cuando Alex también empezó a darme palmaditas en la espalda, supe que había tocado fondo.

"La verdad duele, amigo mío".

"Así es. Te agradezco que me lo hayas mostrado. Sinceramente, no tenía ni idea".

"Bueno, ya la tienes".

"¿Puedo hacer algo más por ti?", pregunté con voz apagada.

"No. Sólo he venido por eso".

"Bueno, tengo otros pacientes, así que tienes que irte".

"¿Qué significa eso?".

"Significa que debes irte y que no hay razón para que vuelvas otra vez".

"Sí, claro". Y con eso desapareció. Pero una vez que se había ido, no pude refutar la evidencia. Los mensajes que tenía delante mostraban que Bailey había dicho cosas realmente horribles sobre mí.

Tenía el corazón roto y no sabía qué hacer, así que le escribí una nota a Bailey.

WESTON: Hola, ¿estás cerca?

BAILEY: ¿Cerca de dónde?

WESTON: Del hospital, estoy de guardia.

BAILEY: Qué bien. Acabo de terminar una cita con el doctor Morris.

WESTON:¿Puedes venir a mi consulta? Puedo hacerte un hueco.

BAILEY:Claro. ¿Qué hay de nuevo?

WESTON: Ven y hablaremos.

BAILEY: Eso suena serio.

No había respondido al último mensaje, así que ella sabía que era muy serio.

Teníamos que arreglarlo cara a cara y la verdad tenía que salir a la luz.

Siempre fui una persona racional y quería que fuera un error, pero tenía las pruebas delante de mí.

Capítulo 22

Bailey

"Tu recuperación va muy bien. Realmente va muy bien", me dijo el doctor Morris.

"Gracias, doctor. Es una gran noticia porque tengo un gran trabajo próximamente para el que necesito estar en forma, así que realmente lo esperaba. He hecho todos mis ejercicios, fisioterapia y musculación con diligencia. Estoy realmente contenta de que haya dado sus frutos".

"Bueno, funciona y a menudo se subestima el poder de la mente cuando se utiliza junto con la ciencia médica. Por experiencia, hay una clara diferencia entre los que realmente luchan por su recuperación y los que se regodean en su sufrimiento. Usted pertenece sin duda a la primera categoría. Su brazo se ha recuperado en un tiempo récord. No suelo tener la oportunidad de dar tan buenas noticias, así que me alegro aún más".

En cuanto salí de la consulta del Dr. Morris y subí a mi coche, recibí un mensaje en el móvil. Era Weston, pidiéndome que fuera a su consulta en el hospital. Sus palabras me hicieron sospechar que algo iba mal y fruncí el ceño.

Así que entré de nuevo y pasé junto a su coche aparcado en su plaza reservada mientras volvía a entrar en el hospital.

Su puerta estaba abierta y respiré hondo antes de verlo sentado donde estaba haciendo papeleo.

"Hola, ¿qué tal?", quise saber.

Me miró con una expresión mortalmente seria. "¿Adivina quién estaba antes conmigo?".

Confundido por el enfado en su voz, me encogí de hombros. "No lo sé. ¿Quién?".

"Alex".

Así que, después de todo, no había salido de mi vida para siempre. "¿Qué hacía él aquí?", pregunté, curiosa y un poco frustrada.

"Me dijo que me habías mentido, Bailey".

Sacudiendo la cabeza, traté de entender. "¿Mentir? ¿Sobre qué te habría mentido?".

"Sobre que seguías saliendo con Alex y que sólo me querías por mi dinero".

Esto se estaba volviendo extraño. Cuando yo nunca había querido volver a ver a Alex y había hecho todo lo posible por evitarlo desde la ruptura.

En lo que a Weston se refería, no me importaba su dinero. Los Ángeles era mi objetivo declarado, así que ¿por qué creía que necesitaba su dinero? ¿Por qué creía que seguía en contacto con Alex?

"Siempre desde el accidente te he contado todo lo relacionado con Alex", le recordé.

"Sin embargo, me mostró los mensajes".

"¿Qué mensajes?", exigí saber.

"Sé exactamente cómo eres y no tengo ni idea de cómo has podido ocultármelo durante tanto tiempo".

"¡No tengo ni idea de lo que estás hablando! ¿Qué mensajes?". A estas alturas estaba desesperada. ¿Me había escuchado? ¿Le importaba lo que tenía que decir? Estaba desconsolada, pero no tenía lágrimas que derramar porque estaba demasiado ocupada intentando llegar al fondo de esta farsa.

Weston negó con la cabeza, con el rostro delineado por el dolor. "Sí, claro, pero ya no te creo. No me creo nada de lo que dices. Lo nuestro se ha acabado. Hemos terminado y, por favor, no me hables más. Si ves a Alex en la entrada, salúdalo de mi parte".

La ira y la traición se dispararon a través de mí. "Sabes", le revelé, "yo también quería hablar contigo, pero para romper y despedirme antes de irme a California". Tenía una conciencia totalmente culpable, aunque sabía que esto iba a llegar. No me siento mal en absoluto. Gracias por hacerme pasar este trago tan fácil, gilipollas".

Entonces me di la vuelta y salí furiosa, queriendo procesar de alguna manera lo que había pasado, pero incapaz de comprender esta situación incontrolable. Teniendo en cuenta que estaba a punto de irme de todos modos y él lo sabía, me pareció un momento extraño para lanzar semejante ataque sin pruebas que creía haber visto y romper los lazos que nos unían.

¿Qué había sido del Weston que yo había conocido? Devastada y angustiada, pensé que después de todo lo que habíamos sentido el uno por el otro, ésta no había sido la despedida que había planeado para nosotros.

Nunca le había visto tan frío y enfadado.

Pero entonces pensé en la discusión con Alex en el bar. En aquel momento pensé que no era su tipo, pero a todas luces me había equivocado.

Después de todo, esto no era Hollywood... todavía.

Luego caminé hasta el aparcamiento y me senté en mi coche durante unos minutos para secarme las lágrimas hasta que pude ver con más claridad y me dirigí a casa. Por desgracia, Sarah ya se había vuelto a su piso.

Ella era la única persona que necesitaba, nadie más.

Pero después de lo mucho que había hecho por mí, no quería volver a molestarla. Además, no sabía cómo explicar mis lágrimas. Así que decidí entregarme a mi angustia a solas en casa.

Capítulo 23

Bailey

Tres horas después seguía dando vueltas en la cama, estaba enfadada por cómo habían acabado las cosas con Weston. Incluso había creído en un futuro juntos. Fue algo muy especial. Me gustaba mucho su carácter y no me cansaba de él.

Era como si me hubiera despertado de un sueño maravilloso a la fría y dura realidad. Tal vez todo había sido producto de mi imaginación, probablemente después de mi ruptura con Alex.

Weston me había parecido tan perfecto, pero el hombre perfecto no existe, salvo en algunas películas.

Pensé en todas las veces que había soñado con él, nada de eso había sucedido en realidad. Me dejé llevar demasiado y me inventé un nuevo "protagonista" que había proyectado en Weston.

Fue horrible porque todo me llegó de forma tan inesperada y violenta. Era un gilipollas, pero tenía que seguir con mi vida.

Rendirme habría sido lo peor, porque desde luego no quería que esos hombres sintieran que podían doblegar mi voluntad. Quería ser inquebrantable, aunque era exactamente lo contrario.

Pero lo que más me frustraba era el hecho de que no tenía ni idea de qué se suponía que había hecho mal. ¿Sería realmente más fácil no volver a confiar en un hombre? ¿Tenía que quedarme sola para mantener mi independencia y mi autoestima?

En algún lugar tenía que haber un término medio, pero no tenía ni idea de dónde trazar la línea. En momentos así, la mayoría de las veces me cuestionaba mi propia intuición.

Afortunadamente, había un resquicio de esperanza en el horizonte al que me agarré como a un paracaídas salvador. Mi rodaje empezaba en menos de dos semanas y acababa de recibir buenas noticias del Dr. Morris sobre mi recuperación.

Me dijo que podría rodar las acrobacias sin riesgo de volver a lesionarme, ya estaba cerca, pero supuse que de todos modos podría dejar pasar algún tiempo. En cualquier caso, tenía a tiempo los documentos que necesitaba presentar a la producción como prueba.

En realidad, debería haber estado de muy buen humor, pero en lugar de eso me sentía fatal, así que la única esperanza que me quedaba era que cuando llegara a Los Ángeles, pudiera dejar todo eso atrás y concentrarme en lo importante: mi actuación.

Lo bueno de todo el esperpento era que ya no había razón para quedarme aquí y podría empezar de nuevo como Bailey, la actriz de cine. Ya nadie en esta ciudad me lloraría, excepto Sarah, a la que echaría mucho de menos.

Menos mal que había descubierto quién era realmente Weston. Sarah tal vez me seguiría a Los Ángeles para quedarse conmigo y no habría nada que me hiciera más feliz, sin duda se lo ganaría y era la única persona que me importaba. Si estuviera conmigo no tendría que volver a pensar en

Nueva York.

Mi teléfono sonó en la mesilla de noche. Para alcanzarlo, tuve que girarme sobre mi estómago y vi que era el equipo de producción. La llamada me alegró y estaba segura de que ellos también se sentirían aliviados. Tenía que aferrarme a lo que aún me quedaba. De ninguna manera iba a dejar escapar esta oportunidad.

"Hola, ¿Bailey? Soy Laura Barnes, de la oficina de producción de She Got Game. ¿Cómo estás?", una voz de mujer sonó al otro lado de la línea.

"Estoy de maravilla, gracias. Todo son buenas noticias y tengo muchas ganas de empezar a rodar. Los preparativos van muy bien y estoy segura de que estarás encantada con mi trabajo".

"Eso es estupendo. Realmente estupendo. Escucha, estamos estudiando si aceptarías un cambio de planes".

"¿Un cambio de planes? ¿Lo estás posponiendo?".

"No, todo lo contrario. Tenemos que adelantarlo una semana. Esto es un caos. Estamos llamando por teléfono para ver si la disponibilidad de la gente se puede acomodar a la nueva fecha".

"¿Adelantar qué?".

"El rodaje, todo el rodaje. Vamos a empezar a rodar siete días antes. Pero aparte de eso, el calendario es exactamente el mismo. Eso no será un problema para ti, ¿verdad?".

Mi cerebro no podía procesar lo que había dicho lo suficientemente rápido. *"Bueno, no. Pero tengo reserva en el hotel para la semana siguiente".*

"Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano en la situación actual. Apreciamos todo el trabajo que has hecho, pero si no puedes estar allí, tendremos que empezar y asignar tu papel a alguien que hemos contratado para sustituirte. El estudio está presionando para que lo hagamos a toda costa. Avísanos, pero no tardes mucho. Las cosas están bastante agitadas por aquí. Ya sabes cómo es Hollywood".

Esa noticia me había conmocionado y dolido, pues aún no estaba lo bastante bien como para empezar tan pronto. El destino no podía ser más injusto conmigo.

No habían querido retrasar mis escenas por mí, sino que habían adelantado toda la producción por otra persona tan cerca del comienzo del rodaje.

Por supuesto, no les conté lo que había dicho el Dr. Morris porque temía que significara el fin de mi carrera. Estaba destrozada. ¿Cómo había podido tenerlo todo un día antes, preocuparme por tener que elegir entre las dos grandes pasiones de mi vida, y luego quedarme tan rápidamente sin nada?

¿Si tan sólo me hubiera despertado a la mañana siguiente y todo hubiera sido un sueño, como si todo se hubiera apagado de nuevo como una breve llama y como si nada de aquello hubiera sucedido nunca? ¿Cuándo había merecido la pena? ¿Cuándo empezaría a merecer la pena? Mi

sensación era que nunca. Le envié un mensaje a Sarah pidiéndole que viniera.

BAILEY: ¿Estás cerca de casa?

SARAH: ¿Mi casa o la tuya?

BAILEY: La mía.

SARAH: Puedo estar allí en 25 minutos. ¿Quieres que te traiga algo?

BAILEY: No, sólo te necesito a ti.

SARAH: xxx

Me daba vergüenza agobiarla con esto, pero la necesitaba desesperadamente. No podría arreglármelas sin ella y sabía que me ayudaría. Cuando supe que estaba de camino, me quité un peso de encima, como si me hubiera liberado de una carga, aunque temporalmente, y me hubiera desplomado en el suelo.

Fue difícil saber cuánto tiempo pasó hasta que oí su llave en la cerradura y Sarah entró. Pasó al dormitorio y me encontró tirada en el suelo, sin fuerzas para salvar la situación.

"¿Qué ha pasado, Bailey? Háblame", me suplicó.

"El asunto de Weston es cosa del pasado. Dijo que vio algunos mensajes entre Alex y yo".

"¿Qué mensajes eran esos?", me preguntó, pero yo no tenía ni idea.

"No me enteré".

"¿Crees que fue sólo una excusa?".

"Podría haberlo sido, quién sabe. Habría sido mejor que no hubiera caído en la trampa. Debería haber hecho caso a mis instintos y alejarme de él. Todavía es puro caos en mi cabeza y no consigo tener un pensamiento claro. El amor es una trampa insidiosa. Algo me pasa porque sigo cayendo en ella".

"Bueno, por eso estoy aquí y puedo ayudarte a centrarte en lo que tienes que hacer para conseguir tus objetivos. En cuanto a Weston, hay que dejar que el dolor te abra a otras cosas buenas. No puedes cerrarte para siempre o nunca encontrarías a esa persona que realmente te importa. Sólo hay que buscar a esa persona, porque la vida es movimiento y encuentro. Los que no nos pertenecen, ya sea porque no encajan o porque son gilipollas, al final no importan. Lo que importa es que alcances tu meta.

"Eso no es todo", le dije fríamente. "Tengo noticias sobre mi recuperación. Me han dicho que llegaré al rodaje".

"¡Eso es genial!", se alegró ella. "Lo has conseguido y te quitarán la escayola a tiempo. ¿Por qué no estás más contenta? Eso es lo más importante, ¿no?".

"Es verdad, pero luego la producción llamó porque tienen que empezar a rodar una semana antes", murmuré, lo suficientemente alto como para que me oyera. "Así que no importa una mierda porque de todas formas nunca iba a conseguirlo".

Totalmente asombrada y boquiabierta, se paró frente a mí. "¿Una semana? ¿Qué sentido tiene eso?".

"No lo sé, es tan injusto, Sarah. Se trata sólo de unos pocos días y todo estaría bien. Realmente podría haberlo hecho y luego tienen que joderme así".

"¿Pero no te echaron?".

"También podrían haberlo hecho, ya no quiero".

"Todavía hay una oportunidad, Bailey, créeme. Has pasado por mucho en un día, pero verás que la vida no se detiene por ello. Ninguna producción sale sin caos y las cosas pueden volver a cambiar tan rápido. Sólo asegúrate de estar preparada para la llamada, venga de ellos o de otra persona. Eres la mujer más fuerte que conozco y has pasado por mucho más que esto. Te atropelló un coche y apenas te hizo mella". Tuve que reírme. "Puedes hacerlo".

Suspirando, me dejé caer de nuevo sobre mi cama. Mi vida se había convertido en una montaña rusa. ¿Qué iba a hacer? Podía llamar a Janie e intentar conseguir un nuevo trabajo en el mundo de la moda y también preguntarle enseguida si podía ampliar el alquiler de mi piso. Ni Hollywood, ni California, ni papeles, ni fama.

Mis ojos se posaron en las maletas a los pies de la cama, todas hechas y listas para salir, pensando en tener que deshacer todo de nuevo. Eso era lo que más me dolía. Había estado tan cerca de hacer realidad mis sueños en Hollywood, donde el mundo del cine se sentía como en casa. Pero volvía a la ajetreada rutina de perseguir mis metas con sólo pequeños éxitos para demostrar lo que tanto me había costado conseguir.

"Así es Hollywood", dijo una vez un corpulento y poco agraciado mánager, y yo seguía queriendo mi final hollywoodiense. Había luchado demasiado y la suerte podría estar finalmente conmigo.

Así que decidí hacer las maletas. Tardara días o años, estaba lista para mi traslado a Los Ángeles. En mi opinión, no había vuelta atrás, y mi fe y el empuje que acababa de recuperar tras mi curación eran primordiales para mi éxito.

"¿Puedes quedarte un poco más?", le pregunté a Sarah. Ya había sentido el efecto tranquilizador de su presencia.

"Claro que puedo".

"Si quieres, puedes ayudarme a hacer este piso habitable de nuevo. Parece que de momento no voy a ir a ninguna parte". Sarah vino y se sentó a mi lado en el suelo, me abrazó y luego me levantó para subirme a la cama.

"Todavía no se ha acabado, Bailey. Espera unos días a ver qué pasa. Ya movieron el calendario una vez, así que pueden volver a hacerlo".

"De acuerdo. Sólo por una semana, luego tendremos que poner las maletas en otro lugar. No puedo verlas ya que he estado tan cerca".

"Estás tan cerca, por eso no dices 'estado'. Todavía puede funcionar, todo está en marcha. Llámalos al plató y haz que te lleven".

"Pero es que no me quedan ganas de luchar".

"Eso es porque es tarde y estás cansada de tanta noticia. Es inútil que te quedes despierta preocupándote por eso. Duérmete y tendrás más energía por la mañana".

Lo dijo como si fuera un hecho inamovible. Se estaba haciendo tarde y tal vez podría hacerse realidad. En mi mente ya estaba pensando en la hora de Los Ángeles, pero había sido un día agotador. Sólo me daba cuenta de lo cansada que estaba realmente. Ya no podía pensar en nada.

Simplemente me quité los zapatos, me dejé la ropa puesta e intenté apartar de mi mente todos mis problemas e irme a dormir, al menos hasta mañana.

Capítulo 24

Weston

Esa tarde salí a dar un paseo para despejarme cuando al doblar una esquina me topé de frente con Sarah, la amiga de Bailey, en la calle.

"Oye, ¿qué demonios le has contado a Bailey?", me llamó, como si hubiera estado esperando a que me acercara. Fue tan rápida la pregunta que la tendría en la cabeza. Ella y Bailey sin duda habían tenido una conversación al respecto.

"¿Cuál es tu problema?", le repliqué, poniéndome a la defensiva. "Todo lo que escribió con Alex, lo descubrí".

"¿Qué escribió con Alex?".

"Ella estaba tratando de conseguir mi dinero".

"No, en realidad le gustabas".

"¿Pero si tengo las capturas de pantalla para probarlo? Alex me las envió".

Abrí mi teléfono y le mostré a Sarah las fotos de los textos que se habían enviado de un lado a otro.

"Joder, eres idiota, Weston. Hay una aplicación que te permite falsificar este tipo de cosas", me informó enfadada. "He visto los mensajes originales entre ellos. Bailey me los enseñó todos y eran completamente diferentes a estos. Odia a Alex".

Atónito, la miré fijamente. "¿Una aplicación?".

"Sí, sabes lo que es una aplicación, ¿no?", me preguntó con una ceja levantada y algo más que un poco de condescendencia. Sacó su teléfono y tecleó en la pantalla.

"Por supuesto".

Me mostró el anuncio de una aplicación. Sólo tienes que rellenar la sección de contacto, luego la de texto y le da el formato de una captura de pantalla para que puedas joder a la gente". Acabas de caer en una broma adolescente, maldito idiota enamorado".

La culpa me asaltó, seguida de la vergüenza. "Tienes que estar de broma. Yo no lo sabía y cometí un terrible error. Me siento totalmente miserable". Se cruzó de brazos. "Deberías sentirte así. Pero aún estás a tiempo de recuperarla".

Era todo tan increíble, pero sabía que era la verdad. De repente, todo lo que Bailey me dijo en mi consulta tenía sentido.

No me extrañaba que estuviera tan deprimida después de cómo la había tratado. La gracia salvadora era que ella ya había decidido poner fin a nuestra relación antes de tiempo. Pero de ninguna manera iba a dejarla en esas condiciones.

Tan enfadado estaba por lo que Alex me había mostrado que no había escuchado a Bailey en absoluto. Incluso en este momento sólo podía recordar fragmentos y sólo tenía una vaga idea de lo que había querido decir. Si hubiera mantenido la calma y la hubiera escuchado, habríamos aclarado las cosas fácilmente.

Cuando estaba a punto de irme, Sarah me detuvo. Me puso una mano cálida en el hombro y me miró a los ojos.

"No te rindas. Si sólo ha sido un malentendido, puedes superarlo. No siempre va todo bien en una relación. Hazme un favor a mí y a ti mismo y no te rindas con ella. Se merece un hombre como tú que sepa reconocer sus errores".

"Gracias, Sarah, por tus buenos consejos. Te lo agradezco de verdad".

"Cuando quieras".

Ella continuó su camino y yo estaba decidido a ir directamente a Bailey.

Pero tras los primeros pasos, recibí una llamada de mi madre.

"¿Estás libre para cenar? Me siento mal porque hayamos roto así. Creo que deberíamos sentarnos juntos".

Vacilante, asentí y respondí: *"Yo también tengo algo que decirte. Pero hoy tengo un poco de prisa. ¿Puedes venir enseguida?".*

"Claro, voy enseguida. ¿Hoy estás en la clínica o en la consulta?".

"En la clínica".

"Te veo en veinte minutos".

Vino inmediatamente y fuimos en su coche a su restaurante favorito. No había ido muy lejos cuando se me escapó.

"Mamá, amo a Bailey. Hemos roto, pero quiero que vuelva. Tuvimos un malentendido. No tienes por qué quererla, pero tienes que aceptar que la quiero y que quiero mudarme a Los Ángeles para estar con ella.

"Tu padre y yo hemos tenido tiempo de hablar de esto y, si de verdad crees que Los Ángeles te hará feliz, quiero que sepas que cuentas con nuestra bendición", empezó mi madre mientras zigzagueaba entre el tráfico. "Cariño, estoy cansada de discutir contigo. Tú sabes lo que es mejor y quién es mejor para ti y esa Bailey parece una buena chica. No te preocupes, ya he llamado a Catherine Gladstone y le he dicho que busque en otra parte un marido rico y guapo".

Una sonrisa se dibujó en mi cara. "Gracias, mamá. No sabes cuánto significan para mí esas palabras tuyas", le confesé dándole un beso en la mejilla. ¿Por qué no había podido decir eso en la cena? pero no sería la familia Burke sin el drama en la cena.

Llevé a mi madre a cenar y por fin pudimos relajarnos los dos por una vez sin preocuparnos constantemente de que se entrometiera en mi vida. Después, me llevó de vuelta al hospital para

ver a mis pacientes.

Recordé que todas las familias tenían algún tipo de pelea. Pero cuando había una amenaza exterior, los lazos familiares eran lo mejor del mundo para unirnos. Con suerte estaríamos más unidos que nunca y esperaba que si conseguía hablar con ella, si lograba encontrarla, sería un buen indicador de cómo reaccionaría Bailey ante mí.

Las palabras de Sarah aún resonaban en mis oídos y me daban esperanzas. Pero eso era todo lo que tenía por el momento. Al igual que con mi trabajo, necesitaba resultados. En cualquier caso, necesitaba que Bailey volviera, pero también tenía que contar con que tal vez ella ya no quisiera tener una relación.

Si se iba de Nueva York, era posible que la perdiera para siempre y no podía dejar que eso ocurriera. Pero aún tenía tiempo. Después de todo, aún faltaba más de una semana para que se marchara a Los Ángeles.

Capítulo 25

Bailey

Al día siguiente estaba de vuelta en la consulta del Dr. Morris, sintiéndome fatal y temiendo que el estrés al que había estado sometida me hubiera causado graves problemas de salud.

Tenía las rodillas blandas como pudines y sufría ataques de pánico por Alex, por Weston y también por mi vida profesional, que amenazaba con derrumbarse a mi alrededor.

"Tengo buenas noticias para ti", me dijo. "Tu brazo está bien y si quieres podemos quitarte la escayola hoy mismo". Volví a reírme un buen rato, lo único que deseaba era librarme de la escayola. Así en Los Ángeles podría demostrar a todo el mundo que estaba al cien por cien y lista para rodar, tanto si lo adelantaban una semana como si me querían allí a primera hora de la mañana.

"¡Muchas gracias, Dr. Morris! Es maravilloso". Estaba abrumada y no sabía qué hacer conmigo misma. Justo cuando todo estaba a punto de derrumbarse, sentí que por fin podía volver a meterme en el juego.

"Eso es lo que yo también suponía. Es raro que después de un tiempo te acostumbres a llevar un peso encima, pero nadie lo quiere ni un día más de lo estrictamente necesario".

"Estoy deseando quitármela. Hay ropa bonita que quiero ponerme, pero este yeso me lo impide".

"Lo entiendo perfectamente. Si yo fuera tú, me alegraría igualmente".

"¿Nunca te has roto un hueso?", le pregunté y sacudió la cabeza en señal de negación.

"Nunca", dijo, golpeando con los nudillos el tablero de la mesa para que le diera suerte.

Mi brazo roto era como una manifestación física de mi corazón roto, porque sucedió la noche que salí huyendo de Alex. Tanto mi brazo como mi corazón estaban sanos de nuevo, al menos en lo que se refería a las heridas que Alex me había infligido.

La sensación de volver a estar completamente sana me dio alas, por así decirlo, y pude desplegarlas y salir volando.

Ni siquiera esperé a que me lo quitara. Cuando salió de la habitación a por sus instrumentos, llamé inmediatamente al equipo de producción y les conté lo que había pasado.

"Hola, soy Bailey Stuart".

"Hola Bailey. Soy Laura Barnes. Davey está fuera de la oficina en este momento. ¿Qué podemos hacer por ti?", preguntó Laura.

"Tengo todos los certificados que necesitas de mí y puedo estar en Los Ángeles mañana".

"¿Qué ha cambiado en ti?".

"Me acaban de quitar la escayola y tengo la confirmación del médico de que todo está bien para poder rodar. Por favor, dime qué papeleo se necesita y haré que lo envíen ya que todavía estoy aquí en el hospital".

"Son excelentes noticias, Bailey. Nos alegramos mucho por ti", respondió Laura monótonamente.

"¿Puedo preguntar si ya le habéis dicho a la otra actriz que va a interpretar mi papel?".

"No, no se lo hemos dicho. El director te quiere a ti. Sería fantástico tenerte a bordo. Asegúrate de estar en el avión y llámanos cuando aterrices".

Oí cómo se desconectaba la línea y respiré aliviada.

En mi euforia total, sentí que el universo por fin me recompensaba y volvía a equilibrar las cosas. Por fin sería una de esas personas tumbadas bajo las palmeras en la playa.

Tal vez el universo se imaginó que perder el papel junto con la ruptura con Weston había sido demasiado duro para mí y se alegró de que estuviera en ello para siempre y tuviera al menos una parte de mi vida encarrilada. Me daba apoyo y era lo que más deseaba en el mundo. El destino fue muy justo, diría yo.

Estaba impaciente por subirme al avión y dejar atrás Nueva York. Entonces recordé que Sarah me había dicho que no me rindiera y que mirara hacia adelante. Era tan agradable tenerla en mi vida para que me levantara el ánimo cuando estaba deprimida. Esperaba que nunca pasara por una mala racha, pero si lo hacía, la apoyaría tanto como ella me apoyó a mí.

Dicen que no puedes elegir a tu familia, pero sí a tus amigos, y encontrar una nueva familia en tus amigos fue lo más bonito que he vivido nunca. Me moría de ganas de darle la noticia y celebrarlo con ella, mi inseparable amiga.

El Dr. Morris volvió con una sierra de yeso.

Mis ojos se abrieron de par en par. "No estará amputando, ¿verdad, doctor?".

Se rió. "Eso es lo que siempre dice todo el mundo. No se preocupe, lo he hecho miles de veces", dijo con una sonrisa mientras ponía en marcha la sierra y hacía una serie de incisiones a ambos lados de mi escayola.

Luego cogió un instrumento parecido a un alicate que funcionaba a la inversa y lo utilizó para romper el yeso. Por último, cogió unas tijeras y me liberó de la capa interior.

Mi brazo blanco y pálido, oculto al sol durante semanas, quedó al descubierto y me imaginé que estaría mucho más bonito bajo el sol californiano.

Por fin estaba libre de su jaula. Quedaba la capa exterior, que tiró a la basura y el hueso había vuelto a cerrar muy bien, así que mi brazo estaba como nuevo.

Si lo miraba de cerca, aún tenía una leve cicatriz, pero podía vivir con ella. Habían pasado muchas cosas desde la noche del accidente y me di cuenta de lo turbulenta que había sido mi

vida mientras llevaba la escayola en el brazo. Sin la escayola, estaba dispuesta a empezar de nuevo.

Era como un capullo del que había salido tras transformarme de oruga en mariposa. Ojalá mis brazos hubieran desarrollado alas durante ese tiempo para llevarme a Los Ángeles... pero por muy eufórica que estuviera, aún tenía que conseguir que me cambiaran el vuelo.

Al salir del hospital, llamé inmediatamente a la compañía aérea y cambié la fecha de mi billete original para el día siguiente, para poder llegar a Los Ángeles a tiempo. Menos mal que funcionó, porque si no el viaje habría sido muy largo.

Luego cogí el metro hasta casa y pensé en todas las oportunidades que me ofrecería Los Ángeles y lo cerca que había estado de perderlas. Cuántos problemas se habían acumulado tan cerca de la fecha crucial y estaba segura de que el universo había estado pendiente de mí.

Si tan solo hubiera prestado atención al tráfico aquella noche.

Entonces nunca habría conocido a Weston.

¿Por qué el universo lo puso en mi camino? ¿Sólo para romper con él?

Tendremos que resolverlo en otro momento, pensé mientras me desplomaba en la cama. Mis maletas seguían a los pies de la cama. Por suerte no las había deshecho.

Me dormí sorprendentemente rápido, pensaba que esa sería la última vez que dormiría en ese humilde piso. De alguna manera disfrute de aquella última noche, a pesar de los chirridos de los ratones que oía en el desván sobre mi cabeza, el olor a humedad y moho y el crujido de las tablas del suelo en todo el edificio cuando la gente caminaba de un lado a otro.

Mi próximo lugar de residencia estaría, con suerte, en la playa, para poder oír el oleaje y no el tráfico y las sirenas de los neoyorquinos sonando toda la noche.

Mucho antes de lo que debería, puse el despertador, no podía dormir ni un momento más porque me esperaba un día importante.

Cuando sentí el agua caliente de la ducha sobre mi cuerpo, sentí como si me quitara todo lo que había vivido en Nueva York durante las últimas semanas. De una vez por todas, me estaba limpiando de esta ciudad. También me sentí muy bien al poder tocarme de nuevo el brazo, que no había visto el agua desde el día en que me atropelló el coche. Me pareció que había pasado una eternidad desde entonces.

Después de secarme, volví a la habitación a por mis maletas, que contenían todo lo que era importante para mí. Eché un último vistazo al piso, que estaba irreconocible sin los detalles personales que lo habían convertido en mi hogar.

¿Quién crees que cruzaría esas puertas después de mí? ¿Sería otra actriz que intentaba triunfar en los escenarios, o quizá alguien de otro país que había oído hablar tanto de las oportunidades que le esperaban en Estados Unidos?

Tenía claro que nunca lo sabría, pero le deseé suerte al desconocido sucesor mientras recogía

mis maletas y salía por la puerta. Sarah ya estaba en la acera ayudándome con el equipaje cuando paró un taxi. Luego nos dirigimos juntas al aeropuerto. Sarah insistió en estar allí para despedirse de mí también en nombre de Nueva York. Era la única persona a la que quería ver, la única a la que echaría de menos.

"Muy rápido, hay algo que tengo que decirte".

"Pero no nos queda mucho tiempo...".

"Tal vez ni siquiera deba decírtelo, teniendo en cuenta que vas a dejarlo todo atrás y no tendrá sentido para ti una vez que llegues a Los Ángeles. Pero tampoco puedo ocultarlo. Aún quiero que lo sepas, supongo".

"Si crees que debo saberlo, entonces dilo, porque nada ni nadie va a impedir que me suba a ese avión, te lo prometo".

"Vale, eso es lo que quería oír. Bueno, me encontré con Weston y resulta que Alex usó una estúpida aplicación para falsificar un montón de mensajes entre tú y él. Luego se lo enseñó a Weston y por eso pensó que le estabas engañando y mintiendo".

"¡Qué!", exclamé. "¿Cómo pudo Weston ser tan estúpido como para caer en eso?".

"Bueno, al parecer cualquiera puede convertirse en cirujano hoy en día", bromeó Sarah.

"No me extraña que estuviera tan enfadado. ¿Qué decían los mensajes?".

"No tengo ni idea. Es todo lo que sé".

El corazón me latía con fuerza y necesitaba desesperadamente hablar con Weston, explicarle que Alex no era más que una escoria cobarde y mentirosa.

Pero estaba en el aeropuerto y tenía que coger un avión.

Ya no importaba porque me iba a Los Ángeles.

Mi brazo roto, Weston, el piso, todo eso era pasado. Ya me había despedido de todo eso y Sarah iba a ser la última, la que estaba a mi lado incluso en este momento y siempre estaba ahí para mí.

"¿Estás enfadada?", quiso saber Sarah, haciendo un gesto de dolor como si hubiera hecho algo malo.

Con una sonrisa brillante la miré a los ojos queriendo tranquilizarla. "No, claro que no. Gracias por decírmelo, me alegro mucho de que lo hicieras, pero ¡vuelo a Los Ángeles! Quién sabe, a lo mejor me pongo en contacto con Weston cuando llegue y aclaro las cosas. Alex en realidad me hizo un favor porque no iba a funcionar entre nosotros de todos modos. Tengo otras cosas mucho más importantes para mí y en eso me voy a centrar".

Fue la mejor actuación que había hecho hasta el momento. Había necesitado todas mis fuerzas para mantener la voz firme, que no se quebrara y traicionara mi desesperación. Mantuve mi sonrisa lo más natural posible, porque una sonrisa falsa habría traicionado mi estado de ánimo,

también pude evitar las lágrimas, por suerte. Era mucho más fácil llorar que contenerme cuando sentía que se me humedecían los ojos.

Sarah asintió lentamente, observándome, y luego sonrió. "Se que lo harás. Estoy muy orgullosa de ti. Sabes, te voy a echar mucho de menos".

"Yo también voy a echarte de menos. En serio, nunca habría llegado tan lejos sin tu ayuda. Te lo debo todo a ti".

"Definitivamente habrías hecho lo mismo por mí. Queremos lo mejor para los que tenemos más cerca, ¿no? Un día puede que tenga algo enyesado. Entonces tendrás que venir y quedarte conmigo".

Sonriendo, se lo prometí.

"¿Me avisarás cuando llegues?", quiso saber.

"Por supuesto que lo haré y también te enviaré fotos".

"Por favor, nada de fotos, sólo intentas ponerme celosa", rió con los ojos llorosos. No conseguí reprimir las lágrimas, ya que sentía que brotaban y debían ser visibles para Sarah. Maldita sea, pensé, esperando que fuera más fácil.

Con un beso en la mejilla y un abrazo sincero, me despedí de ella, luego apagué el teléfono y facturé mi equipaje. Por un momento me detuve y volví a pensar en Weston. Me tranquilizó que por fin supiera el mal que me había hecho.

Pero había llegado el momento de dejar atrás Nueva York y mi antigua vida para siempre. Eso también significaba olvidarme del doctor Weston Burke.

No quedaba mucho tiempo antes de la salida, así que me dirigí directamente al control de seguridad, camino de una nueva ciudad, con un nuevo trabajo y una nueva Bailey.

Capítulo 26

Weston

No fue hasta el día siguiente cuando me armé de valor para llamar a Bailey después de saber cómo había sucedido todo y lo mal que lo había hecho.

Estaba decidido a arreglar las cosas. Como su trabajo en Los Ángeles empezaba en una semana, no tenía tiempo que perder. Iba y venía de un lado a otro de mi despacho y la llamé, pero en su móvil sólo saltaba el buzón de voz. Luego le escribí un mensaje, pero vi claramente que no había llegado.

Cuando empecé a preocuparme, consulté sus redes sociales y vi que el día anterior le habían quitado la escayola en el hospital de forma inesperada. Estaba a punto de "salir oficialmente para Los Ángeles", tras cambiar la reserva de su vuelo.

Suspiré, me dejé caer en la silla y me quedé mirando la pantalla.

Me alegraba por ella que le hubieran confirmado el papel, de lo contrario se habría quedado en Nueva York indefinidamente. Pero eso significaba que el tiempo estaba en mi contra. Si se hubiera quedado en Nueva York, habríamos tenido tiempo de arreglar las cosas. Pero no tenía ni idea de si podría verla antes de que se fuera. Sólo sabía una cosa: tenía que verla.

Había algunas cosas muy importantes que todavía quería decirle. Comprobé los horarios de salida de ese día hacia Los Ángeles y vi que había otro vuelo, así que tenía que ser el de ella. Además, su vuelo estaba a punto de despegar. Si quería alcanzarla, no tenía tiempo que perder.

Al instante, me subí al coche y corrí al aeropuerto para alcanzarla. El tráfico era terrible, porque mientras yo cruzaba el puente hacia el aeropuerto JFK, todo el mundo de Brooklyn conducía en dirección contraria hacia el Madison Square Garden porque esa noche jugaban los Knicks.

Todos los cruces estaban bloqueados por aficionados al baloncesto que intentaban desesperadamente llegar al estadio a tiempo. Me enfurecí con cada coche que me bloqueaba el paso. Era como si quisieran retrasarme todo lo posible.

Casi a cada segundo miraba el reloj del salpicadero y golpeaba nerviosamente el volante con los dedos. El reloj avanzaba inexorablemente y, con el vuelo a punto de despegar, cada vez me preocupaba más, sabiendo lo lejos que estaba del aeropuerto y, por tanto, de Bailey.

Era como si el universo intentara impedirme llegar hasta ella, pero en realidad no se podía viajar largas distancias en Nueva York. Era una auténtica locura todos los días, incluso cuando no había partido. Siempre había algún imprevisto, accidente o protesta que te lo impedía.

Si mi deseo de llegar allí no hubiera sido tan grande, probablemente habría sabido que el tiempo era demasiado corto, a menos que el avión se retrasara. Pero entonces, no iba a impedir que cogiera ese vuelo, sólo quería verla.

Estaba atascado en el embotellamiento fuera del aeropuerto, apenas moviéndome entre los

pares de luces rojas y los motores rugientes. Estaba así de cerca y aún me quedaban unos minutos antes de que despegara el avión.

En ese momento vi un avión rodando hacia la pista justo al lado del edificio y me pregunté si ella estaría en ese avión y yo sólo estaba a unos cientos de metros de ella, o si miraría por la ventanilla para despedirse de Nueva York y de mí, o si incluso reconocería mi coche en ese momento

Frustrado y desesperanzado me sentí porque gente como el tal Alex había arruinado con tanto éxito lo que nos había unido. Habríamos tenido que despedirnos en la terminal de todas formas, pero lo que nos merecíamos habría sido una despedida de verdad, una felicitación y un beso justo en la terminal.

Dejé el coche y corrí el resto del camino hasta la terminal del aeropuerto. Tal vez, si todavía estaba en la sala de embarque porque había perdido el billete y no podía embarcar, aún podría alcanzarla.

Desolado, me di cuenta de que había perdido su vuelo por unos minutos.

Se había ido y probablemente no volveríamos a vernos pronto. Pensé en el edificio que acababa de comprar allí y en que había tirado toda la cautela al viento, como Bailey había hecho tantas veces antes. Merecía la pena un último intento y dejé que me inspirara una vez más.

No era del todo inútil, aún no podía rendirme todavía, porque había otra posibilidad. En el pasado nunca lo habría considerado en mi vida, ya que me parecía muy atrevido, pero esta idea era inmejorable teniendo en cuenta las circunstancias.

"Clay, ¿alguien de tu familia está usando el jet?".

"Que yo sepa no, ¿por qué? ¿Va todo bien?".

"Sabes que no te lo pediría si no fuera una emergencia, pero realmente necesito llegar a Los Ángeles. La perdí por unos minutos. Todo se ha complicado mucho. Alguien ha estado tratando de sabotear nuestra relación y realmente necesito recuperarla".

"No digas más, te llamo en un minuto. Suele estar listo en sesenta minutos. ¿Es lo suficientemente rápido para ti?".

Los jets privados viajan más rápido que los aviones, así que debería llegar al aeropuerto de Los Ángeles más o menos al mismo tiempo que Bailey, suponiendo que saliéramos pronto.

"Sí, claro, eso es genial. Eres el mejor, Clay. Gracias".

"Cuando quieras, colega. ¿Qué hay del trabajo?".

"Drake puede sustituirme. Lo llamaré después".

"No te preocupes, puedo sustituir a Drake también, lo tenemos cubierto".

Como había prometido, el jet estaba listo para despegar en un santiamén. Fue una sensación extraña subir y salir de Nueva York. ¿Cuándo deje esta ciudad por última vez? Como un agujero

negro, te hechizaba y una vez que estabas, no había escapatoria. Pero Bailey había escapado y me sacaría a mí también.

Sin embargo, no pude disfrutar nada del vuelo. Durante todo el trayecto estuve nervioso, preguntándome si Bailey me aceptaría de vuelta, si me querría con ella después de todo lo que habíamos pasado.

Sin embargo, Bailey era la chica con la que quería estar, ya fuera en California o en Nueva York.

Nunca en mi vida pensé que encontraría el valor para dar un giro total a mi vida, pero ahí estaba, descendiendo sobre California con Bailey volando en algún lugar delante de mí.

Aterricé en LAX y corrí por el aeropuerto, buscando el carrusel de equipajes que utilizaría el vuelo de Bailey. Llegué justo a tiempo para ver a Bailey guardando sus maletas en un carro de equipajes.

"¡Bailey!", grité en voz alta. La gente se giró o se detuvo y miró con curiosidad para ver qué pasaba. Entonces Bailey también se giró y me vio allí de pie. No tenía ni idea de qué hacer a continuación. No había pensado nada con tanta antelación.

Capítulo 27

Bailey

Una voz familiar me llamó por mi nombre y cuando me giré pensé que me lo estaba imaginando, pero en realidad era Weston, de pie en la terminal del aeropuerto de Los Ángeles, con una sonrisa incómoda.

Por supuesto, llevaba camisa, corbata y chaqueta. Llevaba el pelo perfectamente peinado, como en nuestra primera cita, y recordé lo que había sentido por él entonces. Pero, ¿cómo demonios había llegado hasta aquí?

Venía corriendo hacia mí como si no nos hubiéramos visto en años. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Era casi imposible creer que él también estuviera aquí y que me hubiera seguido después de nuestra discusión.

"¿Weston? ¿Qué haces aquí?".

"Los mensajes eran falsos. Debería haberlo sabido, pero he estado muy inseguro. Sarah me habló de la aplicación y me enseñó cómo funcionaba. No podría haberme pasado nada más estúpido que creer a Alex, ese idiota. Ha sido tan obvio que tenía segundas intenciones y debería haberme fijado más".

"No pasa nada. ¿Cómo llegaste aquí al mismo tiempo que yo?”.

"En el avión de un amigo, porque tenía muchas ganas de estar aquí y volver a verte", me susurró.

Me hizo gracia la idea de que pudiera "tomar prestado" el jet privado de un amigo, y tuve que reírme. "¿Pero por qué?".

"Pero me he perdido mi despedida", me dijo y tuve que reírme de nuevo. Me abrazó y nos besamos. Verle me produjo tal alegría que todos los recuerdos de nuestra disputa desaparecieron con un simple roce de nuestros labios.

"No querías verme más y pensé que realmente no volvería a verte".

"Bailey, te quiero y debería habértelo dicho antes. Quería que lo supieras, aunque ya no estemos juntos. La vida es corta, ¿no? Tienes que decirle estas cosas a la gente antes de que sea demasiado tarde".

"Sí, lo sé. Pero tienes que volver a Nueva York, ¿verdad?".

"Compré un edificio de oficinas aquí en Los Ángeles. Aquella noche, en casa de mis padres, iba a contárselo a todo el mundo, pero se frustró por culpa de mi madre. Iba a decírtelo a ti también, pero entonces apareció este idiota y todo fue inútil. Bailey, pero si me quieres aquí contigo, estoy listo cuando quieras".

"Pero no puedes dejarlo todo atrás. ¿Qué pasa con tu familia, tus amigos, tu trabajo?".

"Aquí tengo todo lo que necesito porque tú estás conmigo. Sólo tienes que decírmelo".

"¿Cuál es la palabra?", le pregunté bromeando y él se lo pensó.

"Quédate", dijo encogiéndose de hombros.

"Entonces quédate".

"De acuerdo, entonces me quedo".

"¿Así de fácil?".

"Así de simple", respondió con su sonrisa más natural, como si todo fuera muy sencillo. Siempre que estábamos separados sentía que todo se iba a desmoronar a mi alrededor, pero cuando él estaba conmigo sentía confianza, estabilidad y una sensación de seguridad.

"¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?".

"Claro que estoy seguro. Lo único que quiero es que sigas tus sueños, porque tú me inspiraste a seguir los míos. No tengo miedo porque mi corazón es tuyo si puedes perdonarme. Te quiero, Bailey".

"Yo también te quiero, vamos, Los Ángeles nos espera".

Terminé mi proposición con un beso, y justo en la sala de llegadas de LAX, no en la de salidas de JFK como habíamos planeado en un principio.

"¿Has comido algo ya?", quise saber de él.

"No. ¿Compramos algo?".

"Janie me recomendó un sitio estupendo cerca de aquí".

"¿Cerca del aeropuerto? Suena horrible".

"Confía en mí", le dije y le cogí de la mano. Lo hizo y salimos juntos del aeropuerto bajo el cálido sol de Los Ángeles, justo cuando el sol empezaba a ponerse y proyectaba un resplandor rojo sobre nosotros.

"¿Sabes que es por el smog?", me preguntó señalando el cielo.

"No lo estropees, Weston", me reí guiñandole un ojo. Luego seguimos caminando en silencio, disfrutando de las vistas, los sonidos y los olores de nuestro nuevo centro alimentario compartido.

Epílogo

Weston

Seis meses después

En algún lugar del estudio iba a encontrarme con Bailey. Ella y todos los actores y actrices, el equipo y los jefes de producción estaban celebrando una fiesta grandiosa en el plató para celebrar el final del rodaje de She Got Game, para la que no se habían escatimado gastos ni esfuerzos.

A pesar de las dificultades iniciales, el rodaje había transcurrido sin problemas y había sido bastante agotador para todos los implicados, pero habían recibido la cobertura mediática adecuada por ello. A Bailey le preocupaba que su forma física no fuera suficiente, pero siguió adelante con el mismo vigor con el que había llegado hasta aquí.

Su determinación, su espíritu de lucha y su perseverancia ante la adversidad habían encajado a la perfección en su papel: una mujer que regresaba de una lesión para marcar el gol de la victoria en la Copa Mundial Femenina.

Al fin y al cabo, Bailey hizo precisamente eso para dar el salto a su nueva vida y yo había visto cómo todos los demás habían acogido a esta nueva intérprete bajo su protección y se habían alegrado por su amabilidad y honestidad.

En los últimos meses nos habíamos visto con poca frecuencia, ya que ella pasaba la mayor parte del tiempo en el plató y yo estuve ocupado con mi propio trabajo, pero teníamos ganas de pasar tiempo juntos en la playa, ver y disfrutar más de California. Habíamos hablado de ir juntos a Las Vegas o quizá a San Francisco. No importaba adónde, pero en cuanto terminara la fiesta de clausura, iríamos juntos de viaje.

Su agente Janie ya le había conseguido otro papel, pues toda la industria cinematográfica hablaba de She Got Game y también de Bailey. Parecía que todos querían tenerla en sus audiciones para echarle un vistazo después de que el director hablara muy bien de ella.

Su sonrisa se ensanchó aún más cuando me vio llegar. Por desgracia, yo no era tan bueno como ella actuando y mi nerviosismo era visible desde lejos porque tenía una gran sorpresa planeada para ella y no podía ocultarla. Ella se dio cuenta perfectamente de que algo pasaba e intentaba averiguarlo, así que decidí que debía programarlo antes de lo previsto para que pudiera volver a disfrutar.

Pensé en los últimos seis meses y en todo lo que había pasado desde que seguí a Bailey a Los Ángeles. Ella se había abalanzado sobre mí como un torbellino y yo me había alegrado de haber comprado una propiedad adecuada antes de llegar. Al final, había sido la decisión correcta y era sorprendente todo lo que se puede hacer si se tiene el valor de ir a por ello. A veces no puedes hacer estas cosas solo y necesitas unas palabras de aliento de tu querida novia al oído mientras te desvelas por la noche para convencerte de que todo va bien.

En Nueva York yo también estaba contento, porque mi consulta iba bien. Pero en cambio la había cerrado y me había instalado en Los Ángeles y, en contra de lo esperado, aquí las cosas iban incluso mejor. Era fácil encontrar pacientes y me alegraba de que, después de todo, la reputación de mi padre no se hubiera extendido tanto.

Era una larga sombra de la que salir, pero afortunadamente no se había extendido por toda América y en la costa del Pacífico por fin podía poner mi propio nombre en los libros de historia de la medicina.

La relación con mi familia también había mejorado hasta un punto que nunca hubiera imaginado, sobre todo después de conocer la verdad sobre Catherine.

Tras el último contacto de mi madre con Catherine, salió a la luz que su familia tenía entre manos un procedimiento de quiebra y la ironía, o como quieras llamarlo, estaba en mi mente que era ella quien había estado detrás de nuestro dinero todo el tiempo.

Al final, ella sólo me había visto como un potencial signo de dólar. Todos estábamos de acuerdo en que había esquivado una bala y, debido a esta situación, había tenido que volver a recordarle a mi madre que no interfiriera más en mi vida.

Ella estuvo de acuerdo conmigo en que Bailey había sido sensata todo el tiempo y que estábamos juntos por las razones correctas. Los dos hablaban incluso de visitarnos y, por supuesto, siempre serán bienvenidos.

El rodaje había terminado e iba a estar más tranquilo antes de que Bailey asumiera su próximo papel, era el mejor momento para enseñarles la ciudad antes de nuestras propias vacaciones.

Mamá por fin se dio cuenta de lo increíble que era Bailey y, para mi alivio, la aceptaba plenamente. Cualquiera que hubiera visto su actuación en la película sabía que se tomaba en serio su oficio y que tenía un talento a tener en cuenta en el futuro.

Estaba en alza, de eso no cabía duda, pero yo la habría amado igual si no hubiera tenido un céntimo en el bolsillo. Yo le había salvado el brazo, decía siempre que me presentaba a alguien, pero ella me había salvado el corazón.

Bailey

"¿Champán?", le pregunté a Weston.

Me sonrió con picardía. "No, gracias, todavía no quiero beber nada. ¿Podemos ir a algún sitio tranquilo para hablar?".

"Claro".

Inmediatamente me puse bastante nerviosa, pues no tenía ni idea de lo que me esperaba, pero mientras caminábamos me acarició el brazo tranquilizadoramente.

No hacía mucho había estado dispuesta a elegir Los Ángeles, pero en ese momento que teníamos los dos, no podía imaginarme otra cosa.

Había sido un gran cambio para él, incluso trasladó su consulta a Los Ángeles por mí. Nuestro piso compartido estaba justo en el edificio de la consulta y esperaba que no se arrepintiera de nada. Sarah se había quedado muy impresionada cuando le conté lo que había hecho y desde entonces se había sentido aliviada de que yo tuviera a alguien.

Su trabajo estaba en Nueva York y aún no había conseguido venir, pero estaba muy preocupada por mí. Pero cuando viniera, habría sitio suficiente para ella.

"¿Adónde vamos?", le pregunté a Weston.

"Espera", me tranquilizó con una sonrisa pícara.

"¿Me das una pista?".

"No".

"Me estás poniendo nerviosa". Se rió y volvió a acariciarme el brazo para tranquilizarme.

"No te pongas nerviosa, es una agradable sorpresa, te lo prometo. Sólo será un minuto más. Puedes esperar, ¿verdad?".

"No".

"Claro que puedes, no seas tonta".

Me condujo entre la gente y me quedé de piedra cuando entramos en un patio muy bien iluminado. Habían encendido los focos y colgado banderines. Había tulipanes, mis flores favoritas, en grandes macetas por todas partes.

Largos cables con lucecitas blancas rodeaban el exterior y en el centro había un único foco que me recordó a un escenario. Me cogió de la mano y me llevó al centro del patio.

Desde allí apenas podía distinguir nada fuera del haz de luz. Las pequeñas luces que me rodeaban brillaban y parecían estrellas en una noche clara. Mientras estaba con Weston en el centro iluminado, no podíamos ver nada del mundo exterior. Era como si nada más importara y los dos fuéramos lo más importante de todo el mundo.

"Weston, ¿cuándo hiciste todo esto?", pregunté, y sólo pude maravillarme.

"Algunos de los chicos del plató me ayudaron justo antes de la fiesta. Fue muy amable por su parte, porque desde luego yo solo no podría haberlo hecho. Muy bonito, ¿eh?".

"Bastante bien", asentí riendo.

"Viniste aquí para el rodaje y me dijiste que estabas aquí para siempre", empezó, "y lo estoy. Dondequiera que vayas, yo también voy, siempre que quieras que esté contigo. Me he dado cuenta de que estoy dispuesto a establecer un vínculo para toda la vida. Así que pensé que sería un buen momento para preguntarte, en este momento tan importante de nuestras vidas, si podríamos hablar de nuestro futuro después del rodaje, antes de que las cosas se pongan realmente en marcha para ti".

"¿Qué vamos a hacer después del rodaje?", le pregunté con una sonrisa de bienvenida. Igual que él me había tranquilizado cuando me trajo aquí, yo le tranquilicé a él para que pudiera hacer la pregunta de todas las preguntas que sabía que iba a venir. Le guiñé un ojo mientras se arrodillaba y sacaba una cajita del bolsillo de su chaqueta.

"Así que por eso siempre llevas chaqueta", me reí sin poder evitarlo. "Por fin me he dado cuenta".

"Bailey Stuart, ¿quieres casarte conmigo?".

"Sí, lo haré, Weston".

Y así siguió girando el torbellino. ¿A quién se lo decía primero o lo manteníamos en secreto? Pero sabía que esto último era imposible porque todos los de la fiesta de clausura estaban dentro esperando a que volviéramos para decirles que estábamos prometidos.

Nos besamos profundamente y deseé que ese momento durara para siempre. Apenas había pasado tiempo con él desde nuestra llegada y quería que este precioso momento durara lo máximo posible antes de volver al mundo real.

Después de tantos desengaños, me alegraba de corazón haber decidido confiar en él y abrirle mi ser más íntimo. Sarah tenía razón cuando decía que todo merece la pena cuando conoces a la persona adecuada que te levanta en lugar de derribarte, que te anima a seguir tus sueños en lugar de renunciar a ellos. Alguien que está ahí tanto en los peores días como en los mejores, por quien merece la pena comprometerse y con quien realmente merece la pena quedarse. Weston valía la pena para mí y, gracias a Dios, yo también lo valía para él.

Esta vez supuso un gran cambio para los dos y fue la mejor decisión que había tomado cuando respondí afirmativamente a la pregunta de Weston en el Mar de las Luces.